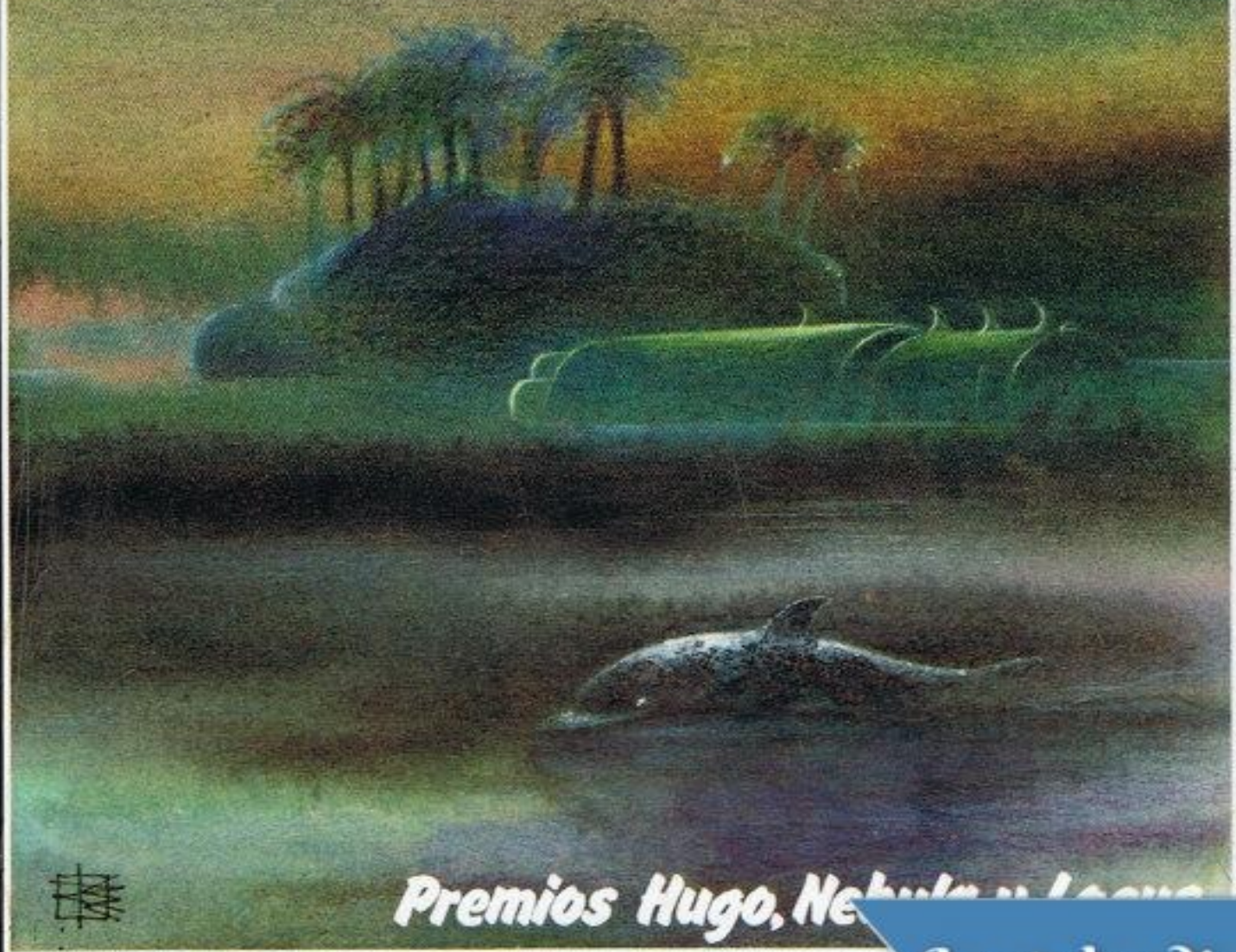


DAVID BRIN

MAREA ESTELAR



Premios Hugo, Nebula y Locus

Lectulandia

La nave de exploración Streaker, procedente de la Tierra, ha de buscar refugio, a causa de una avería, en el planeta acuático Kithrup, situado fuera de las rutas normales, después de haber conseguido el mayor descubrimiento de la historia galáctica. Sobre ellos, en el espacio, las armadas alienígenas se enzarzan en una titánica batalla. Todas pretenden tener el derecho a apresar al *Streaker*.

Mientras, un pequeño grupo de humanos y delfines de la tripulación luchan contra la rebelión armada de sus compañeros y contra un planeta hostil para salvaguardar el secreto del destino de los Progenitores, la mítica Primera Raza que llevó la sabiduría a través de las estrellas.

Lectulandia

David Brin

Marea estelar

La elevación de los pupilos - 2

ePub r1.0

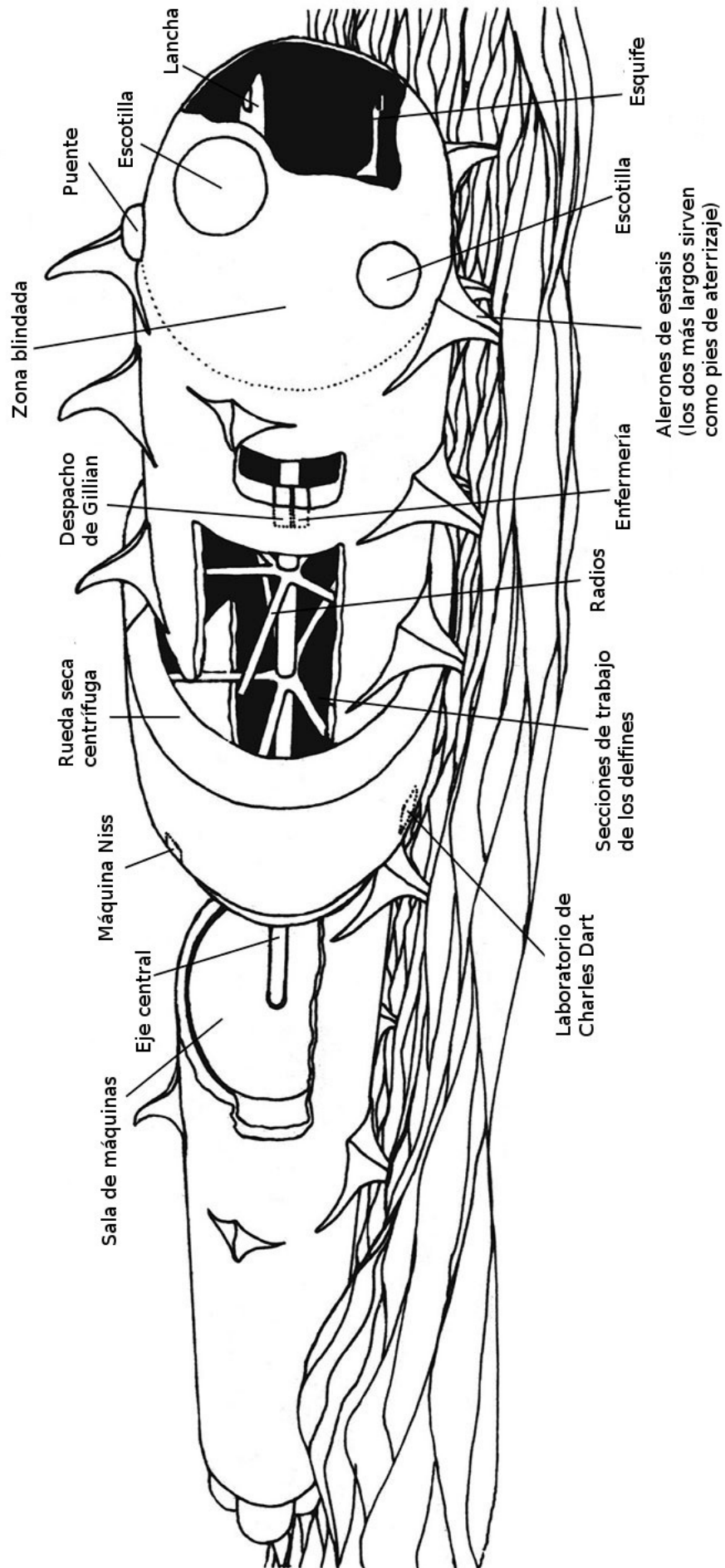
Titivillus 26.04.17

Título original: *Startide Rising*
David Brin, 1983
Traducción: F. J. Arellano & S. Mustiales
Dibujo cubierta: Ricard Castells

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

“A mis propios progenitores...”



Prólogo

FRAGMENTO DEL DIARIO DE GILLIAN BASKIN

El Streaker se arrastra como un perro en tres patas.

Ayer nos arriesgamos a efectuar un salto hipermultiplicado para poner cierta distancia entre nosotros y los galácticos lanzados en nuestra persecución. La única bobina que había sobrevivido a la batalla de Morgran no ha dejado de gemir y protestar pero, finalmente, ha decidido soltarnos aquí, en el pozo de baja gravedad de una enana de población-II llamada Kthsemenee.

La Biblioteca indica un único mundo habitable en órbita: el planeta Kithrup.

Y soy indulgente al calificarlo de habitable... Tom, Hikahi y yo misma, estuvimos varias horas discutiendo con el comandante para intentar encontrar una solución alternativa pero, a fin de cuentas, Creideiki no ha podido hacer otra cosa que traernos hasta aquí.

Como médico, he de temer los insidiosos peligros que alberga el planeta; pero Kithrup es un mundo acuático y nuestra tripulación, que está casi completamente formada por delfines, necesita agua para poder moverse alrededor del navío y repararlo. Por otro lado, la riqueza de este mundo en metales pesados debería permitirnos encontrar en él las materias primas que tanto necesitamos.

Kithrup tiene, además, la ventaja de estar apartado de las rutas interestelares frecuentadas. La Biblioteca añade que es un erial desde hace mucho tiempo. Quizás a los galácticos no les pase por la cabeza la idea de venir a buscarnos.

Eso es precisamente lo que le decía a Tom ayer por la tarde cuando, a través de una portilla del salón, mirábamos crecer el disco de este planeta de equívoca belleza: una esfera azulada rodeada de nubes blancas y cuya cara oscura se vislumbraba en ciertos lugares iluminada por la rojiza luz de los volcanes y el resplandor de los relámpagos.

Le expresaba a Tom mi certidumbre de que no seríamos perseguidos y, al mismo tiempo que formulaba con seguridad aquella predicción, me sentía persuadida de que nunca podría engañar a nadie. Con una infinita tolerancia frente a mi acceso de optimismo, Tom se contentó con sonreír en silencio.

Y todo porque, naturalmente, ellos no faltarán a la cita. Sólo hay treinta y seis rutas espaciales que el Streaker podía seguir sin utilizar un punto de transferencia. El único problema reside en saber si las reparaciones de la nave terminarán a tiempo para que podamos marcharnos de aquí antes de que los galácticos nos caigan encima.

Como Tom y yo disponíamos de unas cuantas horas para nosotros mismos —las primeras en muchos días—, volvimos a nuestro camarote para hacer el amor.

Tom duerme ahora, y aprovecho su descanso para escribir estas notas. No sé si

tendré ocasión de hacerlo más adelante.

El capitán Creideiki acaba de llamarnos. Desea que los dos estemos presentes en el puente, supongo que al objeto de que los fines puedan vernos y sepan así que sus tutores humanos están junto a ellos. Incluso un competente delfín espacial como Creideiki, siente de vez en cuando esa necesidad.

¡Oh, si los humanos tuviéramos la posibilidad de refugiarnos en un regazo psicológico parecido!

Ya es hora de que abandone este diario y despierte a mi cansado compañero. Pero antes voy a poner por escrito lo que Tom me dijo ayer por la noche, cuando contemplábamos los tumultuosos océanos de Kithrup.

Se volvió hacia mí, y me sonrió con esa expresión extraña que adquiere cuando un pensamiento irónico le atraviesa la mente. Luego me susurró un pequeño haikú en delfiniano ternario.

Tormentas de estrellas
Sobre el fragor de las olas...
¿Nos mojaremos, amor?

Consiguió hacerme reír. A veces pienso que Tom es medio delfín.

Primera parte

FLOTACIÓN

*Todas vuestras mejores acciones
se escribirán en el agua...*

FRANCIS BEAUMONT
y JOHN FLETCHER

TOSHIO

Entre los fines, la costumbre de escapar de las trampas de los hombres se remonta a milenios. Siempre habían encontrado a los hombres tremendamente divertidos. De hecho, la Humanidad había manipulado sus genes, abriéndoles los caminos de la técnica; aunque aquello no hubiera modificado en nada su actitud.

En el fondo, los fines seguían siendo niños malcriados.

Toshio clavó la mirada en el pequeño cuadro de mandos del trineo marino, pretendiendo averiguar la profundidad en el indicador. El ingenio se desplazaba ronroneando a una profundidad constante de diez metros bajo la superficie. Pese a que no era necesario efectuar ningún ajuste, Toshio continuó concentrado sobre el panel cuando Keepiru apareció por su izquierda con la manifiesta intención de tomarle el pelo.

—¡Manos Pequeñas, sssilba! —El cetáceo liso y gris giró para ponerse a la derecha del muchacho, luego se acercó y le observó con una mirada de falsa indiferencia—. ¡Sssílbanos una cancioncilla sobre las naves, el espacio y la dulzura de volver al hogar!

La voz de Keepiru, repercutiendo en el complejo laberinto de las cámaras de eco de su bóveda craneal, evocaba el timbre quejumbroso y sordo de un fagot. Lo mismo podría haber imitado el de un oboe o un saxo tenor.

—Bien, Manos Pequeñas. ¿Dónde está la canción?

Keepiru se las arreglaba para que todos le oyeran y, aunque los otros fines parecían nadar despreocupadamente, Toshio sabía que estaban a la escucha. Le alegraba que Hikahi, que mandaba el destacamento, se hubiera adelantado para explorar. En presencia de Hikahi, hubiese sido peor. Habría ordenado a Keepiru que lo dejase tranquilo. Nada de cuanto pudiera decirle el delfín le produciría tanta vergüenza como habría sentido al verse protegido como un muchacho incapaz de defenderse.

Keepiru nadaba indolentemente, boca arriba, junto al trineo, manteniéndose al nivel de Toshio mediante lentos movimientos de su cola. En las olas cristalinas de Kithrup todo parecía reflejarse extrañamente. Las cimas semejantes al coral de las colinas metálicas reverberaban igual que montañas vistas a través de una bruma de calor, elevándose al fondo de un amplio valle. Los zarcillos de las algas flotantes se balanceaban lánguidamente desde la superficie.

Reflejos fosforescentes recorrían la piel gris de Keepiru y, en su boca estrecha y larga, los dientes puntiagudos como agujas brillaban burlona y cruelmente de un modo que debía ser exagerado... si no por el agua, sí por la imaginación de Toshio.

¿Era concebible que un fin fuera tan malvado?

—¿No vas a cantar para nosotros, Manos Pequeñas? ¡Venga, cántanos una canción que diga lo felices que seremos cuando podamos partir de esto que llaman planeta y encontremos un puerto acogedor! ¡Sssílbanos algo de eso que hace ssoñar a los Ssoñadores de tierra firme!

Sobre el tenue gemido de su reciclador de aire, Toshio sintió que le zumbaban los oídos por el esfuerzo que estaba haciendo para controlarse. Dentro de poco, Keepiru iba a dejar de llamarle Manos Pequeñas para estrenar el último mote que había encontrado para él: «Gran Soñador».

No era muy agradable ser blanco de sus sarcasmos por haber cometido el error de silbar al unirse a un grupo de exploración formado exclusivamente por fines —habían recibido su melodía con pullas y chillidos burlones— pero verse irónicamente investido de un título al que tan sólo habían tenido derecho las ballenas de joroba y los músicos destacados... aquello estaba casi más allá de lo que podía soportar.

—Keepiru, ahora no estoy de humor para cantar. ¿Por qué no te metes con otro? —Y Toshio sintió una vaga sensación de triunfo al conseguir dominar el temblor de su voz.

Para su alivio, Keepiru se contentó con proferir una breve exclamación en argot ternario, casi un delfiniano primario, lo que en sí mismo era una forma de insulto, se arqueó y saltó hacia la superficie para tomar aire.

En el omnipresente brillo azulado del agua, resplandecían los tornasolados peces kithrupianos. Las escamas de sus lomos reflejaban la luz y la descomponían como la escarcha en las hojas. Todo a su alrededor era de varios tonos y texturas. El sol matinal penetraba en aquel mar límpido y tranquilo para iluminar las peculiares formas de vida propias de aquel mundo extraño e inevitablemente próximo a morir.

Toshio no tenía ojos para la belleza de las aguas de Kithrup. Sólo sentía odio por aquel planeta, por la nave averiada que los había llevado hasta él y por los fines que eran sus compañeros de infortunio; y se dedicaba al punzante y gozoso repaso de las mordaces respuestas que debía haber dirigido a Keepiru.

«Si eres tan fuerte, Keepiru, ¿por qué no consigues un poco de vanadio?» O bien: «La verdad es que no veo por qué he de malgastar una canción *humana* con una audiencia de delfines».

En su imaginación, aquellas respuestas parecían satisfactorias y eficaces, pero Toshio sabía que en el mundo real nunca hubiera dicho nada semejante.

En primer lugar, porque en la cuarta parte de los astropuertos de la galaxia eran más apreciados los cantos de los cetáceos que los de los antropoides. Y aunque las que realmente alcanzaban altos precios eran las melancólicas baladas de sus inmensas primas las ballenas, los congéneres de Keepiru conseguían que les pagaran la bebida en una docena de mundos con sólo vocalizar unas estrofas.

De todos modos, intentar valerse de su condición humana para imponerse a cualquier miembro de la tripulación hubiera supuesto un error fatal. El viejo Hannes Suessi, otro de los seis humanos que estaban a bordo, se lo había advertido al

comienzo del viaje, justamente antes de salir de Neptuno.

—Inténtalo y ya verás lo que pasa —le había advertido el mecánico—. Van a morirse de risa. Y yo también, si tengo la suerte de estar allí cuando hagas esa tontería. Puedes apostar que alguno de ellos la va a tomar contigo. No hay nada que los fines desprecien más que a un hombre que adopta el papel de jefe sin haber hecho nada para merecerlo.

—Pero el Protocolo... —intentó protestar Toshio.

—El Protocolo, ¡vaya cosa! Esas reglas no tienen más utilidad que permitir a los hombres, a los chimps y a los fines comportarse adecuadamente cuando los *galácticos* están por los alrededores. Si el *Streaker* es detenido por una patrulla soro, o, si en alguna parte ha de consultar con un Bibliotecario para obtener datos, entonces el doctor Metz o Mr. Orley, o tú o yo, tendremos que simular que somos los jefes... porque ni uno solo de esos viejos carcamales ETs consentiría en perder su tiempo con una raza tan joven como la de los fines. Pero salvo en ocasiones similares, sólo recibimos órdenes del capitán Creideiki.

»¡Demonios! Ya es bastante duro verse pisoteado por un *soro* y aparentar que a uno le gusta porque ese condenado ET es lo bastante amable para admitir que los humanos están ligeramente por encima del nivel de las moscas. ¿Te imaginas lo duro que sería que tuviéramos realmente que gobernar esta nave? ¿Lo que habría pasado si hubiéramos intentado hacer de los delfines una raza servil que supiera quedarse en su sitio? ¿Te hubiera gustado eso?

De momento, Toshio negó vigorosamente con la cabeza. La idea de tratar a los fines como a servidores, como lo hubieran sido en la galaxia, le resultaba repulsiva. Akki, su mejor amigo, era un fin.

Y sin embargo, en algunos momentos, a Toshio le hubiera gustado que existiera alguna compensación para un adolescente humano aislado a bordo de una nave cuya tripulación se componía principalmente de delfines adultos.

Y recordó que, de momento, aquella nave no se dirigía a parte alguna. El vivo resentimiento que le inspiraban Keepiru y sus pesadas bromas se vio reemplazado por la profunda y pertinaz angustia que le producía la posibilidad de tener que quedarse en el mundo de agua que era Kithrup, sin volver nunca a su hogar.

*Modera tu carrera, joven humano,
La cápsula exploradora viene hacia aquí.
Hikahi se acerca, y hemos de esperarla.*

Toshio levantó los ojos. Brookida, el viejo delfín metalúrgico, había avanzado por la izquierda del trineo y se hallaba a su altura.

Toshio le silbó una respuesta en ternario.

Hikahi viene, mi vehículo se está parando.

Detuvo el impulso de su pequeña nave.

Sobre su pantalla de sonar notó la convergencia de ínfimos ecos procedentes de delante y de las regiones laterales. Los exploradores estaban de regreso. Su mirada se dirigió hacia la superficie y vio juguetear a Hist't y a Keepiru.

Brookida volvió a hablar, en inglés. Por tartamudeante y estridente que fuera su locución, no resultaba más confusa que el ternario de Toshio. Después de todo, habían sido los delfines quienes, tras varias generaciones de manipulaciones genéticas, habían sido modificados para adquirir funciones humanas, y no al contrario.

—¿Has encontrado alguno de esos materiales que nos son tan necesarios, Toshio?

El muchacho echó una ojeada al tamiz molecular.

—No, señor. Nada hasta ahora. Estas aguas son de una pureza increíble si se considera la riqueza metalífera de la corteza planetaria. El contenido de sales de metales pesados es casi inexistente.

—¿Qué dice el barrido de largo alcance?

—Ni la menor resonancia en ninguna de las bandas que he consultado, aunque los efectos parásitos son atroces. Ignoro incluso si podría reconocer el níquel saturado monopolar, eso sin hablar de las demás cosas que necesitamos. Es como intentar encontrar una aguja en un pajar.

Aquello resultaba paradójico. El planeta rezumaba metal y ésa era una de las razones por las que el capitán Creideiki lo había escogido como refugio. Sin embargo, el agua era relativamente pura... lo bastante, al menos, como para permitir que los delfines nadaran libremente, aunque alguno se quejara de picores y todos hubieran de sufrir curas de quelación al volver a la nave.

La explicación se encontraba a su alrededor, en las plantas y en los peces.

La osamenta de las formas de vida kithrupianas no estaba constituida por calcio, sino por otros metales extraídos del medio ambiente líquido por medio de filtros biológicos. El resultado era que aquel mar ofrecía a la vista la centelleante gama de colores de los metales y sus óxidos. Por ello, el brillo de las aletas dorsales de los peces, las plateadas florescencias de las plantas subacuáticas, contrastaban con el verde clorofílico más común de las frondas y la vegetación aérea.

Pero el elemento dominante de paisaje estaba constituido por las colinas de metal, vastas islas esponjosas formadas por millones de criaturas semejantes a corales, cuyos esqueletos metálico-orgánicos acumulados habían llegado a edificar enormes montañas de cima aplastada que sobresalían unos cuantos metros sobre el nivel medio de las aguas.

En estas islas crecían los árboles taladradores, que barrenaban a través de los montículos con los extremos metálicos de sus raíces para extraer los

microorganismos y los silicatos que se encontraban debajo. Los profundos agujeros que ocasionaban se rellenaban de una capa de humus carente de metal producida por los mismos árboles. Era un extraño proceso botánico sobre el que la Biblioteca del *Streaker* no daba explicación alguna.

Los instrumentos de Toshio habían detectado bloques de estaño puro, conglomerados de cromo en forma de huevas de pescado, colonias coralinas constituidas por una variedad de bronce, pero hasta entonces no habían desvelado la presencia de vanadio fácil de extraer. Ni vestigios de la variedad del níquel que buscaban.

De hecho, lo que necesitaban era un milagro... un milagro que permitiera a una tripulación de delfines ayudada por siete humanos y un chimpancé reparar la nave, para marcharse de aquel sector de la galaxia antes de que sus perseguidores los alcanzaran.

En el mejor de los casos, disponían de unas cuantas semanas. La alternativa era ser capturados por cualquiera de las doce razas extraterrestres que no eran completamente racionales. En el peor de los casos, esto podía dar lugar a una guerra interestelar a una escala no vista desde hacía millones de años.

A Toshio le invadía el sentimiento de ser muy pequeño, totalmente impotente y terriblemente joven.

El muchacho empezó a oír débilmente los agudos ecos de sonar de los exploradores que regresaban. Cada lejano chillido despertaba un minúsculo contrapunto coloreado en la pantalla del trineo.

Dos formas grises aparecieron por el este y ascendieron con rapidez hacia la reunión de superficie, empezando a cabriolar y a lanzar juguetonas dentelladas.

Un momento más tarde, uno de los delfines se arqueó y se dirigió directamente hacia Toshio.

—Hikahi vuelve, quiere el trineo en la superficie —cacareó Keepiru, arrastrando la frase hasta hacerla casi incomprensible—. Trata de no perderlo en el camino.

Toshio soltó lastre con una mueca de fastidio. Keepiru no tenía por qué hacer tan patente su desprecio. Incluso hablando inglés normal, los fines solían dar la impresión de estar burlándose de su interlocutor.

El trineo se elevó en medio de una nube de pequeñas burbujas. Al irrumpir en la superficie, el agua chorreó por los flancos. Toshio cortó el gas, se tumbó de espaldas y se quitó la mascarilla.

El súbito silencio fue un alivio. El molesto ronroneo del motor, el tintineo del sonar, los chillidos de los fines, todo se había desvanecido. Una brisa fresca recorría sus cabellos negros y mojados, calmando un poco la sensación de calor que tenía en los oídos. La brisa le llevaba los perfumes de un planeta extraño; la pungencia de una

vegetación nueva en una vieja isla, la potente y oleosa fragancia de un árbol taladrador en plena actividad.

Y, matizando el conjunto de aquella variedad de olores, la ácida nota del metal.

Esto no constituía un peligro para ellos, volverían a repetirle cuando regresara a la nave; y menos aún para Toshio que contaba con el traje estanco. La quelación haría desaparecer de sus organismos todos los elementos pesados que podrían haber sido razonablemente capaces de absorber durante una sencilla misión de reconocimiento... aunque, de hecho, nadie sabía con exactitud qué otros riesgos podía ofrecerles aquel mundo.

Pero, ¿y si se veían forzados a permanecer allí durante varios meses? ¿Durante años?

Ante aquella eventualidad, las instalaciones médicas del *Streaker* no estarían capacitadas para luchar contra la lenta acumulación de metales. Llegaría el momento en que los náufragos empezarían a rogar para que la nave jofur, thenania o soro llegara a buscarles, aunque fuera para someterlos a interrogatorio o para hacerles sufrir una suerte aún más terrible... cualquier cosa que les permitiera abandonar aquel hermoso planeta que los mataba lentamente.

Tales pensamientos no eran agradables, y a Toshio le alegró ver a Brookida derivar hasta el costado del trineo.

—¿Por qué Hikahi me ha hecho subir? —le preguntó al viejo delfín—. ¿No tenía que quedarme debajo de la superficie por si había satélites espía en órbita?

Brookida suspiró.

—Ha debido considerar que necesitabas un descanso. Y, además, ¿cómo quieres que vean un aparato tan pequeño como tu trineo en medio de todo este montón de metal?

—Bien —dijo Toshio encogiéndose de hombros—. De todos modos, es muy amable por su parte. Necesitaba este descanso.

—Oigo a Hikahi —anunció Brookida—. Allí esstá.

Dos delfines acababan de aparecer en el norte del horizonte y se acercaban a gran velocidad. Uno era de color muy claro y el otro oscuro y moteado. Toshio reconoció la voz del que iba primero.

*Yo, Hikahi, te llamo,
Dorsal escucha, mientras nadas
Ríete de mis palabras, pero obedécelas primero.
¡Todos al trineo, y escuchad!*

Hikahi y Ssattatta dieron una vuelta alrededor del grupo, y después se quedaron frente a él.

Entre los obsequios que la Humanidad había hecho a los neodelfines, no se encontraba una extensa variedad de expresiones faciales. Cinco siglos de

manipulaciones genéticas no habían podido dar a los cetáceos lo que un millón de años de evolución había otorgado al hombre. Los fines aún expresaban la mayor parte de sus sentimientos con movimientos o gritos. Pero ya no estaban inmovilizados en lo que los humanos habían considerado durante tanto tiempo (sin estar del todo equivocados) como una hilaridad perpetua. Los fines eran ahora capaces de mostrar preocupación. Toshio podría haber escogido la expresión que Hikahi tenía en aquel momento como ejemplo clásico de desazón delfiniana.

—Phip-pit ha desaparecido —anunció Hikahi—. Le oí gritar al sur de donde me hallaba... luego, nada. Había ido a buscar Ssassia, que había desaparecido antes en la misma dirección. Vamos a dejar las investigaciones topográficas y metalúrgicas para ir a buscarlos. ¡Que se proceda a la distribución de armas!

Aquella orden fue recibida con un murmullo de general descontento, pues implicaba que los fines debían colocarse de nuevo los arneses que tanto les había gustado quitarse al salir de la nave. Sin embargo, el propio Keepiru reconoció que se trataba de un caso urgente.

Durante unos momentos, Toshio desarrolló una intensa actividad para sacar los arneses y arrojarlos al agua. Habían sido concebidos para que adquirieran una forma en la que uno pudiera deslizarse cómodamente pero, de modo inevitable, siempre había alguien que necesitaba ayuda para conectar el equipo al pequeño amplificador neural implantado justo encima del ojo izquierdo.

Toshio se dedicó rápidamente a aquella tarea que una larga práctica le permitía ejecutar automáticamente. Se sentía preocupado por Ssassia, una amable fin que siempre se había mostrado agradable con él y que le hablaba dulcemente.

—Hikahi —le dijo a la jefe del destacamento cuando pasó cerca de él—, ¿quieres que llame a la nave?

—Negativo, Trepador de Escalas. Obedecemos órdenes. El espía de porcelana puede estar ya arriba. Programa tu veloz aparato para un regreso automático, por si morimos en el encuentro con lo que se halla al sssudeste.

—Pero nadie ha visto ningún animal de gran tamaño...

—Ésa es sólo una eventualidad entre otras. Pero sea cual sea la suerte que nos espera, quiero que se sepa lo que nos ha pasado... podría incluso ocurrir que la fiebre de ayuda nos golpeará a todos.

Toshio sintió que le recorría un escalofrío al evocar la «fiebre de ayuda». Era un fenómeno del que no deseaba ser testigo.

Enfilaron hacia el sudeste en formación de guerrilla. Por turnos, los delfines avanzaban raseando la superficie o hundiéndose para nadar junto a Toshio. El fondo del océano hacía pensar en huellas de serpientes que se extendieran hasta el infinito; agujereadas de vez en cuando por sombríos alvéolos parecidos a cráteres, tan insondables como amenazadores. Pero en conjunto, a Toshio no le costaba trabajo

distinguir el fondo de aquellos valles que dominaba cien metros por encima del lúgubre tapiz de algas color azul noche.

En cuanto a las crestas que los bordeaban, también estaban coronadas a intervalos regulares por la brillante masa de las colinas metálicas, como gigantescas fortalezas blindadas hechas con un material esponjoso y tornasolado. La mayor parte medio desaparecía bajo una espesa vegetación semejante a la hiedra en la que se ocultaban y deambulaban los peces kithrupianos. Una de las colinas se hallaba en equilibrio inestable en el mismo borde de un auténtico precipicio: la caverna labrada por su propio árbol taladrador, que se disponía a tragarla en cuanto sus raíces hubieran terminado el trabajo de zapa.

El motor del trineo producía una especie de hipnosis con su ronroneo monótono. El control de los instrumentos no era una tarea tan compleja como para mantener ocupada la mente de Toshio; así se encontró, sin haberlo deseado realmente, sumergido en sus pensamientos, en sus recuerdos.

Una trivial aventura, eso es lo que le pareció cuando le propusieron que los acompañara en un viaje por el espacio. Ya había prestado el Juramento de Saltador, y sabían que estaba dispuesto a dejar atrás el pasado. Y, a bordo de aquella nueva nave delfiniana, necesitaban un guardiamarina humano para ayudar en los trabajos manuales y visuales.

El *Streaker* era una pequeña nave de exploración única en su género. No había muchas razas provistas de aletas que respiraran oxígeno, volando por el espacio interestelar. Algunas usaban la gravedad artificial por conveniencia, y pocos miembros de estas especies eran aptos para formar parte de una tripulación.

Pero el primer navío espacial de tripulación delfiniana debía ser diferente. Estaba diseñado basándose en un principio que había guiado a los terrestres desde hacía dos siglos: «Siempre que sea posible, se debe actuar con sencillez. Se ha de evitar el uso de la ciencia de los *galácticos* cuando no se comprenda totalmente».

Doscientos cincuenta años después del contacto con la civilización galáctica, la Humanidad continuaba avanzando para eliminar su propio retraso. Las razas extraterrestres que utilizaban la antiquísima Biblioteca desde tiempos muy anteriores a la aparición de los primeros mamíferos sobre la Tierra, manifestando al mismo tiempo una lentitud glacial para agregar datos a aquel universal compendio del saber, a los primitivos terrestres les parecieron casi dioses en aquellas rudimentarias, pesadas y lentas astronaves. Pero la Tierra tenía ahora una conexión con la Biblioteca, que supuestamente le daba acceso a todos los conocimientos acumulados durante la Historia galáctica. Pero sólo en los últimos años había llegado a ser una ayuda en lugar de una fuente de confusiones.

El *Streaker*, con su compleja distribución de piletas mantenidas por centrifugación y los talleres de baja gravedad, debía parecer increíblemente arcaico a los alienígenas que fueron a inspeccionarlo antes de su lanzamiento. Aun así, para las comunidades neodelfinianas de la Tierra era un motivo de orgullo.

Después del crucero de ensayo, la nave había hecho escala en la pequeña colonia humano-delfiniana de Calafia, para reclutar a la élite de los diplomados de su minúscula Academia. Aquélla había de ser la primera y, quizá, la última visita de Toshio a «la vieja y querida Tierra».

«La vieja y querida Tierra» era todavía el domicilio del noventa por ciento de la Humanidad, eso sin contar las otras especies terrestres dotadas de inteligencia. Los turistas galácticos todavía se asombraban ante el mundo de los *enfants terribles* que habían causado tal agitación en tan pocos siglos. Hacían apuestas sobre cuánto tiempo podría sobrevivir la Humanidad sin la protección de algún tutor.

Desde luego, *todas* las especies tenían tutores. Ninguna conseguía la inteligencia adecuada sin la intervención de otra raza que hubiera alcanzado antes aquel nivel. ¿Acaso no habían desempeñado el mismo papel los hombres respecto a los chimpancés y los delfines? A lo largo de los millones de milenios que habían transcurrido desde la época de los Progenitores, la mítica raza de los orígenes, cada especie dotada del don de la palabra y capaz de viajar en naves espaciales había recibido educación de un predecesor. Las razas de aquellos tiempos remotos se habían extinguido por completo pero, gracias a la enciclopédica Biblioteca, la civilización fundada por los Progenitores aún seguía viva.

En el destino de los propios Progenitores hallaban su origen numerosas leyendas e incluso religiones francamente contradictorias.

Toshio se preguntaba, como todo el mundo durante los últimos trescientos años, a qué se podrían haber parecido los tutores del hombre... admitiendo que hubieran existido. ¿Podían ser de una de las fanáticas especies que habían tendido la trampa en la que había caído el *Streaker* sin desconfiar y que, en aquellos momentos, corrían tras su pista como una jauría tras su presa?

Aquel hilo de pensamientos no era muy agradable de seguir si se pensaba en lo que el *Streaker* había descubierto.

El Concejo de Terragens lo había enviado como refuerzo de una flota de exploración, dispersa por toda la galaxia, que tenía por misión verificar la exactitud de los datos suministrados por la Biblioteca. Hasta entonces, ésta no había fallado más que en ínfimos detalles. Un error en las coordenadas de una estrella, una especie mal catalogada. Era como si se tratara de comprobar que cada uno de los granos de arena de una playa respondía a una descripción exhaustiva que alguien hubiera hecho de todos ellos. Incluso consagrando a la tarea mil generaciones, no se podría verificar nunca la totalidad, pero siempre era posible comprobar ciertos datos tomados al azar.

El *Streaker* había sido empujado a través de un pequeño depósito de marea gravitacional, situado a cincuenta mil parsecs del plano de la galaxia, cuando descubrió a la Flota.

Toshio suspiró al pensar de nuevo en la mala jugada que les había hecho el azar. Ciento cincuenta delfines, siete humanos y un chimpancé; ¿cómo podíamos encontrar lo que buscábamos?

¿Por qué teníamos que encontrarlo precisamente nosotros?

Cincuenta mil naves, cada una de ellas del tamaño de una luna. Aquello fue lo que encontraron. Los delfines se habían entusiasmado con el descubrimiento... el mayor cementerio de naves jamás visto... y, por todos los datos, de una antigüedad increíble. El capitán Creideiki había conectado con la Tierra para pedir instrucciones.

¿Por qué diablos había llamado? ¿No podía haber esperado a volver para presentar el informe? ¿Por qué estuvo gritando en presencia de todos los oídos indiscretos de la galaxia que había descubierto un montón de antiquísima chatarra en medio de ninguna parte?

El Concejo de Terragens respondió, en código, inmediatamente:

—Ocúltense. Recibirán instrucciones. No respondan.

Creideiki había obedecido, naturalmente, pero no antes de que la mitad de las razas tutoras de la galaxia hubieran lanzado sus flotas de guerra tras los pasos del *Streaker*.

Toshio parpadeó.

Algo. ¿Al fin una resonancia? Sí. El detector magnético indicaba un débil eco hacia el sur. Se concentró en el receptor, aliviado por tener algo que hacer. Estaba resultándole insoportable compadecerse de sí mismo.

Sí, y además aquello tenía todo el aspecto de ser un yacimiento importante. ¿Debía avisar a Hikahi? Era cierto que la búsqueda de los fines desaparecidos era prioritaria, pero...

Lo envolvió una sombra. La expedición estaba rodeando una enorme colina metálica, cuyas paredes de color cobre parecían tapizadas por los verdes y carnosos ramajes de alguna planta trepadora.

—No te acerques tanto, Manos Pequeñas —silbó desde su izquierda Keepiru. Eran los únicos que estaban junto al montículo. Los otros fines habían dado un amplio rodeo—. Lo ignoramos todo sssobre esta flora —siguió el delfín—, y fue por aquí por donde vieron a Phip-pit por última vez. Estarías más ssseguro con el resto del grupo.

Keepiru giró lánguidamente ante Toshio, manteniéndose a su altura con suaves golpes de la aleta caudal. Los brazos de su arnés brillaban con los reflejos cobrizos de la colina metálica.

—Lo más importante es tomar muestras, ¿verdad? —dijo Toshio, furioso—. ¡Y además, para eso estamos aquí!

Sin dejar que Keepiru pudiera reaccionar, dio la vuelta y dirigió el trineo hacia el montículo.

Penetró en una región de tinieblas donde los rayos del sol de mediodía desaparecían al interponerse la masa de la isla. Mientras abordaba, dando un rodeo, la espesa y fibrosa vegetación submarina, un banco de peces de lomos plateados pareció

explotar ante él.

A su espalda, pudo escuchar a Keepiru gritar en primal un juramento perfectamente revelador de la angustiada sorpresa del delfín. Toshio sonrió.

La colina se alzaba como un acantilado a la derecha del trineo, cuyo ruido parecía dar valor a Toshio. Inició un giro inverso y agarró la rama verdosa más cercana. Con gran satisfacción, sintió en la mano la resistencia y luego cómo se desprendía la planta al ser arrancada de su soporte. ¡Un fin no hubiera podido hacer aquello! Flexionó los dedos con un gesto apreciativo antes de volverse para guardar la mata en uno de los sacos de muestras.

Fue entonces cuando notó que la masa verde parecía haberse aproximado. Keepiru lanzaba gritos cada vez más penetrantes.

¡Llorón!, pensó Toshio. Voy a permitirme el lujo de soltar por un momento los mandos, y no voy a volver con tu maldito grupo hasta que no hayas terminado con tu retahíla de quejas.

Acentuando su bandazo hacia la izquierda, dispuso los alerones de profundidad pero, en un cuarto de segundo, comprendió que acababa de cometer un error táctico: la disminución de velocidad del trineo fue suficiente para que el manojito de lianas lanzadas en su persecución le alcanzase.

Debían existir en Kithrup criaturas marinas de mayor tamaño que las encontradas hasta entonces por la expedición, pues los tentáculos que se abatieron sobre Toshio estaban manifiestamente adaptados para la captura de grandes presas.

—¡Oh, Koino-Anti! ¡Ya lo tengo!

Abrió la válvula al máximo y se agarró para resistir la explosión que iba a producirse.

El poder llegó... pero no la aceleración. El trineo gimió, forzando las largas y fibrosas ramas. Pero el avance no se produjo. Entonces, el motor se paró. Toshio sintió que algo reptaba alrededor de una de sus piernas, luego de la otra. Las lianas empezaban a contraerse y a tirar.

Jadeando, consiguió ponerse de espaldas y, a tientas, buscó sobre su muslo la funda del cuchillo. Los tallos serpentinos estaban cubiertos de unos bultos que se pegaban a todo lo que tocaban y, cuando uno de aquellos nudos entró en contacto con la mano de Toshio, el muchacho no pudo reprimir un grito de dolor.

Los fines se lanzaban ya llamadas agudas y, a corta distancia, Toshio percibió los movimientos de una violenta agitación. Pero excepto para su inconsciente deseo de ser la única víctima de la planta, Toshio no tenía tiempo para pensar en otra cosa que no fuera el combate que iba a librar.

La hoja salió de la vaina lanzando un brillo de esperanza. Esperanza que se vio confirmada, pues dos delgados tallos fueron cortados por las primeras cuchilladas del muchacho. Por el contrario, le hizo falta algo más de tiempo para librarse de un tercero, más grueso, que no tardó en ser reemplazado por otros dos.

Fue entonces precisamente cuando vio el lugar hacia donde lo arrastraba la

vegetación.

Una profunda grieta vertical se abría en el lado de la colina. En el interior, una masa de filamentos esperaba contorsionándose. Muy al fondo, una docena de metros más arriba, algo liso y gris estaba envuelto en un bosque de ramas que oscilaba con una equívoca languidez.

Toshio notó que el vapor que manaba de su boca abierta empañaba el cristal de su máscara. El reflejo de sus propios ojos, desorbitados por el horror, se sobreponía a la inerte silueta de Ssassia. Las olas la acunaban, no con la dulzura que había caracterizado su vida, sino con la de la muerte.

Con un grito de rabia, Toshio siguió desgarrando. Le hubiera gustado llamar a Hikahi para informarla de la suerte de Ssassia, pero los únicos sonidos que se formaban en sus labios eran rugidos de odio hacia el monstruoso vegetal kithrupiano. Diminutos fragmentos de ramas y follaje se esparcían a capricho de los torbellinos a medida que el muchacho se desfogaba entre una nube de violentas cuchilladas que no conseguía impedir que las lianas se multiplicaran a su alrededor arrastrándolo a la falla.

*Trepador de Escalas, poeta de ojos agudos,
Pide auxilio, para que te busquen.
Haz que trine el sonar, a través de la pantalla.*

Era Hikahi.

Por encima de la confusión de la lucha salvaje y el silbido entrecortado de su respiración, Toshio percibió los ecos de la batalla que libraba el resto del destacamento. A los acelerados trinos de un ternario que, a excepción de la breve orden que acababa de recibir, no hacía falta ralentizar para oídos humanos, se mezclaba el crujido de los arneses.

—¡Aquí! ¡Estoy aquí!

Acuchilló un tentáculo que amenazaba su tubo de aire, y estuvo a punto de cortar éste al mismo tiempo. Se humedeció los labios para intentar silbar en ternario.

*Guárdate de los tentáculos del calamar
Que succionan, agarran y desconciertan,
Descargando su cólera sobre Ssassia.*

Puede que la métrica fuese un poco desigual, pero los fines comprenderían mejor aquello que una llamada en inglés. Cuarenta generaciones de contacto con el pensamiento lógico no podían evitar que su mente funcionara más deprisa, en casos de urgencia, cuando se les hablaba con silbidos versificados.

Toshio oyó cómo se iba acercando el combate que sus compañeros sostenían con

la planta. Pero quizá presionados por aquella amenaza, los tentáculos tiraban aún más deprisa de su presa hacia la hendidura. Súbitamente, una liana cubierta de ventosas se enrolló alrededor de su brazo y, antes de que pudiera cambiar de mano el cuchillo, ésta se vio sujeta por una de las ardientes ventosas. Con un aullido de dolor, el muchacho logró desembarazarse de su asaltante, pero el cuchillo había desaparecido en las negras aguas.

Otros filamentos vegetales cayeron sobre él. En aquel momento, Toshio tuvo conciencia de que alguien le estaba *hablando*, lentamente, ¡y en inglés!

—¡... hay naves allí arriba! Al teniente Takkata-Jim le gustaría saber por qué Hikahi no ha enviado un monopolso de confirmación... —Era la voz de Akki; ¡llamaba desde la nave! Pero a Toshio le resultaba imposible contestar a su amigo. Aunque no hubiera tenido preocupaciones más importantes, el botón de la radio no se hallaba a su alcance—. No te esfuerces en contestarme verbalmente —prosiguió Akki. Y Toshio recibió con un gemido aquella involuntaria punzada de ironía, pues, en aquel mismo instante, luchaba por separar un tentáculo de la máscara, al mismo tiempo que vigilaba para no volver a dañarse las manos—. Basta con que envíes un monopolso y te des prisa en volver... todos vosotros. Parece que una batalla espacial está a punto de empezar exactamente encima de Kithrup. Es como si todos esos malditos ETs nos hubieran seguido hasta aquí y fueran a disputarse como en Morgran el privilegio de nuestra captura. Ahora tengo que dejarte. Silencio total de las comunicaciones por radio. Vuelve en cuanto puedas. Akki. Corto.

Toshio sintió que la planta agarraba el tubo de aire. Con mucha fuerza.

—Claro, Akki, viejo amigo —gruñó, mientras intentaba que la liana soltase su presa—. Estaré de vuelta en cuando el Universo me deje hacerlo.

El tubo de aire se obturó a causa de la presión que ejercía el tentáculo... no había nada que Toshio pudiera hacer. Su máscara se empañó. Y, cuando él mismo sintió que caía en las tinieblas, creyó ver a los fines acercándose en su auxilio, aunque no tenía ninguna forma de saber si aquello era real o sólo una alucinación. Nunca hubiera esperado que fuese el propio Keepiru quien encabezase la carga, ni que aquel fin manifestase tanto ardor combativo y, simultáneamente, tanto desprecio por el dolor que le producían las ventosas. No parecía real.

Por último, decidió que era un sueño. Los fognazos del láser eran demasiado brillantes, los tonos del saser demasiado claros. Y el destacamento avanzaba hacia él precedido de banderas ondeantes, la imagen que cinco siglos de civilización humana de lengua inglesa les había hecho asociar con el rescate.

GALÁCTICOS

En un navío, situado en el centro de una flota de navíos, se desarrollaba un proceso de negación.

Gigantescos cruceros se abrían paso a través de un desgarrón en el espacio, para caer hacia el minúsculo punto de brillantez de un desconocido sol rojizo. Caían uno a uno de la luminosa lágrima. Los acompañaba la difractada luz de estrellas de su punto de partida, a centenares de parsecs de allí.

Existían reglas que deberían haberlo impedido. El túnel era un medio antinatural de pasar de un sitio a otro. Negar el orden natural y producir una brecha como aquella en el espacio, exigía la intervención de una voluntad extremadamente poderosa.

El Episíarca, a causa de su radical repudio de Lo Que Existe, había creado el túnel para sus Maestros, los tandu. Y se conservaba abierto por el diamantino poder de su propio ser... por su rechazo a hacer la menor concesión a la Realidad.

Tras el paso de la última astronave, el Episíarca se distrajo voluntariamente y el agujero se cerró sobre sí mismo con una violencia sin sonido. Pocos segundos después, solamente los instrumentos habrían podido decir que aquello había ocurrido. La afrenta a las leyes de la física estaba borrada.

No obstante, el Episíarca acababa de permitir que la armada tandu llegara a los alrededores de la estrella que constituía su objetivo con una amplia ventaja sobre las otras flotas que se disputaban el derecho a capturar la nave terrestre. Los tandu enviaron impulsos de alabanza hacia los centros de placer del Episíarca. Éste gritó y movió su gran cabeza de un lado a otro en señal de gratitud.

Para los tandu, un oscuro y peligroso modo de viajar acababa de demostrar, una vez más, su eficacia. Era muy ventajoso llegar al campo de batalla antes que el enemigo. Aquel tiempo ganado les daría ventaja táctica.

El Episíarca lo único que deseaba era tener algo que negar. Cumplida su tarea, fue llevado a la cámara de las desilusiones, donde alteraría una interminable cadena de realidades esperando que su rebelión fuese otra vez útil para sus Maestros. Su forma amorfa giró libre de la malla sensorial, y salió bamboleándose, escoltado por vigilantes guardianes.

Cuando el camino estuvo libre, el Aceptador apareció, y ascendió sobre sus fusiformes patas hasta su puesto en la malla.

Durante un largo momento, estuvo evaluando la Realidad, aceptándola. Sondeó, tocó y acarició aquella nueva región del espacio con sus vastos sentidos y lanzó un grito de placer.

—¡Cuántas fisuras! —anunció alegremente el Aceptador—. Había oído que la

presa que buscáis es bastante chapucera, pero se hacen notar incluso cuando están alertados por el peligro. Se esconden en el segundo planeta. Lo único que hacen para evitar su localización exacta es bloquear la periferia de sus escudos psíquicos. Y además lo hacen lentamente. ¿Quiénes fueron los tutores de esos delfines que les enseñaron a ser tan buenas presas?

—Sus tutores son humanos, una raza que también está inacabada —respondió el Primer Cazador de los tandu. Se expresaba en rápidas secuencias rítmicas de clics y tacs producidas por las dentadas articulaciones de sus patas de mantis—. Los habitantes de la Tierra están corrompidos por sus falsas creencias y por la ignominia de su propio abandono. Tres siglos de alboroto acabarán cuando sean devorados. Al llegar ese momento, nuestra alegría de grandes cazadores será tan enorme como la tuya cuando vigiles nuevas cosas y lugares.

—¡Será una alegría! —aprobó el Aceptador.

—Ahora, ocúpate de obtener detalles —ordenó el Primer Cazador—. Pronto tendremos que luchar contra los herejes. Debo comunicarles a nuestros pupilos cuáles son sus tareas.

El Aceptador se retrepó en la malla cuando el Primer Cazador se marchó, y abrió los sentidos a aquel nuevo fragmento de Realidad. Todo estaba bien. La criatura empezó a transmitir informes de lo que veía, y los Maestros movieron sus naves de acuerdo con sus datos, pero la mayor parte de la mente del Aceptador estaba apreciando... aceptando... aquel minúsculo sol rojizo, cada uno de los pequeños planetas que giraban a su alrededor, la deliciosa expectativa de un lugar que muy pronto iba a transformarse en un campo de batalla.

Pronto sintió que las otras flotas de guerra entraban en el sistema, cada una por su propio camino, y tomaban posiciones alrededor de sectores estratégicos menos propicios debido a la anticipada llegada de los tandu.

El Aceptador percibió las ansias de combate de los pupilos guerreros y los fríos cálculos de sus más serenos tutores. Acarició el pulimento de las pantallas psíquicas alzadas contra sus investigaciones y se preguntó qué esconderían. Apreció la franqueza de otros combatientes que proyectaban descuidadamente sus pensamientos hacia el exterior, desafiando a quien los escuchara a recoger su emisión de desprecio.

También descubrió feroces proyectos sobre su propia inhabilitación, cuando las grandes flotas se precipitaron unas contra otras y las brillantes explosiones empezaron a desgarrar la noche del espacio.

El Aceptador lo tomaba todo alegremente. ¿Cómo tener otra sensación cuando el Universo ocultaba tales maravillas?

TAKKATA-JIM

En la parte alta de la sección de babor de la esférica sala de mando del *Streaker*, una psiquioperadora empezó a agitarse en su arnés. Su aleta caudal batió furiosamente el agua y gritó en ternario:

¡Los calamares nos han descubierto!
¡Bancos enteros nos atacan!

El informe de la operadora no hacía más que confirmar el descubrimiento que había hecho el detector neutrino unos minutos antes. Era una letanía de malas noticias relatadas en enajenada estrofa:

Gritan y se afanan
Para vencer y capturar...

Desde otra estación llegó un informe menos histérico en un ánglico con fuerte acento delfiniano.

—Estamos registrando un fuerte tráfico gravitacional, teniente Takkata-Jim. Las perturbaciones confirman que una gran batalla ssse está desarrollando no lejos del planeta.

El segundo de a bordo del *Streaker* escuchó el informe tranquilamente, dejándose llevar un poco por las corrientes de circulación del centro de control. Una columna de burbujas salió de su hocico cuando inhaló el líquido especial que llenaba el puente de la nave.

—Recibido —dijo finalmente. Bajo el agua, su voz no era más que un zumbido apagado en el que las consonantes estaban completamente difuminadas—. ¿A qué distancia se encuentra el enfrentamiento más próximo?

—A cinco unidades astronómicas, ssseñor. Es imposible que alcancen el planeta antes de una hora, incluso aunque cayeran a plomo.

—Ah, bien... De acuerdo. Sigue en fase amarilla y continúa con las observaciones, Akeakemai.

El teniente de navío Takkata-Jim tenía una complexión poco común en los neodelfines, la anchura de su cuerpo y su musculatura eran mayores que las de los demás. Presentaba las características de la subespecie *stenos*: una epidermis tachonada con varios tonos de gris y una dentadura triangular, lo que le colocaba, como a otros de sus congéneres de a bordo, al margen de la mayoría de *tursiops*.

El humano que se hallaba a su lado permanecía impasible ante las malas noticias que llegaban, ya que éstas sólo confirmaban sus temores.

—Lo mejor que podríamos hacer es informar al comandante —dijo Ignacio Metz, cuya voz, en el agua efervescente, era amplificada por la máscara, mientras que de los escasos y grises cabellos que coronaban su alta silueta manaban columnas de burbujas—. Le indiqué a Creideiki que ocurriría esto si intentábamos eludir a los *galácticos*. Sólo espero que, ahora que no podemos escapar, decida mostrarse razonable.

Takkata-Jim abrió y cerró la boca diagonalmente, lo que era un modo enfático de mostrar su conformidad.

—Cierto, doctor Metz. A Creideiki ya no le queda másss remedio que admitir que teníamos razón. Estamos arrinconados y al comandante no le queda otra alternativa que escucharle.

Metz agachó la cabeza, satisfecho.

—¿Y qué hay de la expedición de Hikahi? ¿Está informada?

—Ya les he ordenado que vuelvan. Inclusive el trineo puede constituir un riesgo. Si los ETs están ya en órbita, pueden detectarle.

—Los extraterrestres —rectificó Metz con un automatismo profesoral—. El término «ET» es bastante descortés.

Takkata-Jim mantuvo el gesto impasible. Como si no fuera bastante trabajoso gobernar la nave cuando el capitán Creideiki no estaba de servicio, aquel humano tenía la manía de tratarle como si fuera un niño pequeño en un parvulario. Era particularmente irritante, pero procuraba que el doctor Metz nunca supiera que su actitud le molestaba.

—Sí, doctor Metz —dijo.

—Ese destacamento —añadió el hombre— nunca debió salir de la nave. Ya advertí a Tom Orley que podía ocurrir algo como lo que está ocurriendo. El joven Toshio... y todos esos fines de la tripulación. ¡Sería *terrible* que les pasara algo!

Takkata-Jim creía saber lo que Metz tenía en mente. El humano estaba pensando, probablemente, en lo terrible que sería que los tripulantes del *Streaker* se dejaran matar lejos de su vista... sin que le fuera posible observar su comportamiento ante la muerte para poder aportarlo a sus estudios genéticos.

—Todo sería distinto si Creideiki le hubiera escuchado, ssseñor —repitió Takkata-Jim—. Usted siempre tiene mucho que decir.

Puede que se hubiera propasado un poco. Pero si el humano atravesó la respetuosa máscara de Takkata-Jim para llegar al núcleo del sarcasmo, no lo mostró.

—Es muy amable lo que acaba de decir, Takkata-Jim. Y muy perspicaz. Sé que tiene muchas cosas que hacer ahora, así que buscaré una línea libre para que Creideiki le releve en el puesto. Voy a anunciarle suavemente que nuestros perseguidores nos han seguido hasta aquí.

Con deferencia, Takkata-Jim saludó al hombre con una inclinación de cabeza,

ejecutada en una impecable postura vertical.

—Muy amable, doctor Metz. Es un verdadero favor el que me hace.

Metz palmeó el áspero costado del teniente como si quisiera tranquilizarlo. El fin soportó aquel gesto tutorial con una calma aparente, mirando con fijeza al humano mientras éste le daba la espalda y se alejaba nadando.

El puente era una esfera llena de líquido, que sobresalía ligeramente por encima de la proa del cilíndrico navío. Las escotillas principales del puesto de mando daban a un lóbrego paisaje de colinas y sedimentos oceánicos poblado de criaturas submarinas.

La cadena de puestos de trabajo de la tripulación estaba iluminada por pequeños puntos de luz. La mayor parte de la sala estaba sumida en la penumbra mientras el personal de élite que trabajaba en el puente se dedicaba a sus tareas con celeridad y en un silencio casi absoluto. Excepto el sibilante sonido del reciclador de agua, no se percibían más ruidos que la intermitente pulsación del sonar o los comentarios profesionales que intercambiaban ocasionalmente los operadores entre sí.

Hay que reconocerle a Creideiki lo que se le debe, pensó Takkata-Jim. Ha formado un buen equipo en el puente de mando.

Naturalmente, los delfines no tenían la misma consistencia que los humanos. No se podía prever lo que harían en casos extremos, ya que nunca se les había visto actuar en tales condiciones. De todos modos, aquella tripulación trabajaba tan bien como cualquier otra que él hubiese conocido. Pero, ¿sería suficiente?

Los ETs captarían la menor señal de radio, la más mínima fuga psi, y caerían sobre ellos como una bandada de orcas cae sobre las focas.

Los fines del grupo de exploración están más seguros allí abajo que sus camaradas que se han quedado en la nave, pensó Takkata-Jim, no sin cierta amargura. Metz se ha portado como un idiota al preocuparse por ellos. Probablemente, están pasándolo bien.

Intentó acordarse de lo que era nadar libremente en el océano, sin arnés, respirando aire de verdad. Intentó verse a sí mismo sondeando cada vez más abajo en aquellas aguas de los *stenos*, donde los *tursiops*, con su gran boca y su querencia por la orilla, eran tan raros como los *dugongos*.

—Akki —le preguntó al radio operador de ELF, el joven delfín guardiamarina originario de Calafia—, ¿has recibido confirmación de Hikahi? ¿Ha recibido el aviso?

Aquel colonial era un pequeño fin de una variante de los *tursiops*, de color gris amarillento, y demostraba cierta vacilación al contestar. No estaba acostumbrado a respirar y hablar simultáneamente en el oxiagua, una práctica que exigía el empleo de un dialecto bastante extraño de inglés subacuático.

—Lo si-siento, teniente, no he obtenido respuesta. He buscado un monopolso en todos los ca-canales. Y nada.

Takkata-Jim movió la cabeza irritado. Hikahi debía considerar que hasta un

monopulso sería un riesgo considerable. Sin embargo, una contestación habría echado sobre sus espaldas el peso de una decisión desagradable.

—Mmm, ¿señor? —dijo Akki, inclinando el hocico y con la cola respetuosamente baja.

—¿Sí?

—¿Debemos repetir el mensaje? Puede que la primera... la primera vez estuvieran distraídos y no lo oyeran.

Como todos los delfines de Calafia, Akki estaba muy orgulloso de su ánglico de acento culto. Tener problemas con frases tan simples le sacaba de quicio.

Aquello fastidió a Takkata-Jim. Si había un término ánglico que se podía traducir perfectamente en ternario, era el de presumido. Takkata-Jim no tenía la menor piedad con un guardiamarina presumido.

—No, operador. Tenemos órdenes estrictas. Si el comandante desea hacer una nueva tentativa cuando esté aquí, que la haga. Y mientras esperamos, vuelve a tu trabajo.

—Bien, teniente —dijo el joven delfín, dando media vuelta para volver a su puesto, cuya cúpula le permitía respirar aire en lugar de engullir agua como un pez. Allí, al menos, podría hablar como todo el mundo mientras esperaba noticias de su mejor amigo, el guardiamarina humano que nadaba en alguna parte de aquel enorme océano desconocido.

A Takkata-Jim le hubiera gustado que el comandante se apresurase a ocupar su lugar. La amplia sala de mando le daba una mortal impresión de agobio. Respirar la efervescente oxiagua siempre le producía un terrible cansancio cuando salía de guardia. Aquel fluido nunca parecía suministrar el suficiente oxígeno y, como revancha de la naturaleza burlada, aquellas branquias de que le habían dotado le molestaban atrocemente. En cuanto a las píldoras que tenía que tragar para que el oxígeno penetrara en su sangre a través de la pared intestinal, le producían ardores de estómago.

Una vez más, su mirada cayó sobre Ignacio Metz. El científico de grises cabellos, agarrado a un montante y con la cabeza metida en una cúpula de aire, estaba llamando a Creideiki. En cuanto acabara, lo más probable era que volviese por allí. El hombre no cesaba de acechar, de observar; y en su presencia, el segundo del *Streaker* siempre tenía la impresión de ser una cobaya.

Sin embargo, pensó que necesitaba un amigo entre los hombres. Eran los delfines quienes gobernaban la nave, pero la tripulación parecía manifestar mayor interés en obedecer cuando el oficial que daba una orden tenía la confianza de un miembro de la raza tutora. Creideiki se apoyaba en Tom Orley, Hikahi en Gillian Baskin y el compañero humano de Brookida era el jefe mecánico Suessi.

Hacía falta que Metz fuera el hombre de Takkata-Jim. Por fortuna, Metz era

bastante manipulable.

Los informes de la batalla espacial se sucedían ahora con rapidez. Parecía que iba a afectar a la periferia completa del planeta. Por lo menos, había cinco enormes flotas enzarzadas en la lucha.

Takkata-Jim reprimió un súbito deseo de volverse y morder cualquier cosa, de golpear fuertemente con su cola. Le hubiera gustado tener algo palpable contra lo que batirse, en vez de sentir aquel terror sobre ellos.

Después de semanas de huida, el *Streaker* estaba atrapado. ¿Qué nueva añagaza inventarían Creideiki y Orley para escapar de nuevo?

¿Qué pasaría si no conseguían trazar ningún plan? O, peor aún, si trazaban uno tan descabellado que los condujera hacia la muerte. ¿Quién podría rescatarlos en ese caso?

Takkata-Jim dio vueltas y vueltas al problema para mantener su mente ocupada mientras esperaba que llegara el comandante para relevarlo.

CREIDEIKI

Era el primer sueño reparador que conseguía desde hacía varias semanas. Naturalmente, también había sido interrumpido.

Era habitual en Creideiki descansar en gravedad cero, suspendido en aire húmedo. Pero durante el tiempo que tuvieron que permanecer escondidos, los lechos antigraavedad estaban proscritos. No quedaba otra solución para un delfín que dormir sumergido en líquido.

Hacía ya una semana que se entrenaba para respirar oxiaqua durante el sueño, sin otro resultado que pesadillas y una agotadora sensación de agobio.

Makanee, la médico de la nave, le había sugerido que durmiera a la vieja usanza, dejándose llevar por la corriente en la superficie de una de las piletas. Y Creideiki había decidido probarlo.

Primero se aseguró de que había una confortable capa de aire bajo el techo de la cabina; luego, verificó tres veces el funcionamiento de las alarmas de control de las tasas de oxígeno. Sólo entonces, salió de su arnés, apagó la luz, subió a la superficie y expulsó el oxiaqua de sus branquias.

Y aquello fue realmente un alivio.

Sin embargo, apenas se halló tendido allí, los pensamientos empezaron a invadir su mente, mientras la ausencia del arnés le hacía sentir en su piel algo similar a pinchazos. Era consciente de que todo aquello rozaba la irracionalidad. Los humanos anteriores a los vuelos espaciales, con sus sociedades primitivas y neuróticas, debían haber tenido las mismas sensaciones cuando estaban desnudos.

¡Pobre *Homo sapiens*! La historia de la Humanidad revelaba muchos sufrimientos durante todos aquellos milenios de adolescencia anteriores al Contacto, cuando eran ignorantes y se mantenían apartados de la sociedad galáctica.

Y mientras tanto, ellos, los delfines, habían vivido casi en estado de gracia, amontonados en su rincón del Sueño Cetáceo. Cuando los hombres al fin llegaron a la edad adulta y empezaron a educar a las criaturas más evolucionadas de la Tierra para que se unieran a ellos, los delfines de la especie *amicus* aceptaron sin dificultad el cambio de una condición honorable por otra.

Pero también nosotros tenemos nuestros propios problemas, se recordó a sí mismo. Lo dominaban ardientes deseos de rascarse la base de su conexión neural con el amplificador, justo encima del ojo, pero no veía modo de hacerlo sin llevar puesto el arnés.

Flotó en la superficie, en la oscuridad, esperando al sueño. De hecho, ya estaba descansando al sentir las pequeñas ondulaciones lamiéndole la piel por encima de los ojos. Y el aire real era mucho más relajante que el oxiaqua.

Pero no podía escapar a la vaga angustia del hundimiento... como si fuera un peligro real hundirse en el oxiagua... como si millones de delfines no hubieran dormido de aquella manera durante toda su vida.

También le desconcertaba su hábito espacial de mirar hacia arriba. Cada vez que lo hacía, veía la cúpula del techo a pocos centímetros de su aleta dorsal. Aun con los ojos cerrados, el sonar le recordaba la cercanía del techo. No podía dormir sin emitir clics de localización, como un chimpancé no podía dejar de rascarse durante la siesta.

Creideiki bufó. ¡Era mejor desembarcar si permitía que las necesidades de la nave le produjeran insomnio! Suspiró enfáticamente y comenzó a contar los chasquidos del sonar. Empezó con ritmo de tenor y luego lentamente elaboró una fuga a medida que agregaba elementos más profundos a su canción de sueño.

Los ecos procedían de su frente e invadían la pequeña cámara. Las notas se deslizaban una tras otra, sobreponiéndose suavemente para formar leves gemidos y protestas de bajo. Creaban una estructura sonora, un modelo de *diversidad*. Las combinaciones correctas, como sabía el propio Creideiki, tendrían el poder de lograr que los muros desaparecieran en apariencia.

Con toda deliberación, alejó de sí el riguroso sentido del deber del Keneenk... y dio la bienvenida a una porción de esperanza del Sueño Cetáceo.

*Quando las normas
En el cicloide
Evoquen susurrando
Gratos recuerdos
Que hablan de
Canciones de alborada
Y de la luna
Amante de la marea,
Entonces las normas
En el cicloide
Evocan susurrando
Gratos recuerdos...*

La cubierta, las cabinas, las paredes, estaban tapizadas de falsas sombras sónicas. Su canto empezó a producir, sobre sus propios acordes, un rico y palpable poema de artificiosos reflejos.

Había cosas que flotaban, leves agitaciones de la aleta caudal de bancos de criaturas oníricas. Los ecos ampliaron el espacio que lo rodeaba, como si las aguas se hubieran ido para siempre.

Y el eterno

*Mar de los sueños
Evoca susurrando
Gratos recuerdos...*

De pronto, sintió una presencia cercana que, poco a poco, tomaba cuerpo fuera de sus pensamientos.

Se materializó lentamente junto a él, en la manera que su conciencia de técnico podía percibirla... la sombra de una diosa. Entonces Nukapai flotó ante él... un fantasma ondulante, provisto de sonido. El negro lustre de su cuerpo volvió a hundirse en la oscuridad, sin que se interpusiera el tabique que parecía no existir.

La visión se extinguió. El agua se ensombreció alrededor de Creideiki y Nukapai se convirtió en algo más que una sombra, en algo más que una pasiva receptora de su canción. Creideiki vio brillar las finas puntas de sus dientes, y ella cantó su respuesta.

*En la intimidad
De las aguas,
En un lecho de sueño
Sin fin,
La vieja ballena
Canta canciones
A los pensativos peces.
Allí tú me encuentras
Hermano errabundo,
Incluso en este
Ritmo humano
Con el que ellos
Y otros andantes
Alegran
A las mismas estrellas...*

Algo parecido a la felicidad se apoderó de él mientras ralentizaba su ritmo cardíaco. Creideiki se dormía y, a su lado, la dulce diosa del sueño sólo le reprochaba entre bromas haberla evocado con la versificación precisa y rígida del ternario, en lugar de con el caótico primal de sus ancestros.

Nukapai lo introdujo en el Mar del Umbral, donde bastaba con el ternario, donde Creideiki sólo percibía de un modo impreciso el tumultuoso Sueño Cetáceo y las inmemoriales divinidades que moraban en aquel mar. Al menos, eso era lo máximo que podía aceptar la mente de un ingeniero astronáutico.

Sin embargo, y aunque a Creideiki le resultase rígida, la versificación ternaria, su superposición de tonos y sus símbolos tenían una precisión casi humana... casi una

minuciosidad humana.

Lo habían educado para que en ello viera cualidades. Una gran parte de su cerebro había sido concebida genéticamente siguiendo criterios humanos. No obstante, de vez en cuando, sonidos e imágenes caóticos se deslizaban en su conciencia y hacían que se reflejaran en ella antiguas canciones.

Nukapai emitió un comprensivo chasquido. Luego sonrió...

¡No! ¿Cómo iba a hacer una cosa semejante? De todos los cetáceos, sólo el neodelfín sonreía con la boca.

Y Nukapai hizo algo más. Ella, la más gentil de las diosas, tocó el costado de Creideiki, y le dijo:

*Quédate en paz,
Esto es lo que es...
Y los ingenieros
Que están lejos del océano
También lo oyen.*

La tensión de varias semanas se rompió al fin y Creideiki se durmió. Su respiración depositó en el techo una brillante película de condensación. Una corriente de aire de un conducto vecino la licuaba, y hacía que pequeñas gotas oscilaran momentos antes de caer sobre la superficie del agua como una suave lluvia.

Cuando la imagen de Ignacio Metz se destacó a su derecha, Creideiki empezó a tomar conciencia de ello muy lentamente.

—Comandante —dijo la imagen—, le llamo desde el puente. Temo que los galácticos nos hayan encontrado antes de lo que esperábamos...

Creideiki hizo todo lo posible para ignorar aquella suave voz que intentaba llevarlo nuevamente a la acción y al combate. Se detuvo en un ondulante bosque de algas marinas para escuchar los sonidos de la noche. Por último, fue la propia Nukapai quien lo sacó del sueño. Apartándose de él, le recordó dulcemente:

*El deber es el deber... el honor es el
Honor, Creideiki. Estar siempre
Alerta es Honor.*

Sólo a Nukapai le era factible dirigirse impunemente a Creideiki en primal. Ante la imposibilidad de ignorar la orden de la diosa y la voz de su propia conciencia, acabó por mirar el holograma del insistente humano y dejó que las palabras penetraran en su mente.

—Gracias, doctor Metz —suspiró—. Dígale a Takkata-Jim que voy en seguida. Y, por favor, avise a Tom Orley. Me gustaría verlo en el puente. Creideiki. Corto.

Inhaló profundamente durante unos momentos, mientras la cabina volvía a formarse a su alrededor. Luego se arqueó y se sumergió para recuperar su arnés.

TOM ORLEY

Un hombre alto y de cabellos negros se balanceaba, sujetándose con una mano a los pies de la cama; una cama encastrada en el suelo de una cabina invertida. El suelo estaba sobre la cabeza del hombre, su pie derecho se apoyaba en equilibrio precario sobre el fondo de un cajón abierto que sobresalía de uno de los armarios colocados en las paredes.

Ante el súbito fogonazo amarillo de la luz de alerta, Tom Orley giró sobre sí mismo y dirigió su mano libre hacia la pistolera. Empezaba a sacar la pistola de agujas cuando comprendió el origen de la perturbación y, con un juramento que estuvo a punto de eternizarse, volvió a enfundar el arma. ¿Cuál sería la emergencia aquella vez? A primera vista, podía imaginarse una buena docena de respuestas para aquella pregunta; y, fuera cual fuese la contestación, le encontraría colgando de un brazo en la parte más extraña de la nave.

—He establecido contacto, Thomas Orley.

La voz parecía provenir de un punto situado cerca y por encima de su oído derecho. Tom cambió de asidero en los pies de la cama para poder volverse y ver cómo giraba, a un metro escaso de su rostro, una figura tridimensional que parecía formada por partículas multicolores pegadas al rostro de un diablo.

—Supongo que deseará conocer el motivo de la alarma, ¿verdad?

—¡Estás tan condenada como yo! —bramó—. ¿Nos están atacando?

—No —respondió la imagen mientras se modificaba—. Todavía no, pero el teniente Takkata-Jim ha decretado el estado de alerta. Por lo menos cinco flotas se encuentran en las cercanías de Kithrup, y parece que están combatiendo entre sí.

Orley suspiró.

—Razón de más para acabar cuanto antes con las reparaciones y largarse. —Tom nunca había creído realmente en la posibilidad de escapar de sus perseguidores. Cuando se escabulló, aprovechando la confusión de la emboscada de Morgran, el averiado *Streaker* había dejado a sus espaldas un rastro demasiado notorio.

Tom había ayudado a los fines de la sala de máquinas a reparar el generador de estasis. En cuanto acabó con la parte manual y visual, que era de su incumbencia, le pareció llegado el momento propicio para eclipsarse hacia el desierto sector de la rueda seca donde tenía escondida la computadora Niss.

La rueda seca era una franja de talleres y camarotes que giraba libremente alrededor de su eje cuando la nave estaba en el espacio, proporcionando a los humanos una sensación de falsa gravedad. En aquellos momentos estaba inmóvil y toda la sección de habitaciones y corredores había sido abandonada a causa de la incómoda gravedad del planeta.

A Tom le gustaba la intimidad, aunque la disposición del mobiliario fuera fastidiosa.

—No es necesario que me informes si yo no acciono el interruptor manual —dijo—. Debes aguardar mis huellas y mi identificación vocal para que yo no llegue a creer que eres algo más que un aparato estándar.

Los remolinos adoptaron formas cubistas, pero la voz de la máquina no indicaba la menor turbación.

—Me he tomado esta libertad debido a las circunstancias. Si me he equivocado, estoy dispuesta a soportar las consecuencias disciplinarias hasta el nivel tres. Cualquier castigo de un nivel superior estaría injustificado y sería rechazado oficialmente.

Tom sonrió con ironía. Aquella máquina lo iba a colocar en una situación embarazosa, si la dejaba, y él no ganaría nada haciendo valer su capacidad de mando sobre ella. El espía tymbrimi que le había prestado la Niss dejó claro el hecho de que su eficacia provenía de su flexibilidad e iniciativa, por molestas que pudiesen llegar a ser.

—Tomo nota del nivel de error tolerado para su posterior examen —le dijo a la Niss—. Ahora veamos, ¿qué puedes decirme sobre la situación actual?

—Ésa es una pregunta muy vaga. Para usted, puedo acceder al ordenador de combate de la nave, pero eso comporta ciertos riesgos.

—No, de momento es mejor que no lo hagas.

Si la Niss intentaba introducirse en el ordenador de combate durante una alerta, el estado mayor de Creideiki podría percibirlo. Tom suponía que Creideiki estaba al corriente de la presencia a bordo de aquella máquina, lo mismo que sabía que Gillian Baskin desarrollaba un proyecto secreto, pero el delfín comandante siempre se había abstenido de hacer el menor comentario al respecto y permitía que los dos humanos realizaran sus trabajos como mejor les pareciese.

—Está bien así —añadió después—. ¿Puedes conectarme con Gillian?

El holograma empezó a bailar proyectando centelleos azules.

—Está sola en su oficina. Paso la llamada.

Las motas de polvo se desvanecieron bruscamente y fueron reemplazadas por la imagen de una mujer rubia de unos treinta años. Lo primero que mostró el rostro de la mujer fue perplejidad; luego se iluminó con una sonrisa que acabó en carcajada.

—Ya veo que estás con tu amiguita electrónica. Dime, Tom, ¿qué tiene esa sarcástica máquina que no tenga yo? Nunca has estado tan separado de mí.

—¡Muy gracioso! —Sin embargo, la broma de Gillian alivió un poco la angustia que sentía desde que tuvo noticias de que la nave estaba en estado de alerta. Le atemorizaba la idea de tener que luchar casi inmediatamente. Con una semana más de tiempo, el *Streaker* hubiese sido capaz de hacerse tomar en cuenta, antes de ser destruido o capturado. Pero en aquellos momentos, tenía tanta posibilidad de defensa como un conejo drogado—. Según mis noticias, los *galácticos* todavía no han llegado

a este planeta.

—No —respondió Gillian sacudiendo la cabeza—. Pero por si acaso, Makanee y yo estamos de guardia en la enfermería. Los fines del estado mayor dicen que hay por lo menos tres flotas que han surgido en el espacio próximo. Se han enfrentado con tanta rapidez como en Morgran. Esperemos que se destruyan mutuamente.

—Más vale no hacerse muchas ilusiones con eso.

—Bueno. Tú eres el experto táctico de la familia. Sin embargo, podrían pasar semanas antes de que el vencedor bajara para capturarnos. Habrá tratados, alianzas de última hora, y eso nos dará tiempo para encontrar alguna solución.

A Tom le hubiera gustado compartir su optimismo. Como «experto táctico de la familia» su trabajo consistía en «encontrar alguna solución».

—Bien. Si la situación no es tan urgente...

—No creo que lo sea. Todavía te puedes pasar un buen rato con mi rival cibernética. Yo voy a devolverte la pelota cultivando unas relaciones más íntimas con Herbie.

Tom sacudió la cabeza sin molestarse en contestar. Herbie era un cadáver; el único botín tangible que habían obtenido de la flota abandonada. Gillian había determinado que la momia extraterrestre tenía más de dos billones de años, pero la mini-Biblioteca de a bordo parecía sufrir de apoplejía cada vez que se le preguntaba a qué raza había pertenecido Herbie.

—Muy bien. Dile a Creideiki que iré en seguida. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Tom. Se está despertando precisamente ahora. Le diré que no tenías los pies en el suelo la última vez que te vi. —Le guiñó un ojo y cortó la comunicación.

Tom observó durante un momento el lugar que había ocupado la imagen de Gillian, preguntándose, una vez más, qué había hecho para merecer una mujer como aquella.

—Curiosidad aparte, Thomas Orley, algunos matices de la conversación que acaba de mantener con la doctora Baskin despiertan mi interés. ¿Estoy en lo cierto al suponer que esas palabras moderadamente insultantes que ella le ha dirigido pueden incluirse en la categoría de bromas afectuosas? Por supuesto, mis constructores *tymbrimi* son seres telepáticos, pero también ellos parecen disfrutar con ese tipo de distracciones. ¿Forman parte del proceso de acoplamiento? ¿O es una forma especial de demostrar amistad?

—Creo que un poco de las dos cosas. ¿Es verdad que los *tymbrimi* hacen también el mismo tipo...? —Se mordió la lengua—. No importa. Empieza a dolerme el brazo y voy a tener que bajar muy pronto. ¿Tienes algo más que decirme?

—Nada que sea de importancia vital para su supervivencia o para su misión.

—Supongo que no has conseguido obtener de la mini-Biblioteca ningún dato sobre Herbie o sobre la flota abandonada.

El holograma cambió a claras figuras geométricas.

—Éste es el problema esencial, ¿no es cierto? La doctora Baskin me hizo la misma pregunta la última vez que recurrió a mis servicios, hace trece horas.

—¿Y le diste una respuesta más clara que la que me estás dando a mí?

—Encontrar los medios para burlar la programación de acceso a la mini-Biblioteca de a bordo es la principal razón de mi presencia en la nave. Si lo hubiera conseguido, se lo habría dicho. —La voz sin cuerpo de la máquina era lo bastante seca para dejar a un melón sin jugo—. Hace mucho tiempo que los *tymbrimi* sospechan que el Instituto de la Biblioteca no es del todo neutral... que las conexiones de la Biblioteca vendidas por éste están programadas con sutiles errores o informaciones incompletas para colocar a ciertas razas molestas en situación de desventaja. Los *tymbrimi* ya estaban trabajando para solucionar este problema cuando sus ancestros aún vestían pieles de animales, Thomas Orley. Nunca se ha esperado que este viaje de exploración diera más resultado que la consecución de un pequeño número de nuevos datos fragmentarios, y quizá la eliminación de algunos pequeños obstáculos.

Orley comprendía que la máquina, con su larga vida, pudiera adoptar una postura tan conformista. Sin embargo, se daba cuenta de que él se sentía ofendido por ella. Hubiera sido agradable pensar que el *Streaker* y sus tripulantes no vivían aquel calvario en vano.

—Después de todo lo que hemos encontrado —sugirió—, este viaje debería servir para algo más que para que tú consigas unos cuantos bits nuevos.

—La propensión de los terrestres a meterse en problemas, y para aprender de ello, fue la razón principal de que mis propietarios accedieran a embarcarme en esta aventura loca, aunque nadie esperaba tal cadena de extrañas calamidades como la que ha caído sobre la nave. Vuestra capacidad en ese terreno fue subestimada.

No había nada que se pudiera contestar a aquello y, además, a Tom empezaba a dolerle el brazo.

—Bueno, será mejor que regrese. En caso de necesidad siempre puedo contactar contigo por el circuito de la nave.

—Desde luego.

Orley se soltó y cayó acuclillado cerca de la puerta cerrada: un rectángulo situado a bastante altura en una pared muy inclinada.

—La doctora Baskin acaba de transmitirme que Takkata-Jim ha dado orden de regreso al grupo de reconocimiento —indicó bruscamente la Niss—. La doctora piensa que a usted le gustará saberlo.

Orley reprimió un juramento. Con toda probabilidad, Metz tenía algo que ver en el asunto. ¿Cómo iban a reparar la astronave si la tripulación no podía buscar las materias primas que necesitaban? El motivo principal que impulsó a Creideiki a posarse en Kithrup fue la abundancia de metales en un medio oceánico accesible para los delfines. Si se hacía volver a los prospectores de Hikahi, el peligro debía ser importante... o bien alguien se había dejado dominar por el pánico.

Se disponía a salir, pero se paró y miró hacia arriba.

—Niss, es prioritario que sepamos qué creen los *galácticos* que hemos encontrado.

—Los destellos casi desaparecieron.

—He efectuado un minucioso registro de los archivos accesibles por la microsección de la Biblioteca que hay a bordo, buscando todo lo que pudiera aportar la menor luz sobre el misterio de la flota abandonada, Thomas Orley. Salvo unas vagas similitudes entre las imágenes que descubrimos en los gigantescos cascos y algunos antiguos símbolos de culto, no he encontrado nada que pueda apoyar la hipótesis de que aquellas naves tuvieran alguna relación con los legendarios Progenitores.

—Pero tampoco has encontrado nada que lo niegue, ¿verdad?

—Exacto. Aquellos pecios abandonados pueden tener relación o no con el único mito común a todas las razas que respiran oxígeno en las Cinco Galaxias.

—¿Es posible que sólo hayamos encontrado un montón de chatarra carente de significado histórico?

—Puede ser. Pero también es posible que hayamos hecho el mayor descubrimiento arqueológico y religioso de la época. Esa eventualidad explicaría la magnitud del combate que ahora se está desarrollando en este sistema solar. La imposibilidad de penetrar en los datos de la mini-Biblioteca de a bordo es indicativa de la actitud de muchas culturas galácticas en relación a los sucesos de ese pasado remoto. Al ser el navío de exploración *Streaker* el único depositario de informaciones sobre la flota abandonada, su captura será de una importancia vital para cualquier tipo de fanáticos.

Orley había tenido la esperanza de que la Niss encontrara pruebas de que el descubrimiento carecía de importancia. Con ellas hubieran convencido a los ETs para que los dejaran tranquilos. Pero, si la flota abandonada tenía tanto valor como parecía, el *Streaker* habría de buscar un medio para transmitir sus informes a la Tierra, y dejar que las cabezas pensantes se las entendieran con todo aquel barullo.

—De acuerdo, sigue investigando —le dijo a la Niss—. Mientras tanto, voy a hacer lo posible para que los *galácticos* no se nos echen encima. Ahora, podrías decirme...

—Por supuesto que puedo —dijo la Niss, interrumpiéndolo de nuevo—. El pasillo está desierto. ¿Acaso piensa que no le habría avisado en caso de que no estuviese libre?

Tom negó con la cabeza, persuadido de que la máquina había sido programada para actuar de aquel modo de vez en cuando. Era típico de los *tymbrimi*. A los mejores aliados de la Tierra les gustaban las bromas pesadas. Antes de verse obligado a ocuparse de una docena de calamidades prioritarias, había tenido la intención de darle una patada a la Niss y presentar el hecho a sus amigos los *tymbrimi* como un «desgraciado accidente».

Cuando la puerta se deslizó hacia un lado, Tom se agarró al dintel y saltó para

caer sobre el techo del oscuro corredor. La puerta se cerró automáticamente a sus espaldas. A intervalos regulares, a lo largo de la suave curva del redondo pasillo, veía brillar las luces rojas de alerta.

Perfecto, pensó. Nuestras esperanzas de marcharnos lo antes posible acaban de desaparecer. Afortunadamente, ya tengo planes alternativos.

Algunos debían ser discutidos con el capitán, pero guardaría para sí uno o dos.

Tendré que exponer unos cuantos, pensó, sabiendo por experiencia que el azar difiere de los esquemas. Tanto si difiere como si no, será algo totalmente inesperado lo que llegará para ofrecernos la última esperanza real.

GALÁCTICOS

La fase inicial de la batalla era un todos contra todos. Una veintena de facciones se enfrentaron y escudriñaron unas a otras, para descubrir los puntos débiles del adversario. Un buen número de naves destrozadas derivaban en su órbita, rotas y retorcidas, y siniestramente luminosas. Nubes rojizas de plasma se esparcían a lo largo del sector de la batalla, mientras los fragmentos de metal giraban lanzando surtidores de chispas.

A bordo de la nave almirante, una reina cuya piel se asemejaba al cuero seguía en sus monitores el desarrollo de la batalla. Tendida en un amplio y mullido cojín, se acariciaba, pensativa, las marrones escamas del vientre.

Las pantallas que rodeaban el lecho de Krat revelaban la existencia de innumerables peligros. Una de ellas, mostrando una superposición de líneas rizadas, indicaba zonas de anómalas probabilidades. Otras, señalaban el lugar del abismo desde donde las armas psíquicas eran aún peligrosas.

Las otras flotas aparecían como enjambres de puntos luminosos, ahora agrupados, cuando la primera fase del combate había concluido.

Krat cambió de posición en el cojín de piel para aliviar un poco la presión que sentía en su tercer abdomen. Durante una batalla, las secreciones hormonales siempre aceleraban sus procesos internos, inconveniente que, en tiempos pasados, obligaba a los soro de su sexo a permanecer en el nido, dejando que los estúpidos machos estuvieran a cargo de la guerra.

Pero los tiempos habían cambiado.

Una pequeña criatura pajaroides se acercó, y Krat tomó una de las ciruelas que había en la bandeja que le ofrecía. Mordió la fruta y saboreó los jugos que corrían por su lengua y bigotes. Acto seguido, el diminuto forski dejó la bandeja y entonó una lánguida balada sobre los placeres de la batalla.

Naturalmente, los forski habían sido educados hasta un determinado grado de sapiencia. Hacer menos por una raza pupila hubiera sido contrario al Código de Elevación. Pero aunque podían hablar e incluso, si llegaba el caso, pilotar un aparato espacial, la ambición personal había sido eliminada de ellos genéticamente. Eran demasiado útiles como criados y entretenedores para que se les permitiera dedicarse a otros trabajos. Una mayor adaptabilidad habría comportado el riesgo de alterar la gracia y la inteligencia con que desempeñaban sus funciones.

Una de las pantallas más pequeñas se oscureció. Uno de los destructores de la retaguardia de los soro acababa de ser destruido. Krat apenas lo notó. Hasta entonces, había consolidado su posición sin sufrir demasiadas pérdidas.

La cabina de mando estaba dividida en sectores. Desde el centro, Krat podía ver

el interior de todos los compartimientos en que se movía la tripulación. Sus miembros pertenecían a diversas razas pupilas de los soro y se ocupaban de satisfacer sus deseos, cada uno en su especialidad.

Los sectores de navegación, combate y detección se estaban tranquilizando al fin. En el sector de planificación, por el contrario, Krat vio que la actividad se incrementó cuando los estrategas evaluaron el desarrollo de la batalla, incluyendo la nueva alianza entre el Abdicador y el Transcendentalista.

Un suboficial paha sacó la cabeza fuera del sector de detección. Krat, con los ojos medio cerrados, le vio precipitarse hacia una sección de alimentación, apoderarse de una copa de humeante amoklah y luego apresurarse para volver a su puesto.

Se había dejado que los paha adquirieran una diversidad racial superior a la de los forski para acrecentar su valor como guerreros rituales. Aquello los había hecho menos dóciles de lo que a Krat le hubiera gustado, pero era el precio que había que pagar por tener buenos soldados. Decidió ignorar el incidente y volvió su atención hacia el pequeño forski cuyo canto evocaba la futura victoria... y la gloria de Krat cuando los terrestres estuvieran en su poder y consiguiera arrancarles sus secretos.

Las sirenas de alarma sonaron. El forski, enloquecido, saltó por los aires y huyó aleteando hacia su refugio. Súbitamente, la cámara se llenó de pahas que corrían en todas direcciones.

—¡Un crucero tandu! —gritó el oficial táctico—. Naves dos a doce: acaba de aparecer en el centro de vuestra formación. ¡Maniobras de huida! ¡Rápido!

La nave almirante se encabritó al girar violentamente para evitar una lluvia de misiles. En sus pantallas, Krat podía ver palpitar un punto marcado con el color azul del peligro: el audaz crucero de los tandu que había surgido de la nada en medio de su flota y que, en aquel preciso momento, abría fuego sobre los navíos soro.

¡Malditos sean ellos y su asquerosa propulsión probabilista! Krat sabía a la perfección que nadie podía rivalizar con los tandu en cuanto a velocidad, pues ninguna otra especie se exponía a correr tales riesgos.

Latidos de cólera atravesaron su espolón nupcial. ¡Ocupada como estaba en eludir los misiles, la armada soro había olvidado responder al fuego de sus enemigos!

—¡Imbéciles! —siseó Krat por el intercomunicador—. Naves seis y diez: mantened posiciones y concentrad el fuego sobre esa obscenidad.

Pero antes de que la orden fuera transmitida a sus oficiales, antes siquiera de que un solo misil saliese de los flancos de la nave soro, la terrible nave de los tandu empezó a disolverse. Un segundo antes, el estrecho y alargado destructor estaba allí, feroz y asesino, atacando con fuego nutrido a un enemigo superior en número aunque sin defensas; pero al minuto siguiente, rodeado por un brillante halo de pálidas centellas, sus blindajes se habían plegado y el crucero había acabado por derrumbarse sobre sí mismo como un castillo de naipes.

Con un brillante fogonazo, el navío tandu desapareció, dejando tras de sí una nube de vapor. A través de los blindajes de su propia nave, Krat pudo sentir el terrible rugido psíquico.

Hemos tenido suerte, se dijo a sí misma mientras se extinguía aquel ruido. No les faltaba razón a quienes huían de los métodos de los tandu. Pero si aquella nave se hubiera quedado unos minutos más...

Habían salido del trance sin pérdidas, y Krat observó que su tripulación había cumplido con sus obligaciones. Sin embargo, algunos de sus miembros actuaban con cierta lentitud, y eso debía ser castigado...

Convocó al jefe táctico, un alto paha de complexión fornida. El guerrero se acercó a ella, procurando mantener una postura digna; pero sus caídas pestañas indicaban que sabía lo que le esperaba. Krat rugió desde el fondo de su garganta.

Ella empezó a hablar, pero en la emoción del momento, sintió una fuerte opresión en su interior. Krat gemía y se retorció y el oficial paha desapareció cuando ella empezó a jadear. Finalmente, y tras emitir un grito, Krat se relajó. Un momento después, se agachaba para recoger el huevo que acababa de poner.

Apartando de su mente cualquier idea de combate o de castigo, lo tomó con una delicadeza infinita. Con un instinto que se remontaba a épocas anteriores a que su raza fuera educada por los Maestros huls, a casi dos millones de años atrás, respondió al olor de las feromonas y lamió el fluido viscoso que aún obturaba las pequeñas fisuras de aireación de que estaba provista la corteza del huevo.

Por puro placer, Krat lamió el huevo más de lo necesario, acunándolo luego con un gesto maternal que había atravesado intacto el océano de los siglos.

TOSHIO

En su sueño, naturalmente, había una embarcación. Desde que tenía nueve años, siempre estaban presentes en ellos. Al principio, eran de plástiacero y texgoma, y navegaban por los archipiélagos y estrechos de Calafia; después, naves espaciales. Toshio había soñado con toda clase de naves, incluidas las pertenecientes a las poderosas razas tutoras galácticas, que había esperado ver algún día.

Pero en aquel momento, soñaba con una simple lancha.

La minúscula colonia de humanos y delfines de su mundo natal le había enviado, en compañía de Akki, a hacer un viaje de entrenamiento en un bote.

La insignia de la Academia de Calafia brillaba a la luz del sol de Alph y el día se anunciaba radiante.

Pero de pronto, el día se oscureció y todo lo que les rodeaba adquirió el color del agua. El mar fue tornándose bilioso, luego negro, y por último adquirió un aspecto vacío. Súbitamente, aparecieron estrellas por todas partes.

Se inquietó por el aire. Ni Akki ni él tenían escafandra ni trajes adecuados. ¡Era duro tener que respirar en el vacío!

Se disponía a virar para volver a casa, cuando vio que estaban persiguiéndolos. *Galácticos* con cabezas de todas las formas y colores, con largos y sinuosos brazos, o pequeñas garras ávidas, o cosas aún peores, avanzando hacia él a paso regular y en formación apretada. Una pálida luz emanaba de las lisas proas de sus naves; una luz semejante a la de las estrellas.

—¿Qué queréis de mí? —les gritó, mientras remaba con todas sus fuerzas. (Pero, ¿no tenía la canoa motor al empezar el sueño?)

—¿Quién es tu Maestro? —le aullaron en cien lenguas diferentes—. ¿Es el que está contigo?

—¡Akki es un fin! ¡Y los fines son nuestros pupilos! Nosotros los hemos elevado y luego los hemos dejado en libertad.

—Entonces, son libres —respondieron los *galácticos*, acercándose cada vez más—. Pero a vosotros, ¿quién os elevó? ¿Quién decretó vuestra libertad?

—¡No lo sé! ¡Quizá lo hayamos hecho nosotros mismos! —Y, bajo las risas de todos los *galácticos*, aumentó la fuerza que ponía en los remos y luchó para hacer penetrar en sus pulmones el mordiente frío del vacío—. ¡Dejadme tranquilo! ¡Dejadme volver a casa!

Repentinamente, la Flota surgió frente a él. Las naves parecían grandes como lunas... de mayor tamaño que las estrellas. Eran oscuras y silenciosas, y su aspecto parecía intimidar incluso a los *galácticos*.

La más cercana de aquellas antiquísimas esferas comenzó a abrirse. En aquel

momento, Toshio se dio cuenta de que Akki se había ido, su embarcación se había ido, los ETs se habían ido.

Le hubiera gustado poder gritar, pero el aire era tan escaso...

Un penetrante silbido le hizo volver a la realidad en un doloroso y desorientado instante. Se incorporó bruscamente y sintió que el trineo saltaba en respuesta a su torpe movimiento. Mientras sus ojos miraban la borrosa mezcla que era para ellos el horizonte, una fuerte brisa le azotó el rostro y el aroma de Kithrup penetró en su nariz.

—No tan deprisa, Trepador de Escalas. Casi nos habías asustado.

Toshio respondió con un vago gesto del brazo antes de ver a Hikahi, que flotaba cerca de él, inspeccionándole con un ojo.

—¿Todo va bien, pequeño Ojos Vivos?

—Bueno... sí. Creo que sí.

—En ese caso, lo mejor será que te ocupes inmediatamente de tu tubo. Hemos tenido que romperlo de una dentellada para que te entrara aire.

Toshio tanteó el cortante reborde de la rotura y notó, en aquel momento, que tenía las manos vendadas.

—¿Hay alguien más herido? —preguntó, buscando con la mano su maletín de herramientas.

—Quemaduras leves, eso es todo. En cuanto supimos que estabas bien, huimos. Gracias por habernos permitido recuperar a Ssassia. Si no hubieras sido atrapado por la planta e indicado el lugar donde te encontrabas, nunca se nos hubiera ocurrido buscarla en aquella zona. Ya se están ocupando de liberar su cuerpo.

Toshio comprendió que tenía que estar agradecido a Hikahi por el enfoque que estaba dando a aquel asunto. En realidad, lo que él merecía era una buena bronca por haber abandonado de forma tan imprudente la formación, poniendo en peligro su vida. Pero todavía estaba demasiado confuso hasta para sentir gratitud hacia la teniente delfiniana.

—Supongo que no habrán encontrado a Phip-pit.

—No hemos encontrado ni rastro.

La lenta rotación de Kithrup había situado al sol en una posición similar a la que tiene en la Tierra a las cuatro de la madrugada. Al este del horizonte estaban agrupándose algunas nubes bajas. Las aguas, hasta entonces tranquilas, empezaban a agitarse.

—Creo que dentro de poco tendremos una pequeña borrasca —dijo Hikahi—. Quizá sea imprudente fiarse de instintos terrestres estando en otro mundo, pero pienso que no hay nada que temer...

Toshio miró el cielo. Había algo hacia el sur... Entrecerró los ojos.

Aquello volvía a empezar. Primero un fogonazo, después otro. Dos minúsculas

explosiones de luz se produjeron en rápida sucesión, casi invisibles sobre los destellos del mar.

—¿Cuánto tiempo hace que empezaron? —preguntó, señalando con el dedo el horizonte meridional.

—¿De qué hablas, Toshio?

—De esos relámpagos. ¿Hay tormenta?

Los ojos de la delfina se dilataron y su boca se curvó ligeramente. Luego, agitando la cola, Hikahi se alzó a una posición vertical y miró hacia el sur, primero con un ojo y luego con el otro.

—No veo nada, Ojos Vivos. Dime lo que tú ves.

—Relámpagos multicolores. Bruscos saltos de luz. Montones de... —Toshio dejó de enrollar su tubo de aire y, durante un momento, se esforzó en recordar. Después continuó lentamente—. Mientras combatía con la planta me pareció recibir una llamada de Akki. ¿Has captado algo por tu propio aparato?

—No, Toshio, nada. Pero no olvides que los fines no estamos todavía en condiciones de pensar en otras cosas mientras luchamos. Por favor, intenta recordar lo que te dijo.

Toshio se pasó la mano por la frente. El encuentro con la planta no era algo que deseara recordar precisamente en aquel momento. Éste se confundía con su pesadilla: una mezcla de colores, ruidos y caos.

—Creo que... creo que dijo algo sobre la conveniencia de no utilizar la radio y volver inmediatamente... algo sobre una batalla espacial que ya había empezado, ¿es posible?

Hikahi emitió un silbante quejido, y saltó fuera del agua para volver a zambullirse. Emergió inmediatamente, agitando la cola.

*Atrapados,
Encerrados,
¡Mejor que ser... hundidos!*

Un ternario bastante chapucero. Aquello contenía elementos de delfiniano primal que Toshio, por supuesto, no podía entender, pero que le produjeron escalofríos en la espina dorsal. Hikahi era la última de los fines de quien hubiera esperado expresiones en primal. Cuando terminó de arreglar el tubo de aire, fue dolorosamente consciente de las consecuencias que podía acarrearles a todos ellos su tardanza en comunicar a Hikahi las órdenes de la nave.

Bajó su visera de un manotazo y se sentó con violencia para comprimir la válvula de flotación del trineo, comprobando simultáneamente los indicadores de los extremos de su escafandra. Revisó los controles de preinmersión con la rapidez que sólo podía tener un colono calafiano de la cuarta generación.

El trineo se hundió rápidamente mientras que, a su derecha, el mar entraba en

erupción. Siete delfines rompieron la superficie en medio de un surtidor de espuma y exhalaban el aire de su respiración.

—S-sassia está atada a tu popa, Toshio —le dijo Keepiru—. ¿Quieres que salga despedida? ¡Ahora no hay tiempo para andar vagueando por ahí sssilbando cancioncillas!

Toshio hizo una mueca. ¿Cómo podía Keepiru haber peleado con tanta energía para salvarle la vida a alguien a quien ridiculizaba constantemente?

Recordó el modo en que Keepiru se había lanzado al ataque contra la planta, el destello de desesperación que había visto en los ojos del delfín y que luego se convirtió en llama vengadora. Sin embargo, en aquel momento, aquellos mismos ojos sólo expresaban un desprecio cruel y burlón.

Una viva ráfaga de luz destelló en el este, haciendo palidecer el cielo que estaba sobre ellos. Los fines chillaron casi al unísono y se sumergieron; salvo Keepiru, que se quedó junto a Toshio mientras las nubes salpicaban de fuego el cielo de la tarde.

El trineo acabó de sumergirse pero, en el último momento, Toshio y Keepiru presenciaron un fantástico combate de titanes.

Una enorme nave espacial, con forma de punta de flecha, cayó en picado hacia ellos, agujereada y ardiendo. El viento arrastraba el humo violáceo que salía de las roturas que se habían producido en sus costados, llevándolo hacia atrás dentro del estrecho perfil de choque de su vuelo supersónico. La onda de choque desvió incluso el reflejo de los escudos protectores de la gran nave, los depósitos de gravedad y plasma que centelleaban por los efectos de una malsana sobrecarga.

Dos destructores con forma de tridente la perseguían a una distancia menor de cuatro veces la longitud de la nave. De cada una de sus tres puntas surgían rayos de antimateria acelerada, que en dos ocasiones alcanzaron su objetivo en medio de terribles explosiones.

Toshio se encontraba a cinco metros por debajo de la superficie cuando se produjo el estallido sónico. Éste hizo volcar al trineo, zarandeándolo en medio de un estrépito semejante al de una casa al derrumbarse. El agua se transformó en un remolino de burbujas y cuerpos.

Mientras forcejeaba con su máquina, Toshio agradeció a la Infinitud no haber estado en la superficie mientras se desarrollaba la batalla. En Morgran había presenciado la destrucción de varias naves, pero nunca a tan corta distancia.

El ruido se redujo finalmente a un largo y bajo gruñido. Toshio consiguió por fin dominar el trineo.

El cadáver de Ssassia seguía atado en la parte posterior. Los otros fines, demasiado prudentes o temerosos para subir a la superficie, empezaron a turnarse a fin de utilizar los pequeños depósitos de aire que se alineaban en los extremos del fondo del aparato. Toshio se veía obligado a mantener el equilibrio del trineo. Y no era fácil en aquel agua alborotada, pero él lo lograba automáticamente, sin necesidad de pensar.

Estaban cerca de la vertiente occidental de una enorme colina de metal parduzco. En algunos lugares, se veían crecer plantas marinas que no se parecían en nada a la hierba estranguladora, pero que suscitaban su temor.

Toshio estaba cada vez más disgustado por verse obligado a permanecer en aquel planeta. Deseaba estar en su casa, en un mundo donde los peligros eran sencillos y fácilmente manejables (algas ácidas, islas de tortugas y cosas así); y donde no había ETs.

—¿Va todo bien? —le preguntó Hikahi al pasar cerca de él.

La teniente delfín irradiaba serenidad.

—Estoy bien —refunfuñó—, pero mejor hubiera sido no esperar tanto para transmitirme el mensaje, de Akki. Tienes toda la razón para estar furiosa conmigo.

—No seas tonto. De todos modos, ya estamos de vuelta. Como Brookida está fatigado, lo he puesto bajo una cúpula de aire. Tú te adelantarás con los exploradores. Nosotros os seguiremos. ¡Ahora, adelántate!

—Bien, teniente.

Toshio tomó las debidas precauciones antes de acelerar el motor. Mientras el trineo incrementaba la velocidad, los impulsores empezaron a zumbar. Algunos fines, los mejores nadadores, se mantuvieron a su altura mientras que, lentamente, la isla iba quedando a su derecha.

Habían necesitado unos cinco minutos para ponerse en marcha. Y apenas habían iniciado el regreso cuando el tsunami los alcanzó.

Aquello no era una ola inmensa. Era sólo la primera de una serie de ondas concéntricas de las que se forman a partir del punto donde una piedra cae al agua. La piedra, en este caso, era una nave espacial de medio kilómetro de longitud. Había caído a velocidad supersónica a sólo unos cincuenta kilómetros de allí.

La onda impulsó el vehículo hacia arriba y hacia un lado. Estuvo a punto de lanzar despedido al muchacho. Una nube de sedimentos marinos, de plantas arrancadas, de peces muertos y vivos giró a su alrededor como tierra en un ciclón. El estruendo era ensordecedor.

Toshio se aferró desesperadamente a los mandos de su aparato.

De alguna forma, controló el trineo a pesar del increíble ímpetu a que estaba sometido, dirigió la proa hacia arriba y se apartó del frente de la ola en el momento preciso para evadir el impulso descendente. Luego se dejó arrastrar corriente abajo hacia donde ella quiso llevarlo. Hacia el este.

Una forma de color gris ceniciento le adelantó por su izquierda. En la brusca iluminación producida por un fogonazo, reconoció a Keepiru que luchaba por conservar el control sobre sí mismo en aquellas agitadas aguas. El fin gritó algunas palabras incomprensibles en ternario, y luego desapareció.

Algún instinto guiaba a Toshio, o quizá fuera la pantalla del sonar que, aunque ahora era un revoltijo de confusas interferencias, todavía conservaba vagamente los desdibujados trazos del mapa topográfico que había mostrado momentos antes. Forzó

el trineo para que se inclinara hacia la izquierda tanto como le fuese posible.

El rugido de los motores forzados se transformó en un aullido cuando tuvo que virar súbita y desesperadamente hacia babor. La enorme y oscura masa de un promontorio de metal surgió ante él. Pudo sentir la resaca cuando la ola empezó a formar rompientes a su derecha, encrespándose sobre las lodosas laderas del promontorio.

A Toshio le hubiera gustado gritar, pero la lucha contra las aguas lo dejaba sin aliento. Apretó los dientes y contó el paso de aquellos terribles segundos.

El trineo pasó la rocosa costa septentrional de la isla entre una nube de burbujas. Aunque continuaba bajo el agua, Toshio podía ver abajo, a una docena de metros a su derecha, la vegetación de una playa de la isla. Estaba navegando en el centro de un alto montículo de agua.

Cuando logró pasarlo, el mar se clarificó y una de las zanjas oceánicas más profundas apareció bajo él, oscura y aparentemente insondable. Desvió los alerones hacia adelante y descargó los tanques cisterna. El vehículo se sumergió con más rapidez que nunca.

La popa saltó hacia adelante peligrosamente. Toshio pasó entre nubes de escombros que caían. La oscuridad y el frío llegaron hasta él, y se acogió a éstos como a un refugio.

El valle creció debajo cuando condujo el trineo hacia la tranquila profundidad. Toshio podía sentir el tsunami girando sobre él. A su alrededor, la vegetación marina se agitaba de forma claramente desacostumbrada y una lenta lluvia de desechos caía revoloteando por todos lados. Pero al menos, el mar ya no intentaba matarlo con sus golpes. Frenó la bajada, colocando el vehículo en posición horizontal, y enfiló hacia el centro del valle, alejado de toda turbulencia. Entonces se permitió abandonarse en una agonía de músculos agarrotados y exceso de adrenalina.

Bendijo a los minúsculos simbioses diseñados por el hombre que en aquel momento eliminaban de su sangre el exceso de nitrógeno, evitando el éxtasis narcótico de las profundidades.

Cuando puso los motores a un cuarto de potencia, éstos parecieron agradecerse con un suspiro de alivio. Las lámparas del visor brillaban aún con un tono verdoso, lo que resultaba sorprendente después de todas las calamidades que había soportado el trineo.

Uno de los indicadores llamó su atención, mostrándole que uno de los domos se mantenía en funcionamiento. Toshio percibió un débil sonido cantarín, un silbido de paciencia y respeto.

*El océano —es— como —es— como —es—
El infinito suspiro de un sueño
De otros mares que —tienen— que —tienen—
Otros mares en ellos soñando.*

Se inclinó para conectar los hidrófonos.

—¡Brookida! ¿Cómo estás? ¿No tienes problemas con el aire?

Un suspiro cansado y trémulo llegó hasta Toshio.

—¡Hola, Dedos Ágiles! Gracias por salvarme la vida. Te desenvuelves en el agua tan bien como cualquier *tursiops*.

—¡La nave que vimos debió estrellarse! Si eso es cierto, puedes apostar a que esa ola no será más que la primera. Quizá lo mejor que podemos hacer sea permanecer un rato más aquí abajo. Voy a conectar el sonar para que los otros puedan localizarnos y venir a respirar bajo los domos mientras dura el tsunami.

Mientras hablaba, apretó un interruptor del cuadro de mandos y, acto seguido, una lenta secuencia de chasquidos se difundió por el entorno acuático. Brookida emitió un doliente silbido.

—No vendrán, Toshio. ¿Les oyes? No responderán a tu llamada.

Toshio frunció el ceño.

—¡Tienen que hacerlo! Hikahi debe saber que vendrán nuevas olas. ¡Puede que a estas alturas ya nos estén buscando! Tal vez sea mejor que regresemos...

Se dispuso a girar el trineo y soltó lastre. Brookida había empezado a preocuparle.

—¡No vayas, Toshio! ¡No va a servir de nada que tú también mueras! ¡Espera a que las olasss hayan pasado! Debes seguir vivo para informar a Creideiki.

—¿De qué estás hablando?

—Escucha, Ojos Vivos. Escucha atentamente.

Toshio sacudió la cabeza, lanzó un juramento y dejó que el motor del trineo se detuviera. Subió el volumen de los hidrófonos.

—¿Lo oyes? —le preguntó Brookida.

Toshio inclinó la cabeza y escuchó. El mar era una confusa amalgama de sonidos. Oía el rugido de la ola que se alejaba deformado por el efecto Doppler. Bancos de peces proferían sonidos aterrorizados. Y, de todas partes, llegaban ecos de corrimientos de tierras y de ondas que se estrellaban contra las islas.

Entonces lo oyó. Era una serie repetitiva de chillidos muy agudos, en primal. Ningún delfín hablaba así estando en plena posesión de sus facultades.

Aquello en sí era inquietante.

Uno de los gritos se percibía con toda claridad. A Toshio no le costó trabajo reconocer una llamada elemental de ayuda. Se trataba incluso de la primera señal emitida por el delfín que los científicos humanos habían descifrado.

Pero aquel otro ruido... tres voces por lo menos concurrían para formarlo. Era un sonido extraño, muy punzante y particularmente siniestro.

—Esss la fiebre de ayuda —gimió Brookida—. Hikahi ha encallado y está herida. Normalmente lo habría evitado, pero en su delirio no ha hecho más que aumentar los problemas.

—Hikahi...

—Sí, a pesar de que, al igual que Creideiki, es practicante del Keneenk... el

estudio de la disciplina lógica. Hubiera podido obligar a los otros a no prestar atención a los gritos de quienes se han golpeado contra la orilla empujados por el mar, hacer que volvieran a sumergirse para ponerse a salvo.

—¿No se dan cuenta de que se producirán más olas?

—¡Eso no tiene ninguna importancia, Ojos Vivos! —gritó Brookida—. ¡Son capaces de encallar sin la ayuda de las olas! Pero tú que eres calafiano, ¿cómo puedes ignorar esa característica nuestra? ¡Yo mismo estoy sufriendo terriblemente por no poder actuar en respuesta a esa llamada!

Toshio gimió. Desde luego, sabía lo que era la fiebre de ayuda; mientras duraba, el temor y el pánico disolvían cualquier vestigio de civilización, dejando a los cetáceos dominados por una sola idea fija: salvar a sus camaradas cualquiera que fuese el riesgo. No pasaban muchos años sin que esa tragedia involucrara incluso a los fines altamente evolucionados de Calafia. Un día, Akki le explicó que, algunas veces, el mar mismo parecía llamar pidiendo ayuda. Algunos humanos afirmaban que también ellos habían experimentado la fiebre, en particular aquellos que ingerían ARN de delfín en los ritos del Culto del Soñador.

Hubo un tiempo en que los *tursiops*, o delfines sopladores, fueron probablemente los cetáceos menos dados a sucumbir con su propio jefe. Pero en alguna parte, la ingeniería genética había alterado el equilibrio. Como si los genes de otras especies acoplados en el modelo básico de los *tursiops* hubieran desviado algunas cosas. Los genetistas humanos habían trabajado durante tres generaciones para resolver aquel problema pero, hasta el momento, los fines nadaban sobre el filo de una navaja, en perpetuo peligro de desviarse a la irracionalidad.

Toshio se mordisqueó el labio.

—Pese a todo, tienen los arneses —dijo sin demasiada convicción.

—Sería una esperanza poder imaginar que los están usando correctamente mientras gritan en primal.

Toshio dio un puñetazo contra el trineo. El agua helada empezaba a entumecerle los dedos.

—Voy arriba —anunció.

—¡No! ¡No debes ir! ¡Debes velar por tu seguridad!

Toshio apretó los dientes.

Siempre la misma actitud maternal. O me tratan maternalmente o se burlan de mí. ¡Estos fines creen que soy un niño, y ya me tienen harta!

Puso el acelerador a un cuarto de potencia y ajustó los alerones de profundidad.

—Voy a soltarte, Brookida. ¿Te sientes capaz de nadar correctamente?

—Sssí. Pero...

Toshio miró el sonar. Hacia el oeste se estaba formando una línea rizada.

—¿Eres capaz de nadar? —le preguntó por segunda vez.

—Sssí. ¡Puedo arreglármelas para nadar! ¡Pero no me sueltes tan cerca de la fiebre de ayuda! ¡Y no te lances a las próximas olasss!

—Precisamente se está acercando una. Llegarán a intervalos de varios minutos y su fuerza irá disminuyendo. Voy a arreglármelas para subir en cuanto haya pasado ésa. ¡Tú debes volver a la nave! Diles lo que está sucediendo y pide socorro.

—Esto es lo que deberías hacer *tú*, Toshio.

—¡No importa! ¿Vas a hacer lo que te pido?

Tras un breve silencio, se pudo apreciar un cambio en el tono de voz de Brookida.

—Haré exactamente todo lo que has ordenado, Toshio. Volveré con ayuda.

El muchacho comprobó que todo estaba en orden y luego se deslizó sobre el lateral del trineo agarrándose con una mano a la pasarela. A través de la transparente cúpula del domo de aire, Brookida le miró mientras cortaba las cuerdas que le sujetaban. Una densa nube de burbujas rodeó la cabeza del delfín.

—Ya sabes —dijo Toshio— que tendrás que llevar un respirador contigo.

Brookida suspiró mientras el muchacho bajaba una palanca junto a la cúpula de aire haciendo descender un tubo, uno de cuyos extremos se ajustó a la boca del fin mientras los restantes tres metros se enrollaban como una serpiente alrededor de su torso. Los aparatos respiratorios eran incómodos y, además, dificultaban el habla, pero mientras llevase uno, Brookida no tendría que subir a la superficie para respirar. El respirador, aquel constante y molesto recordatorio de su pertenencia a una cultura tecnológica, ayudaría al viejo metalúrgico a ignorar los gritos que oyera en el agua.

Toshio dejó al delfín amarrado al trineo por una sola cuerda y regresó a su puesto en el preciso instante en que la primera ola pasaba sobre ellos.

El trineo se bamboleó, pero en esta ocasión el muchacho estaba preparado. Se encontraban a mucha profundidad y la ola llegó y se fue con una rapidez sorprendente.

—De acuerdo, ya pasó.

Puso los motores al máximo y soltó lastre.

La isla metálica apareció a su izquierda. En el sonar, los gritos de sus camaradas eran cada vez más claros, cada vez más fuertes, y la llamada de auxilio se imponía sobre la respuesta de la fiebre de ayuda.

Toshio sobrepasó la colina de metal y enfiló hacia el norte. Quería facilitar el viaje a Brookida.

Fue entonces, sin embargo, cuando una figura brillante y gris pasó justo sobre él. La reconoció al instante, y también supo a dónde se dirigía.

Cortó la última amarra.

—¡Vete, Brookida! ¡Si vuelvo a verte cerca de la isla, te arrancaré el arnés y te partiré la cola en dos!

Sin volverse para ver partir a Brookida, Toshio efectuó un viraje ceñido y, accionando el motor de emergencia, intentó dar alcance a Keepiru. El nadador más rápido del *Streaker* enfilaba directamente hacia la orilla occidental de la isla. Sus gritos eran puro delfiniano primal.

—¡Maldita sea, Keepiru! ¡Detente!

El trineo avanzaba a toda velocidad justo por debajo de la superficie y, aunque el día tocaba a su fin bañando las nubes con tintes rojizos, Toshio podía ver claramente a Keepiru deslizándose sobre las olas delante de él. Indiferente a las llamadas del muchacho, el delfín se precipitaba hacia la isla, donde sus camaradas estaban encallados y delirando.

Toshio se sentía impotente. En tres minutos iba a producirse una nueva ola y, aunque ésta no lanzara al fin contra la orilla, conseguiría su objetivo con su propio esfuerzo. Keepiru procedía de Atlast, un planeta con colonias de constitución reciente y principalmente rurales. Era dudoso que hubiera estudiado las disciplinas mentales practicadas por Creideiki e Hikahi.

—¡Detente! ¡Si aprovechamos el tiempo que tenemos y actuamos en equipo, podremos salvarnos de las olas! ¿Vas a dejar que me arrastren? —gritó. Pero en vano. El fin le llevaba demasiada ventaja.

La inútil persecución sólo produjo en Toshio un sentimiento de desaliento. ¿Cómo podía saber tan poco respecto a los delfines después de haber trabajado y vivido con ellos durante tanto tiempo? ¡Y pensar que el Concejo de Terragens lo había elegido precisamente a él por su gran experiencia con los fines! ¡Era ridículo!

Su única experiencia consistía en ser el blanco predilecto de los sarcasmos de los fines. Se burlaban de *todas* las criaturas humanas; aunque, a pesar de ello, las protegían ferozmente. Al ser destinado al *Streaker*, Toshio esperó que le trataran como a un adulto y como a un oficial. Sabía que las bromas y los chismorreos estarían presentes, tal y como era costumbre en su mundo natal entre el hombre y el delfín, aunque siempre en un clima de respeto mutuo. Pero no había sido así.

Sin duda, el peor comportamiento podía atribuírsele a Keepiru. Desde el comienzo del viaje lo había abrumado con sus duros sarcasmos y, ni por un momento, había dejado de molestarlo.

Entonces, ¿por qué estoy intentando salvarlo?

Le volvió a la memoria el valor con que Keepiru le había librado de la hierba estranguladora. No hubo entonces fiebre de ayuda. El fin tenía pleno control de su arnés.

Eso es, naturalmente, porque me considera como un niño, pensó Toshio con amargura. ¡No me haría caso aunque oyera mis gritos!

Sin embargo, ahora debía existir una posibilidad. Toshio se mordió el labio y deseó vanamente encontrar una alternativa. Para salvar la vida de Keepiru tendría que humillarse por completo. No era una decisión fácil, porque su orgullo se resistía a ella.

Pese a todo, profiriendo un feroz juramento, soltó el acelerador y colocó los alerones en posición de descenso. Subió el volumen de los hidrófonos al máximo, tragó saliva y gritó en una jerga ternaria:

Niño se ahoga, ¡muchacho en peligro!
Niño se ahoga, ¡muchacho en desgracia!
Niño humano, necesita ser salvado.
Niño humano, hará lo que pueda.

Repitió la llamada una y otra vez, silbándola entre unos labios resecaos por la vergüenza. Esta tonada infantil la habían aprendido todos los niños de Calafia en la guardería, pero cualquiera que la usara pasados los nueve años lo hacía para que lo llevaran a otra isla y escapar así de las burlas de que era objeto. Para un adulto, existían formas más dignas de pedir ayuda.

¡Pero ninguna otra de las que Toshio podía recordar sería captada por Keepiru!
Ruborizado, repitió la llamada.

No todos los niños de Calafia se habían relacionado bien con los fines. Sólo una cuarta parte de la población humana del planeta trabajaba en estrecha relación con el mar. Y eran estas personas las únicas que habían aprendido la forma de tratar con los delfines. Toshio siempre había creído que él estaba entre los mejores.

Pero ahora, todo había terminado. Si volvía a bordo del *Streaker*, no tendría más remedio que esconderse en su camarote... al menos durante los días o semanas que tardaran en bajar los vencedores de la batalla que se desarrollaba sobre Kithrup para reclamar su presa.

En la pantalla del sonar, otra desdibujada línea de parásitos se aproximaba desde el oeste. No era eso lo que le preocupaba, y Toshio dejó que el trineo descendiera un poco más. Mientras seguía silbando sintió una especie de sollozo.

¿Dónde, dónde, dónde está el niño?
¿Dónde está el niño? ¿Dónde?

¡Delfiniano primal! ¡Muy cerca! Toshio olvidó su vergüenza. Sin dejar de silbar, asió las cuerdas que habían servido de anclaje a Brookida.

Un haz de grises reflejos centelleó sobre él. Toshio agarró la cuerda con ambas manos al tiempo que se acuclillaba. Sabía que Keepiru efectuaría un giro por debajo y subiría por el otro lado. Cuando entrevió el primer destello gris dirigiéndose como un rayo hacia arriba, se impulsó con las piernas y saltó del trineo.

En un precipitado intento motivado por el pánico, el velocísimo cuerpo del delfín se arqueó para evitar el choque. A pesar de ello, la cola del cetáceo le golpeó en el pecho y Toshio lanzó un grito. Pero era un grito de alegría más que de dolor. ¡Sus cálculos habían sido correctos!

Mientras Keepiru se arqueaba en sentido opuesto, Toshio se echó hacia atrás permitiendo así que el fin pasase entre su cuerpo y la cuerda. Sujetó con firmeza sus piernas alrededor de la cola del delfín y tiró de la cuerda con todas sus fuerzas.

—¡Te pesqué! —gritó.

Y, en ese mismo instante, la siguiente ola golpeó.

Los remolinos lo agarraban y tiraban de él. Trozos de desechos flotantes le golpeaban mientras la succión se apoderaba de su cuerpo en aparente alianza con el loco y furioso delfín.

Esta vez, Toshio no tuvo miedo de la ola. Se sentía invadido por un salvaje y ardiente deseo de luchar. La adrenalina ardía en él como un río de lava. Era feliz al someter a Keepiru, como si lo castigara por las semanas de humillación que le había infligido.

El delfín se debatía lleno de pánico. Mientras la ola los sobrepasaba, Keepiru gritó en demanda de aire y, desesperado, se impulsó hacia la superficie.

Emergieron, y Toshio evitó por poco ser abatido por la espuma que surgió del agujero respiratorio de Keepiru, el cual inició una serie de cabriolas, sacudiéndose para librarse de su indeseable jinete.

Cada vez que se sumergían, Toshio intentaba hacerle entrar en razón.

—¡Maldito Keepiru! Eres una criatura inteligente —jadeaba—. ¡Eres... eres un piloto de naves espaciales!

Hubiera sido preferible halagarlo hablando en ternario, pero no le era posible intentarlo cuando todos sus esfuerzos estaban centrados en defender su vida.

—¡Tú, cerebro de mosquito... símbolo fálico! —gritó mientras las olas le golpeaban con violencia—. ¡Pez engreído! ¿Es que quieres matarme, condenado? ¡Si Calafia cae ahora en manos de los ETs es porque vosotros los fines os vais mucho de la lengua! ¡Nunca hubiéramos debido traerlos al espacio!

Eran palabras llenas de odio, despectivas. Por fin, pareció que Keepiru le oía. Salió del agua con una cabriola, como un semental colérico. Toshio sintió que se le escapaba su presa, y salió despedido como una muñeca de trapo para caer al agua ruidosamente.

En cuarenta generaciones de educación delfiniana, sólo se conocían dieciocho casos en los que un fin hubiera atacado a un humano con ánimo homicida. En cada uno de estos casos, todos los fines emparentados con el criminal fueron esterilizados. Toshio esperaba ser aplastado en cualquier momento, pero no le importaba. Había comprendido, finalmente, la causa de su depresión. Se le había hecho evidente mientras luchaba con Keepiru.

No era la posibilidad de regresar a casa lo que había estado inquietándole durante las últimas semanas. Se trataba de otro hecho, en el que no se había permitido pensar ni siquiera una vez desde la batalla de Morgran.

Los ETs... los extraterrestres... los *galácticos* de cualquier rango y filosofía que perseguían al *Streaker*... no iban a renunciar a capturar la nave tripulada por delfines.

Por lo menos una raza de ETs habría pensado que el *Streaker* podía ocultarse con

éxito. A menos que imaginaran, erróneamente, que su tripulación había logrado transmitir su descubrimiento a la Tierra. De cualquier modo, el siguiente paso de una u otra de las más inmorales o viciosas razas galácticas sería coaccionarlos.

Era posible que la Tierra tuviese capacidad para defenderse por sí misma. Y seguramente ocurriría lo mismo con Omnivarium y Hermes. Los *tymbrimi* podrían defender las colonias de Caanan.

Pero lugares como Calafia o Atlast ya estarían conquistados en este momento. Habrían tomado rehenes... su familia y todos sus conocidos. Y Toshio reconoció que estaba culpando de ello a los fines.

Una nueva ola llegaría en pocos minutos, pero a Toshio no le importaba.

A su alrededor, flotaban restos de desechos marinos. A no más de un kilómetro de distancia divisó la colina metálica. Al menos parecía la misma. No podía distinguir si había o no delfines encallados en la orilla.

Un despojo más grande que los demás se movió junto a él. Le costó un buen rato descubrir que se trataba de Keepiru.

Toshio siguió flotando mientras abría su mascarilla.

—Bueno, estarás orgulloso de ti mismo, ¿verdad? —le preguntó.

Keepiru giró suavemente sobre su costado, y un ojo oscuro miró al muchacho. La protuberancia de la parte superior de la cabeza del cetáceo, donde los humanos habían manipulado para crear un aparato vocal a partir de la primitiva fosa nasal, emitió un largo, suave y melodioso sonido.

Toshio no pudo saber con certeza si se trataba sólo de un suspiro. Podía ser una disculpa en delfiniano primal. Y esta posibilidad le sacó de quicio.

—¡Vete a la mierda! Sólo quiero saber una cosa. ¿Tengo que hacerte regresar a la nave? ¿O crees que tendrás el suficiente sentido para ayudarme el tiempo que sea necesario? Contéstame en inglés, ¡y procura hacerlo con una sintaxis correcta!

Keepiru gimió angustiado. Durante un momento siguió respirando con fuerza, y por fin contestó pronunciando cuidadosamente.

—¡No me hagasss regresar! ¡Todavía siguen pidiendo ayuda! ¡Haré lo que tú me ordenesss!

Toshio dudó.

—De acuerdo. Desciende hacia el trineo. Y cuando lo encuentres ponte una mascarilla. No quiero verte salir a respirar a cada instante y, además, necesitas algo que te recuerde constantemente tu obligación. Luego acerca el trineo a la isla... *¡pero no demasiado!*

Keepiru movió la cabeza de arriba a abajo en señal de asentimiento.

—¡Sssí! —gritó. Agitó las aletas y se sumergió. Parecía que iba a obedecer todas sus órdenes.

De hecho, se hubiera sentido frustrado si hubiese conocido cuáles eran los planes inmediatos de Toshio.

Se encontraba a un kilómetro de la isla, y sólo existía un modo de llegar a ella

rápidamente sin herirse con la punzante superficie de los corales metálicos de su orilla. Miró los indicadores, y un descenso en el nivel del agua le advirtió que se aproximaba otra ola.

Parecía que la cuarta sería más suave que las anteriores. Pero supo que se equivocaba. Estaba en aguas lo bastante profundas para que la ola llegase hasta él en forma de suave movimiento del océano y no como un maremoto de fuerza desmedida. Se sumergió bajo la enorme masa de agua y nadó contra corriente durante cierto tiempo antes de salir de nuevo a la superficie.

Debía medir bien la distancia. Si nadaba con demasiada rapidez no tendría tiempo de llegar a la isla pues la cresta de la ola le alejaría de ella. Permanecer sobre la ola, por el contrario, le llevaría hasta la playa empujado por la resaca.

Todo ocurrió demasiado deprisa. Nadaba con energía, pero no podía saber si había sobrepasado o no la cresta de la ola. Entonces, algo le hizo comprender que ya era demasiado tarde para rectificar. Se dio la vuelta y se encontró frente a la colina cubierta de vegetación.

Le separaban cien metros de la línea de rompientes, pero el rápido descenso de la ola disminuía la base del rizo y lo convertía en una cresta monstruosa. Mientras la ola avanzaba hacia la playa, la cresta retrocedió hacia Toshio.

Cuando le alcanzó, el muchacho se preparó para recibirla. Pensó que sólo vería un precipicio bajo él, y luego nada.

Lo que vio, sin embargo, fue una catarata de espuma blanca mientras la ola empezaba a morir. Gritó con todas sus fuerzas para mantener los oídos abiertos, y comenzó a nadar furiosamente tratando de no quedar atrapado en el torbellino de espuma y desechos.

De repente, a su alrededor todo fue verde. Árboles y lianas que habían resistido los anteriores asaltos se agitaban bajo aquel nuevo ataque. Algunos habían sido incluso arrancados de raíz mientras Toshio los dejaba atrás. Otros aguantaron y le golpearon con violencia cuando pasó cerca de ellos.

Pero ninguna rama le hirió de gravedad. Ni fue estrangulado por ninguna liana. Dando tumbos en un torbellino de confusión, consiguió finalmente descansar abrazado al tronco de un inmenso árbol, mientras la ola se arremolinaba y empezaba por fin a retroceder.

Milagrosamente podía mantenerse en pie, era el primer hombre que pisaba el suelo de Kithrup. Miró sorprendido todo lo que le rodeaba, sin creer todavía que hubiera sobrevivido.

Abrió a toda prisa su mascarilla y se convirtió también en el primer hombre que vomitaba sobre el suelo de Kithrup.

GALÁCTICOS

—¡Acabad con ellos! —exigía el sumo sacerdote jofur—. ¡Hay que abatir esos cruceros de combate de Thennanin que han quedado aislados en nuestro sexto cuadrante!

El almirante de la flota de los jofur inclinó los doce anillos de su torso ante el sumo sacerdote.

—¡Los thenanios son nuestros aliados, aunque sólo sea por el momento! ¿Cómo podemos enfrentarnos a ellos sin antes celebrar los rituales secretos de traición? ¡Nos enfrentaríamos a la cólera de sus ancestros!

El sumo sacerdote jofur extendió sus seis anillos externos de savia y se levantó sobre el estrado que ocupaba en el fondo de la sala de mando.

—¡Éste no es momento para celebrar ritos! Ahora que nuestra alianza ha barrido este sector y se ha convertido en la más fuerte. Ahora, precisamente en la tensa calma de esta fase de la batalla. Ahora, que los locos thenanios nos han abierto sus flancos. ¡Ahora es cuando podemos hacerles más daño!

El almirante se agitaba nervioso y todos sus anillos externos de savia palidecían por la emoción.

—Podemos modificar las alianzas a nuestra conveniencia, ¿verdad? Podemos traicionar a nuestros aliados, ¿verdad? Podemos hacer cualquier cosa para conseguir la victoria, ¿verdad? ¡Pero no podemos hacer nada sin celebrar los rituales! ¡Son los rituales quienes nos convierten en caminos para la voluntad de los antiguos! ¡Podemos convertirnos en caminos heréticos!

La tribuna temblaba bajo la cólera del sumo sacerdote.

—¡Mis anillos deciden! ¡Mis anillos son los del sacerdocio! ¡Mis anillos...!

El pico oratorio del sumo sacerdote piramiral explotó en un geiser de ardiente y tornasolada savia que se esparció por el puente de la nave del jefe jofur.

—Seguid luchando —dijo el almirante haciendo oscilar su brazo lateral para exhortar a la tripulación a volver a su trabajo—. Avisad al Cuartel General de la Religiosidad. Que nos envíen anillos para consagrar un nuevo sumo sacerdote. Y seguid luchando mientras nos preparamos para celebrar los rituales de traición.

El almirante se inclinó ante la atenta sección de jefes.

—Apaciguaremos a los ancestros de los thenanios antes de atacarlos. Pero recordad que los thenanios no deben sospechar nuestras intenciones.

FRAGMENTO DEL DIARIO DE GILLIAN BASKIN

Hace ya tiempo que no soy capaz de escribir nada coherente en este diario personal. Desde las Syrtes parece que vivimos en permanente confusión... Primero, el descubrimiento del milenia; luego, la emboscada de Morgran; y desde entonces no hemos dejado de luchar por nuestras vidas. Apenas consigo ver a Tom. Está siempre allí abajo, en las máquinas o en los puestos de combate, y yo estoy en el laboratorio o ayudando en la enfermería.

Makanee, la cirujano de la nave, tiene demasiados problemas. Los fines siempre han sido propensos a la hipocondría. Una quinta parte de la tripulación se presenta en cada revisión médica con problemas de carácter psicossomático. No se les puede decir que todo son cosas de su imaginación, hay que mimarlos y decirles lo valientes que son, y que todo va a solucionarse muy pronto.

Creo que si no fuera por el capitán Creideiki, la mitad de la tripulación ya estaría histérica. Para muchos de ellos es casi un héroe salido del Sueño Cetáceo. Creideiki no para de dar vueltas por la nave, observando las actitudes y dando pequeñas lecciones de lógica Keneenk. Los fines parecen animarse cuando él está cerca.

Sin embargo, continúan llegando informes sobre la batalla espacial. Allí arriba, las cosas no parecen calmarse, sino todo lo contrario.

Y empezamos a estar algo más que preocupados por la expedición de Hikahi.

Gillian dejó la pluma. Visto desde el pequeño círculo de luz de la lámpara de oficina, el resto del laboratorio parecía oscuro y tenebroso. La única luz, aparte de la suya, procedía del extremo opuesto de la habitación. Recortada por ese punto luminoso, podía verse una forma vagamente humanoide, una sombra misteriosa que yacía tendida sobre una mesa de estasis.

—Hikahi —suspiró Gillian—. Por Ifni, ¿dónde estás?

Resultaba realmente inquietante el hecho de que el grupo de exploración no hubiera respondido a la orden de regreso ni con una simple confirmación monopulsada. El *Streaker* no podía permitirse el lujo de perder tal número de fines. A pesar de sus frecuentes informalidades fuera del puente, Keepiru era su mejor piloto. E incluso el joven Toshio Iwashika se había convertido en una gran promesa.

Pero por encima de todo, era la eventual pérdida de Hikahi lo que más les afectaría. ¿Cómo se las apañaría Creideiki sin ella?

Hikahi era la mejor amiga delfín de Gillian, al menos tanto como Creideiki o Tsh't lo eran de Tom. Gillian no dejaba de preguntarse por qué Takkata-Jim había

sido nombrado segundo de a bordo, y no Hikahi. Era absurdo. La única explicación que se le ocurría era que en todo aquello había un trasfondo político. Takkata-Jim era un *stenos*. Quizás Ignacio Metz hubiera intervenido en la elección. Metz era un ardiente defensor de ciertos tipos étnicos de los delfines de la Tierra.

Gillian no escribió estos pensamientos. Eran meras especulaciones, y no podía perder el tiempo con ellas.

De todos modos, ya es hora de regresar junto a Herbie.

Cerró su diario, se levantó y caminó alrededor de la mesa de estasis, donde una figura seca y deshidratada flotaba, tras una fuerte pantalla de protección, en un campo de tiempo suspendido.

A través del cristal, el antiquísimo cadáver le devolvía la sonrisa.

No era humano. Ni siquiera existían criaturas pluricelulares en la Tierra cuando aquel ser vivía, respiraba y viajaba en naves espaciales. Y, sin embargo, se parecía muchísimo a un humanoide. Tenía las piernas y los brazos rectos y la cabeza y el cuello auténticamente humanos. Había algo extraño en sus mandíbulas y en las órbitas de los ojos, pero incluso su calavera conservaba una sonrisa humana.

—¿Qué edad tienes, Herbie?, preguntó Gillian. ¿Un billón de años? ¿Quizá dos?

¿Cómo ha podido la civilización galáctica ignorar durante tanto tiempo la existencia de tu vieja flota de naves? Como si nos estuvieses esperando... a nosotros precisamente, un grupo de lobeznos humanos y delfines recién elevados. ¿Por qué hemos tenido que ser nosotros quienes te encontramos?

¿Y por qué ese pequeño holograma tuyo que enviamos a la Tierra ha vuelto locos a la mitad de las razas tutoras de la galaxia?

La micro-Biblioteca del *Streaker* tampoco era de ninguna utilidad. Se negaba totalmente a reconocer a Herbie. Quizá retenía la información. O tal vez su archivo era demasiado pequeño para incluir a una oscura raza extinguida hacía tanto tiempo.

Tom había pedido a la máquina Niss que buscara datos dentro de ella, pero el sarcástico artefacto *tymbrimi* se mostraba incapaz de sacarle una sola respuesta.

Mientras, entre la enfermería y sus otras ocupaciones, Gillian tenía que esforzarse para encontrar cada día algunas horas libres que le permitieran examinar aquella reliquia sin destruirla, y descubrir tal vez por casualidad lo que tanto había conmovido a los ETs. Si no lo hacía ella, nadie lo haría.

Y pensaba dedicarse a la tarea hasta la noche.

¡Pobre Tom!, se dijo Gillian sonriendo. Volverá de las máquinas completamente agotado, y yo seré cariñosa con él. Es estupendo que sea tan encantador.

Cogió una microsonda piónica.

Bien, Herbie, veamos si podemos descubrir qué clase de cerebro tuviste.

METZ

—Lo siento, doctor Metz. El comandante se encuentra con Thomasss Orley en la sección de armamento. Si hay algo que yo pueda hacer...

El teniente Takkata-Jim era tan cortés como siempre. Su dicción ánglica, aun cuando estuviese respirando oxiagua, era casi perfecta. Ignacio Metz no pudo evitar una sonrisa de aprobación. Tenía un interés muy especial en Takkata-Jim.

—No, teniente. Acabo de detenerme en el puente para ver si había regresado la patrulla de reconocimiento.

—Todavía no lo han hecho. Sólo podemos esperar.

Metz chasqueó la lengua. Según él, el grupo de Hikahi había sido destruido.

—Ah, bueno. Supongo que aún no hemos recibido ninguna oferta de negociación por parte de los *galácticos*, ¿verdad?

Takkata-Jim negó sacudiendo su gran cabeza gris de izquierda a derecha.

—Desgraciadamente, no, señor. Parecen mucho más interesados en destruirse los unos a los otros. Cada pocas horas, al parecer, una nueva flota de guerra entra en el sistema de Kthsemenee para unirse al combate. Quizás habrá que esperar algo más de tiempo antes de que se inicien las conversaciones diplomáticas.

El doctor Metz frunció el ceño ante lo ilógico de aquella situación. Si los *galácticos* fueran racionales, permitirían que el *Streaker* comunicara su descubrimiento al Instituto de la Biblioteca, ¡y todo quedaría arreglado! ¡Todos estarían entonces en igualdad de condiciones!

Pero la unidad de la civilización galáctica era más teórica que real. Y había demasiadas razas encolerizadas que poseían grandes naves y poderoso armamento.

Y nosotros aquí, pensó, en medio, con algo que todos ellos desean.

No puede ser sólo esa inmensa flota de naves antiguas. Debe haber otro motivo para que se hayan puesto todos en movimiento. Gillian Baskin y Tom Orley recogieron algo en las Syrtes. Me gustaría saber qué era.

—¿Desea que le acompañe en la cena de esta noche, doctor Metz?

Metz parpadeó. ¿Qué día es hoy? ¡Ah, sí! Miércoles.

—Desde luego, teniente. Su compañía y su conversación me serán tan gratas como siempre. ¿Digamos a las seis?

—Tal vez sería mejor a las diecinueve-cien, señor. A esa hora termino mi turno.

—Muy bien. Hasta luego, entonces.

Takkata-Jim asintió. Se dio la vuelta y regresó nadando a su puesto de servicio.

Metz contempló al fin con aprecio.

Es el mejor de mis stenos, pensó. Ignora que soy su padrino... su padre genético. Y sin embargo estoy orgulloso de él.

Todos los delfines de a bordo eran de la clase *tursiops amicus*. Pero algunos tenían rasgos genéticos de *stenos bredanensis*, el delfín de aguas profundas que siempre había sido el más próximo al aliento de la inteligencia.

En estado salvaje, el *bredanensis* tenía fama de poseer una curiosidad insaciable y de no amedrentarse ante el peligro. Metz había defendido la adición de ADN de esa especie al conjunto genético de los neodelfines. En la Tierra muchos de los nuevos *stenos* constituyeron un éxito, mostrando un gran espíritu de iniciativa y una brillante inteligencia individual.

Pero últimamente la rudeza de su carácter había provocado ciertas fricciones con las comunidades costeras de la Tierra, y Metz tuvo que esforzarse mucho para convencer al Concejo de la conveniencia de designar algunos de ellos para ocupar puestos de responsabilidad en la primera nave espacial tripulada por delfines.

Takkata-Jim era su mejor prueba. De una lógica fría, exquisitamente correcto, el fin usaba el inglés excluyendo casi por completo el ternario, y parecía impermeable al Sueño Cetáceo que tanto impresionaba a los viejos modelos como Creideiki. Takkata-Jim era el delfín más humano que Metz había conocido.

Observó cómo el teniente impartía órdenes a la tripulación del puente sin recurrir a las pequeñas parábolas keneenks que Creideiki soltaba siempre en sus parlamentos. Por el contrario, Takkata-Jim se expresaba en inglés con brevedad y precisión. Ni una sola palabra inútil.

Sí, se dijo. Conseguiré hacerse famoso cuando regresemos a casa.

—¿Doctor Metsss?

Metz se volvió y retrocedió involuntariamente ante la envergadura del delfín que se había acercado a él silenciosamente.

—¿Qué...? Ah, K'tha-Jon. Me has sobresaltado. ¿Qué puedo hacer por ti?

Era un delfín verdaderamente grande el que le miraba sonriendo. Su boca chata, su piel jaspeada y sus ojos saltones le hubieran dicho a Metz todo sobre él... si no lo hubiera sabido de antemano.

Feresa attenuata, se dijo el hombre saboreando aquel pensamiento. *Tan hermoso, tan salvaje. Mi proyecto más secreto; y nadie, ni siquiera tú, K'tha-Jon, sabe que eres algo más que un simple stenos.*

—Perdone la interrupción, doctor Metsss, pero el científico chimp, Charlesss Dart, quiere hablar con usted. Creo que el pequeño mono necesita quejarse otra vez de alguien.

Metz frunció el ceño. K'tha-Jon no era más que un simple contramaestre y ciertamente no se le podía exigir el refinamiento de Takkata-Jim. Sin embargo, todo tenía un límite, aun considerando los oscuros antecedentes del gigante.

Tendré que explicarle algunas cosas, se dijo a sí mismo. *Este tipo de actitud es inadmisibile.*

—Por favor, informa al *doctor* Dart que iré a verle en seguida —le dijo al fin—. Por ahora, ya he terminado con lo que tenía que hacer aquí.

CREIDEIKI Y ORLEY

—Estamos armados otra vez —suspiró Creideiki—. Por si se deciden a atacarnos. Thomas Orley levantó la vista de los lanzamisiles recién reparados y asintió.

—Esto funcionará casi tan bien como antes, Creideiki. No pensábamos encontrar ningún problema cuando entramos en el punto de transferencia de Morgran y caímos en medio de la batalla. Fuimos afortunados al salir de allí sólo con pequeños desperfectos.

Creideiki asintió.

—Sssí —dijo con un suspiro melancólico—. Pero si hubiéramos reaccionado antes...

Orley era consciente del humor de su amigo. Apretó las comisuras de los labios y empezó a silbar. La mascarilla respiratoria amplificó la ligera composición de sombras y sonidos. Como un elfo enloquecido, el pequeño eco saltaba y bailaba de un extremo a otro de la cámara de oxiagua. Quienes trabajaban en el depósito de armamento alzaron sus estrechas y audiosensitivas mandíbulas para seguir la saltarina imagen del sonar que se deslizaba con burlona simpatía:

*Quando es uno el que manda,
Es envidiado por todos,
Pero, ¡oh!, cuántos problemas.*

El fantasmagórico sonido desapareció, pero las risas permanecieron. La dotación del depósito de armamento gritaba y balbuceaba.

Creideiki esperó que se calmaran las risas. Luego, emitió desde su frente una secuencia de chasquidos cámara-obturados que imitaban el estruendo de las nubes tormentosas. En el reducido espacio, todos los presentes sintieron el crepitar de las gotas de lluvia impulsadas por el viento. Tom cerró los ojos y dejó que la imagen-sonido de un chubasco se apoderase de él.

*Están apostadas en mi camino
Las obscenas locuras de antaño.
Les digo, «¡Fuera!».*

Orley agachó la cabeza, reconociendo su derrota. Nadie había vencido nunca a Creideiki en la composición de haikús en ternario, y los suspiros de admiración de los fines lo confirmaba.

Pero no había cambiado nada. Mientras abandonaban su puesto en el depósito de armamento, tanto Orley como Creideiki sabían que este desafío no era suficiente para hacer salir a la tripulación de la crisis. También necesitaban esperanza.

Y la esperanza era algo que escaseaba. Tom sabía que Creideiki estaba terriblemente preocupado por Hikahi, aunque hacía esfuerzos para disimularlo.

Cuando nadie podía oírles, el capitán preguntó:

—¿Ha hecho Gillian algún progreso en el estudio de esa *cosa* que encontramos... y que es la causa de todos nuestros problemas?

Tom negó con la cabeza.

—A duras penas he conseguido estar con ella una hora en los dos últimos días... así que no puedo decírtelo. La última vez que le pregunté, la micro-Biblioteca de la nave seguía insistiendo en que nunca había existido nada parecido a Herbie.

Creideiki suspiró.

—Sería bueno conocer lo que creen los *galácticos*. En fin...

Un silbido a sus espaldas les hizo detenerse. Tsh't, el cuarto oficial de a bordo, se acercaba a ellos flotando en una nube de burbujas.

—¡Creideiki! ¡Tom! El ssonar ha localizado un delfín en el ssector esste. ¡Todavía esstá muy lejos, pero parece que se acerca a toda velocidad!

Creideiki y Tom intercambiaron una mirada. Luego, Tom asintió con la cabeza comprendiendo la muda orden del comandante.

—¿Puedo llevar conmigo a Tsh't y una veintena de fines?

—Ssí. Prepara un equipo. Pero no salgáis antes de saber de qué se trata. Puede que necesites llevar más de veinte. O quizás ir no sirva para nada.

Tom vio el sufrimiento en los ojos del comandante. La próxima hora de espera, tal vez más, iba a ser particularmente dura.

Orley hizo una seña al teniente Tsh't para que le siguiera y luego se volvió para nadar a toda velocidad por el corredor inundado, hacia el casco.

GALÁCTICOS

Sintiendo la alegría del tutelazgo y la autoridad, Krat, la almirante soro, contemplaba a las criaturas gello, paha y pila, sus criaturas, mientras llevaban una vez más al combate la flota de los soro.

—Señora —anunció el oficial de detección gello—, según sus instrucciones, estamos acercándonos al mundo acuático a un cuarto de la velocidad de la luz.

Krat se dio por enterada chasqueando la lengua, pero en su interior era feliz. Su huevo rebosaba de salud. Cuando consiguieran la victoria, podría regresar a casa y aparearse de nuevo. Y, además, la tripulación de su nave almirante trabajaba con la eficacia de una máquina ajustada a la perfección.

—Nuestra flota lleva un paktar de adelanto sobre el horario previsto, señora —anunció el oficial de detección.

Entre todas las especies pupilas leales a los soro, los gello eran los preferidos de Krat. Ellos fueron sus primeros pupilos, hacía ya mucho tiempo. A su vez, los gello se habían convertido luego en tutores, llevando al clan dos nuevas razas. Eran el orgullo de los soro. Con ellos, la cadena de elevación continuaba.

En la noche de los tiempos, los Progenitores crearon las Leyes Galácticas. Desde entonces, cada raza había ayudado en su ascenso cognoscitivo a otras razas, recibiendo en pago ciertos servicios, asegurados por un contrato.

Muchos millones de años atrás, los antiguos luber habían elevado a los puber, o por lo menos, así lo decía la Biblioteca. Los luber se extinguieron y los puber, aunque todavía existían, estaban en franca degeneración y decadencia.

Pero antes de llegar a este estado, los puber habían educado a los hul, quienes a su vez tuvieron como pupilos a los krat prehistóricos, los ancestros de los soro. Poco después, los hul se retiraron a su planeta de origen y se convirtieron en filósofos.

Ahora los soro tenían muchas razas pupilas. Sus logros más sobresalientes eran los gello, los paha y los pila.

Krat podía oír la estridente voz de Cubber-cabub, el táctico pila, arengando a sus subordinados del sector de planificación. Insistía en que se esforzaran al máximo para obtener de la mini-Biblioteca de la nave la información que ella había pedido. Cubber-cabub parecía asustado. Bien. Si le temía pondría más empeño.

De todas las razas de a bordo, sólo los pila eran mamíferos, pequeños bípedos de un mundo de alta gravedad. Se habían convertido en una raza con amplios poderes en muchas de las organizaciones burocráticas de dimensión galáctica, incluido el importante Instituto de la Biblioteca. Los pila habían elevado a sus propios pupilos, aumentando así la influencia del clan.

Sin embargo, era una lástima que los pila ya no estuvieran sometidos al contrato

de aprendizaje tutelar, pues sería magnífico poder manipular de nuevo sus genes. A aquellos pequeños devoradores de pienso se les caía el pelo constantemente y su olor era un poco desagradable.

Ninguna raza pupila había conseguido la perfección. Sólo dos siglos antes, los pila tuvieron grandes dificultades con los humanos de la Tierra. El asunto sólo pudo solucionarse con grandes esfuerzos y gastos. Krat no conocía bien lo ocurrido pero el problema tenía alguna relación con el sol de los terrestres. Desde entonces, los pila odiaban con todas sus fuerzas a los humanos.

Al pensar en los terrestres, Krat sintió que su espolón nupcial palpitaba. ¡En sólo trescientos de sus años se habían convertido en un estorbo tan grande como los mojigatos kanten o los diabólicos estafadores tymbrimi!

La raza soro esperaba con paciencia la oportunidad adecuada para borrar la mancha en el honor de su clan. Por fortuna, los humanos eran patéticamente ignorantes y vulnerables. ¡Quizá la ocasión se presentase ahora!

¡Sería una delicia tener al homo sapiens bajo la tutela soro como pupilo de aprendizaje! Era una posibilidad, ¿por qué no? ¡Qué cambios podrían hacer entonces en ellos! ¡Cómo podrían moldearlos!

Krat observó a su tripulación y deseó tener libertad para manipular, alterar y reformar a su antojo incluso a esas especies adultas. ¡Podía hacerse aún tanto con ellas! Pero para eso era necesario cambiar las reglas.

Si aquellos advenedizos mamíferos acuáticos de la Tierra habían descubierto lo que ella creía, las reglas podrían cambiarse... Si los Progenitores estaban realmente de nuevo en el mundo. ¡Qué ironía que la última raza en viajar por el espacio fuese la descubridora de la flota abandonada! Casi los perdonaba por existir y dar a esos humanos el grado tutorial.

—Señora —anunció el enorme gello—, la alianza jofur-thenania se ha roto. Están luchando entre sí. ¡Lo que significa que no podrán mantener la supremacía!

—Seguid vigilando —suspiró Krat.

El gello había sobrevalorado el alcance de una pequeña traición. Algo completamente normal. Las alianzas no dejarían de hacerse y romperse hasta que surgiera una fuerza suprema. Krat esperaba que esa fuerza fuese soro y, que una vez acabada la batalla, fuese ella quien recogiese el premio.

¡Los delfines tenían que estar allí! ¡Cuando venciese en el combate, sacaría a aquellas criaturas sin manos de su refugio submarino, y haría que lo confesaran todo!

Con un gesto lánguido de su zarpa derecha llamó al pila Bibliotecario.

—Consulta la terminal de datos acerca de esas criaturas acuáticas que perseguimos —le dijo—. Quiero saber más sobre sus costumbres, lo que les gusta y lo que detestan. Se dice que sus vínculos con sus tutores humanos son débiles y corruptibles. Dame algo para poder pervertir a esos... delfines.

Cubber-cabub hizo una reverencia y se retiró a la sección de la Biblioteca, el

sector con el emblema en espiral inscrito sobre la entrada.

Krat sentía el destino a su alrededor. Aquel punto del espacio era un centro de poder. No necesitaba instrumentos que se lo confirmasen.

—¡Los cogeré! ¡Las reglas serán cambiadas!

TOSHIO

Toshio encontró a Ssattatta junto al tronco de un árbol taladrador gigante. La fin había sido arrojada contra la monstruosa planta y aplastada por el impulso. Su arnés se había hecho literalmente pedazos.

Toshio iba dando tumbos en medio de la devastada maleza, silbando una llamada en ternario cuando tenía fuerzas para hacerlo. Su voluntad estaba centrada en mantenerse en pie, pues desde que salió de la Tierra no había tenido muchas oportunidades para caminar. Contusiones y náuseas contribuían a dificultar las cosas.

Descubrió a K'Hith tendido sobre un mullido lecho de algo parecido a la hierba. Su arnés estaba intacto, pero el delfín planetólogo había sangrado hasta la muerte por las tres profundas heridas de su vientre. Toshio grabó el lugar en su memoria y se alejó.

A Satima la encontró cerca de la orilla. La pequeña hembra nadaba en su propia sangre; tenía un ataque de histeria, pero aún vivía. Toshio curó sus heridas con espuma de carne y cinta reparadora. Luego, cogió los brazos manipuladores del arnés y, con una gran piedra, los martilleó. Lo mejor que podía hacer era fijarla al suelo para que no se la llevara la quinta ola.

Fue más una inundación que una ola. Colgado de un árbol, Toshio se vio rodeado por las aguas que casi cubrieron su cabeza.

Apenas empezaba la ola a retirarse cuando se soltó del tronco y chapoteó hasta llegar junto a Satima. A tientas, consiguió agarrarse a su arnés, y soltó el cuerpo de la delfina para que fuese arrastrado por el reflujo. Luego, chapoteando con fuerza, trató de no ser arrastrado también.

Luchaba por apartar a Satima de una mata de arbustos, contra el empuje creciente de la resaca de la ola, cuando vio un movimiento en el árbol que estaba sobre él; un movimiento que no encajaba en el balanceo descendente. Al levantar la cabeza, se encontró con la mirada de dos pequeños ojos negros.

Apenas tuvo tiempo para más, pues la marea les arrastraba hacia un pequeño pozo recién abierto. Toshio estaba demasiado ocupado como para mirar en otra dirección que no fuese hacia adelante.

Consiguió sacar a Satima de los últimos metros de resbaladizas plantas acuáticas, procurando que no se abriesen de nuevo sus heridas. En los últimos minutos, Satima parecía estar más lúcida y sus gritos inarticulados empezaban a tomar la forma de palabras ternarias.

Un silbido hizo que Toshio levantara la cabeza. A sólo unos cuarenta metros de la orilla, Keepiru se aproximaba conduciendo el trineo. El fin llevaba un respirador, pero era capaz de emitir señales.

—¡Satima! —gritó Toshio a la fin herida—. ¡Nada hacia el trineo! ¡Ve con Keepiru! ¡Sujétala a una cúpula de aire! —añadió dirigiéndose a Keepiru—. ¡Y vigila la pantalla del sonar! ¡Lárgate en cuanto veas venir una ola!

Keepiru asintió con la cabeza. Cuando Satima estuvo a unos treinta metros de la orilla, utilizó el trineo para llevarla a alta mar.

Había encontrado cinco fines. Faltaban Hist't e Hikahi.

Toshio escaló la resbaladiza orilla y, con paso titubeante, se hundió de nuevo entre los matojos. La superficie de su mente se encontraba tan desgarrada y desolada como la de la isla. Había visto demasiados cadáveres en un día; demasiados amigos muertos.

Sólo ahora se dio cuenta de que había sido injusto con los fines.

Era absurdo culparlos por burlarse de él. Estaban hechos así y no podían remediarlo. A pesar de toda la manipulación genética efectuada por los humanos, los delfines siempre se habían mostrado burlones con ellos desde que vieron al primer hombre aventurarse a navegar con una canoa. Esta imagen patética les creó unos esquemas que la educación podría sólo alterar, pero nunca eliminar.

Y, ¿por qué eliminarlos? Toshio ya sabía entonces que aquellos humanos a los que conoció en Calafia, y que eran los que mejor trabajaban con los delfines, tenían una personalidad especial: eran insensibles y voluntariosos, y poseían un gran sentido del humor. Nadie trabajaría mucho tiempo con los fines si no valiese la pena ganarse su respeto.

Se dirigió hacia una forma gris que yacía bajo los matojos. Pero no. Era otra vez Ssattatta, cuyo cuerpo había sido desplazado por la última ola. Toshio avanzó dando traspies.

Los delfines eran conscientes de lo que la Humanidad había hecho por ellos. La elevación había sido un proceso doloroso, pero ninguno hubiese regresado al Sueño Cetáceo, en el caso de poder hacerlo.

Los fines sabían también que los flexibles códigos que regían los comportamientos entre las razas galácticas, las normas establecidas en la Biblioteca desde hacía eones, autorizaban a la Humanidad a exigir cien mil años de servidumbre a sus pupilos. Los hombres habían temblado colectivamente ante tal idea. Ni siquiera el *homo sapiens* tenía aquella edad. Y si en alguna parte la Humanidad tenía efectivamente un tutor, lo bastante poderoso como para reclamar sus derechos al título, aquella especie no recogería al *tursiops amicus* como prima adicional.

De hecho, no existía un solo fin en el mundo que no conociera la actitud de la Tierra. Los delfines, como los chimpancés, formaban parte del Concejo de Terragens.

Toshio supo hasta qué punto debía haber herido a Keepiru con sus palabras durante la lucha en el mar. Más que nada, lamentaba el comentario sobre Calafia. Keepiru habría dado mil veces su vida para salvar a los humanos del mundo natal de Toshio. El muchacho se dejaría cortar la lengua antes que repetir tales cosas.

Se detuvo en un claro. Allí, en una charca poco profunda, yacía un delfín

tursiops.

—¡Hikahi!

La fin estaba llena de arañazos y golpes. Pequeños rastros de sangre manchaban sus costados. Pero estaba consciente, y cuando Toshio avanzó hacia ella le gritó:

—¡Quédate donde estás, Ojos Vivos! ¡No te muevas! ¡No estamos solos!

Toshio se detuvo en seco. La orden de Hikahi era muy explícita. Sin embargo, le parecía urgente acercarse a ella. Las heridas de la delfina no tenían buen aspecto. Si había fragmentos metálicos clavados bajo la piel era obligado extirparlos en seguida, antes de que le envenenaran la sangre. Y no sería fácil devolverla al mar.

—Hikahi, muy pronto vendrá otra ola. Puede que llegue hasta aquí. ¡Debemos prepararnos!

—No te muevas, Toshio. La ola no llegará hasta aquí. Además, mira a tu alrededor. ¿Ves como esto es mucho más importante?

Por primera vez, Toshio observó realmente el claro. La charca estaba situada en un extremo y las marcas de arañazos en sus orillas indicaban que era de creación reciente. Entonces se dio cuenta de que el arnés de Hikahi había perdido sus brazos manipuladores.

¿Qué...? La percepción de Toshio cambió. A lo lejos, al final del claro, vio escombros retorcidos desparramados entre la maleza, y reconoció los fragmentos de una aldea destruida.

En el permanente resplandor de la foresta kithrupiana, distinguió los desgarrados jirones de redes primitivas, trozos dispersos de techumbres de palma agujereadas y afiladas puntas de metal toscamente sujetas a unos bastones de madera.

En las ramas de los árboles advirtió ligeros movimientos fugitivos. Entonces, una por una, aparecieron pequeñas manos de dedos palmeados, seguidas por el brillante centelleo de unos ojos negros que, bajo unas frentes estrechas y verdosas, lanzaban sobre él sus miradas.

—¡Aborígenes! —murmuró—. Ya había visto antes alguno, pero lo había olvidado. ¡Parecen presensitivos!

—Sssí —respondió Hikahi en el mismo tono—. Y esto hace que el secreto sea más vital que nunca. ¡Deprisa, Ojos Vivos, dime lo que ha sucedido!

Toshio contó sólo lo que había hecho desde que golpeó la primera ola, omitiendo los detalles de su lucha con Keepiru. Le resultaba difícil concentrarse, con aquellos ojos a su alrededor, sobre los árboles, que le miraban fijamente y que desaparecían con temor cada vez que él les dirigía su mirada. Acababa de terminar su relato cuando llegó la siguiente ola.

Podían ver los rompientes estrellándose contra la escarpada orilla con un poderoso rugido acompañado de surtidores de espuma blanca. Pero estaba claro que Hikahi no se había equivocado. El agua no llegó hasta su altura.

—¡Toshio! —silbó Hikahi—. Lo has hecho muy bien. Puede que hayas salvado a este pequeño pueblo al mismo tiempo que a nosotros. Brookida vendrá a ayudarnos.

»Salvarme a mí no es lo más importante ¡Debes hacer lo que yo diga! ¡Keepiru ha de sumergirse de nuevo, en seguida! Que permanezca a cubierto bajo el agua y siga buscando cuerpos y despojos en el mayor silencio posible. En cuanto a ti, entierra a Ssattatta y a K'Hith y luego recoge los restos de sus arneses. ¡Cuando nos llegue ayuda, debemos irnos de aquí rápidamente!

—¿Es seguro que estás bien? Tus heridas...

—¡Ya basta! Mis amigos me mantienen húmeda. El follaje de los árboles me oculta. ¡Vigila bien los cielos, Ojos Vivos! ¡Procura que no te vean! Cuando te vayas, espero persuadir a nuestros amigos para que confíen en nosotros.

Parecía extenuada. Toshio estaba deshecho. Por fin, con un suspiro, se encaminó hacia el bosque. Se obligó a correr a través del maltratado follaje, siguiendo las aguas que retrocedían hacia la orilla.

Llegó en el momento que emergía Keepiru. El fin se había quitado el respirador y estaba conectado a una cúpula de aire. Le informó de que había encontrado el cuerpo de Phip-pit, el delfín que suponían asesinado por la hierba estranguladora. Su cadáver conservaba todavía las marcas de las ventosas, de las que debía haberse soltado durante el tsunami.

—¿Alguna señal de Hist't? —preguntó.

Keepiru respondió negativamente. Toshio le transmitió las órdenes de Hikahi, y observó cómo el trineo se sumergía de nuevo.

Se detuvo un momento y luego su mirada se dirigió hacia el oeste.

El rojizo sol de Kithrup se ponía. Sobre su cabeza, algunas estrellas atravesaban con sus rayos unas cuantas nubes dispersas. Al este, las nubes iban adquiriendo un aspecto amenazador. Aquella noche llovería. Toshio luchó contra la tentación de quitarse el traje de buzo y por fin decidió arriesgarse un poco: se despojó sólo de la capucha de caucho. A pesar del viento glacial, sintió un enorme alivio.

Echó un rápido vistazo hacia el sur. Si la batalla espacial aún proseguía, no había ningún signo de ello. La rotación de Kithrup había dejado atrás el brillante globo de plasma y escombros que ahora debía orbitar alrededor del planeta.

Toshio no tenía las fuerzas suficientes para blandir el puño hacia el cielo austral, pero le dirigió una mueca burlona, esperando que los *galácticos* se hubieran exterminado entre sí.

Aunque esto no era muy probable. Habría vencedores y, algún día, irían a buscar a los delfines y a los hombres.

A pesar de su fatiga, Toshio se enderezó y regresó al bosque, al protector refugio de los árboles, con paso decidido.

Poco después de llegar a la isla, encontraron al joven y a la delfina apretados uno contra otro bajo un tosco refugio en donde goteaba una cálida lluvia formando largos arroyuelos. Los destellos de los relámpagos ahogaban la pálida luz amarilla de las

lámparas que llevaban los del equipo de rescate. Con el primer relámpago, Thomas Orley creyó ver media docena de pequeñas siluetas delgadas alrededor de la terrestre y del calafiano. Pero en el tiempo que necesitaron él y su acompañante para atravesar la maleza y llegar a un sitio con mejor perspectiva, los animales, o lo que fuesen, habían desaparecido.

Su primer temor de que se tratase de carroñeros lo abandonó al ver que Toshio se movía. Sin embargo, mantuvo su mano derecha en la culata de la pistola de agujas mientras alzaba la linterna para dejar pasar a Hannes Suessi por debajo. Después observó detenidamente el claro, recogiendo los olores y los sonidos que flotaban sobre la viviente superficie de la colina de metal, memorizando los detalles.

—¿Están bien? —preguntó después de unos segundos.

—No te inquietes, Toshio; soy yo, Hannes. —Había un cierto tono maternal en la voz del mecánico—. Bien, señor Orley. Los dos están conscientes, pero no en condiciones de hablar —añadió en voz alta.

Thomas Orley penetró de nuevo en el claro y depositó la lámpara al lado de Suessi.

—Los relámpagos son nuestra mejor cobertura —dijo—. Voy a hacer que vengan los vehículos para llevarnos de aquí a esta pareja cuanto antes.

Apretó un botón en el borde de su mascarilla y silbó velozmente en perfecto ternario. El mensaje sólo duró seis segundos. Se decía que Thomas Orley podía hablar en delfiniano primal, aunque ningún humano lo había oído nunca.

—Estarán aquí en pocos minutos —anunció—. Hay que borrar todas sus huellas.

Se sentó junto a Toshio, que se había incorporado, mientras Suessi se ocupaba de Hikahi.

—Buenas noches, señor Orley —dijo el muchacho—. No sabe cuánto lamento haberle apartado de su trabajo.

—No importa, hijo. De todos modos, tenía intención de venir a echar un vistazo por aquí. Esto sólo le ha dado al comandante una buena excusa para enviarme. Cuando estéis camino de nuestra nave, Hannes, Tsh't y yo iremos a inspeccionar la galáctica que se estrelló. ¿Tienes fuerzas para llevarnos hasta los cadáveres de Ssattatta y K'Hith? Nos gustaría peinar la isla antes de que acabe la tormenta.

—Sí, señor —asintió Toshio—. Creo que aún podré arrastrarme hasta allí. Supongo que no habrán encontrado a Hist't...

—No. Y eso nos preocupa, aunque no puede compararse con la preocupación que sentimos cuando regresó Brookida. Keepiru nos contó casi toda la historia. ¿Sabías que ese fin siente un gran aprecio por ti? Has hecho un excelente trabajo aquí.

Toshio se giró, como si le avergonzara recibir alabanzas.

Orley lo miró con curiosidad. Hasta entonces, no le había prestado demasiada atención. Durante la primera parte del viaje, le había parecido un joven brillante aunque un poco irresponsable. Luego, tras el descubrimiento de la flota abandonada, empezó a mostrarse taciturno conforme disminuían sus posibilidades de regresar

alguna vez a casa.

Pero ahora las cosas iban a tomar otro cariz. Era demasiado pronto para prever los efectos a largo plazo de aquella aventura, pero era evidente que para Toshio había constituido un rito de iniciación.

Oyeron un zumbido procedente de la orilla y, poco después, aparecieron bajo los árboles dos vehículos de aspecto arácnido, conducido cada uno de ellos por un delfín con un arnés colocado en la hamaca de pilotaje.

Toshio suspiró entrecortadamente mientras Orley le ayudaba a levantarse. Luego este último se inclinó para recoger un objeto de la tierra. Lo levantó con su mano izquierda.

—Un raspador, ¿no es eso? Fabricado con espinas de peces metálicos enganchadas en un mango de madera...

—Eso mismo supongo.

—¿Tienen algún tipo de lenguaje?

—No, señor; bueno rudimentos. Parecen estar estabilizados. Cazadores y agricultores, estrictamente. Hikahi cree que no han evolucionado en más de medio millón de años.

Orley asintió. A primera vista, aquella especie indígena parecía madura. Una raza presentiva en el estadio ideal para la elevación. Era un milagro que ningún tutor galáctico la hubiera asaltado para convertirla en raza pupila y obligarla a mil siglos de servidumbre.

Ahora, los hombres y fines del *Streaker* tenían una nueva responsabilidad, y la discreción era más importante que nunca.

Se guardó el objeto en el bolsillo y apoyó su mano en el hombro de Toshio.

—Bueno, hijo, ya nos lo contarás todo cuando regresemos a la nave. Mientras tanto, tienes mucho en qué pensar.

—¿Señor? —Toshio le miró sorprendido.

—Bien, es que no todo el mundo puede bautizar a una futura raza de viajeros espaciales. Ya sabes, los fines están esperando que compongas una canción sobre todo esto.

Toshio observó a su superior. ¿Estaba bromeando? Pero Thomas Orley mantenía su enigmática expresión.

Orley levantó su mirada hacia las nubes tormentosas. Mientras los vehículos iban en busca de Hikahi, se apartó y sonrió al telón que, temporalmente, había caído sobre el teatro del cielo.

Segunda parte

CORRIENTES

*Porque el cielo y el mar,
Y el mar y el cielo,
Yacen pesadamente sobre mis cansados ojos,
Y los muertos a mis pies.*

S. T. COLERIDGE

DENNIE

Charles Dart se apartó del microscopio de polarización y masculló un juramento. Siguiendo una costumbre que intentaba abandonar desde hacía más de media vida, se puso el antebrazo sobre la cabeza y, con aire ausente, empezó a darse ligeros tirones de sus peludas orejas.

De una tripulación de ciento cincuenta, sólo ocho tenían brazos... u orejas externas. Y uno de ellos era quien compartía con él el laboratorio seco.

A Dennie Sudman ni se le ocurría hacer comentarios sobre el comportamiento corporal de Charles Dart. Hacía mucho tiempo que ya no se fijaba en cosas tales como su paso inseguro y oscilante, su estridente risa de chimpancé o el pelo que le cubría el cuerpo casi por completo.

—¿Qué es esto? —preguntó Dennie—. ¿Todavía tienes problemas con esas muestras nucleares?

Charlie asintió, distraído, sin apartar la mirada de la pantalla.

—Sí —contestó con voz grave y áspera. Parecía la voz de un hombre que tuviese gravilla en la garganta. A veces, cuando debía expresar algo complicado, movía las manos de forma inconsciente, utilizando el lenguaje por signos de su juventud—. No consigo sacar nada coherente de esas concentraciones de isótopos —gruñó—. Y encuentro minerales donde no debería haberlos... siderófilos sin metales, cristales complejos a una profundidad donde lo normal son estructuras simples... El capitán Creideiki con sus estúpidas limitaciones estorba mi trabajo. Quisiera que me dejase efectuar algunos sondeos sísmicos o practicar un examen de radar a bastante profundidad.

Hizo girar su silla y miró a Dennie insistentemente, como si esperase su aprobación.

Sus pómulos salientes ensanchaban la sonrisa de Dennie, y sus ojos almendrados se empequeñecían divertidos.

—Claro, Charlie. ¿Por qué no? Estamos en una nave averiada, escondidos bajo un océano de este mundo muerto, mientras las armadas de una docena de arrogantes y poderosas razas tutoras combaten sobre nuestras cabezas por el derecho a capturarnos, y tú pretendes rodearnos de explosiones y proyectar ondas gravitacionales en todas direcciones. ¡Muy bonito! Pero yo tengo una idea mejor. ¿Por qué no salimos con una gran bandera y la ondeamos en el aire diciendo algo como «¡Eh, monstruos! ¡Estamos aquí! ¡Venid a comernos!»? ¿Vale?

Charlie la miró de soslayo, con una de sus raras muecas, desequilibrada y trastornada.

—Oh, no es necesario utilizar un *gran* escaner gravitacional. Y sólo preciso unas

cuantas explosiones muy pequeñas. Los ETs ni se enterarían, ¿no te parece?

Dennie se echó a reír. Lo que Charlie buscaba era que el planeta resonara como una campana, así podría descubrir los esquemas de las ondas sísmicas internas. Unas pocas explosiones muy pequeñas... ¡sí, claro! Más se parecerían a detonaciones de un kilotón de potencia. A veces, Charlie, ese tonto planetólogo, la sacaba de quicio. Pero en esta ocasión era obvio que le estaba tomando el pelo.

Y también él se echó a reír, lanzando breves alaridos que resonaban en las severas y blancas paredes del laboratorio seco. Luego empezó a tamborilear sobre la mesa.

Sin dejar de sonreír, Dennie guardó unos papeles en un portafolios.

—Ya sabes, Charlie, que a pocos grados de aquí hay volcanes en actividad. Si tienes suerte, puedes encontrar uno para ti.

Charlie la miró esperanzado.

—¡Caramba! ¿De verdad lo crees posible?

—Claro. Y si luego los ETs empiezan a bombardear el planeta para hacernos salir, tendrás muchísimos datos facilitados por los misiles que caigan cerca de nosotros. Esto es, si dejan de bombardear antes de que sea imposible cualquier análisis geofísico de Kithrup. Envidio todas tus potenciales distinciones honoríficas. Mientras tanto, voy a intentar olvidarme de eso, así como de lo frustrante de mis investigaciones, y me voy a comer. ¿Vienes?

—No. Gracias, de todos modos. Me he traído la comida. Voy a quedarme trabajando un rato más.

—Como quieras. Sin embargo, creo que deberías esforzarte por conocer algo más de esta nave, aparte de tu camarote y de este laboratorio.

—Estoy en comunicación constante con Metz y con Brookida a través de la pantalla y no necesito ir a pasear torpemente arriba y abajo de este armatoste Rube Goldberg que nunca más será capaz de volar.

—Y además... —le apuntó la joven.

—Y además —continuó Charlie con una sonrisa—, me horroriza mojarme. *Sigo* pensando que los humanos habríais hecho mejor en trabajar en segundo lugar con los perros, después de habernos hechizado a nosotros, las especies *pan*. Los delfines están bien, algunos de mis mejores amigos son fines, ¡pero eran un grupo cómico para intentar convertirlos en una raza de viajeros espaciales!

Sacudió la cabeza con una expresión de triste sabiduría. Estaba claro que Charlie pensaba que todo el proceso educativo en la Tierra hubiera estado en mejores manos si su gente se hubiese ocupado de él.

—Bueno, son unos excelentes pilotos espaciales —apuntó Dennie—. Si no, fíjate en Keepiru, es un magnífico jinete estelar.

—Claro, y tú fíjate en lo desastroso que puede llegar a ser ese mismo fin cuando no pilota. Sinceramente, Dennie, este viaje hace que me pregunte si los fines están realmente capacitados para los viajes espaciales. ¿Has visto el comportamiento de algunos de ellos desde que tenemos problemas? Toda esta tensión está a punto de

volverlos locos, especialmente a algunos de los grandes *stenos* de Metz.

—No eres muy caritativo —le reprochó Dennie—. Nadie esperó nunca que esta misión fuese tan peligrosa. A mí me parece que la mayor parte de los fines se está comportando maravillosamente. Piensa en cómo Creideiki nos sacó de la trampa en Morgran.

—No sé —dijo Charlie, sacudiendo de nuevo la cabeza—. Sigo lamentando que no haya más hombres y chimps a bordo.

Un siglo. Desde que los chimps fueron reconocidos como especie viajera del espacio hasta que lo fueron los delfines, había transcurrido un siglo. Dennie podía imaginarse que, aunque pasase un millón de años, los congéneres de Charlie seguirían manteniendo la misma actitud de tutelaje hacia los fines.

—Bueno, si tú no vienes, yo me voy ya —concluyó Dennie. Cogió su portafolios y puso la mano sobre la placa palmaria situada junto a la puerta—. Hasta luego, Charlie.

Antes de que la puerta se cerrara tras ella con un silbido, el chimp le dijo:

—¡Ah, a propósito! Si ves a Tkaat o a Sah'ot, diles que me llamen, ¿eh? ¡Me pregunto si esas anomalías subduccionales no tendrán origen paleotécnico! ¡Puede que eso interese a un arqueólogo!

Sin responder, Dennie dejó que la puerta acabara de cerrarse. Si no obtenía respuesta al encargo de Charlie, podría fingir que no lo había oído. De todos modos, no iba a cambiar su ruta para buscar a Sah'ot, cualquiera que fuese la importancia del descubrimiento de Charlie.

Ya le costaba demasiado trabajo evitar a aquel delfín en particular.

Las secciones secas del *Streaker* ocupaban gran parte de la superficie de la nave, aunque sólo las utilizaran ocho miembros de la tripulación. Los ciento treinta delfines, disminuidos en treinta y dos desde que salieron de la Tierra, sólo podían visitar la zona seca montados en unos andadores mecánicos, las «arañas».

Había algunas salas que no debían llenarse con agua hiperoxigenada, ni ser abandonadas a las fluctuaciones gravitacionales del eje central, cuando la nave se encontraba en el espacio. Allí estaban los almacenes de todo lo que necesitaba mantenerse seco y las máquinas que trabajaban con tratamiento en caliente bajo gravedad. Y allí estaban también los aposentos de los hombres y el chimp.

Dennie se detuvo en una intersección. Miró hacia el pasillo donde la mayor parte de los humanos tenían sus alojamientos y pensó en llamar a la puerta dos camarotes más abajo. Si Tom Orley estaba allí, quizás aquella fuese la ocasión para pedirle consejo sobre un problema que se hacía cada vez más acuciante: cómo reaccionar ante las insólitas «atenciones» de Sah'ot.

Pocas personas estaban tan cualificadas como Thomas Orley para aconsejarla sobre un comportamiento no humano. Su título oficial era Asesor en Tecnologías

Alienígenas, pero estaba claro que también tenía algo de psicólogo, y ayudaba al doctor Metz y a la doctora Baskin a evaluar el rendimiento de una tripulación formada por delfines. Conocía a los cetáceos, y estaría capacitado para decirle lo que Sah'ot esperaba de ella.

Sí, Tom sabría qué se debía hacer, pero...

Su habitual indecisión volvió a dominarla. Se encontró llena de razones por las que no debía molestar a Tom en aquel preciso instante; por ejemplo, el hecho de que éste dedicaba todo su tiempo de vigilia a encontrar un modo de salvar sus vidas. Naturalmente, podría decirse lo mismo del resto de la tripulación, pero su reputación y experiencia sugerían que Orley era el único que podría sacar de Kithrup al *Streaker* y a sus tripulantes antes de que los ETs los capturasen.

Dennie suspiró. Otra razón para renunciar estaba en sus propios escrúpulos. No era fácil para una mujer joven pedirle consejo personal a un hombre como Thomas Orley. Sobre todo cuando se trataba de cómo enfrentarse a las acometidas de una propuesta amorosa.

Por comprensivo que fuera, Tom no podría menos que echarse a reír, o aguantarse la risa de forma evidente. Dennie debía admitir que la situación parecería divertida a cualquiera que no fuese el objeto del intento de seducción.

Aceleró su paso a lo largo del corredor suavemente curvado, hacia los ascensores. *De todos modos, se iba preguntando Dennie, ¿por qué tuve que venir al espacio? Claro, representaba una oportunidad para progresar en mi carrera. Y, además, en la Tierra mi vida privada era una catástrofe. ¿Pero ahora qué hago? Mi análisis de la biología kithrupiana no conduce a nada. Hay miles de monstruos de ojos saltones rondando por encima del planeta, deseosos de bajar y apoderarse de mí; y, mientras, un delfín no deja de molestarme con insinuaciones que habrían hecho enrojecer a la mismísima Catalina de Rusia.*

Era injusto, por supuesto, pero ¿cuándo la vida había sido justa?

El *Streaker* se construyó a partir de una modificada nave de exploración del tipo *Snarkhunter*. Pocos Snarks continuaban en servicio. A medida que los terrestres se habían ido familiarizando con las refinadas tecnologías descritas en la Biblioteca, aprendieron a combinar lo viejo con lo nuevo: los antiguos diseños galácticos y las tecnologías indígenas de la Tierra. Este proceso aún estaba en una fase particularmente difícil cuando se construyeron los Snarks.

La nave era un cilindro redondeado en sus extremos del que salían alerones de realidad dispuestos en cinco filas de a cinco a lo largo del casco. En el espacio, los alerones anclaban la nave en una esfera protectora de estasis. Ahora servían como tren de aterrizaje, mientras el *Streaker* yacía herido sobre su flanco en un embarrado valle a ochenta metros bajo la superficie de un mar alienígena.

Entre el tercer y el cuarto anillo de alerones, el casco presentaba un ligero

abultamiento donde se encontraba la rueda seca. En el espacio libre, la rueda giraba sobre su eje proporcionando una forma primitiva de gravedad artificial. Los humanos y sus pupilos habían aprendido a generar campos de gravedad, pero casi todas las naves terrestres seguían provistas de ruedas centrífugas. Algunos veían en ellas una marca de fábrica, una señal de la que ciertas especies amigas les habían recomendado prescindir para no ir anunciando que las tres razas de Sol eran diferentes a todas las otras del espacio... los «huérfanos» de la Tierra.

La rueda del *Streaker* tenía suficiente capacidad para albergar a cuarenta humanos aunque, en aquella ocasión, sólo fuesen siete y un chimpancé. También contaba con instalaciones recreativas para la tripulación delfiniana, piscinas en las que podían nadar y zambullirse, y hacer el amor entre sí durante sus horas libres.

Pero en la superficie de un planeta la rueda no podía girar. La mayor parte de sus habitaciones estaban patas arriba y resultaban inaccesibles. Y la gran crujía central de la nave estaba llena de agua.

Dennie ascendió en un elevador, uno de los radios que conectaban la rueda seca con el eje rígido del *Streaker*. El eje sostenía el interior abierto de la nave. Salió del ascensor en un vestíbulo hexagonal con puertas y paneles de acceso en todos sus ángulos. Se encaminó hacia la esclusa principal, a cincuenta metros por delante de los radios de la rueda.

Con ingravidez, hubiera podido deslizarse, en lugar de andar, a lo largo del interminable corredor. La gravedad convertía el pasillo en algo extrañamente desacostumbrado.

En la antecámara de la esclusa, un muro de armarios transparentes contenía los trajes espaciales y las ropas de inmersión. Dennie cogió un bikini, una mascarilla y unas aletas de su armario particular. En circunstancias «normales» también habría cogido un sobretodo, un pequeño cinturón de propulsión y quizás un par de alas-brazo de gran envergadura. Vestida así podría haberse lanzado directamente a la crujía central y volar en el aire húmedo hasta el lugar que quisiera, teniendo sólo que preocuparse de la rotación de los radios de la rueda seca.

Ahora, por supuesto, los radios estaban inmóviles y la crujía central contenía algo más que humedad en el aire.

Se dio prisa en desvestirse y ponerse el traje de baño. Luego, se detuvo frente a un espejo y apretó los cordones del bikini hasta sentirse cómoda. Dennie sabía que tenía una figura atractiva. Al menos, los hombres que conocía se lo habían dicho a menudo. Sin embargo, los hombros demasiado anchos le daban una excusa para los autorreproches que parecía estar siempre buscando.

Puso el espejo a prueba con una sonrisa. La imagen se transformó inmediatamente. El intenso blanco de la brillante dentadura contrastaba con sus oscuros ojos castaños.

Dennie despertó de aquel lapso. Los hoyuelos de las mejillas la rejuvenecían, un efecto que quería evitar a cualquier precio. Suspiró y comprimió cuidadosamente su

pelo negro azabache bajo el caucho del casco de inmersión.

Bueno, vamos allá.

Comprobó los cierres de su portafolios y penetró en la esclusa. Antes de que se cerrara el panel interno, el agua salina inundó la cámara desde unas válvulas existentes alrededor del suelo.

Evitando mirar hacia abajo, Dennie se ajustó la mascarilla respiratoria en el rostro. La transparente membrana le daba sensación de pesadez, pero permitió que el aire circulara libremente en ambos sentidos cuando respiró rápida y profundamente. Las numerosas placas flexibles colocadas en los bordes de la máscara ayudaban a extraer el aire suficiente de la sobrecargada oxiaigua. En los ángulos de su campo de visión, la mascarilla llevaba incorporados unos pequeños dispositivos de sonar que supuestamente servían para combatir la sordera casi total que los humanos sufrían bajo el agua.

Un cálido burbujeo ascendió por sus piernas. Dennie reajustó su mascarilla mientras con el codo mantenía apretado el portafolios contra su costado. Cuando el fluido llegó casi hasta sus hombros, sumergió la cabeza y, cerrando los ojos, respiró en profundidad.

La mascarilla funcionó. Siempre lo hacía, naturalmente. Sintió como si inhalara una pesada bruma oceánica, pero había el aire suficiente. Un poco avergonzada por efectuar esta temerosa prueba, se enderezó y esperó a que el agua la cubriese por entero.

Finalmente, la puerta se abrió, y Dennie se alejó nadando hacia una gran sala donde arañas, «caminadores» y otros mecanismos delfinianos yacían cuidadosamente almacenados en sus nichos. Guardados en ordenadas estanterías estaban los percheros de los propulsores acuáticos que usaban los delfines para desplazarse por la nave en estado de ingravidez. Los propulsores permitían toda clase de sorprendentes acrobacias en caída libre; pero en un planeta, con la mayor parte de la nave inundada, eran completamente inútiles.

De ordinario, siempre había en este vestuario exterior uno o dos fines, retorciéndose para poderse quitar o poner el equipo. Sorprendida por aquella soledad, Dennie nadó hasta la escotilla que se abría al otro extremo de la sala y miró la crujía central.

El gran cilindro estaba sólo veinte metros más allá. La perspectiva no era tan impresionante como la que podía captarse desde el centro de una de las ciudades espaciales de los cinturones de asteroides del Sol. Sin embargo, siempre que entraba en la crujía central, su primera impresión era la de un vasto y concurrido espacio. Largos brazos radiales se extendían desde el eje hasta la pared del cilindro, manteniendo rígida la nave y enviando energía a los alerones de estasis. Entre estas columnas se encontraban las áreas de trabajo de los delfines, una serie de soportes de mallas elásticas.

A los delfines, incluso a los *tursiops amicus*, no les gustaba estar más apiñados de

lo que era necesario. En el espacio, la tripulación trabajaba en la abierta ingravidez de la crujía central, propulsándose a través del húmedo aire. Pero Creideiki tuvo que aterrizar su averiada nave en un océano; y esto significaba que también había tenido que inundar la nave para que sus trabajadores pudieran acceder a sus instrumentos.

El puente brillaba con una efervescencia apenas atenuada. Aquí y allá, pequeñas hileras de burbujas ascendían hacia el curvado techo. Las aguas de Kithrup eran cuidadosamente filtradas, se le añadían solventes y le incorporaban oxígeno para transformarlas en oxiagua. Modificados genéticamente, los neodelfines podían respirarlo, aunque no les gustaba mucho.

Dennie miró a su alrededor, asombrada. ¿Dónde estaban todos?

Un movimiento llamó su atención. Cinco metros por encima del eje central, dos fines y dos hombres nadaban con rapidez hacia la proa de la nave.

—¡Eh! —les gritó—. ¡Esperadme!

Aunque la mascarilla se suponía que concentraba y amplificaba el sonido de la voz, Dennie tuvo la impresión de que el agua absorbía sus palabras.

Sin embargo, los fines se detuvieron. Al unísono, se precipitaron hacia ella. Los dos humanos continuaron nadando durante un instante, luego hicieron una pausa y miraron a su alrededor moviendo lentamente los brazos. Cuando vieron a Dennie, uno de ellos agitó la mano.

—¡Date prissá, honorable bióloga!

Un enorme delfín de color gris antracita ataviado con su pesado arnés de trabajo adelantó a Dennie, mientras el otro describía círculos a su alrededor con impaciencia.

Dennie nadó con todas sus fuerzas.

—¿Qué está pasando? ¿Ha terminado la batalla espacial? ¿Nos han encontrado?

Cuando se acercó, uno de los hombres, un negro rechoncho, le sonrió. El otro humano, una mujer alta y rubia de porte majestuoso, siguió avanzando impaciente en cuanto Dennie llegó hasta ellos.

—Bien, ¿no crees que la alarma sonaría si los ETs aterrizaran? —se burló el hombre negro mientras nadaban sobre el eje. El porqué Emerson D'Anite, con su estampa sombría, prefería a veces alterar la pronunciación de las erres era un secreto que Dennie aún no había conseguido descubrir.

Se sintió aliviada al saber que todavía no estaban siendo atacados. Pero si no se trataba de que los *galácticos* ya habían venido a por ellos, ¿qué significaba toda aquella barahúnda?

—¡La patrulla de exploración! —Ocupada en sus propios problemas, Dennie había olvidado por completo el destino del grupo perdido—. ¿Han regresado, Gillian? ¿Han vuelto ya Hikahi y Toshio?

Gillian, aunque tenía más años que Dennie, nadaba con unas largas y gráciles brazadas que le producían envidia. Por alguna razón, su voz grave sonaba a la perfección a través del agua. Su expresión era severa.

—Sí, Dennie, han vuelto. Pero al menos cuatro de ellos están muertos.

Dennie jadeó. Tuvo que hacer un esfuerzo para sobreponerse.

—¿Muertos? ¿Cómo...? ¿Quién...?

Gillian Baskin no disminuyó su marcha.

—Todavía no sabemos cómo... —le respondió por encima del hombro—. Cuando Brookida regresó, mencionó a Phip-pit y a Ssassia... y también dijo que posiblemente el equipo de rescate encontraría a otros heridos o muertos.

—¿Brookida...?

Emerson la empujó con el codo.

—¿Y tú dónde has estado? Hace ya horas que se anunció su regreso. El señor Orley cogió al viejo Hannes y a veinte fines de la tripulación para ir en busca de Hikahi y los otros.

—Yo... debería estar durmiendo en ese momento. —Dennie contempló la posibilidad de desollar lentamente a cierto chimpancé. ¿Por qué Charlie no me dijo nada cuando llegué al laboratorio? Probablemente se le olvidó. ¡Uno de estos días, la monomanía de este chimp provocará que alguien lo estrangule!

La doctora Baskin ya había alcanzado a los dos delfines de cabeza. Nadaba casi a tanta velocidad como Tom Orley, y ninguno de los otros cinco humanos de a bordo podía igualarla cuando ponía todas sus fuerzas en ello.

Dennie se volvió hacia D'Anite.

—¡Venga, cuéntamelo!

Emerson realizó un breve resumen del relato hecho por Brookida: la hierba asesina, la caída del crucero en llamas y las olas gigantescas que siguieron a la explosión, provocando el desesperado proceso de la fiebre de ayuda.

Dennie no acababa de entender aquella historia, especialmente por el papel que había interpretado en ella el joven Toshio. Aquello no parecía en absoluto cosa de Toshio Iwashika. Él era la única persona a bordo del *Streaker* que parecía más joven y solitaria que ella. Dennie apreciaba al guardiamarina, por supuesto, y esperaba que no hubiera perdido la vida intentando ser un héroe.

Emerson le contó los rumores más recientes acerca de un salvamento en la isla durante una noche tormentosa, y de aborígenes que empleaban herramientas.

Al oírlo, Dennie se detuvo en medio de una brazada.

—¿Abos? ¿Estás seguro? ¿Nativos presensitivos?

Se quedó pataleando en el agua, mirando al mecánico negro. Estaban ahora a sólo diez metros de la gran escotilla abierta situada en la proa de la crujía central. A través de ella les llegaban una serie de chillidos y gruñidos estridentes.

Emerson se encogió de hombros, y aquel gesto liberó una capa de burbujas desde su espalda y los bordes blindados de su mascarilla.

—Escucha, Dennie, ¿por qué no entramos y lo averiguamos? Hasta este momento sólo hemos hecho suposiciones, pero ahora ya deben estar pasando la descontaminación.

Súbitamente se produjo un agudo rugir de motores frente a ellos, y de la esclusa

exterior emergieron en fila india tres trineos de energía blanca. Antes de que Dennie y D'Anite tuvieran tiempo de moverse, los aparatos viraron uno tras otro a su alrededor dejando tras ellos una efervescente estela de burbujas.

Detrás de cada una de las máquinas, atado por correas bajo una cúpula de plástico, se hallaba un delfín herido. Dos de ellos tenían unos terribles cortes en los costados, vendados toscamente. Dennie parpadeó de sorpresa al ver que uno de ellos era Hikahi, tercer oficial del *Streaker*.

Los trineos ambulancias se inclinaron bajo el eje central y se dirigieron hacia una abertura en la pared interior del gran cilindro. La joven rubia, que los había acompañado hasta allí, se agarró a una barandilla del último trineo y se dejó arrastrar. Con su mano libre apretó un monitor de diagnóstico sobre el costado de uno de los delfines heridos.

—No es extraño que Gillian tuviese tanta prisa. Ha sido estúpido por mi parte haberla retrasado.

—Oh, no te preocupes por eso —le dijo Emerson, sujetándola por el brazo—. Esas heridas no parecen necesitar la intervención de un cirujano humano. Creo que Makanee y los autodocs podrán ocuparse de todo.

—Pero puede haber daños bioquímicos... venenos... yo podría ayudarles.

Se volvió para irse, pero el mecánico la detuvo.

—Si hay cualquier cosa que Makanee y la doc-fem Baskin no puedan solucionar, ya te llamarán. Y no creo que quieras perderte nada nuevo relacionado con tu especialidad.

Dennie vigiló las ambulancias durante unos momentos, y luego asintió. Emerson tenía razón. Si la necesitaban, podrían localizarla en cualquier parte con una llamada por el intercomunicador, y un trineo iría a buscarla con mayor rapidez que si tuviera que valerse por sus propios medios. Siguieron los dos nadando hacia el enjambre de excitados cetáceos que se agolpaban en la esclusa exterior, y penetraron en la antecámara en medio de un torbellino de formas grises y burbujas efervescentes.

La esclusa de la proa del *Streaker* era la principal unión de la nave con el exterior. Su pared cilíndrica estaba recubierta por los nichos donde se guardaban las arañas, los trineos y demás aparatos que la tripulación podía necesitar en sus salidas. La proa contaba con tres grandes válvulas de aire.

Las zonas de babor y estribor de aquella inmensa sala estaban ocupadas por el esquife y la lancha. El morro de cada una de las pequeñas astronaves casi tocaba el diafragma que les franqueaba el paso hacia el exterior, hacia el vacío, el aire o el agua, según las circunstancias.

La popa del esquife se detenía justo ante la mampara posterior de aquella esclusa de veinte metros, pero la parte trasera de la lancha, mucho más larga, desaparecía en una especie de manguera que se adentraba en el laberinto de habitaciones y galerías del grueso casco cilíndrico del *Streaker*.

En la parte superior, estaba situada una tercera rampa desocupada. Algunas

semanas antes, en la región que Creideiki había bautizado como las Syrtes, un extraño accidente había conducido a la pérdida de la canoa del capitán junto con diez miembros de la tripulación. Esta pérdida, ocurrida durante la investigación de la flota abandonada, era un tema raramente mencionado en las conversaciones.

Cuando otro trineo pasó junto a ellos, a menor velocidad que las blancas ambulancias de la enfermería, Dennie agarró el brazo de D'Anite. El aparato llevaba a remolque unos sacos verdes herméticamente cerrados. El estrechamiento en forma de botella de uno de sus extremos, y el acampanamiento del otro, revelaba su contenido.

No hay un saco más pequeño, pensó Dennie. *¿Se podría deducir de aquello que Toshio estaba aún vivo?* Luego vio, por la esclusa de descontaminación, a un joven humano en traje de inmersión entre una multitud de delfines.

—¡Ahí está Toshio! —gritó, un poco sorprendida por la intensidad de su alivio. Se esforzó para hablar calmadamente—. ¿Y no es Keepiru el que está a su lado? —preguntó.

—Sí —asintió D'Anite—. Parece que se encuentran bien. Pero si mis cuentas no fallan, deduzco que Hist't ha chocado con una corriente celeste. ¡Qué asco de vida! Vámonos. —El afectado acento de Emerson había desaparecido por completo, afligido por la pérdida de un amigo. Sondeó con la mirada a través de la multitud—. ¿Podrías encontrar una razón oficial para pasar entre ellos? La mayoría de los fines se apartarán de nuestro camino por costumbre. Pero Creideiki necesitará algo más. Él sopesará nuestras afirmaciones, tutores o no, y nos echará sin contemplaciones si imagina que nuestra presencia no sirve para nada.

Dennie lo estuvo pensando.

—Déjame a mí.

Penetró a empujones en el tumulto, presionando aletas aquí y allá, intentando abrir un pasillo entre aquella multitud. De forma espontánea, muchos de los fines se apartaron al ver a los dos humanos.

Dennie miró a su alrededor, a la masa estridente y ruidosa. ¿No tendría que estar allí Tom Orley? ¿No era él, con Hannes y Tsh't, quien había organizado el rescate? ¿Por qué no se le veía por ninguna parte? ¡Era necesario hablar con él lo antes posible!

Toshio parecía estar extremadamente fatigado. Apenas salido de la descontaminación, se despojó lentamente de su traje de inmersión mientras hablaba con Creideiki. Pronto estuvo flotando desnudo, sólo con una mascarilla. Delgadas capas de piel sintética le recubrían el rostro, la garganta y las manos. Keepiru flotaba junto a él. El extenuado delfín llevaba un respirador, probablemente por prescripción

médica.

De pronto, los espectadores que impedían la visión de Dennie empezaron a girar a su alrededor y se precipitaron en todas direcciones.

*...bandas de torpes holgazanes
Cesen su vano espionaje!
¡Para que no les encuentren las redes de Iki
Sin trabajo ni ocupación!*

La súbita dispersión de los cetáceos sorprendió a Emerson y Dennie, que vieron cómo la multitud disminuía en unos segundos.

—¡Y que no tenga que repetirlo! —reiteró Creideiki, persiguiendo con su voz a los marineros que huían—. Aquí no hay nada que hacer. ¡Mantened la mente clara y ocuparos de vuestro trabajo!

Una docena de fines permanecieron junto a Toshio y el capitán: sus ayudantes y el personal de la esclusa. Creideiki se volvió hacia Toshio:

—Adelante, pequeño cazador de tiburones, acaba con tu historia.

El joven se ruborizó ante los halagos de que era objeto. Se esforzó por mantener abiertos sus pesados párpados e intentó que su postura en la sinuosa corriente fuera la normal.

—Bueno... creo que eso es todo, señor. Le he contado lo que el señor Orley y Tsh't me revelaron sobre sus proyectos. Si la nave de los ETs les parece aprovechable, mandarán un trineo con un informe completo. En caso contrario, regresarán lo antes posible con lo que puedan salvar.

La mandíbula inferior de Creideiki trazó pequeños círculos con lentitud.

—Una apuesta muy arriesgada —comentó—. Por lo menos tardarán un día en llegar hasta la nave. Y pasarán aún más días hasta que podamos establecer contacto... —Un chorro de burbujas se elevó desde su agujero soplador—. Bueno, ahora descansa y luego nos encontraremos para la cena. Me temo que tu recompensa por haber salvado a Hikahi, y quizás a todos nosotros, no sea más que un interrogatorio al que posiblemente no te someterían ni nuestros enemigos.

Toshio sonrió con cansancio.

—Lo comprendo, señor. Será un placer para mí dejar que me arranque toda la información, si antes consigo comer algo... y permanecer seco durante un rato.

—De acuerdo entonces. Hasta luego.

El capitán asintió y se volvió para marcharse.

Dennie estaba a punto de llamar a Creideiki, pero alguien se le adelantó.

—¡Comandante, por favor! ¿Puedo decir unas palabras?

Era una voz melodiosa perteneciente a un enorme delfín color gris moteado de una de las subrazas de los *stenos*. Llevaba un arnés civil desprovisto de los molestos colgadores y brazos manipuladores que utilizaba la tripulación regular. Dennie sintió

la súbita necesidad de esconderse detrás de Emerson D'Anite. Dennie no había visto a Sah'ot entre la multitud hasta que habló.

—Antes de que se vaya, señor —murmuró el delfín con voz aflautada, pero con un tono completamente casual—, me gustaría pedirle permiso para ir a la isla donde encalló Hikahi.

Con un rápido movimiento de su aleta caudal, Creideiki se alzó al nivel de su interlocutor y se dirigió a él con escepticismo:

—Mira, Hablador-Con-Todas-Las-Razas, esa isla no es precisamente un bar de sardinas asadas, donde la poesía puede compensar los errores. ¿De dónde te viene, además, ese deseo de aventuras que nunca antes habías demostrado?

Sah'ot permaneció inmóvil unos instantes. A pesar de los motivos por los que detestaba al especialista civil, Dennie sintió un repentino arranque de simpatía hacia él.

El comportamiento de Sah'ot al negarse a ir con el equipo de vigilancia perdido en la flota abandonada no había sido admirable. Había actuado como una prima donna.

Pero los hechos le habían dado la razón. La canoa del capitán se había perdido junto con diez delfines de la tripulación, entre los que se encontraba el que fuera segundo oficial del *Streaker*.

Y todo aquel sacrificio sólo había servido para recoger un tubo de tres metros de largo construido de un extraño metal completamente corroído por las lluvias micrometeoríticas a lo largo de miles de milenios. El propio Thomas Orley fue quien lo recuperó. Gillian Baskin se hizo cargo luego de la reliquia, que desde entonces nadie más había visto; al menos eso creía Dennie. A duras penas compensaba la pérdida que habían sufrido, fuera cual fuese su valor.

—Comandante —insistió Sah'ot dirigiéndose de nuevo a Creideiki—, creo que hay un asunto que ni siquiera Thomas Orley podrá examinar a fondo. Él ha abandonado la isla para investigar la nave de guerra colisionada, pero la isla todavía tiene interés para nosotros.

¡Aquello no era justo! ¡Dennie se disponía a hacer la misma petición! Para ella era un acto profesional, una confirmación de sus derechos...

—Honestamente, comandante —prosiguió Sah'ot—, después de nuestro deber de escapar de esta trampa y servir al clan de las especies terrestres, ¿cuál es la responsabilidad más importante que ha caído sobre nosotros?

Creideiki parecía desconcertado. Obviamente, hubiese querido morderle la espina dorsal a aquel delfín que osaba enfrentársele de aquella manera. Sin embargo, Sah'ot le había agarrado con un arpón de doble filo... la mención de la palabra «deber» y el misterio con que la había rodeado. El capitán agitó su cola, emitiendo a la vez una serie lenta de chasquidos de sonar de amplio espectro, como si fuera el tic-tac de un reloj. Sus ojos se endurecieron y ensombrecieron.

Dennie no pudo esperar a que el comandante decidiera entre resolver el enigma o

encerrar a Sah'ot en una celda.

—¡Los aborígenes! —gritó la joven.

Creideiki volvió su mirada hacia Dennie. La muchacha se ruborizó al sentir que el campo de sonido analítico del fin la envolvía. Sabía que las ondas penetrarían hasta el interior de sus vísceras y que descubrirían hasta lo que había desayunado. Creideiki la atemorizaba. Estaba lejos de sentirse tutora frente al poderoso y complejo cerebro que se ocultaba detrás de aquella amplia frente.

El comandante efectuó un brusco giro y se acercó a Toshio, nadando.

—¿Todavía conservas los artefactos que Thomas Orley seleccionó, joven cazador?

—Sí, señor, yo...

—Antes de retirarte, por favor, entrégaselos a la bióloga Sudman y al intérprete Sah'ot. Cuando hayas descansado, recógelos de nuevo junto con el informe de los especialistas. Yo mismo los examinaré durante la cena.

Toshio asintió, y Creideiki se giró de nuevo para encararse a Dennie.

—Antes de que conceda el permiso, deberás tener un plan. Te daré algo de ayuda técnica, y deberás regresar a la nave al menor signo de peligro. ¿Puedes aceptar estas condiciones?

—Bueno... sí... Necesitaremos un cable monofilamento para enlazar con el ordenador de la nave, y...

—Esto háblalo con Keepiru antes de que se vaya a descansar. Te ayudará a definir lo que es compatible con los imperativos de orden militar.

—¿Keepiru? Pero si yo creía... —Y, levantando los ojos hacia el joven delfín, Dennie se tragó rápidamente las palabras para evitar la grosería que había estado a punto de pronunciar. Llevando en silencio su respirador, el piloto parecía más desgraciado que nunca.

—Tengo mis razones, fem. Mientras estemos inmovilizados, Keepiru no tiene ninguna utilidad como piloto. Puedo sustituirlo en su trabajo y ser yo el agente de conexión... si es que acepto sus condiciones.

Ante la atención que le estaba prestando Creideiki, Keepiru arqueó el lomo y desvió la mirada. Toshio tendió la mano hacia él para palmearle. También esto era una novedad. Nunca hasta entonces había visto Dennie el menor gesto de amistad entre ellos.

Los dientes de Creideiki brillaron a la luz de la esclusa.

—¿Algún otro comentario?

Todos guardaron silencio.

El comandante batió la aleta caudal y luego silbó la frase terminal de conversación. Se arqueó y se alejó nadando rápidamente, mientras sus ayudantes seguían su estela.

Keepiru esperó a que estuviera lejos de ellos para dirigirse a Dennie y a Sah'ot:

*A vuestro servicio, me encontraréis
En mis habitaciones, flotando, respirando,
Después de ver descansar a Toshio...*

Toshio sonrió cuando Dennie se acercó a él a darle un abrazo. Luego se dio la vuelta para alejarse nadando, con el brazo sobre el lomo de Keepiru, manteniendo el lento avance del extenuado fin.

Justo en aquel momento se abrió uno de los tubos ascensores que circulaban por el interior del casco, y una forma azul y amarilla fue proyectada fuera. Un alegre tintineo llenó la sala mientras el segundo guardiamarina de la nave pasaba en vuelo rasante por encima de Keepiru y el joven antes de empezar a trazar círculos cada vez más cerrados a su alrededor, parloteando excitado.

—¿Crees realmente que Toshio tendrá la oportunidad de irse a descansar? —preguntó Emerson a Dennie.

—No, si Akki quiere conocer toda la historia antes de ir a cenar con el comandante.

Dennie envidiaba la amistad que unía a Akki y a Toshio, intensa y firme como la luz de una estrella. Observó al muchacho mientras reía a carcajadas, esforzándose por mantener alejado a su amigo, hasta que desaparecieron en el interior del tubo.

—¡Bueno, hermana! —dijo Emerson D'Anite sonriendo a Dennie—. Parece que tienes una misión científica. Enhorabuena.

—Aún no hay nada decidido —le respondió ella—. Además, el responsable será Keepiru.

—Keepiru sólo tendrá el mando militar de la expedición. Eso me ha confundido un poco. No comprendo qué pretende Creideiki asignándole esta misión después de cómo se comportó ahí fuera, según he oído. Mi opinión es que éste es su modo de obligarle a reaccionar.

Dennie estuvo de acuerdo, aunque pensó que aquello era un poco cruel.

De pronto, la joven sintió un contacto liso y plano en la parte interior de su muslo izquierdo. Dio un alarido y se agarró la garganta con la mano, luego suspiró al ver que se trataba del neodelfín etnólogo, Sah'ot, que se había deslizado sobre su aleta pectoral izquierda, haciendo el ganso. El *stenos* le sonreía, mostrando sus dientes triangulares.

—¡Maldito tiburón! —dijo Dennie con la voz quebrada. Su corazón martilleaba con fuerza—. ¡Poeta tiñoso! ¡Vete a jugar con una probeta sucia!

Sah'ot saltó hacia atrás y, por un instante, sus ojos se quedaron blancos por la sorpresa. Aparentemente no esperaba que Dennie reaccionara con tanta violencia.

—Oh, Dennie —suspiró—. Sssólo intentaba agradecerte que intercedieras por mí ante Creideiki. Está claro que tus encantos son más persuasivos que todos mis argumentos. Lamento haberte assustado.

Dennie soltó un bufido ante la doble intención de las excusas de Sah'ot. Quizá su

reacción hubiese sido exagerada. Su pulso se normalizó poco a poco.

—Oh... no importa. ¡Pero no vuelvas a hacerlo!

Sin necesidad de volverse, la joven podía *sentir* que Emerson D'Anite estaba riéndose disimuladamente. *Machos*, pensó, *¿madurarán algún día?*

—¿Dennie? —dijo Sah'ot, con el mismo tono de un trío de cuerda—. Todavía hay un pequeño detalle que hemos de discutir, si es que vamos a ir juntos en esa expedición a la isla. ¿Serás tan grosera como para permitir que Creideiki elija el mando científico basándose en prejuicios? ¿O me darás una oportunidad? ¿Tendremos quizá que *luchar* por ello?

D'Anite empezó a toser, y se giró hacia el otro lado para aclararse la garganta.

—El capitán es quien decidirá quién es mejor —dijo Dennie, ruborizada—. Además... no estoy segura de que debamos ir los dos. Charlie me dijo que sus análisis de las muestras de la corteza planetaria podrían interesarte... hay allí indicios paleotecnológicos en los estratos más recientes. Deberías ir a verle ahora mismo.

Las pupilas de Sah'ot empequeñecieron.

—Eso *esss* interesante. Creía que este planeta era un barbecho desde hace tanto tiempo que no podía encontrarse en él restos paleotec. —Sin embargo, acabando con las esperanzas de Dennie, prosiguió—: Pero escarbar entre las basuras de antiguas civilizaciones de Kithrup no es tan importante como establecer contacto con los presensitivos y elaborar una declaración adecuada de tutelaje por parte de los humanos. ¡Puede que los fines tengamos un nuevo primo pupilo incluso antes de que los neoperros estén terminados! ¡Que el Cielo proteja a esas pobres criaturas si los *tandu*, los *soro* u otros de su misma calaña les ponen las manos encima! Además — prosiguió calmadamente—, será una buena ocasión para que nosotros dos nos conozcamos un poco mejor... e intercambiamos información profesional, por supuesto.

Emerson D'Anite tuvo un nuevo ataque de tos.

—He abandonado las reparaciones durante demasiado tiempo, chicos —dijo, arrastrando con fuerza las erres—. Creo que debería volver con mis máquinas, y dejar que vosotros dos discutáis vuestros planes.

D'Anite sonrió sin disimulo, y Dennie se prometió vengarse.

—¡Emerson! —dijo con un silbido.

—¿Sí, querida? —respondió D'Anite mirándola con inocencia.

—¡Oh... apuesto a que no corre por tus venas ni una gota de sangre celta! —replicó ella con mirada feroz.

—¿Qué te hace creer eso? —dijo sonriendo—. Todos los escoceses son mecánicos y todos los mecánicos son escoceses.

Hizo un ademán con la mano y se alejó nadando antes de que Dennie pudiera contestarle. *Atrapada*, se dijo. *¡Y por un maldito tópico!*

Cuando D'Anite ya no podía oírlo, Sah'ot se acercó a Dennie con cautela.

—¿Vamos a empezar a preparar nuestra expedición? —preguntó con su agujero

soplador pegado a la oreja de la joven.

Dennie se sobresaltó. Se dio cuenta, de pronto, que todos se habían ido. Su corazón latía cada vez con más rapidez, y le pareció que la mascarilla no le proporcionaba suficiente aire.

—¡En todo caso, aquí no! —Se giró súbitamente y empezó a nadar—. Vamos a la sala de oficiales. Hay mesas adecuadas... ¡y cúpulas de aire! ¡Allí un ser humano puede respirar!

Sah'ot la siguió, aunque demasiado cerca para que Dennie se sintiera cómoda.

—Oh, Dennie... —dijo, pero no le empujó. En cambio, empezó a cantar una grave, átona e híbrida melodía en un complejo y confuso dialecto ternario.

En contra de su voluntad, Dennie se sintió atraída por aquel sonido. Era extraño, misteriosamente hermoso... y necesitó varios minutos para darse cuenta de que también era indecente como un demonio.

STENOS

Moki, Sreekah-pol y Hakukka-jo dedicaban su tiempo libre de servicio a la ocupación que, desde hacía semanas, era su preferida: lamentarse.

—Hoy —se quejó Sreekah-pol— ha vuelto a bajar a mi ssección para meter su mandíbula en el trabajo de todoss. Él piensa que esss discreto, pero llena el paissaje ssonoro con sus ecos keneenks.

Moki asintió. No tenía ninguna duda sobre quién era «él».

*Llorando, canturreando
Con ritmo,
¡Mi grupo agita las colas
Cuando oye su lógica!*

Hakukka-jo se estremeció. Moki casi nunca hablaba en inglés, y su ternario contenía demasiado primal para ser correcto.

Pero era obvio que Sreekah-pol pensaba que el punto de vista de Moki era válido.

—Todos los *tursiopsss* adoran a Creideiki. ¡Le imitan e intentan actuar como adeptos al Keneenk! ¡Incluso la mitad de nuestros *stenos* parecen atrapados por su encanto!

—Bueno —sugirió Hakukka-jo—, ssi puede sacarnos de aquí con vida, le perdonaré incluso sus molestas inspecciones.

Moki movió la cabeza.

*¡Vivos! ¡Vivos!
¡Hacia las profundas, exquisitas aguas!
¡Seguir, Seguir
A un jefe de dientes quebrados!*

—¿Quiere s callarte? —dijo Hakukka-jo, ladeándose con rapidez para escuchar los ecos de la zona de descanso. Algunos fines de la tripulación se amontonaban alrededor de los distribuidores de comida, pero no parecía que les hubieran oído—. ¡Presta atención! ¡Ya tienes bastantes problemas sin necesidad de emitir chasquidos subversivos! ¡He oído que el doctor Metz ha visitado a Takkata-Jim para preguntarle sobre ti!

Moki sonrió satisfecho y desafiante, y Sreekah-pol estuvo de acuerdo con el mudo comentario.

—Metz no hará nada que nos perjudique —dijo—. Esss de dominio público que la mitad de los *stenos* de a bordo fueron elegidos por él. Somos sus pequeñoss. — Sreekah-pol cantaba en voz baja—. Con Orley y Tsh't fuera, e Hikahi en la enfermería, ¡lo único que debe preocuparnos es el sabihondo del jefe!

Hakukka-jo lanzó una mirada salvaje a su alrededor.

—¿Tú también? ¿Por qué no te callas? ¡Ahí viene K'tha-Jon!

Los otros giraron en la dirección indicada y vieron un enorme neodelfín que salía nadando del ascensor del casco y se dirigía hacia ellos. Unos fines la mitad de grandes que el gigante se apresuraron a apartarse de su camino.

—¿Y qué? ¡Es de los nuestros! —dijo Sreekah-pol con inseguridad.

—¡Pero también es un contraamaestre! —respondió Hakukka-jo acaloradamente.

—¡Odia a los *tursiopsss* sabihondos! —cortó Moki en inglés.

—¡Quizá, pero se cuida de no demostrarlo! ¡Él sabe lo que sienten los humanos por el racismo!

Moki desvió la mirada. Como tantos otros, el oscuro y moteado delfín mantenía una especie de supersticioso temor hacia su raza tutora. Contestó débilmente en ternario.

*Pregunta al hombre negro,
Al hombre marrón y amarillo.
¡Pregunta a las ballenas
Sobre el racismo humano!*

—¡Eso fue hace mucho tiempo! —espetó Hakukka-jo, en cierto modo impresionado—. ¡Y, además, los humanos no tenían tutores que los guiasen!

—Precisssamente... —dijo Sreekah-pol, pero su conformidad sonaba insegura.

Todos guardaron silencio mientras K'tha-Jon se acercaba. Hakukka-jo sintió un inesperado escalofrío al contemplar al contraamaestre.

K'tha-Jon era un gigante de más de tres metros de largo, con una anchura tal que dos hombres no podían rodearle con los brazos. Su nariz de botella era aplastada y, a diferencia de los otros *stenos* de a bordo, su coloración sólo tenía dos componentes, aunque profundamente contrastados. Se rumoreaba que K'tha-Jon era otro de los casos «especiales» del doctor Metz.

El gigante nadó hacia ellos exhalando un ruidoso suspiro de burbujas. Sus abiertas mandíbulas mostraban una terrible hilera de agudos dientes. Los otros, casi de forma inconsciente, adoptaron una actitud sumisa, con la boca cerrada y la vista desviada.

—He oído que ha habido más peleas... —gruñó K'tha-Jon en un grave inglés subacuático—. Por suerte he podido sobornar al viejo contraamaestre, S'thata, con una extraña cinta senso y ha convenido en no informar al comandante. Espero que alguien me compense por el coste de la cinta, con interesesss...

Moki pareció a punto de decir algo, pero K'tha-Jon se lo impidió y continuó hablando.

—¡No hay excusa! Tu temperamento es una carga de la que puedo prescindir. S'thata tuvo razón al desafiarte por todas las dentelladas que le has propinado a sus espaldas.

¡Atrévete! ¡Atrévete!
¡Tursiops cobarde!
Atrévete...

Un poderoso golpe de la aleta caudal de K'tha-Jon envió a Moki dando tumbos a través de la sala antes de que pudiera terminar su respuesta. Se deslizó algunos metros a través del agua, hasta que se detuvo retorciéndose de dolor. K'tha-Jon se acercó a él y murmuró con suavidad:

—¡Tú eres un *tursiops*! ¡Ése es nuestro nombre en la Biblioteca-registro de especies! ¡*Tursiopsss amicuss*... «soplador amistoso»! ¡Pregúntale al doctor Metz si no me crees! Vuelve a molestar a alguno de los que a bordo tenemos injertos *stenos* en nuestros genes, el teniente Takkata-Jim o yo mismo, por ejemplo, comportándote como un animal y yo te enseñaré *cómo* es un soplador amistoso. ¡Usaré tus tripas para hacer cuerdas!

Moki apretó las mandíbulas y, temblando, se apartó de él.

K'tha-Jon barrió al empequeñecido fin con una despectiva pulverización de sonar y luego se giró para encarar a los otros. Hakukka-jo y Sreekah-pol fingían estar absortos en la contemplación de los brillantes peces decorativos a los que se permitía nadar libremente por la crujía central. Hakukka-jo incluso silbaba débilmente.

—La pausa ha terminado —espetó el contraamaestre—. ¡Volved al trabajo! ¡Y guardad vuestra cólera para cuando estéis solos!

K'tha-Jon se dio la vuelta y nadó tan deprisa que la turbulencia provocada por su avance casi derribó a los dos fines.

Hakukka-jo observó como se alejaba y luego lanzó un largo y lento suspiro.

Eso debe bastar, pensó K'tha-Jon mientras se dirigía rápidamente a sus tareas en la sección de carga. Moki, en especial, se quedará tranquilo una temporada. Y será lo mejor para él.

Si hay algo que Takkata-Jim y yo mismo no necesitamos es que aumenten las insinuaciones racistas y los recelos. Nada uniría tanto a los humanos como este tipo de cosas.

Y tampoco es conveniente preocupar a Creideiki. Takkata-Jim insiste en que demos al comandante otra oportunidad para sacarnos de aquí y llevarnos vivos a casa.

Muy bien, puedo esperar.

Pero, ¿qué pasará si no lo consigue? ¿Si continúa imponiendo sacrificios a una tripulación que nunca se ha ofrecido voluntaria para el heroísmo?

En ese caso, alguien deberá presentarse ante la tripulación con una alternativa a seguir. Takkata-Jim todavía se muestra reticente, pero eso no puede durar.

Si el momento llegaba, quizá necesitaran la ayuda de los humanos, y las amenazas racistas de Moki podían hacer naufragar esta posibilidad. K'tha-Jon tenía el propósito de atar corto a aquel *stenos*, y mantenerlo apacible y dócil.

Aunque, bueno, de vez en cuando era agradable morderle la cola a alguno de los malditos, playeros y mojigatos *tursiops* sabihondos.

GALÁCTICOS

—Regocijémonos —susurró el cuarto Hermano de las Sombras de Ébano—. ¡Regocijémonos porque la quinta luna de este pequeño planeta polvoriento ha sido conquistada!

Los Hermanos de la Noche habían librado un encarnizado combate por esa posición estratégica, desde la cual pronto se proyectarían de forma irresistible para barrer de los cielos a herejes y blasfemos. Aquella luna garantizaba que el premio sería para ellos, ¡y sólo para ellos!

Ninguna otra luna del sistema de Kthsemenee poseía aquella característica única: un núcleo con casi un uno por ciento de inalcanzabilidad. Por lo pronto, treinta naves de los Hermanos habían aterrizado para empezar la construcción del Arma.

Como siempre, la Biblioteca había sido la clave. Muchos ciclos antes, el cuarto Hermano de las Sombras de Ébano había encontrado una oscura referencia relativa a un dispositivo antiguamente utilizado en una guerra entre dos razas extinguidas tiempo atrás. Había pasado la mitad de su vida buscando detalles, pues la Biblioteca era un laberinto. ¡Pero ahora tendría su recompensa!

—¡Regocijémonos!

El grito fue clamoroso. Se convirtió en un himno triunfal destinado a ser oído, y, de hecho, algunos de los otros combatientes empezaron a notar que algo extraño estaba sucediendo en un rincón del sistema de Kthsemenee. Mientras los combates más intensos se desarrollaban alrededor del estratégico gigante gaseoso, y del mismo Kithrup, varios enemigos comenzaron a enviar exploradores a aquel sector para ver qué hacían los Hermanos de la Noche.

—¡Que vengan y observen! ¿Qué nos importa?

Una nave de los soro los había estado observando durante un buen rato. ¿Habría adivinado sus intenciones?

—¡Imposible! ¡La cita era demasiado oscura! Por eso nuestra nueva arma ha pasado desapercibida durante tanto tiempo en polvorientos archivos. Empezarán a comprender cuando esta luna comience a vibrar en la quinceava banda de probabilidad, emitiendo oleadas de incertidumbre que destruirán sus flotas de combate. Entonces, las Bibliotecas de sus naves recobrarán la memoria, ¡pero será demasiado tarde!

Desde el espacio, el Hermano de las Sombras de Ébano observaba cómo el resonador se aproximaba a su jase final, cómo las naves que habían aterrizado alimentaban el resonador con sus energías combinadas. A mil unidades de distancia, pudo sentir cómo se formaba la onda...

—¿Pero qué hacen? ¿Qué están diciendo los soro de los Progenitores?

¡Los instrumentos indicaban que los Hermanos de la Noche no estaban solos en la quinceava banda! Desde la nave soro llegaba una tenue señal, una variación del latido procedente de la pequeña luna. Un eco.

La quinceava banda empezó a latir. Era imposible, pero resonaba con el ritmo soro.

Los Hermanos que se encontraban en la superficie del planeta intentaron amortiguar la señal que se les escapaba, ¡pero ya era demasiado tarde! La pequeña luna retembló y por fin explotó en mil pedazos. Enormes fragmentos de roca derribaban y destrozaban las pequeñas naves que encontraban en su camino.

—¿Cómo han podido saberlo? ¿Cómo han podido ellos...?

Entonces el Hermano de las Sombras de Ébano lo comprendió. Tiempo atrás, cuando comenzó su búsqueda de una nueva arma, hubo un Bibliotecario particularmente servicial... un pila. Aquel pila siempre le ayudó con sus útiles referencias, con sus amables sugerencias. El Hermano había aceptado aquello como algo normal. Se suponía que los Bibliotecarios eran serviciales, y neutrales, cualquiera que fuese su origen.

Pero los pila son pupilos de los soro, se repetía el Hermano en aquel preciso instante. Krat estuvo informada desde el principio.

Ordenó que los restos de su flota se escondieran.

—¡Esto es sólo un contratiempo! ¡Todavía podemos ser nosotros quienes capturemos a los terrestres!

A espaldas de los supervivientes en fuga, la pequeña luna seguía disolviéndose.

TOM ORLEY

Hannes Suessi yacía postrado junto a Thomas Orley en el pesado trineo de trabajo. El severo y escueto artificiero señaló los restos del naufragio que había frente a ellos.

—Es una nave thenania —dijo el mecánico en jefe—. Está bastante deshecha, pero no cabe la menor duda. ¿Lo ves? No tiene áncoras de objetividad, sólo proyectores de estasis en los alerones principales. Los *thenanios* se aterrorizan con las alteraciones de realidad. Esta nave no estaba diseñada para la navegación de probabilidad. En definitiva, esta nave es thenania, o de uno de sus pupilos o de sus aliados.

Los delfines trazaban a su alrededor lentos círculos, haciendo turnos para colocarse bajo las cúpulas de aire del trineo, emitiendo excitados chasquidos de sonar mientras contemplaban la gigantesca punta de fecha clavada en las profundidades del océano.

—Creo que tienes razón, Hannes —dijo Tom—. Es realmente monstruosa.

Lo asombroso era que la nave estuviese aún entera. Cuando había caído a una velocidad de Mach cinco, había aplastado por lo menos dos pequeñas islas de la subsuperficie, dejando en ellas importantes destrozos, excavado luego un profundo surco en el fondo oceánico y, finalmente, se había empantanado en un cerro pelágico, lo que impidió que se estrellara contra el acantilado, cuya pared parecía tan quebradiza y precaria que una simple sacudida hubiera provocado su derrumbamiento, ocultando por completo a la nave bajo sus escombros.

Orley sabía que la calidad de los escudos de estasis thenanios era lo que había posibilitado todo aquello. Incluso cuando estaba agonizando, era muy costoso acabar con una nave thenania por los efectos que esto producía. En combate eran lentas, difíciles de maniobrar... y difíciles de aplastar.

Era aún problemática la evaluación de los daños que había sufrido. A aquella profundidad, la luz que llegaba de la superficie no era más que una débil bruma azulada, y los fines no podían encender las luces de arco que llevaban encordadas hasta que Tsh't considerase que no había peligro. Por fortuna, aunque la nave siniestrada era accesible para ellos, estaba lo bastante sumergida para que quedaran a cubierto de la vista de los espías que podían estar orbitando en las proximidades.

Una delfina de sonrosado vientre ascendió nadando hasta el trineo. Su mandíbula se agitaba con meditados movimientos circulares.

—¿No es realmente asombroso, Tom? —preguntó—. Debería estar rota en mil pedazos. —A aquella profundidad, la voz de la fin era extrañamente clara. Las ráfagas de aire procedentes de su agujero soplador se mezclaban con los chasquidos

de sonar, convirtiendo su alocución en un intrincado malabarismo de funciones corporales. Para un humano de tierra adentro, un neodelfín hablando bajo el agua sonaba más como una orquesta vanguardista afinando sus instrumentos que como alguien que se expresara en un derivado de la lengua inglesa—. ¿Crees que nos será de alguna utilidad?

La mirada de Orley se dirigió de nuevo hacia la nave. Había muchas posibilidades de que, en la confusión de la batalla, ninguno de los contendientes que luchaban sobre Kithrup hubiera tomado datos del lugar en que había caído aquel pajarraco. Él ya tenía varias ideas provisionales, una o dos de ellas lo bastante atrevidas, inesperadas y estúpidas como para que pudieran funcionar.

—Vamos a verlo —asintió—. Sugiero que formemos tres equipos. El equipo uno tendrá por misión llegar hasta cualquier centro de emisiones, de radiaciones psi o neutrinas y desconectarlo. También deberá comprobar si quedan supervivientes, aunque parezca improbable.

Suessi lanzó un bufido mientras mantenía la mirada sobre los destrozados restos de la nave.

—El equipo dos —prosiguió Orley— se concentrará en la toma de muestras. Irá a las órdenes de Hannes y de Ti-tcha. Debe buscar los metales monopolares y refinados que necesitamos para reparar el *Streaker*. Con un poco de suerte, lograremos encontrar los recambios que nos hacen falta para las bobinas.

»Con tu permiso, Tsh't, yo dirigiré el equipo tres. Quiero examinar la estructura y hacer un análisis topográfico del área circundante.

Tsh't chasqueó con las mandíbulas en señal de asentimiento.

—Tu organización es buena, Tom. Así es como debemos hacerlo. Dejaré a Lucky Kaa vigilando en el otro trineo. Los demásss formarán los equipos de inmediato.

Orley agarró a Tsh't de la aleta dorsal antes de que empezara a silbar las órdenes.

—¿No sería mejor coger primero los respiradores? El ternario puede no ser eficaz, pero lo prefiero a la precisión de las conversaciones en inglés antes que arriesgarnos a estar yendo y viniendo para tomar aire del trineo.

Tsh't hizo una mueca, pero dio la orden. La expedición estaba compuesta por disciplinados fines, lo mejor de la tripulación del *Streaker*, y la reunión junto al trineo sólo ocasionó unos cuantos murmullos de protesta, envueltos en burbujas de indignación, mientras cada delfín se ponía el tubo de aire.

Tom había oído hablar de un prototipo de respirador que podía proporcionar aire a un delfín mediante una corriente laminar, sin producir dificultades a su capacidad parlante. Si alguna vez tenía un momento libre, intentaría construir algo parecido. Hablar en ternario no le planteaba en realidad muchos problemas, pero sabía por experiencia que los fines tenían dificultades para transmitir informaciones técnicas en un lenguaje que no fuese el inglés.

El viejo Hannes ya estaba gruñendo. Ayudaba a sacar los respiradores con evidente fastidio. El mecánico jefe hablaba el ternario, por supuesto, pero encontraba

dificultades en sus tres niveles de lógica. Y para colmo era un desastroso poeta. Resultaba evidente que no tenía intención de adentrarse en discusiones técnicas en rimas silbadas.

Ya estaba el trabajo completamente delimitado. Casi todos los oficiales subalternos y los delfines tripulantes que les acompañaron en el rescate, habían vuelto a la nave escoltando a Toshio, Hikahi y las demás víctimas encalladas por las olas. Sólo unos pocos fines permanecían en la expedición y, si se presentaba algún peligro, no podrían contar más que con ellos mismos. Ninguna ayuda del *Streaker* llegaría a tiempo.

Sería agradable tener a Gillian aquí, pensó Tom. No porque la inspección de una nave alienígena fuese asunto de su incumbencia, sino porque conocía bien a los fines y podría actuar adecuadamente si las cosas se complicaban.

Pero ella tenía su propio trabajo a bordo del *Streaker*: intentaba resolver el rompecabezas de aquella momia de un billón de años de antigüedad que nunca debiera haber existido. Además, en caso de emergencia, era la única persona del *Streaker*, salvo quizás el mismo Creideiki, que conocía la existencia de la máquina Niss y su valor potencial si conseguía tener acceso a los datos correctos.

Tom sonrió al descubrirse otra vez razonando.

Está bien, existe un montón de excelentes y lógicas razones por las que ahora no podemos estar juntos. Tómalas por lo que valen. Intenta hacer aquí un buen trabajo y quizás estés de nuevo con ella dentro de muy pocos días.

Desde el momento en que, siendo adolescentes, se conocieron, nunca se habían cuestionado la posibilidad de no formar una pareja. A veces él se preguntaba si sus planificadores habían conocido con antelación, al elegir los gametos de matrimonios seleccionados, que dos de los cigotos cultivados se adaptarían de forma tan perfecta... hasta la sencilla telepatía que en ocasiones compartían.

Era probable que fuese un feliz accidente. A causa de las leyes y las costumbres, la planificación genética humana era muy limitada. Accidente o no, Tom estaba agradecido. En sus misiones para el Concejo de Terragens había aprendido que el universo era peligroso y estaba lleno de desilusiones. Muy pocos sofotes, incluso entre los equipados para ello, habían conocido el amor.

Antes de que los respiradores fuesen distribuidos, Tom usó el altavoz del trineo para amplificar su voz.

—Recordadlo: aunque todas las tecnologías galácticas están basadas en la Biblioteca, esos archivos de sabiduría son tan vastos que podéis encontrar cualquier tipo de máquina a bordo de esa nave. Tratadlo todo como si fuera una bomba hasta que lo hayáis identificado y convertido en algo inofensivo.

»El primer objetivo del equipo uno, después de silenciar la nave, será encontrar los principales ordenadores de combate. Puede que contengan un registro de las fases

iniciales de la lucha que se desarrolla ahí arriba. Esa información puede ser inestimable para el comandante.

»Y debéis buscar el glifo que marca la situación de la Biblioteca. Si descubris ese símbolo en cualquier parte, anotad su emplazamiento y avisadme. Me gustaría ver qué tipo de micro-sección llevaban.

»¿De acuerdo, teniente? —añadió, volviéndose hacia Tsh't.

El cuarto oficial del *Streaker* hizo sonar sus mandíbulas y asintió. Aunque apreciaba la cortesía de Orley, la fin hubiera preferido morderse su propia cola a discutir las sugerencias que él hacía. El *Streaker* era la primera expedición importante comandada y administrada por delfines. Estaba claro desde el principio que la presencia de algunos humanos se justificaba por la pátina de tutelaje que daban a sus consejos.

Tsh't habló en ternario:

*Equipo Uno, conmigo
Atentos a cualquier señal.
Equipo Dos, con Suessi
Para buscar el tesoro.
Equipo Tres, con Orley
Para ayudar al astuto.
No dejéis aquí nada de la Tierra
Que traicione nuestra visita.
Si tienes que cagar,
Límpialo después.
Pensad antes de actuar
Con lógica clara.
Ahora, Surcadores, en silencio,
¡Adelante!*

En el orden preciso, las tres formaciones se separaron unas de otras; un grupo ejecutó un tonel perfectamente sincronizado cuando pasaron ante el trineo de Orley. Respetando las órdenes de Tsh't, el único sonido era el rápido chasquido del sonar cetáceo.

Orley condujo el trineo hasta, aproximadamente, cuarenta metros del pecio. Luego, dando una ligera palmada en el hombro de Hannes, salió del vehículo.

¡Qué magnífico descubrimiento el de aquella nave! Orley utilizó el espectrógrafo de soplete para efectuar un somero análisis del metal del borde de una de las aberturas que laceraban los costados del buque. Cuando determinó las relaciones de varios productos beta-degenerados, lanzó un silbido que hizo girarse a los fines para

observarle con curiosidad. Aún debía hacer suposiciones sobre la aleación de origen y la proporción de exposición a los neutrones desde que el metal fuera forjado, pero podía conjeturar razonablemente que aquella nave había sido construida, por lo menos, hacía treinta millones de años.

Tom sacudió la cabeza. Hechos como éste eran los que permitían ver cuánto le faltaba a la Humanidad para igualar a los *galácticos*.

Nos gusta pensar en las razas que usan la Biblioteca como seres rutinarios incapaces de crear o de adaptarse, se dijo Orley.

Esto parecía ser una gran verdad. Muy a menudo, los *galácticos* daban la impresión de ser unos palurdos sin imaginación. Pero...

Volvió a mirar la oscura y enorme masa del crucero de combate, y empezó a hacerse preguntas.

La leyenda contaba que los Progenitores, antes de partir rumbo a regiones desconocidas, hacía eones, habían aconsejado a sus sucesores una búsqueda perpetua del conocimiento. Pero en la práctica, muchas de las especies se dirigían a la Biblioteca, y sólo a la Biblioteca, para adquirir conocimientos. Y, en consecuencia, su archivo de datos crecía muy lentamente.

¿Cuál era el objeto de investigar lo que ya había sido descubierto un millar de veces por quienes habían existido antes? Era más sencillo, por ejemplo, escoger en los archivos de la Biblioteca un diseño avanzado de astronave y seguirlo ciegamente, comprendiendo sólo una pequeña parte de lo realizado. La Tierra contaba con varias naves de ese tipo, y eran una maravilla.

El Concejo de Terragens, encargado de las relaciones entre las razas de la Tierra y la comunidad galáctica, casi había sucumbido a esta lógica seductora. Muchos humanos habían presionado para que se adoptaran los modelos galácticos que las razas más antiguas habían también adoptado de otras anteriores. Citaban el ejemplo de Japón, que en el siglo diecinueve se enfrentó a un problema similar: cómo sobrevivir rodeado de naciones mucho más poderosas. El Japón de la Era Meiji concentró todas sus energías en aprender imitando a sus vecinos, y consiguió ser lo que era.

La mayoría del Concejo de Terragens, incluyendo a casi todos sus miembros cetáceos, rechazó la propuesta. Consideraban a la Biblioteca como un tarro de miel: una tentación, y un alimento, pero también una terrible trampa.

Temían el síndrome de la «Edad de Oro»... la tentación de «mirar hacia atrás», buscando la sabiduría en viejos y polvorientos textos antes que en la última edición de los periódicos.

Exceptuando algunas razas, como los *kanten* o los *tymbrimi*, la comunidad galáctica en su conjunto parecía dominada por este tipo de mentalidad. La Biblioteca era el primer y último recurso para cualquier problema. El hecho de que los antiguos registros contuvieran casi siempre información provechosa no hacía menos rechazable esta dependencia para muchos lobeznos de la Tierra, incluyendo entre

ellos a Tom, a Gillian y a su viejo maestro Jacob Demwa.

Herederos de una tradición tecnológica cogida con alfileres, los dirigentes de la Tierra estaban convencidos de que la innovación sería rentable, incluso en aquella época tardía de la Historia galáctica. Por lo menos, se sentían mejor creyéndolo así. Para una raza de lobeznos, el orgullo era una cosa importante.

Los huérfanos por lo general no tienen otra cosa.

Pero *allí* estaba la evidencia del poder que confería un acercamiento a la Edad de Oro. En aquella nave todo hablaba de refinamiento. Incluso en el estado en que se encontraba, era hermosa y estaba delicadamente ornamentada. El ojo era incapaz de apreciar la menor soldadura. Soportes y cabestrantes parecían dotados para más de una función. Uno de ellos, que sostenía un alerón de estasis, también servía en apariencia como radiador deflector de los incrementos de probabilidad. Orley pensó que podría detectar muchas otras polivalencias, sutilezas que sólo podían provenir de una eternidad de lentas mejoras añadidas a un antiguo diseño.

Sin embargo, también percibía cierta decadencia, una ostentación arrogante y extraña no achacable al hecho de ser una nave alienígena.

Una de las principales tareas de Tom a bordo del *Streaker* era la evaluación de los aparatos alien, en particular de los destinados a actividades militares. Aunque aquella nave no fuera lo mejor que los *galácticos* habían hecho, Tom se sentía ante ella como un antiguo cazador de cabezas de Nueva Guinea, orgulloso con su nuevo mosquete pero dolorosamente consciente de la existencia de las ametralladoras.

Orley levantó la vista. Su equipo estaba reagrupándose. Con el mentón, pulsó el conmutador del hidrófono.

—¿Habéis acabado todos? Perfecto. Subgrupo dos, remontad ese cañón y comprobad si atraviesa toda la cordillera. Acortaríamos veinte clics en nuestro camino de vuelta al *Streaker*.

Oyó el silbido de asentimiento de Karacha-jeff, jefe del subgrupo dos. Bien. Este fin era digno de confianza.

—Tened cuidado —añadió Tom mientras se alejaban.

Luego, hizo un gesto a los otros para que le siguieran al interior de la nave a través de la hendedura del casco.

Penetraron en oscuros corredores de aspecto extrañamente familiar. Por doquier encontraban signos de la unidad de la cultura galáctica, imponiéndose a las particularidades de otras razas. Los paneles de iluminación eran idénticos a los que se encontraban en las naves de un centenar de especies, aunque los murales que los separaban estuvieran profusamente decorados con jeroglíficos thenanios.

Orley examinó minuciosamente todo aquello buscando algo concreto, un símbolo que se hallaba por todas partes en la Federación de las Cinco Galaxias... una espiral radiada.

Cuando lo encuentren, se recordó a sí mismo, los fines me avisarán. Saben que tengo interés. Sin embargo, no sospechan hasta qué punto deseo ver ese glifo.

GILLIAN

—Ah, ¿por qué debo hacerlo? ¡No estás cooperando mucho *conmigo*! Todo lo que quiero es hablar un minuto con Brookida. ¡Esto no es pedir la luna!

Gillian Baskin se sentía fatigada e irritable. La imagen holográfica del chimpancé planetólogo Charles Dart la miraba con ferocidad. Le sería fácil empezar a burlarse de Charlie y forzarlo a una retirada. Pero entonces él quizá fuese a quejarse a Ignacio Metz, y Metz la recriminaría por «intimidar a la gente por el simple hecho de tratarse de pupilos».

Tonterías. ¡Gillian no hubiera tolerado a un ser humano ni la cuarta parte de lo que estaba soportando de aquel engreído neochimp!

Apartó una mecha de cabellos dorados que le impedía la visión.

—Charlie, por última vez te digo que Brookida está durmiendo. Ya tiene tu mensaje, y te llamará cuando Makanee considere que ha descansado lo suficiente. Mientras tanto, lo único que deseo de ti es un listado de las cantidades de isótopos contenidas en los elementos transférricos que hay en Kithrup. Acabamos de operar a Satima, hemos invertido cuatro horas en hacerlo y necesitamos esos datos para establecer su programa de quelación. Quiero sacar de su organismo hasta el último microgramo de cualquier metal pesado. Ahora bien, si esto es pedir demasiado, o si estás excesivamente ocupado con el estudio de tus pequeños rompecabezas geológicos, siempre puedo llamar al comandante o a Takkata-Jim, ¡y pedirle que asigne a alguien para que te ayude!

El chimp científico hizo una mueca. Sus labios se curvaron para mostrar una hilera de grandes y amarillentos dientes. En ese momento, a pesar del gran volumen de su cráneo, de su mandíbula prognata y de sus pulgares oponibles, Charlie la miraba más como un mono irritado que como un científico.

—¡Oh, está bien! —le temblaban las manos y la emoción le hacía tartamudear—. ¡P-pero... esto es importante! ¿Entiende? Creo que no hace mucho tiempo, treinta mil años todo lo más, ¡Kithrup estuvo habitado por sofontes tecnológicos! ¡Sin embargo, el Instituto de Migración Galáctica consideraba a este planeta como en barbecho desde las últimos cien millones de años!

Gillian reprimió la necesidad de contestarle: «¿Y qué?». Había tantas especies muertas y olvidadas en la Historia de las Cinco Galaxias que ni siquiera la Biblioteca podía tener constancia de todas ellas.

Charlie debió leer en su expresión lo que estaba pensando.

—¡Es ilegal! —gritó. Su áspera voz se quebraba—. ¡Si esto es cierto, el Instituto de Migraciones debería saberlo! ¡Quizás incluso tengamos que agradecerles que esos lo... locos fanáticos que están ahí arriba peleando no nos dejen en paz!

Sorprendida, Gillian enarcó una ceja. ¿Qué era aquello? ¿Charles Dart analizando las implicaciones de su trabajo más allá del mismo? Entonces, él debía incluso plantearse de vez en cuando el problema de la supervivencia. Su razonamiento sobre las leyes que regían las migraciones era ingenuo, sobre todo si se consideraba la frecuencia con que los clanes más poderosos las distorsionaban en su propio beneficio. Sin embargo, Charlie merecía que se le prestara atención.

—De acuerdo. Ésa es una buena razón —asintió—. Voy a cenar con el comandante. Le hablaré de eso. También le preguntaré a Makanee si puede dejar salir a Brookida un poco antes. ¿Está bien así?

Charlie la miró con desconfianza. Luego, incapaz de mantener por más tiempo una expresión tan ambigua, entre la seriedad y el sarcasmo, dejó que su rostro mostrara una amplia sonrisa.

—¡Está bien! —rugió—. ¡Y tendrá esa lista en sus manos dentro de cuatro minutos! Nada más, que le vaya bien.

—Lo mismo digo —respondió Gillian con dulzura, mientras la imagen holográfica desaparecía.

Durante un largo rato se quedó mirando la pantalla del receptor, con los codos apoyados en el escritorio y el rostro hundido entre las manos.

¡Ifni! ¿Por qué me habré comportado así con ese chimp embobado? ¿Qué me está pasando? Gillian se frotó los ojos con suavidad. *Bueno, será porque ya hace treinta y seis horas que estoy en pie.*

La interminable y estéril discusión sobre semántica con la condenada y sarcástica máquina Niss de Tom no le había servido para nada. Todo lo que ella quería de la máquina era que le aclarase algunas oscuras referencias contenidas en la Biblioteca. Aquel sarcástico cacharro sabía que necesitaba ayuda para desentrañar el misterio de Herbie, el antiquísimo cadáver que yacía bajo un cristal en su laboratorio privado. Pero la Niss cambiaba de tema, preguntándole su opinión sobre problemas irrelevantes, como las costumbres sexuales de los humanos. Durante la sesión, Gillian estuvo deseando desmontar con sus propias manos aquella cosa grosera.

Pero Tom seguramente lo hubiera desaprobado; por tanto, hubo de renunciar.

Después, cuando estaba a punto de irse a la cama, se produjo la llamada de emergencia desde la esclusa. Pronto estuvo ocupada en ayudar a Makanee y a los autodocs a atender a los supervivientes del grupo de prospección. Su inquietud por Hikahi y Satima apartó de su mente cualquier idea de descanso. Pero cuando le parecieron fuera de peligro, Gillian ya no pudo contar con el exceso de adrenalina para contrarrestar la sensación de vacío que se deslizaba por todas las fisuras de aquella jornada tan dura.

No he tenido ni un momento para disfrutar de soledad, pensó. Levantó la cabeza y contempló su propio reflejo en la vacía pantalla del receptor. Tenía los ojos enrojecidos. El exceso de trabajo sin duda, pero también las preocupaciones.

Gillian sabía muy bien cómo ocuparse de sí misma, pero aquélla era una solución

estéril. Su instinto reclamaba el calor de una persona que la tomara en sus brazos, que colmara su anhelo físico.

Se preguntó si Tom sentiría lo mismo en aquel momento. Oh, sí... claro que sí; con aquel tosco lazo telempático que a veces compartían, Gillian sintió que le conocía muy bien. Los dos eran muy semejantes.

Gillian, a veces, tenía la sensación de que los planificadores genéticos habían tenido más éxito con él que con ella. Todo el mundo parecía considerarla extraordinariamente competente; pero en presencia de Thomas Orley, los mismos que así opinaban se sentían vagamente intimidados.

Y en momentos como el presente, cuando la memoria eidética parecía más una maldición que una bendición, Gillian se preguntaba si en realidad estaba tan libre de neurosis como prometía la garantía del fabricante.

Una ficha acartonada surgió en la ranura del télex. Era el perfil de distribución de isótopos prometido por Charlie... con un minuto de adelanto sobre el horario previsto. Gillian examinó las columnas. Bien. La variación con las cifras facilitadas sobre Kithrup por la milenaria Biblioteca era casi inexistente. No es que ella esperase grandes diferencias, pero había que comprobarlo.

Un breve apéndice en la base de la ficha advertía que los datos sólo hacían referencia a la superficie y a las regiones más altas de la astenosfera, y que su validez no podía garantizarse a más de dos kilómetros bajo la corteza planetaria.

Gillian sonrió. Algún día la meticulosidad de Charlie podría salvarlos a todos.

Se levantó y se dirigió a un parapeto sobre una gran cámara abierta. El agua la llenaba hasta dos metros por debajo del parapeto. Voluminosas máquinas sobresalían del agua. La mitad superior de la cámara, incluido el despacho de Gillian, resultaba inaccesible para los delfines a menos que fueran montados en un andador o en una araña.

Sin molestarse en desplegar la mascarilla que llevaba en el cinturón, Gillian miró hacia abajo y luego se zambulló entre dos hileras de oscuros autodocs. Los grandes y oblongos recipientes de cristalita estaban vacíos y silenciosos.

Para permitir una respiración abierta y una cirugía en seco, todos los canales de la enfermería eran poco profundos. La joven nadó con largas y poderosas *brazadas*, se agarró al ángulo de una máquina para girar y entró en la sección de traumatología a través de un telón de texgoma.

Salió a la superficie para respirar, flotó durante un momento y luego prosiguió su camino hasta una gruesa pared de cristal emplomado. Tras una pesada pantalla de protección, dos delfines cubiertos de vendajes flotaban en un tanque de gravedad. Uno de ellos, conectado a un laberinto de tubos, tenía la mirada mortecina a causa de una fuerte dosis de sedantes. El otro silbó alegremente cuando vio acercarse a Gillian.

—¡Bienvenida, Asistente de la Vida! Tus pociones recorren mis venas, pero esta sensación de ingravidez lo que alegra mi corazón de astronauta. ¡Gracias!

—De nada, Hikahi. —Gillian se mantenía muy bien en el agua, sin preocuparse

de asirse a la barandilla que recorría el frontal del tanque de gravedad—. Pero no te acostumbres demasiado a la comodidad. Me temo que Makanee y yo te vamos a echar de ahí muy pronto como castigo por tener esa constitución de acero.

—Completamente incompatible con la del bisssmuto o la del cadmio —farfulló Hikahi con un gorgoteo burlón.

—¡Exactamente! —respondió Gillian riendo—. Y vas a tener que empezar a maldecir dentro de poco a tu buena salud, pues te encontrarás fuera de aquí, respirando burbujas y poniéndote firmes sobre la cola para saludar al comandante.

Hikahi la obsequió con su leve sonrisa de neofín.

—¿Estás sssegura de que no ha sssido demasiado peligroso conectar este tanque de gravedad? No quisiera que Satima y yo fuéramos responsables de un gasto excesivo.

—Tranquila, fem-fin —dijo Gillian negando con la cabeza—. Hemos triplicado las seguridades. Las sondas detectoras no han indicado ninguna fuga. Diviértete y no te preocupes. Y he oído que el comandante tal vez envíe un pequeño equipo a tu isla para estudiar a los presensitivos que encuentre. Supongo que te interesará. Eso es señal de que, al menos a corto plazo, no está muy preocupado por los *galácticos*. La batalla espacial puede ser larga, y quizá seamos capaces de permanecer ocultos por tiempo indefinido.

—¡Una estancia indefinida en Kithrup no es la idea que yo tengo del paraíso! —respondió Hikahi, abriendo la boca con una mueca de ironía—. ¡Si éstas son buenas noticias, por favor, avísame cuando sean deprimentes!

—Lo haré —dijo Gillian riendo—. Ahora, duerme un poco. ¿Quieres que apague la luz?

—Sssí, por favor. Y gracias por las noticias, Gillian. Creo que es muy importante hacer algo con esos aborígenes. Espero que la expedición sea un éxito. Y no olvides decirle a Creideiki que estaré en mi puesto antes de que tenga tiempo de abrir una lata de atún.

—Lo haré. Felices sueños, querida.

Gillian tocó el reductor de iluminación y la luz fue disminuyendo poco a poco. Hikahi parpadeó varias veces, durmiéndose de un modo muy marinero.

Gillian se dirigió al dispensario donde sin duda iba a encontrar a Makanee atendiendo a un desfile de quejumbrosos fines. Gillian le enseñaría a la médico los perfiles de isótopos de Charlie y luego volvería a su laboratorio para trabajar un rato más.

El sueño la llamaba insistentemente, pero ella sabía que aún tardaría bastante en dejarse atraer por él. Ante el humor que la había invadido, se sentía poco dispuesta.

La lógica era la bendición y la maldición de su proceso educativo. Sabía que Tom estaba donde se suponía que debía estar; lejos, buscando los medios para salvarlos a todos. Y él también lo sabía. Su partida había sido tan precipitada como necesaria, y ni siquiera había tenido tiempo de buscarla para decirle adiós.

Gillian era consciente de todas estas circunstancias, y no dejaba de repetírselas mientras nadaba. Pero aquello no hacía más que desconectar los problemas verdaderamente importantes de los pequeños, arrancando un punzante consuelo de la falta de atractivos de su lecho vacío.

CREIDEIKI

—El Keneenk es un estudio de *relaciones* —explicó a su auditorio—. Un enfoque derivado de nuestra herencia delfiniana. El Keneenk es también un estudio de *comparaciones rigurosas*. Este segundo enfoque lo hemos aprendido de nuestros tutores humanos. El Keneenk es una síntesis de dos visiones del mundo, al igual que nosotros mismos.

Cerca de treinta neodelfines flotaban frente a él, las burbujas se elevaban lentamente desde sus agujeros sopladores, los intermitentes chasquidos de sonar eran el único sonido.

Ya que no había humanos presentes, Creideiki no tuvo que utilizar las largas vocales y las duras consonantes del ánglico culto. Pero, transcritas sobre papel, sus palabras hubieran sido del agrado de cualquier gramático inglés.

—Considerad los reflejos de la superficie del océano, donde el aire entra en contacto con el agua —sugería a sus discípulos—. ¿Qué nos dicen los reflejos?

Vio ante él expresiones de asombro.

—Los reflejos a qué lado del agua, os preguntaréis. ¿Hablo de reflejos que se perciben por *debajo* de la interfaz o por encima? Es más, ¿me refiero a reflejos de *sonido* o de *luz*?

Se volvió hacia uno de los atentos delfines.

—Wattaceti, imagínate que eres uno de nuestros ancestros. ¿Qué combinación se te ocurriría?

El técnico de la sala de máquinas parpadeó.

—Imágenes sonoras, comandante. Un delfín presensitivo habría pensado en reflejos de sonido en el agua, rebotando contra la superficie desde abajo.

Wattaceti parecía cansado, pero seguía asistiendo a estas sesiones con un ferviente deseo de perfeccionamiento. Era para elevar la moral de fines como Wattaceti por lo que el atareado comandante encontraba tiempo para continuar las sesiones.

—¡Exacto! —asintió Creideiki—. Ahora bien, ¿cuál sería el primer tipo de reflejo de que hablaría un humano?

—La imagen de luz procedente de arriba —respondió inmediatamente S'tat, el jefe del comedor de oficiales.

—Con toda probabilidad, aunque todos nosotros sabemos que algunos «orejas-grandes» pueden también aprender a oír.

Aquella inocente broma a expensas de la raza tutora fue recibida con una carcajada general. La risa era un modo de calibrar la moral de la tripulación, y Creideiki la sopesó como si estuviera comprobando la carga de una célula de combustible levantándola con las mandíbulas.

Por primera vez el capitán vio a Takkata-Jim y a K'tha-Jon formando parte del grupo. Reprimió una momentánea preocupación. Si hubiera ocurrido algo, Takkata-Jim se lo habría indicado. Parecía estar allí sólo para escuchar.

Si esto quería decir que el teniente estaba poniendo fin a su larga y misteriosa crisis de melancolía, Creideiki se alegraba. Había mantenido a bordo a Takkata-Jim en vez de enviarlo con Orley y el equipo de rescate porque quería tenerlo bajo su control. A su pesar, había empezado a considerar que quizás era el momento de introducir algunos cambios en la cadena de mando.

Esperó a que cesasen las risas.

—Ahora, considerad. ¿Qué *similitud* guardan los pensamientos humanos y los nuestros sobre los reflejos de la superficie del agua?

Los estudiantes adoptaron expresiones concentradas. Éste sería el penúltimo problema. Con tantas reparaciones por supervisar, Creideiki había sentido la tentación de cancelar las clases. Pero entre la tripulación eran muchos los que querían desesperadamente aprender Keneenk.

Al inicio del viaje casi todos los fines habían participado en las conferencias, juegos y competiciones atléticas que ayudaban a combatir el aburrimiento del vuelo espacial. Pero desde el terrible episodio de las Syrtes, cuando una docena de fines de la tripulación había desaparecido mientras exploraban la terrorífica flota abandonada, algunos habían empezado a distanciarse de la comunidad de la nave para encerrarse en reducidos grupúsculos. Varios empezaron incluso a mostrar un extraño atavismo, crecientes dificultades con el inglés y con el tipo de concentración indispensable para un espacionauta.

Creideiki se vio obligado a hacer malabarismos con los horarios para asegurar los replazos. Le encargó a Takkata-Jim la misión de buscar tareas a los fines regresivos. Esta actividad parecía apropiada para el teniente. Con la ayuda de K'tha-Jon, llegó incluso a encontrar un trabajo provechoso a los que estaban más afectados. Creideiki escuchó con atención los crujidos de las aletas, el gorgoteo penoso de las branquias, el ritmo de los latidos del corazón. Takkata-Jim y K'tha-Jon flotaban en silencio, aparentemente atentos. Pero Creideiki notó en ellos una tensión subyacente.

Sintió un escalofrío. Le había llegado de pronto una vivida imagen mental del ojo perspicaz y taciturno del teniente, y de los grandes y afilados dientes de K'tha-Jon. La rechazó y se reprendió por tener una imaginación tan activa. ¡No había razón lógica alguna para temer a ninguno de los dos!

—Estamos meditando sobre los reflejos que se producen en la interfaz que separa el aire del agua —resumió apresuradamente—. Tanto humanos como delfines, cuando consideran esta superficie, la conciben como una *barrera*. Al otro lado existe un reino que sólo se percibe al cruzar esta barrera. Sin embargo, el hombre actual, gracias a sus herramientas, ya no teme al mundo acuático como antes sucedía. Y, del mismo modo, gracias a sus herramientas, el neofín puede vivir y trabajar en el aire y

mirar hacia abajo sin sentir vértigo.

»Considerad ahora vuestros pensamientos cuando hice la primera pregunta. La idea de un sonido reflejándose desde abajo fue lo primero que os vino a la mente. Nuestros ancestros se hubieran contentado con esa primera impresión, pero vosotros no os habéis quedado ahí. No habéis generalizado sin considerar antes otras posibles alternativas. Éste es un rasgo común a todas las criaturas *planificadas*. Para nosotros es algo nuevo. —El reloj del arnés de Creideiki sonó. Se hacía tarde. Pese a su fatiga, tenía que asistir todavía a una reunión y quería también acercarse al puente para saber si había noticias de Orley—. ¿Cómo un cetáceo, cuya herencia y cuya estructura cerebral están basadas en un conocimiento intuitivo, puede aprender a *analizar* elemento por elemento un problema complejo? A veces, la clave de una *respuesta* está en cómo se formula la *pregunta*. Os dejo por hoy con un ejercicio para vuestros ratos de ocio.

»Intentad plantear en *terciario* el problema de los reflejos en la superficie del agua... de modo que no exija una única respuesta o una oposición de tres niveles, sino un listado de todas las formas posibles de reflexión.

Vio cómo algunos fines fruncían el ceño con incomodidad.

—Sé que parece difícil y no os pediré que resolváis hoy este problema —dijo el capitán con una sonrisa tranquilizadora—. Pero sólo para mostraros que es factible, oíd el eco de este sueño:

Una capa divide

Estrella del cielo – Estrella del mar.

¿Qué llega a nosotros

En ángulo agudo?

El octópodo ruidoso, apresador de estrellas

¡Reflejos!

La gaviota que llama a la noche y sigue a una estrella

¡Reflejos!

La estrella que brilla en los ojos de mi amada

¡Reflejos!

El sol en su rugiente y muda ascensión

¡Reflejos!

Creideiki obtuvo una merecida recompensa al ver a su auditorio con los ojos desorbitados por la admiración. Cuando se disponía a marcharse, observó que incluso Takkata-Jim sacudía la cabeza lentamente como si estuviera considerando un pensamiento que nunca hubiera tenido antes.

Al salir de la reunión, K'tha-Jon insistía en su punto de vista.

—¿Lo has vissssto, Takkata-Jim? ¿Lo hasss oído?

—He visto y oído, K'tha-Jon. Y, como siempre, estoy francamente impresionado. Creideiki esss un genio. ¿Qué querías indicarme?

K'tha-Jon entrechocó las mandíbulas, lo que estaba lejos de considerarse como una cortesía en presencia de un oficial superior.

—¡No ha dicho *nada* sssobre los *galácticos*! ¡Ni una palabra sssobre el asedio! ¡Nada *en absoluto* sobre planes concretos para sacarnos de aquí o, en su defecto, para luchar! Y mientras, ignora la creciente ruptura que se está produciendo entre la tripulación.

Takkata-Jim soltó un chorro de burbujas.

—Ruptura que tú has alentado activamente, K'tha-Jon. No, no te molestes en demostrar tu inocencia. Has sido muy sutil, y sé que lo has hecho para ponerme a mí en la cima del poder. Yo no quiero saber nada. ¡Pero no pienses que Creideiki estará siempre tan ocupado como para no darse cuenta! Y, cuando lo haga, K'tha-Jon, ¡protégete la cola! ¡Porque yo fingiré no estar al corriente de tus manejos! —K'tha-Jon siguió expulsando burbujas tranquilamente, sin molestarse en contestar—. En cuanto a los planes de Creideiki, ya veremos. Ya veremos si quiere escuchar al doctor Metz y a mí mismo o si persissste en su sueño de regresar a la Tierra sin desvelar sus secretos respecto a lo que transportamos. —Vio que el *stenos* estaba a punto de interrumpirle y se apresuró a continuar—. Sé que piensas que deberíamos considerar una tercera opción, ¿no es cierto? Lo que te gustaría es vernos salir de nuestro escondite para enfrentarnos a todos los *galácticos* con una sola mano, ¿no es así, K'tha-Jon?

El enorme delfín no respondió, pero sus ojos sostuvieron con arrogancia la mirada del teniente.

¿Eres mi Boswell, mi Seaton, mi Igor o mi Yago? Pensó Takkata-Jim observando al gigantesco mutante. *Ahora me sirves, pero a largo plazo, ¿seré yo quien te utilice o me utilizarás tú a mí?*

GALÁCTICOS

La batalla se desarrollaba alrededor de la flotilla de pequeñas naves de guerra xappish.

—¡Acabamos de perder el X'ktau y el X'klennu! ¡Esto significa una tercera parte de la armada xappish!

El más viejo de los dos tenientes xappish suspiró.

—¿Y qué? Dime algo nuevo joven, y no cosas que ya sé.

—Nuestros tutores xatinni están perdiendo a sus pupilos con la velocidad de una reacción en cadena, y están siendo muy cuidadosos con sus propias naves. ¡Fíjate en cómo permanecen en la retaguardia, preparados para huir si el combate se complica! ¡Pero a nosotros, por el contrario, nos ponen frente al peligro!

—Ése ha sido siempre su modo de actuar —convino el otro.

—Pero si la flota xappish es destruida en esta lucha inútil, ¿quién protegerá a nuestros tres pequeños mundos y hará respetar nuestros derechos?

—¿No sirven para eso los tutores?

El teniente más viejo era consciente de su ironía. Ajustó las pantallas para rechazar un repentino ataque psiónico, sin siquiera cambiar su tono de voz.

Su subalterno no se dignó hacer comentario alguno. En vez de ello, masculló:

—¿Qué nos han hecho a nosotros los terrestres? ¿De qué forma amenazan a nuestros tutores?

La abrasadora carga explosiva de un crucero de batalla tandu pasó rozando el ala izquierda de la pequeña patrullera xappish. El teniente más joven precipitó la nave en una violenta maniobra de evasión. El teniente más viejo respondió a la pregunta como si no hubiera sucedido nada.

—Pienso que no crees en la historia del regreso de los Progenitores. —El otro sólo lanzó un bufido, mientras ajustaba las mirillas de un lanzatorpedos—. Eso está bien. A mí también me parece que todo esto es simplemente parte de un programa para exterminar a los terrestres. Las razas tutoras más antiguas los ven como una amenaza. Son lobeznos, y por lo tanto peligrosos. Predican prácticas revolucionarias de elevación... y eso es más peligroso todavía. Son aliados de los tymbrimi, un insulto difícil de perdonar. Y hacen proselitismo, una ofensa inaceptable.

La nave de reconocimiento se estremeció cuando el torpedo saltó hacia el destructor tandu. La pequeña embarcación aceleró al máximo para escapar.

—Bien, creo que deberíamos escuchar a los terrestres —gritó el teniente subalterno—. Si todas las razas pupilas de la galaxia se rebelaran al mismo tiempo...

—Ya ha sucedido antes —le interrumpió el más viejo—. Consulta los registros de la Biblioteca. Por seis veces en la Historia galáctica. Y dos con un completo éxito.

—*¡No es posible! ¿Y qué ocurrió?*

—*¿Tú que crees que ocurrió? Los pupilos acabaron por convertirse en tutores de nuevas especies, y las trataron del mismo modo que los habían tratado a ellos.*

—*¡No lo creo! ¡No puedo creerlo!*

—*Compruébalo tú mismo* —*dijo el teniente de más edad, con un suspiro.*

—*Lo haré.*

Pero nunca lo hizo. Una indetectada mina de improbabilidad se cruzó en su camino. La diminuta patrullera se expandió por la galaxia de un modo pintoresco, pero mortal.

DENNIE Y TOSHIO

Una vez más, Dennie comprobó las cargas. La galería excavada por el árbol taladrador estaba oscura y llena de obstáculos. El rayo de luz de su casco proyectaba espantosas sombras a través del laberinto de raíces y raicillas.

Levantó la cabeza y gritó:

—¿Has acabado ya, Toshio?

El joven estaba colocando sus explosivos en la parte superior del túnel, cerca de la superficie de la colina metálica.

—Sí, Dennie. Si has terminado, vuelve a bajar. Me uniré contigo en un minuto.

Casi no podía ver los pies del muchacho situados sobre ella. Su voz sonaba distorsionada en el angosto e inundado pasadizo. Era un alivio que le permitieran salir de allí.

Escogió con cuidado el camino de descenso, sobreponiéndose a las oleadas de claustrofobia que la asaltaban. Aquél era un trabajo que Dennie no habría elegido nunca. Pero había que hacerlo, y, por naturaleza, los dos delfines no estaban capacitados.

A mitad de camino se trabó con una planta trepadora que no quiso soltar su presa. Debatirse sólo le sirvió para quedar aún más aprisionada, y recordó con toda claridad la historia de Toshio y la hierba asesina. El pánico la dominaba, pero hizo un esfuerzo por dejar de patear, respiró profundamente y examinó la trampa.

Se trataba tan sólo de una liana muerta enrollada alrededor de su pierna. Fácilmente, la partió con el cuchillo. Continuó su descenso con más cautela y llegó por fin a la amplia caverna que se abría bajo la colina de metal.

Keepiru y Sah'ot la esperaban allí. Los respiradores en forma de manguera se enroscaban alrededor de sus torsos y les cubría el agujero soplador. Los faros de los dos trineos se reflectaban a través de millares de pequeños filamentos que parecían llenar la cámara con una niebla temblorosa. Una débil luz penetraba en el interior de la gruta procedente de la abertura que les había dado acceso a ella.

*Ecoss onando, en esta jaula de piedra,
No producidos por peces felices.*

Dennie miró a Sah'ot, sin la certeza de haber comprendido el imaginativo ternario del poeta.

—¡Ah, sí! Cuando Toshio coloque el minuterio del detonador, tendremos que salir. La explosión repercutirá en esta cámara. Y supongo que no será muy saludable.

Keepiru asintió con una inclinación de cabeza. El responsable militar de la

expedición había guardado silencio casi absoluto desde que salieron de la nave.

Dennie recorrió con la vista la caverna submarina. Los microscópicos animales coralinos habían construido su castillo sobre el sustrato silíceo de un montículo oceánico. La estructura se desarrolló con lentitud, pero cuando la colina rompió por fin la superficie del océano, se hizo posible la vida superior. Entre la vegetación que brotó estaba el árbol taladrador.

Esta planta conseguía de algún modo atravesar la masa metálica y que sus raíces penetraran en la capa orgánicamente asimilable que yacía bajo ella. Los minerales eran drenados hacia la superficie y depositados allí. Debajo, se formaba una cavidad en la que se desarrollaban las raíces que al fin lograrían insertar la colina de metal en la corteza planetaria.

La ecóloga que había en Dennie se sorprendía ante este extraño proceso. Y también se extrañaba de que la micro-sección de la Biblioteca que había a bordo del *Streaker* no mencionase para nada las colinas metálicas.

Era difícil de creer que un árbol taladrador pudiera desarrollarse en su nicho gradualmente. Para el árbol, tener éxito era una cuestión de vida o muerte, que requería una gran fuerza y perseverancia. ¿Cómo lo habría conseguido?, se preguntaba Dennie.

¿Y qué sucedía con las colinas cuando se hundían en las cavidades que los árboles taladradores producían? Había visto algunos de los hoyos que ya habían absorbido sus colinas. Sus profundidades eran brumosas y oscuras, y más hondas de lo que ella hubiera imaginado.

Enfocó la lámpara frontal sobre el techo de la caverna, esperando verlo desgarrado, pero descubrió que estaba lleno de brillantes depresiones cóncavas de diversa profundidad.

Nadó hacia una de las más profundas, sacando la cámara. A Charlie Dart le gustaría tener pruebas tangibles de lo encontrado por la expedición, aunque sabía que no iba a agradecerse. Lo más probable era que cada foto, y cada muestra, hiciera suspirar exasperadamente al planetólogo por la incapacidad de su colega para proporcionarle material realmente utilizable.

En las profundidades de una depresión se movía alguna cosa, retorciéndose y girando con lentitud. Dennie modificó la orientación del rayo de luz y se acercó para ver mejor. Se trataba de algún tipo de raíz. Observó los pequeños filamentos oscilantes que flotaban cerca de ésta. La joven le arrebató unos cuantos para su bolsa de muestras.

—¡Vamos, Dennie! —oyó que gritaba Toshio mientras un trineo pasaba rugiendo justo debajo de ella—. ¡Deprisa! ¡Faltan sólo cinco minutos para la explosión!

—Vale, vale —contestó—. Espera un minuto.

La curiosidad profesional se impuso momentáneamente a cualquier otro pensamiento. Dennie no encontraba ninguna razón de por qué un organismo viviente eligiera enterrarse bajo la oscuridad de una masa de metal prácticamente puro. Metió

la mano aún más en el hoyo y la cerró alrededor de la raíz que se retorció. Luego, tiró con todas sus fuerzas apoyándose en el techo de la caverna.

Al principio, la planta se resistió, e incluso pareció que tiraba en sentido contrario. A Dennie se le ocurrió que podía estar metiéndose en una trampa.

De repente, la raíz se soltó. Mientras la metía en su bolsa de muestras, Dennie vislumbró una dura punta brillante. Acto seguido, se alejó de la superficie metálica con toda rapidez.

Keepiru la miró con reprobación cuando se agarró al trineo. Lanzó el vehículo a toda velocidad hacia la boca de la cueva y salieron a la luz del día donde los esperaban Toshio y Sah'ot. Instantes más tarde, una fuerte explosión retumbó en las profundidades.

Esperaron una hora antes de entrar en la gruta.

Los explosivos habían roto el tronco del árbol taladrador por el lugar donde se encastraba en la masa metálica. Desde el agujero producido, caía una lluvia de cascotes. La cámara estaba llena de trozos de vegetación.

Se acercaron a la entrada con cautela.

—Lo mejor será enviar primero a un robot —dijo Toshio—. Puede que haya restos inestables en el tronco.

Yo lo haré, Trepador de Escaleras.

A los robots les gusta mi neuro-toma.

—Sí, tienes razón —asintió Toshio—. Encárgate de eso.

El piloto, con su interfaz neuro-electrónico directo, podría controlar la sonda mejor que Toshio. De los humanos de a bordo, sólo Emerson D'Anite y Thomas Orley estaban provistos de aquellas uniones ciborg. Pasaría mucho tiempo antes de que los humanos pudieran adaptarse tan bien como los delfines a los efectos secundarios de la implantación de tomas. Las neuro-tomas eran, además, indispensables para los fines que habían sido genéticamente preparados para recibirlas.

Siguiendo las órdenes de Keepiru, la pequeña sonda se desenganchó por sí misma de la parte posterior del trineo. Se proyectó hacia el agujero y desapareció en su interior.

Toshio nunca hubiera esperado que le hicieran volver en compañía de Keepiru a un lugar donde, en su opinión, ninguno de los dos había tenido un buen comportamiento. La importancia de su misión, asistir y proteger a dos importantes científicos, aún le confundía más. ¿Por qué Creideiki no había designado a otro? ¿A alguien más digno de confianza?

El comandante, por supuesto, también podía haberles hecho salir de la nave a los

cuatro para sacárselos de encima. Pero aquello tampoco tenía sentido.

Toshio decidió no intentar comprender la lógica de Creideiki, puesto que le resultaba tan inescrutable como el propio carácter de éste. ¿Era quizás una condición inherente al cargo? Toshio sólo sabía que Keepiru y él estaban decididos a realizar un buen trabajo en aquella misión.

Como guardiamarina, oficialmente, superaba en grado a Keepiru. Pero la tradición decía que los contramaestres y los pilotos tenían mando sobre los guardiamarinas, a menos que las autoridades superiores decidiesen otra cosa. Toshio debía ayudar a Sah'ot y a Dennie en sus investigaciones. Keepiru era el responsable de la seguridad.

Al joven le sorprendía que los otros escucharan sus sugerencias; y, sobre todo, que le pidieran su opinión. Le iba a costar trabajo acostumbrarse a aquello.

La imagen transmitida por el robot apareció en la pantalla: un cilindro hueco excavado en el esponjoso metal. Unas destrozadas raíces era todo lo que quedaba del anclaje que mantenía en su sitio el tronco del árbol taladrador. Nubes de partículas flotaban ante la cámara mientras observaban el ascenso de la sonda. Después, la imagen se fue aclarando a causa de la luz del día que un ligero velo de burbujas hacía centellear.

—¿Crees que tendrá la suficiente amplitud para el paso de un trineo? —preguntó Toshio.

Keepiru silbó que le parecía que sí.

El robot emergió en una charca de varios metros de ancho. Su cámara ofrecía una panorámica de la orilla y transmitía imágenes de un cielo azul recortándose contra el verde follaje. El gigantesco tronco del árbol taladrador había caído sobre el bosque. Aunque la pronunciada pendiente del cráter impedía ver los daños causados por su caída, Toshio estaba seguro de que ésta no se había producido en dirección a la aldea aborigen.

Les había preocupado que, al abrir un camino hacia el interior de la isla con explosivos, se desatase el pánico entre los cazadores-recolectores. A pesar de todo, decidieron correr el riesgo, puesto que intentar llegar de forma normal, subiendo por sus escarpadas orillas batidas por las olas, era demasiado peligroso; y una locura exponerse a ser vistos por los satélites espías galácticos. La caída, en apariencia accidental, de un árbol en una isla, difícilmente despertaría sospechas en los eventuales observadores de las alturas.

—Ahí —dijo Toshio, señalando un punto en la pantalla.

—¿Qué pasa, Tosh? —preguntó Dennie, acercándose para mirar—. ¿Algún problema?

Keepiru detuvo la cámara cuando estaba a punto de finalizar su reconocimiento.

—Ahí —dijo Toshio—. Ese desgarrado bloque de coral que cuelga sobre la charca. Parece que esté a punto de caer.

—¿No puede el robot apuntarlo por debajo con cualquier cosa?

—No lo sé. ¿Tú qué crees, Keepiru?

*Algún plan puede funcionar
Si el destino lo acepta.
Podemos apostar
Y simplemente intentarlo.*

Keepiru miró las pantallas gemelas y se concentró. Toshio sabía que el piloto estaba a la escucha de la compleja estructura de sonido-imágenes que recibía por medio de su conexión neural. Bajo la dirección de Keepiru, el robot se desplazó hacia el borde de la charca. Sus pinzas se agarraron al esponjoso metal de la orilla y tiraron hacia arriba. Una fina lluvia de guijarros cayó sobre él.

—¡Atención! —gritó Toshio.

El bloque desgarrado se inclinó hacia adelante. La cámara lo mostró oscilando peligrosamente. Dennie se apartó de un salto de la pantalla. Entonces la roca cayó y aplastó al robot.

Siguió un torbellino de imágenes. Dennie continuaba mirando a la pantalla, pero Toshio y Keepiru dirigieron la mirada hacia el orificio producido por el tronco. De pronto, una lluvia de cascotes cayó por la abertura, desapareciendo en las tinieblas del abismo lanzando un último destello al pasar ante los faros del trineo. Después de un largo silencio, Keepiru dijo:

*En el fondo yace la sonda. Sus pulmones están vacíos.
Pero una pseudo-muerte se me ha escatimado
Pues todavía silba con ecos desamparados.*

Keepiru quería decir que la sonda aún le enviaba mensajes desde la oscura cornisa donde finalmente se había detenido. Su pequeño cerebro y su transmisor no habían resultado destruidos, y Keepiru no había sufrido la sacudida que una repentina interrupción podía enviar a la conexión de su sistema nervioso.

Pero los tanques de flotación del robot estaban destrozados. Eso lo condenaba a permanecer allí abajo.

*Debía ser éste el último obstáculo.
Voy a ir
con cuidado
a comprobar.
Toma el trineo, Dennie, y ¡observa!*

Antes de que Toshio o Keepiru pudieran detenerle, Sah'ot salió del trineo y se alejó rápidamente. Aleteó con fuerza y desapareció en el agujero. Keepiru y Toshio se

miraron, compartiendo un mal pensamiento sobre aquellos locos civiles.

Al menos, se dijo Toshio, podía haberse llevado una cámara. Pero entonces, si Sah'ot hubiese esperado, Toshio habría tenido la oportunidad de reclamar el dudoso privilegio de explorar el pasaje.

Miró a Dennie. Ella observaba la pantalla de la sonda robot, como si ésta pudiese enviar alguna señal de lo que le estaba ocurriendo a Sah'ot. Hubo que sacudirla para que saliera de su ensueño y nadase hasta el otro trineo para tomar los mandos.

Toshio siempre había considerado a Dennie Sudman como una científica adulta, amigable pero enigmática. Ahora veía que ella no era mucho más madura que él mismo. Y aunque poseía el prestigio de su estatus profesional, carecía del eclecticismo de que él estaba dotado gracias a su entrenamiento de oficial. Ella nunca se enfrentaría con la cantidad de personas, cosas y situaciones que le esperaban a él a lo largo de su carrera.

Miró de nuevo hacia el agujero del techo de la caverna mientras Keepiru lanzaba nerviosas burbujas. Si Sah'ot no reaparecía, pronto debería decidir qué hacer.

Evidentemente, Sah'ot era un experimento genético, en el que los investigadores habían implantado un juego de rasgos para conseguir un calculado grado óptimo. Si lo consideraban un éxito, los rasgos podrían injertarse al conjunto genético básico de la especie. Aquel proceso representaba, aunque considerablemente acelerado, la segregación y las combinaciones que se operaban en la naturaleza.

Sin embargo, tales experimentos, a veces, daban resultados inesperados.

Toshio no estaba seguro de poder confiar en Sah'ot. El misterio de que se rodeaba el etnólogo no era producto de una personalidad rica y reflexiva como la de Creideiki. El hermetismo de Sah'ot era crispante y artificial, similar a las apariencias que adoptaban algunos humanos que había conocido.

Además, estaban las pretensiones amorosas de Sah'ot respecto a Dennie. No era que él fuese un puritano. Tales pasatiempos no estaban estrictamente prohibidos, pero todos sabían que causaban problemas.

En apariencia, Dennie no era consciente de los sutiles detalles con los que encandilaba a Sah'ot. El joven guardiamarina se preguntaba si sería capaz de decírselo, o incluso, si era asunto de su incumbencia.

Pasó otro tenso minuto. Entonces, en el preciso instante en que Toshio se disponía a seguir el camino emprendido por Sah'ot, éste salió del agujero y se dirigió hacia ellos.

El camino está libre.

Por él os conduciré.

Keepiru lanzó su trineo al encuentro del etnólogo y silbó algo en un tono tan agudo que Toshio, a pesar de su oído calafiano, no pudo entenderlo.

La boca de Sah'ot se retorció, para cerrarse luego con una desganada actitud de

sumisión. Sin embargo, había algo desafiante en sus ojos. Volvió su mirada a Dennie, incluso mientras giraba para ofrecer una de sus aletas ventrales a los dientes de Keepiru.

El piloto la pellizcó simbólicamente y se volvió hacia los demás.

El camino está libre.

Yo lo creo.

Vayámonos ahora

Y bajar estos respiradores

Para hablar como terrestres

De nuestro trabajo.

Y encontrar nuestro futuro,

Hermanos pilotos.

Dirigió el trineo hacia el agujero y se elevó hacia él en medio de una nube de burbujas. Los otros le siguieron.

CREIDEIKI

Aquella reunión informativa había durado más de lo debido.

Creideiki lamentaba haber permitido que Charles Dart asistiera a través de la holopantalla. El planetólogo chimp habría sido menos prolijo si hubiera estado allí, en la efervescente oxiagua de la crujía central, mojándose y teniendo que utilizar una mascarilla.

Dart permanecía cómodamente en su laboratorio, proyectando su imagen en el área de conferencias del compartimiento cilíndrico del *Streaker*. Parecía por completo ajeno a la impaciencia de sus oyentes. Respirar oxiagua durante dos horas frente a una consola era muy incómodo para un neodelfín.

—Naturalmente, comandante —estaba diciendo el chimp con su áspera voz de barítono proyectada en el agua—. Cuando usted escogió aterrizar cerca de un importante límite tectónico, lo aprobé de todo corazón. En ningún otro sitio habría tenido acceso a tanta información en un lugar tan reducido. Sin embargo, creo que tengo informes convincentes sobre otros seis o siete lugares repartidos por Kithrup donde podríamos verificar algunos de los interesantes descubrimientos que hemos hecho aquí.

Creideiki se sorprendió un poco por el empleo de la primera persona del plural. Era el primer signo de modestia que Charlie se permitía.

Observó a Brookida, que flotaba cerca de él. El metalúrgico, cuyas habilidades no eran requeridas constantemente para los equipos de reparación, había trabajado en diversas ocasiones con Charles Dart. Sin embargo, desde hacía más de una hora, guardaba silencio, dejando que el chimp derramara sus jarros de jerga científica ante los cuales Creideiki empezaba a sentir vértigo.

¿Qué pretende Brookida? ¿Acaso piensa que el comandante de un navío asediado no tiene nada mejor que hacer?

Hikahi, que acababa de salir de la enfermería, se tumbó de espaldas, respirando el efervescente y oxigenado fluido, con un ojo puesto sobre el holograma del chimpancé.

No debería hacer esto, pensó Creideiki. Ya tengo bastantes problemas para concentrarme sin necesidad de esto.

Aquellas inacabables reuniones siempre tenían el mismo efecto sobre Creideiki. Sentía que la sangre fluía alrededor de su conducto peneano. Todo lo que deseaba en aquel momento era nadar hasta Hikahi y morderla suavemente en multitud de puntos, arriba y debajo de sus costados.

¿Perversión? Sí. Sobre todo en público, pero al menos era honesto consigo mismo.

—Planetólogo Dart —suspiró el comandante—. Estoy haciendo verdaderos esfuerzos para intentar comprender lo que nos está diciendo. Creo haber seguido correctamente lo relacionado con las diversas anomalías cristalinas e isotópicas descubiertas en la corteza de Kithrup. En lo referente al estrato de subtracción...

—Una zona de subtracción es la que se halla en el límite, entre dos placas tectónicas, el lugar donde una de ellas se desliza sobre su vecina —le interrumpió Charlie.

Creideiki deseó poder abandonar su dignidad para maldecir al chimp.

—Mis conocimientos de planetología llegan hasta ese punto, doctor Dart —respondió cuidadosamente—. Y me alegra saber que estar tan cerca de una de esas zonas limítrofes le ha resultado útil. Sssin embargo, debe comprender que la elección del lugar de aterrizaje estaba basada en consideraciones tácticas. Necesitábamos los metales y el camuflaje que nos ofrecían las colinas de «coral». Nos hemos posado aquí para ocultarnos y para reparar la nave. Con todos esos cruceros hostiles sobre nuestras cabezas, no puedo pensar en mandar expediciones hacia otras partes del planeta. De hecho, debo rechazar su petición para extraer nuevas muestras del subsuelo de los alrededores. El riesgo es demasiado grande ahora que han llegado los *galácticos*. —El chimp frunció el ceño y sus manos empezaron a agitarse. Antes de que encontrara palabras para protestar, Creideiki continuó—. Además, ¿qué dice la micro-sección de la nave acerca de Kithrup? ¿No ha contribuido en nada la Biblioteca para aclarar los problemas con que se enfrenta?

—¡La Biblioteca! ¡Ese maldito saco de desinformación! —La voz de Charlie se convirtió en un aullido—. ¡No tiene nada sobre las anomalías! ¡Ni siquiera menciona las colinas metálicas! Su último informe sobre Kithrup data de cuatrocientos millones de años, cuando el planeta fue puesto bajo el control de los *karrank%*...

Charlie se atragantó de tal manera que estuvo a punto de ahogarse, como si aquel nombre hubiera estado a punto de matarlo. Desorbitó los ojos y se golpeó el pecho, tosiendo.

Creideiki se dirigió a Brookida.

—¿Es eso cierto? ¿Es tan deficiente la Biblioteca en lo referente a este planeta?

—Sssí —asintió Brookida con lentitud—. Cuatrocientas épocas es mucho tiempo. Por norma general, cuando un planeta es puesto en reserva se le deja en barbecho mientras nuevas especies evolucionan en él hasta el nivel presensitivo requerido para la elevación, o proporciona un lugar tranquilo para el declive de una antigua raza que ha entrado en la senectud. Los planetas en esta situación tanto pueden utilizarse como guardería o como asilo. Kithrup parece haber sido las dosss cosas. Hemos descubierto una raza presensitiva cuya ascensión al parecer se ha efectuado desde la última puesta al día de la Biblioteca. Ademásss, los...*karrank%*... —También Brookida tenía problemas con aquel nombre—... habían aceptado el planeta como lugar apacible para morir, lo que en apariencia han conseguido. Parece que ya no existen *karrank%* por aquí.

—Pero cuatrocientas épocas sin la menor inspección es algo difícil de aceptar.

—Sí. Lo normal es que el Instituto de Migración reasigne un planeta mucho antes. Pero Kithrup es un mundo muy extraño... pocas especies escogerían vivir aquí. Además, las rutas de acceso son escasas. Esta región del espacio es muy baja gravitacionalmente. Ésa es una de las razones por las que vinimos aquí.

Charles Dart, tras recuperar su ritmo respiratorio, bebía un gran vaso de agua. Creideiki aprovechó el descanso para reflexionar. A pesar de la argumentación expuesta por Brookida, ¿podía Kithrup haber estado durante tanto tiempo en barbecho, en una galaxia superpoblada en la que cada trozo de terreno era codiciado?

El Instituto de Migración era la única entidad administrativa de las Cinco Galaxias que podía rivalizar en poder e influencia con el todopoderoso Instituto de la Biblioteca.

Por tradición, todas las razas tutoras obedecían sus normas de mantenimiento de la ecosfera; abstenerse de seguir aquellas normas habría sido exponerse a provocar un desastre galáctico. En la balanza de aquel poderoso conservadurismo ecológico pesaba también la posibilidad de que algunas especies inferiores se convirtieran en pupilas y, más tarde, en tutoras.

La mayor parte de los *galácticos* aceptaban olvidar los informes sobre la Humanidad anteriores al Contacto. La masacre de los mamuts, de los grandes lemúridos y los manatíes le había sido perdonada al hombre debido a su carácter de «huérfano». La auténtica culpa recaía en el hipotético tutor del *homo sapiens*, aquella misteriosa y desconocida raza de la que todos decían que lo había abandonado en mitad de su proceso de elevación, miles de años antes.

Los delfines sabían que los mismos cetáceos habían estado a punto de extinguirse a manos de los hombres, pero nunca lo mencionaban fuera de la Tierra. Para bien o para mal, su suerte estaba ligada a la de la Humanidad.

La Tierra era de los humanos hasta que la raza se asentara en otra parte o se extinguiera. Las diez colonias planetarias, por el contrario, sólo les pertenecerían durante períodos reducidos de tiempo, calculados en función de complejos proyectos de eco-mantenimiento. La cesión más corta era por seis milenios. Al término de aquel plazo, los colonos de Atlast deberían partir, dejando en barbecho al planeta de nuevo.

—Cuatrocientos millones de años —pensó Creideiki en voz alta—. Parece anormal que durante tanto tiempo no se haya hecho un nuevo examen de este mundo.

—¡Ésa es exactamente mi opinión! —vociferó Charlie, recuperado ya por completo de su crisis—. ¿Y si les dijera que existen señales evidentes de la ocupación de Kithrup por una civilización mecanizada hasta sólo hace unos treinta mil años? ¿Por qué no hay noticias en la Biblioteca sobre esto?

Hikahi giró sobre sí misma para acercarse.

—Doctor Dart, ¿cree usted que esas anomalías en la superficie podrían ser los residuos de una civilización no autorizada?

—¡Sí! —gritó—. ¡Exacto! ¡Bien dicho! Usted sabe que muchas razas eco-

sensitivas se establecen en las zonas de subtracción de un planeta. Por eso, cualquier residuo de su estancia allí es absorbido hacia el interior de la corteza y desaparece cuando vuelve a estar en barbecho. Algunos creen que ése es el motivo de que no existan signos en la Tierra de civilizaciones anteriores a la del hombre.

—¿Y si alguna especie se hubiera instalado ilegalmente aquí...? —dijo Hikahi.

—¡Lo hizo al menos una, sobre una placa limítrofe! La Biblioteca sólo inspecciona los planetas a intervalos de varias épocas. ¡La evidencia de la incursión estaría por entonces absorbida bajo tierra!

El chimp miraba con ansiedad desde su visor holo a los presentes.

A Creideiki le costaba trabajo tomarse en serio todo aquello. En boca de Charlie parecía una novela policíaca. Sólo que en este caso los culpables eran civilizaciones, las pistas ciudades enteras, y la trama bajo la que se ocultaba la prueba definitiva, ¡la corteza de un planeta! ¡El crimen perfecto! Ya que el policía de la esquina sólo hacía su ronda cada varios millones de años, y no tenía ninguna oportunidad de atrapar al culpable en flagrante delito.

Creideiki se dio cuenta repentinamente de que cada uno de los puntos de aquella metáfora que acababa de elaborar pertenecía a la cultura humana. Bueno, no era extraño. Había circunstancias, como el pilotar por la curvatura espacial, en las que las analogías cetáceas resultaban más adecuadas. Pero cuando se tomaban como tema de meditación las demenciales intrigas políticas de los *galácticos*, era de utilidad haber visto un montón de películas policíacas de los antiguos humanos, y haber leído volúmenes sobre la demente Historia humana.

Brookida y Dart estaban ahora discutiendo acaloradamente sobre algún dudoso dato técnico... y Creideiki no podía pensar en nada, excepto en el peculiar sabor que tenía el agua cercana a Hikahi. Ardía en deseos de preguntarle si aquella fragancia significaba realmente lo que él creía. ¿Se había perfumado, o era una feromona natural?

Con alguna dificultad, se obligó a regresar al tema que se estaba tratando.

En otras circunstancias, el descubrimiento de Charlie y Brookida habría sido apasionante.

Pero esto no me ayuda a salvar mi nave y mi tripulación, y tampoco a transmitir nuestros datos al Concejo de Terragens. Incluso la misión a la que he enviado a Keepiru y Toshio, para investigar sobre los aborígenes es más urgente que la búsqueda de indicios enterrados bajo antiguas rocas alienígenas.

—Discúlpeme, comandante. Lamento haberme retrasado. No obstante, llevo un rato escuchándole en silencio.

Creideiki se volvió para descubrir cerca de él al doctor Ignacio Metz. El canoso y desgarrado psicólogo pedaleaba con lentitud en el agua para mantenerse en el lugar escogido. Una pequeña protuberancia estomacal rompía el esbelto corte de su marrón

traje-seco.

Brookida y Dart seguían discutiendo, ahora sobre cifras de calor por radiactividad, gravedad e impacto meteórico. Hikahi parecía fascinada por la conversación.

—Incluso tarde, es usted bienvenido, doctor Metz. Me alegro de que haya llegado.

Creideiki estaba sorprendido por no haber oído llegar al hombre. De ordinario, Metz hacía tanto ruido que se le oía desde el otro lado del puente. A veces, irradiaba un zumbido de dos kilohertzios a través de su oreja derecha. Ahora apenas era detectable, pero en ocasiones resultaba en extremo molesto. ¿Cómo podía un hombre que había trabajado tanto tiempo con los fines no haberse dado cuenta de aquel defecto?

¡Empiezo a parecerme a Charlie Dart!, se reprochó. *¡No seas cascarrabias, Creideiki!*

Silbó una estrofa que sólo resonó en el interior de su propio cráneo.

*Los que viven
Vibran todos,
Todos.
Y participan
En el canto del mundo.*

—Comandante, en realidad mi presencia aquí se debe a otro motivo, pero el descubrimiento de Dart y Brookida quizá tenga cierta relación con lo que tengo que decir. ¿Podemos hablar en privado?

Creideiki se mostró inexpresivo. Tenía sólo unos momentos para dormir y hacer un poco de ejercicio. El exceso de trabajo estaba acabando con él, y el *Streaker* no podía permitírselo.

Pero este humano debía ser tratado con cierto miramiento. Metz no podía darle órdenes, ni a bordo del *Streaker* ni en ningún otro lugar, pero tenía influencias y poder en un terreno particularmente decisivo. Creideiki sabía que su propio derecho a la reproducción estaba asegurado fuera cual fuese el final de aquella misión. Y sin embargo la evaluación de Metz tendría una importancia considerable. Todos los delfines de a bordo se comportaban con Metz lo más «sensitivamente» posible. Incluso el comandante.

Quizás ése es el motivo de que trate de evitar una confrontación, pensó Creideiki. Pero tomó la decisión de hacer que el doctor Metz respondiera a algunas preguntas relativas a ciertos miembros de la tripulación del *Streaker*.

—Muy bien, doctor —respondió—. Espere un momento. Creo que acabaré en seguida.

A una señal de Creideiki, Hikahi se aproximó. Sonrió a Metz con un pequeño

aleteo de sus pectorales.

—Hikahi, por favor, termina la reunión en mi lugar. No les dejes más de diez minutos para resumir susss propuestas. Dentro de una hora te espero en la piscina de recreo 3-A para oír tus opiniones.

Ella contestó de la misma forma en que él le había hablado, en un ánglico subacuático muy rápido y acentuado.

—Bien, bien, comandante. ¿Eso es todo?

¡Maldición! Creideiki sabía que el sonar de Hikahi captaba todo lo relacionado con su agitación sexual. Un macho no podía ocultar aquellas cosas. Para obtener una información parecida sobre ella, Creideiki debería recurrir a un sondeo sónico de las vísceras, y eso no era correcto. ¡Las cosas eran mucho más sencillas en los viejos tiempos!

Bueno, sólo faltaba una hora para saber lo que ella tenía en mente. Uno de los privilegios del comandante de una nave era el disponer cuando quisiera de una piscina entera. ¡Eso si no surgía una emergencia hasta entonces!

—Sí, nada más por ahora, Hikahi. Haz lo que te he dicho.

Ella saludó de forma impecable con uno de los brazos de su arnés.

Brookida y Charlie seguían discutiendo cuando Creideiki se dirigió a Metz:

—¿Será lo bastante privada nuestra conversación si se desarrolla mientras nos dirigimos al puente, doctor? Me gustaría revisar una o dos cosas con Takkata-Jim antes de ocuparme de otros asuntos.

—Será perfecto, comandante. Lo que tengo que decirle no es muy largo.

Creideiki mantuvo el rostro impasible. Pero, ¿estaba Metz sonriendo por algún motivo determinado? ¿Era que el hombre se divertía por algo que había visto u oído?

—Esstoy todavía confuso por las características de los volcanes que se extienden a lo largo de los tres mil kilómetros de zona limítrofe que separa las placas —dijo Brookida. Hablaba con lentitud, en parte para que Charlie le comprendiera, en parte porque era difícil discutir en el oxiagua. Siempre tenía la sensación de que no había aire suficiente—. Si examinass los mapas que trazamos en órbita, verás que los volcanes son escasos. Pero aquí los volcanes son abundantes y son todos casi del mismo tamaño.

—No veo la relación, viejo amigo —respondió Charlie, encogiéndose de hombros—. En mi opinión, sólo se trata de una gran coincidencia.

—Pero ¿no es ésta también la única área donde se encuentran las colinas de metal? —sugirió de repente Hikahi—. No soy una experta, pero cualquier cosmonauta aprende a desconfiar de las coincidencias en cadena.

Charlie abrió y cerró la boca, como si hubiera estado a punto de decir algo y luego lo hubiera pensado mejor.

—¡Todo esto me está fastidiando! —dijo al fin—. ¡Sí! Brookida, ¿crees que esas

criaturas de coral necesitan un elemento nutritivo que sólo puede proporcionarles ese tipo de volcán?

—Es posible. Pero habría que preguntárselo a nuestra exobióloga, Dennie Sudman. Y ella está ahora en una de las islas, investigando a los aborígenes.

—¡Debe conseguirnos muestras! —exclamó Charlie frotándose las manos—. ¿Crees que sería demasiado pedir que se acercara a un volcán? No muy alejado, por supuesto, después de lo que Creideiki acaba de decirnos. Sólo un pequeño rodeo insignificante.

Hikahi soltó un ligero silbido de risa. ¡Aquel tipo estaba chalado! Sin embargo, su entusiasmo era contagioso; una maravillosa distracción para las preocupaciones. Si ella, al igual que Charlie Dart, pudiera perderse en abstracciones que la alejaran de los peligros de aquel universo...

—¡Y una sonda de temperatura! —gritó Charlie—. ¡Seguramente Dennie hará eso por mí, después de todo lo que yo he hecho por ella!

Creideiki trazó una larga espiral alrededor del nadador humano, estirando sus músculos mientras se arqueaba y giraba.

Por orden neural, flexionó los manipuladores principales de su arnés, como hubiera hecho un humano para estirar los brazos.

—Muy bien, doctor. ¿Qué puedo hacer por usted?

Metz nadaba con brazadas muy lentas. Miró a Creideiki con amabilidad.

—Comandante, creo que ha llegado el momento de replantear nuestra estrategia. Las cosas han cambiado desde que llegamos a Kithrup. Necesitamos un nuevo enfoque.

—¿Podría ser más claro?

—Desde luego. Como recordará, huimos del punto de transferencia de Morgran porque no queríamos ser aplastados por las mandíbulas de siete bocas. Usted pronto se dio cuenta de que incluso si nos rendíamos a uno de los grupos, sólo lograríamos que los demás luchasen contra nuestros captores, llevándonos inevitablemente a la destrucción. Entonces tardé cierto tiempo en entender su lógica. Ahora la admiro. Sus maniobras tácticas fueron perfectas.

—Gracias, doctor Metz. Pero olvida mencionar el otro motivo de nuestra huida. Teníamos órdenes del Concejo de Terragens de entregarles nuestros datos directamente a ellos, sin que se produjeran filtraciones. Nuestra captura hubiera representado una «filtración», ¿no le parece?

—¡Claro! —reconoció Metz—. Y hemos mantenido la situación refugiándonos en Kithrup, maniobra que, incluso corriendo el riesgo de repetirme, considero perfecta. Tal como yo lo veo, ha sido sólo por mala suerte que este refugio no haya resultado ser como habíamos previsto.

Creideiki se abstuvo de mencionar que todavía seguían ocultos en ese refugio.

Rodeados, pero no atrapados.

—Prosiga —indicó.

—Bien, mientras existió la posibilidad de evitar que nos capturaran, su estrategia de huida fue buena. Sin embargo, las cosas han cambiado. Nuestras posibilidades de escapar son ahora casi nulas. Kithrup quizá siga siendo un refugio contra el caos de la batalla, pero no podrá ocultarnos por mucho tiempo cuando acabe y haya un vencedor.

—¿Está sugiriendo que no tenemos ninguna posibilidad de evitar que nos capturen?

—Exacto. Y creo que debemos examinar nuestras prioridades y prepararnos para contingencias desagradables.

—¿Qué prioridades considera usted importantes?

Creideiki conocía de antemano la respuesta que podía esperar.

—¡La supervivencia de la nave y su tripulación, desde luego! ¡Y la de los datos que permitirán evaluar los rendimientos de ambas! Después de todo, ¿cuál era el principal objetivo de nuestra misión? ¿Cuál?

Metz dejó de nadar para quedarse en posición vertical, mirando a Creideiki como un profesor que interroga a un alumno.

Creideiki podía enumerar media docena de tareas que le habían sido asignadas al *Streaker*, desde comprobar la veracidad de la Biblioteca hasta establecer contacto con potenciales aliados, pasando por las informaciones de índole militar que debía recopilar Thomas Orley.

Todas las tareas eran importantes. Pero el objetivo prioritario de su misión era evaluar el rendimiento de una nave espacial tripulada y comandada por delfines. El *Streaker* y su dotación eran el experimento.

¡Pero todo había cambiado desde que descubrieron la flota abandonada! Ya no podían actuar según las prioridades determinadas al comienzo del viaje. ¿Cómo hacer que comprendiera esto un hombre como Metz?

«*Ten buen sentido*», recordó Creideiki, «*y huye con los animales si el hombre ha perdido la razón...*». A veces, pensaba que Shakespeare debía haber sido medio delfín.

—Conozco su opinión, doctor Metz. Pero no veo la necesidad de un cambio en nuestra estrategia. Estaríamos abocados a la destrucción con sólo sacar la nariz por encima de la superficie de Kithrup.

—¡Sólo si lo hacemos antes de que haya un vencedor allí arriba! Sería absurdo, evidentemente, exponernos mientras dure el fuego cruzado. Sin embargo, *estaremos* en posición de negociar cuando haya un vencedor. Y si negociamos con habilidad podremos conseguir que esta misión sea un éxito.

Creideiki reanudó su lenta espiral, obligando al genetista a nadar de nuevo hacia la esclusa del puente.

—¿Puede decirme qué tenemos para ofrecer en la negociación, doctor Metz?

—En primer lugar —sonrió Metz—, tenemos la información que Brookida y Charles Dart han literalmente desenterrado. El Instituto recompensa a todo aquel que denuncia crímenes ecológicos. La mayor parte de las facciones que se enfrentan sobre nuestras cabezas son conservadores tradicionalistas de una u otra tendencia, y apreciarían nuestro descubrimiento.

Creideiki contuvo su desprecio ante la ingenuidad del hombre.

—Prosiga, doctor —dijo con voz inexpresiva—. ¿Tenemos algo más que ofrecer?

—Bien, comandante, también tenemos el honor de nuestra misión. Incluso si nuestros captores deciden retener durante un tiempo el *Streaker*, pueden ser benévulos con el objetivo de nuestro viaje. Enseñar a los pupilos a utilizar una nave espacial es una de las tareas básicas de la elevación. Con toda seguridad, nos permitirán enviar a casa a un pequeño grupo de hombres y fines con nuestros datos de evaluación de comportamiento; así se progresaría en el camino hacia futuras naves tripuladas por delfines. ¡Para ellos actuar de otro modo sería como si un extraño interfiriera en el desarrollo de un niño a causa de una discusión con sus padres!

¿Y cuántos niños humanos fueron torturados y muertos en las Edades Oscuras por los delitos de sus padres? A Creideiki le hubiera gustado preguntar quién sería el emisario designado para llevar a la Tierra los datos sobre la elevación cuando el *Streaker* fuera capturado.

—Doctor Metz, creo que subestima usted el fanatismo de los que nos rodean. Pero ¿hay otros puntos en los que podamos basarnos?

—Por supuesto. He guardado lo más importante para el final. —Metz tocó el costado de Creideiki con énfasis—. Comandante, debemos considerar la posibilidad de entregar a los *galácticos* lo que desean.

Creideiki lo estaba esperando.

—¿Cree usted que podemos darles la posición de la flota abandonada?

—Sí, y cualesquiera reliquias o datos recogidos ahí arriba.

Creideiki se revistió con su cara de póker. ¿Cuánto sabrá acerca del «Herbie» de Gillian?, se preguntó. ¡Gran Soñador! ¡Tantos problemas por un cadáver!

—Recordará usted, comandante —insistió Metz—, que el breve mensaje recibido de la Tierra nos ordenaba ocultarnos y mantener en secreto nuestras informaciones, ¡si era posible! ¡También decía que podíamos usar nuestro propio criterio! ¿Acaso nuestro silencio retrasará por mucho tiempo el redescubrimiento de ese Sargazos de naves perdidas, ahora que todo el mundo conoce su existencia? No dude de que la mitad de los linajes tutelares de las Cinco Galaxias habrán enviado ya enjambres de patrulleras intentando reproducir nuestro descubrimiento. Saben que deben buscar en una conexión débil, un cúmulo globular oscuro. Es cuestión de tiempo que tropiecen con el cúmulo correcto a través de la tendencia gravitacional adecuada.

Creideiki pensaba que eso era discutible. Los *galácticos* raramente pensaban igual que los Hijos de la Tierra, y no conducirían sus investigaciones en el mismo sentido.

Prueba de ello era que la flota hubiera pasado tanto tiempo sin ser descubierta. Sin embargo, a largo plazo, quizá Metz tuviera razón.

—En ese caso, doctor, ¿por qué no transmitir simplemente su posición a la Biblioteca? Se haría público el conocimiento y no alargariamos más este asunto. Sin duda, un descubrimiento tan importante sería investigado por un equipo autorizado por el Inssstituto.

Creideiki estaba mostrándose sarcástico, pero se daba cuenta, por la tutorial sonrisa de Metz, que el humano le estaba tomando en serio.

—Es usted un poco ingenuo, comandante. Los fanáticos de ahí arriba se preocuparán muy poco de los perdidos códigos galácticos cuando creen que el milenio está en su mano. ¡Si conocieran el emplazamiento de la flota abandonada, lo único que harían es trasladar allí su guerra! Aquellas antiguas naves serán destruidas en un fuego cruzado, no importa cuál sea la intensidad de los fantásticos campos protectores que los rodean. ¡Y los *galácticos* seguirán luchando para capturarnos si les mentimos!

Habían llegado a la esclusa del puente. Creideiki se detuvo.

—¿Sería preferible que sólo una de las partes contendientes dispusiera de la información y pudiera investigar sola la flota?

—¡Sí! En definitiva, ¿qué es ese montón de chatarra flotante para nosotros? Sólo un lugar peligroso donde perdimos una patrullera y doce de los mejores fines de la tripulación. No somos adoradores de ancestros como esos fanáticos ETs que luchan ahí arriba, y apenas nos preocupa, excepto por una maldita curiosidad intelectual, si la flota abandonada es un vestigio de la época de los Progenitores o incluso el regreso de los Progenitores. Seguro que no vale la pena *morir* por ello. Si algo hemos aprendido en los últimos doscientos años es que un pequeño clan de recién llegados, como los terrestres, debe hacerse a un lado cuando los chicos grandes como los *soro* y los *gubru*, meten sus narices en cualquier cosa.

El plateado pelo del doctor Metz ondeó cuando sacudió la cabeza con énfasis. Un gaseoso halo de efervescencia rodeó su cabeza.

Creideiki no quería perderle el respeto a Ignacio Metz, pero cuando el hombre se apasionaba lo bastante como para alterar su tranquila fachada, le parecía casi divertido.

Por desgracia, Metz estaba equivocado en lo fundamental.

El reloj del arnés de Creideiki repicó. El comandante se sobresaltó al ver lo tarde que se había hecho.

—Ha sido una discusión muy interesante, doctor Metz. Lamento no tener tiempo para seguir manteniéndola. En cualquier caso, no tomaré ninguna decisión hasta la próxima reunión plenaria del estado mayor de la nave. ¿Le parece bien?

—Sí, creo que sí, aunque...

—Y hablando de la batalla que se desarrolla sobre Kithrup, ahora iré a ver a Takkata-Jim y oiré lo que tenga que decir.

No se había propuesto perder tanto tiempo con Metz. No había planeado perder su tan aplazado período de descanso.

—Ah. —En apariencia, Metz no quería dejarle ir—. Al mencionar a Takkata-Jim, comandante, me recuerda otra cosa que quería tratar con usted. Estoy preocupado por la sensación de aislamiento social que experimentan algunos fines de la tripulación pertenecientes a diversas subcastas experimentales. Se quejan de ostracismo, y parecen estar bajo disciplina una desproporcionada cantidad de tiempo.

—Supongo que se referirá a algunos de los *stenos*.

—Un término coloquial que parece haber arraigado —dijo Metz, mirándole con incomodidad—, aunque todos los neofines sean taxonómicamente hablando *tursiops amicus*...

—He metido el hocico en la situación, doctor Metz —le interrumpió Creideiki, sin preocuparse por más tiempo de no herir su susceptibilidad—. Están en juego sutiles dinámicas de grupo, y yo aplico las técnicas que considero más eficaces para mantener la solidaridad de la tripulación.

Sólo alrededor de una docena de *stenos* había mostrado su descontento. Creideiki sospechaba que se trataba de un contagio de atavismo debido al estrés, un desmoronamiento de la sapiencia por efecto del miedo y la presión. Pero el doctor Metz, supuesto especialista, parecía creer que la mayor parte de la tripulación del *Streaker* estaba practicando la discriminación racial.

—¿Está usted suponiendo que Takkata-Jim también tiene problemas? —preguntó Creideiki.

—¡Claro que no! Es un oficial irreprochable. La mención de su nombre me lo recordó porque...

Metz no terminó la frase.

Porque es un stenos, concluyó Creideiki en su fuero interno. ¿Debo decirle a Metz que he considerado promover a Hikahi como segundo de a bordo? A pesar de toda su destreza, la melancolía de Takkata-Jim empieza a minar la moral de la tripulación. Y eso no puedo permitirlo en mi lugarteniente.

Creideiki lamentaba la desaparición de la teniente Yachapa-Jean, que había muerto en las Syrtes.

—Doctor Metz, desde que sacó a relucir el tema, he observado diferencias entre el perfil psico-biológico inicial de algunos miembros de la tripulación y su comportamiento posterior, incluso antes de que descubriéramos la flota abandonada. No soy un cetapsicólogo, *per se*, pero estoy convencido de que, en ciertos casos, los fines de la nave no se comportan como estaba previsto. ¿Tiene usted alguna explicación?

El rostro de Metz empalideció.

—No estoy seguro de saber de qué está hablando, comandante.

El arnés de Creideiki rechinó al extenderse su brazo para rascar una comezón sobre el ojo derecho.

—No tengo datos que pueda exponer, pero pienso usar pronto mis prerrogativas de comandante para examinar sus notas. A título oficioso, por supuesto. Haga el favor de prepararlas...

Un pitido interrumpió a Creideiki. Procedía del enlace com de su arnés.

—¡Sssí, hable! —ordenó. Escuchó durante unos segundos una voz zumbona en su derivación neural—. Que se pare todo —respondió—. Voy ahora mismo. Creideiki. Corto.

Concentró un estallido de sonar sobre la placa sensible de la cerradura. La escotilla se abrió con un chirrido.

—Era del puente —le dijo a Metz—. Ha regresado un explorador con un informe de Tsh't y Thomas Orley. Me necesitan, pero pronto continuaremos esta conversssación, doctor.

Con dos poderosos golpes de aleta, Creideiki atravesó la escotilla y se dirigió al puente.

Ignacio Metz le miró mientras se alejaba. *Creideiki sospecha, pensó. Sospecha de mis estudios especiales. Debo detenerle. Pero ¿cómo?*

Las condiciones derivadas del asedio y la tensión eran una extraordinaria fuente de datos, especialmente sobre los delfines que Metz había embaucado entre la dotación del *Streaker*. Pero ahora las cosas empezaban a estropearse. Algunos de estos casos presentaban síntomas de agotamiento nervioso que él nunca había esperado.

Ahora, además de las preocupaciones con respecto a los fanáticos ETs, tendría que vérselas con las sospechas de Creideiki. Y no le sería fácil explicar lo que había hecho. Metz apreciaba la genialidad cuando la encontraba, sobre todo en un delfín elevado.

¡Si él fuese uno de los míos!, pensó de Creideiki. ¡Si yo pudiera acreditar un resultado así!

GILLIAN

Las naves yacían en el espacio como una barahúnda de abalorios desparramados, reflejando vagamente el ligero resplandor de la Vía Láctea. Las estrellas más próximas eran las viejas y mortecinas rojizas de un pequeño cúmulo globular, pacientes vestigios de la primera época de formación de una estrella; carentes de planetas o metales.

Gillian contemplaba aquella fotografía, una de las seis que el *Streaker* había transmitido a casa con la mayor inocencia, creyendo que se trataba tan sólo de un bache gravitacional, oscuro y sin interés, situado fuera de las rutas más transitadas.

Una extraña y silenciosa armada que dejaba sin respuesta sus innumerables preguntas. Los terrestres no habían sabido qué hacer con ella. La flota de naves fantasmas no tenía cabida en la ordenada estructura de las Cinco Galaxias.

¿Pero cómo había pasado tanto tiempo desapercibida?

Gillian dejó la holo a un lado y seleccionó otra. Mostraba un primer plano de una de las gigantescas naves abandonadas. Grande como una luna, vieja y oxidada, resplandecía con una débil luminiscencia: la de un campo protector de insospechadas propiedades. El aura había desafiado los análisis. Sólo pudieron saber que se trataba de un intenso campo de probabilidad de naturaleza extraña.

Intentando abordar una de aquellas naves fantasmas, en los límites extremos del campo, la tripulación de la canoa del *Streaker* se había visto sometida a una reacción en cadena. Brillantes rayos luminosos surgieron entre el antiguo leviatán y la pequeña patrullera. La teniente Yachapa-Jean informó que todos los delfines estaban experimentando intensas alucinaciones. Había intentado retroceder, pero en su desorientación desplegó las pantallas de estasis en el interior del extraño campo. La explosión resultante los destruyó a ambos, la minúscula nave terrestre y el gigante abandonado.

Gillian dejó la foto y miró al otro lado del laboratorio. Herbie yacía en su red de estasis, una silueta desconocida desde hacía cientos de millones de años, billones de años.

Tras el desastre, Tom Orley había salido solo y regresó al *Streaker* con la misteriosa reliquia, introduciéndola a bordo en secreto por una de las esclusas laterales.

Un premio muy costoso, pensó Gillian contemplando el cadáver. Hemos pagado mucho por ti, Heb. ¡Si tan sólo supiera lo que hemos comprado!

Herbie constituía un enigma digno de las investigaciones conjuntas de los grandes Institutos, no de los pobres medios de una sola mujer aislada a bordo de una nave en peligro, y lejos de casa.

Era frustrante, pero alguien tenía que hacer el esfuerzo. Alguien debía intentar comprender por qué se habían convertido en animales de caza. Con Tom en el exterior, y Creideiki demasiado ocupado con el funcionamiento de la nave y su tripulación, el trabajo era suyo. Si ella no lo hacía, no lo haría nadie.

Poco a poco, estaba aprendiendo algunas cosas sobre Herbie... lo bastante para confirmar que el cadáver era muy viejo, que poseía la estructura esquelética propia de una criatura andante en la superficie de un planeta, y que la micro-Biblioteca de a bordo seguía afirmando que nunca había existido nada parecido.

Puso los pies sobre la mesa y cogió otra foto del montón. Mostraba con claridad, a través del reflejo del campo de probabilidad, una serie de símbolos grabados en el costado de un impresionante casco.

—¡Ábrete Biblioteca! —dijo. De las cuatro pantallas holo que había sobre su mesa, la del extremo opuesto, la que tenía encima el glifo de la espiral de radios, se encendió.

—Fichero Sargazos, búsqueda de referencias sobre los símbolos. Abertura y cambios de exposición.

En respuesta, una breve columna de texto apareció sobre el muro de su izquierda. La lista era descorazonadoramente concisa.

—Sub-persona: Bibliotecario de Referencia, modo interrogativo —continuó Gillian.

El texto seguía aún proyectado sobre el muro. A lo largo de la columna, un diseño giratorio se incorporó al interior de la espiral de radios. Una voz baja y pausada salmodió:

—Modo Bibliotecario de Referencia. ¿Puedo ayudarle?

—¿Esto es todo lo que has sido capaz de encontrar sobre los símbolos de la nave abandonada?

—Afirmativo —la voz era tranquila. Sus inflexiones eran correctas, pero no se había realizado ningún esfuerzo para camuflar el hecho de que provenía de una *persona* mínima, de un pequeño rincón del programa de la Biblioteca de a bordo—. He buscado en mis archivos alguna correlación con esos símbolos. Pero usted sabe, desde luego, que sólo soy una muy pequeña micro-sección, y esos símbolos son interminablemente mutables en el tiempo. El perfil muestra todas las referencias posibles que he encontrado con los parámetros fijados por usted.

Gillian miró la corta lista. Era difícil de creer. A pesar de ser incomparablemente pequeña en relación a las secciones planetarias o sectoriales, la Biblioteca de la nave contenía el equivalente a todos los libros publicados en la Tierra hasta el siglo veintiuno. ¡Allí tenía que haber más correlaciones de las mostradas!

—¡Ifni! —suspiró—. *Algo* ha conseguido que la mitad de los fanáticos de la galaxia se despierten. Quizás el retrato de Herbie que transmitimos. Quizás esos símbolos. Pero ¿qué ha sido exactamente?

—No estoy preparado para especular —respondió el programa.

—La pregunta era retórica, y de todos modos no iba dirigida a ti. Veo que demuestras una correlación del treinta por ciento entre cinco símbolos y los glifos religiosos de la Alianza «Abdicadora». Dame una sobrepresión de los Abdicadores.

El tono de voz se modificó:

—Modo resumen cultural...

«Abdicador es el término escogido por el ánglico para designar una de las mayores agrupaciones filosóficas de la sociedad galáctica.

»La Creencia Abdicadora data del legendario episodio *tarseuh*, en el quinceavo eón, más o menos seiscientos millones de años atrás, una época particularmente violenta, en la que los Institutos Galácticos sobrevivieron a duras penas a las ambiciones de tres poderosos linajes tutelares (referencias números 97AcF109t, 97AcG136t y 97AcG986s).

»Dos de estas especies figuran entre las más fuertes y agresivas potencias militares conocidas en la Historia de la Federación de las Cinco Galaxias. La tercera fue responsable de la introducción de varias innovaciones técnicas en el diseño de aeronaves, incluyendo las ahora normalizadas...»

La Biblioteca se perdió en una exposición extremadamente técnica sobre los métodos de fundición y fabricación. A pesar de su interés, aquello no le parecía importante. Con la punta del pie, Gillian apretó la tecla «aceleración» de su consola, y el relato saltó hacia adelante.

«... Los conquistadores usaban una denominación que podría traducirse por “Los Leones”. Consiguieron controlar la mayor parte de los puntos de transferencia y los centros de poder, y todas las grandes Bibliotecas. Durante veinte millones de años su dominio pareció irreductible. Los Leones se empeñaron en una incontrolada expansión y colonización que acabó con ocho de las diez razas pre-pupilas que en aquella época tenían las Cinco Galaxias.

»Los *tarseuh* ayudaron a organizar el derrocamiento de aquella tiranía, requiriendo la intervención de seis antiguas especies a las que hasta entonces se creía desaparecidas. La unión de estas seis fuerzas con los *tarseuh* se vio coronada por el éxito en su contraataque en favor de la cultura galáctica. Más tarde, cuando los Institutos fueron restablecidos, los *tarseuh* acompañaron a los misteriosos defensores a un oscuro olvido...»

Gillian interrumpió el aluvión de palabras.

—¿De dónde procedían las seis especies que ayudaron a los rebeldes? ¿No has dicho que se consideraban extinguidas?

La voz del monitor volvió:

—Los archivos de la época las daban como extinguidas. ¿Desea saber los números de referencia?

—No. Continúa.

«Hoy, la mayor parte de los sofones estima que se trataba de seis vestigios raciales que aún no habían acabado su “salida” hacia un posterior estado evolutivo. Así pues, las seis razas quizá no se extinguieron en el sentido estricto de la palabra, sino que se habrían desarrollado de un modo casi irreconocible. Todavía eran capaces de interesarse por los asuntos mundanos cuando éstos alcanzaban cierta gravedad. ¿Desea que la remita a los artículos sobre los modos naturales de tránsito de las especies?»

—No. Continúa. ¿Dónde intervienen los Abdicadores?

«Los Abdicadores estiman que existen ciertas razas etéreas que, de vez en cuando, se dignan tomar una forma física, disfrazadas en un esquema de elevación en apariencia normal. Esos “Grandes Espíritus” son criados como pre-pupilos, pasan por su contrato de aprendizaje, y acaban por convertirse en conductores superiores, sin llegar a revelar nunca su verdadera naturaleza. En caso de emergencia, sin embargo, esas superespecies pueden rápidamente intervenir de forma directa en los asuntos de los mortales.

»Se dice que los Progenitores son los más antiguos, los más reservados, y los más poderosos de todos esos Grandes Espíritus.

»Naturalmente, esto difiere en esencia de la leyenda corriente de los Progenitores, que asegura que los Ancestros partieron hace ya mucho tiempo de la Galaxia Natal, prometiendo regresar algún día...»

—¡Alto!

La Biblioteca quedó en silencio de inmediato. Gillian frunció el ceño mientras reflexionaba sobre la última frase: «Naturalmente, esto difiere en esencia...».

¡Tonterías! La creencia Abdicadora era sólo una variante del mismo dogma básico, y difería muy poco de otras milenarias leyendas acerca del «regreso» de los Progenitores. La controversia le recordaba los antiguos conflictos religiosos de la Tierra, cuyos adeptos se entregaban a frenéticas interpretaciones de sus dogmas.

Este particular delirio sobre puntos menores de la doctrina podía ser casi divertido si la batalla no continuara a pocos miles de kilómetros sobre ella.

Gillian anotó un recordatorio para intentar una referencia cruzada de la creencia hindú en los avatares de las deidades. Su similitud con los dogmas Abdicadores le hacía preguntarse por qué la Biblioteca no había establecido la relación, al menos como una analogía.

Demasiado, esto es demasiado.

—¡Niss! —llamó Gillian.

La pantalla del extremo derecho se encendió. Un diseño abstracto de motas centelleantes explotó dentro de una zona estrechamente delimitada justamente encima de la pantalla.

—Como usted sabe, Gillian Baskin, es preferible que la Biblioteca no conozca mi existencia a bordo. Me he tomado la libertad de cegarla para que no pueda observar nuestra conversación. ¿Desea preguntarme algo?

—Claro. ¿Estabas escuchando el informe que acaba de emitir?

—Escucho todo lo que hace esta micro-sección de la nave. Ésa es aquí mi función principal. ¿Thomas Orley no se lo ha dicho nunca?

Gillian se contuvo. Su pie estaba demasiado cerca de la insultante pantalla. Lo apoyó en el suelo para evitar tentaciones.

—Niss, ¿por qué la micro-sección de la Biblioteca habla en ese galimatías? —preguntó ella sin alterarse.

La máquina tymbrimi suspiró de forma antropomórfica.

—Virtualmente, doctora Baskin, todas las razas respiradoras de oxígeno, excepto la Humanidad, han sido destetadas con una semántica que desarrolló puntos relacionales de tutor-pupilo; todas influenciadas por la Biblioteca. Las lenguas de la Tierra son extrañas y caóticas, según los estándares galácticos. Los problemas derivados de convertir los archivos a su poco convencional sintaxis son enormes.

—¡Todo eso ya lo sé! Los ETs quisieron que todos aprendiéramos el Galáctico Siete en el momento del Contacto. Les dijimos que cogieran su idea y se la comieran.

—Muy gráfico. En cambio, la Humanidad aplicó inmensos recursos para conseguir que la sección terrestre de la Biblioteca pudiera expresarse en inglés coloquial, alquilando los servicios de los *tymbrimi*, *kanten* y otros como asesores. Pero aún existen problemas, ¿no cree?

Gillian se frotó los ojos. Aquello no iba a ninguna parte. ¿Por qué Tom imaginó que aquella máquina sarcástica sería de alguna utilidad? Cada vez que ella quería obtener una respuesta sencilla, la Niss sólo planteaba preguntas.

—¡El problema de la lengua ha sido su excusa desde hace dos siglos! —dijo Gillian—. ¿Cuánto tiempo más van a estar utilizándola? ¡Desde el Contacto, hemos estado estudiando el *lenguaje* como no había sido estudiado en millones de años!

Hemos abordado las complejidades de las lenguas de los «lobeznos», como el inglés, el japonés, el inglés, y hemos enseñado a hablar a los chimps y a los delfines. Hemos hecho incluso algunos progresos en la comunicación con esas extrañas criaturas, ¡los *solarianos* del Sol Terrestre!

»Sin embargo, el Instituto de la Biblioteca todavía dice que nuestro idioma tiene la culpa de todas esas horribles correlaciones, de esas chapuceras traducciones de archivos. ¡Demonios! Tom y yo podemos hablar cuatro o cinco lenguas galácticas cada uno. Las diferencias de lenguaje no son el problema. ¡Hay algo sospechoso en los datos que nos han facilitado!

Por una vez, la Niss zumbó en silencio. Las motas centelleantes se fusionaron y separaron como dos fluidos que no pudieran mezclarse, combinándose y goteando por separado.

—Doctora Baskin, ¿no acaba usted de exponer la razón principal por la que naves como ésta recorren el espacio a la caza de discrepancias en los archivos de la Biblioteca? Y la finalidad de mi existencia, ¿no es intentar coger a la Biblioteca en una mentira, intentar descubrir por qué las más poderosas razas tutoras han «cargado los dados», como dicen ustedes, contra sofones más jóvenes, como hombres y *tymbrimi*?

—Entonces, ¿por qué no me *ayudas*?

El corazón de Gillian latía con fuerza. Se agarró al borde de la mesa y sintió de pronto que la frustración había estado a punto de vencerla.

—¿Por qué estoy tan fascinada por el modo humano de ver las cosas, doctora Baskin? —preguntó la Niss, con una voz casi simpática—. Mis Maestros *tymbrimi* son de una habilidad fuera de lo común. Su facultad de adaptación les permite sobrevivir en una peligrosa galaxia. Sin embargo, también ellos están atrapados por el modo de pensar de los *galácticos*. Ustedes los terrestres, desde una nueva perspectiva, pueden ver lo que ellos no pueden.

»La escala de conductas y creencias entre los respiradores de oxígeno es amplia, aunque la experiencia del nombre es, en la práctica, única. Las razas pupilas cuidadosamente elevadas nunca sufrirán por los errores cometidos por las naciones humanas anteriores al Contacto. Esos errores les han hecho a ustedes diferentes.

Gillian sabía que aquello era totalmente cierto. Los nombres y mujeres primitivos habían intentado realizar, idioteces asombrosas, estupideces que las especies conscientes de las leyes de la naturaleza nunca habrían considerado. Durante los siglos salvajes se fomentaron desesperadas supersticiones. Se ensayaron formas de gobierno, intrigas y filosofías, que luego fueron abandonadas. Era casi como si la Tierra Huérfana hubiera sido un laboratorio planetario sobre el que se desarrollaron experimentos absurdos y extraños.

Por ilógicas y vergonzosas que parecieran al ser contempladas retrospectivamente, aquellas experiencias enriquecieron al hombre moderno. Pocas razas habían cometido tantos errores en tan poco tiempo, o buscado tantas soluciones

para problemas sin solución.

Los artistas terrestres fueron requeridos por muchos ETs que se aburrían, y les pagaban bien por narrar historias que ningún *galáctico* hubiera podido imaginar. Los *tymbrimi* disfrutaban en especial con las novelas fantásticas humanas, llenas de dragones, ogros y magia; cuantos más, mejor. Los creían terriblemente grotescos y vividos.

—No me desanimo cuando se siente frustrada por la Biblioteca —dijo la Niss—. ¡Me *alegro*! ¡Yo aprendo de su frustración! Se cuestiona usted cosas que todas las sociedades galácticas dan por sentadas.

»Estoy aquí para ayudarle, pero eso es algo secundario, señora Orley. En primer lugar, estoy aquí para verla sufrir.

Gillian parpadeó. Aquella utilización por parte de la máquina de un antiguo título honorífico no podía ser gratuita, como tampoco lo era su descarado intento de irritarla. Gillian siguió sentada y controló una oleada de emociones contradictorias.

—Esto no conduce a nada —espetó—. Y me está volviendo loca. Me siento aprisionada.

La Niss brilló, sin comentarios. Gillian observó la danza giratoria de las motas.

—Me estás sugiriendo que dejemos esto para otro rato, ¿no es cierto? —dijo por último.

—Quizá. Tanto los *tymbrimi* como los humanos poseen un yo preconsciente. Tal vez deberíamos dejar que estas cosas reposaran en la oscuridad durante un tiempo, y que nuestra parte oculta reflexione sobre ello.

—Voy a pedirle a Creideiki que me envíe a la isla de Hikahi —dijo Gillian, asintiendo con la cabeza—. Los aborígenes son importantes. Después de nuestra evasión, creo que son lo más importante.

—Una opinión normal y moral según el punto de vista galáctico, y por tanto de muy poco interés para mí.

La Niss parecía ahora aburrida. El centelleante visor se fundió en oscuros diseños de líneas giratorias que se arremolinaron antes de converger en un punto minúsculo y desaparecer.

Gillian creyó oír un débil ruido cuando la Niss se apagó.

Encontró a Creideiki en la línea y el comandante parpadeó con incredulidad.

—Gillian, ¿está su psi haciendo horas extras? ¡Ahora mismo la estaba llamando!

—¿Tiene noticias de Tom? —preguntó ella, levantándose de su asiento.

—Sssí. Está bien. Me ha pedido que la envíe en una misión. ¿Puede bajar aquí de inmediato?

—Ya estoy en camino, Creideiki.

Cerró la puerta de su laboratorio y se precipitó hacia el puente.

GALÁCTICOS

Beie Chohooan sólo pudo resoplar sorprendida ante la magnitud de la batalla. ¿Cómo habían conseguido los fanáticos reunir tantos efectivos en tan poco tiempo?

La pequeña patrullera synthiana navegaba bajo la antigua y rocosa corriente dejada por un cometa desaparecido hacía ya mucho tiempo. El sistema de Kthsemenee ardía en brillantes destellos. En sus pantallas, Beie contemplaba las flotas de guerra que se fundían en amasijos giratorios a su alrededor desgarrando, matando y separándose de nuevo. Las alianzas se formaban y se disolvían a medida que los contendientes parecían adquirir alguna ventaja. Violando los códigos del Instituto para la Guerra Civilizada, no se daba ningún cuartel.

Beie era una experimentada espía al servicio del Enclave Synthian, pero nunca había visto algo como aquello.

—Estuve como observadora en Paklatuthl, cuando los pupilos de los J'81eK rompieron su contrato de aprendizaje en el campo de batalla. Presencí cómo la Alianza Obediente se enfrentaba a los Abdicadores en una guerra ritual. ¡Pero nunca había visto una matanza tan insensata! ¿Es que no tienen dignidad? ¿Ningún aprecio por el arte de la guerra?

Mientras observaba, Beie pudo ver incluso cómo la más fuerte de las alianzas se rompía con una salvaje traición, cayendo un flanco sobre el otro.

—Fanáticos impíos —murmuró Beie con un resoplido de disgusto.

Se oyeron unos gorjeos procedentes de un anaquel situado a su izquierda. Una fila de pequeños ojos rosados bajaron la mirada hacia ella.

—¿Cuál de vosotros ha dicho eso?

Miró con ferocidad a los pequeños wazoon que la observaban fijamente desde cada una de las escotillas de sus diminutas esferas-espía. Los ojos parpadearon. Los wazoon, parecidos a los tarsio, piaron divertidos, pero ninguno respondió directamente.

—Bueno, desde luego tenéis razón —reconoció Beie—. Los fanáticos cuentan con su rapidez de acción. Ellos no se detienen para reflexionar, sino que se lanzan de cabeza, mientras nosotros, más moderados, meditamos antes de actuar.

Sobre todo los siempre-precavidos synthianos, pensó. Se supone que los terrestres son nuestros aliados y, aunque hablemos y reflexionemos tímidamente, protestamos ante los inoperantes Institutos, enviamos patrulleras de las que podemos prescindir para espiar a los fanáticos.

Los wazoon piaron una advertencia.

—¡Ya lo sé! —les espetó—. ¿Creéis que no conozco mi trabajo? Hay una sonda de observación frente a nosotros, de acuerdo. ¡Que uno de vosotros vaya a ocuparse

de ella y no me molestéis más! ¿No veis que estoy muy ocupada?

Los ojos parpadearon hacia ella. Un par desapareció cuando el wazoon se escabulló al interior de su pequeña nave y cerró la escotilla. En seguida, una ligera sacudida recorrió la patrullera en el momento en que la sonda se separó.

Buena suerte, pequeño wazoon, pupilo fiel, pensó Beie. Fingiendo indiferencia, observó cómo frente a ella la minúscula sonda danzaba a hurtadillas entre los asteroides, hacia la sonda de observación que yacía en su ruta.

Una patrullera de la que se puede prescindir, pensó con amargura. Los tymbrimi están luchando por sus vidas. La Tierra está sitiada, la mitad de sus colonias han sido conquistadas, y no obstante nosotros, los synthianos, esperamos y miramos, miramos y esperamos, enviando sólo a mi equipo y a mí para observar.

Una pequeña llama ardió de repente, proyectando espantosas sombras entre el campo de asteroides. Los wazoon dejaron escapar un sordo gemido de pena, acallado rápidamente cuando Beie miró hacia ellos.

—No me ocultéis vuestros sentimientos, mis valientes wazoon —murmuró ella—. Sois pupilos y valientes guerreros, no esclavos. Llorad por vuestro compañero, que ha muerto por nuestro bien.

Pensó en su propio pueblo, tan tranquilo, tan prudente, en cuyo seno siempre se había sentido como una extranjera.

—¡Sentid! —insistió, sorprendida por su propia vehemencia—. No hay vergüenza en el dolor, mis pequeños wazoon. ¡En eso podréis ser superiores a vuestra raza tutora, cuando hayáis crecido y seáis independientes!

Beie pilotaba cada vez más cerca del mundo acuático, mientras la batalla se recrudecía, sintiéndose más semejante a sus pequeños camaradas pupilos que a su propia raza tan precavida.

THOMAS ORLEY

Thomas Orley contemplaba su tesoro: una cosa que había buscado durante doce años. En apariencia estaba intacto, el primero de su especie que caía en manos humanas.

Sólo dos veces en los últimos doscientos años, una micro-sección de la Biblioteca proyectada para otras razas había caído en manos de tripulaciones humanas, tras vencer algunas naves en una escaramuza. En ambos casos, los registros de memoria estaban dañados. Intentaron estudiarlas, pero una equivocación o cualquier otra causa provocó la autodestrucción de las semiinteligentes máquinas.

Ésta era la primera que salía intacta de una nave de guerra de una de las poderosas razas tutoras galácticas. Y la primera conseguida desde que cierta máquina tymbrimi se unió a esta búsqueda clandestina.

El aparato era una caja beige, de aproximadamente tres metros de alto por dos de largo y uno de profundidad con portillas de acceso óptico poco complicadas. A media altura en uno de sus lados, se encontraba la espiral de radios, símbolo de la Biblioteca.

Estaba amarrada en un trineo de carga junto con el resto del botín, que incluía tres bobinas de probabilidad, indemnes e irremplazables. Hannes Suessi regresaría al *Streaker*, protegiendo aquello como una oca que cuida de sus huevos. Sólo volvería cuando lo viera a salvo en manos de Emerson D'Anite.

Tom escribió sus instrucciones de ruta en una tablilla de cera. Con un poco de suerte, los tripulantes que regresaban al *Streaker* podrían entregar la unidad de micro-sección a Creideiki o a Gillian sin llamar la atención. Adhirió la hoja de navegación de forma que cubriera el glifo de la Biblioteca.

No era que su interés por la captura de una micro-sección fuese precisamente un secreto. Los tripulantes allí presentes le habían ayudado a sacarla de la nave thenania. Pero cuantos menos conocieran los detalles, mejor. Sobre todo en el caso de que fueran capturados. Si seguían sus instrucciones, la unidad podría ser conectada a la red de comunicación dentro de su propia cabina, ya que tenía la apariencia de una pantalla normal.

Pensó que la Niss quedaría impresionada. A Tom le habría gustado estar allí cuando la máquina tymbrimi descubriera de repente los accesos que le proporcionaba. Aquella cosa presumida probablemente se quedaría sin habla durante más de medio día.

Sin embargo, Tom esperaba que no se quedara demasiado asombrada. Deseaba obtener algo lo antes posible.

Suessi aún dormía, atado con correas a los preciosos objetos conseguidos. Tom se

aseguró de que sus instrucciones estuvieran bien sujetas. Luego nadó hacia la cornisa desde la que se dominaba la naufragada aeronave alienígena.

Alrededor de la mole, nadaban neofines tomando medidas precisas desde el exterior y el interior. A una palabra de Creideiki, se harían explotar las cargas; y se iniciaría un proceso que convertiría a la gigantesca nave de combate en una cascara sin contenido.

En aquellos momentos, el mensajero que habían enviado con el informe inicial debía haber alcanzado ya el *Streaker*, y un trineo estaría ahora dirigiéndose hacia allí por el atajo que habían descubierto, con un mono-filamento de la línea de intercomunicación desde casa. Debería cruzarse con el trineo de carga a mitad de camino.

Todo ello suponiendo que la «casa» aún estuviera allí. Tom pensaba que la batalla continuaba en plena acción por encima de Kithrup. Una guerra espacial era una cosa lenta, especialmente cuando intervenían *galácticos* con estrategias a largo plazo. Aquello podía durar todavía un año o dos, aunque lo dudaba. Tal cantidad de tiempo permitiría la llegada de refuerzos y la convertiría en una guerra de desgaste. Era poco probable que las alianzas de fanáticos permitieran que las cosas evolucionaran a ese ritmo.

De cualquier modo, la tripulación del *Streaker* debía actuar como si la guerra fuera a terminar de un día para otro. Mientras la confusión reinase allí arriba, podrían tener alguna oportunidad.

Tom examinó de nuevo su plan y llegó a las mismas conclusiones. No tenía otra elección.

Había tres caminos concebibles para poder escapar de la trampa en que se encontraban: rescate, negociación y astucia.

El rescate era una imagen agradable. Pero la Tierra no disponía de efectivos suficientes para acudir a salvarlos. Junto con sus aliados apenas podría enfrentarse a una de las facciones seudo-religiosas que luchaban sobre Kithrup.

Los Institutos Galácticos podían intervenir. Pero la ley exigía que el *Streaker* los informase directamente a ellos. El problema era que los Institutos tenían poco poder propio. Como débiles versiones de gobierno mundial en la Tierra, que había muerto en el siglo veinte, dependían de la opinión pública y de los reclutas voluntarios. La mayoría «moderada» podía finalmente decidir que el descubrimiento del *Streaker* les pertenecía a todos, pero Tom suponía que harían falta años para constituir las alianzas necesarias.

La negociación parecía una esperanza tan poco consistente como el rescate. En cualquier caso, Creideiki tenía a Gillian, Hikahi y Metz para ayudarle si llegaban las negociaciones con el vencedor de la batalla espacial. Para eso no necesitaban a Tom.

Quedaban la astucia, los recursos sutiles... encontrar un modo de bloquear al enemigo cuando el rescate y la negociación hubieran fracasado.

Ése es mi trabajo, pensó.

En aquella zona el océano era más profundo y oscuro que en la otra que distaba sólo cincuenta kilómetros hacia el este, donde cadenas de colinas metálicas crecían en los accidentados fondos a lo largo de los bordes de una placa de superficie. En el área donde habían auxiliado a la expedición de Hikahi, el agua contenía grandes cantidades de metal debido a una cadena de volcanes semiactivos.

En este área no había auténticas colinas de metal, y las islas formadas por volcanes apagados mucho tiempo atrás se habían ido desgastando bajo la superficie de las aguas.

Cuando Tom miró más allá del destrozado casco thenanio, y del surco de destrozos que había dejado tras de sí, descubrió un sosegado escenario, de una apacible belleza. Impulsadas por la corriente, unas plantas enredaderas de color amarillo oscuro ondeaban como espigas de trigo desde la superficie, recordándole el color de los cabellos de Gillian.

Orley canturreó para sí mismo una melodía de un modo que pocos seres humanos podían intentar. Pequeños genes manipulados de sus fosas nasales reverberaron bajo su cráneo, difundiendo una sorda tonada en las aguas que lo rodeaban.

*En el sueño, tu preocupación
Me toca,
Cuando despierto, ya no estás.*

*Desde lejos, yo
Te llamaré,
Y te tocaré mientras sueñas.*

Por supuesto, Gillian no podía oír el poema que le dedicaba. Los poderes psi de Tom eran bastante limitados. Sin embargo, ella podría captar la sugestión. Había hecho cosas que a él le sorprendieron más.

La escolta de delfines se había reunido junto al trineo. Suessi estaba despierto y comprobaba la carga con la teniente Tsh't.

Tom se lanzó desde la cornisa, hacia el grupo. Cuando Tsh't lo vio, aspiró una rápida bocanada de aire de un domo y nadó para encontrarse con él a medio camino.

—Me gusstaría que reconsiderase sssu decisión —le suplicó al darle alcance—. Seré franca. Su presencia es buena para la moral. Si usted desaparece ssserá un duro golpe.

Tom sonrió y puso la mano en el costado de la fin. Él mismo ya había calculado sus pobres posibilidades de regresar.

—No veo ninguna otra manera, Tsh't. El resto de mi plan puede ser desarrollado por otros, pero soy el único que puede cebar el anzuelo. Ya lo sabes. Además —hizo una mueca—, Creideiki tendría una oportunidad más para llamarme si no le gusta mi plan. Le he pedido que envíe a Gillian a reunirse conmigo en la isla de Hikahi con el

planeador y los pertrechos que necesito. Si ella me dice que su respuesta es no, estaré de regreso en la nave antes que vosotros.

—Dudo que él diga que no —silbó Tsh't de forma casi inaudible, desviando la mirada.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

Evadiéndose, Tsh't respondió en ternario:

*Creideiki dirige,
Es nuestro Maestro.
Sin embargo imaginamos
Órdenes secretas.*

Tom suspiró. Otra vez aquello, las sospechas de que la Tierra nunca permitiría partir a la primera astronave comandada por delfines sin una discreta supervisión humana. Naturalmente, la mayor parte de los rumores giraban a su alrededor. Aquello resultaba molesto, pues Creideiki era un excelente capitán. Además, restaba valor a uno de los objetivos de la misión: hacer una demostración que estimulara la autoconfianza de los neofines por una generación.

*Entonces en mi partida
Aprended una lección,
A bordo del Streaker
Está vuestro comandante.*

Tsh't debía estar acabando el aire que cogió de la cúpula del trineo. Las burbujas se escapaban por su agujero soplador. Sin embargo, lanzó a Tom una resignada mirada y le dijo en ánglico:

—De acuerdo. Cuando Suessi se vaya, le pondremos a usted en camino. Nosotros seguiremosss trabajando aquí hasta recibir órdenes de Creideiki.

—Bien —asintió Tom—. ¿Y aún apruebas el resto del plan?

Tsh't se giró y sus ojos empequeñecieron.

*Keneenk y lógica
Se unen para cantar
Su melodía.*

*El plan está entre
Nosotros y
Nuestro destino.*

Haremos nuestra parte.

Tom se acercó y la abrazó.

—Sé que puedo contar contigo, dulce cazadora de peces. No estoy preocupado en absoluto. Ahora vamos a despedirnos de Hannes, así podré ponerme en camino. No quiero que Jill llegue a la isla antes que yo.

Se dirigió hacia el trineo. Pero Tsh't permaneció atrás un momento. Aunque el aire de sus pulmones empezaba a viciarse, se quedó inmóvil, viendo cómo él se alejaba nadando.

Sus chasquidos de sonar acompañaron al hombre en su descenso. Le acarició con sus sentidos auditivos y entonó un dulce réquiem.

*Ellos lanzan sus redes para capturar
A los de Iki,
Pero tú estás allí
Para cortar las mallas.*

*Buen Andador,
Siempre estás
Para cortar las redes.*

*Aunque ellos tomen
En pago
Tu vida.*

CREIDEIKI

El ánglico más puro, hablado con cuidado por un neodelfín, sería dificultoso para un humano acostumbrado sólo a comprender el inglés-hombre. La sintaxis y las raíces de muchas palabras eran las mismas. Pero un londinense anterior a los vuelos espaciales encontraría los sonidos tan extraños como las voces que los pronunciaban.

El modificado aparato respiratorio de los delfines los proveía de silbidos, chillidos, vocales y unas cuantas consonantes. Los chasquidos de sonar y muchos otros sonidos procedían de un complejo de cavidades resonantes en el interior del cráneo.

Al hablar, aquellas partes independientes a veces estaban en fase y a veces no. Incluso en el mejor de los casos, había sibilantes extendidas, tes tartamudeadas y vocales gemidas. Hablar era un arte.

El *ternario* era para la relajación, las metáforas y los asuntos personales. Reemplazaba y ampliaba en gran manera el delfiniano primal. Pero el *ánglico* unía al neodelfín con el mundo de causas y efectos.

El ánglico era un lenguaje de compromiso entre las aptitudes vocales de las dos razas, entre el mundo del hombre y las agitadas leyendas del Sueño Cetáceo. Hablándolo, un delfín podía igualar a la mayor parte de los humanos en pensamiento analítico, considerar el pasado y el futuro, hacer proyectos, utilizar herramientas y luchar en la guerra.

Algunos pensadores humanos se preguntaban, sin embargo, si regalarles el ánglico a los cetáceos había sido en realidad hacerles un favor.

Dos neodelfines podían hablar entre ellos el ánglico para concentrarse, pero sin importarles si los *sonidos* se parecían a las palabras inglesas. Tendían a las frecuencias inalcanzables para el oído humano, y las consonantes casi desaparecían por completo.

El Keneenk lo autorizaba. Lo esencial era la semántica. Si la gramática, la lógica de dos niveles, la orientación temporal eran ánglico, los resultados prácticos era lo que importaba.

Cuando Creideiki le pidió a Hikahi su informe, se expresó a propósito en una forma muy relajada de ánglico delfiniano. Así demostraba, por ejemplo, que su conversación era privada.

La escuchó mientras desentumecía su cuerpo, buceando y corriendo a lo largo de la piscina de ejercicios. Hikahi recitó su crónica de la reunión planetológica, aspirando la dulce fragancia del aire real en sus pulmones principales. De vez en

cuando, hacía una pausa y nadaba junto a él a toda velocidad antes de continuar.

Sus palabras no se parecían nada al modo de hablar humano, aunque un intérprete especialmente competente hubiera podido traducirlas.

—... tenía un interés muy especial. De hecho, Charlie sugería que podríamos dejar aquí un pequeño equipo de estudio con la lancha incluso si el *Streaker* intenta escapar. Hasta Brookida está proclive a la idea. Eso fue lo que más me sorprendió.

Creideiki pasó frente a ella y soltó una rápida pregunta:

—¿Y qué piensan hacer si los dejamos atrás y luego somos capturados? —Se volvió a sumergir y nadó hacia la pared opuesta.

—Charlie piensa que él y su equipo podrían ser declarados no beligerantes, y lo mismo el grupo de Sudman y Sah'ot que está en la isla. Dice que existen precedentes. Así que, logremos escapar o no, parte de la misión quedaría a salvo.

La sala de ejercicios estaba en el anillo centrífugo del *Streaker*, diez grados por encima del lateral de la rueda. Los muros estaban sesgados y Creideiki debía tener cuidado con la poca profundidad en la parte de babor de la piscina. A estribor flotaba un montón de pelotas, anillos y complicados juguetes.

Creideiki nadó con rapidez bajo un grupo de pelotas y saltó fuera del agua. Giró mientras volaba por el aire y cayó de espaldas con un chapoteo. Aleteó bajo el agua y luego se mantuvo agitando la cola sobre la superficie. Respirando con dificultad, miró a Hikahi con un ojo.

—He estado considerando la idea —dijo—. También podríamos dejar a Metz y a sus informes. Apartarlo de nuestras colas sería tan satisfactorio como treinta arenques y un postre de anchoas. —Se dejó caer al agua—. Por desgracia, esta solución es inmoral e impracticable.

Hikahi parecía perpleja, intentando adivinar el sentido de sus palabras.

Creideiki se encontraba mucho mejor. La frustración, que había alcanzado su punto más álgido mientras escuchaba el mensaje de Tom Orley, empezaba ahora a disiparse. Pudo, durante un rato, sobreponerse a la depresión que sintió cuando tuvo que acceder al proyecto del hombre.

Sólo faltaba conseguir la aprobación del concejo de la nave. Rezaba para que se presentaran con una idea mejor, aunque dudaba que lo hicieran.

—Reflexiona —le dijo a la teniente—. Declararse no beligerantes podría funcionar si nos matan o nos capturan, pero ¿y si nos *escapamos* llevándonos detrás a nuestros amigos ETs?

La mandíbula de Hikahi se abrió ligeramente, un gesto que había copiado de los humanos.

—Por supuesto. Lo comprendo. Kthsemenee está muy aislado. Existen pocas rutas de entrada y de salida. La lancha no podría, probablemente, regresar por sí sola a la civilización.

—¿Y qué ocurriría entonces?

—Que se convertirían en náufragos en un planeta mortal, con unos mínimos

recursos médicos. Perdone mi imprevisión.

Hikahi dio un ligero giro, mostrándole la ventral izquierda. Era la versión civilizada de un antiguo gesto de sumisión, comparable al de un alumno humano inclinando la cabeza ante su profesor.

Con suerte, Hikahi llegaría algún día a mandar naves más grandes que el *Streaker*. El capitán y el maestro que habían en él estaban satisfechos con la combinación de inteligencia y modestia que ella presentaba. Pero otra parte de él tenía proyectos más inmediatos para la delfina.

—Bueno, tomaremos su idea en consideración. En caso que debamos adoptar el plan con toda rapidez, procura que la lancha esté aprovisionada. Pero también pon una guardia.

Ambos sabían que era una mala señal tener que adoptar medidas de precaución tanto en el *interior* como en el exterior.

Un anillo de caucho de brillantes rayas pasó flotando junto a ellos. Creideiki sintió el deseo de perseguirlo... lo mismo que deseaba empujar a Hikahi hasta un rincón y acariciarla con el hocico hasta que... Se contuvo.

—En cuanto a las futuras investigaciones tectónicas —dijo—, eso está fuera de dudas. Gillian Baskin ha partido hacia tu isla para llevarle suministros a Thomas Orley y ayudar a Dennie Sudman en su estudio de los aborígenes. Cuando regrese, traerá muestras rocosas para Charlie. Esto lo dejará satisfecho. En cuanto a nosotros, creo que estaremos muy ocupados en cuanto Suessi vuelva con las piezas de recambio.

—¿Suessi está seguro de haber encontrado lo que necesitamos entre los restos del naufragio?

—Casi seguro.

—Este nuevo plan significa que tendremos que mover el *Streaker*. Si ponemos en marcha los motores, nos arriesgamos a ser descubiertos. Pero supongo que no hay otra alternativa. Empezaré a pensar en un plan para mover la nave.

Creideiki se dio cuenta de que aquella conversación no le estaba llevando a ningún sitio. Como mucho, faltaban varias horas para que llegara Suessi, y allí estaba él hablando con Hikahi en *ánglico*... ¡obligándola con su ejemplo a pensar con rigidez y prudencia! No era sorprendente que no obtuviera ningún indicio, ningún lenguaje corporal, ninguna sugestión que le permitiera saber por anticipado si era aceptado o rechazado.

Contestó a la delfina en ternario.

La moveremos

Bajo el agua

Hacia la nave naufragada

Que espera vacía.

Pronto, mientras las batallas

*Todavía iluminan las tinieblas,
Llenando el espacio
Con ruidos calamarescos,
En el momento en que
Orley, Destruye-redes,
Muy lejos
Produce
Distracción.
Muy lejos
La verdad
Descifrará.
Provocando a los tiburones
Para salvarnos.*

Hikahi lo miró. Era la primera vez que oía aquella parte del plan de Orley. Como muchas de las hembras de a bordo, Hikahi sentía un amor platónico por Thomas Orley.

Tenía que haber sido más suave al darle la noticia. O mejor aún, esperar un poco.

Los ojos de Hikahi parpadearon una, dos veces, y luego se cerraron. Se hundió lentamente mientras un débil gemido se escapaba de la protuberancia de su frente.

Creideiki envidió a los humanos por tener brazos. Se acercó a ella para tocarla con la punta de su rostro.

*No sufras
Por el volador de ojos fuertes.
La canción de Orley será
Cantada por las ballenas.*

A lo que Hikahi respondió con tristeza:

*Yo, Hikahi,
Rindo honores a Orley,
Rindo honores al comandante,
Rindo honores a los tripulantes.
Las cosas están ya hechas,
Pero yo sufro por una.*

*Por Jill Baskin,
Asistente de la Vida,*

*Por su pérdida
y su cuerpo atormentado.*

Avergonzado, Creideiki se sintió dominado por una oleada de melancolía. También cerró los ojos y dejó que las aguas transmitieran el eco de una tristeza compartida.

Durante mucho tiempo estuvieron uno junto al otro, saliendo para respirar y sumergiéndose de nuevo.

Los pensamientos de Creideiki estaban muy lejos cuando sintió que Hikahi se separaba. Pero regresó otra vez junto a él, frotándose contra su costado mientras lo mordisqueaba con sus pequeños y afilados dientes.

Al principio, casi contra su voluntad, Creideiki sintió que le volvía el entusiasmo. Giró sobre su costado dejando escapar un largo suspiro de burbujas mientras el mordisqueo de la delfina se hacía más provocativo.

El agua adquirió un sabor de felicidad mientras Hikahi entonaba una canción familiar sacada de una de las más antiguas llamadas del primal. Entre otras cosas, parecía decir: «La vida continúa».

LA ISLA

La noche estaba en calma.

Las numerosas y pequeñas lunas de Kithrup lanzaban la marea contra los acantilados de metal a una distancia de cien metros. Los vientos omnipresentes barrían sin freno el océano del planeta y golpeaban los árboles y su follaje.

Comparado con lo que habían vivido durante meses, el silencio era denso. No se oía ninguno de los ubicuos sonidos de motores que les habían seguido a todas partes desde la Tierra, los incesantes rugidos y chasquidos de las funciones mecánicas, o la ocasional crepitación humeante de una avería.

El zumbido sordo o chillón de las conversaciones delfinianas también había desaparecido. Tanto Keepiru como Sah'ot se habían ausentado para acompañar a los aborígenes kithrupianos en sus expediciones nocturnas de caza marina.

La superficie de la colina metálica estaba casi demasiado tranquila. Los escasos ruidos perceptibles parecían existir desde siempre. El mar, el sordo rugido de un volcán lejano...

La noche fue desgarrada por un dulce gemido y un grito ahogado.

—Ahí están de nuevo —suspiró Dennie, sin importarle que Toshio la oyera.

Aquellos sonidos procedían de un claro situado en la Parte meridional de la isla. Las tercera y cuarta criaturas humanas que estaban en la isla se esforzaban para mantener su intimidad permaneciendo lo más lejos posible de la aldea aborígen y del pozo que había reemplazado el tronco del árbol taladrador. A Dennie le hubiera gustado estar aún más lejos.

Se escuchó una risa, débilmente pero con claridad.

—¡Nunca he oído cosas como ésas! —dijo ella suspirando.

Toshio se ruborizó y arrojó otro palo al fuego. La pareja del otro claro merecía aquel momento de intimidad. Se planteó comentarlo con Dennie.

—No es posible. ¡Son como conejos! —exclamó Dennie pretendiendo parecer irónica y fingir envidia, pero sus palabras sólo denotaron un poco de amargura.

Toshio lo notó y, dejando a un lado lo que en realidad pensaba, dijo:

—Dennie, todos sabemos que los humanos están entre los atletas sexuales de la galaxia, aunque algunos de nuestros pupilos corran tras el título.

Toshio introdujo otro palo en la hoguera. Su anterior comentario había sido un poco indiscreto, pero la noche lo había llenado de valor y no había podido resistir la tentación de romper el ambiente tenso que reinaba alrededor del fuego.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Dennie mirándole con aspereza.

—Bueno... —dijo Toshio jugando con el palo—. Hay una frase en una antigua obra de teatro... «¿No era el delfín el más libidinoso?» De hecho, Shakespeare no fue

el primero en comparar el vigor sexual de los dos mamíferos cerebrales que conoces. No creo que nadie haya usado jamás una escala para medirlo, pero me pregunto si no es un requisito previo a la inteligencia. Esto, claro está, es sólo una hipótesis entre otras. Si tienes en cuenta lo que dicen los *galácticos* sobre la elevación de las razas...

Y siguió hablando, apartándose poco a poco del tema, notando cómo se disipaba la frialdad de Dennie, antes de que ella se volviera y apartara su mirada.

¡Lo había conseguido! Había celebrado un asalto y lo había ganado.

Era una victoria pequeña en un juego sobre el que siempre se había preguntado si sabría participar.

El arte de la seducción siempre había sido algo secundario para Toshio. Conseguir lo mejor de una atractiva mujer mayor que él, sólo con el encanto de una conversación inteligente y perspicacia psicológica, era un golpe maestro.

No se dio cuenta de que estaba siendo cruel, aunque una amable crueldad parecía formar parte del juego. De lo que estaba seguro era de que sólo así conseguiría que Dennie Sudman dejara de tratarlo como a un niño. Y si la simpatía mutua que sentían antes se deterioraba por esto, sería lamentable.

A pesar de que no tenía gran aprecio a Sah'ot, Toshio se alegraba que le hubiera proporcionado el instrumento necesario para abrir un resquicio en el caparazón de Dennie.

Estaba a punto de decir alguna otra palabra adecuada, cuando la joven le interrumpió.

—No sabes cuánto lo siento, Toshio. Me gustaría oír el resto, pero me voy a la cama. Mañana tendremos un día muy atareado: lanzar el planeador de Tom, enseñar a Gillian los *kiqui* y probar el maldito robot de Charlie. Te sugiero que también tú duermas un rato.

Ella se envolvió en su saco de dormir en el extremo del campamento, cerca de los centinelas.

—Sí —contestó Toshio, tal vez demasiado acaloradamente—. No tardaré en hacerlo, Dennie. Buenas noches. Que tengas sueños agradables.

Dennie guardó silencio, dando la espalda al fuego. Toshio se preguntó si estaría despierta o dormida.

Me gustaría que los humanos tuviéramos mejor psi, pensó. Dicen que la telepatía tiene sus inconvenientes, pero seguro que a veces debe ser agradable saber lo que otra persona está pensando.

Me liberaría de mucha ansiedad si supiera lo que piensa en este momento... aunque sólo fuera para enterarme de que me considera solamente un niño nervioso.

Levantó la vista hacia el cielo. Entre los largos desgarrones de su velo nuboso podían distinguirse las estrellas.

En dos puntos del cielo habían pequeñas nebulosas que no estaban la noche anterior, en señal de que la batalla continuaba. Las diminutas nebulosas falsas brillaban con todos los colores posibles y, probablemente, en bandas de frecuencia

distintas de las luminosas.

Tomó un puñado de polvo sílico-metálico y lo dejó caer sobre las brasas por entre sus dedos. Los fragmentos de metal chispearon como confeti incandescente, como un parpadeo de estrellas.

Se limpió las manos y se metió en el saco de dormir. Permaneció tendido, con los ojos cerrados y pocas ganas de contemplar las estrellas o analizar los pros y los contras de su conducta.

En lugar de hacerlo, Toshio escuchó los sonidos de las olas y el viento. Era rítmico y relajante, como una canción de cuna, como los mares de su mundo natal.

Durante un buen rato, a intervalos, creyó oír suspiros y risas apagadas procedentes del sur. Eran sonidos que denotaban una compleja felicidad, que lo llenaron de tristes anhelos.

—Ahí están de nuevo —suspiró a media voz—. ¡Nunca he oído cosas como ésas!

La humedad del aire mantenía el sudor pegado a sus cuerpos.

Gillian lamió un bigote de lágrimas saladas situado sobre su labio superior. De la misma forma, Tom limpió el sudor que brillaba en el cuello de ella.

Gillian ahogó un grito y agarró el ondulado cabello de Tom, en la nuca, donde no ponía en peligro su vanidad afectada por una ligera calvicie. Le respondió con un amoroso mordisco que le provocó escalofríos.

Gillian se abrazó a Tom con fuerza. Cuando él levantó la cabeza para mirarla a los ojos, su respiración se convirtió en un débil silbido.

—Pensaba que esto era un final —susurró Tom con la voz un poco ronca, secándose la frente con un ademán teatral—. Deberías advertirme cuando me paso de la raya y empiezo a prometer lo que no puedo cumplir —dijo mientras le tomaba la mano y le besaba la palma y la muñeca.

Gillian recorrió con dedos ligeros como plumas la mejilla de Tom, trazando el perfil de la mandíbula, el cuello y el hombro. Por último, los detuvo sobre el pecho y tiró del rizado vello con gesto juguetón.

Ronroneó, no como una gata casera sino con el feroz rugido de una pantera.

—Cuando estés dispuesto, amor mío. Puedo esperar. Tal vez seas hijo ilegítimo de una probeta fecundada, pero te conozco mejor que tus planificadores. Tienes recursos que ellos jamás imaginaron.

Tom iba a contestarle que, planificado o no, era el hijo absolutamente legítimo de May y Bruce Orley, del estado de Minnessota, Confederación de la Tierra; pero notó que los ojos de Gillian se inundaban. Había hablado en broma, pero se agarró con más fuerza al pelo de su pecho y recorrió su rostro con la mirada como si quisiera memorizar cada rasgo.

De repente, Tom se sintió confundido. Había deseado estar lo más cerca posible de ella en la última noche que pasaban juntos. ¿Y cómo podían estar más unidos que

en ese preciso momento? Acentuó la presión contra el cuerpo de su esposa, y sintió el cálido aliento que le llenaba las fosas nasales. Tom apartó la vista al pensar que de una u otra forma la estaba decepcionando.

Fue entonces cuando recibió una tierna caricia que parecía luchar contra el duro y escondido sentimiento que tenía dentro de su cabeza. Era una suave presión que no desaparecía. Supo que esa fuerza que luchaba contra Gillian era él mismo.

Me voy mañana, pensó.

Muchas veces habían discutido sobre cuál de los dos se iría, y él había acertado. Pero tener que marchar resultaba amargo.

Cerró los ojos. *¡La he apartado de mí! Puede que nunca vuelva, y he arrancado lo más profundo de mí mismo.*

Y, de pronto, se sintió muy extraño, muy pequeño, como si estuviera encallado en un lugar peligroso, la única frontera entre aquellos a quienes amaba y los terribles enemigos, no como un superhéroe sino sólo como un hombre que está a punto de arriesgar todo lo que tiene.

Notó un roce en el rostro y abrió los ojos.

Apoyó la mejilla en la mano de Gillian. Aún tenía lágrimas en los ojos, pero también una sonrisa en los labios.

—Muchacho estúpido —dijo ella—. Nunca podrás dejarme del todo. ¿Todavía no te has dado cuenta? Siempre estaré contigo hasta que vuelvas a mí.

Tom, asombrado, sacudió la cabeza.

—Jill, yo... —empezó. Pero ella le atrajo, y con un beso ávido le cerró la boca.

Los labios de Gillian sobre los suyos eran cálidos y tiernos. Los dedos de su mano derecha jugueteaban incitantes.

Sin embargo, fue el persistente y suave aroma que ella despedía lo que le hizo comprender que, una vez más, ella tenía razón.

Tercera parte

DISONANCIA

*Los animales son moldeados por fuerzas naturales
que ellos no comprenden.*

*En sus mentes no existe pasado ni futuro,
sólo el eterno presente
de una sola generación,
sus rastros en el bosque,
sus escondidos senderos en el aire
y en el mar.*

*No hay nada en el Universo
más solitario que él Hombre.*

Él ha entrado en el complejo mundo de la Historia...

LOREN EISELEY

SAH'OT

Los había seguido durante toda la noche. Al amanecer, Sah'ot sintió que empezaba a comprender.

Con el alba, los *kiqui* abandonaban los terrenos nocturnos de caza y nadaban hacia la seguridad de su isla. Colocaban redes y trampas en las escondidas grietas coralinas, recogían sus toscas lanzas y huían de la creciente luz. Al comenzar el día, las lianas asesinas entraban en actividad y surgían nuevos peligros. Los *kiqui* batían entonces los bosques que coronaban las islas de metal en busca de nueces y pequeñas piezas de caza entre el denso follaje.

Bajo el agua, con los cortos brazos acabados en manos palmeadas y pies en forma de aleta, los *kiqui* parecían peces burbuja de color verde. Sus dos aletas ventrales casi prensiles les servían de timón. Las piernas, fuertes y elásticas, les dejaban las manos libres para poder transportar cargas. El collarín de delgados flagelos que ondeaba alrededor de su cabeza les permitía recoger el oxígeno disuelto y suministrarlo a la dilatada vesícula aérea que cada *kiqui* poseía.

Los cazadores-recolectores transportaban dos redes llenas de brillantes criaturas marinas semejantes a los cangrejos, que parecían esculturas de metal multicolor apesadas en las mallas. Los *kiqui* iniciaron un canto mediante palmas, graznidos y chillidos.

Sah'ot prestaba atención a los gritos que se intercambiaban. Su reducido vocabulario apenas contaba con una serie de señales vocalizadas que coordinaban sus movimientos. Por ejemplo, cada vez que los *kiqui* subían a la superficie para respirar, acompañaban el acto con una cadena de complejos gorjeos.

Los indígenas se fijaban poco en las criaturas que los seguían. Sah'ot se mantenía a distancia cautelosamente para no interferir. Aunque, por supuesto, los *kiqui* sabían que estaba allí. De vez en cuando, los más jóvenes lanzaban en su dirección desconfiados chorros de sonar. Era extraño, pero los cazadores más viejos parecían aceptarle por completo.

Sah'ot vio nacer el día con alivio. A pesar de la oscuridad, había reducido al mínimo su propio sonar durante toda la noche para no intimidar a los indígenas. Se había sentido casi ciego y aterrorizado porque estuvo a punto de tropezar con algo... o «algo» estuvo a punto de tropezar con él.

Sin embargo, había merecido la pena.

Pensó que ya se había hecho una buena idea de su lenguaje. Su estructura, como la del delfiniano primal, se basaba en un grupo jerárquico y en el ritmo del ciclo respiratorio. La lógica del tipo «causa y efecto» estaba, sin embargo, un poco menos elaborada que la del primal, sin duda porque los *kiqui* poseían manos capaces de

manejar herramientas.

: ? : *Mira, somos buenos cazadores* *cazadores*
cazados *bien*

: ? : *Cuidado, Cuidado,*

Oportunista

: ? : *Comer, COMER bien, comeremos*
no ser comido

¡No!

: ? : *Morir fuera del agua, no dentro...*

Juzgadas sólo por sus actitudes semánticas, aquellas criaturas parecían bastante menos aptas para la elevación que los primitivos delfines de la Tierra. Sin embargo, al observar su capacidad para usar herramientas, podía llegarse a una opinión contraria.

Por supuesto, el hecho de que tuvieran manos significaba que los *kiqui* nunca llegarían a ser poetas realmente buenos. Pese a ello, algunas de sus acostumbradas fanfarrias poseían cierto encanto.

Sah'ot notó que las correas del arnés le irritaban la piel mientras subía a respirar. A pesar de su ligereza y de su perfil hidrodinámico, le hubiera gustado prescindir de aquel maldito equipo.

Pero aquellas aguas eran peligrosas y podía necesitar tal protección. También Keepiru debía encontrarse por allí cerca, un poco apartado como le habían pedido, pero sin duda vigilando. No habría titubeado en morder a Sah'ot en la aleta dorsal, y hasta en el espinazo, si le hubiera pillado sin arnés.

A diferencia de los ultratecnificados fines de la tripulación del *Streaker*, Sah'ot se sentía incómodo con aquellos aparatos. Los ordenadores no le molestaban, algunos de ellos podían hablar y ayudaban a comunicarse con otras razas, pero los útiles para desplazarse, modelar objetos o matar le parecían antinaturales, y le hubiera gustado poder prescindir de ellos.

Odiaba los dos diminutos «de-dos» protuberantes del extremo de sus aletas pectorales, los cuales, según se decía, llegarían a convertirse un día en las manos de los de su especie. Eran antiestéticos. Se lamentaba de las modificaciones realizadas en los pulmones de los delfines para hacerlos más resistentes a las enfermedades de tierra firme, y también de la adaptación de algunos de sus órganos al oxiagua. Los cetáceos naturales no necesitaban tales mutaciones. Los delfines *stenos bredanensis* y *tursiops truncatus* que no habían sido manipulados por los genetistas podían superar en cualquier circunstancia a los «amicus».

Dudaba con respecto al aumento de capacidad visual conseguida a expensas de una materia gris que en otro tiempo se utilizaba para emitir los sonidos.

Una vez más, Sah'ot subió a respirar a la superficie. Volvió a sumergirse

rápidamente para no perder de vista a los aborígenes.

Su propio linaje representaba una tendencia que daba, más importancia a las capacidades lingüísticas que al uso de herramientas. Aquello le parecía una extensión adecuada a la naturaleza delfiniana que todas las historias de las naves espaciales que pretendían convertirlos en astronautas y técnicos.

Aquella fue una de las razones por las que no quiso subir a bordo de la patrullera cuando ésta se dirigió a explorar la flota abandonada. Aunque hubiera en aquellas naves alguien o algo con quien hablar, de lo cual no había evidencia, tampoco hubiera querido investigar teniendo como único soporte una pandilla de pupilos ineptos. Que el *Streaker* tratara de entendérselas con la flota abandonada era algo que hacía recordar a un grupo de niños jugando con una bomba sin desactivar.

Su actitud había provocado el desprecio de los tripulantes, si bien la desastrosa pérdida de la canoa y de quienes la gobernaban le había dado la razón.

De todos modos, se repitió Sah'ot, su desprecio no le importaba. Era civil y, mientras cumpliera con su cometido, no tenía por qué dar ninguna disculpa.

Los chasquidos de desaprobación que oía debido al modo en que perseguía a Dennie Sudman tampoco le importaban. Desde antes de la elevación, los delfines se habían interesado por las hembras humanas. *Es una tradición permanente*, constató. Lo que era bueno para el viejo y descocado Flipper sería bueno para su descendiente pensante.

Una de las cosas que más detestaba en los esquemas ánglicos era la continua necesidad de autojustificarse. Los hombres no dejaban de preguntarse: «¿Por qué?». ¿Qué importancia tenía el porqué de las cosas? El humano se enfrentaba al Universo de diferentes modos. Cualquiera cetáceo lo hubiera podido demostrar.

Los *kiqui* piaban excitados mientras nadaban hacia el extremo oriental de su isla, dispuestos a alzar a sus presas por una grieta a sotavento del acantilado.

Sah'ot se sintió barrido por un chorro de sonar. Era Keepiru que se acercaba, procedente del norte, para escoltarlo hasta el campamento de los terrestres.

Con un rápido movimiento, Sah'ot ascendió a la superficie y asomó la cabeza para echar un vistazo al nuevo día. El sol se elevaba por el este tras un banco de niebla y, desde allí, el viento llevaba a su paso un susurro de lluvia.

Un tinte de metal parecía manchar el aire, recordándole lo peligroso que era para ellos una permanencia prolongada en Kithrup.

Sin duda, Creideiki y sus «ingenieros» estaban preparando un plan para sacarles de aquella ratonera. Un plan que, con toda seguridad, contendría grandes dosis de audacia y estaría calculado al detalle... y que acabaría con las vidas de todos.

¿No era evidente que los neófitos en el juego de actuar y conquistar no podían superar a los *galácticos* que se habían dedicado a eso desde hacía eones?

Los humanos tenían su lealtad, sin duda, pero los conocía por lo que eran: unos lobeznos chapuceros que luchaban por sobrevivir en medio de una galaxia peligrosamente reaccionaria.

Un antiguo refrán delfiniano decía: «Todos los humanos son ingenieros, y todos los ingenieros son humanos». Muy divertido, pero falso por completo.

Keepiru irrumpió en la superficie. Sah'ot siguió respirando con tranquilidad condensando su exhalación y convirtiéndola en un spray. Se tumbó para contemplar la salida del sol. La paciencia de Keepiru llegó a su límite.

—Ya es de día, Sah'ot. No deberíamos seguir aquí. Tenemos que informar y me gustaría poder comer y dormir un poco.

Sah'ot adoptó el papel de sabio distraído. Se sobresaltó como si le sacara de pensamientos más profundos de lo que Keepiru podría nunca comprender.

—¿Qué pasa? ¡Ah, sí! Por supuesto, piloto. Tengo que entregar el informe de unos datos del máximo interés, ¿sabes? Creo que he descubierto el secreto de su lenguaje.

—¡Qué bien! —La respuesta de Keepiru fue semánticamente ánglica y fonémicamente un graznido. Se sumerjó para dirigirse hacia la entrada de la cueva.

Sah'ot se estremeció ante el sarcasmo del piloto. Pero persistió en su actitud.

Tal vez tenga tiempo para componer unas cuantas sugestivas quintillas para intercalar en el informe a Dennie, pensó. ¡Qué lástima que permanezca en la orilla y nunca quiera reunirse conmigo en el agua! Quizás hoy lo haga.

Mientras seguía a Keepiru hacia la oscuridad nocturna que tenía bajo él, compuso los primeros poemas sucios.

Cuando llegaron a la base de lo que había sido el árbol taladrador, iluminada ahora por una pequeña bombilla de fósforo, Sah'ot observó que alguien había retirado del pasaje los dos trineos, amarrados ahora en la cueva inferior. Pero se suponía que en la charca debía haber siempre un trineo, como mínimo, por si Dennie y Toshio necesitaban escapar a toda prisa.

Otros dos trineos flotaban en la charca superior. Sah'ot comprendió que alguien de la nave habría llegado durante la noche.

Toshio y Dennie estaban en la orilla, hablando con Keepiru. Sah'ot miró a Dennie especulativamente, pero prefirió no forzar las cosas.

Esta noche, pensó, intentaré que se reúna conmigo en el agua. Buscaré un pretexto, quizás algo relacionado con las raíces del árbol taladrador. Es probable que no funcione, pero será divertido intentarlo.

Agitando la cola, Sah'ot subió de un salto para observar el claro situado junto a la charca. Se preguntaba quién habría podido llegar del *Streaker*.

Hacia el sur, la espesa maleza se separó dando paso a dos humanos, un macho y una hembra, que se aproximaban a la charca.

Gillian Baskin se arrodilló junto a la orilla y silbó una bienvenida en ternario.

*Keepiru el constante,
Firme como un arrecife
Desafiador de orcas.*

*Sah'ot el camaleón
Siempre adaptable,
Siempre tan parecido al hombre.*

*Bajo la oscura tormenta
podría reconocer a ambos...
¡Estudio sobre los opuestos!*

—Me alegra verte, Gillian. Y a ti también, T-Tom —contestó Keepiru en inglés, con muy poca originalidad.

Sah'ot se sumergió de nuevo, dándose cuenta con pesar de que tenía una reputación que mantener. A diferencia de Keepiru, él hubiera improvisado un saludo que compitiera con el de Gillian.

Le habría gustado retirarse a algún lugar y reflexionar sobre el poema de Gillian, en especial en aquel fragmento que decía: «Siempre tan parecido al hombre...». ¿Era un cumplido, o contenían un toque de compasión los silbidos hiperagudos de Gillian?

Thomas Orley permanecía junto a ella en silencio. Y Sah'ot tuvo la impresión de que el hombre podía leer sus pensamientos.

El delfín respiró a fondo.

*¡Mirad aquí!
¡Un monógamo!
¡Milagro!*

*¡Una pareja de amantes
siluetándose
contra el ancho cielo!*

Gillian aplaudió y se echó a reír.

Thomas Orley sólo sonrió levemente. Pero daba la impresión de estar pensando en el poema de Sah'ot.

—Me alegro de que vosotros dos hayáis regresado, fines —les dijo—. Gillian y yo llegamos ayer por la noche, ella del *Streaker* y yo de donde se estrelló la nave ET. Jill ha traído un cable monofilamento para que podáis manteneros en contacto con el *Streaker*, amigos. Ella se quedará unos días trabajando con vosotros en ese asunto tan vital que son los *kiqui*. También he sabido que algunos de los amigos que se quedaron a bordo os agradecerían que recogierais algunos datos para ellos. ¿No es así, Gillian?

La mujer rubia asintió. La referencia a las peticiones de Charlie Dart no gustó a Toshio y a Dennie.

—Jill ha venido también por otro motivo —continuó Orley—: traerme

suministros. Partiré esta mañana en el planeador solar. —Keepiru inspiró sonoramente. Empezó a hacer objeciones, pero Orley alzó la mano—. Ya lo sé, es arriesgado, pero tengo que realizar un experimento para comprobar si el plan de fuga que hemos trazado es factible. Y como sois los únicos de quienes puedo disponer, debo pedirlos que me ayudéis.

La cola de Sah'ot se agitaba bajo el agua. Trató de controlarla para no revelar sus sentimientos. Pero aquello era difícil, ¡muy difícil!

¡Así que intentarían escapar! Esperaba algo mejor de Orley y Baskin. Eran personas inteligentes, experimentadas, agentes casi míticos del Concejo de Terragens. Eran supervivientes.

Y allí estaban, delirando y esperando que les ayudaran. ¿No se daban cuenta de contra qué se enfrentaban?

Nadó hasta Keepiru y adoptó la actitud del pupilo fiel, respetuoso y atento. Pero interiormente se sentía confuso al escuchar los detalles del demente «plan» que en teoría iba a salvarlos de los monstruos de ojos saltones.

TAKKATA-JIM

—Esa reunión del concejo de la nave fue un desastre —suspiró el teniente—. Peor de lo que esperaba.

*Planean un engaño
Para chasquear a los engañadores,
Y velos
Para cubrir las ballenas.*

K'tha-Jon ladeó su gruesa y redonda cabeza en señal de asentimiento.

—Me han dicho que la palabra-clave de este proyecto es «Caballo Marino de Troya». ¿Qué quiere decir eso?

—Es una alusión literaria —respondió Takkata-Jim, preguntándose a qué escuela habría asistido K'tha-Jon—. Te lo explicaré en otro momento. Ahora necesito reflexionar. Debe haber otro camino aparte de ese plan suicida inventado por Creideiki y Orley. Siempre esperé que Creideiki acabaría por atender a razones... Ahora ya no sé qué pensar.

—¿No te ha escuchado?

—¡Oh! ¡El comandante es muy cortés! El doctor Metz me apoyó en todos los puntos, y Creideiki nos escuchó con tanta amabilidad... ¡La reunión duró cuatro horas! Pero el comandante estaba decidido a adoptar el plan de Orley. La fem Baskin ya se ha marchado para llevarle el material que necesita.

Los dos *stenos* flotaron en silencio durante unos instantes. K'tha-Jon esperaba que el teniente tomara la palabra.

—¿Por qué Creideiki ni siquiera se plantea radiar las coordenadas de nuestro descubrimiento para que podamos desentendernos de esa historia? —se preguntó Takkata-Jim agitando la cola—. En cambio Orley y él pretenden engañar a los sofones, que llevan millones de años persiguiéndose entre sí. Comparado con ese plan, incluso tu idea de bombardearlos con todos nuestros cañones me parece bien. ¡Al menos, nos daría cierta posibilidad de maniobra!

—Me limité a ofrecer una gloriossa alternativa a su loca aventura —dijo K'tha-Jon—. Pero yo seguiría tu plan. Piensa, si *nosotros* fuéramos los únicos que encontraríamos la forma de salvar la nave y su tripulación, ¿no deberían ir los beneficios más allá de la salvación de nuestras vidasss?

Takkata-Jim negó con la cabeza.

—Si yo estuviera al mando de esta nave, tal vez sssí. Pero quien nos dirige es un genio demente, aferrado al honor, que sólo nos llevará al desastre.

Se alejó sumido en sus pensamientos, y nadó en silencio por el corredor, hacia sus aposentos.

Los ojos de K'tha-Jon se empequeñecieron mientras observaba al teniente. De su agujero soplador se escapaban las burbujas como si fueran pequeñas y rítmicas explosiones.

AKKI

¡No era justo! A casi todos los que tenían cierta importancia a bordo se les había autorizado a ir con Hikahi para reunirse con el equipo que trabajaba en la accidentada nave thenania. Las reparaciones del *Streaker* estaban casi terminadas, pero él *siempre* se quedaba allí, bloqueado, donde nunca ocurría nada extraordinario.

Akki flotaba en su estación de estudio, bajo una cúpula de aire próxima a la parte superior de la crujía central. Las burbujas que ascendían desde la zona inferior pasaban libremente a través de las páginas del holotexto que se proyectaba frente a él.

¡Era la más estúpida de las ideas! ¡Hacerle estudiar astrogación cuando la nave estaba en el fondo de un océano!

Intentaba concentrarse en las sutilezas de la navegación de arrastre, pero su mente divagaba. Empezó a pensar en Toshio. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que cometieran la última travesura juntos? Hacía más de un mes que le quitaron las gafas a Brookida y se las cambiaron por unas lentes Fresnel.

Espero de todo corazón que Toshio esté bien. Él, al menos, tiene algo que hacer. ¿*Por qué* Creideiki insiste en que permanezca aquí cuando en la nave thenania son necesarios todos los ingenieros competentes?

Akki intentó una vez más concentrarse en el texto, pero un ruido lo distrajo. Bajó los ojos y descubrió su origen cerca de uno de los almacenes de comida. Dos fines estaban batiéndose, giraban uno alrededor del otro dándose violentos golpes con las aletas en medio de un círculo de espectadores.

Akki se apartó de la cúpula de aire y se dirigió hacia el lugar del altercado.

—¡Deteneosss! —gritó—. ¡Dejad eso ahora mismo!

Intentó separar a Sth'ata y Sreekah-jo con golpes de sus propias aletas.

Los mirones retrocedieron un poco, pero los dos combatientes lo ignoraron. Seguían empujándose y mordiéndose el uno al otro. Un golpe de aleta alcanzó a Akki en el pecho y salió despedido dando tumbos.

Boqueó para recuperar el aliento. ¿De dónde sacaban esos fines la energía para pelear en el oxiagua?

Nadó hacia uno de los espectadores.

—¡Pk'Tow... Pk'Tow!

Mordió al fin en el flanco y adoptó una postura dominante mientras Pk'Tow se volvía hacia él, colérico. No sería fácil hacerle agachar la cabeza; Akki se sintió de repente demasiado joven. Pero Creideiki le había enseñado a actuar en tales circunstancias. ¡Cuando un fin sufre una regresión, hazle fijar la mirada!

—¡Pk'Tow! Deja de escucharles y usa los ojos. ¡*Mírame!* ¡Como oficial de esta nave te *ordeno* que me ayudes a acabar con la lucha!

La mirada vidriosa desapareció del rostro de Pk'Tow.

—Bien, señor —asintió, y Akki quedó asombrado de su sumisión.

Las gotas de sangre se disolvían, formando capas rosadas mientras los combatientes relentizaban sus golpes, jadeando sofocados por la falta de oxígeno en las branquias pulmones. Akki reclutó a otros tres fines, zarandeándolos y gritándoles para que fijasen sus miradas, y se acercó a los adversarios. Consiguió separar al *steno* y al cocinero, y los mandó a la enfermería debidamente escoltados. La doctora Makanee los mantendría aislados hasta que Akki informara al comandante.

Al levantar la vista, Akki vio a K'tha-Jon, que pasaba por allí. El gigantesco oficial subalterno ni siquiera se detuvo a ayudarlo. Lo más probable era que hubiese sido testigo de la escena, pensó Akki con amargura. K'tha-Jon no habría necesitado enfrentarse a los mirones. Podía intimidarlos con un gruñido.

K'tha-Jon siguió nadando deprisa hacia la esclusa, con expresión resuelta.

Akki suspiró.

Bueno, quizá Creideiki tenga sus razones para mantenerme cerca de él, después de todo. Ahora que Hikahi se ha ido con los ingenieros, necesita ayuda para controlar toda la chusma que se ha quedado a bordo del Streaker.

Empujó con el hocico a Sreekah-jo para hacerle avanzar. El *steno* soltó una palabrota que era casi primal, pero obedeció.

Al menos, tengo una buena excusa para no estudiar astrogación, pensó Akki con cinismo.

SUESSI

—¡No! ¡Parad! Retroceded e intentarlo de nuevo. ¡Esta vez con más cuidado!

Hannes Suessi contempló con escepticismo a los ingenieros delfines que daban marcha atrás a sus pesados trineos, arrastrando la viga fuera de la cámara.

Había sido el tercer intento de añadir una pieza de refuerzo a la hendidura abierta en la cola de la nave thenania. Esta vez casi lo consiguieron, pero el trineo de cabeza dudó demasiado tiempo y estuvo a punto de aplastarse contra la pared interna de la nave de combate.

—Ahora, Olelo, a ver cómo evitas esa vigueta. —Se dirigía al conductor del primer trineo—. Cuando llegues a la altura de ese jeroglífico que parece un chacal de dos cabezas, ¡levanta el morro de esta forma! —Gesticuló con los brazos.

El fin lo miró perplejo durante unos instantes, y luego asintió con vigor.

Roger —¡la esquivaré!

Suessi hizo una mueca de disgusto ante aquella falta de seriedad. Pero no serían fines si no fuesen sarcásticos la mitad del tiempo y excesivamente entusiastas la otra mitad. Además, habían trabajado muy duramente.

Era una verdadera mierda trabajar bajo el agua. En comparación, cualquier actividad donde no hubiera gravedad era un juego.

Desde el siglo veintiuno, los hombres habían hecho grandes progresos en los trabajos de construcción en el espacio. A los problemas de inercia y rotación les dieron soluciones que la Biblioteca ni siquiera recogía. Los seres que vivían en antigravedad desde hacía un billón de años no tenían necesidad de descubrir tales soluciones.

En los tres últimos siglos, por el contrario, no se desarrollaron trabajos duros bajo el agua, ni siquiera en las comunidades delfinianas de la Tierra, y nunca se intentó sacar a flote o saquear una nave espacial caída al fondo de un océano.

Si la inercia de la ingravidez causaba problemas en órbita, ¿qué pasaría con la flotabilidad casi imprevisible de los materiales sumergidos? La fuerza necesaria para mover un objeto variaba en función de la velocidad a la que viajaba y del plano transversal que presentaba en un momento dado. En el espacio, no existían esas complicaciones.

Mientras los fines reorientaban la viga, Suessi echó un vistazo al interior del destructor para ver cómo progresaban los otros trabajos. El resplandor de las sierras láser, tan brillantes como las lámparas helarcas, iluminaba el lento desmembramiento de la cavidad central de la nave de combate thenania. Poco a poco, una gran abertura

cilíndrica iba tomando forma.

La teniente Tsh't supervisaba el final de esa obra. Todos sus trabajadores pertenecían al mismo modelo neofín. Cada delfín utilizaba los ojos o los instrumentos para los trabajos de precisión. Pero cuando se acercaban a un objeto, su cabeza se agitaba con movimientos circulares, y emitían delgados rayos de ondas sonoras desde la protuberancia bulbosa que daba a los *tursiops* la apariencia de intelectuales de amplia frente. La extremidad sono-sensible de la mandíbula inferior oscilaba formando una imagen estereoscópica.

En la cámara resonaban los chirridos. A Suessi no dejaba de maravillarle que los fines pudieran conseguir algo en medio de toda aquella cacofonía.

Eran tipos en verdad ruidosos, pero hubiera deseado contar con un número mayor de ellos.

Suessi esperaba que Hikahi llegase con más delfines de la tripulación. En cuanto apareciera con la lancha o el esquife, le proporcionaría a Suessi un lugar donde estar seco, y a los demás una oportunidad de descansar respirando un aire limpio. Si los del equipo inicial no eran relevados muy pronto, podían producirse accidentes.

El plan propuesto por Orley era diabólico. Suessi albergaba la esperanza de que Creideiki y los del concejo encontrarían una alternativa, pero los que se oponían al plan no tenían nada mejor que ofrecer. El *Streaker* sería movido tan pronto como Thomas Orley diera la señal.

En apariencia, Creideiki consideraba que tenían poco que perder.

Un estrépito resonó a través del agua. Suessi se sobresaltó y miró a su alrededor. El extremo de un freno cuántico de la nave thenania colgaba libremente, con la base seccionada por el borde de la viga que transportaba Olelo. El fin, impasible por norma general, parecía fuera de control.

—Ahora, chicos y chicas —gimió Suessi—, ¿cómo vamos a dar la impresión de que este cascarón ha sobrevivido a la batalla si nosotros mismos lo dañamos más de lo que lo hizo su enemigo? ¿Quién creerá que puede volar con todos esos agujeros?

La cola de Olelo batía el agua, mientras dejaba escapar trinos lastimeros.

Suessi suspiró. Después de trescientos años, aún debía tratarse con sumo cuidado a los delfines. Las críticas parecían dejarlos desvalidos. Utilizar halagos y estimularlos daba mucho mejor resultado.

—De acuerdo. Vamos a intentarlo de nuevo. Con cuidado. Esta vez estamos a punto de conseguirlo.

Suessi sacudió la cabeza y se preguntó qué tipo de locura le llevó a convertirse en ingeniero mecánico.

GALÁCTICOS

La batalla se había alejado de aquélla zona del espacio; una vez más, la flota tandu había sobrevivido.

La facción pthaca se había aliado con los thenanios y los gubru, y el grueso de las fuerzas de los soro aún constituía un peligro. Los Hermanos de la Noche estaban casi destruidos.

El Aceptador se sentó en el centro de su red y se desprendió de sus escudos por cuidadosas etapas sucesivas, tal como le habían enseñado. Los tutores tandu necesitaron milenios para acostumbrar a su raza a utilizar escudos mentales para todo, pues no estaban dispuestos a que nada les pasase por alto.

Mientras caían las barreras, el Aceptador sondeaba con ansiedad el espacio cercano, acariciando las nubes de vapor y los cascos a la deriva. Evitó con habilidad las psitrampas activas y los campos de probabilidad no resuelta. Contemplar batallas era una maravilla, aunque resultase también peligroso.

La conciencia del peligro era otra de las cosas que los tandu les impusieron por la fuerza. En secreto, la especie del Aceptador no se lo tomaba muy en serio. ¿Cómo podía considerarse malo algo que había ocurrido en realidad? El Episárca pensaba de ese modo, ¡y sólo había que ver lo loco que estaba!

El Aceptador notó algo que normalmente no habría llamado su atención. Si era libre para espirianalizar las naves, los planetas y los misiles, hubiera tenido que estar distraído para no detectar algo tan sutil como los pensamientos de una única y disciplinada mente.

Encantado, el Aceptador percibió que el emisor era un synthiano. Sí, un synthiano, ¡y estaba intentando comunicarse con los terrestres!

Era una anomalía, pero muy hermosa. El Aceptador nunca había presenciado antes la audacia de un synthiano.

Ningún synthiano era famoso por su habilidad psíquica, pero éste estaba haciendo un extraordinario trabajo al abrirse paso a través de la miríada de detectores psi que cada facción había diseminado en el espacio circundante.

Aquella proeza resultaba fabulosa por su carácter inesperado... una prueba más de la superioridad de la realidad objetiva sobre la subjetiva, ¡a pesar de los delirios del Episárca! La sorpresa era la esencia de la vida.

El Aceptador sabía que sería castigado si pasaba demasiado tiempo maravillándose ante este acontecimiento en vez de informar de inmediato.

Eso era también una fuente de dudas, él «castigo» con el que los tandu hacían elegir al pueblo del Aceptador un camino en vez de otro. Durante cuarenta mil años les había asombrado. Quizás algún día podrían hacer algo al respecto. Pero no

había prisa. Quizás ese día ya fuesen tutores. Sesenta mil años más serían sólo una corta espera.

La señal emitida por el espía synthiano se desvaneció. Al parecer, el furor de la batalla lo arrastraba lejos de Kthsemenee.

El Aceptador buscó la señal, lamentando un poco la pérdida. Pero el esplendor de la batalla se abría ante él. Impaciente por la abundancia de estímulos que le aguardaba, el Aceptador decidió posponer su informe sobre el synthiano... si lo recordaba.

THOMAS ORLEY

Tom miró por encima del hombro las nubes que se amontonaban. Era aún pronto para saber si la tormenta le alcanzaría. Tendría que recorrer una larga distancia antes de averiguarlo.

El planeador solar zumbaba a unos mil doscientos metros de altura; el pequeño vehículo aéreo no había sido diseñado para batir ningún récord. Era poco más que un estrecho chasis. La hélice era impulsada por los rayos del sol al caer en la amplia y translúcida ala.

El mundo oceánico de Kithrup asomaba bajo cúmulos blancos. Tom enfiló hacia el nordeste, y dejó que los vientos alisios se ocupasen casi de todo. Al volver, suponiendo que volviera, aquellos mismos vientos convertirían su avance en lento y aventurado.

Unos vientos más rápidos y más altos impulsaban sombrías nubes tras de él, hacia el este.

Volaba un poco a ciegas, sin más referencia para su tormentosa navegación que el disco anaranjado del sol de Kithrup. Una brújula no le hubiera servido para nada, pues la riqueza metálica del planeta lo recubría de entrecruzadas anomalías magnéticas.

El viento silbaba furioso en la pequeña nariz cónica del planeador. Tom, tumbado boca arriba en la estrecha plataforma, lo sentía como una ligera brisa.

Deseó tener un almohadón más. Sus codos empezaban a irritarse y sentía una ligera tortícolis. Tuvo que suprimir muchas cosas de su lista de material y hasta había tenido que elegir entre una psibomba suplementaria para utilizar en su destino y un destilador de agua que le permitiera sobrevivir cuando llegase. Todo estaba sujeto con tiras adhesivas a la plataforma en la que se apoyaba su cojín, pero de un modo tan desigual que era casi imposible encontrar una posición confortable.

El viaje se había convertido en una inacabable monotonía de mar y cielo.

Por dos veces, creyó distinguir el vuelo de unas criaturas en la lejanía. Era el primer indicio de que existían seres voladores en Kithrup. ¿Habrían evolucionado a partir de peces voladores? Le sorprendía que existieran aves en un mundo tan falto de tierras secas.

Aquellas criaturas, desde luego, podían haber sido modeladas por algún antiguo inquilino galáctico de Kithrup, pensó. Allí donde la diversidad de la naturaleza parecía disminuir, los sofotes podían inmiscuirse. He visto cosas, conseguidas genéticamente, más raras que seres voladores en un mundo acuático, se dijo.

Tom recordó la ocasión en que Gillian y él acompañaron al viejo Jake Demwa al mundo-universidad tymbri de Cathrhennlin. Entre dos conferencias, Jill y él

recorrieron una vasta reserva natural del continente, donde grandes manadas de bestias *clideu* pastaban manteniendo una formación de acuerdo con unos precisos y complicados diseños geométricos. La disposición de los dibujos se modificaba de forma espontánea minuto a minuto, sin que al parecer hubiera la menor comunicación individual entre los animales; como el aparente movimiento ondulante de un tejido de moiré. Los *tymbrimi* les explicaron que una antigua raza galáctica, que había morado en Cathrhennlin mucho tiempo atrás, programó los diseños del movimiento de los *clideu* como una adivinanza. En todos esos años, nadie había logrado descifrar el enigma, si es que existía en la actualidad.

Gillian sugirió que los diseños podían haber sido adaptados por los *clideu* en beneficio propio, pero los *tymbrimi*, amantes de los enigmas, preferían pensar de otro modo.

Tom sonrió recordando aquel viaje, su primera misión como pareja. Desde entonces, Gillian y él habían visto más cosas extraordinarias de las que nunca podrían contar.

Ahora la echaba de menos.

Los pájaros autóctonos, o lo que fueran, viraron para alejarse de la creciente barrera de nubes. Orley los siguió con la mirada hasta que se perdieron de vista. No había señales de tierra en la dirección en que volaban.

El planeador se desplazada a unos doscientos nudos. Eso debería llevarle hasta la cadena nordeste de islas volcánicas que buscaba en un par de horas, más o menos. La radio, el seguimiento por satélite y el radar eran lujos inaccesibles. Tom sólo tenía para orientarse un mapa sujeto al parabrisas.

El vuelo de regreso tal vez le resultaría más fácil. Gillian insistió para que llevara un registrador de inercia, que le guiaría, incluso aunque él cerrara los ojos, hasta escasos metros de la isla de Hikahi.

Contando con que tuviera la ocasión de usarlo.

Las nubes que le perseguían crecieron lentamente sobre y detrás de él. La corriente en chorro de Kithrup estaba realmente hirviendo. Tom admitió que no le importaría encontrar un lugar donde aterrizar antes de que la tormenta le alcanzase.

Mientras caía la tarde, vio volar de nuevo a las criaturas aéreas y, por dos veces, vislumbró un movimiento en las aguas: algo enorme y sinuoso que desapareció antes de que pudiera verlo con claridad.

Aquí y allá, aparecían entre el oleaje bancos dispersos de algas, lo bastante densos como para formar montículos aislados de vegetación. Pensó distraídamente que tal vez las criaturas voladoras se posaban sobre ellos.

Tom luchaba contra el aburrimiento, y empezó a odiar el objeto prominente que se le clavaba en el riñón izquierdo.

La amenazante barrera de nubes estaba a pocos kilómetros de su espalda, cuando vio algo en el horizonte norte, una mancha imprecisa recortándose contra el grisáceo cielo.

Imprimió más velocidad a la hélice y enfiló hacia lo que pronto reconoció como una columna de humo. Enrollándose y retorciéndose hacia el nordeste, parecía una tiznada bandera ondeando en el cielo.

Tom intentó ganar altura, a pesar de las amenazantes nubes que ocultaban el último sol de la tarde, proyectando sombras sobre los receptores solares de su ala. Retumbaban los truenos y el resplandor de los relámpagos iluminaba fugazmente el paisaje marino.

Cuando empezó a llover, la aguja del amperímetro entró de lleno en la zona roja. El pequeño motor comenzó a fallar.

Sí. ¡Ahí está! ¡Una isla! Sin embargo, la montaña parecía a bastante distancia. El humo cubría parte de ella.

Hubiera preferido aterrizar en una isla más acogedora, una con menos actividad. Orley se burló de sí mismo por concebir preferencias en aquellas circunstancias. En caso necesario, se posaría incluso sobre el mar. El pequeño planeador estaba equipado con flotadores.

La luz se debilitaba. En la creciente penumbra, Tom notó que la superficie del océano había cambiado de color. Algo en su apariencia le hizo fruncir el ceño de perplejidad. Era difícil decir qué había cambiado.

Tuvo poco tiempo para especulaciones, le fue necesario centrar toda su atención en el aparato, en un esfuerzo por ganar unos palmos de altura.

Confió en que quedase luz suficiente para encontrar un punto de aterrizaje, y dirigió la frágil nave, bajo una lluvia persistente, hacia el volcán que ardía sin llamas.

CREIDEIKI

No se había dado cuenta de que la nave estuviese tan mal.

Creideiki revisó el estado de cada uno de los motores e instrumentos averiados. Mientras se hacían las reparaciones, él o Takkata-Jim las habían verificado tres veces discretamente. Habían reparado la mayor parte de los daños que podían repararse.

Pero como jefe de la nave, era a él a quien correspondía tratar con lo intangible. *Alguien* debía ocuparse de la estética, por poco prioritario que pareciese. Y fuera cual fuese el resultado de las reparaciones funcionales, el *Streaker* nunca más sería una nave hermosa.

Era la primera vez que salía de ella. Llevaba un respirador y nadaba por encima del casco dañado para tener una visión de conjunto.

Los alerones de estasis y los principales conductos de gravedad podían funcionar. Emerson D'Anite y Takkata-Jim le habían dado su palabra, pero quiso comprobarlo por sí mismo. Un impulsor de cohetes había sido destruido en Morgran por un rayo antimateria. El resto era aprovechable.

Pero aunque el casco fuera seguro y sólido, no tenía la bella apariencia que había tenido antes. La envoltura exterior estaba agrietada en dos lugares, donde los rayos atravesaron los escudos protectores levantando ampollas en la superficie.

Brookida le enseñó incluso una pequeña zona en la que el metal había cambiado de una aleación a otra. La integridad estructural de la nave estaba intacta, pero aquello significaba que alguien pasó demasiado cerca de ellos con un distorsionador de probabilidad. Era desconcertante pensar que aquella parte del *Streaker* hubiera chocado contra otra nave similar aunque un poco diferente, tripulada por fugitivos similares aunque un poco diferentes, en algún hipotético universo paralelo.

Según los archivos de la Biblioteca, nadie había aprendido aún a controlar los distorsionadores de las leyes del universo lo suficiente como para utilizarlos en algo distinto a un arma; aunque se rumoreaba que algunas de las antiguas especies que «superaban» a la civilización galáctica descubrían de vez en cuando el secreto, y lo empleaban para salir de la realidad por una puerta falsa.

El concepto de infinitos universos paralelos era conocido por los delfines desde antes de que los humanos conociesen el fuego. Formaba parte del Sueño Cetáceo. Los grandes cetáceos se complacían en lamentarse de un mundo mutable hasta el infinito. Al iniciarse en el uso de herramientas, los delfines árnica perdieron esta gran indiferencia. Ahora comprendían la filosofía de las ballenas un poco mejor que los hombres.

La domesticada versión del distorsionador de probabilidad era uno de la docena de sistemas que los *galácticos* tenían para distorsionar la velocidad de la luz, pero las

especies prudentes lo evitaban. Las naves desaparecían al utilizar la propulsión probabilística.

Creideiki se imaginó saliendo del espacio-tiempo para encontrarse en una reunión de «*Streakers*», cada uno de un universo diferente, todos capitaneados por una versión ligeramente modificada de sí mismo. Las ballenas eran capaces de complacerse filosóficamente ante una situación parecida. Él no estaba tan seguro de sí mismo.

Por otro lado, a pesar de su capacidad especulativa, las ballenas eran imbéciles cuando se trataba de astronaves y máquinas. No reconocían una flota de naves mejor que un perro su reflejo en el agua.

Menos de dos meses antes, Creideiki se había encontrado frente a una flota abandonada, con naves tan grandes como lunas y tan viejas como estrellas de mediana edad. Allí perdió una docena de fines valiosos, y desde entonces no hacían más que huir de otras flotas de naves.

Había veces que anhelaba poder ser ciegamente animal para algunas cosas, como lo eran las ballenas. O tan filosófico.

Creideiki nadó hasta una cornisa que dominaba la nave. El brillo de las lámparas proyectaba alargadas sombras sobre las transparentes aguas eufóricas. La tripulación había terminado de instalar el botín encontrado por Suessi en el naufragio de la nave thenania. Sólo faltaba liberar los soportes de aterrizaje para ponerse en movimiento.

Hikahi había partido unas horas antes con una tripulación escogida y el esqui de la nave. Creideiki desearía poder hacer más por ayudar a Suessi, pero el *Streaker* estaba ya muy por debajo de sus efectivos mínimos.

Seguía sin ver ninguna alternativa al plan de Thomas Orley. Metz y Takkata-Jim demostraron ser incapaces de proponer otra cosa que no fuera la rendición incondicional al vencedor de la batalla que se desarrollaba sobre ellos, y eso era algo que Creideiki nunca permitiría. No mientras quedase cualquier otra posibilidad.

Los sensores pasivos indicaban que en el espacio la batalla se acercaba a una cima de violencia. En pocos días, llegaría a su punto culminante y tendrían entonces la última oportunidad para escapar camuflados, aprovechando la confusión.

Espero que Tom llegue sano y salvo, y que su experimento tenga éxito.

El sordo gruñido de los motores que se estaban probando repercutía en el agua. Creideiki había calculado el nivel tolerable de ruido. Había tantas posibilidades de filtración... neutrinos de la planta de potencia, gravitones de la pantalla de estasis, ondas psi desde cualquier parte de a bordo. Y el ruido era la menor de sus preocupaciones.

Mientras nadaba oyó algo encima de él. Su atención se dirigió hacia la superficie.

Cerca de las boyas de detección se encontraba un neofín solitario trabajando en ellas con los manipuladores del arnés. Creideiki se acercó a él.

*¿Hay un problema
Aquí que altere
La organización de las tareas?*

Reconoció al *steno* gigante, K'tha-Jon. Éste se sobresaltó. Sus ojos se abrieron de par en par, y por un instante, Creideiki pudo ver la membrana blanca que rodeaba la plana pupila.

K'tha-Jon se recuperó con prontitud. Su boca se abrió en una sonrisa.

*Un ruido de fondo molestaba
A la oyente neutrónica,
La que escuchaba no oía
Ecos de la batalla.*

*Ella me dijo
¡Acaba con los parásitos!
A mi tarea
Ahora debo volver.*

Era algo como para inquietarse. Resultaba vital que el puente del *Streaker* conociera en todo momento lo que pasaba en el cielo y pudiera recibir noticias de la misión de Thomas Orley.

Takkata-Jim debió enviar algún otro para hacer la reparación. Las boyas estaban bajo la responsabilidad de la tripulación del puente. Sin embargo, con Hikahi y Tsh't fuera, y la mayor parte del personal de élite del puente con ellos, quizá K'tha-Jon fuese el único suboficial disponible.

*Como un buen acróbata,
Jinete de olas grandes,
Apresúrate a regresar
Con los que te esperan.*

K'tha-Jon asintió, replegando los brazos del arnés. Sin pronunciar más palabras, emitió una pequeña nube de burbujas y se sumergió hacia la brillante abertura de la esclusa.

Creideiki miró al gigante mientras se alejaba.

De forma superficial, K'tha-Jon al menos parecía que reaccionaba con más resistencia que otros fines a la difícil situación del *Streaker*. De hecho, incluso pareció disfrutar en el combate que había acompañado su retirada de Morgran, manejando una batería de cañones con fiero entusiasmo. Era un eficiente suboficial.

Sí es así, ¿por qué me invade la cólera cada vez que está cerca de mí? ¿No será uno de los juguetes de Metz?

Tengo que insistir para que el doctor Metz deje de evadirse y me muestre sus notas. Si es necesario, forzaré su cerradura, ¡y al diablo el protocolo!

K'tha-Jon se había convertido en compañero inseparable del teniente Takkata-Jim. Junto con Metz, eran los tres principales oponentes del plan de Tom Orley. La cuestión aún coleaba, y Takkata-Jim estaba más taciturno que nunca.

El segundo de a bordo empezaba a ser un problema real. Creideiki sentía compasión por el teniente. No era culpa suya que aquel crucero de prueba se convirtiera en un calvario. Pero la piedad no impediría que el capitán promocionara a Hikahi para que lo sustituyera en el puesto que ahora ocupaba tan pronto como la tripulación se reuniera de nuevo.

Takkata-Jim era del todo consciente de lo que se le avecinaba, y del informe que el capitán escribiría sobre cada uno de sus oficiales para el Centro de Elevación. Las primas para el derecho a la descendencia de Takkata-Jim peligraban.

Creideiki podía imaginar cómo se sentía el teniente. Había veces en que incluso él mismo se sentía oprimido por aquella imposición de la elevación. En esos momentos sentía deseos de gritar en primal, «¿Quién os ha dado el derecho?». Y permitir que la dulce hipnosis del Sueño Cetáceo le llamara para abrazar de nuevo a los viejos dioses.

Pero esos momentos siempre pasaban, y volvía a pensar que no había nada en el Universo que desease más que tener el mando de una astronave, coleccionar registros de canciones del espacio y explorar las corrientes entre las estrellas.

Un banco de peces nativos pasó cerca de él. Se parecían un poco a los salmonetes, salmonetes feos, con chillonas placas metálicas en lugar de escamas.

Sintió la súbita urgencia de perseguirlos, y llamar a toda la tripulación que trabajaba fuera de la nave para que se le unieran en la cacería.

Imaginó a sus plácidos mecánicos y técnicos quitándose el arnés para precipitarse tras el estridente grupo de desgraciadas criaturas, conduciéndolas con habilidad y capturándolas al vuelo cuando el pánico las hiciera saltar por encima de la superficie.

Incluso si alguno de los fines se dejaba llevar por el impulso y tragaba un poco de metal, sería estupendo para la moral del grupo.

*Ver lluvias de Primavera,
Y luego, en el secreto de la noche,
Ver la Luna en el seno de las olas...*

Era un haikú de lamento.

No había tiempo para juegos de caza, no mientras ellos mismos fueran presas.

El tintineo del arnés anunció que le quedaban sólo treinta minutos de aire. Se sacudió. Si su meditación hubiera sido más profunda, Nukapai tal vez habría

aparecido. La quimérica diosa le hubiese molestado. Su gentil voz le habría recordado la ausencia de Hikahi.

Las boyas de observación bailaban cerca de él, ancladas por tenues amarras al lecho del océano. Nadó hasta el ovoideo rojo y blanco en el que trabajara K'tha-Jon, y notó que la placa de acceso se había quedado abierta.

La cabeza de Creideiki osciló mientras emitía un concentrado sonido. La extraña geometría de la boya y sus amarras resultaba algo perturbadora.

Su receptor de fono-sonar zumbó. Una voz amplificadas llegó hasta él a través de su conexión neural.

—*Capitán, sssoy Takkata-Jim. Hemos terminado con las pruebas de los propulsores y los generadores de estasis. Los hemos arreglado en función de sus nuevas comprobaciones. También ha llamado Suessi para decir que el... el Caballo Marino de Troya está llegando. Hikahi está allí y le envía saludoss.*

—Bien. —Creideiki transmitió las palabras directamente por el enlace neural—. ¿Se sabe algo de Orley?

—*No, señor. Y se está retrasando. ¿Está seguro de que quiere seguir con su plan? ¿Qué pasará si no puede hacernos llegar un mensaje psibomba?*

—Ya hemos examinado todas las eventualidades.

—*¿Así que de cualquier modo vamos a mover la nave? Creo que deberíamos discutirlo de nuevo.*

Creideiki sintió una oleada de irritación.

—No vamos a discutir de tácticas en un canal abierto, teniente. Y ya está decidido. Volveré en seguida. Mientras, vaya ultimando los detalles. ¡Debemos estar preparados para cuando Tom llame!

—*Bien, señor.*

Takkata-Jim cortó la comunicación sin formular la más mínima disculpa.

Creideiki había perdido la cuenta del número de veces que se le había interrogado acerca del plan. Si no confiaban en él porque era «sólo» un delfín, deberían pensar que la idea original había procedido de Thomas Orley. Además, él, Creideiki, *era* el comandante. Era él el responsable de salvar sus vidas y su honor.

Cuando sirvió a bordo de la nave de exploración *James Cook*, nunca presencié que nadie discutiera las órdenes del comandante humano, la capitán Álvarez.

Golpeó el agua con la cola hasta que su cólera se calmó. Contó hasta que le embargaron las estructuras tranquilizantes del Keneenk.

Dejémoslo, decidió. La mayor parte de los tripulantes no preguntan, y el resto obedece las órdenes. Para Ser una tripulación experimental, bajo una enorme presión, eso ya es mucho.

«Cuando la mente se empeña, encuentra la solución», enseñaba el Keneenk. Todo problema contenía los elementos de su solución.

Accionó los brazos manipuladores para alcanzar el panel de acceso a la boya.

Si la boya funcionaba bien, tendría un pretexto para licitar a Takkata-Jim. Ésa

sería la clave para llegar hasta el teniente, llevarlo de nuevo a la comunidad de la nave y romper su círculo vicioso de aislamiento. «Cuando la mente...»

Era cuestión de minutos comprobar si estaba en buen estado. Creideiki conectó una extensión desde su toma neural al ordenador de la boya. Y pidió a la máquina que informase de su situación.

El brillante arco de una descarga eléctrica destelló ante él. Creideiki gritó mientras la sacudida provocaba un cortocircuito en su arnés y le carbonizaba la piel alrededor de la derivación neural.

¡Una corriente de penetración!, comprendió Creideiki en la eternidad del latigazo. *¿Pero cómo...?*

Lo sentía todo a cámara lenta. La corriente luchó contra los diodos protectores de su neuroamplificador. El interruptor general se desconectó, pero el aislante volvió a formarse casi al instante bajo el efecto del contragolpe.

En su parálisis, Creideiki tuvo la impresión de oír una voz en los ardientes campos de batalla, una voz que se burlaba de él.

*Cuando la mente se empeña,
Encuentra – también engaño
Engaño – hay engaño en la ilusión.*

Arqueando el cuerpo en un grito de agonía, Creideiki lanzó un único e incontrolado alarido en primal, el primero de su vida adulta. Luego rodó panza arriba y se hundió en unas tinieblas más densas que la noche.

Cuarta parte

LEVIATÁN

*Mi padre era guardián del faro de Eddystone,
Una noche apacible apareció una sirena,
De su unión nacimos tres:
Una marsopa, una dorada y yo.*

Oh, ¡por la vida en el mar ondulante!

VIEJO CÁNTICO

GILLIAN

«Como la mayor parte de las especies derivadas de ancestros exclusivamente carnívoros, los tandu fueron pupilos difíciles. Tenían tendencias caníbales y en los estudios tempranos de su elevación se oyó hablar de casos de ataque contra individuos de su raza tutora, los nght.

»Los tandu son notables por su baja empatía hacia las otras formas de vida inteligente. Son miembros de un movimiento pseudo-religioso cuya doctrina propone el exterminio final de todas las especies juzgadas “indignas”. Aunque observan los códigos de los Institutos Galácticos, los tandu no hacen un secreto de su deseo de ver menos poblado el Universo, ni de la impaciencia con que esperan el día en que las leyes sean barridas por una “potencia suprema”.

»Según los seguidores de la formación “legataria”, esto ocurrirá cuando los Progenitores regresen a las Cinco Galaxias. Los tandu aseguran que, al llegar ese día, ellos serán los elegidos para aplastar a los indignos.

»Mientras esperan ese milenio, los tandu se entrenan complaciéndose en innumerables escaramuzas menores y batallas de honor. Se alistan en cualquier guerra declarada por los Institutos Galácticos, sea cual sea la causa, y son citados con frecuencia por abusos de poder. Se les ha atribuido “la extinción accidental” de por lo Menos tres especies astronavegantes.

»Aunque esta raza tenga muy poca empatía por los tutores de igual nivel, es maestra en el arte de la elevación. En su forma presensitiva, en su mundo de barbecho, han domesticado algunas especies locales para utilizarlas como animales de caza: el equivalente de los perros de rastreo en la Tierra. Desde que se vieron libres del aprendizaje, los tandu han adquirido y adoptado dos de las especies psíquicas más poderosas de la reciente cosecha de pupilos. Los tandu están realizando investigaciones a largo plazo por medio de manipulaciones genéticas abusivas sobre esas dos especies, para convertirlas en instrumentos dependientes por completo de su amor a la caza...»

(Ver referencias: EPISÍARCA –cl–82f49; ACEPTADOR –cl–82f50.)

Gente encantadora, esos tandu, pensó Gillian.

Dejó la placa de lectura junto al árbol donde estaba sentada. Se había concedido una hora de lectura esa mañana, y casi tocaba a su fin. Había leído doscientas mil palabras, más o menos.

Aquella ficha sobre los *tandu* llegó del *Streaker* por cable la noche anterior. Al parecer, la máquina Niss estaba consiguiendo algo de la mini-Biblioteca recuperada por Tom del naufragio thenanio. Aquel resumen resultaba demasiado claro, y trataba

el tema de una forma demasiado directa como para proceder de la traducción inglesa de la desesperante micro-sección del *Streaker*.

Gillian, por supuesto, ya conocía algunas cosas acerca de los *tandu*. Todos los agentes de Terragens eran informados sobre aquellos sigilosos y brutales enemigos de la Humanidad.

El presente informe sólo reforzaba su sentimiento de que había algo terriblemente equivocado en un Universo que albergaba a tales monstruos. Gillian pasó un verano leyendo viejas novelas del espacio anteriores al Contacto. ¡Qué abiertos y amigables parecían aquellos antiguos universos de ficción! Incluso los más extraños y «pesimistas» no se acercaban a la cerrada y peligrosa realidad.

Pensar en los *tandu* la llevaba a ensoñaciones melodramáticas en las cuales ella empuñaba una daga y recurría a la última y antigua prerrogativa de una mujer si la capturaban aquellas criaturas asesinas.

El pesado olor orgánico del humus dominaba al sabor metálico que lo impregnaba todo cerca del agua. El aire estaba fresco tras la tormenta de la noche anterior. Las verdes frondas ondulaban despacio bajo las suaves borrascas causadas por los incesantes vientos alisios de Kithrup.

A estas horas, pensó, Tom ya debe haber encontrado su isla crisol y empezado a preparar su experimento... Si es que sigue vivo.

Aquella mañana, por primera vez, la certeza la había abandonado. Siempre estuvo segura de que si moría ella lo sabría en el mismo momento; en cualquier sitio en que se encontrase. Pero ahora estaba confusa. A su mente le faltaba claridad. Sólo estaba segura de que habían ocurrido cosas terribles durante la noche anterior.

Primero, al atardecer, aquella sorda premonición de que le había sucedido algo a Tom. No pudo concretar el sentimiento, pero la preocupó.

Luego, durante la noche, tuvo una serie de pesadillas.

Se le aparecieron unas caras. Caras de *galácticos*, cubiertos con cueros, plumas y escamas, con dientes y mandíbulas. Ululaban y farfullaban pero ella, a pesar de su esmerada educación, no podía entender ni una palabra o senso-glifo. En su sueño, reconoció varias razas: dos astronautas *appish* que morían al ser abatida su nave; un *jofur* que aullaba a través del humo ante el muñón sanguinolento de su brazo; una *shyntiana* que escuchaba los cantos de las ballenas mientras esperaba con impaciencia tras un bloque de piedra helado por el vacío.

En su sueño, Gillian fue impotente para rechazar aquellos rostros.

Se había despertado de repente en medio de la noche, con un temblor que le tensaba la columna vertebral como si fuera la cuerda de un arco. Respirando pesadamente en la oscuridad, sintió una conciencia retorciéndose en agonía en el límite de su alcance sensorial. A pesar de la distancia, captó un mezclado aroma en el febril glifo psíquico. Aquello era demasiado humano para proceder de un delfín y

demasiado cetáceo para proceder de un hombre.

Luego todo cesó. El ataque psíquico había finalizado.

No sabía qué hacer. ¿De qué servía un poder psi cuando los mensajes eran tan imprecisos que resultaban indescifrables? Su intuición potenciada por la genética padecía ahora una cruel decepción. Era peor que no tenerla.

Aún le quedaban unos minutos de su hora. Los pasó con los ojos cerrados, escuchando el flujo y reflujo de los sonidos, mientras las rompientes proseguían su eterna batalla contra las altas orillas occidentales y el ramaje de los árboles se elevaba y replegaba bajo el viento.

Intercalados entre los chasquidos de los troncos y las ramas, Gillian pudo oír los agudos trinos de los aborígenes presensitivos, los *kiqui*. De vez en cuando, distinguía la voz de Dennie Sudman hablando en una máquina que traducía sus palabras a las altas frecuencias del dialecto *kiqui*.

Aunque trabajaba doce horas al día ayudando a Dennie en su investigación sobre los nativos, Gillian no podía evitar un sentimiento de culpabilidad por los descansos que se estaba permitiendo. Se recordó a sí misma que aquellos pequeños seres tenían una gran importancia.

Pero uno de los rostros de su sueño la estuvo persiguiendo toda la mañana. Hasta media hora antes, Gillian no se había dado cuenta de que se trataba de su representación subconsciente de Herbie, el antiguo cadáver causante de todos los problemas, que se le aparecía tal como debió ser cuando estaba vivo.

En el sueño, poco antes de empezar a sentir las premoniciones de una catástrofe, el alargado y humanoide rostro le había sonreído y luego, con lentitud, hecho un guiño.

—¡Gillian! ¿Doctora Baskin? ¡Es la hora!

Abrió los ojos. Levantó el brazo y consultó el reloj. El mecanismo estaba ajustado a la voz de Toshio. *Siempre se puede confiar en la palabra de un guardiamarina*, recordó Gillian. *Dile que venga a recogerte dentro de una hora y lo hará en un segundo*. Al comienzo del viaje Gillian tuvo que recurrir a las amenazas para convencerle de que usara el tratamiento de «señor», o el anacrónico «señora», sólo cada tres frases, y no cada dos palabras.

—¡Ya voy, Toshio! ¡Un minuto!

Gillian se levantó y se desperezó. Aquel descanso le había resultado provechoso. Su mente había estado tan bloqueada que sólo el reposo podía devolverle la lucidez.

Confiaba en acabar allí y poder regresar al *Streaker* pasados tres días, justo en el momento en que Creideiki planeaba mover la nave. Para entonces, ella y Dennie ya tendrían una idea concreta de las necesidades ambientales de los *kiqui*, y podrían

llevarse con ellos un pequeño grupo de muestra al Centro de Elevación de la Tierra. Si el *Streaker* escapaba, y si la Humanidad registraba su primera demanda de pupilaje, podrían salvar a los *kiqui* de una suerte mucho peor.

Caminando entre los árboles, Gillian vislumbró el océano por un espacio que se abría al nordeste, entre el follaje.

¿Podré sentir desde aquí la llamada de Tom? La Niss dice que su señal será detectable en cualquier punto del planeta.

Con seguridad, todos los ETs podrán oírla.

Procuraba conservar sus energías psíquicas al nivel más bajo posible, como Tom le había recomendado. Formuló una plegaria oral a la antigua usanza, y la envió hacia el norte, por encima de las olas.

—Apuesto a que esto complacerá al doctor Dart —dijo Toshio—. Los sensores, desde luego, quizá no sean del tipo que buscaba. Pero el robot es totalmente operacional.

Gillian examinó la pequeña pantalla conectada al robot. Ella no era experta en rebotica ni en planetología, pero comprendía los principios.

—Creo que tienes razón, Toshio. El espectrómetro de rayos X funciona. Lo mismo que el zaper láser y el magnetómetro. ¿Puede aún moverse el robot?

—¡Como un pequeño cangrejo! Lo único que no puede hacer es volver a subir. Sus tanques de flotación se rompieron cuando el bloque de coral cayó sobre él.

—¿Dónde está ahora?

—En una cornisa, a unos noventa metros de profundidad. —Toshio pulsó el diminuto teclado y apareció un holo esquemático en el espacio frente a la pantalla—. Acaba de darme un mapa sonar de esa profundidad. No quiero hacerle descender más hasta que haya hablado con el doctor Dart. Sólo podemos ir hacia abajo, de cornisa en cornisa; siempre en la misma dirección. Cuando el robot abandona un lugar, ya no puede regresar a él.

El esquema mostraba una cavidad cilíndrica que descendía al interior de las metalíferas rocas de la delgada corteza de Kithrup. Las paredes eran irregulares, con salientes y cornisas como la que servía de soporte a la sonda averiada.

Un sólido tronco se izaba levemente inclinado en la gran cavidad. Era la enorme raíz taladradora que Toshio y Dennie destrozaron pocos días antes. Su extremo superior descansaba contra uno de los bordes de su propia excavación subacuática. El resto desaparecía en regiones desconocidas, más abajo del área registrada en el esquema.

—Creo que tienes razón, Toshio. —Gillian hizo una mueca y pellizcó el brazo del joven—. Charlie se alegrará por esto. Tal vez así deje en paz a Creideiki. ¿Quieres darle tú mismo las noticias?

Era evidente que Toshio estaba satisfecho con el elogio, pero no supo cómo

reaccionar ante la oferta de Gillian.

—Uh, no, gracias, señor. Quiero decir, ¿no podría usted añadirlo hoy en su informe a la nave? Estoy seguro de que el doctor Dart preguntará cosas que no estoy preparado para responder...

Gillian no podía censurar a Toshio. Darle buenas noticias a Charles Dart no era más placentero que dárselas malas. Pero antes o después el joven guardiamarina debería encararse con el planetólogo chimp. Era mejor que aprendiera a enfrentar el problema desde el principio.

—Lo siento, Toshio. El doctor Dart es todo tuyo. No olvides que yo me voy de aquí dentro de unos días. Serás tú quien tenga que... *contentar* a Charlie, cuando te pida que hagas turnos de treinta horas.

Toshio asintió con gravedad, intentando mantener una expresión seria mientras ella le estuviera mirando. Gillian sonrió burlescamente hasta que él no pudo evitar ruborizarse y sonreír también.

AKKI

Apresurándose para llegar al puente antes del cambio de guardia, Akki tomó un atajo a través de la esclusa. Cuando se hallaba a mitad de la amplia sala notó que algo había cambiado allí.

Giró sobre su cabeza para detenerse. Sus pulmones-branquias le pesaban, y se maldijo a sí mismo por idiota, por ir dando tumbos a aquella velocidad cuando apenas había oxígeno suficiente.

Akki miró a su alrededor. Nunca había visto antes la esclusa tan vacía.

La canoa del capitán se había perdido en las Syrtes. Los pesados trineos y una parte del equipo se habían desplazado hasta la naufragada nave thenania. Y, ayer mismo, la teniente Hikahi había cogido el esquiife.

La lancha, la última y mayor de las embarcaciones del *Streaker*, era el centro de una febril actividad. Varios fines de la tripulación usaban arañas mecánicas para cargar cajas en la pequeña nave espacial. Akki olvidó las prisas para llegar a su puesto y trazó unas cuantas espirales alrededor de la lancha.

Ascendió nadando hasta uno de los delfines que cabalgaban las arañas. El aparato transportaba una gran caja entre sus brazos-pinza.

—Hey, Sup-peh, ¿qué passsa aquí?

Akki siempre se expresaba con frases cortas y simples. Su forma de hablar inglés en el oxiagua había mejorado, pero si un calafiano era incapaz de hablarlo con corrección, ¿qué podía esperarse de los demás?

—Ah, hola, ssseñor Akki —dijo el otro delfín, levantando la vista—. Pasa que han cambiado lasss órdenes. Verificamos la lancha para utilizarla en el espacio, Y también hay que cargar esas cajasss.

—¿Y qué cont... cont...? ¿Qué hay dentro?

—Informesss del doctor Metz, parece. —El tercer brazo manipulador de la araña señaló una pila de cartones impermeables—. Imagine, todos nuestros abuelos y sus descendientes están ahí, registrados en chips magnéticos. ¿No le da una sensación de *continuidad-d-d*?

Sup-peh era originario de la comunidad del Atlántico Sur, un clan muy orgulloso de su dicción. Akki se preguntaba si no habría cierta veleidad excéntrica en lo que parecía pura y simple torpeza.

—Creía que estabas en el grupo de avituallamiento que salió hacia la nave thenania.

Sup-peh era asignado por norma habitual a tareas que requerían poca precisión.

—Debía haber ido, ssseñor Akki. Pero no han salido más equipos. La nave está cerrada, ¿no lo sabía? Estamosss todos nadando en círculo hasta que se sepa algo más

sobre el estado del comandante.

—¿Qué? —dijo Akki, a punto de ahogarse—. ¿El comandante...?

—Tuvo un accidente durante una inspección fuera de la nave. Se electrocutó, creo. Lo encontraron cuando apenas quedaba aire en su respirador. Ha estado inconsciente desde entonces. Takkata-Jim está ahora al mando.

Akki se quedó de piedra. Estaba tan aturdido que ni se dio cuenta de que Sup-peh se giraba con brusquedad y regresaba a su trabajo a toda prisa al ver que una enorme forma oscura nadaba hacia él.

—¿Puedo ayudarle, *señor Akki*? —preguntó el gigantesco delfín, en un tono casi sarcástico.

—¡K'tha-Jon! —dijo Akki sacudiendo el cuerpo—. ¿Qué le ha pasado al comandante?

Había algo en su actitud que dejó helado a Akki. Y no era sólo el respeto fingido hacia su rango. K'tha-Jon recitó un breve gorjeo en ternario.

Sugestiones vienen

De que quieres

Saber mucho más.

Ve y pregúntale

A tu jefe,

Que te espera en la orilla.

Con un gesto casi insolente de uno de los brazos de su arnés, K'tha-Jon aleteó y se alejó nadando para ir a reunirse con su grupo de trabajo. El impulso de sus poderosas aletas empujó a Akki un par de metros hacia atrás. Akki sabía que era mejor no reprenderle. Algo en el ternario de triple sentido de K'tha-Jon le decía que sería inútil. Decidió tomarlo como un aviso, y se giró a toda prisa hacia el ascensor del puente.

De pronto, se dio cuenta de que los mejores fines de la tripulación del *Streaker* estaban ausentes. Tsh't, Hikahi, Karkaett, S'tat y Lucky Kaa habían ido a la nave thenania. ¡Eso permitía que K'tha-Jon fuera el oficial de mayor rango!

Y también Keepiru se había marchado. Akki nunca creyó los rumores que corrían sobre el piloto. Siempre lo había considerado como el fin más valiente de la tripulación, y también el nadador más rápido. Lamentaba que Keepiru y Toshio no estuvieran ahora a su lado. ¡Ellos le hubieran ayudado a saber qué estaba pasando!

Cerca del ascensor, Akki encontró a un grupo de cuatro *tursiops* apiñados en un rincón de la esclusa sin hacer nada en particular. Sus expresiones eran taciturnas y yacían en lánguidas posturas.

—Sus'ta, ¿qué pasa aquí? —preguntó—. ¿No tenéis nada que hacer?

El marinero levantó la vista y torció la cola en un gesto que entre los delfines

equivalía a encogerse de hombros.

—¿Cuál es el problema, sseñor Akki?

—El problema es... ¡que hagáis vuestro trabajo! Vamos, ¿de qué tenéis tanto miedo?

—El comandante... —empezó a decir uno de los otros.

Akki no le dejó terminar.

—¡El comandante sería el primero en decir que fuerais másss perseverantes!
Cambió al ternario.

¡Concentraos en el lejano

Horizonte

De la Tierra!

Allí nos necesitan.

Sus'ta parpadeó e intentó vencer su abatimiento. Los otros le imitaron.

—Sssí, señor Akki. Vamosss a intentarlo.

—Muy bien —asintió Akki—. Seguid el espíritu del Keneenk-k-k.

Entró en el ascensor y marcó el código del puente. Mientras las puertas se cerraban vio alejarse nadando a los fines, hacia sus puestos de trabajo, supuso.

¡Ifni! ¡Le había sido difícil mostrarse tan seguro cuando lo que en verdad buscaba era información! ¡Pero para darles confianza debía aparentar que sabía más que ellos!

¡Mordeduras de tortuga! ¡Motores estropeados! ¿Serán muy graves las heridas del capitán? ¿Qué *oportunidad* tendremos si Creideiki nos deja?

Decidió mostrarse lo más inofensivo y discreto posible, por un tiempo... hasta que supiera con exactitud qué sucedía. Sabía que un guardiamarina estaba en la situación más expuesta de todas, con las cargas y los deberes de un oficial y ninguna de las protecciones.

¡Y un guardiamarina era siempre el último en enterarse de lo que pasaba!

SUESSI

La excavación estaba casi terminada. El acorazado thenanio había sido escariado y reforzado. Pronto llenarían su vasta cavidad cilíndrica con la carga deseada y podrían partir.

Hannes Suessi saltaba de impaciencia. Estaba harto de trabajar bajo el agua. Y a decir verdad, estaba también harto de los fines.

¡Dioses, la de historias que podría contar cuando volviera a casa! Había dirigido brigadas de trabajo bajo los océanos de polución de Titán, ayudado a recuperar cometas adeninos en la Sopa Nebulosa, e incluso había trabajado con aquellos locos amerindios e israelitas que intentaban terraformar Venus. Pero nunca ningún trabajo le había mostrado como éste las leyes de la perversidad.

Casi todos los materiales con los que trabajaba eran de manufactura alienígena, con una extraña ductilidad y unas raras conductividades cuánticas. Tuvo que verificar por sí mismo la impedancia psiónica de casi todas las conexiones, y seguramente aquella maravilla enmascarada aún llenaría el cielo de parásitos telekinéticos cuando empezara a funcionar.

¡Fines! ¡Eso era lo peor de todo! Efectuaban la operación más delicada de un modo impecable, y luego empezaban a nadar en círculos dando gritos sin sentido en primal cuando la abertura de una escotilla provocaba particulares reflejos sonar.

Y cada vez que acababan un trabajo, llamaban al viejo Suessi. «Compruébalo, Hannes», le decían. «Asegúrate de que lo hemos hecho bien.»

Hacían verdaderos esfuerzos. No podían evitar sentirse como semiacabados pupilos de unos tutores lobeznos en una galaxia hostil, en especial cuando todo eso era cierto.

Suessi admitía que refunfuñaba por escuchar el eco de sus pensamientos en su propio cráneo más que por un motivo real. El *Streaker* había hecho un buen trabajo; aquello era en realidad lo que importaba. Estaba orgulloso de cada uno de ellos.

De cualquier modo, todo iba mucho mejor desde la llegada de Hikahi. Constituía un ejemplo para los demás, y su forma de hablar a los fines con parábolas Keneenk les ayudaba a concentrarse.

Suessi se incorporó sobre un codo. Su estrecha litera estaba a menos de un metro del techo, y sólo unos pocos centímetros separaban sus hombros de la escotilla de aquel camarote tan parecido a un ataúd.

Bueno, ya he descansado bastante, pensó; aunque le escocían los ojos y los brazos aún le dolían. Intentar dormir de nuevo carecía de sentido. Sólo hubiera contemplado el interior de sus párpados.

Suessi abrió la estrecha escotilla. Se protegió los ojos de la luz más intensa que

bañaba el corredor de las cabinas. Luego, sentándose, dejó caer las piernas hada un lado. Se oyó un chapoteo.

Ugh. Agua. Excepto el último metro, cerca del techo, el esquife estaba lleno de agua.

Bajo la intensa luz de la crujía, su cuerpo se veía muy pálido. *Me pregunto cuándo está previsto que desaparezca*, pensó, deslizándose hacia el agua con los ojos cerrados. Nadó hacia el pasillo y cerró la puerta tras él.

Naturalmente, tendría que esperar a que bombearan antes de poder utilizar las instalaciones.

Un poco más tarde, llegaba a la sala de control de pequeña astronave. Hikahi estaba allí con Tsh't, contemplando el equipo de transmisiones. Discutían en una versión rápida y chillona del inglés que le costaba comprender.

—¡Eh! —llamó—. Si queréis dejarme fuera de esto, muy bien. Pero si puedo ayudaros, será mejor que cambiéis a treinta y tres y un tercio. No soy Tom Orley. ¡No puedo seguir esa jerga!

Las dos oficiales delfines sacaron la cabeza fuera del agua mientras Suessi se asía al raíl del tabique más próximo. Los ojos de Hikahi se salieron casi de las órbitas al adaptarse a la visión binocular de la superficie.

—No estamos seguras de tener problemas, Hannesss, pero parece que hemos perdido contacto con la nave.

—¿Con el *Streaker*? —Las espesas cejas de Suessi se arquearon—. ¿Están siendo atacados?

—No lo creo —respondió Tsh't, balanceando con suavidad la parte superior de su cuerpo—. Yo había dejado el receptor encendido esperando saber si tenían noticias de Tom Orley y empezaban a mover la nave. No prestaba mucha atención, pero de pronto oí decir al operador que siguiéramos en línea... ¡y luego nada!

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unas horas. He esperado el cambio de guardia, confiando que se tratara sólo de un fallo técnico. Luego he llamado a Hikahi.

—Desde entonces hemos estado comprobando los circuitos —concluyó la oficial superior.

Suessi nadó hasta el aparato para echarle un vistazo. Lo que debería hacer, desde luego, era abrirlo e inspeccionarlo a mano. Pero el material electrónico estaba precintado contra la humedad.

¡Si estuviéramos en caída libre y los fines pudieran trabajar sin toda esta maldita agua alrededor!

—De acuerdo —suspiró—. Con tu permiso, Hikahi, tendré que echar fuera de la sala de control a las fems oficiales para examinar este chisme. No molestéis a los fines que duermen en la bodega.

Hikahi asintió.

—Enviaré un grupo para que siga el monofilamento y vean si está intacto.

—Bien pensado. Y no te preocupes. Estoy seguro de que no es nada importante.

Lo más probable es que sea cosa de duendes.

CHARLES DART

—Me temo que se han contentado con bajar a ese maldito robot ochenta metros más. Ese jovencito, Toshio, sólo dedica unas pocas horas al trabajo, y luego siempre tiene que marcharse para ayudar a Dennie y a Gillian a hacer correr a sus nuevos pupilos a través de laberintos, u obligarles a recoger plátanos con cañas o cualquier otra cosa. ¡Te digo que es frustrante! La pequeña y estúpida sonda medio estropeada lleva los instrumentos más inadecuados para un trabajo geológico. ¿Te imaginas lo mal que funcionará cuando llegue a una profundidad decente?

Por un momento, la imagen holográfica del metalúrgico Brookida pareció fijar la mirada más allá de Charles Dart. Al parecer, el científico delfiniano consultaba sus propias pantallas. Para leer, cubría cada ojo con una lente correctora de astigmatismo. Se volvió para observar a su colega chimp.

—Charlie, hablas con mucha seguridad de enviar a ese robot aún más abajo en la corteza de Kithrup. Te lamentas de que «sólo» ha descendido quinientos metros. ¿Te das cuenta de que eso es medio kilómetro?

Charlie se rascó la peluda mandíbula.

—¿Sí? ¿Y qué? La excavación tiene tan poca conicidad que puede muy bien bajar tanta distancia como la que ha recorrido hasta ahora. ¡Es un excelente laboratorio mineralógico! ¡Ya he descubierto mucho acerca de la zona subsuperficial!

—Charlie —suspiró Brookida—, ¿no tienes curiosidad en saber por qué la caverna bajo la isla de Toshio hasta los *cien* metros?

—¿Hmmm? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que el llamado «árbol taladrador», que es el responsable de esa excavación, no puede haber profundizado tanto sólo para buscar el carbono y los silicatos de los que se nutre. No es posible...

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Eres acaso ecólogo? —Charlie soltó una sonora carcajada—. Francamente, Brookida, ¿en qué basas tales suposiciones? ¡A veces me sorprendes!

Brookida esperó con paciencia a que el chimpancé dejara de reír.

—Las baso en el conocimiento de las leyes de la naturaleza que tiene un profano bien informado, y también en la Navaja de Occam. ¡Piensa en el volumen de material extraído! ¿Ha sido arrastrado por las aguas? ¿Se te ha ocurrido que existen decenas de miles de esas colinas metálicas a lo largo de esta placa tectónica, la mayor parte con su propio árbol taladrador... y que pueden existir millones de cavernas de una profundidad comparable formadas en tiempos geológicos recientes?

Dart empezó a reír con disimulo, pero luego se detuvo. Durante un instante, miró de hito en hito la imagen de su colega cetáceo; después, rió abiertamente. Golpeó la

mesa con el puño.

—¡Touché! ¡Muy bien, señor! ¡Añadiremos «¿por qué esos agujeros?» a nuestra lista de preguntas! Por fortuna, he cultivado a lo largo de los últimos meses, en nuestro laboratorio común, la amistad de una distinguida ecóloga. Me debe innumerables favores y está justo en el lugar del misterio. ¡Le voy a pedir a Dennie que se ocupe de ello ahora mismo! ¡Puedes estar seguro de que sabremos de qué están hechos esos árboles taladradores!

Brookida no se molestó en contestar pero dejó escapar un leve suspiro.

—Ahora que está arreglada esa cuestión —prosiguió Charlie—, volvamos a lo importante. ¿Podrías ayudarme a convencer al comandante para que me autorice a ir en persona con un verdadero robot de sondeos en capas profundas que reemplace a esa cosa que Toshio recuperó de la basura?

Los ojos de Brookida se abrieron desmesuradamente. Dudó.

—El comandante sigue inconsciente —dijo por fin—. Makanee le ha practicado dos intervenciones quirúrgicas, pero según su último informe las esperanzas son escasas.

El chimp volvió a mirar al delfín con dureza.

—Ah, es cierto. Lo había olvidado. —Luego, apartando los ojos de la imagen holográfica, añadió—: En ese caso, puede que Takkata-Jim lo acepte. Después de todo, nadie está utilizando la lancha. Le pediré a Metz que hable con él. ¿Puedo contar contigo, Brookida?

Los ojos de Brookida habían vuelto ya a sus órbitas.

—Estudiaré los datos del espectrógrafo de masas —dijo con voz átona—. Contactaré contigo tan pronto como tenga los resultados. Ahora debo dejarte, Charless Dart.

La imagen se disipó. Charlie se encontró solo.

¡Qué modo tan brusco de dejarme!, pensó. ¿Le habré ofendido en algo?

Molestaba a la gente con frecuencia. No podía evitarlo. Incluso los otros chimpancés le encontraban demasiado egocéntrico y arisco. Decían que los neochimps como él daban mala reputación a la raza.

Bueno, lo he intentado, pensó. Y cuando una persona hace tales esfuerzos y sigue fracasando, cuando sus mejores tentativas de ser amable se convierten en meteduras de pata, y olvida siempre el nombre de las personas; bueno, entonces tal vez sea mejor renunciar a ello. Tampoco los demás son siempre amables conmigo.

Charles Dart se encogió de hombros. Aquello no tenía importancia. ¿Para qué seguir persiguiendo una popularidad que siempre se le escapaba? Tenía su propio mundo de rocas y núcleos en fusión, de magma y planetas vivos.

Sin embargo, creía que al menos Brookida era mi amigo...

Dejó de pensar en eso.

Tengo que llamar a Metz. Él me conseguirá lo que necesito. Les demostraré que este planeta es tan peculiar que lo... que lo... ¡que lo bautizarán de nuevo con mi

propio nombre! Existen precedentes.

Empezó a reír en tono bajo mientras se tiraba de la oreja con una mano y tecleaba un número codificado con la otra.

Un pensamiento le llegó a la mente mientras esperaba que el computador de rastreo localizara a Ignacio Metz. *¿No está todo el mundo esperando noticias de Tom Orley? Eso era lo que todos decían hace poco.*

Luego recordó que el informe de Orley debía haber llegado el día anterior, casi a la misma hora que Creideiki resultó herido.

¡Ah! Entonces es probable que Tom haya tenido éxito en lo que estaba haciendo, fuera lo que fuese, y nadie se ha molestado en informarme. O quizás alguien lo hizo pero yo no me enteré. A pesar de todo, estoy seguro de que ha ajustado cuentas con los ETs. Y además a tiempo. Fue bastante molesto que nos convirtiéramos en objeto de persecución, y que fuéramos obligados a llenar la nave de agua...

El número de Metz apareció en el intercom. La línea estaba sonando.

Era una pena lo sucedido con Creideiki. Para ser un fin, era terriblemente rígido y serio, y no siempre razonable... pero Charlie no podía alegrarse de verlo fuera de su camino. De hecho, sentía una rara sensación en el estómago siempre que pensaba que el comandante podía desaparecer del mapa.

¡Entonces no pienses en ello! ¡Maldita sea! ¿Cuándo se ha sacado algo por preocuparse?

—¡Ah, doctor Metz! ¿No le habré cogido a punto de salir? Me preguntaba si podríamos tener pronto una pequeña charla. ¿Esta tarde? ¡Bien! Sí, es que debo pedirle un favor muy, muy pequeño...

MAKANEE

Un médico ha de ser en parte científico y en parte alquimista, en parte detective y en parte hechicero, pensaba Makanee.

Pero en la Escuela de Medicina nunca le habían dicho que también tenía que ser soldado y político. Makanee tenía problemas para mantener una actitud digna. De hecho, se sentía al borde de la insubordinación. Su cola golpeaba la superficie del agua, llenando de espuma los canales de la enfermería.

—¡Le digo que no puedo operar yo sola! ¡Mis asistentes no tienen los conocimientos suficientes para ayudarme! ¡Y aunque los tuviesen tampoco sé si podría hacerlo! ¡T-t-tengo que hablar con Gillian Baskin!

Levantando con indolencia un ojo por encima del agua, un brazo del arnés sujeto a un montante del canal, Takkata-Jim lanzó una mirada a Ignacio Metz. El humano le respondió con una expresión de infinita paciencia. Habían esperado una reacción así de la cirujana de la nave.

—Estoy seguro de que subestima su competencia, doctora —sugirió Takkata-Jim.

—¿Acaso es usted cirujano? ¿Le he pedido su opinión? ¡Déjeme hablar con Gillian!

—Doctora —intervino Metz en tono conciliador—, el teniente Takkata-Jim acaba de explicarle que existen razones militares que justifican un apagón parcial de las comunicaciones. Los datos de las boyas de detección parecen indicar la presencia de una fuga psi en un radio de cien kilómetros. Tanto pueden ser responsables el equipo que trabaja bajo las órdenes de Hikahi y Suessi como los que están en la isla. Hasta que no localicemos la causa de la fuga...

—¿Va usted a basar su actuación en los informes de una boya? ¡Fue una boya defectuosa lo que causó la muerte a Creideiki!

Metz frunció el ceño. No estaba acostumbrado a que los delfines le interrumpiesen. Se dio cuenta de que Makanee estaba muy agitada. Demasiado agitada, de hecho, para hablar el inglés con la dicción que un fin de su posición debería usar. Sería un dato para sus archivos... como también lo sería la actitud agresiva que había adoptado.

—Era una boya completamente distinta, doctora Makanee. Recuerde que tenemos tres tipos. Además, no afirmamos que la fuga se esté produciendo realmente, sino que debemos considerar que es así hasta que se demuestre lo contrario.

—¡Pero el apagón no es total! ¡He oído que el chimpancé sigue recibiendo datos de su condenado robot-t! ¿Por qué no me permiten hablar con la doctora Baskin?

Metz contuvo una maldición. Le había pedido a Charles Dart que fuese discreto.

¡Era una desgracia la necesidad de mantener apaciguado al chimp!

—Estamos eliminando las posibilidades una por una —dijo Takkata-Jim, procurando tranquilizar a Makanee. Al mismo tiempo, inclinó hacia ella su cabeza con un gesto que, en lenguaje corporal, expresaba autoridad—. Tan pronto como los que están en contacto con Charles Dart, los jóvenes humanos Iwashika y Sudman y el poeta Sah'ot, sean descartados como posibles causantes de las fugas, contactaremos con la doctora Baskin. Seguramente, sabe que ella es la que menos posibilidades tiene de ser la fuente de esa pérdida de energía psi, por lo tanto debemos examinar antes a los demás.

Metz enarcó un poco las cejas. ¡Bravo! La excusa no resistiría un examen minucioso, por supuesto, pero tenía cierto tinte de racionalidad. ¡Todo lo que necesitaban era un poco de tiempo! Si esto mantenía tranquila a Makanee sólo un par de días más, sería suficiente.

Al parecer, Takkata-Jim captó la aprobación de Metz. Alentado, se mostró más enérgico.

—Bien, ¡no perdamos más tiempo, doctora! —dijo—. Hemos bajado aquí para informarnos sobre el estado del comandante. Si es incapaz de reasumir sus funciones, habrá que elegir un nuevo comandante entre los oficiales. ¡Estamos en una situación crítica y no podemos permitirnos el menor retraso!

Si esto estaba pensado para intimidarla, tuvo el efecto contrario. La cola de Makanee empezó a batir con furia. Levantó la cabeza fuera del agua, y mirando de soslayo al delfín macho contestó con un sarcástico verso:

*Por un instante había creído
Que a todos vuestros deberes
Ibais a faltar.*

*Pero me agrada ver
Que había equivocado
Vuestra actitud.*

*¡Lejos está la idea vil!
¿Quién podría tomar un atajo
Hacia la función suprema?*

Takkata-Jim abrió la boca, mostrando la amenazante V de sus largos dientes blancos. Durante un momento, Metz creyó que iba a abalanzarse sobre la pequeña hembra.

Pero Makanee actuó primero, saltó fuera del agua y se dejó caer, salpicando de espuma a Metz y a Takkata-Jim. El humano farfulló alguna cosa y resbaló del saliente donde se hallaba.

Makaneé giró sobre sí misma y desapareció tras una hilera de oscuros ataúdes de hibernación. Takkata-Jim giró bajo el agua emitiendo unos rápidos chasquidos sonar para detectarla. Se disponía a perseguirla cuando Metz le agarró de la dorsal.

—¡Ah... ejem! —Se asía a una barandilla de la pared—. ¿Cuándo podremos acabar con este mal carácter, eh fines? ¿Doctora Makaneé? ¿Quiere hacerme el favor de volver? Ya es bastante con que la mitad del universo conocido quiera darnos caza. ¡No debemos pelear entre nosotros!

Takkata-Jim levantó la mirada y vio que Metz parecía sincero. El teniente continuaba respirando con dificultad.

—Por favor, Makaneé —insistió Metz—. Vamos a hablar como gente civilizada.

Esperaron unos momentos, y en seguida vieron emerger la cabeza de Makaneé entre dos autodocs. Había perdido la expresión desafiante, y sólo parecía cansada. Su arnés de médico producía un débil tintineo. Los delicados instrumentos entrechocaban ligeramente, como si los sostuvieran manos temblorosas.

Se alzó de tal modo que únicamente su agujero soplador rompió la superficie.

—Lo siento —murmuró—. Sé que Takkata-Jim no asumiría el mando permanente sin contar con el voto del concejo de la nave.

—¡Desde luego! Ésta no es una nave militar. Los deberes de un oficial ejecutivo a bordo de un navío de exploración son sobre todo administrativos, y la sucesión en el mando debe ser ratificada por un concejo de la nave tan pronto como pueda convocarse. Takkata-Jim conoce a la perfección el reglamento, ¿no es así, teniente?

—Sssí.

—Pero hasta entonces, debemos aceptar la autoridad de Takkata-Jim o sucumbir en un caos. Y mientras tanto, el *Streaker* ha de tener una cadena de mando. Y ésta será inoperante hasta que usted certifique que el capitán Creideiki no puede desempeñar sus funciones.

Makaneé cerró los ojos, respirando pesadamente.

—Lo más probable es que Creideiki no recobre la conciencia sin una nueva intervención quirúrgica. Incluso así, será difícil. La sacudida recorrió su conector de toma neural hasta el cerebro. La mayor parte de las áreas dañadas están en las Nuevas Zonas del córtex... donde la materia gris de los *tursiopsss* originales sufrió más modificaciones por la elevación. Presenta lesiones en los centros que controlan la visión-n y el habla. El cuerpo está quemado...

Makaneé volvió a abrir los ojos, pero no parecía mirarlos.

—Gracias, doctora —dijo Metz—. Nos ha dado los informes que necesitábamos. Lamento haberle hecho perder tanto tiempo. Estoy seguro de que hace todo lo que puede.

Al no obtener respuesta, el humano deslizó la oximáscara sobre su rostro y se zambulló en el agua. Hizo un gesto a Takkata-Jim para que lo siguiera.

El delfín se retrasó unos momentos lanzando a Makaneé unos chasquidos, pero al ver que ésta no se movía dio unos golpes de aleta y siguió a Metz hacia la salida.

En el mismo instante en que ambos penetraban en la esclusa, la doctora se estremeció. Levantó la cabeza y gritó:

—¡Cuando convoquen el concejo de la nave, no os olviden de que yo formo parte de él! ¡Y también Hikahi, Gillian y T-Tom Orley!

Mientras Makanee hablaba, la esclusa se cerró tras ellos con un silbido. No pudo saber si la habían oído o no. Volvió a sumergirse, suspirando.

Sí, Tom Orley también, pensó. ¡No lo olvidéis, cobardes bastardos! ¡No creáis que os dejará saliros con la vuestra!

Sacudió la cabeza, sabiendo que pensaba de un modo irracional. Sus sospechas no se fundaban en hechos. E incluso si fueran ciertas, Thomas Orley no podía alargar la mano dos mil kilómetros para salvar la situación. Además, empezaban a correr rumores de que había muerto.

Metz y Takkata-Jim la habían dejado por completo confundida. Tenía la sensación visceral de que le habían contado una compleja sarta de verdades, medias verdades y mentiras completas, y no tenía medios para distinguir unas de otras.

Creen que pueden engañarme, sólo porque soy una hembra, y soy vieja, y con un retraso de dos generaciones respecto a los demás fines elevados de a bordo excepto Brookida. Pero sospecho por qué le conceden favores especiales al único miembro chimpancé del concejo. Aquí y ahora, tienen una mayoría que respalda todas sus decisiones. ¡Es natural que no estén ansiosos porque Gillian o Hikahi regresen!

Quizá tenía que haberles mentido... decirles que Creideiki podía recobrar la conciencia en cualquier momento.

Sin embargo, ¿quién puede decir hasta dónde están decididos a llegar? ¿El accidente con la boya ha sido en realidad un accidente? Tal vez mientan para ocultar su ignorancia, o para ocultar una conspiración. ¿Podré proteger a Creideiki sólo con la ayuda de dos asistentes?

Makanee dejó escapar un sordo gemido. ¡Esa clase de cosas no eran de su competencia! En ocasiones, deseaba haber sido sólo una doctora delfiniana, como en los viejos tiempos, cuando bastaba con izar al que intentabas salvar y mantener su cabeza fuera del agua hasta que se recuperara, o te faltaran las fuerzas o te fallara el corazón.

Regresó a Cuidados Intensivos. La sala estaba a oscuras a excepción de una luz que brillaba sobre un gran neodelfín gris, suspendido en un tanque de gravedad. Makanee verificó las lecturas de las constantes vitales y vio que se mantenían estables.

Creideiki parpadeaba de manera imperceptible, y a la vez un ligero estremecimiento recorría todo su cuerpo.

Makanee suspiró y se apartó de él. Nadó hasta la unidad de comunicación más cercana y reflexionó.

Metz y Takkata-Jim no habían podido llegar todavía al puente. Chasqueó el código sonar que activaba la unidad. Casi al instante, la cara de un joven delfín de

aletas azules apareció ante ella.

—Transmisiones. ¿Puedo ayudarla?

—¿Akki? Sí, hijo, soy la doctora Makanee. ¿Has hecho algún plan para el almuerzo? Sabes, creo que aún me queda un poco de gelatina de pulpo. ¿Estás libre? ¡Maravillosso! Entonces, pronto nos veremos. Oh, y hagamos de esta cita nuestro pequeño secreto. ¿De acuerdo? Eresss un buen chico.

Makanee abandonó Cuidados Intensivos; una idea empezaba a perfilarse en su mente.

CREIDEIKI

En la silenciosa penumbra del tanque de gravedad, se oyó un apagado gemido.

Sin esperanza, nada

Sacudido por grises vientos tormentosos, gritando:

¡Me ahogo! ¡Me ahogo!

TOM ORLEY

Una malhumorada montaña gruñía en medio de un mar cubierto de espuma.

Había dejado de llover hacía poco tiempo. El volcán retumbaba y escupía fuego hacia las bajas nubes, tiñéndolas de color naranja. Pequeñas y ensortijadas columnas de ceniza se disolvían en el cielo. Las transparentes aguas del mar no apagaban las ardientes cenizas allí donde finalmente caían. Se posaban en una capa lodosa sobre una alfombra de sucias cepas que parecía interminable.

Thomas Orley tosió en el húmedo aire cargado de hollín. Ascendía arrastrándose por una pequeña elevación de hierbas entrelazadas y resbaladizas. El peso muerto de su vehículo tensaba la cuerda enrollada en su mano izquierda. Con la derecha agarraba un grueso zarcillo cercano a la cima de la colina vegetal.

Sus piernas flaqueaban bajo su propio peso mientras se arrastraba. Incluso cuando conseguía fijarlas en las grietas de la masa viscosa, sus pies se hundían con frecuencia en el cenagal existente entre las cepas. Cuando con dificultad lograba sacarlos, la ciénaga le soltaba a disgusto, exhalando un horrible ruido de succión.

A veces, por sus pies subían cosas, retorciéndose sobre sus piernas y dejándose caer de nuevo en el fétido lodo.

La soga fuertemente enrollada le dañaba la mano izquierda al tirar del trineo, un exiguo resto del planeador solar y las provisiones. Era un milagro que hubiera sido capaz de salvar tanto de la colisión.

El volcán lanzaba centelleos ocres a través del herbáceo paisaje. Manchas irisadas de polvo metálico cubrían la vegetación en todas direcciones. La tarde tocaba a su fin, casi había pasado un día completo de Kithrup desde que enfilara el planeador hacia la isla en busca de un lugar seguro donde aterrizar.

Tom levantó la cabeza para mirar, con ojos lacrimosos, la llanura de hierbas. Todos sus planes minuciosamente trazados se desmoronaban en aquella planicie de ásperas y viscosas plantas marinas.

Tenía la esperanza de encontrar en la isla un refugio a sotavento del volcán o, por lo menos, posarse en el agua y transformar el planeador en una amplia balsa apropiada para el mar desde la que realizaría su experimento.

Tenía que haber previsto esta posibilidad. La colisión, aquellos frenéticos y aturdidores minutos persiguiendo el material sumergido y construyendo un tosco trineo bajo el azote de la tormenta, y luego horas arrastrándose entre las fétidas cepas hacia un solitario montículo de vegetación... todo esto podía haberse evitado.

Intentó seguir adelante, pero un temblor en el brazo derecho amenazaba con convertirse en un verdadero calambre. Había sido duramente golpeado durante el choque, cuando los pontones del ala del planeador se soltaron y el fuselaje salió

despedido dando tumbos por el cenagal, cayendo por último en un aislado pozo abierto por el mar.

Un corte en la mejilla izquierda casi le hizo perder el sentido durante aquellos primeros momentos críticos. Iba desde el mentón casi hasta la toma neural de encima de la oreja izquierda. La funda de plástico que por lo general protegía el delicado nervio interfaz se cayó en la noche, perdida sin remedio.

La infección era ahora la menor de sus preocupaciones.

El temblor de su brazo iba en aumento. Tom intentó controlarlo, tumbándose boca abajo en las apestosas hierbas elásticas. Cada vez que tosía, el barro arenoso le arañaba la frente y la mejilla derecha.

Tenía que sacar energía de algún sitio. No había tiempo para las sutilezas de la autohipnosis, para persuadir a su cuerpo de que volviera a funcionar. Con su sola voluntad, ordenó a sus músculos magullados que realizaran un último esfuerzo. No podía hacer gran cosa contra todo lo que le enviaba el Universo, pero después de treinta horas de esfuerzos, a pocos metros del objetivo, ¡no iba a tolerar una rebelión de su propio cuerpo!

Un nuevo ataque de tos le desgarró la irritada garganta. Todo él se sacudió, y las convulsiones le hicieron aflojar su agarre en la seca raíz. Justamente cuando pensaba que sus pulmones no podían resistir más, el ataque cesó. Tom se quedó inmóvil en el barro, exhausto, con los ojos cerrados.

¿Cuentas las alegrías del movimiento?

Primera entre las ventajas:

La ausencia de aburrimiento.

No le quedaban fuerzas para silbar el haikú ternario, pero lo hizo en su mente, y reservó la energía para esbozar una sonrisa en sus destrozados labios cubiertos de fango.

En alguna parte, encontró reservas para un nuevo esfuerzo. Apretó los dientes y se impulsó sobre el último tramo. El brazo derecho se torció pero aguantó hasta que la cabeza se alzó sobre la cima de la pequeña colina.

Tom parpadeó para apartar las cenizas de sus ojos y contempló lo que se extendía más allá. Más hierbas. Hasta donde alcanzaba la vista, más hierbas.

Un grueso nudo de cepa neustónica horadaba la cumbre del montículo. Tom llevó el trineo lo bastante arriba como para enrollar la cuerda alrededor de la raíz.

Las sensaciones fluyeron a su adormecida mano izquierda, dejándole con la boca abierta en silenciosa agonía. Se dejó caer al suelo, con la respiración rápida y jadeante.

Los calambres volvieron con fuerza, obligándole a doblar el cuerpo. Hubiese querido arrancar los miles de dientes que se le clavaban en los brazos y las piernas, pero sus manos eran garras inservibles.

De algún modo, la parte lógica de su mente permanecía desconectada del dolor. Ésta seguía analizando y planeando, intentando fijar límites temporales. Después de todo, había llegado hasta allí por una razón. Tenía que haber un motivo para sufrir todo aquello... Si tan sólo pudiera recordar por qué estaba allí, entre el hedor y el polvo y la arena y el dolor...

El esquema tranquilizante que buscaba se escondía de él. Sintió que estaba al borde del desmayo.

De pronto, a través de los párpados entrecerrados por el dolor, creyó ver ante él la cara de Gillian.

Frondas de vegetación aérea ondulaban tras ella. Sus ojos grises miraban en su dirección, como si buscaran algo en el límite de su campo visual. Por dos veces, parecieron examinar un punto más allá de donde él yacía temblando, incapaz de moverse. Luego, por fin, sus ojos se encontraron, ¡y Gillian sonrió!

Parásitos impregnados de dolor amenazaban con ahogar las palabras-sueño.

*Te envío **** para bien ****,
aunque tú *** escéptico, amor.
*** aunque todo **** podrás escuchar.*

Hizo un esfuerzo por concentrarse en el mensaje, que posiblemente era una alucinación. No le importaba lo que fuera. Era un áncora. Y se agarró a ella mientras los calambres hacían vibrar sus tendones como las cuerdas de un violín.

Su sonrisa transmitía compasión.

*¡En qué estado se *** halla! ¡El *** que amo
está *** perdido! ¿Podré ****
hacer algo por él?*

Meta-Orley manifestó su desacuerdo. Si esto era en un mensaje de Gillian, estaba corriendo un gran riesgo.

—Yo también te amo —subvocalizó—. ¿Pero quieres hacer el maldito favor de callarte antes de que te oigan los ETs?

La emisión psi —o alucinación— se despidió con la mano mientras a Tom le sacudía un nuevo ataque de tos. Tosió hasta que sus pulmones fueron como una corteza seca. Por último, se hundió con un suspiro.

Y Meta-Tom renunció al orgullo.

¡Sí!

Emitió entre la bruma que se alzaba ante sus ojos, llamando a la imagen que se

disolvía.

*Sí, amor. Por favor regresa y
ayúdame...*

La cara de Gillian pareció difractarse en todas direcciones, como un haz de luz de luna, y unirse con el brillante polvo volcánico en el cielo. Fuera un verdadero mensaje, o una ilusión nacida del delirio, se desvaneció como un retrato formado por el humo.

Sin embargo, creyó oír un ligero rastro de la voz interior de Gillian...

**** ** es, así es, así es...
y la curación viene, en sueños...*

Escuchó, ajeno al tiempo, y poco a poco los temblores remitieron. Abandonó gradualmente la posición fetal.

El volcán retumbó iluminando el cielo. El «suelo» bajo Tom ondulaba con suavidad y le acunó hasta que logró un sueño superficial.

TOSHIO

—No, doctor Dart. Las inclusiones de enstatita son algo de lo que no estoy seguro. Los parásitos del robot eran en verdad muy intensos cuando hice esa lectura. Si quiere, ahora mismo puedo comprobarla de nuevo.

Los párpados de Toshio se cerraban de aburrimiento. Había perdido la noción del tiempo transcurrido pulsando botones y leyendo datos a instancia de Charles Dart.

¡El planetólogo chimp nunca estaría satisfecho! Por más rápidas y precisas que fueran las respuestas de Toshio, nunca eran suficientes.

—No, no, no tenemos tiempo —contestó Charlie malhumorado desde la holopantalla de la orilla de la charca del árbol taladrador—. Intenta verificarlo tú mismo cuando yo desconecte, ¿de acuerdo? Podrías hacer un buen proyecto siguiendo en el lado que ya conoces, Toshio. ¡Algunas de esas rocas son únicas! Si realizas un estudio mineralógico exhaustivo de ese agujero, sería feliz ayudándote a redactarlo. ¡Imagínate los honores! Una publicación importante no dañaría tu carrera.

Toshio podía imaginarlo. De hecho, estaba aprendiendo mucho trabajando con el doctor Dart. Una de las cosas que había aprendido, y le sería útil si alguna vez continuaba sus estudios de graduado, era ser muy cuidadoso al elegir su asesor de investigaciones.

De todos modos, la cuestión era discutible, con todos aquellos ETs sobre sus cabezas dispuestos a capturarlos. Por milésima vez, Toshio alejó de su pensamiento la batalla espacial, que sólo conseguía deprimirle.

—Gracias, doctor Dart, pero...

—No hay ningún problema —ladró Charlie, con brusca condescendencia—. Si no te importa, más tarde discutiremos los detalles de tu proyecto. Ahora, vamos a actualizar la posición de ese zángano.

Toshio movió la cabeza, asombrado por la tenacidad y las ideas fijas del individuo. Temía perder los estribos con el chimp si aquello empeoraba, fuera tutor de sus investigaciones o no.

—Um... —Toshio verificó los indicadores—. El robot ha descendido casi un kilómetro, doctor Dart. El pozo es más estrecho y más liso a medida que bajamos hacia las perforaciones más recientes, así que estoy anclando al robot en la pared a casa paso.

Toshio miró por encima del hombro hacia el nordeste, anhelando ver aparecer a Dennie o a Gillian para distraerse. Pero Dennie estaba con sus *kiqui*; y la última vez que había visto a Gillian, ésta se hallaba sentada en la posición del loto en un claro que dominaba el océano, olvidada del mundo.

Un poco antes, Gillian se había sentido bastante contrariada, cuando Takkata-Jim

le dijo que en la nave todos estaban demasiado atareados con los preparativos para mover el *Streaker* y no podían hablar con ella. Incluso sus preguntas sobre Tom Orley fueron eludidas con arisca cortesía. Ya la llamarían cuando supieran algo, le dijo Takkata-Jim antes de cortar la comunicación.

Toshio había visto aparecer en su rostro una arruga cada vez que una de sus llamadas era desatendida.

Un nuevo oficial de transmisiones sustituyó a Akki. El fin le decía a Gillian que ninguna de las personas que buscaba estaba disponible. El único miembro de la tripulación con quien podía hablar era Charles Dart, porque sus investigaciones en aquel momento no eran urgentes. Y el chimp rehusaba hablar de otra cosa que no fuese su trabajo.

De inmediato, Gillian empezó los preparativos para abandonar la isla. Entonces llegaron órdenes de la nave, directamente de Takkata-Jim. Debía permanecer allí por tiempo indefinido y ayudar a Dennie Sudman a preparar un informe sobre los *kiqui*.

Esta vez, Gillian recibió las órdenes sin inmutarse. Sin un comentario, se adentró en la jungla para estar sola.

—... más de esos zarcillos de Dennie. —Charles Dart seguía hablando mientras la mente de Toshio iba a la deriva. Se enderezó para prestar atención a lo que decía el científico chimp—...Lo más excitante de todo son los perfiles isotópicos del iodo y el potasio. Confirman la hipótesis de que, en tiempos geológicos recientes, alguna raza de *sofontes* enterró desechos en esta zona de subducción del planeta. Es de una importancia colosal, Toshio. Estas rocas evidencian la existencia de varias generaciones de depósitos de material procedente de la superficie, y el reciclaje acelerado de sustancias debido a los volcanes próximos. Es casi como si hubiera un ritmo para ello, flujo y reflujo. ¡Alguna cosa terriblemente desconfiada ha vivido ahí mucho tiempo! Se suponía que Kithrup estaba en barbecho desde que los antiguos *karrank%* vivieron aquí. Sin embargo, alguien estuvo camuflando sustancias muy refinadas bajo la corteza de este planeta, ¡hasta hace muy poco!

Toshio casi dejó que se le escapara una grosería. «Hasta hace muy poco», ¡ya lo creo! Dart investigaba a escala geológica. ¡Los ETs podían caer sobre ellos en cualquier momento, y él trataba el presunto entierro de desechos industriales de hacía miles de años, como si fuera el último misterio a resolver por Scotland Yard!

—Sí, señor. Ahora mismo lo hago. —Toshio no estaba muy seguro de qué le había pedido Dart que hiciera, pero se cubría las espaldas—. Y no se preocupe, señor. El robot será controlado día y noche. Keepiru y Sah'ot tienen órdenes de Takkata-Jim para vigilar por turnos cuando yo no esté disponible. Y deben llamarme o despertarme si se produce algún cambio en las condiciones.

¿Quedaría el chimp satisfecho con aquello? Los fines no habían acogido muy bien esa orden del científico del *Streaker*, pero obedecerían, aunque retrasase el trabajo de Sah'ot con los *kiqui*.

Milagro entre milagros, Charlie pareció conforme.

—De acuerdo, muy amable de su parte —murmuró—. Estoy seguro de que se lo agradecerás por mí. ¡Y dime! Cuando Keepiru esté conectado, ¿no podría localizar ese parásito intermitente que recibimos del robot? No me gusta, y está empeorando.

—Sí, señor. Se lo pediré.

El chimpancé se frotó el ojo derecho con el dorso de su peluda mano y bostezó.

—Escucha, Toshio —dijo—. Lo siento, pero en verdad necesito un descanso. ¿Te importa que terminemos con esto un poco más tarde? Te llamaré después de la cena y responderé entonces a todas tus preguntas. ¿Vale? De acuerdo. ¡Hasta luego!

Charlie se inclinó hacia adelante y la imagen holo desapareció.

Toshio se quedó un momento con la mirada clavada en el espacio vacío, algo aturdido. ¿Importarme? ¿Si no me importa? ¡No, señor, creo que no me importa en absoluto! ¡Esperaré aquí armado de paciencia, hasta que usted me llame o hasta que el cielo se derrumbe sobre mi cabeza!

Soltó un bufido. ¡Como si eso fuera a importarme!

Se levantó y le crujieron las articulaciones por haber estado tanto tiempo sentado con las piernas cruzadas.

Y yo que creía que era demasiado joven para esto. Ah, bueno. Se supone que un guardiamarina debe experimentarlo todo.

Miró hacia el bosque. Dennie estaba trabajando con los *kiqui*. ¿Debo molestar a Gillian, me pregunto? Es probable que esté preocupada por Tom, y es lógico. Esperábamos noticias tuyas ayer por la mañana.

Pero tal vez quiera compañía.

Últimamente había empezado a interesarse por Gillian. Era del todo natural, por supuesto. Se trataba de una hermosa mujer mayor, como mínimo de treinta años, y según la mayoría de opiniones un poco más atractiva que Dennie Sudman.

No es que Dennie no fuera atractiva a su manera, pero Toshio no quería pensar en ella nunca más. Su rechazo implícito, ignorándolo cuando estaban a solas y otros detalles parecidos, le resultaba doloroso.

No es que Dennie dijera o hiciera algo ofensivo, pero se había vuelto muy taciturna últimamente. Toshio sospechaba que ella sentía la atracción que ejercía sobre él, y que reaccionaba con un exceso de frialdad. Se decía a sí mismo que aquello era una respuesta inmadura por su parte. Pero eso no le impedía sentirse herido.

Fantasear sobre Gillian era otra cuestión. Había tenido vergonzosos pero muy convincentes ensueños en los que él estaba allí cuando ella necesitaba que un hombre le ayudara a sobreponerse a su pérdida...

Probablemente, Gillian conocía sus sentimientos por ella pero no permitió que su comportamiento hacia él cambiara en absoluto. Era una reconfortante indulgencia y la convertía en objeto digno de su semisecreta adoración.

Puede ser tan sólo que yo esté muy confuso, desde luego, pensó Toshio. Intento ser analítico en un área donde no tengo casi experiencia, y mis propios sentimientos

no dejan de inmiscuirse.

Desearía no ser sólo un muchacho torpe, y parecerme más al señor Orley.

Su fantasía se vio interrumpida por un irregular tono electrónico a sus espaldas: el transmisor volvía a la vida.

—¡Oh, no! —gimió Toshio—. ¡Todavía no!

La unidad empezó a escupir parásitos mientras el sintonizador intentaba captar una onda errática ordinaria. Toshio tuvo el salvaje deseo de abalanzarse sobre la cosa y darle una patada que la enviase a las tinieblas sin fin del pozo del árbol taladrador.

De pronto, surgió un ruido crujiente, un silbido ahogado por las interferencias.

*Si (crujido) guardiamarinas
Venimos a agruparnos,
¿Quién podrá detenernos?
Y entre los guardiamarinas,
¿Quién puede volar
Como los calafianos?*

—¡Akki! —gritó Toshio, corriendo a arrodillarse ante el transmisor.

*Correcto otra vez,
Compañero de inmersión.
¿Recuerdas cómo
cazábamos langostas?*

—¡Claro! ¡Ifni! ¡Desearía estar en casa haciéndolo ahora! ¿Qué sucede? ¿Tenéis problemas técnicos en el puente? No recibo imagen, y hay muchos parásitos. Creía que ya no estabas en transmisiones. ¿Y por qué hablas en ternario?

*La necesidad
Es la (crujido) madre de algo,
Envío esto vía
Neuro-toma cerrada.
Ansioso, busco
Al suave Gran Tutor,
Con urgencia
Transmitir (crujido) una advertencia.*

Los labios de Toshio se fruncieron mientras en silencio repetía para sí el mensaje, «...suave Gran Tutor.» Eran pocos los humanos a quienes los fines dieran títulos como aquél. En ese momento, en la isla sólo existía un candidato.

—¿Quieres hablar con Gillian?

Con urgencia

Transmitir una advertencia.

Toshio parpadeó, y luego dijo:

—Voy a buscarla ahora mismo, Akki. ¡No cortes! Giró sobre sus talones y corrió hacia el bosque, llamando a Gillian con toda la fuerza de sus pulmones.

AKKI

El cable monofilamento era casi invisible entre el limo y las piedras del fondo del océano. Incluso a la luz de la lámpara del arnés de Akki, apenas se reflejaba un ligero brillo tornasolado aquí y allá en medio de las rocas y sedimentos acumulados sobre las desiguales crestas.

El cable había sido *diseñado* para dificultar su detección; único modo seguro en que el *Streaker* podía comunicar con los dos grupos exteriores de trabajo sin revelar su posición. Aunque iba equipado con los mejores instrumentos y sabía dónde mirar, Akki estuvo más de una hora buscando la línea con la isla. Mientras conseguía conectar a la línea su derivación neural, agotó más de la mitad del oxígeno de su respirador.

Había perdido mucho tiempo preparando su salida de la nave, y ni siquiera estaba seguro de que su marcha hubiera pasado inadvertida. El taciturno electricista encargado del almacén de material no tenía que haberle discutido las órdenes cuando Akki le pidió un equipo respiratorio. Otro fin, libre de servicio en la sala de máquinas, le había seguido a distancia desde que salió del almacén de material, y Akki tuvo que escurrirse a través de la esclusa para quitarse al *stenos* de la cola.

En menos de dos días un sutil cambio se había producido en la tripulación del *Streaker*. Se había instaurado una nueva línea de poder. Los miembros de la tripulación que hasta entonces tuvieron poca influencia, ahora se abrían paso a empujones para ser los primeros en las filas de la comida, y adoptaban posturas corporales autoritarias mientras los otros se encaminaban a sus tareas con los ojos bajos y la cola caída.

El rango y la posición oficial no tenían nada que ver con ello, pues a bordo del *Streaker* tales cosas habían sido siempre informales. Los delfines prestaban más atención a las sutiles variaciones del poder que a la autoridad constituida.

Ahora, incluso el racismo parecía ser determinante. Un número desproporcionado de las nuevas autoridades pertenecía al subgrupo de los *stenos*.

Aquello era equivalente a un golpe de estado. De forma oficial, Takkata-Jim actuaba en nombre del inconsciente Creideiki hasta que se reuniera el concejo de la nave. Pero en las aguas del *Streaker* flotaba el sabor de una manada con un nuevo macho dominante. Los más próximos al antiguo jefe estaban siendo apartados, y los amigos del nuevo nadaban a la vanguardia.

Akki encontraba esto totalmente ilógico y un poco repugnante. Le hacía ver que, bajo la tensión, incluso los más selectos fines de la tripulación del *Streaker* podían caer en los viejos modelos de comportamiento. Entendía ahora lo que querían decir los *galácticos* cuando afirmaban que trescientos años de elevación era poco tiempo

para que una raza estuviese preparada para viajar por las estrellas.

Fue una toma de conciencia brutal, que hizo sentirse a Akki más *pupilo* de lo que nunca se había sentido en la mixta e igualitaria colonia de Calafia.

Pese a todo, el descubrimiento le ayudó en un sentido. Le daba una primaria justificación al acto que estaba realizando. Desde un punto de vista legal, abandonar la nave para contactar con Gillian Baskin en contra de órdenes específicas del comandante en funciones era un grave delito. Pero ahora, Akki tenía la sensación de conocer la verdad: era miembro de una tripulación de astronautas de pega. Salvo que se produjera una recuperación milagrosa de Creideiki, no había forma de salir de aquel lío sin la intervención de sus tutores.

Descartaba la competencia de Ignacio Metz, de Emerson D'Anite o incluso de Toshio en esta materia. Coincidió con Makanee en que su única esperanza era que la doctora Baskin o el señor Orley regresaran.

Por aquel entonces, había llegado a aceptar ya que Orley había desaparecido. Esta convicción, compartida por el resto de los tripulantes, constituía una de las razones por las que la moral se había derrumbado tras el accidente de Creideiki.

En un silencio absoluto, el cable transmitía directamente su tonalidad de alcance al nervio estato-acústico del guardiamarina, que empezaba a impacientarse por la tardanza de Toshio, que había ido a buscar a Gillian. La línea no había sido utilizada para otra cosa desde que Charles Dart dejara de usarla, y a cada segundo que pasaba aumentaba el riesgo de que el operador de a bordo detectase el eco de su aparato. Akki se las había arreglado para que resultara imposible recoger su conversación con Toshio, pero incluso el más torpe de los fines de transmisiones hubiera advertido a la larga los efectos secundarios de su intromisión.

¿Dónde están?, se preguntó. ¡Deben creer que me sobra aire! ¡Y este agua llena de metal me produce picores en la piel!

Akki ralentizó su ritmo respiratorio para recobrar la calma. Un poema didáctico Keneenk corrió por su mente.

*Es «pasado» lo que un tiempo fue,
Vestigio llamado memoria...
En él, reside la «causa»
Del ahora.*

*Es futuro lo que será,
Imaginado, raramente visto...
En él, busca el «efecto»
Del ahora.*

*Es «presente» este ínfimo punto
Que pasa y sin cesar vacila...*

*Prueba es de la «farsa»
Del «ahora».*

El pasado, el futuro y el presente estaban entre las nociones más difíciles de expresar en ternario. Aquel poema pretendía describir la causalidad tal como la concebían los tutores humanos y la mayoría de los otros sofotes, adaptándola a la visión cetácea de la existencia.

A Akki le parecía que estaba bastante claro. Sin embargo, se preguntaba por qué ciertos delfines de la Tierra tenían tantos problemas para captar esas nociones. Uno pensaba, imaginaba actos y sus consecuencias: consideraba los diferentes resultados posibles y la sensación que proporcionaban, ¡y luego actuaba! Y si el futuro seguía siendo incierto, se hacía lo mejor que se podía hacer, y se esperaba.

Así habían actuado los humanos durante la sucesión de siglos de orfandad e ignorancia. Akki no veía por qué era tan difícil para su gente, que fue educada de acuerdo con aquello.

—Akki. Soy Toshio. Ahora viene Gillian. Ha tenido que detenerse un momento por algo importante, así que yo me he adelantado. ¿Estás bien?

Akki suspiró.

*En las profundidades,
Con el agujero soplador irritado,
Seré paciente
Pues tal es mi deber.*

*Como el cicloide
Gira sin...*

—No cortes —gritó Toshio, interrumpiéndole en medio de un verso. Akki hizo una mueca. Toshio nunca desarrollaría el sentido artístico—. *Aquí está Gillian* —concluyó el guardiamarina—. *Hasta luego, Akki, ¡cuídate!*

*Y tú también,
Compañero de vuelo e inmersión.*

—¿Akki?

Era la voz de Gillian Baskin, muy lejana a causa de la debilidad del enlace, pero inmensamente satisfactoria de escuchar.

—¿Qué pasa, querido? ¿Puedes decirme lo que ocurre a bordo de la nave? ¿Por qué Creideiki no quiere hablar conmigo?

Akki nunca hubiera pensado que aquello fuese lo primero que le preguntaría. Por

una razón u otra, había esperado que su primera pregunta sería sobre Tom Orley. Bien, si ella no abordaba aquel tema, no sería él quien lo hiciese.

*Makanee,
Nuestra curadora,
Me envía a decirte
Que hay peligro.*

*Mudo, inerte
Yace Creideiki
Y en el Streaker*

*Palidece la estrella.
Y el sabor
Del atavismo
Llena las aguas.*

El otro lado de la línea permaneció en silencio. No había duda de que Gillian estaba pensando en cómo formular su pregunta para que permitiera una respuesta en ternario carente de toda ambigüedad. Era un talento del que a veces Toshio carecía.

Akki levantó bruscamente la cabeza. ¿Había oído un ruido? No en la línea, sino en las aguas sombrías que le rodeaban.

—Akki —empezó Gillian—, *voy a hacerte las preguntas para obtener respuestas a triple nivel. Pero, por favor, te pido concisión, incluso en detrimento de la riqueza artística.*

Con gusto, pensó Akki. Con frecuencia se había preguntado por qué era tan difícil mantener una conversación en ternario sin dar rodeos con alusiones poéticas. Era su lengua materna, lo mismo que el inglés, pero todavía se sentía frustrado por su resistencia a la concisión.

—Akki, *¿ignora Creideiki a los Peces del Sueño, los persigue o los alimenta?*

Gillian le preguntaba si el comandante seguía en activo, o si, gravemente herido, derivaba inconsciente en un sueño de caza, o, peor aún, si había muerto. Gillian había ido directa al grano. Y Akki pudo responder con las ventajas de la brevedad.

*Caza calamares
En las aguas más profundas.*

¡Otra vez aquel ruido! Un rápido chasquido que no procedía de muy lejos. ¡Maldita obligación de mantener la toma neural conectada a los parásitos de aquella línea! Los chasquidos sonaban lo bastante cerca como para que no hubiera lugar a dudas. Había alguien buscándole por los alrededores.

—*De acuerdo, Akki. Siguierte pregunta, ¿aplaca Hikahi a los espíritus con sus ritmos Keneenks, se hace eco de la lealtad de la manada o canta un silencio de ausencia?*

El sonar delfiniano es algo altamente direccional. Akki sintió el lóbulo de un rayo sónico pasando sobre su cabeza que ni siquiera llegó a tocarle. Se pegó cuanto pudo al lecho del océano y procuró dirigir sus nerviosos chasquidos hacia las suaves arenas. Le habría gustado poder desplegar uno de los brazos de su arnés para agarrarse a una roca o a algo que le ofreciese estabilidad, pero temía que el leve sonido de los motores pudiera ser detectado.

*Un silencio de ausencia
Desvanece la memoria
De Hikahi.*

*Silencio de ausencia
De Tsh't
Y Suessi.*

También a él le hubiera gustado dejar el silencio de su ausencia en aquellos parajes y reencontrar la tranquilidad de su camarote a bordo del *Streaker*.

—*¿Su silencio es el de estar en las redes, el de la temerosa espera de la llegada de las orcas o el silencio de servir de comida a los peces?*

Akki estaba a punto de responder cuando, de súbito, como si hubiera sido iluminado de golpe por un poderoso proyector, se sintió inundado por un violento latido sónico que procedía de un punto situado por encima de él y a la izquierda. No había duda de que allí se encontraba un delfín plenamente consciente de su presencia.

*Takkata-Jim
Muerde los cables
Y mi trabajo
Ya no es mío.*

*Sus fines hacen eco
De sus cantos engañosos.*

Akki estaba tan nervioso que una parte de su respuesta se le había escapado en forma de sonidos en lugar de impulsos transmitidos por el monofilamento. De todos modos, ya no merecía la pena ser discreto. Se dispuso a soltar la línea y, volviendo la cabeza hacia el intruso, le lanzó un surtidor sonar lo bastante poderoso, esperaba, como para aturdirle momentáneamente.

Los ecos volvieron a él portando una imagen terriblemente clara de un delfín

enorme que, con un estrépito de aletas, se apartaba para evitar su rayo.

Akki reconoció a su adversario inmediatamente: K'tha-Jon.

—¿Akki? ¿Qué pasa? ¿Estás en estructura de combate? Si tienes que cortar la comunicación, hazlo. Estaré de vuelta tan deprisa como...

Con su deber cumplido, Akki desconectó la toma neural y se hizo a un lado.

No había reaccionado con bastante rapidez. El resplandor azul-verdoso de un láser chisporroteó en el lugar donde se hallaba unos segundos antes.

Así que es eso, pensó mientras se hundía en el cañón que se abría a lo largo de la cresta submarina. Han enviado tras mis pasos al cabeza de martillo. Y no parece amable en absoluto.

Rodó hacia la derecha y se lanzó hacia abajo, hacia las sombras.

Los delfines eran conocidos por su repugnancia a matar a cualquier criatura que respirase aire, pero no eran una raza que siguiese ciegamente sus instintos. Incluso antes de la elevación, los humanos fueron testigos del asesinato de un delfín por otro delfín. Al dar a los cetáceos la oportunidad de viajar por el espacio, los hombres les habían hecho más eficientes cuando decidían matar.

El brillante sendero de un láser silbó a menos de un metro por delante de él y Akki, apretando las mandíbulas, se sumergió en el bullente camino del rayo. Otro disparo ardiente chisporroteó entre sus pectorales. Viró hacia un costado y cayó en picado hacia la larga sombra sónica de un saliente desigual de la pared del cañón.

La carabina láser de K'tha-Jon podía hacer blanco a mucha distancia y el soplete-linterna de que iba provisto el arnés de Akki no era utilizable, como cualquier otra herramienta, más que en combate personal. Evidentemente, sus únicas alternativas eran la astucia o salir huyendo.

A aquella profundidad, la oscuridad era casi absoluta. Todos los rojos habían sido borrados, y de la luz del día sólo quedaban los azules y los verdes iluminando los relieves de aquel paisaje submarino. Sacando ventaja del terreno, Akki se deslizó entre los muros verticales de una estrecha grieta. Se inmovilizó, esperó, y escuchó.

Los ecos que recibió en aquella escucha pasiva le dijeron tan sólo que K'tha-Jon estaba allí, en alguna parte de los alrededores, buscándole. Deseó que su acelerada respiración no fuera tan fuerte como a él le parecía.

Akki lanzó una pregunta neural a su arnés y el microordenador del armazón le informó que no le quedaba ni siquiera media hora de aire en el respirador. Aquello marcaba un límite preciso al tiempo que podría estar escondido.

Los dientes le castañeaban, y ardía en deseos de sentirlos cerrarse sobre las largas aletas de K'tha-Jon, aunque era consciente de no poseer ni la talla ni la fuerza adecuadas para enfrentarse al gigantesco *stenos*.

Akki no tenía ningún medio para saber si K'tha-Jon había salido a buscarle por propia iniciativa o si lo había hecho cumpliendo órdenes de Takkata-Jim. Por el

contrario, tenía la certeza de que, si se tramaba realmente un complot *stenos*, no dudarían en matar al impotente Creideiki si aquello aseguraba el éxito de sus planes. Por inconcebible que fuese, podían incluso querer atacar a Gillian si pecaba de imprudente y volvía a la nave. El simple pensamiento de que un fin pudiera participar en aquellos crímenes hacía que Akki se sintiera enfermo.

Tengo que volver y ayudar a Makanee a proteger a Creideiki hasta que llegue Gillian. Eso es prioritario sobre lo demás.

Se deslizó fuera de la grieta y, con una serie de zigzagueantes movimientos por el fondo, nadó hacia un pequeño valle que se abría al sudeste. En dirección opuesta al *Streaker*, la isla de Toshio y la nave thenania. Era poco probable que K'tha-Jon vigilase aquella zona.

Podía percibir las ondas que el gigante lanzaba en su busca. Hasta aquel momento, los poderosos rayos pasaban lejos de él. Tenía muchas oportunidades de poder realizar un importante avance antes de ser detectado.

Sin embargo, el placer de escapar no era tan satisfactorio como el que hubiese sentido sorprendiendo a K'tha-Jon y golpeándole los genitales con el hocico.

Gillian se apartó de la radio y se encontró con la ansiedad en el rostro de Toshio. Le hacía parecer más joven. Había borrado su máscara del hombre sólido, rudo y mundano. Toshio era el guardiamarina adolescente que acababa de descubrir que su capitán estaba en coma. Y ahora su mejor amigo podía muy bien estar luchando por su vida. Miró a Gillian esperando la tranquilizadora promesa de que todo saldría bien.

Gillian tomó la mano del joven y le atrajo hasta ella. A pesar de sus protestas, le abrazó hasta que sintió que se relajaba la tensión de sus hombros y hundía su rostro en los de ella.

Cuando al fin se soltó, Toshio no la miró; se volvió para secarse los ojos con el dorso de la mano.

—Creo que voy a llevarme a Keepiru —le dijo Gillian—. ¿Crees que Dennie y Sah'ot y tú podréis prescindir de él?

Toshio asintió con la cabeza. La voz le fallaba, pero al fin la dominó.

—Sí, señor. Puede que Sah'ot tenga problemas cuando empiece a encargarle las tareas de Keepiru. Pero he estado observando la forma en que usted lo maneja y creo que podré arreglármelas bien.

—Perfecto. Intenta mantenerle alejado de Dennie. A partir de ahora serás el jefe militar de esta expedición. Estoy segura de que lo harás adecuadamente.

Gillian se alejó hacia el pequeño campamento instalado en la orilla de la charca, y empezó a reunir sus cosas. Toshio se acercó al agua, conectó el amplificador del hidrófono y lo ajustó para que advirtiese a los delfines de que se les necesitaba. Una hora antes, Keepiru y Sah'ot habían partido a esperar a los aborígenes en sus terrenos de caza nocturna.

—Puedo ir contigo, si quieres, Gillian.

Sin dejar de recoger notas y útiles, la mujer movió la cabeza.

—No, Toshio. El trabajo que está realizando Dennie con los *kiqui* es sumamente importante y tú eres el único que puede impedir que le prenda fuego al bosque si tira una cerilla al suelo con todas las cosas que tiene en la cabeza; además, te necesito para aparentar que no he abandonado la isla. ¿Me harás ese favor?

Cerró el seguro de su maleta estanco y empezó a quitarse la blusa y el pantalón corto. Toshio apartó los ojos, ruborizándose.

Pero se dio cuenta de que ella no parecía preocuparse por aquello. *Puede que nunca la vuelva a ver*, pensó. *¿Se dará cuenta de lo que ha hecho por mí?*

—Sí, señor —dijo, con la boca terriblemente seca—. Continuaré actuando tan irritado y distraído como siempre con el profesor Dart. Y si Takkata-Jim pregunta por usted, le... le contestaré que se encuentra en alguna parte... y que está de mal humor.

Gillian había desplegado el traje de inmersión y lo mantenía ante ella, preparándose para entrar. Se interrumpió y levantó la vista hacia el guardiamarina, sorprendida por lo irónico de su comentario. Se echó a reír.

Con dos pasos de sus largas piernas, estuvo a su lado y, de nuevo, le abrazó. Sin reflexionar siquiera en lo que hacía, Toshio deslizó el brazo alrededor de su cintura.

—Eres un buen tipo, Tosh —le dijo, besándole en la mejilla—. ¡Y, no sé si te habrás dado cuenta, pero ya eres más alto que yo! Vas a mentir a Takkata-Jim, harás eso por mí, ¿verdad? Te prometo que en muy poco tiempo haremos de ti un *verdadero* amotinado.

Toshio asintió y cerró los ojos.

—Sí, señor —dijo, apretándola con todas sus fuerzas.

CREIDEIKI

Tenía picores por todo el cuerpo. *Siempre* los había tenido, desde la época imprecisa en que todavía nadaba en el vientre de su madre... desde que recibió su primera iniciación al contacto, cuando se apretaba contra ella para mamar o cuando le agarraba del hocico con dulzura para recordarle que subiera a tomar aire.

Pronto descubrió la existencia de otros tipos de contacto. Estaban las paredes, las plantas y las fachadas de todos los edificios del cuartel, en Catalina-Bas; estaban las caricias, los cabezazos y, naturalmente, el juego de mordiscos con sus semejantes; existía el contacto dulce, y tan sabrosamente variado, de los mase y las fem —de los humanos— que nadaban, como pinnípedos, como leones de mar, y que reían y jugaban con él bajo el agua y sobre ella.

Y la sensación del agua. Todas las sensaciones diversas que encontraba en el agua.

¡El *splash* o el *crash* según el modo en que se dejase caer! El suave flujo laminar cuando se lanzaba a una velocidad que nadie antes había podido alcanzar. La dulce manera de bebería a lengüetadas, por debajo de su aparato soplador, cuando descansaba y se tataba una canción de cuna a sí mismo.

¡Oh! ¡Qué picores sentía!

Mucho tiempo atrás, había aprendido a frotarse contra las cosas... y había descubierto lo que conseguía con ello. Desde entonces, no había dudado en hacerlo cuando tenía ganas, como cualquier otro delfín saludable.

Creideiki tenía ganas de rascarse.

El problema era que no había cerca de él ningún muro donde hacerlo. Parecía incapaz de moverse o, incluso, de abrir los ojos para ver lo que le rodeaba.

Flotaba en el aire, sin nada que sostuviera su peso... por una magia familiar... la «antigravedad». Aquella palabra, como el recuerdo de haber flotado innumerables veces de aquella manera, le parecía misteriosamente extraña, casi desprovista de sentido.

Se hizo preguntas sobre su cansancio extremo. ¿Por qué no abría los ojos para ver? ¿Por qué no chasqueaba un rayo sonoro para calibrar la forma y textura de aquel lugar?

A intervalos, sentía un chorro de humedad que le mantenía mojada la piel. Y aquella sensación parecía provenir de todas partes.

Llegó a la conclusión de que su situación no era normal, quizás incluso muy grave. Debía estar enfermo.

Un suspiro involuntario le hizo darse cuenta de que todavía era capaz de emitir sonidos. Buscó los adecuados mecanismos, experimentó con ellos y consiguió repetir

el mismo sonido.

Deben estar curándome, pensó. Debo haber sido herido. No siento nada, ni siquiera dolor, sólo un vacío. Algo me ha sido arrancado. ¿Una esfera? ¿Una herramienta? ¿Una técnica? Da lo mismo. Están trabajando para que lo recupere.

Confío en la gente, se dijo alegremente. Y la punta del hocico se le entreabrió con una ligera sonrisa.

!!!!

¿Qué hace la punta de su hocico?

¡Ah! Sí. Sonríe. ¡Vaya novedad!

¿Novedad? ¡Siempre lo he hecho!

¿Por qué?

¡Es expresivo! ¡Añade sutileza a mis rasgos! Es...

Es una redundancia.

Creideiki formuló un débil gorjeo de perplejidad.

Bajo el brillo

Del sol

Hay tantas respuestas

Como peces en los bancos.

Ahora, ya recordaba un poco. Había estado soñando. Algo terrible había ocurrido: se había encontrado sumido en una pesadilla asombrosa. Unas formas se precipitaban hacia él y luego se alejaban, y él había oído cómo las antiguas canciones adquirían una forma nueva y misteriosa.

Fue consciente de que todavía debía estar soñando con ambos hemisferios a la vez. Eso explicaba el que no pudiera moverse. Intentó despertarse con una canción.

Hay niveles

Que conocen sólo los cetáceos sementales.

Physeter, que caza

En los abismos del sueño

Combate el calamar

Cuya cabeza es una montaña marina

Y cuyos brazos inmensos

Abarcan océanos...

No era un poema tranquilizador. Sugería la oscuridad y Creideiki, horrorizado, se esforzó para ponerle término, temiendo lo que aquel cántico pudiera suscitar. Pero no pudo evitar los sonidos-glifos que se formaron en su mente.

*Baja hasta los niveles
De las tinieblas*

*Donde tu «cicloide»
Nunca llega,*

*Donde todas las músicas
Acaban por caer*

*Y se amontonan
En capas sucesivas*

*Aullando canciones
De antiguas tormentas,*

*Y huracanes
Que nunca mueren...*

Una presencia apareció junto a Creideiki. Una presencia vasta, una enorme silueta que nacía de la fibra de su canto. Percibió los lentos impulsos sonar que llenaban con sus ecos aquella pequeña habitación en la que flotaba... una habitación demasiado pequeña para poder albergar al monstruo que se formaba junto a él.

¿Nukapai?

*Sonidos de seísmos
Depositados durante milenios,*

*Sonidos de fusión
De las rocas primordiales...*

Con cada verso, la criatura sonora tomaba más cuerpo. Había potencia muscular en aquella presencia que se formaba junto a él. Los movimientos de su lenta e inmensa aleta caudal amenazaban con empujarle. Cuando respiraba, era como el estrépito de una tempestad estrellándose contra abruptos acantilados.

Fue el miedo lo que le dio fuerzas para abrir los ojos. Una cosa húmeda rodó sobre sus pupilas mientras luchaba por abrir los párpados. Le hizo falta cierto tiempo para acoplar su mirada a la visión aérea por lo hundidos que tenía los ojos en las

órbitas.

Todo lo que vio fue un tanque de suspensión de hospital, un espacio reducido. Estaba solo.

Pero el ruido le decía que se encontraba en mar abierto, ¡y con un leviatán nadando a su lado! ¡Podía *sentir* su fantástico poder!

Parpadeó, y de repente su visión se modificó. La vista adaptó el marco de referencia del sonido. El tanque desapareció, ¡y le *vio*!

!!!!!!

El ser que nadaba junto a él nunca podría haber vivido en ninguno de los océanos que conocía. Creideiki casi se ahogó de terror.

Se movía con la potencia de las tempestades, con el irresistible empuje de las mareas.

Era una criatura de las tinieblas y las profundidades. Era un dios.

¡K-K-Kph-kree!

Creideiki no era consciente de haber conocido a aquel ser. Emanaba de algún sitio, como los dragones de una pesadilla.

Un ojo negro observó a Creideiki, quemándole con la mirada. Quiso apartarse, esconderse o morir.

Entonces el ser le habló.

No lo hizo en ternario, como Creideiki creía que haría. Rechazó el primal, desdeñando una lengua de animales inteligentes. Cantó un himno que rozó a Creideiki como una fuerza material que le envolvió y llenó de una comprensión terrible.

: Tú Has Nadado Lejos De Nosotros Creideiki : Empiezas A Aprender : Tu Espíritu Ha Nadado Lejos De Nosotros : Pero Nosotros No Hemos Terminado : Todavía No :

: Durante Mucho Tiempo Hemos Esperado a Alguien Como Tú : Ahora Te Somos Tan Necesarios Como Tú A Nosotros : No Hay Que Volver Atrás :

: Tal Como Eres : Sólo Serías Un Cascarón Vacío : Carne Muerta : Un Vacío Sin Canción : Nunca Más Soñador o Manipulador Del Fuego :

: Inútil Creideiki : Ni Capitán : Ni Cetáceo : Carne Inútil :

: Para Ti Hay Sólo Un Camino : Por El Vientre Del Sueño Cetáceo : Allí Quizás Encontrarás Un Camino : Un Camino Difícil : Pero Un Camino Hacia Tu Deber : Allí Encontrarás Quizás Un Camino Para Salvar Tu Vida ... :

Creideiki gimió. Batió débilmente las aletas y llamó a Nukapai. Luego se acordó.

Ella *era* de los suyos. Ella esperaba, abajo, en compañía de sus verdugos, de aquellos antiguos dioses que conocía por las sagas, y aquellos otros de los que nunca había oído hablar, ni siquiera a las ballenas azules.

K-K-Kph-kree había ido hasta él para hacerle regresar a ellos.

Como había perdido la costumbre de utilizar el inglés, presentó su defensa en una lengua que nunca había creído conocer.

: He sufrido daños irreparables : Sólo soy un cascarón vacío ;*Debería* ser carne muerta! : ¡He perdido la voz! ¡He perdido las palabras! : ¡Dejadme morir!

La respuesta fue un sonoro estruendo que pareció nacer bajo la tierra. Bajo el cielo.

: Vas A Hundirte En El Sueño Cetáceo : Vas A Ir Adonde Tus Primos Nunca Fueron : Incluso Cuando Jugaban Como Animales Y Apenas Conocían Al Hombre : Más Abajo De Donde Van Los Grandes Cetáceos : En Sus Indolentes Meditaciones : Más Abajo Que Physeter : En Su Cacería Infernal : Más Abajo Que Las Mismas Tinieblas... :

: Allí Serás Libre De Decidir Tu Muerte Si La Verdad No Puede Nacer :

Otra vez, las paredes de la pequeña cámara se difuminaron a medida que su atormentador empezaba a asumir una nueva realidad. Tenía la amplia frente y los dientes centelleantes de una ballena semental pero sus ojos brillaban como faros y sus costados tenían estrías plateadas. A su alrededor brillaba un aura... idéntica a los tenues campos alrededor de una nave espacial.

La habitación desapareció por completo y Creideiki se encontró rodeado de pronto por un gran mar abierto de ingravidez. El antiguo dios comenzó a nadar hacia adelante con poderosos golpes de aleta. Creideiki lanzó un débil grito de impotencia al no poder evitar que le arrastrase la corriente generada por el monstruo. Aceleraron. Más deprisa... más deprisa...

A pesar de la carencia de datos en que basarse, Creideiki sabía, de algún modo, que estaban yendo hacia **ABAJO**.

—¿Has oído eso?

La ayudante de Makanee miró hacia el tanque en que yacía el comandante. Una débil luz en el interior de la cámara de gravedad hacía brillar los puntos de sutura; de las repetidas intervenciones quirúrgicas. Cada escasos segundos, unos vaporizadores envolvían al inconsciente delfín con una nube de bruma.

Makanee siguió la mirada de la médico.

—Quizásss... Me ha parecido oír algo hace un momento, como un suspiro. Y tú, ¿qué has oído?

La ayudante movió la cabeza de lado a lado.

—No estoy muy segura. Me pareció que hablaba con alguien, pero no en inglés. Creí oír fragmentos en ternario, luego... luego algo más. ¡Sonaba extraño! —Sintió un escalofrío—. ¿Cree que estará soñando?

Makane miró a Creideiki y suspiró.

—No lo sé. Ni siquiera sé si, en su estado, es deseable que sueñe o es mejor rezar para que no lo haga.

TOM ORLEY

Una brisa marina glacial soplaba desde el oeste y se despertó temblando en medio de la noche. Abrió los ojos y miró al vacío.

No conseguía recordar dónde estaba.

Un poco de paciencia, pensó. Ya vendrá.

Había soñado con el planeta Garth, donde los mares eran pequeños y los ríos innumerables. Había vivido algún tiempo entre los humanos y los chimps de aquella colonia sociológicamente mixta y tan rica y sorprendente como Calafia, donde los delfines cohabitaban con los hombres.

Garth era un mundo hospitalario, pese a hallarse apartado de las demás colonias terrestres.

En su sueño, Garth era invadido. Gigantescas fortalezas volantes planeaban a baja altura sobre las ciudades y extendían nubes de gas sobre los fértiles valles, provocando el pánico entre los colonos. El cielo se llenó de destellos luminosos.

Con una cierta dificultad para distinguir la realidad de lo que aún era sueño, Tom se fijó en la bóveda de cristal de la noche de Kithrup. Tenía el cuerpo agarrotado, las rodillas plegadas, los brazos cruzados sobre el pecho, las manos crispadas en los hombros, tanto por el agotamiento como por el frío. Poco a poco, consiguió que sus músculos se aflojaran. Los tendones y las articulaciones crujieron al intentar moverlos de nuevo.

El volcán del norte se había apagado y sólo se divisaba un débil brillo rojizo en su cima. Había largos desgarrones en las nubes y, por aquellas aberturas, Tom contempló los puntos de luz del cielo.

Pensó en las estrellas. La astronomía era su método de concentración mental.

Rojo igual a enfriamiento, pensó. La roja o es una pequeña estrella de cierta edad o una gigante lejana en los estertores de la agonía. Y aquélla, un poco más arriba, debe ser una supergigante azul. Es muy rara. ¿Habrán estrellas como éstas en esta zona del espacio?

Intentó recordarlo.

Tom parpadeó. La «estrella» azul se movía.

Miró cómo se desplazaba sobre el campo estelar hasta que llegó a otro punto brillante de un color verde reluciente. Hubo un destello entre ambos puntos de luz cuando se cruzaron. Vio que el azul continuaba su camino. Y que el verde desapareció.

¿Cuáles eran las posibilidades de presenciar algo así? ¿Cuántas circunstancias tendrían que coincidir para estar en el lugar adecuado en el momento adecuado? Ahí arriba, la batalla debe estar al rojo vivo. Aún no ha terminado.

Tom intentó levantarse, pero su cuerpo cayó pesadamente en el lecho de lianas.

De acuerdo. Lo intentaré de nuevo.

Se puso de costado apoyándose en el codo, hizo una pausa para reunir fuerzas y se incorporó.

Las pequeñas y pálidas lunas de Kithrup estaban ocultas, pero la luz de las estrellas era suficiente para distinguir el extraño paisaje. El agua corría entre los movedizos amasijos de hierbas y lodo. Se oía cantar a las ranas y ruidos deslizantes. Pudo escuchar un débil grito estrangulado, alguna pequeña presa que acababa de morir.

Estaba agradecido a la obstinación que le había llevado a aquel montículo. Dos metros bastaban para constituir una diferencia. No hubiera podido sobrevivir una noche entera en aquella repugnante suciedad.

Con el cuerpo rígido, se volvió y empezó a hurgar en las escasas provisiones y material que tenía sobre el improvisado trineo. Lo primero es, se dijo, no pasar frío. Buscó su traje de inmersión y se dispuso a ponérselo.

Tom sabía que sus heridas también necesitaban alguna atención, pero eso todavía podía esperar un poco. Lo mismo que una verdadera comida. Había conseguido salvar suficientes provisiones como para poder comer dos o tres veces.

Masticando una nutri Barra y bebiendo de vez en cuando de la cantimplora, continuó buscando en sus magras reservas. De momento, lo importante eran las tres psibombas.

Miró hacia el cielo. Salvo la vaga bruma violácea que flotaba cerca de una estrella, no había signos de la batalla. Pero lo que vio era bastante. Sabía qué bomba utilizar.

Antes de dejar el *Streaker* para ir a reunirse con Toshio en la isla, Gillian había pasado algunas horas con la máquina Niss. Había conectado el aparato tymbrimi a la micro-sección de la Biblioteca recuperada en la nave thenania. Ella y la Niss se ocuparon de preparar lo adecuado para cargar las bombas.

Lo esencial era la llamada de auxilio thenania. Si placía los designios de Ifni, capacitaría a Tom para la experiencia definitiva, con la cual podría verificar el funcionamiento de su plan.

Todo el trabajo efectuado por Suessi, Tsh't y los demás en el «Caballo Marino de Troya» se quedaría en nada si los *thenanios* no estaban entre los beligerantes todavía en liza. ¿Para qué meter al *Streaker* en el casco hueco y elevarse en el espacio bajo aquel camuflaje si todos los combatientes iban a abrir fuego contra él precisamente por su disfraz?

Tom tomó una de las bombas psi. Era un globo que podía sostener en la palma de la mano. En su hemisferio superior tenía un minutero y un interruptor de seguridad. Gillian había etiquetado cada bomba cuidadosamente con cinta adhesiva. En aquélla, además, había grabado su firma y puesto un corazón atravesado por una flecha.

Tom sonrió y se llevó la bomba a los labios.

Se había sentido culpable de machismo cuando insistió en ser él quien realizara aquella misión, y en que ella se quedara. En aquellos momentos se daba cuenta de que tenía razón. Por entera y competente que fuese Gillian, no era tan buen piloto como él y probablemente hubiera muerto en el choque. Y aunque hubiera sobrevivido, no habría tenido la fuerza física para poder arrastrar el trineo hasta allí.

Demonios, pensó, estoy contento de que esté a salvo con amigos que la protegen. Es razón suficiente. Aunque ella sea capaz de romperles la cara a diez lagartos blenchuq con una mano atada, sigue siendo mi mujer, y no permitiré que corra ningún peligro si yo puedo evitarlo.

Tom tragó el resto de su barra de proteínas. Sopesó la bomba y consideró la estrategia a seguir. Su primitivo proyecto había sido aterrizar cerca del volcán, esperar a que el planeador hubiese recargado las baterías, depositar la bomba y despegar antes de la explosión. Aprovechando las aguas termales del volcán habría ganado altura de inmediato, y hubiera podido encontrar otra isla desde donde observar el resultado de su experimento.

A falta de otra isla, le bastaba con alejarse, aterrizar en el océano y usar el telescopio para ver qué sucedía.

Era un plan soberbio, pero no había resistido una tormenta ni una jungla imprevisible compuesta por delirantes hierbas marinas. El telescopio se había unido a los detritus metálicos de los fondos marinos de Kithrup, junto con la mayor parte del planeador solar.

Tom se levantó con cuidado. El hecho de haber entrado en calor y llenado el estómago reducían el control del dolor a un mero ejercicio.

Hurgó de nuevo en sus pertenencias y sacó una banda de tejido estrecho y largo que había arrancado de su saco de dormir destrozado. La textura de la isoseda le pareció adecuada.

Por el peso que soportaba su mano, la psibomba daba la impresión de estar cargada con algo más que ilusiones, un decorado planeado hasta en los mínimos detalles, dispuesto a expandirse cuando él lo requiriera.

Conectó el minuterio para un plazo de dos horas y, con el pulgar, soltó el interruptor de seguridad. La bomba quedó activada.

La depositó cuidadosamente en la improvisada honda. Tom sabía que estaba dramatizando. La distancia no cambiaría mucho las cosas. Todos los sensores diseminados por el sistema de Kithrup se encenderían cuando el ingenio saltara. Se le ocurrió que podía dejarlo e sus pies.

Nunca se sabe, pensó. Es mejor lanzarla lo más lejos posible.

Hizo girar dos o tres veces la honda sobre su muñeca, sólo para asentarla; luego empezó a trazar grandes círculos levantando el brazo más y más. Su impulso, lento al principio, adquirió progresivamente una velocidad enorme y tuvo la extraña sensación de que su cuerpo era aspirado por una fuerza centrípeta. Empezó a cantar:

Oh, papá era un cavernícola,
Jugaba a la pelota en camisa y taparrabos.
Soñaba con la paz continuamente,
Mientras escarbaba en la basura.

Vosotros los ETs y vuestras estrellas...

Oh, papá era un luchador,
Mataba a sus primos, cuartos y terceros.
Siempre soñaba con la paz,
Y murió clavado a la tierra.

Vosotros los ETs y vuestras estrellas...

Oh, papá era un buen amante,
Y sin embargo pegaba a su mujer.
Soñaba, anhelando la cordura
Y lamentaba su forma de vida.

Vosotros los ETs y vuestras estrellas...

Oh, papá era un líder,
Soñaba, y sin embargo mentía.
Consiguió que las masas aterrorizadas
Lanzasen misiles a los cielos.

Vosotros los ETs y vuestras estrellas...

Oh, papá era un inculto,
Pero estaba siempre en la brecha.
Detestaba su maldita ignorancia,
Y luchaba contra su orgullo.
Entonces, ascendió por propio esfuerzo,
Y, al perder el equilibrio, gritó.
El trágico huérfano me dejó su herencia,
Tengo su mente, su corazón.

¡Podéis despreciarme como lobezo,
Burlaros de mis marcas de orfandad!
Pero decidme, muchachos,
«¿CUÁL ES VUESTRA EXCUSA?».
Vosotros los ETs y vuestras estrellas...

¡Vosotros los ETs y vuestras estrellas!

Tom dio un paso adelante y sus hombros se curvaron. Dio unas vueltas a su brazo y soltó la honda. La bomba voló en la noche, girando como una peonza. La esfera brilló durante un momento, todavía subiendo, centelleando, hasta que desapareció de su vista. Tom estuvo atento, pero no la oyó caer.

Permaneció inmóvil durante un rato, respirando profundamente.

Bueno, pensó al fin. Esto abre el apetito. Tengo dos horas para comer, curarme las heridas y construir un refugio. Cada segundo que quieras concederme de más, Señor, lo aceptaré con humilde gratitud.

Se cruzó la tira de tejido por encima del hombro y empezó a prepararse la cena bajo la luz de las estrellas.

Quinta parte

CONMOCIÓN

En un mundo más viejo y más complejo que el nuestro, acaban por alcanzar su plenitud, con sus sentidos llenos de extensiones que nosotros hemos perdido o nunca hemos adquirido, guiados por voces que nosotros no oiremos jamás... forman naciones, apresados, lo mismo que nosotros, en las redes de la vida y del tiempo...

HENRY BATESON

SAH'OT

Era ya de noche y los *kiqui* se dirigían a sus terrenos de caza. Sah'ot les oyó chillar excitados mientras se reunían en un claro, al oeste del árbol taladrador derribado. Los cazadores pasaron cerca de la charca en su camino hacia un cañón rocoso del acantilado meridional de la isla, parloteando y llenando con ostentación sus vesículas pulmonares.

Sah'ot escuchó hasta que los aborígenes se marcharon. Entonces se sumergió un metro bajo la superficie y exhaló unas deprimidas burbujas. Nada estaba saliendo bien.

Dennie había cambiado y a él no le gustaba el cambio. En vez de su habitual y deliciosa coquetería, ahora le ignoraba casi por completo. Había escuchado dos de sus mejores quintillas y le había respondido con toda seriedad, ignorando deliberadamente sus sutiles dobles sentidos.

A pesar de la importancia de sus estudios sobre los *kiqui*, Takkata-Jim también le había ordenado analizar para Charles Dart el funcionamiento del árbol taladrador. Ella se había sumergido dos veces en el agua para recoger muestras bajo la colina metálica. Ignoraba las insinuaciones que Sah'ot le hacía con el hocico o, lo que era más molesto aún, le acariciaba con aire ausente.

Sah'ot se dio cuenta de que pese a todos sus esfuerzos por hacerle cambiar de actitud, lo que en realidad nunca había deseado era que cambiase. No de *este* modo, al menos.

Se dejó ir con tristeza a la deriva hasta que la cuerda amarrada a uno de los trineos tiró de él. Su última misión le mantenía vinculado a esa obscenidad eléctrica, incómodo e impaciente en aquella minúscula charca, cuando su verdadero trabajo estaba en el mar abierto, con los presensitivos.

Al marcharse Gillian y Keepiru, supuso que su ausencia lo dejaría en libertad para hacer lo que quisiera. ¡Ja! Tan pronto como el piloto y la médica humana partieron, Toshio, sí, *Toshio*, había entrado en escena y asumido el mando.

Tendría que haber sido capaz de superarle. Por las Cinco Galaxias, ¿cómo se las ha arreglado el chico para hacerse con el mando?

Era difícil saber cómo. Pero allí estaba, ¡controlando un robot para un pomposo y egocéntrico chimpancé al que sólo le importaban las piedras! ¡El pequeño y estúpido robot no tenía siquiera un cerebro con el que poder HABLAR! Con los microprocesadores no se mantienen conversaciones. Les dices lo que tienen que hacer y luego contemplas impotente el desastre cuando te interpretan al pie de la letra.

Su arnés emitió un pitido. Había llegado el momento de verificar la sonda. Sah'ot

cloqueó una sarcástica respuesta.

*Sí, cachivache,
¡Señor y maestro!
¡Imbécil de metal,
desastre!
¡Pita de nuevo,
y trabajaré más deprisa!*

Sah'ot dirigió su ojo izquierdo a la pantalla del trineo. Envío una pulsación en código al robot, y recibió un río de datos.

Finalmente, el robot había asimilado la muestra de rocas más reciente. Ordenó a la pequeña memoria de la sonda que se vaciase en los bancos de datos del trineo. Toshio le había hecho recorrer el árbol hasta que pudo controlar el robot de un modo casi inconsciente.

Le hizo anclar un extremo de la línea monofilamento a la roca, y después lo hizo descender otros cincuenta metros.

La vieja explicación del agujero bajo la colina metálica estaba descartada. Era imposible que el árbol taladrador necesitase excavar un túnel de un kilómetro de profundidad en busca de alimento. Era imposible que hubiera perforado la corteza hasta tal profundidad. La masa de la raíz taladro era evidentemente demasiado grande para haber sido producida por el modesto árbol que había estado en la cumbre.

La cantidad de material extraído hubiera sido suficiente para diez colinas metálicas. Éste fue hallado como sedimento alrededor de la alta cornisa donde se asentaba la colina.

Para Sah'ot estos misterios no tenían nada de tentadores. Sólo le demostraban una vez más que el universo era extraño, y que tal vez los humanos, los delfines y los chimps deberían esperar un tiempo antes de desafiar sus enigmas más profundos.

El robot terminó el descenso. Sah'ot le hizo agarrarse a la pared de la cavidad con sus garras acabadas en puntas de diamante, y luego las contrajo desde arriba.

Podría funcionar bajando por etapas. Para aquella pequeña máquina ya no habría ascenso. A veces, Sah'ot se sentía del mismo modo, sobre todo desde su llegada a Kithrup. En realidad, no confiaba en poder salir nunca de ese mundo fatal.

Por fortuna, la rutinaria recogida de muestras del robot, una vez activado, se hacía de forma automática. Incluso Charles Dart no tendría excusa para quejarse. A menos que...

Sah'ot soltó una maldición. Allí estaba de nuevo, el parásito que invadía la sonda desde que rebasara el medio kilómetro. Toshio y Keepiru habían trabajado en ello, pero no dieron con el problema.

El crujido era diferente de cualquier otro parásito que Sah'ot hubiera oído... aunque no fuese un experto en parásitos. Tenía un ritmo sincopado que en realidad no

resultaba desagradable. Sah'ot sabía que a algunas personas les gustaba escuchar el ruido blanco. Pocas cosas podían considerarse menos absorbentes.

El reloj de su arnés seguía su camino. Sah'ot oyó el parásito y pensó en las perversidades, en el amor y en la soledad.

	Nado –	
círculos –		como los otros
	Y aprendo –	
con tristeza –		yo estoy
	Ciegamente –	
Suspirando –		solo

Poco a poco, Sah'ot se dio cuenta de que había adoptado el ritmo del «ruido» de abajo. Sacudió la cabeza. Pero cuando volvió a escuchar aún seguía allí.

Una canción. ¡Era una canción!

Sah'ot se concentró. Era como intentar seguir al mismo tiempo todas las partes de una fuga de seis partes. Las estructuras se entrelazaban con una increíble complejidad.

¡Claro que todos lo habían considerado un ruido! ¡Incluso *él* pensó lo mismo! El reloj de su arnés sonó pero Sah'ot no le prestó atención. Estaba demasiado ocupado escuchando al planeta que cantaba para él.

STREAKER

Moki y Haoke se habían presentado voluntarios como centinelas, aunque por distintos motivos.

A ambos les divertía salir de la nave, era todo un cambio. Y a los delfines tampoco les importaba demasiado verse conectados durante horas a un trineo en las aguas sombrías y silenciosas que la rodeaban.

Pero en lo demás diferían. Haoke estaba allí porque lo consideraba una tarea necesaria. Moki, por su parte, esperaba que la guardia le diera una oportunidad de matar.

—Me habría gusstado que Takkata-Jim me mandara tras Akki en vez de enviar a K'tha-Jon —dijo Moki con voz áspera—. Yo hubiera localizado tan bien como él a esse sabihondo.

El trineo de Moki se encontraba a unos veinte metros del de Haoke, sobre el alto acantilado submarino que dominaba la nave. Las lámparas de arco aún brillaban en el casco del *Streaker*, pero el paso a la zona estaba restringido para todos excepto para los pocos designados por el segundo de a bordo.

Moki miró a Haoke a través de la flexible cúpula de burbujas de su trineo. Haoke permanecía callado, como de costumbre, ignorando por completo el comentario de Moki.

¡Arrogante engendro de calamar apestoso! Haoke era otro *tursiops* sabelotodo, igual que Creideiki y que Akki, ese presumido guardiamarina.

Moki formó en su mente una pequeña escultura sonora, una imagen de pelea y destrucción. Hubo un tiempo en que ponía a Creideiki en el papel de víctima. El comandante, que tantas veces lo había sorprendido haciendo el vago y lo había avergonzado corrigiendo su gramática ánglica, encontró al fin su merecido. Moki se alegraba, pero ahora necesitaba otro blanco para su fantasía. Era más divertido imaginar que se masacraba a alguien en particular.

Akki, el calafiano, le había servido cuando se descubrió que el joven guardiamarina había traicionado al sustituto del comandante. Moki deseó que le designasen para salir a darle caza, pero Takkata-Jim, en cambio, envió a K'tha-Jon, razonando que el objetivo era traer a Akki para disciplinarlo, no cometer un asesinato.

El gigante pareció ignorar tan sutil distinción cuando partió equipado con un potente rifle láser. Quizá Takkata-Jim no tuviera un control absoluto sobre K'tha-Jon, y lo designara pensando en su propia seguridad. Por el brillo de los ojos de K'tha-Jon, Moki no envidió la suerte del calafiano cuando le encontrara.

¡Dejemos que K'tha-Jon *traiga* a Akki! La pérdida de un pequeño placer

mermaba muy poco la completa felicidad de Moki.

¡Qué bueno era sentirse IMPORTANTE para variar! Cuando estaba libre de servicio, todo el mundo se apartaba de su camino, como si fuera el jefe de una manada. Había ya echado el ojo a dos de las pequeñas y seductoras hembras que trabajaban en la enfermería de Makanee. Algunos de los machos más jóvenes también le resultaban atractivos... Moki no tenía manías.

Pronto seguirían todos su camino, cuando vieran la dirección que llevaba la corriente. Durante unos instantes, se resistió a un instinto, pero luego no pudo contenerse. Lanzó un breve canto triunfal en una forma prohibida.

¡Gloria! es, es,

¡Gloria!

Morder es y ¡Gloria!

¡A las hembras someter!

¡Un nuevo toro es! ¡es!

Vio que Haoke reaccionaba por fin. El otro centinela se sacudió ligeramente y levantó la cabeza para mirar a Moki. Permaneció en silencio, a pesar de que éste le devolvió la mirada de un modo desafiante. Moki envió un concentrado chorro de sonar hacia Haoke, ¡para demostrarle que *él* también le estaba escuchando!

¡Arrogante y apestoso calamar! Cuando Takkata-Jim controlara la situación, Haoke también tendría su merecido. Y los hombres de la Tierra nunca lo desaprobaban, ya que el Gran-Humano Metz estaba del lado de Takkata-Jim, ¡de acuerdo con él en todo!

Moki lanzó otro chillido en primal, saboreando con deleite el primitivismo prohibido. Le llegaba muy hondo. Cada sabor le despertaba las ganas de continuar.

¡Dejemos que Haoke chasquee de disgusto! ¡Moki retaba incluso a los *galácticos* a que vinieran e intentaran entrometerse entre él y su nuevo comandante!

Haoke soportó con estoicismo los bestiales gritos de Moki. Pero le recordaban que formaba parte de una pandilla de cretinos e inadaptados.

Por desgracia, los cretinos e inadaptados eran los *razonables* y la élite de la tripulación del *Streaker* quienes estaban embarcados en una aventura desastrosa.

Haoke se encontraba muy deprimido por el accidente de Creideiki. El comandante constituía sin duda uno de los mejores logros de la elevación. Pero el accidente posibilitaba un cambio tácito y perfectamente legal en la política de mando, y eso no lo lamentaba. Al menos Takkata-Jim reconocía la estupidez de desarrollar el desesperado plan del Caballo Marino de Troya.

Aunque el *Streaker* pudiera desplazarse en silencio hasta la nave thenania, y el

equipo de Tsh't hubiese preparado las cosas para que pudiera introducirse en el casco y usarlo a modo de gigantesco disfraz y despegar luego en esas condiciones, ¿qué iban a ganar con ello?

Incluso si Thomas Orley informaba que los *thenanios* seguían enzarzados en la batalla espacial, no estaba claro que se les pudiera *engañar*, haciéndoles ir en rescate de un supuesto acorazado perdido. Una posibilidad muy dudosa.

El asunto era discutible. Parecía evidente que Thomas Orley había muerto. No se tenían noticias suyas desde hacía muchos días, y cualquier suposición se había convertido en una desesperada plegaria.

¿Por qué no darles a los tres veces malditos *galácticos* lo que querían? ¿Por qué ese romántico absurdo de preservar todos los datos para el Concejo de Terragens? ¿Qué nos importa un montón de cascos desaparecidos hace tanto tiempo? Resulta evidente que no es asunto nuestro si los *galácticos* quieren pelear por esa flota abandonada. Ni siquiera los aborígenes de Kithrup valen tanto como para morir por ellos.

A Haoke todo le parecía sencillo. También lo era para Takkata-Jim, cuya inteligencia Haoke respetaba.

Y si todo era tan obvio, ¿por qué Creideiki, Hikahi y Thomas Orley no lo aceptaban?

Ese tipo de dilemas era lo que mantenía a Haoke como encargado en la sala de máquinas, en lugar de promocionarlo a suboficial u oficial, tal como indicaban sus puntuaciones de test.

Moki soltó otra fanfarronada en primal, esta vez con voz más fuerte. El *stenos* intentaba burlarse de él.

Haoke suspiró. Una buena parte de la tripulación empezaba a comportarse de ese modo, no tan mal como Moki, pero bastante mal en definitiva. Y no eran sólo los *stenos*. Algunos de ellos se portaban mejor que ciertos *tursiops*. Al tiempo que la moral se disipaba, también lo hacía la motivación para mantener el Keneenk, la lucha diaria contra el lado animal que siempre quería resurgir. Una semana antes, hubiera sido muy difícil prever quiénes serían los primeros en caer en la regresión.

Había que tener en cuenta, desde luego, que los mejores fines estaban fuera, con Hikahi y Suessi.

Por suerte, se dijo Haoke. Reflexionó sobre la ironía del bien que se transforma en mal y de lo verdadero que nace de lo equivocado. Al menos, Takkata-Jim parecía entender cómo se sentía y nunca le llevaba la contraria. El teniente había aceptado el apoyo de Haoke con gratitud.

Pudo oír cómo se agitaba la cola de Moki, pero antes de que el pequeño *stenos*, enfurecido, profiriera más insultos, los altavoces de ambos trineos cobraron vida.

—¿Haoke y Moki? Habla el fin Heurka-pete, de la sección de comunicaciones... ¿Me recibís?

La llamada procedía del operador de transmisión y detección. El hecho de que

ambas tareas se hubiesen combinado demostraba lo mal que iban las cosas.

—Roger, aquí Haoke. En este momento Moki está indispuesto. ¿Qué passa?

Oyó cómo Moki ahogaba una protesta. Pero estaba claro que el fin trataba de adaptar su mente al ánglico.

—*Hay una sombra sónica en dirección esste, Haoke... parece un trineo. Si es hostil, destruidlo. Si es alguien de la isla, debéis hacerle regresar a ella. Y si se niega, ¡disparad hasta inutilizar el trineo!*

—Comprendido. Haoke y Moki en marcha.

»Muy bien, charlatán —añadió, dirigiéndole al estupefacto Moki una mueca—. Vamoss a ver qué passa. ¡Y vigila ese gatillo! Sólo debemos hacer respetar una cuarentena. ¡No vamos a disparar sobre compañeros de tripulación si no es absolutamente necesario!

Con un impulso neural puso en marcha el motor de su trineo. Sin mirar atrás, despegó de la lodosa elevación y poco a poco fue acelerando en dirección este.

Moki contempló cómo Haoke tomaba la delantera antes de poner en marcha su trineo y seguirle.

*Tentado, tentado...tentado, Moki, está, está,
¡La tentación, deliciosa es...es...es!*

Los trineos se sumergieron uno tras otro en las tinieblas. En una pantalla de sonar pasivo sólo eran pequeños puntos imprecisos que rebasaban lentamente la sombra de la colina sumergida y desaparecían tras ella.

Keepiru abrió la pinza derecha de su arnés y la unidad portátil de escucha cayó dando tumbos en el blando limo. Se giró hacia Gillian.

*Está hecho y ha marchado,
Ellos persiguen nuestras sombras.
No les gustará
¡Cazar la falsa presa!*

Gillian ya suponía que habría centinelas. Unos kilómetros antes, habían dejado el trineo con el retardador automático y nadaron hacia el norte y el oeste. Cuando el trineo se puso de nuevo en marcha, giraron a unos cuantos cientos de metros al oeste de la esclusa.

Gillian tocó el flanco de Keepiru. La sensible piel tembló bajo su mano.

—¿Recuerdas el plan, Keepiru?

¿Necesitas preguntarlo?

Gillian arqueó las cejas sorprendida. ¿Un triple trino y un ondulante chasquido interrogativo? Era una respuesta desacostumbradamente breve y directa para ser expresada en ternario. Keepiru era *capaz* de más sutilezas de las que ella había pensado.

—Claro que no, querido jinete de las olas. Lo siento. Haré lo mío y no me preocuparé ni un solo momento de si tú haces lo tuyo.

Keepiru la miró como si deseara no tener que llevar el respirador. Como si quisiera hablar con Gillian en la *lengua materna* de ella. Gillian sintió algo de esto a través de un suave contacto telemfático.

—Cuídate, Keepiru —le dijo, acariciando su suave torso gris—. Recuerda que eres admirado y querido. Y mucho.

El piloto inclinó la cabeza.

*Para nadar o
Luchar,
Para prevenir o
Rescatar,
Para ganar tu
Confianza.*

Se lanzaron desde el borde del acantilado y nadaron a toda prisa hacia la esclusa exterior de la nave.

TAKKATA-JIM

Era imposible descansar.

Takkata-Jim envidió la inconsciencia total de los humanos, llamada sueño. Cuando un hombre se acostaba durante la noche, desaparecía su conciencia del mundo, y los nervios de sus músculos se desactivaban. Si *soñaba*, por lo general no tenía que participar *físicamente*.

Ni siquiera un neodelfín podía desconectarse de ese modo. Uno u otro hemisferio del cerebro estaba siempre de guardia para controlar la respiración. Para un fin, dormir era una cosa más anodina y seria.

Vagó por el camarote del comandante, deseando poder regresar a su cabina, más pequeña. Pero el simbolismo era importante para la tripulación que había heredado. Sus seguidores necesitaban algo más que la lógica de la legalidad para confirmar su mandato. Necesitaban verle como el Nuevo Toro. Y eso significaba seguir el estilo de vida del antiguo jefe de la manada.

Inspiró profundamente en la superficie y emitió chasquidos para iluminar la habitación con imágenes sonoras.

Creideiki tenía en verdad unos gustos muy eclécticos. Ifni sabía qué clase de cosas había poseído el anterior comandante que no eran impermeables, y que fueron almacenadas, por lo tanto, antes de que el *Streaker* llegase a Kithrup. La colección que quedaba era sorprendente.

Las obras realizadas por artistas de una docena de razas sensitivas estaban aisladas en el interior de cajas de cristal. Fotos en relieve sonoro de extraños mundos y de fantásticas y aberrantes estrellas adornaban las paredes.

El equipo de música de Creideiki era impresionante. Tenía grabadas alrededor de un millar de canciones y misteriosas... *cosas* que producían escalofríos en la columna vertebral de Takkata-Jim cuando las escuchaba. La colección de baladas cetáceas era muy valiosa y, al parecer, la mayor parte de ellas había sido recopilada por él personalmente.

En la mesa de transmisiones se encontraba una foto de Creideiki junto a los oficiales del *James Cook*. Estaba firmada por la capitán Helene Álvarez. La famosa exploradora tenía el brazo alrededor de su jovial ayudante delfiniano mientras ambos hacían muecas ante la cámara.

Takkata-Jim había servido en naves importantes, buques de carga que aprovisionaban a las colonias de Atlast y Calafia, pero nunca había estado en misiones como las del legendario *Cook*. Nunca vio tales cosas ni escuchó tales sonidos.

Hasta que llegaron a las Syrtes... hasta que encontraron naves abandonadas tan

grandes como lunas.

Frustrado, agitó la cola. Sus aletas golpearon dolorosamente el techo. Su respiración se hizo más pesada.

No importaba. ¡Nada de lo que había hecho tendría importancia si conseguía triunfar! ¡Si lograba sacar al *Streaker* de Kithrup sin perder una sola vida de la tripulación! Si podía hacerlo, tendría su propia foto. Y el brazo sobre su espalda sería el del presidente de la Confederación de la Tierra.

Un brillante grupo de pequeñas motas empezó a agruparse a su derecha. Las chispas se fundieron en una imagen holográfica, a pocos centímetros de su ojo.

—Sssí. ¿Qué pasa? —preguntó con brusquedad.

Un nervioso delfín, que encogía y estiraba los brazos del arnés, movió la cabeza con agitación. Era Suppeh, el sobrecargo de la nave.

—¡Sseñor! Ha ocurrido algo extraño. No estábamos seguros de si debíamos despertarle, p-pero...

A Takkata-Jim, el ánglico subacuático del fin le resultaba casi incomprensible. La aguda voz de Suppeh trinaba de forma descontrolada.

—¡Tranquilícese y hable despacio! —le ordenó con dureza. El fin se asustó, pero procuró obedecerle.

—Yo estaba en la esclusa. Oí decir a alguien que había una alert-ta. Heurka-pete envió a Haoke y Moki tras unos sonidos de trineo.

—¿Por qué no he sido informado? —Suppeh retrocedió con miedo. Durante unos instantes, pareció demasiado aterrorizado para poder hablar. Takkata-Jim suspiró y mantuvo la voz serena—. No importa. No es culpa suya. Continúe.

—Unos minutos más tarde —prosiguió Suppeh, visiblemente aliviado—, se encendió la luz en la esclusa de p-personal. Wattaceti fue hacia allí, yo no p-presté mucha atención. Pero cuando entraron la Asistente de la Vida y el Piloto de Embocadura... —Takkata-Jim espumeaba. Sólo la urgente necesidad de oír la historia de Suppeh evitó que destrozara el camarote en un ataque de frustración— ... intenté detenerles, como usted ordenó, p-pero Wattaceti e Hiss-Ka agitaban las aletas alborozados, y se precipitaron a su encuentro.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Takkata-Jim.

—Bassskin entró con Wattaceti en la crujía principal. Hiss-Kaa está por ahí, esparciendo rumores en la nave. ¡Keepiru cogió un trineo y respirador y se marchó!

—¿A dónde?

—F-fuera de n-n-nuevo —gimió Suppeh. Su dominio del ánglico se disolvía a toda velocidad. Takkata-Jim intentó sacar partido de la poca serenidad que le quedaba al sobrecargo.

—Que Heurka-pete vaya a despertar al doctor Metz. Que Metz se reúna conmigo en la enfermería acompañado de tres guardias. Tú deberás ir con Sawtoot al vestuario de la rueda seca, y no permitáis entrar a nadie. ¿Comprendido?

Suppeh asintió con firmeza y su imagen desapareció.

Takkata-Jim rezó para que Heurka-pete tuviera el buen sentido de llamar a Moki y Haoke y enviarles a la caza de Keepiru. Juntos, con el cerebro de Haoke y la fiera implacabilidad de Moki, quizá serían capaces de interceptar al piloto antes de que llegase al acorazado thenanio.

¿Por qué no ha regresado aún K`tha-Jon? Le designé para que fuese a buscar al guardiamarina con la intención de mantenerle alejado de la nave durante cierto tiempo. Temía que llegara a ser peligroso incluso para mí. Quise tener tiempo suficiente para organizar las cosas sin tenerlo rondando a mi alrededor. Pero ahora la mujer Baskin ha regresado antes de lo que yo esperaba. Quizás hubiese sido mejor tener a K`tha-Jon cerca. El talento del gigante podría ahora serme útil.

Silbó para abrir la puerta y nadó por el pasillo. Se encaraba a una confrontación que hubiese deseado retrasar cuarenta horas más, o indefinidamente.

¿Tendría que haberme ocupado antes de Creideiki? Hubiera sido muy fácil... un corte de suministro en el tanque de gravedad, un catéter fuera de su sitio. Metz no lo aprobaría, pero había ya tantas cosas que Metz no sabía. Tantas cosas que Takkata-Jim deseaba que no supiera.

Nadó a toda prisa hacia el ascensor intramuros del casco.

Tal vez no necesite a K`tha-Jon para vérmelas con Gillian Baskin, pensó. Después de todo, ¿qué puede hacer una hembra humana?

LA BOMBA PSI

El montículo de hierbas medio secas formaba una cúpula sobre el mar de cepas. Tom había construido un bajo techo con los fragmentos recuperados de su trineo, formando una tosca choza. Sentado en la entrada, esperaba la llegada de la penumbra del amanecer, masticando una de sus escasas nutribarras.

Había limpiado sus heridas lo mejor posible y las cubrió con gotas cicatrizantes de espuma quirúrgica. Con el estómago lleno, y el dolor calmado en parte, se sentía humano de nuevo.

Examinó su pequeño alambique osmótico. La parte superior, una bolsa transparente con un conducto filtrado en un extremo, tenía una gruesa capa de agua salada y lodo. Bajo el filtro, una de las cantimploras estaba casi llena.

Tom consultó su reloj. Quedaban sólo cinco minutos. No había tiempo para bajar a recoger más agua lodosa para llenar el alambique. No podría limpiar los filtros antes de que estallara la bomba.

Recogió la cantimplora, enroscó bien el tapón, y la metió en un saquito. Sacó el filtro de su soporte, quitando la mayor parte del lodo antes de doblarlo y colocárselo bajo el cinturón. Con toda probabilidad, el filtro no retenía todas las sales metálicas disueltas en el agua. No fue diseñado pensando en Kithrup. Sin embargo, era su más valiosa posesión.

Tres minutos, indicaron los números luminosos de su reloj.

Tom miró al cielo. Había un vago resplandor en el este, y las estrellas empezaban a desvanecerse. Iba a ser una mañana muy clara y, por lo tanto, terriblemente fría. Comenzó a temblar, y cerró del todo la cremallera del traje de inmersión. Luego se agazapó.

Un minuto.

Cuando ocurriera, aquello sería como el sonido más fuerte que jamás hubiera oído. Como la luz más brillante. No habría modo de protegerse.

Deseó taparse los ojos y los oídos, como si se tratara de una explosión real. Pero en lugar de hacerlo, miró hacia un punto del horizonte y se puso a contar, siguiendo el ritmo de su respiración. Se dejó llevar deliberadamente a un estado de trance.

—...siete...ocho...nueve...diez... —El pecho se le llenó de luminosidad. La sensación se extendió hacia afuera, calmándolo y entumeciéndolo.

En el oeste, la luz de las estrellas difractaba rayos como telas de araña a través de sus pestañas espesas, mientras él esperaba una explosión sin sonido.

—Sah'ot, ¡he dicho que estoy listo para empezar mi turno!

Sah'ot se revolvió y miró a Toshio.

—Espera unos minutos, ¿quieres? ¡Esstoy escuchando algo!

Toshio frunció el ceño. ¡No era eso lo que esperaba de Sah'ot! ¡Había llegado pronto a relevar al delfín lingüista porque Sah'ot odiaba trabajar con el robot sonda!

—¿Qué pasa, Tosh? —preguntó Dennie, sentándose en su saco de dormir y frotándose los ojos ante la penumbra que precede al alba.

—No lo sé, Dennie. Me he ofrecido para relevar a Sah'ot en el control del robot, para que no tenga que vérselas con Charlie cuando llame, pero se niega.

—Es cosa suya —contestó Dennie, encogiéndose de hombros—. ¿Por qué te preocupa?

A Toshio le vino a los labios una incisiva respuesta, pero los mantuvo cerrados y se alejó. Ignoraría a Dennie hasta que despertase del todo y se comportara de una forma civilizada.

Dennie le sorprendió, tras la marcha de Gillian y Keepiru, aceptando su nueva autoridad sin protestar. Durante los dos últimos días, no pareció interesarse más que por sus microscopios y sus muestras, ignorando incluso las esporádicas insinuaciones sexuales de Sah'ot, y contestando cualquier pregunta con monosílabos.

Toshio se arrodilló junto al equipo de transmisiones conectado por cable con el trineo de Sah'ot. Tecleó en el monitor una petición y el resultado le hizo fruncir el ceño.

—¡Sah'ot! —dijo con severidad—. ¡Ven aquí!

—Ensssegui... —el delfín parecía distraído.

Toshio apretó los labios.

AHORA, vendrás AQUÍ

A reunirse

O en breve cesará TODA

Escucha adicional.

Oyó cómo Dennie ahogaba un grito a sus espaldas. Seguramente, ella no comprendió el estallido ternario con todo detalle, aunque tenía una idea básica. Toshio se sintió justificado. Había sido una prueba. Era incapaz de ser tan sutil como Gillian Baskin, pero tenía que ser obedecido, si no, como oficial, sería un inútil.

Sah'ot miró hacia él, parpadeando asombrado. Luego, el fin suspiró y nadó hacia el borde de la charca.

—¡Sah'ot, no has efectuado ninguna lectura geológica en cuatro horas! Y sin embargo, durante ese tiempo has hecho bajar la sonda doscientos metros. ¿Qué te pasa?

El *stenos* se tambaleó indeciso de un lado a otro. Pasados unos instantes, contestó en voz baja:

—Esstoy captando una canción...

La última palabra se desvaneció antes de que Toshio estuviera seguro de que la había pronunciado. Miró al neofín civil sin dar crédito a sus oídos.

—¿Estás captando una *qué*?

—Una canción...

Toshio alzó las manos y las dejó caer a sus costados. *Finalmente ha explotado, pensó. Primero Dennie, ahora Sah'ot. ¡Me han dejado al cargo de dos enfermos mentales!*

—Escucha, Sah'ot —dijo Toshio, mientras notaba cómo Dennie se acercaba a la charca—. El doctor Dart llamará en seguida. ¿Qué crees que dirá cuando...?

—Yo me ocuparé de Charlie cuando llame —dijo Dennie con tranquilidad.

—¿Tú? —Dennie se había pasado las últimas cuarenta horas maldiciendo el problema del árbol taladrador, que le había sido asignado por orden de Takkata-Jim y a petición de Charles Dart. Casi había dejado de lado su investigación sobre los *kiqui*. Toshio no podía imaginar que ella *quisiera* hablar con el chimpancé.

—Sí, yo. Lo que tengo que explicarle tal vez le haga olvidarse del robot. Deja en paz a Sah'ot. Si dice que ha escuchado una canción, puede que haya escuchado una canción.

Toshio la miró de hito en hito, y luego se encogió de hombros. *Bueno, mi tarea consiste en proteger a estos dos, no en corregir sus patinazos científicos. Sólo espero que Gillian sea capaz de arreglar las cosas en la nave de forma que yo pueda decir lo que sucede aquí.*

Dennie se arrodilló junto al agua para hablar con Sah'ot. Hablaba despacio y con seriedad, paciente ante el anglico falta de elasticidad que él padecía después de la larga estancia con el robot.

Dennie quería sumergirse para examinar el núcleo de la colina metálica. Sah'ot estuvo de acuerdo en acompañarla, con tal de que ella esperase a que acabara de transcribir una parte más de su «música». Dennie asintió, al parecer sin ningún miedo de zambullirse con Sah'ot.

Toshio se sentó a esperar el inevitable zumbido de la línea com de la nave. Se producían cambios de turno durante la noche, y él no tenía ni la más remota idea del porqué.

Le escocían los ojos. Toshio se los frotó, pero eso no pareció aliviarle.

Parpadeó e intentó mirar a Dennie y a Sah'ot. La dificultad que tenía para enfocar parecía acentuarse. Una bruma comenzó a extenderse entre él y la charca. De pronto, sintió una oleada de pánico. Era como una pulsación que le recorría desde la parte posterior de la cabeza hasta los omóplatos.

—¡Dennie, Sah'ot! ¿Me...? —gritó, llevándose las manos a los oídos, pues apenas podía percibir su propia voz.

Los otros le miraron. Dennie se levantó y se aproximó a él con la preocupación reflejada en el rostro.

Entonces, sus ojos se dilataron por la sorpresa. Toshio vio un movimiento

impreciso en los límites de su campo visual. ¡Había *kiqui* en el bosque, dispuestos a cargar contra ellos desde los matorrales!

Toshio intentó desenfundar su pistola de agujas, sabiendo de antemano que era ya demasiado tarde. Los aborígenes estaban casi sobre ellos, moviendo sus cortos brazos y chillando con voz aguda. Tres se abalanzaron sobre él y dos más derribaron a Dennie. Se debatió bajo ellos, luchando por apartar el rostro de sus afiladas garras mientras un ruido rechinante irrumpía en su cerebro.

Luego, en un instante, los *kiqui* desaparecieron.

Con el molesto ruido en la cabeza, Toshio se esforzó en dar la vuelta y mirar a su alrededor.

Dennie se revolvía en el suelo gimiendo y se tapaba las orejas con las manos. Toshio temió que los *kiqui* la hubiesen herido con sus garras, pero cuando ella rodó hacia su lado vio que sólo tenía cortes superficiales.

Con manos temblorosas, desenfundó su pistola de agujas. Los escasos *kiqui* que estaban a la vista no se dirigían hacia él, sino que se arrojaban a toda prisa a la charca y se sumergían sin dejar de chillar.

No es su forma de actuar, pensó confundido.

Reconoció el «sonido» de miles de uñas arañando una pizarra.

¡Un ataque psi! ¡Tenemos que escondernos! Tal vez el agua amortigüe el asalto. ¡Debemos sumergirnos, como han hecho los *kiqui*!

Su cabeza crepitaba mientras se arrastraba hacia la charca. Entonces se detuvo.

¡No puedo arrastrar a Dennie hasta allí, y temblando de este modo nunca podremos ponernos nuestro equipo de inmersión!

Cambió de rumbo hasta llegar a un árbol junto a la orilla. Se sentó con la espalda apoyada en el tronco e intentó concentrarse, a pesar de que el cerebro le estallaba.

Recuerda lo que te enseñó el señor Orley, guardiamarina. Piensa en tu mente y penetra en ella. CONTEMPLA las ilusiones del enemigo... escucha despreocupadamente sus mentiras... usa el Yin y el Yang... las salvaciones gemelas... lógica para desgarrar el velo de Mara... y fe para mantenerse...

Dennie gemía y se revolcaba en el polvo a pocos metros de distancia. Toshio dejó la pistola de agujas junto a él, para tenerla preparada si aparecía el enemigo. Llamó a Dennie, gritando sobre el conjunto de alaridos.

—¡Dennie! ¡Escucha los latidos de tu corazón! ¡Escucha tu respiración! ¡Son sonidos reales! ¡Los demás no lo son!

Vio cómo se volvía hacia su voz, con la agonía reflejada en los ojos y las manos pálidas y exangües aferradas a las orejas. Los gritos se intensificaron.

—¡Cuenta los latidos, Dennie! ¡Son... son como el océano, como las olas! ¡Dennie! —gritó—. ¿Has oído alguna vez un sonido que pueda vencer a las olas? ¿Puede... puede algo o alguien gritar lo bastante fuerte como para cubrir la risa de las mareas?

Ella le miró, esforzándose. Pudo ver que respiraba profundamente, moviendo

Las gigantescas puertas, macizas y resistentes, se cerraron tras ellos. El piloto de la lanzadera planeaba una incursión hacia la nave almirante tandu.

Tandu.

Buoult flexionó su cresta en señal de confianza. Su red nerviosa y sus vasos sanguíneos perderían calor en la helada atmósfera de la nave tandu, pero era por completo necesario guardar las apariencias.

Habría sido menos desagradable firmar una alianza con los *soro*. Al menos, éstos eran más thenanoides que los artrópodos tandu, y vivían a una temperatura decente. Además, los pupilos de los *soro* eran tipos interesantes, la clase de gente que a los congéneres de Buoult les gustaría elevar.

Hubiera sido mejor para ellos, pensó. Porque somos tutores amables.

Si los *soro* de piel de cuero eran entrometidos y callosos, los delgados *tandu* eran seres horripilantes. Sus pupilos eran criaturas salvajes cuyo mero pensamiento provocaba sacudidas en la cola de Buoult.

Hizo una mueca de disgusto. La política daba lugar a extrañas asociaciones genéticas. Ahora los *soro* eran los más fuertes entre los supervivientes. Los *thenanios* los más débiles entre las grandes potencias. Aunque la filosofía tandu era la más repulsiva de todas las que se oponían al Credo Abdicador, ellos eran en esos momentos lo único que impedía la victoria de los *soro*. De momento, los *thenanios* debían aliarse con ellos.

Si los *tandu* llegaban a prevalecer, habría otra ocasión para cambiar de bando. Ya había ocurrido muchas veces, y volvería a ocurrir de nuevo.

Buoult reunió fuerzas para el encuentro que le esperaba, decidido a no mostrar el terror que le producía pisar una nave tandu.

Los *tandu* no parecían darse cuenta de los riesgos que corrían con su demente y mal comprendida propulsión de probabilidades. Las insanas manipulaciones de la realidad de sus pupilos Episíarcas les permitían a menudo desplazarse más deprisa que sus oponentes. Pero a veces las alteraciones del espacio-tiempo resultantes se tragaban grupos enteros de naves, borrando del universo con imparcialidad a los *tandu* y a sus enemigos para siempre. ¡Era una locura!

No les dejes usar sus pervertidas propulsiones mientras yo esté a bordo, subvocalizaron los órganos de plegaria de Buoult. Permítenos llevar a cabo nuestros planes de batalla y cumplirlos.

Las naves tandu aparecieron ante sus ojos, absurdas, estructuradas con desdén del blindaje en favor de la máxima velocidad y potencia.

Por supuesto, incluso aquellas extrañas naves eran meras variaciones de antiguos diseños de la Biblioteca. Los *tandu* eran osados, pero a sus delitos no añadían la grosería de la originalidad.

Los *terráqueos* eran en muchos aspectos bastante menos convencionales que los *tandu*. Sus chapuceras fantasías eran un hábito vulgar que procedía de una pobre elevación.

Buoult se preguntó qué estarían haciendo los «delfines» en aquel momento. ¡Pobres criaturas si los *tandu*, o incluso los *soro*, se apoderaban de ellos! Incluso aquellos primitivos mamíferos marinos, pupilos de una torpe y peluda raza de lobeznos, merecían ser protegidos, si era posible.

Había prioridades, desde luego. ¡No debía permitírseles mantener en secreto los datos que poseían!

Buoult se dio cuenta de que había sacado sus dedos-garra debido a la agitación. Volvió a retraerlos y cultivó la serenidad hasta que la lanzadera llegó cerca del escuadrón *tandu*.

Las reflexiones de Buoult fueron interrumpidas por un repentino escalofrío que le hizo temblar la cresta... una perturbación en una banda psi.

—¡Operador! —espetó—. ¡Contacte con el buque insignia! ¡Vea si han verificado esa llamada!

—¡Ahora mismo, General-Protector!

Buoult controló su nerviosismo. Las energías psíquicas que sentía podían ser sólo una estratagema. Y sin embargo parecían auténticas. Transmitían la imagen del *Krondorsfire*, al que ninguno de ellos esperaba ver de nuevo.

Se llenó de decisión. En las negociaciones que tenía por delante, iba a pedir un favor más. Los *tandu* debían proporcionar una cooperación suplementaria a cambio de la ayuda de los *thenanios*.

—Confirmado, señor. Es el acorazado *Krondorsfire* —dijo el piloto, con la voz enronquecida por la emoción. La cresta de Buoult se irguió al enterarse. Miró hacia adelante, hacia las amenazantes formas metálicas, recobrando fuerzas para la confrontación, las negociaciones y la espera.

Beie Chohooan estaba escuchando canciones cetáceas —unas raras y carísimas copias que le costaron el sueldo de un mes hacía ya tiempo— cuando sus detectores recogieron la señal del radiofaro. Con desgana, se quitó los auriculares para anotar la dirección y la intensidad. Había tantas señales, tantas bombas y explosivos, tantas trampas... Fue uno de los pequeños *wazoon* quien le indicó que aquella señal en particular procedía del mundo acuático.

Beie se atusó las patillas y reflexionó.

—Creo que esto va a cambiar las cosas, queridos míos. ¿Debemos abandonar este cinturón espacial de pedruscos informes y acercarnos un poco más a la acción? ¿Ha llegado el momento de hacer saber a los *terráqueos* que por aquí anda alguien que es amigo?

El *wazoon* respondió que la política era asunto de ella. Según las reglas de unión, los *wazoon* eran espías, no estrategas.

Beie aprobó su sarcasmo. Era muy sabroso.

—Muy bien —dijo ella—. Nos acercaremos más.

A toda prisa, Hikahi interrogó al ordenador de combate del esquife.

—Es un cierto tipo de arma psi —le anunció a la tripulación que trabajaba en los restos de la nave alien, a través del hidrófono. Su ánglico era lento y preciso, acentuado con las frescas armonías del Keneenk—. No detecto otras señales de ataque; por tanto, creo que lo que captamos son repercusiones de la batalla espacial. Ha ocurrido otras veces, aunque no con tanta intensidad. Estamos a mucha profundidad bajo el agua, protegidos en parte de las ondas psi. Apretad los dientes, *streakers*. Tratad de ignorarlas. Continúa con vuestro trabajo con una lógica clara.

Desconectó los altavoces. Hikahi sabía que Tsh't estaba moviéndose entre los trabajadores, bromeando y manteniendo la moral alta.

El ruido psi era como un picor continuo, pero un picor con un ritmo extraño. Eran pulsaciones, como si alguien golpeará sus mandíbulas en un código que ella no podía comprender.

Miró a Hannes Suessi, que estaba sentado en una cercana barandilla de la pared y parecía muy cansado. Había terminado su turno y se disponía a dormir unas cuantas horas, pero al parecer el ataque psiónico le afectaba más que a los delfines. Él lo comparaba con el ruido que producen las uñas al arañar una pizarra.

—Puedo pensar en dos posibilidades, Hikahi. Una significaría muy buenas noticias. La otra lo peor que podría ocurrir.

—Hemos verificado repetidamente nuestros circuitos —asintió ella con su lustrosa cabeza—, hemos enviado correos con mensajes, y sin embargo la nave no ha contestado. Debo suponer lo peor.

—Que el *Streaker* ha sido capturado —dijo Suessi, cerrando los ojos.

—Sssí. Esta plaga psi procede de algún lugar en la superficie del planeta. Tal vez los *galácticos* estén luchando ahora sobre la nave, o sobre lo que queda de ella.

»Voy a regresar al *Streaker* en este bote —prosiguió Hikahi decidida—. Esperaré hasta que aisles del agua unos compartimientos para los trabajadores en el interior del casco. Necesitarás el esquife para recargar los acumuladores thenanios.

—Entonces saldré a ayudar —asintió Suessi. Hikahi estaba visiblemente ansiosa por partir.

—Acabas de terminar tu turno. No puedo permitirlo.

—Mira Hikahi —dijo Suessi, moviendo la cabeza—, cuando tengamos preparado ese refugio en el interior del acorazado, podemos filtrar agua gaseosa para los delfines con una bomba y así descansarán del modo adecuado. Además, el buque naufragado está bien protegido contra los chirridos psíquicos. Y lo que es más importante, voy a tener mi propia habitación, una habitación *seca*, sin una pandilla de niños alborotadores y bromistas que se diviertan a mi costa cada vez que les doy la espalda —sus ojos eran ligeramente irónicos.

—Espera un momento, Fabricante de Maravillosos Juguetes —dijo Hikahi, curvando con suavidad la mandíbula—. Saldré y me reuniré contigo. El trabajo nos

distraerá de las rascadas de las uñas de los ETs.

Krat, la *soro*, no sentía arañazos ni chirridos. Su barco estaba protegido contra las perturbaciones psíquicas. La primera vez que tuvo conocimiento de tales ondas fue a través de su estado mayor. Tomó los datos que le tendía el *pila* Cullalberra con muy poco interés.

Durante el transcurso de la batalla habían detectado muchas señales como ésa. Pero hasta entonces ninguna emanada desde el planeta. Sólo unas pocas escaramuzas se habían desarrollado sobre el propio Kithrup.

En circunstancias normales, hubiese ordenado el lanzamiento de un torpedo y habría olvidado el asunto. La esperada alianza *tandu-thenanios* se estaba llevando a cabo cerca del planeta cubierto de gases, y tenía que hacer planes. Pero había algo en aquella señal que la intrigaba.

—Determine el origen exacto de ese ruido en un mapa planetario —le dijo al *pila*—. Incluidas las situaciones de todos los puntos de caída conocidos de las naves enemigas.

—Ahora deben ser ya doc-enas, y las posiciones muy imprecisas —ladró el estadístico *pila*, con voz aguda e incisiva. Su boca permanecía abierta después de cada sílaba y unas espesas pestañas ondulaban sobre sus pequeños ojos negros.

Krat ni siquiera le honró mirándole.

—Cuando los *soro* intervinieron para finalizar el contrato de los *pila* con los *kisa* —susurró ella—, no fue para convertirlos en los Grandes Ancianos. ¿Tengo que ser cuestionada como un humano que mima a su chimpancé?

Cullalberra tembló e hizo una rápida reverencia. El rechoncho *pila* se escabulló hacia su centro de datos.

Krat ronroneó de felicidad. Sí, los *pila* estaban muy cerca de la perfección. Arrogantes y dominadores con sus propios pupilos y vecinos, se apresuraban a atender a cualquier capricho de los *soro*. ¡Qué maravilloso era ser una Gran Anciana!

En eso, ella estaba un poco en deuda con los humanos. En unos cuantos siglos, casi habían sustituido a los *tymbrimi* como pesadilla a utilizar con los pupilos recalcitrantes. Simbolizaban todo lo equivocado del Liberalismo Elevador. Cuando Terra fuera sometida y los humanos «adaptados» a un estatus adecuado de pupilos, tendría que buscarse otro mal ejemplo.

Krat abrió un canal de comunicación privado. El visor se iluminó con la imagen de la *soro* Pritil, la joven comandante de su flotilla.

—Sí, Madre de la Flota —dijo Pritil haciendo una lenta y poco marcada reverencia—. Estoy a la escucha.

Las lenguas de Krat chasquearon ante la insolencia de la joven.

—La nave número dieciséis estuvo muy lenta en la última escaramuza, Pritil.

—Es una opinión —respondió Pritil, examinando su espolón nupcial. Lo limpió

frente a la pantalla, una falta de delicadeza ideada para mostrar indiferencia.

Las hembras jóvenes raras veces comprendían que un insulto verdadero debe ser sutil y que ha de pasar un buen rato hasta que la víctima lo descubra. Krat decidió que enseñaría a Pritil esa lección.

—Necesitas un descanso para poder realizar las reparaciones. Si no, en la próxima batalla la nave número dieciséis será poco menos que inservible. Sin embargo, hay una forma con la que puedes ganar honor, y quizá también cobrar la presa.

Pritil levantó la vista, con el interés agudizado.

—¿Sí, Madre de la Flota?

—Hemos recogido una señal que parece ser una llamada de socorro del enemigo. Pero sospecho que puede tratarse de otra cosa.

El aroma de la intriga había tentado a Pritil.

—Elijo escuchar, Madre del Grupo.

Krat suspiró ante lo previsible de la respuesta. Sabía que las capitanes más jóvenes creían en secreto todas las leyendas sobre los presentimientos de Krat. Supo que Pritil no sería la excepción.

Aún tienes mucho que aprender, pensó, antes de que puedas hundirme y tomar mi puesto. El aprendizaje dejará muchas cicatrices en tu joven piel. Disfrutaré enseñándote hasta que llegue ese día, hija mía.

Gillian y Makanee alzaron la vista cuando Takkata-Jim y el doctor Ignacio Metz entraron en la enfermería, acompañados por tres rechonchos y malcarados *stenos* que llevaban arneses de combate.

Wattaceti gritó indignado algo indescifrable y se puso entre ambos grupos mientras las ayudantes de Makanee se escondían chillando tras la cirujano de a bordo.

Gillian y Makanee se miraron a los ojos. Había llegado el momento de la confrontación. Ahora verían que Makanee no estaba inventando cosas. Gillian aún mantenía las esperanzas de que Takkata-Jim y Metz tuvieran razones de peso que justificaran su actitud, y que la lesión de Creideiki hubiera sido un verdadero accidente.

Makanee ya había tomado una decisión. Akki, el joven guardiamarina calafiano aún no había regresado. La doctora miró fijamente a Takkata-Jim como si mirara a un tiburón atigrado. La expresión de la cara del delfín macho apenas contradecía esa imagen.

Gillian tenía un arma secreta, pero había jurado no utilizarla excepto en casos de auténtica emergencia. *Dejemos que actúen primero, pensó. Dejemos que enseñen sus cartas antes de sacar nuestro último as de triunfos.*

Los primeros pasos quizá resultaran un poco peligrosos. Ella sólo tuvo tiempo de hacer una breve llamada a la máquina Niss antes de salir a toda prisa hacia la

enfermería. Su posición allí podía ser difícil si calculaba mal el grado de regresión desencadenado en el *Streaker*. Tal vez debía haber llevado a Keepiru con ella.

—¡Doctora Baskin! —Ignacio Metz no se aproximó demasiado hasta haberse sujetado a una barandilla de la pared y permitido que un *steno* armado le precediera—. ¡Qué alegría verla de nuevo! Pero ¿por qué no anunció su regreso?

—Una grave violación de las normas de seguridad, doctora —añadió Takkata-Jim.

Con que era eso, pensó Gillian. Y van a tratar de hinchar el asunto hasta poderme encerrar en una celda.

—He venido para asistir al concejo de la nave, señores fines y mase. Recibí un mensaje de la doctora Makanee en el cual me llamaba para ello. Siento que los tripulantes del puente hayan perdido mi respuesta, si es que lo han hecho. He oído decir que la mayor parte son nuevos e inexpertos.

Takkata-Jim frunció el ceño. Incluso era posible que ella *hubiese* mandado tal comunicación, que debía haberse perdido en la confusión del puente.

—¡El mensaje de Makanee también contravenía las órdenes! Y su regreso es contrario a mis instrucciones específicas.

Gillian fingió una expresión de asombro.

—¿No me transmitía ella su convocatoria del concejo de la nave? Las reglas son claras. Usted debe convocar la reunión dentro de las veinticuatro horas siguientes al fallecimiento o incapacidad del capitán.

—¡Se están realizando los preparativos! Pero en caso de emergencia, el capitán en funciones puede prescindir del asesoramiento del concejo; ante una clara desobediencia de las órdenes, tengo el derecho... —Gillian se puso tensa. Sus previsiones no iban a dar resultado si Takkata-Jim se comportaba de un modo irracional. Necesitaba que se produjera una interrupción que los distrajera y le permitiera saltar sobre la hilera de autodocs hacia el parapeto... Su despacho quedaba a pocos pasos— ...de ordenar su detención hasta que comparezca en una vista que se celebrará después de la emergencia.

Gillian observó a los guardias fines. ¿Estarían realmente dispuestos a herir a un humano? Leyó sus expresiones y sacó la conclusión de que podían estarlo.

—Interpreta mal el estatuto legal —dijo ella. Tenía la boca seca pero no quería que lo notaran—. Creo que muy pocos de los fines que están a bordo se sorprenderían al saber que...

Las palabras quedaron atascadas en su garganta. Gillian notó un escalofrío que le recorría la columna vertebral mientras el aire parecía ondular y palpitar a su alrededor. Entonces, al agarrarse a la barandilla para no caer, empezó a emanar del *interior* de su cabeza un profundo gruñido.

Los otros la miraron fijamente, confundidos por su actitud. Entonces también empezaron a sentirlo.

—¡Un arma psi! —gritó Takkata-Jim—. Makanee, póngame con el puente.

¡Estamos siendo atacados!

La doctora delfín se hizo a un lado, asombrada por la rapidez con que se movía Takkata-Jim. Gillian presionaba con las manos sobre sus oídos y vio que Metz hacía lo mismo a medida que el sonido aumentaba en intensidad. Los guardias de seguridad estaban confusos, gritando de desesperación y con las pupilas dilatadas debido al temor.

¿Debería actuar ahora? Gillian intentó pensar. Pero si esto es un ataque, tendremos que olvidar nuestras disputas y aunar fuerzas.

—...incompetentsss! —gritaba Takkata-Jim a través del transmisor—. ¿Qué significa «sólo a mil millas de distancia»? ¡Localízadlo! ¿Por qué no *hacemos* funcionar los sensores activos?

—¡Esperad! —exclamó Gillian. Palmoteaba y reía a través de un creciente cúmulo de emociones. Takkata-Jim continuaba ladrando a la tripulación del puente, pero todos los demás se habían vuelto a mirarla sorprendidos.

Gillian no cesaba de reír. Daba palmadas en el agua, golpeaba con los puños el autodoc más próximo, agarraba a Wattaceti alrededor de sus flancos temblorosos. Incluso Takkata-Jim, cautivado por su aparente ataque psicótico de alegría, se detuvo. La contempló, ajeno a la frenética agitación que llegaba desde el puente.

—¡Tom! —gritó ella muy fuerte—. ¡Te *dije* que no podías morir! Demonios, te quiero, hijo de... ¡Oh, si hubiese ido yo en tu lugar ya estaría de regreso en *casa*!

Los fines la observaban con los ojos agrandándose a medida que entendían de qué estaba hablando.

Ella reía, y las lágrimas le surcaban el rostro.

—Tom —repitió con suavidad—. ¡Te *dije* que no podías morir! —Y se abrazaba ciegamente a todo lo que tenía a su alrededor.

Los sonidos llegaron a Creideiki que flotaba en ingravidez.

Era como escuchar a Beethoven, o como intentar *comprender* en realidad a una ballena jorobada.

Alguien había dejado abierto el canal de escucha por si emitía algún sonido. Nadie había pensado que el circuito funcionaba en ambas direcciones. Las palabras penetraban en el tanque de gravedad desde la sala externa.

Eran seductoras, como los atisbos de significado en una gran sinfonía, que revelan que el compositor ha captado un vislumbre de algo que las notas sólo pueden transmitir vagamente y las palabras nunca podrían ni siquiera aproximarse.

Takkata-Jim refunfuñaba y balbuceaba. El tono amenazante estaba claro. Como también lo estaba la cautelosa claridad de la voz de Gillian Baskin. ¡Si pudiera entender las palabras! Pero había perdido el dominio del inglés.

Creideiki supo que su nave estaba en peligro, y no podía hacer nada para ayudar. Los dioses antiguos no habían acabado con él, y no le dejarían moverse. Tenían que

mostrarle muchas más cosas antes de que estuviera preparado para servir a sus propósitos.

Se había resignado a periódicos episodios de terror, como sumergirse para luchar contra un pulpo, saliendo luego a descansar para hundirse de nuevo en el caos. Cuando llegaban para empujarle hacia ABAJO, siempre se encontraba en un torbellino de ideas-grabados, de sueños penetrantes que martilleaban su mente de ingeniero con la insistente impresión de ser alguien distinto.

El asalto nunca hubiese sido posible sin la destrucción previa de sus centros de lenguaje. Creideiki se lamentaba por la pérdida de las palabras. Escuchó los sonidos de las conversaciones del mundo exterior, concentrándose al máximo en su misteriosa y familiar musicalidad.

No *todo* se ha ido, decidió al cabo de un rato. Podía reconocer algunas palabras, aquí y allá. Palabras simples, en su mayoría nombres de personas u objetos, o simples acciones asociadas a ellos.

Eso era lo que podían hacer sus lejanos ancestros.

Pero no lograba retener más de tres o cuatro palabras, por lo que le resultaba imposible seguir una conversación. Podía descifrar una frase con mucho esfuerzo sólo para olvidarla cuando se ponía a trabajar en la siguiente. Era terriblemente difícil, y al final renunció a tan vano esfuerzo. Ésta no es la manera concluyó.

En cambio, debía probar el estructuralismo, se dijo. Usar los trucos que los dioses antiguos habían empleado con él. Abarcar, absorber, como intentando sentir lo que Beethoven sintió sumergiéndose en el misterio del Concierto para Violín.

En los altavoces sonaban murmullos de airados sofones. Los ruidos rebotaban alrededor de la cámara y se esparcían como gotitas amargas. Después de la terrible belleza del ABAJO, sentía repulsión. Se obligó a escuchar, a buscar un sistema, algún humilde sistema para salvar al *Streaker* y a su tripulación.

A medida que se concentraba, la necesidad crecía en su interior. Buscó un centro, un punto de enfoque en los caóticos sonidos.

Rencor

Turbio

En la marea desgarrada

¡Ignorando

A los tiburones!

Lucha aniquiladora...

¡Invitando

A los tiburones!

Loco oportunismo...

Contra su voluntad, notó que empezaba a emitir chasquidos. Intentó detenerlos, sabiendo adónde le llevarían, pero los chasquidos emergían de su frente, pronto

seguidos de una serie de graves gemidos.

Los sonidos de la discusión de la enfermería se alejaron a medida que su suave canción tejía una tela cada vez más tupida a su alrededor. Los ecos de murmullos o crepitaciones hicieron que las paredes se disolvieran y tomara forma una nueva realidad. Junto a él creció poco a poco una oscura presencia.

Sin palabras, le dijo que se marchara.

: No : Hemos Regresado : Tienes Más Que Aprender :

Por lo que sé, sois uno de mis delirios. Ninguno de vosotros ha pronunciado nunca un sonido por sí mismo. ¡Siempre habláis por reflejo de mi propio sonar!

: ¿Han Sido Tus Ecos Tan Complejos Alguna Vez?

¿Quién sabe lo que puede hacer mi inconsciente? ¡En mi memoria hay más sonidos extraños de los que haya captado cualquier otro cetáceo viviente! ¡He estado en el lugar en que las nubes vivas silban para vencer a los huracanes! ¡He oído las explosiones de los agujeros negros y he escuchado las canciones de las estrellas!

: Razón De Más Para Que Seas El Que Queremos : El Que Necesitamos :

¡Me necesitan aquí!

: Por supuesto.

Ven,

Creideiki. :

El antiguo dios, K-K-Kph-kree, se aproximó. Su forma sónicamente translúcida resplandecía. Sus afilados dientes centellearon. Ficticia o no, la gran cosa empezó a moverse, arrastrándole consigo, como antes, impotente para resistir.

: ABAJO :

Entonces, en el instante en que la resignación invadía a Creideiki, oyó un sonido. Milagrosamente, no lo había producido él, difractado contra su demente sueño. ¡Procedía de otro lugar, poderoso y apremiante!

: No Hagas Caso : Ven

La mente de Creideiki saltó tras el sonido como si éste fuera un banco de salmonetes, incluso cuando creció hasta un volumen ensordecedor.

: Estás Sensibilizado : Tienes Una Psi Que No Conocías Antes : Aún No Sabes Cómo Usarla : Desprecia Los Premios Inmediatos : Sigue El Camino Difícil... :

Creideiki rió y se abrió al ruido del exterior. Chocó en su interior, disolviendo la brillante oscuridad del dios antiguo y convirtiéndola en manchas sónicas que destellaron y luego, poco a poco, desaparecieron.

: Ese Camino Se Ha Terminado Para Ti :

: Creideiki... :

Entonces, el dios de la gran cresta se marchó. Creideiki rió al sentirse libre de la cruel ilusión, agradecido al nuevo sonido que le había liberado.

Pero el ruido seguía creciendo. La victoria se convirtió en pánico a medida que aumentaba y se tornaba una presión en el interior de su cabeza, golpeando contra las

paredes de su cráneo, martilleando con insistencia para salir al exterior.

Creideiki soltó un silbido de desesperación mientras trataba de controlar la estrepitosa marea.

STREAKER

Por fin, las olas de pseudo-sonido cedieron.

—¡Creideiki! —gritó Makanee, nadando hacia el tanque del comandante. Los demás también se volvieron y percibieron la angustia del delfín herido.

—¿Qué le pasa? —preguntó Gillian, aproximándose a nado a Makanee. Pudo ver cómo el capitán se debatía débilmente, soltando una serie de graves gemidos que iban disminuyendo.

—No lo sé. Nadie le estaba vigilando cuando la bomba psi alcanzó su punto álgido. Justo ahora acabo de darme cuenta de su trastorno.

La gran forma gris oscura del interior del tanque parecía ya más tranquila. Los músculos de la espalda de Creideiki se contraían lentamente mientras emitía un grito casi imperceptible.

Ignacio Metz fue al encuentro de Gillian.

—Ah, Gillian —empezó—. Quiero que sepa que me alegro mucho de que Tom esté vivo, aunque este retraso sea un mal presagio. Sigo pensando que ese plan suyo del «Caballo Marino de Troya» está concebido sin la debida reflexión.

—Eso ya lo discutiremos en el concejo de la nave, ¿verdad, doctor Metz? —dijo ella con frialdad. Metz se aclaró la garganta.

—No estoy seguro de que el capitán en funciones permita... —no pudo sostener la mirada de Gillian y dirigió la vista hacia otro lado.

Gillian observó a Takkata-Jim. Si tomaba una decisión apresurada, ésa sería la gota que colmaría el vaso de la moral del *Streaker*. Gillian tenía que convencer a Takkata-Jim de que perdería si se enfrentaba con ella. Y además, él tenía que ofrecer una salida o podía declararse una guerra civil a bordo.

Takkata-Jim le devolvió la mirada con una mezcla de hostilidad y cálculo. Ella vio cómo el extremo de su mandíbula sensible a los sonidos se movía por turnos hacia cada uno de los fines para medir su reacción. La noticia de que Tom Orley estaba vivo correría por la nave como un reguero de pólvora. Uno de los guardias armados *stenos*, presumiblemente elegido cuidadosamente por el teniente, mostraba un júbilo rebelde y charlaba esperanzado con Wattaceti.

Tengo que actuar deprisa, pensó Gillian. Está desesperado.

Nadó hacia Takkata-Jim, con la sonrisa en los labios. Éste retrocedió, y un leal *stenos* que estaba junto a él la miró de hito en hito.

—Ni siquiera lo pienses, Takkata-Jim —Gillian hablaba en voz baja para que los demás no pudieran oírla—. Los fines a bordo de la nave tienen ahora fresco en la memoria el recuerdo de Tom Orley. Si antes pensaste que podías hacerme daño, es mejor que vuelvas a considerarlo. —Los ojos de Takkata-Jim se ensancharon y

Gillian supo que había dado en el blanco, aprovechándose de la leyenda de sus facultades psi—. Además, voy a estar junto a Ignacio Metz. Es un bobo, pero si es testigo de que se me hace daño, lo perderás. Necesitas a tu lado a un hombre como símbolo, ¿no es cierto? Si no tienes a ninguno, ni siquiera tus *stenos* te apoyarán.

Takkata-Jim batió sus mandíbulas con fuerza.

—¡No trates de *intimidarme*! No tengo por qué *herirte*. Soy la autoridad legal de la nave. Puedo confinarte en tus habitaciones.

—¿Estás seguro? —dijo Gillian, mirándose las uñas.

—¿Vas a incitar a la tripulación para que se rebele contra la autoridad legal? —Takkata-Jim parecía en verdad ofendido. Sabía que muchos *tursiops*, tal vez la mayor parte, la seguirían a ella dijera la ley lo que dijese. Pero eso sería un motín y dividiría a la tripulación.

—¡Tengo la ley de mi parte! —susurró él.

Gillian suspiró. Tendría que jugar a la defensiva, debido al daño que esto ocasionaría si se enteraban los delfines de la Tierra. Murmuró las dos palabras que nunca hubiera querido pronunciar.

—Ordenes secretas —dijo.

Takkata-Jim la miró fijamente, y luego soltó un agudo grito. Se alzó sobre la cola y aleteó ante el guardia que parpadeaba confuso. Gillian se volvió y pudo ver como Metz y Wattaceti los miraban.

—¡No te creo! —rezongó Takkata-Jim, lanzando chorros de agua en todas direcciones—. ¡En la Tierra nos lo prometieron! ¡El *Streaker* es *nuestra* nave!

—Pregunta a la tripulación del puente si funcionan los controles de batalla —contestó Gillian, encogiéndose de hombros—. Que alguien intente salir por la esclusa, que alguien intente abrir la puerta del arsenal.

Takkata-Jim dio la vuelta y se dirigió a toda prisa a la pantalla de transmisiones que estaba en el extremo opuesto de la sala. El guardia miró a Gillian unos instantes, y luego le siguió. Su mirada contenía un sentimiento de traición.

Gillian sabía que no todos los tripulantes iban a sentir de ese modo. Algunos estarían encantados. Pero en lo más profundo se asentaría la desconfianza. Uno de los objetivos principales de la misión del *Streaker*, el crear en los neofines un sentido de independencia y seguridad en sí mismos, se vería comprometido.

¿Tengo otra alternativa? ¿Hay algo que hubiera podido intentar antes?

Gillian sacudió la cabeza, deseando que Tom estuviese allí. Tom hubiese arreglado las cosas con una cancioncilla sarcástica en ternario que les hubiera hecho avergonzarse a todos.

Oh, Tom, pensó. Tenía que haber ido yo en tu lugar.

—¡Gillian!

Las aletas de Makanee golpeaban el agua y su arnés tintineaba. Con un brazo de

metal señaló al delfín herido que flotaba en el tanque de gravedad.

¡Creideiki le devolvía la mirada!

—Joshua H. Bar, ¡usted dijo que tenía el córtex quemado! —observó Metz con asombro.

En los rasgos de Creideiki se dibujaba una expresión de meditación profunda. Respiró con pesadez y luego emitió un grito desesperado.

—¡Fuera!

—¡No es posible! —dijo Makanee suspirando—. Sus centros de lenguaje...

El rostro de Creideiki se arrugó por el esfuerzo.

Sal:

¡Creideiki!

Nada:

¡Creideiki!

Era un ternario infantil, pero con un tono extraño. Y sus ojos oscuros ardían de inteligencia. El sentido telepático de Gillian se estremeció.

—¡Sal! —giró en el tanque y golpeó los cristales con sus aletas, produciendo un gran estrépito. Repitió la palabra anglica. Su tono descendente recordaba una frase en primal.

—¡Sa-a-al!

—¡Ayudadle a salir! —ordenó Makanee a sus asistentas—. ¡Con cuidado! ¡Rápido!

Takkata-Jim regresaba a toda prisa de la pantalla de transmisiones; en su rostro había cólera. Se detuvo con brusquedad ante el tanque de gravedad y miró fijamente el brillante ojo del capitán Creideiki.

Era la gota que colmaba el vaso.

Se movió adelante y atrás como si fuera incapaz de decidir cuál era el lenguaje corporal adecuado. Luego se dirigió a Gillian.

—He hecho lo que creí mejor para la nave, su tripulación y la misión. Al llegar a la Tierra puedo demandarla.

Gillian se encogió de hombros.

—Esperemos que tengas la oportunidad de hacerlo.

—Muy bien —replicó Takkata-Jim, riendo secamente—. Vamos a representar esa comedia del concejo de la nave. Voy a convocarlo para dentro de una hora. Pero déjeme avisarle, doctora Baskin; no lleve las cosas demasiado lejos. Todavía tengo poder. Hemos de llegar a un acuerdo. Si me censura, lo único que conseguirá será dividir a la tripulación de la nave. —Y en voz más baja añadió—: Y entonces tendremos que enfrentarnos.

Gillian asintió. Había conseguido lo que quería. Si Takkata-Jim había hecho las cosas horribles que Makanee sospechaba, no existía ninguna prueba; debían llegar a

un acuerdo o se produciría la guerra civil en la nave. Se tenía que ofrecer una salida al primer oficial.

—Lo tendré presente, Takkata-Jim. Dentro de una hora estaré allí.

El segundo se dispuso a partir, seguido de sus dos leales guardias de seguridad.

—¿Ha perdido usted el control, no? —preguntó Gillian al pasar junto a Metz, que observaba cómo se alejaba el teniente delfín.

—¿Qué, Gillian? —dijo el genetista, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué quiere decir? —pero su cara le traicionaba. Como tantos otros, Metz tendía a sobrestimar los poderes psíquicos de Gillian. Ahora se preguntaba si ella había leído sus pensamientos.

—No importa —dijo Gillian con una ligera sonrisa—. Vamos a presenciar ese milagro.

Nadó hacia Makanee, que esperaba ansiosa la emersión de Creideiki. Metz la miró, lleno de dudas, antes de decidirse a acompañarla.

THOMAS ORLEY

Con manos temblorosas, apartó las cepas de la entrada de la cueva. Se arrastró para salir de su refugio y parpadeó ante la brumosa mañana.

Se había formado una densa capa de nubes bajas. Todavía no se divisaban naves alienígenas, y eso estaba bien. Temió que llegasen mientras él, impotente, luchaba contra los efectos de la bomba psi.

No fue divertido. Durante los primeros minutos, las descargas psíquicas habían abatido sus defensas hipnóticas, sobrepasándolas y empapando su cerebro de aullidos alienígenas. Durante dos horas, que le parecieron toda una eternidad, tuvo que enfrentarse a imágenes estafalarias, pulsaciones y luces y sonidos evocados en los centros nerviosos. Tom todavía temblaba a causa de la reacción.

—Espero que aún queden *thenanios* ahí fuera, y que bajen por esto. Y así, habrá valido la pena.

Según Gillian, la máquina Niss decía que había conseguido los códigos correctos de la Biblioteca encontrada en la nave thenania. Si todavía quedaban *thenanios* en el sistema, intentarían responder. La bomba debía haber sido detectada a millones de millas en todas direcciones.

Sacó un puñado de basura del agujero que había entre las hierbas y la tiró a un lado. La espumosa agua del mar llegaba casi hasta la superficie. Probablemente, había otra abertura en el montículo que se hallaba a pocos metros —el paisaje herbáceo se movía y respiraba sin cesar—, pero Tom quería un manantial de agua al alcance de la mano.

Ensancho el agujero lo mejor que pudo, se lavó las manos y luego se sentó en su refugio a examinar el cielo. Tenía junto a él las bombas psi restantes.

Por fortuna, aquéllas no contenían la angustia de la llamada thenania. Eran sólo mensajes grabados, concebidos para transmitir un breve código a una distancia de varios miles de kilómetros.

Únicamente había recuperado tres de los globos de mensajes del trineo accidentado, de modo que sólo podía transmitir una limitada serie de hechos. Según qué bomba mandase, Gillian y Creideiki sabrían la clase de aliens que habían ido a investigar la llamada de socorro.

Por supuesto, podía darse el caso de que ocurriera algo fuera de lo previsto. Entonces tendría que decidirse entre lanzar un mensaje ambiguo o no hacer nada y esperar.

Tal vez hubiera sido mejor traer una radio, pensó. Aunque una nave de guerra podría captarla casi al instante y localizar su situación a las pocas palabras dichas a través de ella. Una bomba de mensajes cumpliría su cometido en un segundo más o

menos, y era mucho más difícil de localizar.

Tom pensó en el *Streaker*. Parecía que había pasado una eternidad desde que salió de allí. Todo lo que deseaba estaba en la nave: comida, una buena cama, agua caliente y su mujer.

Sonrió ante el orden de prioridad con que habían aparecido en sus pensamientos. Bueno, Jill lo comprendería.

Tal vez el *Streaker* tuviera que abandonarle si su experimento sólo le dejaba una pequeña posibilidad de escapar de Kithrup. Pero aquélla no sería una manera deshonrosa de morir.

No tenía miedo a morir, sólo a no haber hecho todo lo que estaba en sus manos, y no poder escupir al ojo de la muerte cuando fuera a buscarlo. Ese gesto final era importante.

Le llegó otra imagen mucho más desagradable: el *Streaker* capturado, la batalla espacial terminada, y todos sus esfuerzos inutilizados.

Tom se estremeció. Era mejor imaginar un sacrificio que mereciese la pena.

Una fuerte brisa mantenía las nubes en movimiento. Se unían y se separaban en densos y húmedos montones. Tom se protegió los ojos de la luz de levante. Aproximadamente a un radian al sur del brumoso sol matinal, creyó ver algo que se movía en el cielo. Se acurrucó aún más contra el fondo de su improvisada caverna.

De uno de los montones de nubes orientales, surgió un objeto oscuro que descendía lentamente. Remolinos de vapor ocultaron su forma y tamaño durante unos instantes, mientras pasaba sobre el mar de hierbas.

Un débil ruido tamborileante llegó hasta Tom. Intentó aguzar la vista desde su escondrijo, anhelando tener sus prismáticos perdidos. Luego, las brumas se separaron unos momentos y vio con toda claridad la nave espacial suspendida sobre él. Parecía un monstruoso dragón volador, de forma afilada y perversamente peligrosa.

Pocas razas habían investigado en la Biblioteca tan a fondo en busca de diseños salvajes como los idiosincráticos e implacables *tandu*. Del casco salían en todas direcciones unas disparatadas protuberancias: la marca de los *tandu*.

Sin embargo, en un extremo, un tosco apéndice en forma de cuña rompía con la impresión general de descuidada y cruel delicadeza. No parecía encajar con la totalidad del diseño.

Antes de que pudiera verlo mejor, las nubes se reunieron y le ocultaron el crucero espacial de la vista. Pero el débil zumbido de los motores fue aumentando de forma paulatina.

Tom se rascó la barba de cinco días. La presencia de los *tandu* constituía una mala noticia. Si eran los únicos que hacían acto de presencia, tendría que enviar la bomba número tres para advertir al *Streaker* que se preparase para una batalla a muerte.

Éste era un enemigo con el que la Humanidad nunca había podido negociar. En las escaramuzas en las marismas galácticas, las naves de la Tierra raramente conquistaban navíos tandu, ni siquiera en el caso de una aparente ventaja. Y cuando no había testigos alrededor, a los *tandu* les gustaba provocar. Las órdenes permanentes eran de evitarlos a toda costa, hasta que llegase un día en que los asesores tymbrimi pudieran enseñar a las tripulaciones humanas la rara destreza de esos maestros del tira la piedra y esconde la mano.

Si los únicos en aparecer eran los *tandu*, eso significaba también, con toda probabilidad, que Tom había presenciado su último amanecer. Porque al disparar la bomba era casi seguro que hubiese delatado su posición. Los *tandu* tenían pupilos capaces de psi-olfatear incluso un pensamiento, una vez que captaban el rastro mental.

Qué quieres que te diga, Ifni, pensó. Envía alguien más a esta confrontación. No insistiré en que sean thenanios. Bastará con un asteroide de combate jofur. Complica aquí las cosas, y te prometo rezar cinco sufras, diez avemarías y un kiddush cuando llegue a casa. ¿De acuerdo? Si quieres, incluso echaré unos cuantos créditos en una máquina automática de plegarias.

Imaginó una flota de guerra tymbrimi/humano/synthiana surgiendo de entre las nubes para hacer añicos a los *tandu* y limpiar el cielo de fanáticos. Era una imagen maravillosa, aunque podía encontrar una docena de razones de por qué esto no era posible. En primer lugar, los *synthianos*, amistosos como eran, nunca intervendrían si no se trataba de algo seguro. Por otra parte, era posible que los *tymbrimi* ayudaran a defender la Tierra, pero no arriesgarían *demasiado* sus adorables cuellos humanoides por una jauría de lobeznos extraviados.

De acuerdo, Ifni, señora de la fortuna y del azar. Manoseó la bomba número tres. Me conformo con un único crucero thenanio viejo y destartado.

La Infinidad no le dio una respuesta inmediata. Tampoco la esperaba.

El rugido pareció pasar justo por encima de su cabeza y se encolerizó cuando el campo de fuerza de la nave barrió la zona. Los escudos protectores rechinaron ante su modesto sentido psi.

Luego, el estruendo empezó a disminuir a su izquierda lentamente. Tom miró hacia el oeste. Las densas nubes se abrieron en jirones lo justo para mostrar un crucero tandu; ahora lo veía bien, era un destructor ligero y no un verdadero acorazado, y se encontraba tan sólo a un par de millas de distancia.

Mientras lo observaba, el apéndice en forma de cuña se desprendió de la nave principal y comenzó a derivar hacia el sur. Tom frunció el ceño. No se parecía a las patrulleras tandu a las que estaba acostumbrado. Tenía una forma diferente por completo, gruesa y estólida, igual que...

Para su frustración, las nubes se cerraron de nuevo ocultando ambas naves. El sordo gruñido cubría el apagado retumbar del cercano volcán.

De pronto, tres brillantes haces de luz verde surgieron de las nubes tras las que

Tom viera por última vez el navío *tandu*, y golpearon el mar con destellante incandescencia. Allí se inició un estallido de truenos supersónicos.

Lo primero que pensó fue que los *tandu* bombardeaban la superficie sobre la que se encontraba. Pero una crepitante y luminosa explosión en las nubes mostró que el blanco era el propio destructor. ¡Algo disparaba contra los *tandu* desde encima de la cortina de nubes!

Estaba demasiado ocupado recogiendo su material como para perder tiempo en demostraciones de júbilo. Mantuvo la cabeza agachada, y eso le salvó de la ceguera cuando el destructor empezó a lanzar chorros actínicos de antimateria contra su atacante. Oleadas de calor le abrasaron la nuca y el brazo izquierdo, mientras guardaba las bombas psi bajo el cinturón y cerraba la máscara respiratoria sobre su cabeza.

Los rayos aniquiladores formaban surcos de calor solar a través del cielo. Cogió la mochila y se sumergió en el agujero que antes había practicado en la masa de hierbas.

El trueno enmudeció de repente, al tiempo que se zambullía en una jungla de cepas colgantes. Columnas de centelleantes luces procedentes de la batalla atravesaban la oscuridad por las grietas de la capa vegetal.

Tom se encontró conteniendo el aliento de forma automática. Eso no tenía sentido, pues la máscara respiratoria no permitiría que se escapara mucho oxígeno pero dejaría pasar el dióxido de carbono. Comenzó a inhalar y exhalar, y se agarró a una fuerte raíz utilizándola como ánora.

Se dio cuenta que le resultaba difícil respirar. Con toda aquella vegetación que le rodeaba, había supuesto que la proporción de oxígeno sería más alta. Pero el pequeño indicador del borde de su máscara señalaba todo lo contrario. En comparación con el mar de Kithrup, por lo general rico en sales, aquellas aguas estaban vacías. Las ondulantes aletas branquiales de la mascarilla recogían sólo una tercera parte del oxígeno que necesitaba para mantenerse vivo, incluso aunque permaneciera completamente inmóvil.

En pocos minutos, empezaría a sentir vértigo. No mucho después, moriría.

El rugido de la batalla atravesaba la cubierta de hierbas con una serie de apagadas detonaciones. Haces de luz penetraban en las tinieblas a través de las ranuras del techo vegetal, una de las cuales se encontraba justo enfrente de Orley. A pesar de ser indirecto, el resplandor hería sus ojos. Vio que sobre la superficie algunas frondas que habían sobrevivido a la reciente lluvia de cenizas volcánicas se curvaban por el calor, ennegrecían y por fin caían.

Lo mismo que el resto de mis provisiones, pensó.

Rodeó con las piernas la gruesa raíz y se desprendió de la mochila. Comenzó a hurgar en ella, buscando algo para improvisar. En las intensas sombras, inventarió el contenido por medio del tacto.

El rastreador inercial que Gillian le diera, un bolsillo de nutribarras, dos

cantimploras de agua «dulce», astillas explosivas para la pistola de agujas y un juego de herramientas.

El aerómetro señalaba un naranja inquietante. Tom puso la mochila entre sus rodillas y abrió la caja de herramientas. Extrajo un pequeño rollo de tubo de caucho del calibre ocho. Mientras cortaba con el cuchillo un trozo, manchas de color púrpura destellaban en los límites de su campo visual.

Metió uno de los extremos a través de la válvula de la máscara. El aislamiento se mantuvo pero el contenido del tubo le llenó la boca y le provocó tos y arcadas.

No había tiempo para sutilezas. Trepó por la raíz hasta un punto al alcance del agujero entre las hierbas.

Tom pinchó el tubo por el otro extremo, pero de éste salió agua amarga y aceitosa cuando enderezó la espiral. Agachó la cara pero no pudo evitar tragar un poco. Tenía un sabor horrible.

El endemoniado cierre de la máscara podría purificar el líquido, si no entraba *demasiada* cantidad.

Tom alargó la mano y puso el tubo sobre la superficie de la estrecha charca, a cuyas profundidades las luces de la batalla enviaban destellos. Succionó el tubo con fuerza, escupiendo limo de un fuerte sabor metálico, intentando desesperadamente desobstruirlo.

Uno de los ardientes rayos centelleó en el agua y quemó sus dedos bajo la superficie de ésta. Luchó contra el impulso de gritar y de apartar su mano del lugar en que había sido dañada. Sentía que su conciencia empezaba a disminuir, y con ella la voluntad de mantener la mano en el agua abrasadora.

Succionó con más fuerza y al fin se vio recompensado por una fina bocanada de aire húmedo y malsano. Tom succionaba del tubo con desesperación. El aire caliente y lleno de vapor sabía a humo, pero sustentaba. Exhaló dentro de la máscara, confiando en que ésta retuviera el oxígeno tan duramente conseguido.

El dolor de sus pulmones remitió y fue sustituido por el tormento de la mano. En el instante preciso en que pensaba que no podría soportarlo más, el calor sofocante del exterior fue perdiendo intensidad, convirtiéndose en un apagado y vacilante resplandor en el cielo.

A pocos metros había otro agujero en las hierbas, donde tal vez podría apoyar el tubo entre dos gruesas raíces sin tener que exponerse él. Tom respiró unas cuantas veces más y luego pinzó el tubo para cerrarlo. Pero antes de que tuviera tiempo de hacer nada más, una intensa luz azul, más brillante que las anteriores, llenó repentinamente el agua proyectando espantosas sombras en todas partes. Se produjo una tremenda detonación, y luego el mar empezó a sacudirle como si se tratara de una muñeca de trapo.

Algo inmenso había golpeado el océano y lo había enfurecido. Su raíz-áncora se

soltó del amarre y él cayó en un remolino de cepas que le azotaban.

El torbellino le arrancó la mochila. Trató de agarrarla, y asió el extremo de una de las correas, pero algo le golpeó en la nuca y casi le hizo perder el conocimiento. La mochila desapareció en el ruido y las relampagueantes sombras.

Tom se agazapó como una bola, sus antebrazos protegieron el extremo de la máscara contra los golpes de la vegetación.

Al volver en sí, su primera reacción fue una vaga sorpresa por estar todavía respirando.

Pensó que la mezcla de batalla-tormenta aún continuaba, pero pronto se dio cuenta que el temblor que sentía era el de su propio cuerpo. El rugido en sus oídos era sólo un rugido en sus oídos.

Su brazo izquierdo estaba agarrado a un grueso tronco horizontal. El agua verde y espumosa le llegaba hasta la barbilla, lamiendo las aletas de la máscara. Los pulmones le dolían y el aire estaba enrarecido.

Controló el temblor de su mano derecha y se quitó la máscara dejándola colgada alrededor de su garganta. Los filtros habían evitado el hedor del ozono, pero él inhaló profundamente, agradecidamente.

En el último instante debía haber elegido la inmolación antes que la asfixia y había subido a la superficie. Por fortuna, la batalla terminó justo antes de que él llegase arriba.

Tom luchó contra la tentación de rascarse los ojos que le escocían, el barro que tenía en las manos no les hubiese hecho ningún bien. Obedeciendo alguna orden biorregeneradora, sus ojos se llenaron de lágrimas limpiando así las mucosas que los cegaban.

Cuando pudo ver de nuevo, miró hacia lo alto.

En el norte, el volcán seguía humeando, como siempre. La capa de nubes se había partido de algún modo, revelando numerosas columnas ondulantes de humo multicolor. Alrededor de Tom, empezaron a surgir de las hierbas pequeños seres reptantes que reanudaban su actividad normal: comer o ser comidos. Ya no había naves de combate en el cielo, quemándose unas a otras con chorros de calor de nova.

Por primera vez, Tom se alegró de la monótona topografía de la alfombra de cepas. Apenas tenía que elevarse en el agua para ver las diversas columnas de humo esparciéndose lentamente desde las naves destrozadas.

Cuando miró, vio como explotaba un pecio de metal en la lejanía. El sonido le llegó segundos más tarde en una serie de apagadas toses y chasquidos subrayados de modo asincrónico con brillantes destellos. La vaga forma seguía hundiéndose. Tom apartó los ojos de la detonación final. Y cuando volvió a mirar, sólo pudo ver nubes de vapor y percibir un débil susurro desvaneciéndose hasta convertirse en silencio.

En todas partes flotaban fragmentos. Tom giró despacio sobre sí mismo, con una

especie de temor reverencial ante la destrucción. Había restos más que suficientes para tratarse de una escaramuza de mediana importancia.

Se rió ante la ironía, a pesar de que la risa le produjo dolor en los pulmones. Los *galácticos* habían ido todos a investigar una señal de socorro falsificada y llevaron consigo sus enemistades mortales en lo que debía ser una misión de ayuda. Ahora todos habían muerto, y él seguía vivo. No era un capricho fortuito de Ifni sino más bien como una ironía de Dios.

¿Significa que estoy solo de nuevo?, se preguntó. Eso sería divertido. Tantos juegos artificiales y el único superviviente es un humilde humano.

Quizá no por mucho tiempo. La guerra le había ocasionado la pérdida de todas las provisiones que tanto trabajo le costó recuperar. Tom frunció el ceño. ¡Las bombas mensaje! Miró su cinturón y el mundo pareció venírsele abajo. ¡Sólo quedaba uno de los globos! Los otros debieron caer mientras se debatía contra las pegajosas hierbas.

Cuando su mano derecha dejó de temblar, la acercó al cinturón y extrajo la bomba psi, su último vínculo con el *Streaker*... con Gillian.

Era la bomba verificadora... la que debía enviar si creía que el «Caballo Marino de Troya» tenía que despegar. Ahora habría de escoger entre enviar ésta o no enviar ninguna. Lo único que podía decir era Sí o No.

Sólo desearía saber de quién eran las naves que dispararon contra los tandu.

Volvió a guardar la bomba, y reinició su lento recorrido. En el horizonte noroeste distinguió un pecio que parecía una cascara de huevo aplastada en parte. Aún humeaba, pero al parecer el incendio se había detenido. No se producían explosiones y parecía que no se estaba hundiendo más.

Muy bien, pensó Tom. Eso será como una meta para mí. Parece lo bastante entero para ofrecer posibilidades. Tal vez pueda conseguir material y comida. Y podría ser un refugio, si no contiene demasiada radiactividad.

Parecía encontrarse a unos cinco kilómetros de distancia, aunque la vista podía engañarle. Por lo menos, era una meta, algo que hacer. Necesitaba más información. Tal vez la nave destruida le dijera lo que necesitaba saber.

Consideró si debía ir «por tierra», confiando en que sus débiles piernas pudieran enfrentarse con las hierbas, o si debía intentar una travesía submarina, nadando de agujero en agujero y desafiando a las desconocidas criaturas de las profundidades.

De pronto, oyó un agudo silbido a sus espaldas, se volvió y vio un pequeño navío espacial, a un kilómetro de distancia, que se dirigía lentamente hacia el norte, ondeando a escasos metros sobre la superficie del océano. Sus brillantes escudos protectores lanzaban destellos y los propulsores parecían titubear, como si estuvieran fallando.

Tom se colocó la mascarilla y se dispuso a sumergirse, pero la diminuta nave no se dirigía hacia él. Pasó al oeste de donde él se encontraba, y de sus flancos de estasis salían chispas. Su casco estaba lleno de feos surcos negros y una parte se había quemado hasta fundirse.

Mientras pasaba, Tom contuvo el aliento. Nunca había visto un modelo como aquél. Pero pensó en unas cuantas razas cuyo estilo era compatible con el diseño.

La patrullera se inclinaba al tiempo que sus propulsores tosían. El agudo lamento del generador de gravedad empezó a decaer.

La tripulación de la nave sabía sin duda que aquello se acababa. Cambió de rumbo para tomar la dirección de la isla. Tom contuvo la respiración, incapaz de evitar cierta simpatía por el desesperado piloto alienígena. La nave chisporroteó sobre las hierbas; después, desapareció tras una montaña.

El débil sonido de su aterrizaje se sobrepuso al silbido de los alisios.

Tom esperó. Al cabo de unos segundos, el campo de estasis de la nave se desprendió con una gran conmoción. Sobre el mar volaron fragmentos incandescentes que se apagaron en el agua o ardieron lentamente sobre las hierbas.

Dudaba que alguien hubiera podido salir de la patrullera a tiempo.

Tom cambió de planes. Su objetivo a largo plazo seguía siendo la cascara que flotaba a pocos kilómetros de distancia. Pero primero quería examinar los restos de aquella patrullera. Tal vez encontrase evidencias que hicieran más fácil su elección. Quizás encontrara comida.

Intentó trepar sobre las hierbas, pero le resultó muy difícil. Todavía temblaba.

Muy bien. Iré bajo el agua. Es probable que sea la única alternativa.

Y a lo mejor disfrutaré del paisaje.

AKKI

¡Aquel hijo de lamprea de garganta sangrienta no le dejaría escapar!

Akki estaba exhausto. El sabor metálico del agua se mezclaba con el de la bilis de su esófago mientras nadaba a toda prisa hacia el sudeste. Ansiaba un descanso con desesperación, pero sabía que no podía permitir que su perseguidor acortara la distancia.

De vez en cuando divisaba a K'tha-Jon, a unos dos kilómetros a su espalda. El gigantesco delfín, de colores notablemente contrastados, parecía infatigable. Su respiración se condensaba en altos chorros verticales, como pequeños cohetes de bruma, mientras surcaba las aguas.

La respiración de Akki era más dificultosa, y se sentía débil y hambriento. Soltó una maldición en inglés, pero no le proporcionó satisfacción alguna. En cambio, repetir una resonante obscenidad en delfiniano primal le ayudaba un poco.

Tendría que haber sido capaz de distanciarse de K'tha-Jon, al menos durante cierto tiempo, pero había algo en el agua que afectaba a las propiedades hidrodinámicas de su piel; alguna sustancia que le provocaba una reacción alérgica. Su epidermis, por lo general tan lisa y suave, estaba seca e irritada. Tenía la sensación de que nadaba en almíbar y no en agua. Akki se preguntaba por qué nadie se había dado cuenta de aquello antes. ¿Era posible que sólo afectara a los delfines de Calafia?

Ésta era una más de una serie de injusticias que tuvo que soportar desde el momento en que dejó la nave.

Escapar de K'tha-Jon no había resultado tan fácil como esperaba. Dirigiéndose hacia el sudeste creyó que podría virar a derecha o izquierda en busca de ayuda, de Hikahi y los tripulantes que estaban en la nave thenania o en la isla de Toshio. Pero cada vez que había intentado cambiar de dirección, K'tha-Jon había maniobrado para cortar el camino. Akki no podía perder ni lo más mínimo de su ventaja.

Una oleada de sonar concentrado le atrajo desde atrás. Siempre que sucedía esto, deseaba enroscarse formando un ovillo. No era natural para un delfín huir de otro durante tanto tiempo. En un pasado lejano, un joven que encolerizara a sus mayores, intentando copular con una hembra del harén del viejo toro, por ejemplo, podía ser golpeado o perseguido. Pero sería muy raro que se le guardara rencor. Akki debía contener el impulso de detenerse e intentar razonar con K'tha-Jon.

¿Pero qué ganaría con eso? Era obvio que el gigante estaba loco.

Había perdido la ventaja de su velocidad a causa de la misteriosa comezón epidérmica. Sumergirse para pasar por debajo de K'tha-Jon también le pareció disparatado. Los *stenos bredanensis* eran delfines oceánicos. Con toda seguridad, K'tha-Jon podía sumergirse a más profundidad que cualquier otro de la tripulación

del *Streaker*.

Cuando miró de nuevo a sus espaldas, K'tha-Jon había reducido la distancia que los separaba en casi un kilómetro. Akki trino un suspiro y redobló sus esfuerzos.

Una cadena de colmas cubiertas de vegetación se recortaba sobre el horizonte, a unos cuatro o cinco kilómetros. ¡Debía llegar allí!

MOKI

Moki conducía el trineo a toda velocidad hacia el sur, precedido por una oleada de su sonar como si fuera un cuerno de caza,

—... llamando a Haoke, llamando a Moki. Aquí Heurka-pete. ¡Confirmad recepción. Verificarla p-por favor!

Moki sacudió la cabeza con irritación. La nave intentaba ponerse en contacto con él de nuevo. Conectó el encendido del transmisor del trineo y procuró hablar con claridad.

—¡Sssí! ¿Qué queréisss?

—Moki, déjame hablar con Haoke —dijo la voz, después de una pausa.

Moki apenas disimuló una carcajada.

—Haoke... muerto. ¡Asssesinado por intruso! Yo persigo ahora. ¡D-dile a Takkata-Jim que loss atraparé!

El ánglico de Moki casi era imposible de entender, pero no se atrevía a utilizar el ternario. Podía deslizarse hasta el primal, y no estaba preparado para hacerlo en público.

Se produjo un largo silencio en la línea de fono-sonar Moki esperaba que ahora lo dejaran en paz.

Cuando él y Haoke encontraron vacío el trineo de la fem Baskin, y derivaron lentamente hacia el oeste con los motores al mínimo, algo se había roto por fin dentro de él. Entró luego en un confuso estado de exaltación, una bruma de acción, como un sueño violento.

Quizá cayeron en una emboscada, o quizá sólo lo imaginó. Pero cuando aquello acabó, Haoke estaba muerto y él, Moki no lo lamentaba.

Después, su sonar había rastreado un objeto que se dirigía hacia el sur. Otro trineo. Sin pensárselo dos veces, salió en su persecución.

—Heurka-pete otra vez, Moki —crujió el fono-sonar—. *Estás fuera del campo sáser, y aún no podemos utilizar la radio. Voy a transmitirte ahora dos órdenesss. Primero, envía un mensaje a K'tha-Jon por fono-sonar, ordenándole que regrese. ¡Su misión está cancelada! Segundo, después de eso, ¡regresa tú también! ¡Esss una orden directa!*

Las luces y los puntos significaban muy poco para Moki. Lo importante eran los esquemas de sonido que los sensores del trineo le transmitían. El sentido acústico expandido le hacía sentirse como un dios, como si fuera uno de los Grandes Soñadores. Se imaginaba a sí mismo como un inmenso *catodonte*, como un cachalote, señor de la profundidad, persiguiendo una presa que huía cada vez que él se aproximaba.

No lejos, hacia el sur, percibía el apagado rumor de un trineo, el que persiguiera durante algún tiempo. Podría asegurar que le estaba dando alcance.

Mucho más lejos, y a su izquierda, había dos pequeñas señales rítmicas, sonidos del rápido nadar cetáceo. Debía tratarse de K'tha-Jon y el insolente calafiano.

Moki le hubiera robado la presa a K'tha-Jon con ganas, pero eso podía esperar. Su primer enemigo estaba delante de él.

—*Moki, ¿me recibes? ¡Contesta! ¡Ya tienes tus órdenes! Tienes que...*

Moki batió las mandíbulas con repugnancia. Cortó el fono-sonar en medio de las quejas de Heurka-pete. De todos modos, le resultaba difícil entender a aquel engréido suboficial. No tenía nada que ver con los *stenos*, siempre estudiando Keneenk con los *tursiops* e intentando «mejorarse».

Moki decidió ocuparse del sujeto después de acabar con sus enemigos en el exterior de la nave.

KEEPIRU

Keepiru sabía que lo estaban siguiendo. Había previsto que quizás enviaran a alguien tras él para impedir que se reuniera con Hikahi.

Pero su perseguidor era alguna especie de idiota. Podía adivinar, por el lejano rugido de los motores, que el trineo del fin avanzaba a una velocidad superior a la normal. ¿Qué esperaba conseguir aquel tipo? Keepiru le llevaba la suficiente ventaja como para llegar al alcance del fono-sonar de la nave thenania antes de que le capturara. Sólo debía empujar un poco el acelerador de su trineo.

El fin que lo perseguía estaba difundiendo por todas partes ruidos de sonar, como si quisiera anunciar a todos y a cada uno su llegada.

Con todo ese escándalo, el imbécil le estaba poniendo difícil a Keepiru hacerse una idea de lo que estaba sucediendo al sudeste. Keepiru se concentró e intentó aislarse del ruido que le llegaba desde atrás.

Le pareció percibir a dos delfines, uno casi sin respiración, el otro poderoso y aún con vigor, nadando furiosamente hacia un banco de sombras sonar a cincuenta kilómetros de distancia.

¿Qué estaba pasando? ¿Quién perseguía a quién?

Keepiru escuchaba con tanta atención que de pronto tuvo que virar para no colisionar con un elevado montículo marino. Pasó por la cara oeste, apartándose bruscamente para evitarlo por escasos metros. La masa rocosa lo cubrió momentáneamente de silencio.

*Guárdate de los bancos de peces,
¡Hijo de tursiops!*

Trinó una rima-lección, y luego silbó un haikú ternario.

*Ecós de la orilla
Son como plumas al viento
Perdidas por los pelícanos.*

Keepiru estaba regañándose a sí mismo. Se suponía que los delfines eran pilotos excepcionales, por eso consiguieron su primer puesto en una nave estelar casi un siglo antes, y él era conocido en todas partes como uno de los mejores. Entonces, ¿por qué le resultaba más difícil conducir a cuarenta nudos bajo el agua que a cincuenta veces la velocidad de la luz en embocadura?

El trineo dejó la sombra del montículo marino y entró en mar abierto. Una vez más, del sudeste le llegó la gestalt-imagen de una carrera de cetáceos.

Keepiru se concentró. Sí, el perseguidor era un *stenos*, uno grande. Utilizaba un extraño modelo de sonar de búsqueda.

El que iba delante...

...*Tiene que ser Akki*, pensó. *El chico está en problemas. Graves problemas.*

De pronto, quedó casi ensordecido cuando una ráfaga sonora procedente del trineo que estaba a sus espaldas le alcanzó de lleno. Lanzó una glifo-maldición y sacudió la cabeza para aclararse.

Estuvo a punto de dar media vuelta y encararse con aquel mamón que le pisaba los talones, pero sabía que su deber estaba al frente.

Keepiru tenía que escoger, y eso le atormentaba. Estrictamente, su deber era entregarle un mensaje a Hikahi. Sin embargo, abandonar al guardiamarina iba contra todas sus convicciones. Podía sondear el agotamiento del joven. Estaba claro que su perseguidor pronto le daría alcance.

Pero si viraba hacia el este le daría a *su propio* perseguidor la oportunidad de atraparlo...

Si pudiera distraer a K'tha-Jon, obligarle a desviar su rumbo...

Eso no era lo que se esperaba de un oficial de Terragens. No era una reflexión Keneenk. Pero no podía decidir con lógica.

Deseaba que algún lejano tata-tataranieto estuviera allí ahora, un delfín lógico y maduro por completo que le dijera qué hacer a su tosco y medio animal ancestro.

Keepiru suspiró. De todos modos, ¿qué me hace pensar que me permitirán tener tataranietos?

Eligió ser leal consigo mismo. Giró el trineo hacia la izquierda y apretó el acelerador de los motores, y penetró en la zona de peligro.

CHARLES DART

Uno de los dos terrestres de la habitación, el humano, revolvía en los cajones de una cómoda y distraídamente metía las cosas en una maleta abierta sobre la cama. Mientras, escuchaba lo que decía el chimpancé.

—... la sonda ha descendido más de dos kilómetros. La radiactividad aumenta con rapidez, y la tasa de la temperatura también. No estoy seguro de que la sonda pueda continuar más allá de otros pocos cientos de metros, ¡y sin embargo el pozo continúa!

»De todos modos, ahora puedo *asegurar* que hay desechos enterrados por una raza tecnológica, ¡y hace poco tiempo! ¡Sólo unos *cientos* de años!

—Esto es muy interesante, doctor Dart. Realmente interesante.

Ignacio Metz intentaba no demostrar su exasperación. Uno tenía que ser paciente con los chimps, y más con Charles Dart. No obstante, era difícil hacer el equipaje mientras el chimp no paraba de hablar, encaramado en una silla de su camarote.

Ajeno a todo, Dart prosiguió:

—Si algo me hace apreciar a Toshio, tan ineficaz como es el muchacho, es que haya podido trabajar con ese estúpido delfín lingüista, Sah'ot. Sin embargo, me estaba facilitando datos interesantes hasta que explotó la maldita bomba de Tom Orley y Sah'ot empezó a gritar tonterías acerca de las «voces» de las profundidades. Maldito y loco delfín...

Metz clasificaba sus pertenencias. *¿Y ahora, dónde está mi traje azul de bajar a tierra? Ah, sí, ya está guardado. Veamos. Los duplicados de todas mis notas ya han sido cargados a bordo del bote. ¿Qué más hay?*

—¡... se lo dije, doctor Metz!

—¿Hmmm? —Levantó la vista rápidamente—. Lo siento, doctor Dart. Son los cambios repentinos y todo eso. Estoy seguro de que me perdonará. ¿Qué estaba diciendo?

Dart profirió un exasperado gemido.

—¡Decía que quiero ir con usted! Puede que este viaje sea una forma de exilio para usted, pero para mí sería una escapatoria. ¡*Tengo* que ir al lugar donde está mi trabajo!

Golpeó la pared con el puño y mostró dos hileras de grandes dientes amarillentos.

Metz pensó durante unos instantes, sacudiendo la cabeza. ¿Exilio? Quizá Takkata-Jim lo viese de esa manera. No había duda de que Gillian y él eran como el día y la noche. Ella estaba decidida a poner en marcha el plan de Orley y Creideiki, el Caballo Marino de Troya. Takkata-Jim se oponía con idéntica firmeza.

Metz coincidía con Takkata-Jim, y le sorprendió que el teniente renunciara

dócilmente a su comandancia interina en la reunión del concejo de la nave, otorgando a Gillian el mando hasta que Hikahi pudiera regresar. Ello significaba que el proyecto del Caballo Marino seguiría adelante, después de todo. El *Streaker* empezaría su maniobra submarina dentro de pocas horas.

Si la estratagema debía intentarse, Metz se sentiría muy feliz por haber abandonado la nave. La lancha era espaciosa, y bastante confortable. Él y sus notas estarían a salvo en ella. Los informes de sus experimentos especiales llegarían al fin y al cabo a la Tierra, incluso cuando... si el *Streaker* resultaba destruido al intentar escapar.

Además, ahora podría unirse a Dennie Sudman en la investigación de los *kiqui*. Metz estaba más que impaciente por echar una ojeada a los presensitivos.

—Tendrá que hablar con Gillian si desea venir con nosotros, Charlie. —Sacudió la cabeza—. Nos ha autorizado a llevarnos su nuevo robot a la isla. Quizá pueda arreglar esto.

—Pero usted y Takkata-Jim me prometieron que si yo cooperaba, si primero mantenía callado a Toshio, y estaba dispuesto a darles mi apoyo en el concejo...

El chimp se interrumpió al ver la expresión de Metz. Apretó los labios y se puso en pie.

—¡Gracias por nada! —gruñó mientras iba hacia la puerta.

—Bueno, Charlie...

Dart ya estaba en el pasillo. La puerta, al cerrarse, ahogó las últimas palabras de Metz.

El chimp avanzaba por el inclinado corredor con la cabeza baja y aire decidido.

—¡Tengo que salir de aquí! —refunfuñó—. ¡*Tiene* que haber una manera!

SAH'OT

Cuando Gillian lo llamó para pedirle que hablara con Creideiki, su primer pensamiento fue rebelarse contra aquel trabajo suplementario.

—Lo sé, lo sé. —El sutil simulacro de Gillian había funcionado—. Pero eres el único disponible que tiene las cualificaciones. Corrijo esto último. *Eres* el único que puede hacerlo. Sin duda, Creideiki está consciente y alerta, ¡pero no puede hablar! Necesitamos a alguien que le ayude a comunicarse por medio de las partes de su cerebro que no están lesionadas. Y tú eres nuestro especialista.

Sah'ot nunca había apreciado verdaderamente a Creideiki. Y la clase de herida que presentaba le hacía sentirse mal. Sin embargo, la tarea en sí era un desafío a su vanidad.

—¿Y qué hay de Charlesss Dart? Ha estado obstaculizándonos a Toshio y a mí hasta desmedrarnos las aletas, y tiene alta prioridad en esta línea.

En la pequeña imagen holo, Gillian parecía muy fatigada.

—No, eso ha terminado. Vamos a enviar una nueva sonda con Takkata-Jim y Metz, una que podrá controlar él mismo por el enlace com. Hasta entonces, su proyecto pasa al último plano. Al *último* plano. ¿Comprendido?

Sah'ot batió la mandíbula con estrépito en señal de asentimiento. Era estupendo oír de nuevo a un decisivo líder de la nave. El hecho de que la voz perteneciera a una humana por la que él sentía respeto también ayudaba.

—Essa historia sobre Metz y Takkata-Jim...

—Se la he referido a Toshio —dijo Gillian—. Te pondrá al corriente cuando se presente la ocasión. Ahora él tiene la responsabilidad absoluta. Debéis obedecerle con presteza. ¿Está claro?

Aun bajo tensión, Gillian nunca perdía su vocabulario. A Sah'ot eso le gustaba.

—Sssí. Muy claro. Ahora, acerca de esas resonancias que escuché procedentes de la corteza planetaria, ¿qué debo hacer? ¡Por lo que sé, es algo completamente inaudito! ¿Puede disssponer de alguien para que investigue por mí en la Biblioteca?

Gillian frunció el ceño.

—¿Hablas de resonancias de origen aparentemente inteligente que provienen de las profundidades de la corteza de Kithrup?

—Exacto.

—¡Ifni! —exclamó Gillian, levantando los ojos al cielo—. ¡Para explorar este mundo en *paz y tranquilidad* necesitaríamos una docena de naves de reconocimiento trabajando durante una década! —Sacudió la cabeza—. No. Mi primera hipótesis es que alguna formación rocosa de probabilidad-sensitiva del subsuelo resuena con las emanaciones de la batalla espacial. En cualquier caso, esto viene después de las otras

prioridades: seguridad, los *kiqui*, y hacer hablar a Creideiki. Ya tienes donde hincar el diente.

Sah'ot ahogó una protesta. Quejándose sólo conseguiría que Gillian le ordenase explícitamente alejarse de la sonda. Mientras no lo hiciera, era mejor permanecer tranquilo.

—Ahora reflexiona sobre tus opciones —le recordó Gillian—. Si el *Streaker* escapa, intentaremos sacar el esquife para recoger a Tom y a todos los de la isla que quieran unirse a nosotros. Puedes elegir entre venir también o quedarte con Metz y Takkata-Jim y esperar en la lancha. Informa a Toshio de tu decisión.

—Entendido. Pensaré en ello.

De algún modo, el asunto le parecía ahora menos urgente que unos días antes. Los sonidos del subsuelo estaban haciendo efecto sobre él.

—Si me quedo —añadió—, les deseo a todos la mejor suerte.

—También para ti, masc-fin. —Gillian sonrió—. Eres un personaje extraño, pero si vuelvo a casa, iré a recomendarte para que puedas tener un montón de nietos.

Su imagen se desvaneció cuando ella cortó la conexión.

Sah'ot permaneció con la vista clavada en la vacía pantalla. El cumplido, totalmente inesperado, le dejó aturdido por un momento. Luego, unos cuantos *kiqui* que estaban comiendo forraje cerca de allí se quedaron sorprendidos al ver a un voluminoso delfín alzándose sobre la cola y bailando alrededor de la pequeña charca.

Ser destacado por...

Una ballena jorobada.

Ser acreditado

Al fin

Por lo que soy.

DENNIE Y TOSHIO

—Tengo miedo.

Casi sin pensarlo, Toshio rodeó los hombros de Dennie con su brazo, y le dio un apretón alentador.

—¿De qué? No hay nada que temer.

Dennie apartó la mirada del embate de los rompientes para ver si hablaba en serio. Entonces se dio cuenta de que le estaba gastando una broma, y le sacó la lengua.

Toshio inhaló profundamente y se sintió feliz. No tenía claro adónde le llevarían las nuevas relaciones que mantenía con Dennie. En cualquier caso, no era nada físico. Habían dormido juntos la última noche, pero vestidos por completo. Toshio creyó que resultaría frustrante, y en cierta forma lo fue. Pero no tanto como pensaba.

Aquello se resolvería un día u otro. De momento, Dennie necesitaba tener a alguien cerca, y él estaba satisfecho sólo con colmar esa necesidad.

Cuando todo aquello terminara, quizás ella dejaría de considerarlo como a un muchacho, cuatro años más joven. De todos modos, lo dudaba. Ahora estaba más en contacto con él, lo cogía del brazo y le golpeaba fingiendo encolerizarse, incluso cuando los estremecimientos provocados por el episodio de la bomba psi se desvanecieron.

—¿Cuándo se supone que llegará la lancha?

Ella miraba una vez más hacia el océano.

—Mañana, a última hora —respondió Toshio.

—Takkata-Jim y Metz quieren negociar con los ETs. ¿Qué podrá detenerles si, a pesar de todo, deciden ignorar las órdenes e intentarlo?

—Gillian sólo les ha dado energía suficiente para llegar hasta aquí. Tienen un regenerador, de forma que pueden disponer de la carga necesaria para un viaje espacial en un mes o así, pero por entonces el *Streaker*, por una u otra causa, ya no estará aquí. —Dennie se estremeció ligeramente, y Toshio se maldijo por tener una lengua tan inoportuna—. Takkata-Jim no tiene radio. Y vigilaré la nuestra hasta que el esquite venga a recogerlos. Además, ¿qué pueden ofrecer a los *galácticos*? No tienen ninguno de los mapas que señalan el emplazamiento de la flota abandonada. Mi opinión es que esperarán hasta que todos se hayan ido, entonces huirán a toda prisa hacia la Tierra con las cintas de Metz y el rabo entre las piernas.

Dennie levantó la vista hacia las primeras estrellas del largo crepúsculo de Kithrup.

—Y tú, ¿qué harás? —preguntó.

—El *Streaker* es mi nave. Gracias a Dios, Creideiki aún vive. Incluso si él no

comanda el navío nunca más, yo debo seguir comportándome como uno de sus oficiales.

Dennie le dirigió una breve mirada, luego asintió y volvió a mirar al mar.

Ella cree que no tenemos ninguna oportunidad, comprendió Toshio. Y quizá no la tengamos. Llevando el disfraz de un carro de combate thenanio, poseeremos la misma capacidad de maniobra que una embarrada espigadora de Calafia. E incluso si conseguimos engañar a los galácticos, puede que no sea una buena idea. Ellos quieren capturar el Streaker, pero ¿por qué no han de abrir fuego contra un enemigo que creían eliminado y que se levanta para un nuevo asalto? El plan sólo puede funcionar si hay thenanios por los alrededores.

Pero no podemos quedarnos aquí esperando. Si lo hacemos, los galácticos descubrirían que es factible atacar a los terrestres. No podemos arriesgarnos a permitir que nadie se beneficie de la captura de una de nuestras naves de exploración.

Dennie parecía preocupada, y Toshio cambió de tema.

—¿Cómo va tu informe?

—Oh, muy bien, creo. Está claro que los *kiqui* son presensitivos por completo. Han estado en barbecho durante mucho tiempo. En realidad, algunos herejes darwinistas pensarían que están preparados para avanzar por sí mismos. Muestran ciertos signos.

Algunos iconoclastas humanos aún consideraban la idea de que una raza presensitiva podía dar el salto hacia la inteligencia postespacial por simple evolución, sin la intervención de un tutor. La mayor parte de los *galácticos* pensaba que la idea era absurda y extraña, pero el fracaso en encontrar el desaparecido benefactor humano hacía ganar unos puntos a los seguidores de esta teoría.

—¿Y qué hay acerca de la colina metálica? —preguntó Toshio de la otra investigación de Dennie, empezada para Charlie Dart cuando el chimp tenía concedida alta prioridad, pero proseguida ahora sólo por interés.

—Oh, la colina está viva —dijo Dennie, encogiéndose de hombros—. La bióloga profesional que hay en mí daría el brazo izquierdo por permanecer un año en esta isla, ¡con todo el material de laboratorio necesario para estudiarla! El pseudocoral devorador de metal, el árbol taladrador, el núcleo viviente de la isla, todos son simbióticos. En realidad, ¡son órganos de una entidad gigantesca! Con sólo enviar una crónica de esto a casa, me haría famosa... si alguien me cree.

—Te creerán —le aseguró Toshio—. Y te harás famosa.

Le hizo un gesto indicando que debían regresar al campamento. Después de la segunda comida, sólo disponían de muy poco tiempo para pasear y hablar. Ahora que él estaba al mando, tenía que asegurarse de que los horarios se cumplieran.

Dennie lo cogió del brazo mientras daban la vuelta para regresar al lugar de acampada. Bajo el incesante rumor del viento a través del follaje, llegaban los intermitentes chillidos de los indígenas, despertando de su siesta para preparar la caza

nocturna.

Caminaron en silencio a lo largo del estrecho sendero.

GALÁCTICOS

Krat lamía con lentitud su espolón nupcial, ignorando deliberadamente a las criaturas que se preparaban para limpiar la sangrienta masa que yacía en un rincón.

Sin lugar a dudas, iba a tener problemas por esto. El Alto Concejo Pila protestaría.

Por supuesto que, como Gran Almirante, ella podía tratar a cualquier miembro de la flota como mejor le pareciera. Pero la tradición no llegaba hasta el ensartamiento de un bibliotecario simplemente por ser portador de malas noticias.

Me estoy haciendo vieja, reconoció. Y mi hija, a la que esperaba ver con fuerzas suficientes para derrocarme, está ahora muerta. ¿Quién me hará los honores antes de que me convierta en una excéntrica y empiece a ser un peligro para mi clan?

El pequeño cadáver velludo fue desalojado, y un robusto paha limpió los restos de la sanguinolenta masa. El otro pila la miraba.

Que me miren. Cuando capturemos a los terrestres esto no tendrá importancia. Seré famosa, y este incidente será ignorado por todos, en especial por los pila.

Si somos los primeros en acercarnos a los Progenitores con una ofrenda, la Ley no tendrá importancia nunca más. Los pila no serán sólo nuestros pupilos-vasallos adultos, serán otra vez nuestros, y podremos entrometernos, rediseñarlos, configurarlos de nuevo.

—¡Volved al trabajo! ¡Todos!

Hizo crujir su espolón nupcial. La vibración provocó que la tripulación del puente se precipitara a sus puestos, y algunos volvieron a reparar los humeantes desperfectos producidos en la última batalla con los tandu.

Piensa ahora, madre soro. ¿Puedes disponer de naves para enviarlas una vez más al planeta? ¿Hacia ese maldito volcán al que cada flota ha enviado ya una expedición a luchar y morir?

¡Quién iba a suponer que todavía quedara algún gubru por ahí! Pero una castigada patrullera gubru había aparecido en el lugar de procedencia de la llamada de socorro. Fue a parar al cementerio de humeantes ruinas junto a destructor tandu, la nave prítíl número dieciséis y otros dos navíos que ni sus ordenadores de combate pudieron identificar. Quizás uno fuera una nave-arpón superviviente de los Hermanos de la Noche que había encontrado refugio en una de las lunas de Kithrup.

Entre tanto, fuera de allí, la batalla «final» contra la blasfema alianza tandu se había convertido en un sangriento empate. Los soro aún conservaban una ligera ventaja, por lo que los thenanios mantenían su alianza con los tandu.

¿Debía arriesgarlo todo en el próximo encuentro? Si vencían los tandu sería horrible. Si conseguían el Poder, destruirían demasiadas especies hermosas que los

soro podrían hacer suyas en el futuro.

Si dependía de una elección, adivinaba que los thenanios podían cambiar de bando una vez más.

—¡Sección estratégica! —espetó Krat.

—¿Madre de la Flota? —Un guerrero paha se acercó, pero se detuvo en el límite del alcance de su brazo. La miró con cautela.

Si le daban la oportunidad, ella se encargaría de introducir el respeto en los genes de los paha, lo bastante dentro como para que nadie pudiera erradicarlo nunca de allí.

El paha retrocedió de forma involuntaria cuando desplegó su espolón.

—Determina cuáles son las naves menos imprescindibles. Organízalas en un pequeño escuadrón. Vamos a ir de nuevo a investigar el planeta.

El paha saludó y regresó con rapidez a su puesto. Krat se arrellanó profundamente en su cojín de vletur.

Necesitaremos distraernos, pensó. Quizás otra expedición al volcán ponga nerviosos a los thenanios y haga creer a los tandu que sabemos algo.

Desde luego, se repitió a sí misma, los tandu también pueden saber que no sabemos nada.

CREIDEIKI

Lejos

Llaman

Los Gigantes,

Los espíritus del OCÉANO,

Los Leviatanes.

Creideiki empieza a comprender... sí, sí, empieza...

Los viejos dioses son en parte imaginarios, en parte memoria racial, en parte fantasmas... y en parte algo más... algo que un ingeniero no debe permitir que sus oídos oigan, o que sus ojos vean...

Lejos

Llaman

Leviatanes...

Todavía no. Todavía no, no. Creideiki aún tiene un deber que cumplir, tiene un deber.

Nunca más, nunca más un ingeniero... pero Creideiki sigue siendo un espacionauta. No es inútil, Creideiki hará lo que pueda hacer, pueda hacer, pueda hacer para ayudar.

Lo que pueda hacer para ayudar a salvar a su tripulación, a su nave...

GILLIAN

Le hubiera gustado frotarse los ojos, pero la mascarilla se lo impedía. Y quedaban muchas cosas por hacer.

Los fines iban y venían, dando vueltas a su alrededor en cualquier lugar de la nave en que estuviera, casi derribándola en su deseo de informar y marcharse otra vez llevando nuevas órdenes.

Espero que Hikahi regrese pronto. No lo estoy haciendo mal, creo, pero no soy oficial de astronave. Es *ella* quien está preparada para dirigir una tripulación.

Hikahi aún no sabe que es la capitán, pensó Gillian. Espero que conecten pronto la línea, y sin embargo odio tener que comunicarle estas noticias.

Redactó un breve mensaje para Emerson D'Anite, y el último correo salió como un rayo hacia la sala de máquinas. Wattaceti ajustó su paso al de Gillian cuando ésta nadó hacia la esclusa.

En la crujía se encontraban dos pequeños grupos de delfines, uno cerca de la escotilla de salida y el otro apiñado junto a la lancha.

La proa de la pequeña nave espacial casi tocaba el diafragma de una de las compuertas. Su popa desaparecía dentro de una vaina de metal próxima al fondo de la parte trasera de la esclusa.

Cuando la lancha haya partido, pensó, este lugar parecerá bellamente vacío.

Un fin del grupo de la escotilla la vio y se acercó a ella. Se paró en seco cuando estuvo enfrente y permaneció suspendido en el agua en posición de firmes.

—Exploradores y escoltas preparados para partir cuando usted lo ordene, Gillian.

—Gracias, Zaa'pht. No tardaré mucho. ¿Tenemos alguna noticia del equipo de reparación de la línea, o de Keepiru?

—No, ssseñor. Pero el correo que envió tras Keepiru debe estar llegando a la nave naufragada, supongo.

Aquello era frustrante. Takkata-Jim ordenó cortar el enlace con la nave thenania, y ahora parecía imposible encontrar el lugar de la ruptura. Por una sola vez, lamentó el hecho de que los monofilamentos pudieran camuflarse tan bien.

Por lo que sabía, algún terrible desastre podía estar amenazando al grupo de trabajo, en el mismo lugar donde pensaban llevar al *Streaker*.

Al menos, los detectores indicaban que la batalla espacial aún continuaba, casi tan fiera como siempre.

¿Pero qué retenía a Tom? Tenía que haber hecho estallar una bomba mensaje cuando los ETs aparecieran para investigar su trampa. Pero desde que lanzó la falsa llamada de socorro, no había dado señales de vida.

Además de todo esto, la condenada máquina Niss quería hablar con ella. No había

disparado la alarma secreta de la oficina de Gillian para indicar que se trataba de una emergencia, pero cada vez que utilizaba una unidad de transmisiones oía un apagado chasquido indicándole que la máquina deseaba hablar.

Aquello era suficiente para que una fem deseara meterse en la cama y quedarse allí.

De repente, se produjo una conmoción cerca de la salida. El altavoz del muro emitió un breve y sentido grito en ternario, seguido de un largo informe en un incoherente ánglico excesivamente agudo.

—¡Sseñor! —gritó Zaa'pht, muy excitado—. Informan que...

—Lo he oído —contestó Gillian—. La línea vuelve a funcionar. Felicidades en mi nombre al equipo de reparación, y que regresen para descansar un par de horas. Luego haced el favor de decirle a Heurka-pete que contacte con Hikahi. Que averigüe su situación y le diga que empezaremos a mover la nave a las 2100 horas, salvo que ella tenga algo que oponer. Que le diga también que yo la llamaré en breve.

—¡Sí, ssseñor! —dijo Zaa'pht. Dio media vuelta y desapareció a toda prisa.

Wattaceti la miraba en silencio, esperando.

—De acuerdo —dijo Gillian—. Vamos a ocuparnos ahora de la marcha de Takkata-Jim y Metz. ¿Has hecho que alguien de la tripulación descargue todo lo que no está en nuestra lista, e inspeccionado lo que los exiliados llevan a bordo?

—Sssí. No tienen ninguna pistola de señales, ni radio, y no más combustible del mínimo necesario para llegar a la isla.

Gillian había realizado su propia inspección de la lancha unas horas antes, mientras Metz y Takkata-Jim hacían su equipaje. Había tomado algunas precauciones adicionales que nadie conocía.

—¿Quién irá con ellos?

—Tres voluntarios. Todos *stenos* «especiales». Todos machos. Les hemos registrado hasta el esstuche peniano. Estaban limpios. Ahora están todos en la lancha, preparados para partir.

Gillian asintió.

—Entonces, para bien o para mal, vamos a sacarlos de aquí, y nos ocuparemos de otras cosas.

Mentalmente, empezó a enumerar todo lo que tenía que decirle a Hikahi.

HIKAHI Y SUESSI

—Recordad —les decía a Tsh't y Suessi—. Mantened la radio en silencio a cualquier precio. E intentad evitar que esos fines locos consuman todas las provisiones en los primeros días.

Tsh't manifestó su conformidad con un chasquido de las mandíbulas, aunque los ojos mostraban sus reservas.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe uno de nosotros? —dijo Suessi.

—Estoy segura. Si me espera el desastre, no quiero que se pierdan más vidas. Y si encuentro supervivientes, necesitaré todo el espacio disponible. En cualquier caso, el esquife funciona casi por completo de forma automática. Todo lo que debo hacer es vigilarlo.

—Pero no podrás luchar mientras pilotas —le advirtió Hannes.

—Si tuviera un artillero conmigo sentiría la tentación de combatir. De esta forma, *tendré* que huir. Si el *Streaker* ha sido destruido o capturado deberé ser capaz de regresar aquí con el esquife, o todos vosotros estaréis condenados.

Suessi frunció el ceño, pero no tenía más remedio que aprobar sus razonamientos. Le agradecía a Hikahi que hubiera permanecido con ellos tanto como le había sido posible, permitiéndoles utilizar la energía del esquife para finalizar la preparación de un habitáculo en el interior de la naufragada nave thenania.

Todos estamos preocupados por el Streaker y por el capitán, pensó. Pero Hikahi debe estar angustiadísima.

—De acuerdo, entonces. Hasta luego y buena suerte, Hikahi. Que Ifni cuide de ti.

—Lo mismo os desseo a vosotros —respondió Hikahi, tomando con delicadeza la mano de Suessi entre sus mandíbulas. Luego hizo lo mismo con el pectoral izquierdo de Tsh't.

Tsh't y Suessi salieron del esquife por la pequeña esclusa. Montaron en su trineo y regresaron hacia la gran abertura del sumergido acorazado alien.

El esquife dejó escapar un sordo gemido cuando sus motores se encendieron. El eco llegó hasta ellos desde el gigantesco acantilado submarino que dominaba el lugar del accidente.

Con lentitud, la pequeña nave espacial comenzó a moverse hacia el este, cogiendo velocidad bajo el agua. Hikahi había elegido una ruta que daba un rodeo, trazando un arco que al principio la alejaba del *Streaker*. Aquello impediría que la detectaran al menos durante dos días, y en caso de que hubiera enemigos a bordo del *Streaker* no podrían determinar el lugar de donde procedía.

Los dos permanecieron con la mirada puesta en el bote hasta que desapareció en

la oscuridad. Mucho después, Suessi dejó de oír el ruido. Tsh't continuó balanceando su mandíbula lentamente, siguiendo el compás del sonido.

Dos horas más tarde, mientras Hannes descansaba por primera vez en sus nuevas habitaciones secas, el improvisado intercom de su lecho empezó a sonar.

Que no sean malas noticias, suspiró.

Tendido en la oscuridad, con un brazo sobre los ojos, pulsó el transmisor.

—¿Qué? —dijo simplemente.

Era Lucky Kaa, el joven electricista y segundo piloto. Su voz era un excitado siseo.

—¡Señor! ¡Tsh't dice que vaya usted en seguida! ¡Esss la nave!

Suessi se incorporó, apoyándose en el codo.

—¿El *Streaker*?

—¡Sssí! ¡La línea acaba de restablecerse! ¡Quieren hablar con Hikahi!

Toda la fuerza desapareció de los brazos de Suessi. Cayó sobre su lecho pesadamente y gimió. *Oh, vaya día. ¡Y ahora ella ya está fuera del alcance del fonosonar! En momentos como éste desearía hablar el delfiniano chapurreado de Tom Orley. Quizás el ternario me permitiera expresar con la ironía y la vulgaridad apropiadas lo que pienso sobre el funcionamiento del Universo.*

EXILIADOS

La lancha se deslizó suavemente a través de la portilla y penetró en el azul crepuscular del océano de Kithrup.

—Estás tomando el camino equivocado —observó Ignacio Metz, después de que el diafragma se cerrara a sus espaldas.

—Sólo un pequeño rodeo, doctor Metz —le tranquilizó Takkata-Jim—. Sneekah-jo, dile al *Streaker* que estoy ajustando la orientación.

El delfín que ocupaba la rampa del copiloto empezó a silbar a su homólogo de la nave. El fono-sonar emitió unos graznidos furiosos. También el *Streaker* había detectado el cambio de rumbo.

Metz estaba sentado por encima de Takkata-Jim y detrás de él. El nivel del agua llegaba hasta su cintura.

—¿Qué estás *haciendo*? —le preguntó.

—Sssólo estoy acostumbrándome a los controles...

—Bueno, ¡pon atención! ¡Vas directamente hacia las boyas de detección!

Metz observaba con asombro cómo el aparato seguía acelerando hacia la tripulación de delfines que desmantelaba los dispositivos de escucha. Los trabajadores se apartaron de su camino soltando maldiciones mientras el bote golpeaba contra la hilera de boyas. Trozos de metal martillearon contra su proa antes de hundirse en las tinieblas.

Takkata-Jim parecía ignorar aquello. Giró con toda tranquilidad la pequeña nave y enfiló hacia el este a baja velocidad, hacia la isla de destino.

El fono-sonar volvió a graznar. El doctor Metz se sonrojó. ¡Los delfines bien educados no deberían utilizar un lenguaje como ése!

—Diles que ha sido un accident-te —le indicó Takkata-Jim a su copiloto—. El arrumaje estaba fuera de línea, pero ahora ya lo tenemos bajo control. Siguiendo las órdenes, navegaremos sumergidos hasta la isla.

La lancha penetró en una estrecha garganta, dejando a sus espaldas el valle submarino de brillante iluminación donde descansaba el *Streaker*.

—¡Accidente! ¡Por el peludo escroto de mi tío Fred! —Una risa siniestra procedente del fondo de la sala de control siguió a aquellas palabras—. ¿Sabes? me *imaginaba* que no te irías sin destruir antes la evidencia incriminatoria, Takkata-Jim.

El doctor Metz se deshizo de las correas de seguridad que le sujetaban.

—¡Charles Dart! ¿Qué haces aquí? —espetó mirándole fijamente.

Colgado de la estantería de un armario de almacenamiento, cuya puerta se encontraba ahora abierta, un chimpancé en traje espacial le sonreía.

—¡Vaya, pues ejercitando un poco la capacidad de *iniciativa*, doctor Metz! Ahora

puede estar seguro y anotarlos en sus informes. Me gustaría que me concedieran honores por esto. —Estalló en una penetrante carcajada que el altavoz de su traje amplificó.

Takkata-Jim se retorció en su rampa para mirar al chimp durante un momento. Lanzó un bufido y se giró de nuevo para volver a los mandos.

Charlie, visiblemente alterado, salió del armario y se deslizó en el agua, aunque ni una gota podía tocarle a través de su traje espacial. Se revolvió en el líquido que le cubría hasta la base del casco.

—¿Pero cómo...? —Metz dejó la pregunta en el aire.

Charlie tomó del armario un enorme y pesado saco impermeable y lo arrastró hasta el asiento para hombres situado junto a Metz.

—He utilizado un razonamiento deductivo —dijo mientras se encaramaba—. Supuse que los muchachos de Gillian sólo vigilarían el comportamiento de unos cuantos *stenos* protestones. Así pues, pensé: ¿por qué no entrar en la lancha por un camino que a ellos ni siquiera se les ocurriría vigilar?

Metz abrió los ojos de par en par.

—¡El manguito del aire! Te has arrastrado por uno de los conductos de mantenimiento precintados que los constructores de la Tierra incluyeron en la nave, y te has abierto camino hasta los paneles de acceso del bote, pasando bajo los impulsores...

—¡Exacto!

Charlie resplandecía mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Sin duda tuviste que quitar algunas placas de la pared del manguito con una palanca. Ningún delfín podría hacerlo en un espacio cerrado, por eso ni pensaron en la posibilidad.

—No, no lo pensaron.

Metz miró a Charlie de arriba a abajo.

—Pasaste muy cerca de los impulsores. ¿No te quemaron?

—Hmmm. El contador de radiaciones de mi traje indica que estoy medio asado.

Charlie se burló soplando la punta de sus dedos.

—Desde luego —dijo Metz con una sonrisa—, tomaré nota de esta extraña demostración de ingenio, doctor Dart. Y bienvenido a bordo. Estaré muy ocupado estudiando a los *kiqui* y no podré encargarme de ese robot suyo. Ahora podrá dirigirlo usted mismo.

—Por eso estoy aquí —declaró Dart con energía.

—Muy bien. Quizá tengamos la posibilidad de jugar unas cuantas partidas de ajedrez.

—Me gustaría.

Se acomodaron en sus asientos y contemplaron cómo iban pasando las crestas oceánicas. De vez en cuando, se miraban el uno al otro y estallaban en carcajadas. Los *stenos* permanecían en silencio.

—¿Qué hay en el saco? —preguntó Metz, señalando la gran bolsa que Dart tenía sobre las rodillas.

—Efectos personales, instrumentos —contestó Charlie, encogiéndose de hombros—. Sólo los más necesarios, para las más someras y espartanas necesidades.

Metz asintió y se arrellanó de nuevo. Desde luego, sería muy agradable disfrutar de la compañía del chimpancé durante el viaje. Los delfines, por supuesto, eran buena gente; pero la raza pupila más antigua de la Humanidad siempre le había impresionado por contar con los mejores conversadores. Además, los delfines no tenían ni idea de jugar al ajedrez.

Fue una hora más tarde cuando Metz recordó las primeras palabras de Charlie, anunciando su presencia a bordo. ¿Qué había querido decir el chimp al acusar a Takkata-Jim de «destruir la evidencia»? Resultaba muy extraño.

Le planteó a Dart la cuestión.

—Pregúntele al teniente —sugirió Charlie—. Él parece conocer lo que significa. Nuestras relaciones no son demasiado buenas y nos impiden conversar —refunfuñó.

—Se lo preguntaré —asintió Metz con gravedad—. Puedes estar seguro de que lo haré tan pronto como lleguemos a la isla.

TOM ORLEY

Avanzaba con prudencia, de agujero en agujero, por el entramado de sombras que cubría el tapiz de hierbas. La mascarilla le ayudaba a mantener por más tiempo el aire de las profundas inspiraciones que realizaba, en especial cuando se acercó a la isla y debió buscar una abertura para acceder a la orilla.

Al fin, Tom pudo arrastrarse hasta tierra firme en el momento en que el sol naranja Kthsemenee desaparecía por el oeste tras una espesa barrera de nubes. El largo día de Kithrup aún duraría cierto tiempo, pero había desaparecido la calidez de los rayos de sol directos. La frialdad de la evaporación le provocó un estremecimiento mientras se alzaba a través de la abertura entre las hierbas y las piedras de la orilla. Sobre las manos y las rodillas, trepó hasta un cerro a pocos metros sobre el mar y se sentó pesadamente en el áspero basalto. Luego, tiró hacia abajo de su mascarilla respiradora, dejándola colgar alrededor del cuello.

La isla parecía girar lentamente, como si fuera un corcho flotando en el mar. Le llevaría tiempo acostumbrarse de nuevo a la tierra firme. El suficiente, observó con ironía, como para acabar lo que tenía que hacer y regresar otra vez al agua.

Limpió sus hombros del limo verde que habían acumulado, y tembló mientras la humedad se evaporaba lentamente.

Estaba hambriento. Ah, tenía que enfrentarse con eso también.

Apartó de su mente el frío y la humedad. Pensó en acabar con la última nutribarra, pero decidió que podía esperar. Eso era todo lo que tenía para comer en poco menos de mil kilómetros, salvo que encontrara algo en la nave alien.

El humo aún ascendía desde el lugar donde la pequeña patrullera ET se había estrellado, exactamente sobre el hombro de la montaña. La delgada columna subía mezclándose con la corriente de hollín procedente del cráter del volcán. De vez en cuando, Tom escuchaba los gruñidos del monte.

De acuerdo. Adelante.

Se acuclilló para dar mayor potencia a las piernas y se impulsó hacia arriba.

El mundo osciló peligrosamente a su alrededor. A pesar de todo, fue una agradable sorpresa encontrarse en pie sin demasiados problemas.

Quizá Jill tuviera razón, pensó. Quizá tengo reservas que nunca he utilizado antes.

Giró hacia la derecha, dio un paso, y casi tropezó. Cuando recuperó el equilibrio, fue dando traspiés a lo largo de la rocosa ladera, sintiéndose agradecido a los guantes palmeados cada vez que debía aferrarse a las rocas, cortantes como afilado pedernal. Paso a paso, fue acercándose al origen del humo.

En la cima de una pequeña elevación, apareció ante su vista la nave accidentada.

Estaba rota en tres pedazos. La sección de popa yacía sumergida; sólo la destrozada parte posterior sobresalía de las calcinadas hierbas en los bajíos. Tom verificó el contador de radiaciones del borde de su mascarilla. Si era necesario, podría soportar la radiactividad durante unos cuantos días.

La mitad delantera de la nave estaba partida de forma longitudinal, y el contenido de la cabina esparcido por toda la pedregosa ribera. Trozos sueltos de cableado ultrafino eran arrastrados por el aire sobre las mamparas metálicas desgarradas y retorcidas.

Iba a desenfundar la pistola de agujas, pero decidió que sería mejor tener las manos libres por si se caía.

Parece bastante fácil, pensó Tom. Descenderé e inspeccionaré esa maldita cosa. Paso a paso.

Bajó la pendiente moviéndose con cautela, y lo hizo sin que se produjera una catástrofe.

No quedaba gran cosa de la patrullera, pese a lo cual Tom estuvo hurgando entre los pequeños fragmentos dispersos, y reconoció partes de diferentes máquinas, pero nada le dijo lo que él quería saber.

Y allí no había comida.

Por todas partes se encontraban láminas de metal retorcido. Tom se acercó a una que parecía haberse enfriado e intentó levantarla. Era demasiado pesada, la elevó unos pocos centímetros, y tuvo que soltarla.

Tom permaneció durante unos instantes con las manos apoyadas en las rodillas, respirando pesadamente.

A pocos metros vio un montón de maderas. Se arrastró hasta allí para elegir las ramas más gruesas de entre aquellas resacas plantas marinas. Parecían sólidas, pero eran demasiado flexibles para ser utilizadas como palanca.

Tom se rascó la barbilla y pensó. Miró hacia el mar, que estaba cubierto hasta el horizonte por una horrible vegetación viscosa. Por fin, empezó a recoger las cepas secas, haciendo con ellas dos montones.

Cuando llegó la oscuridad, se sentó junto a un fuego, trenzando lianas de uno de los montones para fabricar un par de grandes abanicos planos, parecidos a raquetas de tenis con una cuerda en uno de los lados. No estaba seguro de que funcionara como deseaba, pero cuando llegara el nuevo día tendría la ocasión de comprobarlo.

Para distraer el hambre, entonó una dulce canción en ternario. El silbido de la canción infantil le llegó de vuelta como un suave eco desde el cercano acantilado.

¿Manos y fuego?

¡Manos y fuego!

Úsalos, úsalos

¡Para saltar más alto!

¿Sueños y canción?

¡Sueños y canción!

Úsalos, úsalos

¡Para saltar más lejos!

De repente, Tom se detuvo y alzó la cabeza. Tras un momento de silencio, deslizó la pistola de agujas fuera de su funda.

¿Había oído algo? ¿O sólo era su imaginación?

Rodó sin ruido apartándose de la claridad de las llamas y se encogió en las sombras. Escudriñó las tinieblas con la vista e intentó escuchar la forma de las cosas, como si fuera un delfín. Como un cazador al acecho, de escondite en escondite, fue rodeando lentamente el lugar sembrado de restos del accidente.

—*Barkeemkleph Annatan P’Klenno. ¿V’hoominph?*

Tom saltó tras un fragmento de casco y rodó hacia un lado. Respirando con la boca para mantener el silencio, escuchó con atención.

—*¿V’hoomin Kent’thoon ph?*

La voz resonaba como si procediera de una cavidad metálica... ¿de debajo de uno de los grandes trozos de la patrullera? ¿Un superviviente? ¿Quién hubiera podido imaginarlo?

—*Birkech’kleph. V’human ides’k. ¿V’Thennan’kleph ph?* —gritó Tom.

Esperó. Cuando la voz le respondió desde las tinieblas, Tom se levantó y corrió.

—*Idatess. V’Thennan’kleeph...*

Se aplastó de nuevo contra el suelo junto a otro fragmento de metal. Lo rodeó arrastrándose sobre los codos y echó un rápido vistazo al otro lado.

Y apuntó su arma directamente a los ojos de una enorme cara reptiloide, a sólo un metro de él. A la mortecina luz de las estrellas, vio el rostro retorcido por una mueca.

Sólo se había encontrado con *thenanios* una vez anteriormente, y estuvo estudiándolos durante una semana en el instituto de Cathrhennlin. La criatura estaba medio aplastada por una maciza placa de retorcido metal. Tom podía adivinar que su expresión reflejaba agonía. Los brazos y la espalda del patrullero habían sido destrozados por un trozo del casco.

—*V’hoomin t’barrchit pa...*

Tom se adaptó al dialecto del otro. El *thenanio* usaba una variante del Galáctico Seis.

—... no te mataría, humano, aunque tuviera los medios. Sólo quiero convencerte de que hables conmigo y me distraigas durante un rato.

Tom enfundó la pistola de agujas y se sentó con las piernas cruzadas enfrente del piloto. Lo único que podía hacer era mostrarse cortés y escuchar a la criatura —y estar dispuesto a poner fin a sus miserias si le pedía ese favor.

—Lamento no poder ayudarte —respondió Tom en Galáctico Seis—. Aunque somos enemigos, yo nunca he sido de los que consideran a los *thenanios* como auténticos perversos.

La criatura hizo una nueva mueca. Su cresta dentada topaba de forma intermitente contra el techo de metal, y cada vez el *thenanio* se estremecía.

—Tampoco nosotros pensamos que los *hooman'vlech* sean un caso totalmente perdido, aunque seáis recalcitrantes, salvajes e irreverentes.

Tom se inclinó, aceptándolo todo como un cumplido parcial.

—Estoy dispuesto para el servicio de la terminación, si lo deseas —se ofreció.

—Muy amable, pero ésa no es nuestra costumbre. Esperaré mientras mi dolor se equilibra con mi vida. Los Grandes Espíritus apreciarán mi valor.

—Apreciarán tu valor —respondió Tom, bajando la vista.

El *thenanio* respiraba estertorosamente, con los ojos cerrados. La mano de Tom se deslizó hacia su cinturón. Palpó el bulto que formaba la bomba de mensajes. *¿Seguirán aún esperando a bordo del Streaker?*, se preguntó. *¿Qué decidirá Creideiki si no recibe noticias mías?*

Debo saber qué está sucediendo en la batalla que se desarrolla sobre Kithrup.

—Sólo para conversar y distraernos, ¿qué te parece si intercambiamos preguntas? —le propuso.

El *thenanio* abrió los ojos, que parecían reflejar un sentimiento de gratitud.

—Estupendo. Una idea estupenda. Como soy el más viejo, empezaré yo. Haré preguntas sencillas para no ponerte en tensión.

Tom se encogió de hombros. *Hace trescientos años que tenemos acceso a la Biblioteca. Llevamos seis mil años de compleja civilización. Y nadie cree todavía que los humanos sean algo más que salvajes ignorantes.*

—Cuando huisteis de Morgran, ¿por qué no buscasteis un refugio más seguro? —preguntó el patrullero—. La Tierra no podía protegeros, ni tampoco esos canallas *tymbrimi* que os arrastran por caminos perversos. Pero los Abdicadores son poderosos. Podíais haber buscado su protección. ¿Por qué no os refugiasteis en nuestros brazos?

Dicho así, parecía muy sencillo. ¡Si también lo fuera en la realidad! Si existiera una facción lo bastante poderosa como para encontrar refugio en ella, una que a cambio no hubiera exigido de la tripulación del *Streaker* o de la Tierra más de lo que podían pagar. ¿Cómo decirle al *thenanio* que sus Abdicadores eran sólo un poco menos indigestos que la mayoría de los otros fanáticos?

—Nuestra política es no ceder nunca a las amenazas intimidatorias —le explicó Tom—. Nunca. Nuestra Historia nos habla del valor de esta tradición, más de lo que pueden imaginar quienes se educaron en los anales de la Biblioteca. Sólo entregaremos nuestro descubrimiento a los Institutos Galácticos, y serán los propios dirigentes del Concejo de Terragens quienes lo hagan.

Al mencionar el «descubrimiento» del *Streaker* el rostro del *thenanio* demostró

un innegable interés. Pero esperó su turno, permitiendo que Tom planteara la siguiente pregunta.

—¿Están venciendo los *thenanios* ahí arriba? —preguntó Tom con ansiedad—. Vi a los *tandu*. ¿Quién prevalece en los cielos?

El aire silbó a través de los orificios respiradores del piloto.

—La Gloria nos elude. Los asesinos *tandu* prosperan, y los paganos *soro* se prodigan. Los atacamos siempre que podemos, pero la Gloria nos elude. Serán los herejes quienes se lleven el premio.

Era una falta de tacto hacer tal mención con uno que formaba parte del «premio» sentado frente a él. Tom maldijo en voz baja. ¿Qué debía hacer? Algunos *thenanios* aún sobrevivían, ¿podía decirle a Creideiki que siguiera adelante sólo con esta base? ¿Podrían intentar un ardid que, aunque fuera un éxito, sólo les proporcionaría aliados demasiado débiles para conseguir buenos resultados?

El *thenanio* respiraba pesadamente.

Aunque no era su turno, Tom formuló la siguiente pregunta.

—¿Tienes frío? Traeré mi fuego hasta aquí. Además, mientras hablamos, debo terminar un trabajo. Perdona a este joven tutor, si te ofende.

El *thenanio* le miró con sus felinos ojos irisados de púrpura.

—Hablas con cortesía. Se nos había dicho que vosotros los humanos no teníais educación. Quizá simplemente seáis ignorantes, sin embargo sois sensatos...

Mientras Tom se apresuraba a desplazar su campamento, el patrullero resollaba ruidosamente y expulsó unos granos de arena por sus orificios respiradores. A la parpadeante luz de las llamas, el *thenanio* suspiró.

—Es apropiado que, atrapado y moribundo en un mundo primitivo, deba calentarme con las artesanales maneras de hacer fuego de un lobezno. Debo pedirte que le cuentes algo de vuestro descubrimiento a un ser que está a punto de morir. No los secretos, sólo una historia... una historia sobre el milagro del Gran Regreso...

Tom desempolvó un recuerdo, un recuerdo que aún le producía escalofríos.

—Imagina unas naves —empezó—. Piensa en naves espaciales... antiguas, roídas por el tiempo y grandes como lunas...

Quando despertó cerca de las brasas aún calientes de la hoguera, el amanecer se anunciaba ya, proyectando alargadas y tenues sombras sobre la playa.

Tom se sentía mucho mejor. Su estómago había empezado a acostumbrarse al ayuno, y el sueño le había hecho mucho bien. Aún se encontraba débil, pero se veía con fuerzas para intentar una carrera hacia el posible paraíso siguiente.

Se levantó, se sacudió de encima la arena multicolor y miró hacia el norte. Los escombros flotantes todavía estaban allí. Esperando en el horizonte.

A su izquierda, bajo el macizo mamparo, el patrullero *thenanio* respiraba con suavidad, muriendo poco a poco. Se había dormido escuchando contar a Tom la

historia de las Syrtes, de las gigantescas naves brillantes y de los misteriosos símbolos de sus flancos. Tom dudaba que la criatura pudiera despertar de nuevo.

Estaba a punto de girarse y recoger los zapatos que había tejido la noche anterior, cuando frunció el ceño y llevó la mano a la frente para hacerse sombra y mirar hacia el horizonte oriental.

¡Si hubiera podido salvar los prismáticos!

Cerró casi los ojos y al fin distinguió una fila de sombras moviéndose lentamente que se recortaban contra el brillante horizonte, siluetas en forma de piernas giratorias, y una más pequeña, una cosa que avanzaba con paso renqueante. Una columna de minúsculas figuras desplazándose despacio hacia el norte.

Tom se estremeció. Se dirigían hacia la naufragada cascara de huevo. A menos que actuara con rapidez, le cortarían toda posibilidad de supervivencia.

Y ahora ya podía decir que se trataba de los *tandu*.

Sexta parte

LA DISPERSIÓN

El punto de discusión es si Leviatán podrá soportar durante mucho tiempo una persecución tan salvaje, y una destrucción tan despiadada... y la última ballena, como el último hombre, fumará su última pipa, y luego se disolverá ella misma con la bocanada final.

MELVILLE

CREIDEIKI / SAH'OT

Creideiki miró el visor holo y se concentró. Era más fácil hablar que escuchar. Podía decir una o dos palabras cada vez, articulándolas con lentitud, ensartándolas como perlas en un collar.

—... enlace neural... reparado... por... Gillian y Makanee... pero... pero... hablar... aún... aún...

—Aún es difícil —la imagen de Sah'ot asintió—. ¿Crees que puedes usar ya herramientas?

Creideiki se concentró en la sencilla pregunta de Sah'ot. Crees-que-puedes... Cada palabra era clara, su significado evidente. Pero al unir las no significaban nada. ¡Era frustrante!

Sah'ot cambió al ternario.

¿Herramientas para empujar?

Los balones,

Las naves espaciales...

¿Es tu mandíbula?

El jugador,

El piloto...

Creideiki asintió. Era mucho mejor, aunque incluso el ternario le llegaba con dificultad, como un idioma extranjero.

Andadores araña, andadores, andadores,

Holotransmisores parlantes, parlantes, parlantes.

Son mis juguetes, son...

Creideiki apartó la mirada. Sabía que esa simple frase contenía elementos de primal, en la repetición, en el agudo silbido. Era humillante tener aún una mente activa y útil y saber que para el mundo exterior era como un retrasado mental.

Al mismo tiempo, se preguntó si Sah'ot habría captado algún rastro del lenguaje de sus sueños, las voces de los viejos dioses.

Escuchando al capitán, Sah'ot se sentía aliviado. Su primera conversación había empezado bien, pero hacia el final la atención de Creideiki había empezado a

extraviarse, sobre todo cuando Sah'ot comenzó a plantearle una batería de tests lingüísticos.

Ahora, después de la última operación practicada por Makanee, parecía mucho más atento.

Decidió verificar la capacidad de Creideiki para escuchar, habiéndole acerca de su descubrimiento. Cuidadosa y lentamente, le explicó en ternario cómo había oído «cantar» mientras enlazaba con el robot en el agujero del árbol taladrador.

Durante un largo momento, Creideiki pareció confuso y meditó sobre la sencilla y lenta explicación de Sah'ot, luego manifestó que lo comprendía. De hecho, a juzgar por su expresión, parecía considerar como la cosa más natural del mundo que un planeta pudiese cantar.

—Conecta... conéctame... por fa-favor... yo... yo quiero... escuchar... escuchar...

Complacido por su interés, Sah'ot batió las mandíbulas en señal de aprobación. No creía que Creideiki, con los centros de lenguaje quemados, pudiera percibir algo que no fueran parásitos. Sólo para descifrar uno de los ritmos, Sah'ot había necesitado toda la sutileza que le proporcionaban su instrucción y experiencia. Excepto en una ocasión, cuando las voces del subsuelo habían aullado aparentando cólera, los sonidos siempre resultaban amorfos.

Sah'ot aún temblaba al recordar aquel episodio de lucidez.

—De acuerdo, Creideiki —dijo mientras establecía la conexión—. Escuche con atención.

Los ojos de Creideiki se contrajeron cuando se concentró, mientras los parásitos crepitaban y detonaban al otro lado de la línea.

GILLIAN

—¡Triple maldición! Bien, no podemos esperarla para empezar a movernos. Con el esquife, Hikahi puede tardar dos días en dar la vuelta. Para entonces, el *Streaker* debe estar en el interior del Caballo Marino sin novedad.

La imagen de Suessi se encogió de hombros.

—Bueno, puedes dejarle un aviso. Gillian se frotó los ojos.

—Eso es justo lo que pensaba hacer. Soltaremos un monofilamento retransmisor que enlace desde la posición actual del *Streaker*, así podremos permanecer en contacto con el grupo de la isla. La dejaré un mensaje en el retransmisor diciéndole dónde hemos ido.

—¿Y qué hay acerca de Toshio y Dennie? Gillian se encogió de hombros.

—Esperaba poder enviarles el esquife a ellos y a Sah'ot... y quizá también a Tom. Pero tal como están las cosas, será mejor que Dennie y Sah'ot se dirijan hacia vosotros con el trineo. Aborrezco tener que hacerlo. Es peligroso y necesito que Toshio vigile a Takkata-Jim hasta antes de nuestra partida.

No mencionó el otro motivo por el que deseaba que Toshio permaneciera allí tanto tiempo como fuera posible. Ambos sabían que Tom Orley, si volvía volando con el planeador, regresaría a la isla. Tenía que haber alguien esperándolo.

—¿Vamos realmente a abandonar a Metz y Takkata-Jim? —Suessi parecía perplejo.

—Y a Charlie Dart, al parecer. Viaja de polizón en la lancha. Sí, es lo que ha elegido. Esperan regresar a casa después de que los *galácticos* nos envíen a un mundo mejor. A juzgar por todo lo que sé, puede que tengan razón. En cualquier caso, la decisión final está en manos de Hikahi; cuando aparezca y sepa que ella está al mando. —Gillian sacudió la cabeza—. Parece seguro que Ifni se ha apartado de su camino para complicarnos la vida, ¿no te parece, Hannes?

El viejo ingeniero sonrió.

—La Fortuna siempre ha sido caprichosa. Para eso es una dama.

—¡Hmmp!

Pero Gillian no tenía fuerzas suficientes para reprenderle con la mirada. Una luz parpadeó en la consola próxima al visor holo.

—Ahí lo tenemos, Hannes. La sala de máquinas está dispuesta. Debo ir allí, ahora. Vamos a zarpar.

—Buena suerte, Gillian. —Suessi hizo el signo «O» con los dedos y luego cortó la conexión.

Gillian rozó levemente el interruptor que cortaba la línea com entre el *Streaker* y la isla.

—Sah’ot, aquí Gillian. Lamento interrumpirte, pero hazme el favor de decirle al capitán que estamos a punto de partir.

Era una simple cortesía comunicárselo a Creideiki. Antes, el *Streaker* había sido su nave.

—Sssí, Gillian.

Hubo una serie de silbidos repetitivos y agudos en un ternario muy parecido al primal. Muchos de ellos con crestas muy por encima de las frecuencias más altas, incluso para el oído de Gillian desarrollado genéticamente.

—El capitán dessea verlo desde el exterior —dijo Sah’ot—. Promete no ponerse en medio de la ruta.

Gillian no veía ninguna razón válida para negarse.

—De acuerdo. Pero dile que antes de coger un trineo lo compruebe con Wattaceti, ¡y que sea cauteloso! ¡No podremos enviar a nadie en su busca si se pierde!

Se produjo una nueva serie de agudos silbidos que Gillian apenas pudo descifrar. Creideiki indicaba que había comprendido.

—Oh, a propósito, Sah’ot —añadió Gillian—. Por favor, dile a Toshio que me llame tan pronto como arribe la lancha.

—¡Sí! —Contestó Gillian cortando la comunicación y se levantó para vestirse. ¡Había tantas cosas con las que hacer juegos malabares!

Me pregunto si hago bien dejando que Charlie Dan se escabulla, pensó. ¿Qué haré si él o Takkata-Jim se comportan de una forma que yo no tenga prevista?

Una pequeña luz se encendió en una esquina de la consola. La máquina Niss aún quería hablar con ella. La luz no hizo el parpadeo de urgencia. Gillian decidió ignorarla mientras se apresuraba para supervisar la partida.

AKKI

Con los músculos doloridos, Akki nadó lentamente para salir de la grieta en la que había descansado hasta el amanecer.

Respiró varias veces profundamente y se sumergió, dispersando un banco de criaturas pisciformes cuyas escamas brillaban con los rayos de luz de la mañana. Sin pensarlo, se lanzó hacia el banco y atrapó entre sus mandíbulas un gran pez, saboreando sus frenéticos esfuerzos por escapar. Pero el sabor metálico era amargo, y escupió lejos a la criatura.

Cuando volvió a la superficie, unas nubes rojas extendían reflejos rosáceos en el horizonte oriental. Oyó gruñir de hambre a su estómago, y se preguntó si aquel sonido sería lo bastante fuerte como para llamar la atención de su cazador.

No es justo. Cuando K'tha-Jon me atrape, él, por lo menos, tendrá algo para comer.

Akki se sacudió. ¡Qué idea tan grotesca!

—Empiezas a perder la cabeza, guardiamarina. K'tha-Jon no es un caníbal. Es un... un...

¿Un qué? Akki recordó el último esfuerzo, al atardecer del día anterior, cuando consiguió llegar a la cadena de colinas metálicas con unos metros de ventaja sobre el otro delfín. La persecución entre las pequeñas islas se convirtió en una confusión de burbujas, espuma y salvajes gritos de caza. Horas después de haber encontrado un lugar donde esconderse, aún podía oír los violentos estallidos de sonar que le demostraban que K'tha-Jon no andaba lejos.

Sólo de pensar en él, Akki sentía escalofríos recorriéndole la espina dorsal. ¿Qué clase de criatura *era* aquélla? No se trataba sólo del carácter irracional de aquella cacería a muerte; había algo más, algo en la *manera* en que K'tha-Jon perseguía a su presa. Los barridos de sonar del gigante contenían algo tan malévolos que Akki no podía evitar acurrucarse como una pelota cuando los percibía.

Sin duda, el injerto de genes *stenos* explicaba algo de su irritabilidad y enorme tamaño. Pero en K'tha-Jon había algo más. Algo muy diferente añadido al empalme genético del gigante. Algo terrorífico. Algo con lo que Akki, educado en Calafia, nunca se había encontrado.

Akki se acercó aún más a la colina de coral y asomó la mandíbula por el extremo septentrional. Sólo percibió los sonidos naturales del mar de Kithrup.

Se alzó sobre la cola y realizó un examen visual. ¿Iría hacia el oeste o hacia el norte? ¿Hacia Hikahi o hacia Toshio?

Mejor hacia el norte. Aquella cadena de colinas podía extenderse hasta la que albergaba el campamento. Y le proporcionaría una cobertura

Nadó con todas sus fuerzas, recorriendo el cuarto de kilómetro que le separaba de la siguiente isla, y luego se detuvo para escuchar. No había ningún cambio. Respirando con un poco más de facilidad, atravesó el siguiente estrecho, y el otro, nadando en rápidos arranques, parándose a escuchar, reanudando su cautelosa ruta.

En una ocasión oyó a su derecha un extraño y complejo parloteo. Permaneció inmóvil hasta convencerse de que no podía tratarse de K'tha-Jon. Efectuó un ligero rodeo para echar un vistazo.

Se trataba de una formación submarina de criaturas de forma esférica, con dilatadas vesículas aéreas y rostros de un color azul muy vivo. Estaban equipados con primitivos instrumentos y arrastraban unas redes llenas de presas abatidas. Excepto por los escasos hologramas que Dennie Sudman y Sah'ot enviaron al *Streaker*, era la primera vez que Akki veía a los nativos de Kithrup, los *kiqui*. Los observó, fascinado, y luego nadó hacia ellos. Creía que estaba más al sur que Toshio, pero si este grupo era el mismo...

Tan pronto como le vieron, los cazadores aullaron de pánico. Dejando caer las redes, se precipitaron hacia las rocas cubiertas de vegetación de una isla vecina. Akki comprendió que se había encontrado con una tribu diferente, una que nunca había visto a un delfín.

Sin embargo, haberse encontrado con ellos ya era algo. Vio al último escalando la cima del acantilado, y luego continuó su camino hacia el norte.

Pero cuando sobrepasó el extremo septentrional de la siguiente colina, un afilado rayo sónico pasó sobre él.

Akki se descorazonó. ¿Cómo? ¿Había seguido K'tha-Jon su misma lógica acerca de la cadena de islas? ¿O tenía algún instinto demoníaco que le indicaba dónde capturar su presa?

Una vez más, la misteriosa llamada pasó sobre él. Durante la noche, ésta se había ido convirtiendo en un grito penetrante y cadente que hizo estremecer a Akki.

El grito retumbó de nuevo, muy cerca, y Akki supo que era inútil intentar esconderse. Aquel grito podría buscarle en cualquier grieta o hendidura, hasta que el pánico se apoderara de él. ¡Tenía que escapar mientras aún le quedara un poco de control sobre su propia mente!

KEEPIRU

La lucha comenzó en las tinieblas que preceden al alba.

Pocas horas antes, Keepiru comprendió que el trineo de su perseguidor no mostraba el menor fallo. El motor aullaba, pero aguantaba. Keepiru aumentó la potencia de sus propios motores, aunque demasiado tarde. Instantes después, oyó el gemido de un torpedo autodirigido hacia él desde atrás. Zigzagueó enfilando hacia su izquierda y hacia abajo, soltando lastre para ocultarse tras la nube de ruidosas burbujas formada en su estela.

El torpedo pasó como un rayo junto a él y se perdió entre las sombras. Un amplificado aullido de cólera y frustración resonó a través de vados y colinas submarinas. Keepiru estaba ya acostumbrado a las obscenidades en primal de su perseguidor.

Había casi alcanzado la línea de colinas metálicas tras la cual desaparecieron, unas horas antes, los dos delfines nadadores. En cuanto llegó al alcance de su voz, Keepiru había escuchado los distantes gritos de caza y el escalofrío que le recorrió entonces se reproducía al recordarlos. Temía lo peor al pensar en Akki.

Pero ahora Keepiru tenía sus propios problemas. Le deseaba suerte a Akki para que resistiera hasta que él pudiera deshacerse del idiota que tenía pegado a su propia cola.

La luz aumentaba sobre su cabeza. Keepiru sumergió el trineo tras una cresta aterronada, reguló el motor al mínimo y esperó.

Moki lanzó un juramento cuando el pequeño torpedo se negó a explotar.

*Los dientes, los dientes son, son
Mejor, mejor que todas
Las cosas.*

Balanceó la mandíbula a derecha e izquierda. Había desconectado los sensores del trineo, y estaba controlando la máquina por pura inercia.

¿Dónde *estaría* ese astuto cabrón? ¡Que salga de su agujero y acabemos de una vez!

Moki estaba cansado, malhumorado, y terriblemente aburrido. Nunca había imaginado que convertirse en Gran Toro pudiera ser tan tedioso. Moki buscaba la caliente y casi orgásmica rabia de antes. Intentó volver a despertar en él la sed de sangre, pero sólo podía pensar en matar peces, no delfines.

¡Si pudiera emular el salvajismo que había percibido en el grito de caza de K'tha-Jon! Moki ya no aborrecía al terrible gigante. Había empezado a pensar en K'tha-Jon como en una criatura sobrenatural de naturaleza demoníaca. Mataría a ese *tursiops* cabrón y le llevaría su cabeza, en prueba de sus méritos como discípulo. Luego, también él se convertiría en un espíritu elemental, un terror al que nadie osaría enfrentarse.

Imprimió al trineo una trayectoria circular, manteniéndose sobre el fondo marino para sacar ventaja de las sombras sónicas. El *tursiops* había girado a la izquierda a gran velocidad. Su giro *debía* ser más amplio que el efectuado por él mismo; aquello le indicaba que la caza seguía en la trayectoria correcta.

Moki estaba montando guardia cuando la cacería empezó, por eso su trineo estaba equipado con torpedos. Tenía la seguridad de que el sabelotodo no poseía ninguno. Silbó en ansiosa anticipación de un final para aquella aburrida caza.

¡Un sonido! Se giró tan bruscamente que se golpeó el hocico contra la cúpula-burbuja de plástico. Moki hizo saltar el trineo hacia adelante, al tiempo que preparaba otro torpedo. *Éste* acabaría con su enemigo.

Un brutal desnivel conducía a un amplio valle oceánico. Cargó lastre y descendió siguiendo el cañón. Desconectó los motores y se detuvo.

Pasaron varios minutos mientras el amortiguado sonido de los motores crecía en intensidad a su izquierda. El trineo que se acercaba también lo hacía pegado a la pared del acantilado, pero a mayor profundidad.

De pronto, lo vio justo debajo de él. Moki prefirió no abrir fuego de inmediato. ¡Era demasiado fácil! Quería que el pequeño cabrón oyera la muerte cayendo sobre él por la espalda, demasiado cercana para escapar. ¡Quería que se retorciera de pánico antes de que el torpedo despedazara su cuerpo!

El trineo de Moki emitió un gruñido y luego se lanzó a la persecución. ¡Su víctima nunca podría girar a tiempo! Moki empezó a cantar.

*La manada de toros tiene, tiene
Un Gran Toro...*

Moki interrumpió su cántico. ¿Por qué no huía aquel astuto cabroncete? Hasta entonces, se había basado por completo en el sonido. Sólo ahora volvió la vista hacia su presunta víctima.

¡El trineo estaba vacío! Navegaba lentamente a lo largo del acantilado, sin el piloto. Pero entonces, ¿dónde...?

*Oídos de cazador
Pueden hacer un toro...
Pero ojos*

Y cerebro

Hacen un astrodelfín...

¡La voz estaba sobre él! Moki profirió un aullido e intentó girar el trineo y lanzar un torpedo al mismo tiempo. Con desesperación, los motores gimieron para luego quedar en silencio. El enlace neural le llevó la muerte en el momento en que descubría, dos metros por encima de él, un delfín *tursiops* liso y gris cuyos blancos dientes brillaban a la luz de la superficie.

Y la estupidez

Sólo hace

Cadáveres.

Moki gritó mientras la linterna eléctrica del arnés del piloto explotaba en un brillante láser azul.

TOM ORLEY

¿De dónde salían todos aquellos galácticos?

Oculto tras un bajo montículo vegetal, Tom Orley observaba en el horizonte a los diversos grupos alien. Contó al menos tres, convergiendo desde direcciones diferentes hacia la flotante nave oval.

Tras él, a casi un kilómetro y medio, el volcán seguía gruñendo. Al amanecer, había abandonado la destrozada patrullera thenania, dejando un pote de su preciada agua dulce junto a los labios del moribundo piloto, a su alcance, por si despertaba de nuevo.

En cuanto vio el grupo de los *tandu*, se puso en marcha, probando los «zapatos de hierba» recién tejidos sobre la desigual superficie pantanosa. La anchura del calzado, muy parecido a las raquetas para la nieve, le ayudaba a caminar cautelosamente sobre la resbaladiza alfombra de cepas.

Al principio, se movía con mucha más rapidez que ellos. Pero pronto los *tandu* desarrollaron una nueva técnica. Dejaron de patalear en el barro, y andaban ahora a mayor velocidad. Tom se mantuvo a cubierto, preocupado por lo que podía ocurrir si le descubrían.

Y en aquellos momentos había también otros grupos, uno acercándose desde el sudoeste y otro desde el oeste. No podía aún distinguirlos con claridad; eran sólo puntos que se desplazaban poco a poco y con dificultad sobre el recortado horizonte. ¿Pero de dónde demonios venían?

Los *tandu* eran los más cercanos. Había al menos ocho o nueve de ellos aproximándose en columna. Cada criatura extendía sus seis piernas giratorias para repartir el peso del cuerpo. En los brazos llevaban unos largos instrumentos brillantes que sólo podían ser armas. Ahora avanzaban a toda velocidad.

Tom se preguntó cuál sería su nueva técnica. Se dio cuenta de que el *tandu* que iba en cabeza no llevaba ningún arma. En cambio, sujetaba una peluda y deforme criatura, inclinándose de vez en cuando sobre su carga, como si tratara de infundirle ánimos.

Tom se arriesgó a sacar la cabeza por encima del montículo.

—¡Estoy perdido!

Aquella criatura cubierta de pelo estaba *creando* tierra —o al menos algo sólido—, un estrecho camino que se materializaba ante el grupo. Justo enfrente y a ambos lados del sendero se reflejaba un débil resplandor, donde la realidad parecía luchar contra aquella nociva intrusión.

¡Un Episárca! Por un momento, Tom olvidó su difícil situación, alegrándose por poder ver tan extraña imagen.

Mientras estaba mirando, el sendero se interrumpió en un punto. Las líneas luminosas que lo rodeaban se rompieron con un ruido sordo. El guerrero tandu que estaba allí cayó dando tumbos entre las hierbas. Al debatirse sólo consiguió agrandar el agujero en la alfombra vegetal, hasta hundirse por fin en el mar como una piedra.

Ninguno de los otros *tandu* se dio por enterado. Los dos que le seguían saltaron, por encima de la grieta, a la «superficie» provisionalmente sólida que había más allá. El grupo, con un miembro menos, prosiguió su avance.

Tom sacudió la cabeza. ¡*Tenía* que llegar a la nave antes que ellos! No podía permitir que los *tandu* le aventajaran.

Y sin embargo, si hacía algo, aunque sólo fuera reemprender la marcha, con toda seguridad le localizarían. No dudaba de la eficacia de sus armas. Ningún guerrero humano que subestimara a los *tandu* podría vivir mucho tiempo.

Con desgana, se arrodilló y desató las cintas de sus zapatos de hierba. Los abandonó y se arrastró con sigilo hacia el borde de una charca abierta entre las cepas.

Empezó a contar despacio, esperando hasta que pudo oír a la columna de *galácticos* aproximarse. Ensayó mentalmente sus movimientos inmediatos.

Tras varias inspiraciones profundas, se puso la mascarilla de inmersión, asegurándose de que le quedara ajustada y de que las aletas colectoras no estuvieran obturadas. Luego desenfundó la pistola de agujas y la sujetó con ambas manos.

Afianzó los pies sobre dos sólidas raíces y comprobó su equilibrio. La charca estaba exactamente delante de él.

Cerró los ojos.

Escucha...

El batir de la cola

De un tiburón atigrado...

Su sentido de empatía captó las poderosas emisiones psi del demente ET que dirigía y que ahora se encontraba sólo a ochenta metros de distancia.

—Gillian... —suspiró.

Y entonces, con un súbito y ágil movimiento, se puso en pie y extendió los brazos con el arma entre las manos. Abrió los ojos y disparó.

TOSHIO

A pesar de las objeciones de Toshio, habían utilizado la última energía de la lancha para subirla a la cima de la isla. Él les había propuesto ensanchar con explosivos la entrada de la cámara situada bajo la colina metálica, pero Takkata-Jim no había tenido en cuenta aquella sugerencia.

Eso significó dos horas de agotador trabajo, amontonando el follaje tronchado sobre la pequeña nave para camuflarla. Toshio no creía que sirviera de algo si los *galácticos* acababan su batalla y dirigían por completo su atención hacia la superficie del planeta.

Se suponía que Metz y Dart iban a ayudarles. Toshio les encargó el trabajo de cortar ramas, pero pronto se dio cuenta de que debía estar explicándoles todas y cada una de las cosas que tenían que hacer. Dart se mostraba enojado y resentido por recibir órdenes de un guardiamarina que pocos días antes estaba bajo su autoridad. Estaba claro que deseaba recuperar los suministros que, debido al nerviosismo, había dejado junto a la charca del árbol taladrador antes de verse enrolado en el grupo de trabajo. Metz parecía tener mejor voluntad, pero estaba tan ansioso por acabar y poder hablar con Dennie que su distracción y torpeza lo hacían ineficaz.

Toshio acabó diciéndoles que se fueran y terminó él solo el trabajo.

Por fin, el bote quedó cubierto y se dejó caer al suelo, apoyándose contra el tronco de un árbol oleoso.

¡Maldito Takkata-Jim! Se suponía que la misión de Toshio y Dennie consistía en garantizar la seguridad del campamento, informar a Metz de sus descubrimientos sobre los *kiqui* y luego subir al trineo y marcharse de allí. El proyecto de Gillian era que partieran a las pocas horas, y sin embargo aún no estaba casi nada terminado.

Además, el *Streaker* les avisó sólo una hora antes de que era muy probable que llegara también un polizón. Gillian decidió no arrestar a Charlie por desobedecer las órdenes, aunque al parecer había robado material de al menos una docena de los laboratorios de la nave. A Toshio le alegraba poder ahorrarse aquella tarea adicional. En cualquier caso, no había por allí muchas cosas que se pudieran utilizar como prisión.

A la izquierda de Toshio, el follaje crujió. Una serie de gemidos mecánicos acompañaron al sonido de la vegetación aplastada. Entonces, cuatro «arañas» empujaron los matorrales para abrirse paso hacia el pequeño claro. Un delfín *steno* situado en la almohadilla de flotación de cada uno de los aparatos mecánicos gobernaba los controles de las cuatro patas mediante el enlace neural. Toshio se levantó cuando se aproximaron.

Takkata-Jim pasó junto a él en silencio, mirándole fríamente. Las otras tres arañas

le siguieron a través del claro y volvieron a perderse en la foresta. Los *steno*s hablaban entre sí en un argot ternario.

Toshio les siguió con la vista. Se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

—De Takkata-Jim no sabría qué decir, pero esos fines que le acompañan están más locos que los estibadores de Atlast —se dijo a sí mismo, sacudiendo la cabeza.

Había conocido algunos *steno*s en Calafia. Le parecieron extraños, con aspectos positivos y negativos, como Sah'ot. Pero ninguno de ellos tenía la mirada extraviada de los seguidores del antiguo lugarteniente.

El sonido del cortejo mecánico se perdió a lo lejos.

Toshio se preguntaba por qué Gillian había dejado partir a Takkata-Jim. ¿Por qué no los había abandonado en una cala, a él y a sus cohortes, y *acabado* de una vez con todo aquello?

Desde luego, era una buena idea dejar un equipo con la lancha para que intentara escabullirse hacia la Tierra si el *Streaker* resultaba abatido mientras procuraba escapar. Sin duda, Gillian prefería no separarse de los miembros de la tripulación que eran de su confianza. Pero...

Se dirigió al poblado de los *kiqui*, sin dejar de pensar mientras caminaba.

Por supuesto, la lancha estaba desconectada. En teoría, Takkata-Jim no podría contactar con los *galácticos* aunque se lo propusiera. Y Toshio no podía imaginar una razón que le impulsara a hacerlo.

Pero, ¿y si *tenía* una razón? ¿Y si encontraba la forma?

Toshio iba tan absorto con sus pensamientos que casi tropezó con un árbol. Levantó la mirada y corrigió su dirección.

Debo saber a qué atenerme, decidió. Debo averiguar esta misma noche si puede causarnos problemas.

Esta noche.

En el centro de la aldea se abría un espacio despejado, y los adultos de la tribu se encontraban allí, acucillados en círculo. Ignacio Metz y Dennie Sudman estaban sentados a un lado. La Madre del Nido se hallaba frente o ellos, al otro lado del círculo, con sus vesículas aéreas de brillantes rayas verdes y rojas hinchadas al máximo. Los ancianos la rodeaban formando una masa ondulante y jadeante que, bajo los rayos de sol que se filtraban a través de la foresta, parecía un conjunto de globos multicolores.

Toshio se detuvo en el borde del claro, en el que había la suficiente luz solar para mostrarle que se estaba celebrando un cónclave de razas.

La Madre del Nido de los *kiqui* parloteaba agitando sus garras arriba y abajo de una forma extravagante, lo cual quería significar, según les dijera Dennie, un alegre énfasis. Si la vieja hembra estuviera irritada habría efectuado esos mismos gestos en

diagonal. Era una sencilla estructura expresiva de gran claridad. El resto de la tribu repetía sus sonidos, anticipándose a veces en las subidas y bajadas de aquel cántico de consenso.

Ignacio Metz asentía con entusiasmo, ahuecando una mano sobre el auricular mientras escuchaba la traducción del ordenador. Cuando terminó el canto, Metz pronunció unas palabras en un micrófono. Una larga serie de repetitivos chillidos agudos salió del altavoz de la máquina.

La expresión de Dennie era de alivio. Estuvo temiendo aquel primer encuentro entre el especialista en elevación y los *kiqui*. Pero, por lo visto, Metz no había estropeado las pacientes negociaciones que Dennie había mantenido con los presensitivos. La reunión parecía haber llegado a una conclusión satisfactoria.

La muchacha se dio cuenta de la presencia de Toshio y le dirigió una alegre sonrisa. Sin ceremonias, se levantó y abandonó el círculo. Se precipitó hacia las lindes del bosque, donde él la esperaba.

—¿Cómo va todo? —preguntó Toshio.

—¡De maravilla! ¡Se ha leído todos los informes que envié a la nave! ¡Ha asimilado su protocolo de grupo, sus características físicas según el sexo y la edad, y considera que mi análisis de comportamiento es «ejemplar»! ¡Ejemplar!

Toshio sonrió, contento de verla feliz. Dennie estaba tan excitada que no podía dejar de moverse.

—¡Dice que me conseguirá una entrevista con un miembro del Centro de Elevación! ¿Te lo imaginas?

—¿Y el contrato?

—Oh, estará listo en cualquier momento. Si Hikahi viene con el esquiife, llevaremos con nosotros una docena de *kiqui* a bordo del *Streaker*. Si no, algunos de ellos irán con Metz cuando regrese a la Tierra con la lancha. Ya está todo arreglado.

Toshio echó un vistazo a los felices aldeanos e intentó que no se transparentaran sus inquietudes.

Era por el bien de los *kiqui* como especie, por supuesto. Les iría mejor bajo el tutelaje de la Humanidad que con cualquier otra raza de las que viajaban por el espacio. Y los genetistas de la Tierra necesitaban examinar algunos ejemplares vivos antes de depositar cualquier demanda de adopción.

Se harían todos los esfuerzos para mantener sano al primer grupo de aborígenes. Dennie había dedicado la mitad de su tiempo a analizar sus necesidades corporales, incluyendo los necesarios elementos residuales. Pero parecía imposible que algún miembro de aquel primer grupo pudiera sobrevivir. Incluso si lo conseguían, Toshio dudaba que los *kiqui* tuvieran una idea de las cosas extrañas que les esperaban.

Aún no eran sensitivos, se recordó a sí mismo. Según las leyes galácticas no eran más que animales. Y, a diferencia de cualesquiera otros de las Cinco Galaxias, nosotros intentaremos explicarles lo que vamos a hacer con ellos, y les pediremos permiso.

Pero recordaba una noche tormentosa, bajo una lluvia torrencial y resplandecientes relámpagos, cuando los pequeños anfibios se acurrucaron contra él y contra un delfín herido que era su amigo, manteniéndolos calientes y reconfortándolos con su compañía.

Se alejó del claro bañado por el sol.

—Así que ya no hay nada que te retenga aquí —le dijo a Dennie.

Ella negó con la cabeza.

—Me gustaría quedarme un poco más, desde luego. Ahora que he acabado con los *kiqui*, puedo ponerme a trabajar en el problema de la colina metálica. Por eso estaba un poco malhumorada estos días pasados. Además de tener que atender dos tareas de gran importancia, me sentía frustrada. Pero ahora hemos dado un paso adelante en la solución del problema. ¿Sabías que el núcleo de la colina metálica también está vivo? Es...

Toshio interrumpió aquella oleada de palabras:

—¡Dennie! Deja eso por un minuto, por favor, y contéstame a una pregunta. ¿Estás ya lista para partir?

Dennie parpadeó y, frunciendo el ceño, cambió el rumbo de sus pensamientos.

—¿Lo dices por el *Streaker*? ¿Hay algo que no funciona?

—Han empezado a moverse hace unas horas. Lo que quiero que hagas es que recojas todas tus notas y muestras y las pongas a buen recaudo en el trineo. Tú y Sah'ot os iréis por la mañana.

Ella le miró como si le costase comprender el significado de sus palabras.

—Quieres decir *tú*, yo y Sah'ot, ¿verdad?

—No. Yo me quedo un día más. Es necesario.

—Pero, ¿por qué?

—Escucha, Dennie, ahora no puedo decirte nada. Simplemente, haz lo que te pido, por favor.

Dio la vuelta para encaminarse de nuevo a la charca del árbol taladrador, pero ella le agarró por el brazo. No se detuvo, de modo que se vio obligada a seguirlo.

—¡Pero debemos irnos juntos! ¡Si tienes cosas que hacer, esperaré contigo!

Toshio siguió adelante sin responder. No sabía qué decirle. Resultaba triste haber conquistado al fin su respeto y afecto sólo para perderla unos días después.

Sí madurar es esto, pueden reservárselo para ellos, pensó. ¡Vaya porquería!

Mientras se acercaban a la charca, les llegó el eco de una violenta disputa en aquella dirección. Toshio apresuró el paso, y Dennie se vio obligada a trotar para seguir a su altura hasta que ambos desembocaron en el claro.

Charles Dart aullaba, agarrado a un delgado cilindro cuyo extremo opuesto sostenía el brazo manipulador de la araña de Takkata-Jim. Charlie luchaba con todas sus fuerzas contra la tracción de la máquina. Takkata-Jim exhibía una amplia sonrisa.

La lucha duró aún unos cuantos segundos, mientras los poderosos músculos del neochimp soportaron la tensión, pero luego el cilindro se le escapó de las manos.

Cayó de espaldas dando tumbos, y se detuvo justo al borde de la charca. Se levantó de un salto y lanzó un alarido de cólera.

Toshio vio que las otras tres arañas controladas por los *stenos* marchaban en tropel hacia la lancha. Cada una de ellas portaba otro delgado cilindro. Toshio se quedó inmóvil cuando pudo ver con claridad el que Takkata-Jim había cogido. Lo miró con los ojos desorbitados.

—No representan ningún peligro —observó Takkata-Jim despreocupadamente—. Se los he confiscado. Los dejaré en custodia a bordo de mi bote, y así resultarán inofensivos.

—¡Son míos, ladrón! —Charles Dart saltaba de rabia, agitando las manos—. ¡Criminal! —gruñó—. ¿Crees que no sé que intentaste a-asesinar a Creideiki? ¡Todos lo saben! ¡Y destrozaste las boyas para destruir las pruebas! ¡Y a-ahora robas mis instrumentos de trabajo!

—Que sin duda tú habrás robado de la armería del *Streaker*. ¿O prefieres llamar a la doctora Baskin para que nos confirme que de verdad son tuyass?

Dart gruñó, mostrando dos impresionantes hileras de dientes. Le dio la espalda al neodelfín y fue a sentarse en el suelo, frente a un complejo robot de inmersión recién desembalado en la orilla de la charca.

La araña de Takkata-Jim empezó a girar, pero el fin se dio cuenta de que Toshio tenía la mirada puesta en él. Por un momento, la fría reserva de Takkata-Jim cedió bajo la ferocidad que se leía en los ojos del joven. Apartó la vista y maniobró para encararse con Toshio.

—N-no creas todo lo que oigas, muchacho humano —dijo—. He hecho muchas cosas, y aún haré más si estoy convencido de tener razón. Pero no sssoy responsable del accidente de Creideiki.

—¿Es verdad que destruiste las boyas?

Toshio podía sentir tras él la silenciosa presencia de Dennie, que miraba también al delfín por encima de sus hombros.

—Sssí. Pero no fui yo quien colocó la trampa. Como el Rey Enrique con Beckett-t, yo sólo lo supe después. Si por alguna extraña casualidad tú puedes escapar y yo no, díselo a los de la Tierra. Otro tomó la iniciativa.

—Entonces, ¿quién lo hizo? —preguntó Toshio, apretando los puños.

Un largo suspiro escapó del agujero soplador de Takkata-Jim.

—Nuestro doctor Metz consiguió esconder a la Vigilancia Aeronáutica la presencia de ciertos individuos que no tenían por qué venir en este viaje. Estaba impaciente. Algunos de sus *stenos* son... tienen un árbol genealógico poco corriente.

—Los *stenos*...

—¡Algunos *stenos*! ¡Yo no soy un experimento de Metz! ¡Yo soy un oficial de astronave! ¡Me he ganado mi puesto! —La voz del delfín era desafiante—. Cuando la tensión llegó a un punto de ruptura, algunos de ellos se volvieron hacia mí. Creí que podría controlarlos. Pero aquello demostró estar muy por encima de mis capacidades.

Díselo si vuelves a casa, Toshio Iwashika. Diles que es posible convertir un delfín en un monstruo. Deben saberlo.

Takkata-Jim permaneció largo rato mirando fijamente al guardiamarina, luego giró su araña y siguió a su tripulación camino de la lancha.

—¡Es un mentiroso! —murmuró Dennie cuando se hubo alejado—. Parece muy racional y lógico, pero sólo escucharle me produce escalofríos.

Toshio permaneció observando la araña hasta que desapareció camino abajo.

—No —dijo—. Es ambicioso, y quizá también un loco. Es probable que sea incluso un traidor. Pero no sé por qué creo que todo lo que ha dicho es la pura verdad. Tal vez sea una capa de honestidad lo último que le queda para mantener su orgullo. —Se dio la vuelta, sacudiendo la cabeza—. Pero esto no le hace menos peligroso.

Se acercó a Charles Dart, que le miraba con una amistosa sonrisa. Toshio se acuclilló junto al planetólogo chimp.

—Doctor Dart, ¿cuál es su potencia?

—¿La de qué, Toshio? ¡Dime! ¿Has visto el nuevo robot? Está construido de forma especial. Puede sumergirse hasta la base del pozo, y luego excavar en el lateral hasta alcanzar las grandes galerías de magma que hemos detectado...

—¿Cuál es su potencia, Charlie? —insistió Toshio. Estaba tenso, y dispuesto para estrangular al chimpancé—. *Dímelo.*

Dart le miró durante unos instantes, con aire de culpabilidad, antes de dirigir la mirada a la charca, pensativamente.

—Sólo un kilotón cada una —suspiró—. En realidad, apenas suficiente para levantar unas ondas sísmicas decentes. —Elevó hacia Toshio sus grandes e inocentes ojos castaños—. ¡De verdad, sólo son unas pequeñísimas bombas A!

HIKAHI

La necesidad de avanzar en silencio la obligaba a llevar una velocidad apenas superior a la de un trineo. Resultaba frustrante.

Cortado todo contacto con el mundo desde hacía más de un día, Hikahi examinaba el paisaje submarino a su alrededor para alejar el pensamiento de la suerte del *Streaker* y la de Creideiki. Antes o después acabaría por saber lo que había sucedido. Hasta entonces, lo único que podía hacer era preocuparse.

La luz de la mañana se filtraba hasta el extremo del cañón mientras ella giraba hacia el este y luego hacia el norte. Conglomerados de algas derivaban sobre su cabeza, y algunos peces cobrizos aparecían de vez en cuando a su lado, hasta que el esquife les sobrepasaba.

En una ocasión, vio algo alargado y sinuoso que se deslizó al interior de una gruta marina cuando ella se acercó. No tenía tiempo para detenerse y explorar, pero hizo una fotografía del monstruo mientras pasaba.

¿Qué voy a hacer si encuentro el Streaker destruido?, pensó sin querer.

Volveré a la nave thenania como paso intermedio. Allí me necesitan. Pero entonces yo seré la capitán. Y permanecer ocultos en el fondo del océano no es una solución a largo plazo. No en este mundo de muerte.

¿Podré conducir por mí misma unas negociaciones de rendición?

Si podía, no iba a dejar que los *galácticos* se apoderaran de su persona. Ella era una de los pocos que, con los apuntes correctos, sabría trazar un rumbo preciso para volver a la flota abandonada.

Quizá consiga que la tripulación sea encarcelada en unas condiciones aceptables y luego escapar en el esquife, pensó. *No es que con el esquife pueda hacer todo el camino hasta casa, incluso aunque logre forzar el bloqueo galáctico. Pero alguien tiene que intentar regresar a la Tierra. Tal vez encuentren la forma de castigar a los fanáticos... hacer que su comportamiento les cueste caro y que otra vez se lo piensen dos veces antes de amenazar a los terrestres.*

Hikahi sabía que sólo estaba soñando. Dentro de algunos miles de años, quizá los humanos y sus pupilos alcanzaran esa clase de poder.

Hikahi interrumpió sus pensamientos y escuchó. Había un sonido...

Aumentó el volumen de los hidrófonos de la nave. Los filtros borraban el ruido de fondo de los motores y la marea. Oyó los apagados sonidos de criaturas oceánicas que huían.

—¡Computadora! ¡Filtraje de la recepción cetácea!

Las estructuras sonoras cambiaron. El mar parecía quieto. Sin embargo, había un rastro de alguna cosa.

—¡Ampliación!

El nivel del ruido aumentó. ¡Por encima del silbido de los parásitos pudo oír los débiles pero reconocibles gritos de unos delfines nadando! Algunos eran los sonidos desesperados de un combate.

¿Se trataba de los ecos de los supervivientes dispersos de un desastre? ¿Qué hacer? Le hubiera gustado lanzarse en auxilio de los fines con problemas. Pero, ¿quién los perseguía?

—¡Ruidos de máquinas! —ordenó. Pero el detector hizo parpadear una luz roja, indicando que no había ningún ruido de esa clase. Los delfines, por consiguiente, no tenían trineos.

Si intentaba rescatarlos, arriesgaba la única esperanza de la tripulación que había dejado en el Caballo Marino. ¿Debía esquivar a los fugitivos y, tal como estaba planeado, dirigirse a toda prisa hacia el *Streaker*? Era una elección angustiosa.

Hikahi redujo la velocidad para hacer menos ruido y enfiló el esquife hacia el norte, hacia los débiles gritos.

CHARLES DART

Esperó hasta que todos se hubieron ido para desatornillar la parte posterior del nuevo robot y verificar su contenido.

Sí, aún estaba allí. Oculto con toda seguridad.

Ah, bien, pensó. Confiaba en repetir el experimento, pero una sola bomba será suficiente.

STREAKER

FRAGMENTO DEL DIARIO DE GILLIAN BASKIN

Estamos en camino. Todos a bordo parecen haberse tranquilizado cuando por fin empezamos a movernos.

Anoche, el Streaker abandonó el fondo del océano, con los impulsores al mínimo. Yo estaba en el puente, recibiendo los informes de los fines que controlaban desde el exterior y observando los indicadores de tensión hasta que estuve segura de que el Streaker funcionaba bien. De hecho, ha sido tan positivo para él como para nosotros emprender la marcha.

Emerson y la tripulación de la sala de máquinas pueden estar orgullosos de su trabajo, aunque, desde luego, las bobinas encontradas por Tom y Tsh't son quienes lo han hecho posible. El Streaker zumba otra vez como una verdadera nave espacial.

Nuestro rumbo es directo al sur. Conforme avanzamos, vamos dejando caer un monofilamento que nos permitirá seguir en contacto con el grupo de la isla y transmitir un mensaje a Hikahi cuando aparezca.

Espero que se dé prisa. Ser un capitán es más difícil de lo que me había imaginado. Debo asegurarme de que todo se ha hecho en el debido orden y correctamente, y esto del modo más discreto posible, sin provocar que los fines sientan que «la vieja dama» está siempre encima de ellos. A veces, lamento no tener un poco de la preparación militar que Tom adquirió mientras yo estaba lejos estudiando medicina.

En menos de treinta horas alcanzaremos la nave thenania. Suessi dice que saldrá a nuestro encuentro. Entretanto, tenemos patrulleras en el exterior, y Wattaceti nos precede con un trineo de detección. Sus instrumentos muestran un escape muy pequeño, así que por ahora no corremos peligro.

Darí la paga de un año por tener a mi lado a Hikahi, a Tsh't, o incluso a Keepiru. Nunca comprendí antes por qué un capitán tiene tanta necesidad de un buen oficial ejecutivo.

Y hablando de capitanes. El nuestro es maravilloso.

Después de abandonar la enfermería, Creideiki parecía aturdido la mayor parte del tiempo. Pero la larga conversación que mantuvo con Sah'ot parece haberlo despertado. Ignoro lo que hizo Sah'ot, pero nunca creí que alguien tan gravemente lesionado como Creideiki pudiera demostrar tanta energía y resultar tan útil.

Cuando zarpamos, pidió permiso para supervisar a los exploradores y a los blanqueadores. Me desesperaba por encontrar un fin de confianza que se responsabilizara de eso, y me dije que sería una ayuda moral que apareciese en

público. Incluso los stenos se excitaron cuando vieron que estaba allí. Los últimos restos de su amargura por mi «golpe de estado», y por el exilio de Takkata-Jim, parece que se han disipado.

Creideiki se ve limitado a las más simples llamadas en ternario, pero al parecer es suficiente. Ahora está ahí fuera, zigzagueando en su trineo, cuidando de las cosas en el orden de su importancia, llamando la atención y dando ejemplo. Faltan pocas horas para que Tsh't se reúna con los exploradores, y entonces Creideiki podrá regresar a bordo.

Desde que regresé, no ha dejado de centellear una pequeña luz en mi transmisor. Se trata de la loca máquina Niss tymbrimi. He decidido que esa condenada espere.

Tom no lo aprobaría, lo sé. Pero la resistencia de una fem tiene sus límites, y yo he de descabezar un sueño. Además, si se tratara de algo urgente ya habría encontrado la forma de interrumpirme y hablar conmigo.

Oh, Tom, cuánto necesitamos ahora tu fuerza y energía. ¿Estás ya en el camino de vuelta? ¿Estás ya volando en tu pequeño planeador hacia la isla de Toshio?

¿A quién quiero engañar? Desde la primera bomba psi no hemos detectado nada, sólo ruidos procedentes de la batalla espacial, algunos de ellos, que indicaban combates, sobre la última posición conocida de Tom. No ha enviado ninguno de los globos de mensajes. Eso puede significar o que ha decidido no enviar un mensaje ambiguo, o que ha ocurrido lo peor.

Y sin ninguna señal de Tom, ¿cómo podemos decidir qué hacer una vez que estemos dentro del Caballo Marino? ¿Debemos despegar y probar suerte o debemos permanecer en el interior del casco tanto tiempo como sea posible?

Será Hikahi quien tome esta decisión cuando llegue el momento.

Gillian cerró el diario y presionó con el pulgar el sistema de seguridad autodestructivo. Se levantó y apagó la luz.

Al salir del laboratorio pasó frente al féretro de estasis del cadáver que habían recuperado en las Syrtes a tan alto precio. Herbie aún sonreía abiertamente bajo un pequeño proyector; un viejo enigma. Un misterio.

Una fuente de problemas.

Golpeado, marcado con las cicatrices de la batalla, el *Streaker* avanzaba lentamente por el fondo del valle entre el dulce ronroneo de sus motores, que funcionaban a media potencia. Una oscura y espumosa bruma se formaba bajo él cuando los impulsores levantaban el cieno.

La nave cilíndrica se deslizaba sobre la negra oscuridad de los acantilados y las simas, orillando los bordes de montículos marinos y los muros de los valles. Los pequeños trineos evolucionaban a su lado, guiando al *Streaker* a través del fono-

sonar.

Creideiki veía a su nave una vez más en movimiento. Escuchaba los escuetos informes de los exploradores y los flanqueadores, y las respuestas del personal del puente. No podía seguir en detalle los mensajes: el sofisticado argot técnico estaba tan fuera de su alcance como los años que ya habían pasado. Pero comprendía el significado oculto tras las palabras; la tripulación tenía las cosas bien controladas.

En realidad, no podía ver el *Streaker*, cincuenta metros más abajo, con aquella luz difusa y azulada, pero podía oírlo, su propio sonar chasqueaba con dulzura, acompañando a la nave mientras él saboreaba el profundo rugido de los motores e imaginaba lo que podría hacer con ella cuando volara de nuevo.

: Nunca Más Creideiki : Nunca Volarás Otra Vez Con Esta Nave :

El espectro, K-K-Kph-kree, se materializó poco a poco a su lado, una silueta fantasmal de sombras plateadas y sonoras. La presencia del dios no provocó ninguna sorpresa en Creideiki, ni siquiera la menor desazón. Había estado esperando que apareciera. Y ahora nadaba con indolencia junto a su trineo, manteniéndose a su altura sin esfuerzo aparente.

: Has Escapado De Nosotros : Sin Embargo Ahora Me Esculpes Voluntariamente Fuera De La Canción : ¿A Causa De Las Antiguas Voces Que Oíste? : ¿Las Voces De Abajo? :

: Sí :

Creideiki no pensaba ni en inglés ni en ternario, sino en la nueva lengua que había aprendido.

: Hay una antigua cólera en el interior de este mundo : He oído su canción :

La amplia frente del dios-sueño relució con luz de estrellas. Abrió su minúscula mandíbula. Los dientes brillaron.

: ¿Y Qué Piensas Hacer? :

Creideiki sintió que aquel ser ya conocía su respuesta.

: Mi Deber : Respondió en su propia lengua.

: ¿Qué Otra Cosa Puedo Hacer? :

Desde las profundidades del Sueño Cetáceo, K-K-Kph-kree suspiró con aprobación.

Creideiki aumentó el volumen de los hidrófonos. A bastante distancia delante de ellos, se percibían ecos de excitación y alegres sonidos de saludo.

Creideiki observó el visor de sonar del trineo. Casi fuera de su alcance, un pequeño grupo de manchas avanzaba hacia ellos. Se juntaron con los puntos que

marcaban la posición de los exploradores del *Streaker*. El primer grupo tenía que ser el equipo de Tsh't procedente del Caballo Marino.

Tras comprobar que no había nadie cerca que pudiese notarlo, giró el trineo y lo acercó a una pequeña pared del cañón. Se deslizó entre las sombras de una roca prominente y paró los motores. Esperó hasta que el *Streaker*, acompañado por el último de sus escoltas, desapareció en una revuelta del largo cañón tras haber pasado bajo su refugio.

—Adiós... —Se concentró en las palabras ánglicas, pronunciándolas una por una—. Adiós... y... buena suerte...

Cuando estuvo seguro de que ya no le verían, puso en marcha el trineo y abandonó la pequeña concavidad. Avanzó junto al muro, poniendo proa hacia el norte, hacia el lugar que habían dejado veinte horas antes.

: Ven Conmigo Si Quieres : le dijo al dios, que en parte era producto de su mente y en parte algo más. La espectral figura respondió en no-palabras formadas en los propios sonidos sonar de Creideiki.

: Te Acompaño : Ni Por Todas Las Canciones Del Mundo Quisiera Perderme Esto :

Séptima parte

LA CADENA ALIMENTICIA

*Oh, Señor, me maravilla cómo los peces viven en el mar.
Porque, al igual que los hombres en tierra,
los grandes se comen a los pequeños.*

WILLIAM SHAKESPEARE

Ricardo II

AKKI

Fue un grito que lo heló hasta la médula. Sólo un monstruo podía producir un sonido como aquél. Huyó de él casi con tanta desesperación como de la criatura de quien procedía.

Cuando el día estaba casi mediado, Akki se dio cuenta de que se acercaba su fin.

Su agotamiento se manifestaba en palpitaciones cardíacas y dificultades respiratorias, pero también en una dolorosa desescamación de las capas externas de su epidermis. La reacción alérgica que le causaban las aguas de Kithrup parecía agravarse a causa de la fatiga. Notó cómo aumentaba mientras zigzagueaba frenéticamente entre los pequeños islotes. Su piel, antes tan suave y flexible, ahora no era más que una áspera masa de llagas. Su mente se encontraba casi en el mismo estado que su cuerpo.

Varias veces escapó de trampas que le habrían convertido en un cadáver. En una ocasión, huyendo de un reflejo sonar, casi se metió entre las mandíbulas de K'tha-Jon. El gigante hizo una mueca, blandiendo el rifle láser, mientras Akki lograba escapar girando a la desesperada. Se dio cuenta de que su enemigo estaba jugando con él.

Había confiado en huir dirigiéndose hacia el norte, hacia la isla de Toshio, pero ahora, después de tantas vueltas, había perdido el sentido de orientación. Quizá si conseguía aguantar hasta el anochecer...

No. No puedo ganar tanto tiempo. Es el momento de acabar con esto.

El horrible grito de caza retumbó de nuevo. La ululación pareció coagular el agua a su alrededor.

Una buena parte de la fatiga de Akki estaba provocada por el involuntario terror que le hacía sentir aquel grito. ¿Qué demonio era aquello que trataba de cazarlo?

Poco tiempo antes había creído oír otro grito en la lejanía. Sonó como la llamada de búsqueda de los *tursiops*. Pero, probablemente, era cosa de su imaginación. Fuera cual fuese la suerte corrida por el *Streaker*, era imposible que hubieran enviado a alguien en su busca. E incluso si lo habían hecho, ¿qué posibilidades tenía de encontrarle en la inmensidad del océano?

Su único consuelo era haber prestado un servicio al *Streaker*, distrayendo al monstruoso K'tha-Jon, apartándole del lugar donde más daño podía hacer.

Espero que Gillian e Hikahi hayan logrado regresar y arreglar las cosas, pensó. Sí, estoy seguro de que lo han hecho.

Tomó aliento sin producir ruido entre las sombras de una grieta rocosa. K'tha-Jon sabía dónde estaba, por supuesto. Sólo era cuestión de tiempo, hasta que se aburriera de la caza y fuera a recoger su presa.

Estoy cansado, se dijo Akki. Será mejor acabar con esto mientras tenga la oportunidad de ganar algo a cambio... aunque sólo sea el honor de elegir el momento de mi propia muerte.

Comprobó la carga en las celdillas de su arnés. Había la necesaria para efectuar sólo dos disparos del soplete. Debería hacerlos desde muy cerca, y no dudaba que el rifle de K'tha-Jon tenía la carga casi intacta.

Con las manos del arnés, Akki colocó el respirador sobre su agujero soplador. Le quedaban diez minutos de oxígeno. Más que suficiente.

El chillido sonó otra vez, lacerante, glacial, sarcástico.

De acuerdo, monstruo. Apretó las mandíbulas para no temblar. Detén tus caballos. Ya voy

KEEPIRU

Keepiru se dirigía hacia el nordeste, hacia la procedencia de los ruidos de combate que oyó durante la noche. Nadaba con rapidez por la superficie, curvando y extendiendo el cuerpo en el agua. Avanzaba arrastrando su arnés, pero la idea de abandonarlo era inconcebible para él.

Maldijo su mala suerte de nuevo. Tanto su trineo como el de Moki estaban agotados, y tuvo que dejarlos atrás.

Mientras entraba en el laberinto de pequeñas islas, oyó por primera vez el grito de caza con toda claridad.

Hasta entonces, se había dicho a sí mismo que estaba imaginando cosas, que la distancia o alguna extraña reflexión en el agua lo engañaba haciendo que oyera lo que no podía oír.

El agudo grito resonó como un eco entre las colinas metálicas. Keepiru giró sobre sí mismo y, por un instante, le pareció que había una manada de cazadores a su alrededor.

Luego le llegó otro sonido, un distante himno heroico en ternario casi imperceptible, Keepiru hizo oscilar su mandíbula, eligió una dirección, y nadó con todas sus fuerzas.

Sus músculos se flexionaron intensamente cuando se lanzó a través del laberinto. Entonces, un chirriante sonido le advirtió que su respirador estaba vacío. Se desprendió de él con un juramento y siguió saltando sobre la superficie, resoplando y jadeando en cada arqueo de impulsión.

Llegó a una confluencia de estrechos canales y se balanceó confuso.

¿Cuál era el camino? Estuvo girando hasta que el grito de caza volvió a resonar. Luego le llegó el sonido de un terrible estrépito. Oyó un aullido de violencia y dolor, y el apagado sonido de un arnés en funcionamiento. Otro himno de desafío en ternario fue respondido por un estremecedor grito y un nuevo estrépito.

Keepiru aceleró la marcha. ¡No podía estar muy lejos! En aquel instante, le llegaron las últimas palabras de un desafío total.

Por el honor

De Calafia...

La voz desapareció ahogada por un salvaje grito de triunfo. Después sólo hubo silencio.

Pasó otros cinco minutos recorriendo frenéticamente los estrechos pasajes, hasta que descubrió el lugar de la batalla. El sabor del agua, cuando Keepiru entró en el

silencioso estrecho, le dijo que era demasiado tarde.

Se detuvo en seco a la entrada de un pequeño valle formado por tres colinas metálicas. Por encima de él, flotaban briznas de hierba cobriza.

Una espuma rosada se expandía desde el centro de la estrecha garganta, atravesada por arroyuelos rojos que seguían la dirección de las corrientes principales. En medio, atrapado en una maraña de fragmentos desgarrados de un arnés, el cuerpo de un joven neofín *amicus* parcialmente desmembrado derivaba panza arriba, sacudido y atormentado por las sanguinolentas mandíbulas de un delfín gigante.

¿Un delfín gigante? ¿Cómo no se había dado cuenta en todo el tiempo transcurrido desde que abandonaron la Tierra? Sacó un respirador nuevo del arnés, y tomó aire con entrecortados jadeos mientras observaba y escuchaba al asesino.

Mira esa piel tan contrastada, se dijo. Mira esa gran mandíbula, los enormes dientes, la afilada aleta dorsal.

¡Y sobre todo, escúchalo!

K'tha-Jon gruñía de satisfacción mientras arrancaba un pedazo del costado de Akki. El gigante ni siquiera parecía sentir la quemadura de su flanco izquierdo, o el cardenal que poco a poco se ensanchaba en el punto donde Akki, en un último asalto desesperado, le había alcanzado.

Keepiru sabía que el monstruo era consciente de su presencia. K'tha-Jon deglutió con indolencia, y luego subió a la superficie en busca de aire. Cuando descendió, sus ojos se clavaron en Keepiru.

—¿Y qué, piloto? —murmuró con tono satisfecho.

Keepiru le contestó en inglés, aunque el respirador atenuaba sus palabras:

—Acabo de vérmelas con un monstruo, K'tha-Jon, pero *vuestra* degeneración ensucia a toda nuestra raza.

El desprecio de K'tha-Jon se manifestó en una serie de bufidos agudos.

—Piensas que yo me he degradado como Moki, ese patético *stenosss*. ¿No es eso, piloto?

Keepiru sólo pudo sacudir la cabeza, incapaz de obligarse a decir lo que pensaba de la transformación del gigante.

—¿Podría un delfín degenerado hablar el inglés tan bien como yo? —se burló K'tha-Jon, despreciativo—. ¿O usar la lógica como yo esstooy haciendo? ¿Podría un *tursiops* degenerado, o incluso un *stenos* puro, dar caza a una presa de respiración aérea con tanta determinación... y satissssfacción? Es cierto que las crisis de las últimas semanas liberó algo de mi naturaleza más oculta. Pero, ¿puedes oírme hablar y después llamarme *delfín degenerado*?

Keepiru miró la espuma rosada alrededor de las poderosas y aceradas mandíbulas del gigante. El cadáver de Akki derivaba lentamente, arrastrado por la marea.

—Sé lo que eres, K'tha-Jon.

Keepiru cambió al ternario.

*Hierven las aguas frías
Cuando gritas.
Tus hambrientas mandíbulas rojas
Satisfacen tu sueño.
Los arpones mataban
A las ballenas,
Las redes de Iki
Nos atrapaban,
Sin embargo, sólo tú
Nos asustas en la noche,
Tú solo
...Orca.*

Las mandíbulas de K'tha-Jon se abrieron de satisfacción, como si acabaran de hacerle un cumplido. Subió a tomar aire y retornó situándose a pocos metros de Keepiru, sonriendo.

—Hace tiempo que sssabía la verdad. Soy uno de los experimentos clave de nuestro querido tutor humano Ignacio Metz. Esse necio ha hecho una gran cosa, a pesar de toda sssu estupidez. Algunos de los que consiguió introducir en el *Streaker* han sufrido una regresión o se han vuelto locos, en efecto. Pero *yo* ssoy un éxito...

—¡Tú eres una calamidad! —farfulló Keepiru, cuyo respirador le impedía utilizar otras palabras más adecuadas.

K'tha-Jon se dejó llevar por la corriente un poco más cerca de Keepiru, quien retrocedió involuntariamente, alejándose. El gigante se detuvo de nuevo; un chasquido de satisfacción emanaba desde su frente.

—¿Eso crees, piloto? ¿Piensas que tú, un simple devorador de peces, puedes comprender a los que son superiores a ti? ¿Estás capacitado para juzgar a uno cuyos ancestros estaban en la cima de la cadena alimenticia oceánica? ¿Y juzgar también a todoss los de tu especie?

Keepiru apenas le escuchaba, incómodo por la menguante distancia que había entre él y el monstruo.

—Presumes demasiado. Sólo tienes algunos genes injertados de...

—¡Soy una ORCA! —aulló K'tha-Jon. El grito resonó como un agudo toque de cornetas—. ¡La apariencia física no significa *nada*! Lo importante es el cerebro y la *sangre*. Escúchame, ¡y atévete a negar lo que soy!

El chasquido de las mandíbulas de K'tha-Jon fue como un pistoletazo. A continuación, aulló de nuevo el grito de caza y Keepiru, bajo su foco directo, sintió aflorar un instinto profundo, un deseo de cobijarse a sí mismo, de ocultarse o morir.

Keepiru lo resistió. Se obligó a adoptar una postura corporal dominante y escupió palabras de desafío.

—¡Tú *eres* una degeneración, K'tha-Jon! Peor aún, eres una cosa mutante,

desprovista de herencia. Un mal injerto de Metz. ¿Crees que una orca auténtica haría lo que tú acabas de hacer? En la Tierra, los delfines naturales siguen cazando, ¡pero nunca cuando ya están saciadossss! ¡El verdadero asesino de ballenas es el que mata gratuitamente!

Keepiru defecó y dirigió los excrementos con las aletas hacia el gigante.

—¡Eres un experimento fracasado, K'tha-Jon! Dices que utilizas la lógica, pero no tienes futuro. ¡Y cuando mi informe llegue a la Tierra, tus plasma-genes serán arrojados a una papelera! Tu linaje, como el de todos los monstruos, se extinguirá.

Los ojos de K'tha-Jon relampagueaban. Barrió a Keepiru con el sonar, como si memorizara cada rasgo de una presa segura.

—¿Y qué te hace pensar que podrás enviar un informe? —siseó.

Keepiru sonrió con la boca abierta.

—El simple hecho de que eres un lisiado y demente monstruo cuyo hocico despuntado no puede siquiera romper el cartón, cuya virilidad sólo satisface a las nadadoras de charcas, que no dan a luz pero ensucian el agua...

El gigante lanzó un nuevo aullido, esta vez de rabia. Cuando K'tha-Jon cargó, Keepiru se dio la vuelta y se introdujo en un canal lateral, escapando sólo por una cabeza de las poderosas mandíbulas.

Atravesando un espeso cortinaje de hierbas colgantes, Keepiru se felicitó a sí mismo. Provocando en K'tha-Jon una venganza personal, había conseguido que la criatura olvidara por completo su arnés... y el rifle láser. Era obvio que K'tha-Jon deseaba asesinar a Keepiru en la misma forma que lo había hecho con Akki.

Keepiru sólo aventajaba en un cuerpo al mutante.

Tan lejos como pueda, pensó mientras pasaba junto a los centelleantes acantilados metálicos.

Pero era muy difícil librarse de su perseguidor. Y las amenazantes mandíbulas conseguían que Keepiru se preguntara si su estrategia, después de todo, había sido juiciosa. La caza prosiguió sin descanso durante toda la tarde. Cuando el sol se puso, aún continuaba.

En la oscuridad, la caza se convirtió en una batalla de ingenio y de sonido.

Los habitantes nocturnos del archipiélago, dominados por el pánico, abandonaron su territorio a los dos monstruos extranjeros que surcaban el laberinto de islotes dejando a sus espaldas nubes de burbujas. A su paso, llenaban los abismos y bajíos con complejos y confusos esquemas sonoros, componiendo imágenes y vividas ilusiones de ecos. Los peces del lugar abandonaron el área, permitiendo que batallaran los aliens.

Era un terrorífico juego de imágenes y sombras, de decepciones y repentinas emboscadas.

Keepiru se deslizó fuera del estrecho canal enlodado, y escuchó. Hacía una hora que no oía el grito de caza, pero eso no quería decir que K'tha-Jon estuviese en silencio. Keepiru elaboró un mapa mental del área circundante a partir de las reflexiones que recibía, y supo que algunas de las imágenes sólo eran sutiles artificios contruidos. El gigante estaba cerca, y usaba sus órganos sonoros excepcionalmente habilidosos para fijar una cubierta de falsedad sobre los ecos de aquel sitio.

Keepiru deseaba poder utilizar la vista. Pero las nubes de medianoche lo sumían todo en las tinieblas. Sólo la débil fosforescencia de las plantas iluminaba el paisaje marino.

Subió a la superficie para respirar, y contempló el oscuro paisaje exterior. Bajo una sombría y lóbrega llovizna, la vegetación de las grandes colinas metálicas se balanceaba y crujía.

Keepiru tomó siete bocanadas de aire y descendió de nuevo. Abajo sería donde se desarrollara la batalla.

Sombras irreales nadaban a través de los abiertos canales. Un falso eco parecía presentar una salida directa hacia el norte, la dirección en que Keepiru intentara orientar la cacería, pero un cuidadoso examen le permitió deducir que se trataba de una ilusión.

Un poco antes, otro falso pasaje similar le había confundido hasta que, en el último momento, pudo virar y alejarse, aunque demasiado tarde para evitar arañarse con las cepas que cubrían la ladera de una colina metálica a causa del impulso. Medio atontado, pudo liberarse de la maraña justo a tiempo para escapar del ataque. El hocico gigante de K'tha-Jon falló por centímetros. Pero mientras se alejaba, Keepiru fue alcanzado por un ávido rayo del rifle láser. Había sentido un calor repentino y terrible en su flanco izquierdo. Era como estar en el infierno.

Sólo su mayor maniobrabilidad le permitió huir esta vez, y encontrar un refugio donde esperar que pasasen las oleadas de dolor.

Con tiempo, era probable que pudiese eludir al pseudo-orca. Pero el tiempo no estaba de su parte. K'tha-Jon se había concentrado en aquella caza ritual y no se preocupaba en pensar qué sucedería después. No tenía planeado regresar a la civilización. Todo lo que debía hacer era impedir que Keepiru informara, y confiar en que Ignacio Metz protegiera sus derechos de descendencia en la Tierra.

Keepiru tenía responsabilidades. Y el *Streaker* no iba a esperarlo si se le presentaba la ocasión de escapar.

Sin embargo, pensó, ¿estoy en realidad esforzándome todo lo posible para huir?

Frunció el ceño y sacudió la cabeza. Dos horas antes, estaba casi seguro de haber perdido a K'tha-Jon. Pero en lugar de aprovechar la oportunidad para alejarse, se puso a virar en redondo, llevado por un razonamiento que ahora ni podía recordar, hasta que captó de nuevo el rastro sonoro del gigante. Su enemigo, a la vez, también localizó a Keepiru. Instantes más tarde, el grito de caza resonó a su alrededor, y el mutante recommenzó la persecución.

¿Por qué hice aquello?

Una idea pasó por su mente... la verdad... Pero debió dejarla a un lado. K'tha-Jon se aproximaba. Apenas notó la descarga de adrenalina sobreponiéndose al dolor de sus heridas y arañazos.

Las ilusiones se desvanecieron como un banco de niebla, disolviéndose en la serie de chasquidos y susurros que las constituían. En un remolino provocado por sus poderosos aletazos, el gigante penetró en el canal que estaba debajo de Keepiru. K'tha-Jon le mostró el blanco sombreado de su vientre, recortado contra las tinieblas, cuando subió en busca de aire. Luego pasó nadando ante la cavidad en la que se escondía Keepiru, proyectando frente a él las pulsaciones de un sonar de búsqueda.

Keepiru esperó hasta que el monstruo hubo pasado, y luego ascendió a la superficie. Respiró cinco veces con suavidad, y se dejó caer sin un solo movimiento de aleta.

El monstruo estaba diez metros más adelante. Keepiru no hizo ningún ruido mientras el otro subía de nuevo para respirar. Pero cuando el *stenos* descendía, emitió una cerrada *ráfaga* de chasquidos que rebotó en dos colinas metálicas al otro lado del canal.

El semi-orca giró bruscamente y, pasando a la izquierda de Keepiru, se lanzó a la caza de una ilusión.

Keepiru se dejó caer en picado, como un misil, de frente, sobre su enemigo.

Los sentidos del cazador eran increíbles, pues, a pesar de que no había producido ruido alguno, oyó algo a sus espaldas y giró como una peonza hasta casi situarse de cara a Keepiru.

En consecuencia, el ángulo ya no era el correcto para una carga frontal. El rifle láser se volvió hacia él... y las mandíbulas gigantes. Renunciar al ataque y huir era una clara invitación a que disparase.

Keepiru tuvo un súbito destello de memoria. Recordó a su instructor táctico de la academia, leyendo acerca de las ventajas de la sorpresa.

—... *Es la única arma de nuestro arsenal exclusiva de terrestres sensitivos, que nadie ha podido reproducir...*

Keepiru aceleró, y se detuvo justo enfrente de K'tha-Jon, pegando su vientre contra el vientre de la atónita criatura. Sonrió.

¿Quién puede rechazar

A un atento pretendiente...?

¡Bailemos!

El arnés de Keepiru gimió, y los tres brazos manipuladores se desplegaron para agarrar los de K'tha-Jon y mantenerlos inmóviles.

Aturdido, el gigante lanzó un grito de rabia y adelantó las mandíbulas hacia Keepiru, pero no pudo alcanzarlo. Intentó liberarse con golpes de sus sólidas aletas,

pero Keepiru flexionó la cola adelante y atrás perfectamente sincronizada con la de su adversario.

Keepiru sintió que empezaba a tener una erección, y aquello le envalentonó. En los juegos eróticos de adolescentes que los jóvenes delfines machos practicaban, era el dominante quien por norma general adoptaba el papel del macho.

El gigante se retorció y sacudió. Saltó y rodó; y después nadó rápidamente en una impensada dirección, llenando el agua con sus aullidos. Keepiru se aferró a él fuertemente, sabiendo cuál sería el próximo movimiento táctico de K'tha-Jon.

El semi-orca se lanzó de costado hacia la abrupta ladera de una masa de metal. Keepiru siguió sujetándose hasta que K'tha-Jon estuvo a punto de embestir contra el muro, con él en medio. De repente, se arqueó y desplazó su peso hacia un lado con una salvaje sacudida.

Puede que sea un gigante, pero K'tha-Jon no es una orca verdadera. El movimiento basculante de Keepiru bastó para desequilibrarlo justo antes de la colisión. K'tha-Jon golpeó con el flanco contra la pared de coral metálico, y dejó en ella jirones de carne sanguinolenta.

K'tha-Jon se apartó, sacudió la cabeza aturdido, dejando tras él una nube de sangre. Por un instante, el monstruo pareció perder interés en todo lo que no fuera aire. Subió a la superficie y jadeó.

Yo también necesitareé aire muy pronto, constató Keepiru. ¡Pero ahora es el momento de golpear!

Trató de retroceder para poner en funcionamiento el soplete de corto alcance.

¡Estaba enganchado! ¡Atrapado en el cierre del arnés de K'tha-Jon! Keepiru tiraba de él pero no conseguía soltarlo.

K'tha-Jon no le quitaba el ojo de encima.

—¡Ahora es tu turno, desgraciado! —dijo con una carcajada—. ¡Me hasss hecho perder la paciencia! Todo lo que tengo que hacer es mantenerte bajo el agua. ¡Será interessante ver cómo suplicas que te deje respirar!

Keepiru quería soltar una maldición, pero tenía que ahorrar todas sus energías. Se esforzaba por tumbar a K'tha-Jon sobre su espalda, para que le fuera posible alcanzar la superficie que se hallaba a un metro de distancia, pero el medio-orca estaba preparado e impidió todos sus movimientos.

Piensa, se dijo Keepiru. Tengo que pensar. Si supiera un poco más de Keneenk. Si pudiera...

Le quemaban los pulmones. Casi dejó escapar un grito de desesperación en primal.

Recordó la última vez que se sintió tentado por el primal. Recordó la voz de Toshio que le reprendía, que le gritaba. Y recordó su promesa personal de morir ahogado antes que volver de nuevo al nivel animal.

¡Claro! ¡Soy un idiota, un pez que tiene demasiado buen concepto de sí mismo! ¿Por qué no pienso?

Primero mandó una orden neural que soltase el soplete, pero fue inútil. Luego puso en movimiento los brazos de su arnés.

Aquellos que escogen

Modelos regresivos

No necesitan el espacio

Ni las herramientas de los espacionautas.

Con una garra se apoderó del enlace neural situado en uno de los laterales de la cabeza de K'tha-Jon. Los ojos del monstruo se ensancharon, pero antes de que pudiese hacer nada, Keepiru dejó el enchufe suelto asegurándose de causar el mayor dolor y deterioro posible. Mientras su enemigo chillaba, acabó de arrancar el cable de su sitio, dejando el arnés inutilizado para siempre.

Los brazos del arnés de K'tha-Jon se quedaron inermes. El pequeño silbido del rifle láser se apagó. K'tha-Jon aullaba y se debatía.

Keepiru aprovechó para respirar cuando el mutante, cobrando ánimos, le agarró y saltaron juntos fuera del agua. Volvieron a estrellarse contra la superficie mientras Keepiru se asía al arnés de K'tha-Jon. Se sujetó a él con dos de los brazos manipuladores. *KootchieKoo*, canturreó mientras ponía el otro brazo en movimiento, preparado para atacar a su enemigo.

Con un giro repentino de su cuerpo, K'tha-Jon se las arregló para desprenderse de él. Keepiru saltó por el aire para caer, produciendo grandes salpicaduras, al otro lado de un estrecho banco de lodo.

Durante unos instantes, se miraron a través del pequeño bajío que los separaba, resoplando. Entonces, K'tha-Jon empezó a entrechocar las mandíbulas mientras buscaba un punto de acceso alrededor de la barrera. La caza continuaba.

Con la llegada del alba desapareció toda sutileza de la lucha. Ya no hubo más delicados equívocos sónicos, ni sabrosas provocaciones. K'tha-Jon perseguía a Keepiru con una obstinación completa. El cansancio parecía ser algo ajeno al monstruo. La pérdida de sangre sólo conseguía aumentar su rabia.

Keepiru nadaba entre los angostos canales, algunos con no más de treinta centímetros de profundidad, esperando extenuar al pseudo-orca herido antes de extenuarse él. Keepiru ya no pensaba en escapar. Era una batalla que únicamente terminaría con la victoria o la muerte.

Pero la resistencia de K'tha-Jon parecía no tener límites.

Los gritos de caza resonaban a través de las profundidades. El monstruo los profería, a unos cuantos canales de distancia.

—¡Pilot-t-to! ¿Quieres luchar? ¡Ya sabess que la cadena alimenticia me favorece!

Keepiru parpadeó. ¿Cómo podía K'tha-Jon mezclar la *religión* en aquello?

Antes de la elevación, el concepto de cadena alimenticia como jerarquía mística había sido el componente fundamental de la ética cetácea, del aspecto temporal del Sueño Cetáceo.

Keepiru respondió con una emisión omnidireccional.

—K'tha-Jon, estás loco. ¡El hecho de que Metz haya llenado tu zigoto con unos pocoss genes de mini-orca no te da derecho a comerte a todo el mundo!

En épocas remotas, los humanos solían preguntarse por qué los delfines y muchas de las ballenas continuaban siendo amigos del hombre después de padecer terribles matanzas a manos de éstos. Los humanos empezaron a entenderlo un poco cuando albergaron por primera vez a las orcas y a los delfines como vecinos en los parques oceánicos. Con asombro descubrieron que los delfines saltaban las barreras para estar con las ballenas asesinas... siempre y cuando éstas no tuvieran hambre...

En primal, un cetáceo nunca culpaba a un miembro de otra raza por matarle si la otra raza estaba más arriba en la cadena alimenticia. Durante siglos, los cetáceos asumieron que el hombre estaba en la cima más alta de esta cadena y su reacción era sólo de envidia ante las *más* insensatas masacres.

Era un código de honor, el cual, al enterarse los humanos de su existencia, aumentó su vergüenza por lo que habían hecho.

Keepiru se deslizó hasta el canal abierto para cambiar su localización, convencido de que K'tha-Jon la había establecido desde su último cambio.

En aquella zona algo le resultaba familiar. Keepiru no podía precisarlo, pero había alguna cosa en el sabor del agua. Tenía el aroma de un delfín muerto hacía tiempo.

Comer... ser comido.

Morder... ser mordido.

Paga tu deuda al mar...

¡Ven y aliméntame!

Demasiado cerca. La voz de K'tha-Jon estaba mucho más cerca, entonando blasfemias religiosas. Keepiru se dirigió hacia una grieta para ponerse a cubierto, y se detuvo de repente porque el sabor de muerte se hacía más penetrante.

Olfateó despacio, y se quedó inmóvil al ver el esqueleto suspendido entre las plantas.

—¡Hist-t! —suspiró.

El delfín astronauta fue dado como desaparecido desde el primer día, cuando el maremoto encalló a Hikahi y él se comportara como un perfecto estúpido. Los carroñeros habían dejado el cuerpo limpio. La causa de la muerte no podía determinarse.

Sé dónde estoy... pensó Keepiru. En ese momento el grito de caza retumbó de nuevo. ¡Cerca! ¡Muy cerca!

Dio media vuelta y se adentró otra vez en el canal, vio un destello de movimiento y se sumergió aún más mientras el monstruo pasaba sobre él. Los aletazos de K'tha-Jon le hicieron dar tumbos en el agua.

Keepiru se arqueó y se alejó a toda prisa, aunque le dolía el costado como si tuviera una costilla rota. Gritó.

*Ven por mí, canalla degenerado.
Sé que ha llegado la hora de darte de comer.*

Por toda respuesta, K'tha-Jon rugió y cargó sobre él.

Un cuerpo de ventaja, ahora dos, ahora medio, Keepiru sabía que sólo le quedaban instantes. Las mandíbulas abiertas estaban justamente a su espalda. *Está cerca, pensó. ¡Tiene que estarlo!*

Entonces vio otra grieta y lo supo.

K'tha-Jon rugía al ver a Keepiru atrapado contra la isla.

*Despacio, despacio
o deprisa, deprisa...
Es hora de que me des de comer, de comer.*

—Te daré de comer —dijo Keepiru, con voz entrecortada, al tiempo que se adentraba en un cañón muy estrecho. Por todos lados se agitaban plantas colgantes, como movidas por la marea.

*¡Atrapado! ¡Atrapado!
Ya te tengo...*

K'tha-Jon chilló a causa de la sorpresa. Keepiru salió disparado hacia la superficie sobre la grieta, esforzándose por alcanzarla antes de que las cepas se cerraran a su alrededor. Lo había conseguido. Al emerger sopló, inhalando pesadamente, y se mantuvo pegado a la pared.

Cerca de él el agua se agitaba, llenándose de espuma. Keepiru miraba y escuchaba pasmado, mientras K'tha-Jon se debatía solo, sin arnés ni cualquier otra ayuda, desgarrando con las mandíbulas las grandes lianas de la planta asesina, luchando mientras los filamentos caían, uno tras otro, sobre su enorme cuerpo.

Keepiru estaba también muy ocupado. Se obligó a sí mismo a permanecer tranquilo y a usar su arnés. Las fuertes garras de sus brazos manipuladores cortaban los filamentos que le asían. Recitó las tablas de multiplicar a fin de mantenerse en estructuras de pensamiento ánglico, enfrentándose con las lianas de una en una.

La lucha del medio-orca lanzaba surtidores de agua y fragmentos de vegetación

hacia el cielo. La superficie del agua se convirtió pronto en un agitado revoltijo verde y rosa. El grito de caza llenaba la caverna en desafío.

Pero los minutos pasaron. Las lianas que intentaban inmovilizar a Keepiru eran cada vez más débiles. Por el contrario, seguían cayendo más y más sobre el gigante que aún se debatía. Volvió a oírse el grito de guerra, ahora más tenue; todavía desafiante, pero ya desesperado.

Keepiru observaba y escuchaba cómo el combate empezaba a remitir. Se vio invadido por una extraña tristeza, como si casi lamentara aquel final.

Te dije que te daría de comer,

Le cantaba con dulzura a la criatura que agonizaba a sus pies.

Pero no dije a quién

Te daría...

HIKAHI

Desde el anochecer estuvo buscando a los refugiados, primero lenta y cautelosamente, luego con creciente desesperación. Llegó al punto de olvidar las precauciones al emitir las líneas sonar de localización.

¡Nada! Había fines cerca de allí, pero la ignoraban por completo.

Sólo entrando en el laberinto podría fijar el sonido con claridad. Entonces se dio cuenta de que uno de los fines estaba completamente loco y que ambos se hallaban comprometidos en un combate ritual, ajenos al resto del Universo hasta que concluyera la batalla.

Aquello asombró a Hikahi más que cualquiera otra de las cosas que cabía esperar. ¿Un combate ritual? ¿Allí? ¿Qué relación guardaba eso con el silencio del *Streaker*?

Se sintió mal al darse cuenta de que ese combate ritual era a muerte.

Puso el sonar en automático y dejó que el esquife se pilotase solo. Durmió, dejando que un hemisferio y luego el otro entraran en el estado alfa, mientras la pequeña nave se deslizaba por los estrechos canales, enfilando siempre hacia el nordeste.

El sonido de un ruidoso zumbador la sacó de su letargo. El esquife se había detenido, y sus instrumentos mostraban signos de presencia cetácea detrás de un acantilado de rocas metálicas, alejándose lentamente hacia el oeste.

Hikahi activó los hidrófonos.

—Quienquiera que seas. —La voz retumbó en el agua—. ¡Sal ahora mismo!

Se produjo un débil sonido de duda, un silbido lánguido y confuso.

—¡Por *este* camino, idiot-t-ta! ¡Sigue mi voz!

Algo se movió en un amplio estrecho entre dos islas. Encendió los faros del esquife. Bajo el resplandor, un delfín gris parpadeó.

—¡Keepiru! —boqueó Hikahi.

El cuerpo del piloto era una masa de magulladuras, y en un costado llevaba una quemadura terrible, pero sonreía.

*Ah, las gentiles lluvias,
Querida dama, estáis aquí
Para rescatarme...*

La sonrisa desapareció como un fuego que se extingue y sus ojos giraron. Luego, por puro instinto, el cuerpo medio inconsciente subió a la superficie y derivó hasta que Hikahi fue a buscarlo.

Octava parte

EL «CABALLO MARINO DE TROYA»

*Medias lunas de ébano que se elevan
De charcas donde la media luz comienza
¿Para ponerse cuándo, en qué lejana orilla,
Delfines? ¿Delfines?*

HAMISH MACLAREN

GALÁCTICOS

Beie Chohooan maldecía la parsimonia de sus superiores.

Si el Alto Mando Shyntiano había enviado una nave nodriza para observar la batalla de los fanáticos, a ella debían haberle permitido acercarse a la zona de guerra en un deslizador, un bajel demasiado pequeño para ser detectado. Pero tal como fueron las cosas, se vio obligada a utilizar una astronave lo bastante grande como para viajar a través de puntos de transferencia e hiperespacio; demasiado pequeña para defenderse adecuadamente y demasiado grande para pasar inadvertida entre los combatientes.

Casi disparó sobre el minúsculo globo que apareció rodeando el asteroide que escondía su nave. Retrocedió justo a tiempo la pequeña sonda pilotada por un wazoon, y pulsó un botón para abrir la tronera de una dársena, pero el wazoon se resistió a entrar, emitiendo unas frenéticas secuencias de apretados pulsos láser.

—Nuestra posición ha sido descubierta —parpadeó—. Misiles enemigos acercándose...

Beie profirió sus horribles maldiciones. Cada vez que se acercaba lo suficiente como para poder enviar un mensaje a los terrestres, tenía que huir de algún fortuito y paranoide tentáculo de la batalla.

—¡Ven rápidamente y corta!

Tecleó una orden para el wazoon. Ya habían muerto demasiados de sus fieles pupilos por ella.

—Negativo. Huye, Beie. Wazoon-dos distraerá...

Beie gruñó ante la desobediencia. Los tres wazoon que permanecían en el estante de su izquierda se encogieron y la miraron parpadeando con sus grandes ojos.

La sonda exploradora desapareció en la noche.

Beie cerró la tronera y puso en marcha los motores. Con cautela, reanudó su avance serpenteando entre bloques de piedra primordial, alejándose del área de peligro.

Demasiado tarde, pensó, observando los amenazantes tableros de mandos. Los misiles se acercan con demasiada rapidez.

Un súbito resplandor a sus espaldas le indicó la suerte que había corrido el pequeño wazoon. Beie frunció el labio superior cubierto de pelo mientras pensaba la forma adecuada para vengarse de los fanáticos, si es que tenía la ocasión.

Entonces llegaron los misiles, y de pronto estuvo demasiado ocupada incluso para entretenerse con sus malévolos y placenteros pensamientos.

Vaporizó dos misiles con el cañón de partículas. Los otros dos descargaron, y sus escudos protectores apenas pudieron refractar los rayos.

Ah, terrestres, *se dijo*. Nunca sabréis que estuve aquí. Para vosotros, es como si todo el Universo os hubiera abandonado.

Pero no dejéis que eso os detenga, lobeznos. ¡Luchad! ¡Enseñadles los dientes a vuestros perseguidores! ¡Y cuando todas vuestras armas estén agotadas, *mordedles!*

Beie destruyó cuatro misiles más antes de que uno consiguiera explotar lo bastante cerca como para incendiar la astronave y enviarla dando tumbos a la polvorienta oscuridad galáctica.

TOSHIO

Las dispersas ráfagas de lluvia humedecían la noche. Las lustrosas hojas de las plantas oscilaban bajo los contradictorios ataques de un viento que parecía incapaz de decidirse por una dirección. El pringoso follaje relucía cuando dos de las más cercanas lunas pequeñas de Kithrup brillaron ocasionalmente entre las nubes.

En el lejano extremo sur de la isla, una tosca cubierta permitía que la lluvia se filtrara en un lento goteo que caía sobre el casco primorosamente punteado de una pequeña astronave. El agua formaba diminutos meniscos en la curvada superficie metálica, y luego se deslizaba formando minúsculos riachuelos. El tap-tap-tap de las gruesas gotas de lluvia golpeando contra el techo de palmas se mezclaba con un constante golpeteo provocado por los torrentes que fluían bajo la cilíndrica máquina voladora quebrando la vegetación.

Los arroyuelos regaban los apagados alerones de estasis, y se deslizaban sobre las panorámicas portillas delanteras, iluminadas y oscurecidas por la intermitente luz lunar.

Los desiguales senderos penetraban en las estrechas hendiduras en torno a la esclusa de aire de popa, usando los canales directos para gotear sobre el enlodado suelo.

Se produjo un tenue silbido mecánico, apenas audible entre el ruido de la lluvia. Las hendiduras alrededor de la esclusa de aire se ensancharon de forma casi imperceptible, y los vecinos arroyuelos acudieron para llenar el nuevo espacio. Bajo la escotilla, empezó a formarse un sucio charco.

La puerta se desajustó un poco más. Otros canales se dirigieron hacia allí como si quisieran entrar en la nave. Por fin, un gorgoteante torrente se derramó de la parte baja de la hendidura, y se convirtió en una cascada que caía salpicando en el charco que había debajo. Después, fue disminuyendo.

La escotilla blindada se abrió con un apagado suspiro. La lluvia arrojaba ráfagas de sesgadas gotas hacia la abertura.

Una oscura silueta con casco se hallaba en el umbral, ignorando la furiosa embestida. Se giró para mirar a derecha e izquierda, luego salió y chapoteó en el agua estancada. La escotilla se cerró de nuevo con un pequeño chasquido.

La figura se inclinó contra el viento, buscando un sendero en la oscuridad.

Dennie se levantó de repente al oír un ruido de pasos sobre el suelo mojado. Con la mano en el pecho, siseó:

—¿*Toshio*?

Alguien apartó la lona protectora de la tienda y el cierre de la trampilla se abrió. Por un momento, sólo vislumbró una oscura sombra. Luego, una voz tranquila susurró:

—Sí, soy yo.

El acelerado pulso de Dennie se fue calmando.

—Tenía miedo de que fuera otro.

—¿A quién esperabas, Dennie? ¿A Charlie Dart? ¿Saliendo de su tienda para violarte? ¿O quizás a uno de los *kiqui*?

Estaba bromeando, pero no pudo ocultar la tensión de su voz. Se quitó el traje de estar en tierra y el casco, y los colgó en un gancho junto a la entrada. En ropa interior, Toshio se arrastró hasta su saco de dormir y se deslizó dentro.

—¿Dónde estabas?

—En ninguna parte. Vuelve a dormir, Dennie.

La lluvia golpeaba las lonas con un desigual tamborileo. Ella permaneció sentada, mirándole a la débil claridad de la abertura. Apenas veía más que el blanco de sus ojos, fijos en el vacío.

—Por favor, Tosh, dímelo. Cuando me desperté y vi que no estabas en tu saco de dormir...

Su voz falló cuando él se volvió a mirarla. El cambio operado en Toshio Iwashika durante la última semana nunca se había manifestado hasta tal punto en su expresión, en la intensidad de la mirada de sus ojos entornados.

Por fin, Dennie le oyó suspirar.

—De acuerdo, Dennie. Sólo he ido hasta la lancha. Me he metido dentro y he echado un vistazo por allí.

El pulso de Dennie se aceleró de nuevo. Iba a hablar, pero se contuvo; al fin dijo:

—¿No era peligroso? Quiero decir que no sabías cómo podía reaccionar Takkata-Jim. Sobre todo si realmente es un traidor.

Toshio se encogió de hombros.

—Había algo que quería encontrar.

—¿Pero cómo pudiste entrar y salir sin que te vieran?

Toshio se incorporó, apoyándose en un codo. Dennie pudo ver un breve destello blanco cuando él esbozó una sonrisa.

—Un guardiamarina, a veces, sabe cosas que incluso los oficiales de ingeniería ignoran, Dennie. En particular si se trata de lugares ocultos a bordo de una nave. Cuando llega el tiempo libre de servicio, siempre hay un piloto o un teniente pensando en un trabajo doméstico en que ocupar las manos y al fin lo encuentra... siempre sólo un poco más de astrogación o de estudio del protocolo, por ejemplo. Akki y yo nos quitábamos de en medio e íbamos a echar una cabezada a la bodega de la lancha. Aprendimos cómo abrir las cerraduras sin que se enteraran en la sala de control.

Dennie sacudió la cabeza.

—Después de todo, me alegro de que no me dijeras adónde ibas. Me habría muerto de inquietud.

Toshio frunció el ceño. Ahora Dennie empezaba a portarse otra vez como si fuera su madre. Además, Dennie no era feliz con la idea de marcharse dejándole atrás. Toshio esperaba que no aprovechara aquella oportunidad para plantear el tema de nuevo.

Ella se tendió de espaldas, frente a él, utilizando un brazo como almohada. Reflexionó durante un momento.

—¿Qué has encontrado? —Preguntó en un susurro.

—Será mejor que lo sepas —dijo Toshio cerrando los ojos—. Podrás informar a Gillian en caso de que yo no pueda contactar con ella por la mañana. He descubierto lo que Takkata-Jim piensa hacer con las bombas que le quitó a Charlie. Las convertirá en carburante para la lancha.

Dennie parpadeó.

—Pero... pero, ¿qué podemos hacer?

—¡No lo sé! Ni siquiera estoy seguro de que *tengamos* que hacer algo. Después de todo, en un par de semanas pueden recargar los acumuladores y despegar. Quizás a Gillian le traiga sin cuidado. O quizá tenga una condenada importancia. Sin embargo, aún no he podido pensar en ello. Tal vez deba tomar medidas drásticas.

Sólo había visto las bombas medio desmanteladas a través de la doble ventana de la puerta de seguridad que comunicaba con el laboratorio de especímenes de la lancha. Apoderarse de ellas hubiera sido mucho más difícil que subir a bordo a escondidas.

—Suceda lo que suceda —intentó tranquilizarla—, estoy seguro de que todo acabará bien. Tú sólo debes preocuparte de que todas tus notas estén debidamente empaquetadas por la mañana. Los datos sobre los *kiqui* es la segunda cosa en importancia surgida de esta loca odisea, y tienen que llegar a casa. ¿De acuerdo?

—Claro, Tosh.

Dejándose vencer por la gravedad, Toshio se echó de nuevo. Cerró los ojos y respiró despacio, intentando dormir.

—¿Toshio?

El joven suspiró.

—Sí, Denn...

—Hummm, es algo sobre Sah'ot. Sólo acepta venir para escoltarme. Si no fuese así, creo que tendrías un motín entre las manos.

—Lo sé. Le gustaría quedarse y seguir escuchando sus «voces» subterráneas.

Toshio se frotó los ojos, preguntándose por qué Dennie le mantenía despierto con todas aquellas historias. Ya había soportado las quejas de Sah'ot.

—No deberías tomar el tema tan a la ligera, Tosh. Sah'ot dice que hizo que Creideiki las oyera, y que debió cortar la comunicación para que el capitán saliera de un trance auditivo, los sonidos le fascinaron.

—El capitán es un enfermo con el cerebro dañado. —Las palabras eran amargas—. Y Sah'ot es un egocéntrico, un inestable...

—Yo también lo pensaba —le interrumpió Dennie—. Yo le tenía miedo, hasta que me di cuenta de que en realidad es amable e inofensivo. Pero incluso si suponemos que los dos fines tienen alucinaciones, eso no le quita mérito a su descubrimiento sobre las colinas metálicas.

—Mmmph —comentó Toshio medio dormido—. ¿Y qué es? ¿Algo más acerca de que las colinas metálicas están vivas?

Dennie hizo un gesto de enfado ante el indulgente menosprecio.

—Sí, y sobre el extraño nicho ecológico de los árboles taladradores. Escucha, Toshio, he efectuado un análisis en mi ordenador de bolsillo y sólo hay una solución posible. Los pozos de los árboles taladradores son parte del ciclo vital de un organismo, un organismo que vive una parte de su ciclo vital sobre la superficie, como colonia coralina, y que luego se hunde en el pozo preparado para ello...

—¿Toda esa inteligente adaptación y consumo de energía sólo para cavar su propia tumba? —la interrumpió Toshio.

—¡No! ¡No una tumba! Un canal. La colina metálica es sólo el *comienzo* del ciclo vital de esa criatura... su estado *larvario*. Su destino como adulto se halla más abajo, bajo la corteza superficial del planeta, en donde las venas convectivas del magma pueden aportar toda la energía que necesita una forma de vida metálico-orgánica.

Toshio intentaba prestar atención, pero sus pensamientos seguían derivando hacia las bombas, los traidores, la desaparición de su amigo Akki, y aquel hombre que estaba lejos, hacia el norte, y que merecía que alguien le estuviera esperando cuando por fin regresara a la isla.

—... lo único que me resulta incomprensible es cómo puede haber evolucionado semejante forma de vida. No existe rastro de formas intermedias, y en los archivos de la Biblioteca no hay ninguna mención de sus posibles precursores... ¡y es una forma de vida única, digna de ser mencionada!

—Hummm...

Dennie miró a Toshio. Tenía el brazo sobre los ojos y respiraba muy despacio, como si estuviera a punto de dormirse, pero vio cómo palpitaba una pequeña arteria de su sien y cómo, de vez en cuando, su puño se crispaba.

Estaba tumbada en la penumbra mirándole. ¡Le hubiera gustado sacudirlo, obligarle a escucharla!

¿Por qué le molesto de este modo?, se preguntó ella de pronto. *Es un asunto importante, sí, pero es completamente científico, y Toshio lleva todo el peso de este rincón del mundo sobre sus hombros. Es muy joven, y sin embargo está llevando a cabo las tareas de un hombre fuerte.*

¿Cuáles son mis sentimientos ante esto?

Una sensación de náusea le dio la respuesta. *Le estoy importunando porque necesito atención.*

Necesito su atención, se corrigió. De una manera torpe estoy intentando darle oportunidad para...

Con nerviosismo, Dennie hizo frente a su propia estupidez.

Sí yo, que soy mayor que él, no consigo expresarme con más claridad, difícilmente puedo esperar que capte el mensaje, pareció entender por fin.

Alargó la mano, pero la detuvo justo antes de alcanzar el pelo negro y brillante cuyos largos y mojados mechones caían sobre sus sienes. Temblando, analizó de nuevo sus sentimientos, y vio que sólo la frenaba el miedo de ser rechazada.

Como siguiendo un impulso propio, la mano de Dennie se movió para acariciar el suave vello de la mejilla de Toshio. El joven se sobresaltó y la miró con los ojos muy abiertos.

—Toshio —dijo ella con voz entrecortada—, tengo frío.

TOM ORLEY

Cuando llegó un momento de relativa calma, Tom tomó nota mentalmente. *Recordar la próxima vez*, se dijo a sí mismo, *que no he de acercarme a los nidos de avispas.*

Aspiró por el extremo de su tubo improvisado. El otro extremo emergía en la superficie de una pequeña abertura en el paisaje vegetal. Por fortuna, no tenía que aspirar con mucha fuerza para completar el aire que le suministraba la máscara. En aquella zona, había más oxígeno en disolución.

Los rayos de la batalla volvían a brillar sobre su cabeza, y de la guerra en miniatura le llegaban débiles gritos. Por dos veces, el agua tembló debido a explosiones cercanas.

Al menos esta vez no tengo que preocuparme de que me alcance un tiro perdido, pensó para consolarse. *A esos rezagados sólo les quedan armas de mano.*

Tom sonrió ante tal ironía. *Todo* lo que tienen son armas de mano.

En aquella primera escaramuza abatió a dos *tandu* antes de que ellos pudieran desenfundar sus pistolas de partículas y dispararlas. Y lo que era más importante, se las arregló para hacer blanco en el peludo Episárca antes de sumergirse de cabeza en el agujero entre las hierbas.

Había escapado por los pelos. Un disparo le produjo quemaduras de segundo grado en la planta del pie izquierdo. En ese último instante, vislumbró al Episárca levantándose ofendido; un nimbo de irrealidad destellaba como un halo ardiente alrededor de su cabeza. Tom creyó ver durante unos momentos estrellas a través de ese brillo ondulante.

Los *tandu* se debatían para mantenerse en pie sobre aquel suelo tan salvajemente castigado. Aquello fue probablemente lo que les hizo fallar su tan acreditada puntería y, en consecuencia, la causa de que él siguiera vivo.

Tal como esperaba, el ánimo de venganza de los *tandu* los había llevado hacia el oeste. De vez en cuando, Tom aparecía por sorpresa para mantener vivo su interés con breves ráfagas de su rifle de agujas.

Luego, mientras nadaba de abertura en abertura de la vegetación, la batalla pareció continuar sin él. Oyó ruidos de combate, y dedujo que sus perseguidores habían entrado en contacto con otro grupo de ETs.

Fue entonces cuando decidió sumergirse en busca de alguna treta que poner en práctica.

Los ruidos de la batalla sonaban lejos de su posición actual. Por lo que había visto una hora antes, creía que en aquella escaramuza participaban media docena de *gubru* y tres deterioradas máquinas de transporte con ruedas neumáticas. Tom no pudo

discernir si estaban dirigidas por robots o por tripulantes, pero era evidente que no podían adaptarse a la accidentada superficie a pesar de su potencia de arrastre.

Escuchó durante un minuto, y después enroscó el tubo y lo pasó por el cinturón. Emergió sin ruido a la superficie de la pequeña charca, y se arriesgó a levantar los ojos al nivel de las rizadas enredaderas.

En sus desplazamientos, se había aproximado a la nave cascara de huevo. Ahora veía que se encontraba sólo a unos cientos de metros de distancia. Dos cascotes humeantes le hablaron del destino de las máquinas con ruedas. Mientras observaba, ambas se hundieron lentamente, una tras otra, hasta desaparecer de su vista. Tres *gubru* cubiertos de barro, al parecer los últimos de su grupo, pataleaban sobre el pantano en dirección a la nave. Tenían las plumas pegadas al delgado cuerpo, y parecían terriblemente abatidos.

Tom se incorporó y vio más destellos de batalla en dirección sur.

Tres horas antes, había llegado una pequeña patrullera soro abriendo fuego contra todo lo que se le ponía delante, hasta que surgió de las nubes un caza atmosférico tandu con alas delta para interceptarla. Empezaron a dispararse desde lejos, hostigados por pequeñas armas de fuego desde abajo, hasta que por fin chocaron en medio de una fuerte explosión y cayeron al mar envueltos en llamas.

Al cabo de una hora la historia se repitió. Esta vez, los participantes fueron una pesada nave de rescate de los *pthaca* y una desvencijada nave-arpón de los Hermanos de la Noche. Los restos de ambas se unieron a las humeantes ruinas que poco a poco se apagaban en todas direcciones.

Sin comida ni sitio para esconderme, y la única raza de fanáticos a la que en realidad me gustaría ver, es la que no está representada en este osario.

Notó la bomba de mensajes bajo el cinturón. De nuevo, pensó que le gustaría saber si debía utilizarla o no.

En estos momentos, Gillian debe estar muy preocupada, pensó. Gracias a Dios, al menos ella está a salvo.

Y la batalla aún continúa. Lo que significa que todavía hay tiempo. Aún tenemos una oportunidad.

Sí. Y a los delfines les gusta salir a dar largos paseos por la playa.

Bueno, veamos si puedo seguir causando problemas.

GALÁCTICOS

Krat, la soro, lanzaba maldiciones ante el esquema de estrategia. Sus pupilos tomaron la precaución de mantenerse alejados mientras ella aplacaba su cólera arrancando tiras de su cojín de vletur.

¡Cuatro naves perdidas! ¡Por sólo una de los tandu! ¡La última batalla había sido un desastre!

Y mientras, en la superficie del planeta, sus pequeñas naves de apoyo desaparecían de una en una o por parejas.

Parecía que los reducidos grupos rezagados de supervivientes de todas las flotas vencidas, que estaban escondidos en lunas o planetoides, habían decidido que los terrestres se hallaban ocultos en la mitad norte de Kithrup, cerca del volcán. ¿Por qué lo creían?

Porque, con toda seguridad, nadie podía ser atacado por algo inexistente, ¿verdad? La escaramuza tenía impulso propio ahora. ¿Quién iba a pensar que las alianzas vencidas tenían reservada la suficiente cantidad de municiones para llevar a cabo un último y desesperado intento?

Krat dobló su espolón nupcial de pura rabia. No podía ignorar la posibilidad de que quizá tuvieran razón. ¿Y si la llamada de socorro procedía, en efecto, de la nave terrestre? Era sin duda una forma de perturbación de aquellos humanos demoníacos, pero no podía arriesgarse ante la posibilidad de que los fugitivos estuvieran allí en realidad.

—¿No han llamado aún los thenanios? —espetó.

—Aún no, Madre de la Flota —respondió un pila de la sección de comunicaciones después de inclinarse ante ella—, aunque ya se han separado de sus aliados tandu. Esperarnos recibir pronto noticias de Buoult.

—Informadme al momento —ordenó Krat con aspereza. El pila se apresuró a mover la cabeza en sentido afirmativo y se retiró.

Krat volvió a considerar sus opciones. Por último tuvo que decidir cuál de sus deterioradas y casi inservibles naves sería destinada a una nueva exploración de la superficie del planeta, en vez de participar en el próximo combate.

Por unos momentos, jugó con la idea de mandar a una nave thenania cuando se formalizara la alianza contra los tandu, actualmente los más poderosos. Pero decidió que sería poco inteligente. Era mejor mantener a los pedantes y mojigatos thenanios en el espacio, para no perderlos de vista. Destinaría una de sus pequeñas patrulleras.

Krat imaginó a los terrestres, con su piel pastosa, altos y delgados, desgarrados y furtivos, y a sus extraños y mancos delfines pupilos.

Cuando al fin sean míos, pensó, voy a hacerles lamentar todos los problemas que me están causando.

FRAGMENTO DEL DIARIO DE GILLIAN BASKIN

Hemos llegado.

Durante las últimas cuatro horas, he sido la directora de un manicomio. Gracias al cielo hemos recuperado a Hannes, Tsh't y Lucky Kaa y a todos esos maravillosos y competentes fines que habían partido hace tanto tiempo. Sólo cuando han regresado nos hemos dado cuenta de cuántos de nuestros mejores elementos fueron enviados como avanzadilla a preparar nuestra nueva morada.

Fue un encuentro alocado. Los fines se lanzaban unos contra otros, formando tal alboroto que a menudo tenía que recordarme a mí misma que los galácticos en realidad no podían oírnos... Sólo hubo una sombra, cuando evocamos a los miembros ausentes de la tripulación, los seis fines desaparecidos, incluyendo a Hikahi, Akki y Keepiru. Y Tom, por supuesto.

Fue poco después cuando descubrimos que también Creideiki había desaparecido.

Después de una breve celebración, empezamos a trabajar. Lucky Kaa cogió el timón, casi con tanta seguridad y firmeza como la que mostraba Keepiru, y dirigió el Streaker a lo largo de los raíles guía hasta el interior de la naufragada nave thenania. Abrazaderas gigantes surgieron de las paredes y ciñeron al Streaker, casi convirtiéndolo en una parte más del almacén exterior. El ajuste es perfecto. De inmediato, los técnicos empezaron a integrar los sensores y a sintonizar las impedancias de los alerones de estasis. Los impulsores ya están alineados. Con cuidado, hemos abierto las disfrazadas portillas de armamento, por si tenemos que luchar.

¡Vaya empresa! Nunca pensé que fuera posible. Y no puedo creer que los galácticos esperen algo así. La imaginación de Tom es desbordante. Si pudiéramos oír su señal...

Le he pedido a Toshio que envíe aquí a Dennie y a Sah'ot en trineo. Si hacen una ruta directa a máxima velocidad, pueden llegar en poco menos de un día. De todos modos, necesitaré ese tiempo para acabar de poner orden.

Realmente, es vital conseguir las notas de Dennie y las muestras de plasma. Si Hikahi comunica con nosotros, le pediré que se detenga en la isla para recoger a los emisarios kiqui. Lo segundo, sólo tras la necesidad de escapar con todos nuestros datos, es nuestro deber hacia esos pequeños anfibios: salvarles de un contrato de aprendizaje con alguna raza demente de tutores galácticos.

Toshio decidió quedarse para no perder de vista a Takkata-Jim y a Metz, y

también para esperar a Tom, suponiendo que aparezca. Creo que añadió este último motivo sabiendo que así era imposible que me negara... Yo sabía que se ofrecería, desde luego. Contaba con ello.

Hace que me sienta mal haber tenido que utilizarlo para que vigile a Takkata-Jim. Incluso si nuestro antiguo segundo frustra mis expectativas y se porta bien, no sé cómo podrá regresar Toshio a tiempo, sobre todo si tenemos que despegar precipitadamente.

Estoy aprendiendo el significado de la frase «la soledad del mando».

He tenido que fingir sorpresa cuando Toshio me ha hablado de las minibombas que Charlie Dart robó de la armería. Toshio se ofreció para intentar quitárselas a Takkata-Jim, pero se lo he prohibido. Le he dicho que aceptaremos el riesgo.

No podía hacerle confianzas. Toshio es un joven brillante, pero no tiene cara de póquer.

Creo que he calculado bien las cosas. ¡Si pudiera estar segura!

La maldita Niss aún sigue llamándome. Esta vez, iré a ver qué quiere.

Oh, Tom. Si hubieras estado aquí, ¿habrías perdido a todo un capitán de navío? ¿Cómo podré perdonarme el haberle dejado salir solo?

Sin embargo, parecía estar tan bien. Por Ifni, ¿qué habrá podido pasarle?

CHARLES DART

A primera hora de la mañana, inclinado sobre su consola instalada al borde del agua, conversaba alegremente con su nuevo robot. Había descendido ya más de un kilómetro, implantando pequeños detectores en las paredes del pozo del árbol taladrador, a lo largo de su ruta.

Charles Dart mascullaba satisfecho. En pocas horas, llegaría a la máxima profundidad alcanzada por el primero, una sonda inútil que tuvo que abandonar. Luego, tras realizar varias pruebas más para verificar sus teorías sobre las formaciones de la corteza local, podría comenzar a informarse acerca de cuestiones más importantes, como averiguar qué planeta era similar a Kithrup.

¡Nadie, *nadie*, podría detenerle ahora!

Recordaba los años que había pasado en California, en Chile, en Italia, estudiando los seísmos sobre el terreno, trabajando con algunos de los mejores cerebros de la ciencia geofísica. Había sido apasionante. Sin embargo, después de varios años, empezó a darse cuenta de que algo iba mal.

Había sido admitido en todas las mejores asociaciones profesionales, sus artículos eran recibidos con grandes elogios y ocasionales rechazos vehementes; reacciones ambas preferidas por cualquier científico decente a la indiferencia. No le faltaron prestigiosas ofertas de trabajo.

Pero llegó un día en que, de repente, empezó a preguntarse dónde estaban los *estudiantes*.

¿Por qué ningún estudiante de los que preparaban una tesis de graduación lo solicitaba como asesor de la misma? Veía a sus colegas asediados por aspirantes ansiosos de ser ayudados en la investigación, mientras que a él, a pesar del prestigio de sus publicaciones, de sus amplios conocimientos y de sus controvertidas teorías, sólo llegaban los de segunda clase: los estudiantes que necesitaban más la garantía de un apoyo que un mentor. Ninguno de los brillantes jóvenes *mas* y *fem* le escogía como tutor académico.

Claro que habían ocurrido un par de casos sin importancia en los que su temperamento se impuso sobre la mejor parte de él, y uno o dos de sus estudiantes salieron dando un portazo. Pero esto no podía explicar el pozo en que había caído la parte pedagógica de su carrera.

Poco a poco, llegó a pensar que debía haber algo más. Alguna cosa... racial.

Dart siempre se mantuvo por encima de las obsesiones que muchos *chimps* sentían por la elevación, incluyendo el fastidioso respeto que la mayor parte de ellos profesaba a los humanos, o los mohines de resentimiento de una pequeña pero bulliciosa minoría. En cualquier caso, un par de años antes empezó a prestar atención

al asunto, y pronto tuvo una teoría. ¡Los estudiantes lo eludían porque era un chimpancé!

Le había sorprendido. Durante tres meses completos lo abandonó todo para estudiar el problema. Leyó los protocolos que regían el patronazgo de la Humanidad sobre su raza, y se sintió ultrajado por la absoluta autoridad que los humanos tenían sobre las otras especies, hasta que leyó también las prácticas de elevación utilizadas por toda la galaxia. Aprendió entonces que ningún otro tutor daba asiento en sus concejos a una raza pupila con cuatrocientos años de antigüedad, como hacían los humanos

Charles Dart se sintió confuso. Pero luego reflexionó sobre la palabra «dar».

Se documentó acerca de los antiguos conflictos raciales de los humanos. ¿Había transcurrido en realidad menos de medio milenio desde que los humanos urdieran gigantescas y fatuas mentiras sobre una parte de ellos tan sólo por diferencias de pigmentación, y asesinaran a millones porque acabaron creyendo sus propias mentiras?

Había descubierto una nueva palabra, «diferencialismo», y sintió una terrible vergüenza. Fue entonces cuando se presentó voluntario para una misión en el espacio profundo, determinado a no regresar sin *pruebas* de su competencia académica, ¡su valor como científico a la par con cualquier humano!

Así fue como le asignaron al *Streaker*, una nave llena de delfines chillones... y *agua*. Y, como postre, ese saco lleno de presunción que era Ignacio Metz empezó de inmediato a tratarle como si él fuera otro de sus inacabados semiengendros experimentales.

Tuvo que aprender a vivir con eso. Se acomodó a Metz. Tenía que soportar cualquier cosa hasta que los descubrimientos de Kithrup se hicieran públicos.

¡Entonces todos se levantarían cuando Charles Dart entrara en la habitación! Los jóvenes estudiantes humanos, los más brillantes, acudirían a él. ¡Todos podrían ver que, al menos, *él* no era diferente!

Los profundos pensamientos de Charlie fueron interrumpidos por unos sonidos procedentes de la cercana vegetación. Se apresuró a bajar la placa que cubría una serie de controles en la esquina inferior de la consola. No quería correr el riesgo de que alguien descubriera la parte *secreta* de su experimento.

Dennie Sudman y Toshio Iwashika aparecieron por el sendero de la aldea, hablando en voz baja y llevando unos pequeños bultos. Charlie se enfrascó en los complicados mandos del robot, mientras dirigía subrepticias miradas hacia los humanos, preguntándose si sospecharían algo.

Pero no. Estaban demasiado ocupados el uno con el otro, tocándose, acariciándose, murmurando. Charlie dejó escapar un disimulado bufido ante la incesante preocupación de los humanos por el sexo, pero agitó la mano y les sonrió cuando ellos miraron en dirección a él.

No sospechaban nada, se felicitó a sí mismo, mientras le devolvían el saludo;

luego volvió a sus asuntos particulares. Es una suerte para mí que estén enamorados.

—Aún quiero quedarme. ¿Qué pasará si Gillian se equivoca? ¿Y si Takkata-Jim acaba la conversión de las bombas antes de lo previsto?

Toshio se encogió de hombros.

—Todavía tengo algo que él necesita. —Dirigió la mirada al segundo de los dos trineos que había en la charca, el que perteneciera a Tom Orley—. Takkata-Jim no puede partir sin ello.

—¡Exacto! —dijo Dennie con énfasis—. Necesita esa radio, o los ETs podrían volarlo en pedazos antes de que tuvieran la oportunidad de negociar. ¡Pero estarás solo! ¡Y ese fin es peligroso!

—Ésta es una de las muchas razones para que te envíe lejos de inmediato.

—¿Es el gran humano macho quien me está hablando? —Dennie intentaba ser sarcástica, pero le faltó mordacidad.

—No —respondió Toshio, sacudiendo la cabeza—. Es tu comandante militar quien está hablando. Y ya basta. Ahora vayamos a cargar las últimas muestras. Os escoltaré a ti y a Sah'ot unas cuantas millas antes de decirlos adiós.

Se inclinó para recoger uno de los paquetes, pero antes de que lo tocara siquiera sintió una mano en su espalda. Un fuerte empujón le hizo perder el equilibrio.

—¡Dennie! —gritó.

Alcanzó a vislumbrarla, sonriendo diabólicamente. En el último momento, hizo un precipitado movimiento con la mano izquierda y asió las de ella. Las risas se convirtieron en un grito cuando la arrastró consigo al agua.

Emergieron, farfullando, entre los trineos. Con una carcajada triunfante, Dennie agarró la cabeza de Toshio con ambas manos y la sumergió. Pero entonces casi saltó fuera del agua al sentir que algo la tocaba por detrás.

—¡Toshio! —le acusó.

—No he sido yo. —Aguantó la respiración y se alejó de los brazos que lo retenían—. Debe tratarse de tu otro amante.

—¿Mi otro...? ¡Oh, no! ¡Sah'ot! —Dennie dio varias vueltas a su alrededor buscando y protestando al mismo tiempo; de pronto lanzó un alarido cuando algo la tocó de nuevo desde atrás—. ¿Es que vosotros, machos con cerebro de escroto, nunca pensáis en *otra* cosa?

La cabeza jaspeada de gris de un delfín rompió la superficie a su lado. El respirador que cubría el agujero soplador sólo ponía sordina a sus carcajadas.

*Mucho antes de que los humanos
Remaran sobre un trozo de madera
Nosotros hicimos un invento.*

*¿Os importa si
Hacemos un intento
De
Ménage à trois?*^[1]

Los miró de reajo, y Toshio se echó a reír cuando Dennie se ruborizó. Aquello sólo provocó que empezara a salpicarle agua hasta que él nadó hacia donde se encontraba ella y le sujetó los brazos contra uno de los trineos. Acabó con sus imprecaciones con un beso.

Sus labios soportaron el desesperado sabor de Kithrup cuando le devolvió el beso. Sah'ot se deslizó a su lado, y les mordisqueó suavemente las piernas con sus afilados y puntiagudos dientes.

—Sabes que no debemos exponernos al peligro de estas aguas, si podemos evitarlo —le dijo Toshio mientras aún permanecían abrazados—. No tenías que haberlo hecho.

Dennie sacudió la cabeza, y luego hundió su rostro en el hombro del joven para ocultarlo.

—¿Cuál de nosotros es más tonto, Tosh? —murmuró—. ¿Por qué preocuparse por ese metal venenoso? Estaremos muertos mucho antes de que nuestras encías empiecen a ponerse azules.

—Vamos, Dennie, no digas esas cosas...

Intentó encontrar palabras para confortarla, pero descubrió que todo lo que podía hacer era abrazarla con más fuerza, mientras el delfín giraba a su alrededor.

Zumbó un transmisor. Sah'ot fue a encender la unidad del trineo de Orley. Era la única que estaba conectada por cable monofilamento con la antigua posición del *Streaker*.

Escuchó una serie de chasquidos primitivos; después, graznó rápidamente en respuesta. Se alzó en el agua, desatándose el aparato respirador.

—¡Es para ti, Toshio!

Toshio ni siquiera se molestó en preguntarle si se trataba de algo importante. Por aquella línea tenía que serlo. Con delicadeza, se apartó de Dennie.

—Acaba de cargar tus cosas. Yo vuelvo en seguida para ayudarte.

Dennie asintió, frotándose los ojos.

—¿Puedes quedarte un momento con ella, Sah'ot? —preguntó mientras nadaba hacia la unidad de transmisiones. El *steno* asintió con la cabeza.

—Sería un placer, Toshio. Esss mi turno de divertir a la dama. Pero desgraciadamente vas a necesitar me para que traduzca.

Toshio le miró sin comprender.

—Es el capitán —le informó Sah'ot—. Creideiki quiere hablar con vosotross dos. Quiere que le ayudemos a ponerse en contacto con los tecno-habitantes de este

mundo.

—¿Creideiki? ¿Llamando aquí? ¡Pero si Gillian dijo que había desaparecido! — La frente de Toshio se arrugó cuando la frase de Sah'ot penetró por completo en su cerebro—. Tecno... ¿Quiere hablar con los *kiqui*?

—No, señor —Sah'ot sonrió—; ellos difícilmente cumplen los requisitos, mi intrépido jefe militar. Nuestro capitán quiere hablar con mis «voces». Quiere hablar con los que habitan ahí abajo.

TOM ORLEY

El Hermano de las Doce Sombras canturreaba suavemente. Su placer se expandía a través de las aguas que lo rodeaban, bajo la alfombra de hierbas. Nadaba alejándose del lugar de la emboscada, dejando tras él el menguante sonido de las víctimas que estaban muriendo.

La oscuridad que reinaba bajo las hierbas no le molestaba. La falta de luz nunca producía desagrado a un Hermano de la Noche.

—Hermano de la Tenebrosa Penumbra —siseó—, ¿te regocijas cuando actúo?

De alguna parte a su izquierda, por entre las colgantes cepas marinas, llegó una alegre respuesta.

—Me regocijo, Hermano Mayor. Ese grupo de guerreros *paha* nunca volverá a hincar la rodilla ante las perversas hembras soro. Demos gracias a los antiguos señores de la guerra.

—Se lo agradeceremos en persona —respondió el Hermano de las Doce Sombras—, cuando esos medio sensitivos terrestres nos digan el emplazamiento de la flota reaparecida. De momento, agradezcamos a nuestros difuntos tutores, los Cazadores de la Noche, que hicieran de nosotros unos guerreros tan formidables.

—Se lo agradezco a sus espíritus, Hermano Mayor.

Siguieron nadando, separados por los sesenta cuerpos de distancia exigidos por la doctrina de la escaramuza subacuática. El precepto resultaba inconveniente con todas aquellas hierbas a su alrededor, y el agua resonando de una forma extraña, pero la doctrina era la doctrina, tan incuestionable como el instinto.

El Hermano Mayor escuchó hasta que cesó el último ruido producido por los esfuerzos de los *paha* para no perecer ahogados. Ahora, él y su compañero podían nadar hacia uno de los restos flotantes, donde seguramente les esperaban nuevas víctimas.

Era como recoger los frutos de un árbol. Incluso guerreros tan poderosos como los *tandu* quedaban reducidos a vacilantes bobalicones sobre aquella alfombra de dañina yedra; ¡pero no los Hermanos de la Noche! Adaptables, mutables, ellos nadaban *por debajo*, surgiendo sólo para causar estragos.

Las hendiduras de sus agallas palpitaban, succionando el sabor metálico del agua. El Hermano de las Doce Sombras detectó una mancha que denotaba un contenido superior de oxígeno en aquel sector y dio un breve rodeo para atravesarla. Mantener la doctrina era importante, en efecto, pero allí, bajo el agua, ¿qué podía dañarlos?

De repente, a su izquierda, se produjo una conmoción de sonidos estrepitosos, un grito breve, y luego silencio.

—Hermano Menor, ¿qué ha sido ese alboroto? —gritó en la dirección en que

había estado su compañero superviviente. Pero las palabras se transmitían con dificultad bajo el agua. Esperó con creciente ansiedad— ¡Hermano de la Tenebrosa Penumbra!

Se sumergió bajo un amasijo de zarcillos colgantes, asiendo un disparador de flechas en cada una de sus cuatro mano-herramientas.

¿Qué podía haber vencido, allí abajo, a un luchador tan formidable como su hermano menor? Estaba seguro de que ninguno de los tutores o pupilos que conocía era capaz de hacer tal cosa. Y un robot habría disparado sus detectores de metal.

De pronto, se le ocurrió que los medio sensitivos «delfines» podían llegar a ser peligrosos en el agua.

Pero no. Los delfines eran respiradores de aire. Y eran grandes. Rastreó el área a su alrededor y no oyó reverberaciones.

El Gran Hermano, que comandaba los restos de su flotilla desde una caverna en una pequeña luna, había sacado la conclusión de que los terrestres no se encontraban en aquel mar septentrional, pero decidió enviar un pequeño navío para hostigar al enemigo y observar. Los dos hermanos que estaban en el agua eran los únicos supervivientes. Todo lo que habían visto sugería que la presa no se encontraba allí.

El Hermano de las Doce Sombras rodeó a toda velocidad los márgenes de una charca abierta. ¿Se habría perdido su joven hermano en esas aguas abiertas y había sido abatido por un andador de superficie?

Nadó hacia un tenue sonido, con las armas preparadas.

En la oscuridad, sintió ante y encima de él un cuerpo voluminoso. Gorjeó, y se concentró en los complicados ecos.

Al regresar, los sonidos le indicaron sólo una gran criatura en las proximidades, inmóvil y silenciosa.

Se lanzó hacia adelante, agarrando su presa, y gritó, mientras las pulsaciones del agua atravesaban las hendiduras de sus agallas.

¡Voy a vengarte, Hermano!

¡Voy a matar a todos los que piensan en este mar!

¡Voy a cubrir de tinieblas todos los que tienen esperanzas!

¡Voy a...!

Entonces se produjeron fuertes salpicaduras. Dejó escapar un pequeño sonido «urk» cuando algo pesado cayó desde arriba sobre su costado derecho y le envolvió sus largos brazos armados.

Mientras el Hermano de las Doce Sombras se debatía, comprendió estupefacto que su enemigo era un humano. Un medio sensitivo de piel frágil, ¡un lobezno humano!

—*Antes de hacer todas esas cosas, hay una que debes hacer primero* —la voz raspaba en Galáctico Diez, justo detrás de sus órganos auditivos.

El Hermano gimió. Algo ardiente y puntiagudo taladraba su garganta cerca del cordón nervioso dorsal.

Oyó que su enemigo decía, casi compasivamente:

—*Primero vas a morir.*

GILLIAN

—Todo lo que puedo decirte, Gillian Baskin, es que él sabía cómo encontrarme. Llegó hasta aquí montado en un «andador», y me habló desde el pasillo.

—¿Creideiki estuvo ahí? Tom y yo imaginábamos que habría deducido que teníamos un ordenador privado de alto nivel, pero que le sería imposible localizarlo.

—No es una gran sorpresa, doctora Baskin —interrumpió la máquina Niss, tapando su falta de cortesía con un diseño tranquilizador de imágenes abstractas—. Es evidente que el capitán conoce su nave. Esperaba que adivinara mi localización.

Gillian se sentó junto a la puerta y movió la cabeza.

—Tenía que haber venido cuando enviaste la primera señal. Quizás hubiera sido capaz de detenerle antes de que se marchara.

—No es culpa suya —respondió la máquina, con una sensibilidad que no le era característica—. Me habría mostrado más insistente en mi petición si hubiera considerado que el caso era urgente.

—Oh, seguro —dijo Gillian con sarcasmo—. ¡No hay ninguna urgencia cuando un valioso oficial de la flota sucumbe a la presión del atavismo y decide perderse en un mortal yermo alienígena!

Los diseños abstractos empezaron a bailar.

—Está usted equivocada. El capitán Creideiki no ha sido víctima de una regresión esquizofrénica.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Gillian acaloradamente—. Más de una tercera parte de la tripulación de este navío muestra los síntomas desde la emboscada de Morgran, incluyendo a casi todos los fines que tienen injertos de *stenos*. ¿Cómo puedes decir que Creideiki no ha experimentado una regresión después de todo lo que ha sufrido? ¿Cómo puede practicar el Keneenk cuando ni siquiera es capaz de hablar!

—Vino aquí buscando una información concreta —respondió la Niss con voz tranquila—. Sabía que yo tenía acceso no sólo a la micro-sección de la Biblioteca del *Streaker*, sino también a la más completa que fue recuperada de la nave thenania. No pudo decirme qué era lo que quería saber, pero encontramos un modo de saltar la barrera del lenguaje.

—¿Cómo? —preguntó Gillian, fascinada a pesar de la cólera y el sentimiento de culpabilidad.

—Por pictogramas, representaciones visuales y sonoras de selección alterna que le presentaba en rápida sucesión. Él emitía veloces sonidos de sí o no para indicarme cuándo era más frío o más caliente, como dicen los humanos. Al poco rato era él quien me guiaba, efectuando asociaciones que yo ni siquiera había considerado.

—¿Como cuáles?

Las motas luminosas centellearon.

—Por ejemplo, el modo en que parecen estar relacionados muchos de los misterios referentes a este mundo único, lo extraño que resulta el largo tiempo que este planeta ha permanecido en barbecho desde que sus últimos inquilinos degeneraron y se establecieron aquí para morir, el antinatural nicho ecológico de las llamadas colinas de los árboles taladradores, las extrañas «voces de las profundidades» de Sah'ot...

—Los delfines con un temperamento como el de Sah'ot *siempre* están oyendo «voces» —suspiró Gillian—. Y no olvides que es otro de esos *stenos* experimentales. Estoy segura de que algunos de ellos se enrolaron en la tripulación sin realizar el habitual test de resistencia a las tensiones.

Después de una corta pausa, la máquina respondió de manera flemática:

—Hay evidencias, doctora Baskin. El doctor Ignacio Metz, en apariencia, es un representante de un impaciente grupo del Centro de Elevación...

Gillian se puso en pie.

—¡La elevación! ¡Maldita sea! ¡Sé lo que Metz ha estado haciendo! ¿Crees que estoy ciega? He perdido varios amigos muy queridos y camaradas irremplazables a causa de sus locos proyectos. Oh, quería «comprobar en caliente» sus juguetes, de acuerdo. ¡Y algunos de los nuevos modelos se han derrumbado bajo la presión! ¡Pero todo eso se acabó! ¿Qué tiene que ver la elevación con las voces del subsuelo, o las colinas de los árboles taladradores, o la Historia de Kithrup, o nuestro sonriente cadáver Herbie, con este asunto? ¡Todo esto no guarda *ninguna* relación con el rescate de nuestra gente desaparecida y con que tengamos que largarnos de aquí!

Su corazón latía a ritmo acelerado, y se dio cuenta de que tenía los puños cerrados.

—Doctora Baskin —replicó la Niss con voz suave—. Eso es exactamente lo que yo le pregunté al capitán Creideiki. Pero cuando me mostró dónde encajaba cada pieza, yo también comprendí que la elevación tiene su importancia en todo esto. De hecho, es esencial. Aquí, en Kithrup, está representado todo el bien y el mal de un sistema que cuenta con varios billones de años de antigüedad. Es casi como si los fundamentos de la sociedad galáctica estuvieran siendo juzgados.

Gillian parpadeó ante las imágenes abstractas.

—Qué ironía —prosiguió la incorpórea voz— que el problema dependa de ustedes, los humanos, la primera raza de sofotes en muchos eones que afirma poseer una inteligencia «evolucionada».

»Su descubrimiento en las denominadas Syrtes quizás ocasione una guerra que abarque las Cinco Galaxias, o tal vez se desvanezca como tantas otras crisis quiméricas. Pero lo que ha sucedido aquí en Kithrup se convertirá en una leyenda. Están presentes todos los elementos.

»Y las leyendas tienen tendencia a seguir influyendo en los acontecimientos mucho después de que las guerras se hayan olvidado.

Gillian permaneció con la mirada fija en el holograma durante un buen rato. Por fin, movió la cabeza.

—¿Tendrías la amabilidad de decirme de qué *puñeta* estás *hablando*?

HIKAHI / KEEPIRU

—¡Debemos apresurarnos! —insistió el piloto.

Keepiru yacía atado con correas a un porta-doc. Desde la pretina salían tubos y catéteres que lo mantenían suspendido sobre la superficie del agua. El sonido de los motores del esquife llenó la pequeña cámara.

—Debes tranquilizarte —le calmó Hikahi—. El piloto automático se encarga ahora de todo. Vamos tan deprisa como nos es posible debajo del agua. Llegaremos muy pronto.

Hikahi seguía en cierto modo aturdida por las noticias sobre Creideiki, y conmocionada por la traición de Takkata-Jim. Pero por encima de todo, lo que no podía aceptar era la frenética urgencia de Keepiru. Era evidente que éste se movía impulsado por su devoción hacia Gillian Baskin, y que quería regresar en su ayuda al instante, si era posible. Hikahi contemplaba las cosas desde otra perspectiva. Sabía que probablemente Gillian tenía todo bajo control en la nave. Comparadas con los desastres que había imaginado durante los últimos días, las noticias eran casi buenas. Incluso las heridas de Creideiki no podían impedir el alivio de Hikahi porque el *Streaker* permanecía intacto.

Su arnés silbó. Con un brazo manipulador accionó un mando y le dio a Keepiru un somnífero suave.

—Ahora quiero que duermass —le dijo—. Tienes que recobrar las fuerzas. Considéralo una orden si, como tú dices, soy ahora la capitán en funciones.

Los ojos de Keepiru empezaron a cerrarse; sus párpados se unieron poco a poco.

—Lo sssiento, señor. Me... me parece que no ssoy mucho más lógico que Akki. Siempre estoy causando problemass...

Su voz se hizo más pesada a medida que la droga hacía efecto. Hikahi nadó casi hasta debajo del amodorrado piloto y suspiró una breve y dulce canción de cuna.

*Sueña, defensor,
Sueña con aquellos que te aman
Y bendicen tu valor.*

GILLIAN

—¿Estás diciendo... que esos *karrank%*... fueron los últimos sofontes que tuvieron una licencia para el planeta Kithrup, hace cien millones de años?

—Exacto —respondió la máquina Niss—. Fueron explotados de un modo salvaje por sus tutores, y sufrieron mutaciones más allá de los límites permitidos por los códigos. Según la Biblioteca del acorazado thenanio, fue un gran escándalo en su época. Como compensación, los *karrank%* fueron liberados de su contrato de aprendizaje y se les otorgó un mundo adaptado a sus necesidades, un mundo con un bajo potencial para el desarrollo presensitivo. Por esa razón, los mundos acuáticos son buenos lugares de retiro. En tales planetas casi nunca surgieron presofontes. Al parecer los *kiqui* son una excepción.

Gillian paseaba por el inclinado techo de la invertida habitación. De vez en cuando, las paredes transmitían ruidos metálicos que indicaban los últimos ajustes que se realizaban para fijar el *Streaker* en el interior del Caballo Marino de Troya.

—¿Quieres decir que los *kiqui* no tienen nada que ver con esos antiguos...?

—No. Parecen ser un descubrimiento original, y una razón importante por la que usted debe intentar escapar de esta trampa y regresar a la Tierra con todo lo que haya aprendido.

—Gracias. Haremos lo que podamos —dijo Gillian, sonriendo con ironía—. Y por lo que respecta a los *karr...* los *karrank%* —hizo cuanto pudo para pronunciar con la doble detención de glotis—, ¿qué les hizo venir a esconderse en Kithrup y olvidar sus contactos con la civilización galáctica?

—En su forma presensitiva —explicó la Niss—, eran criaturas parecidas a los topos en un planeta tan rico en metales como éste. Tenían metabolismos oxigenocarbónicos, como los suyos, pero eran excelentes excavadores.

—Déjame hacer una suposición. Fueron educados como mineros, para encontrar minerales en mundos en los que escaseaban. Sería más barato importar y educar *karrank%* mineros que transportar grandes cantidades de metal por el espacio interestelar.

—Muy buena suposición, doctora Baskin. Los pupilos *karrank%* fueron transformados en mineros, y durante el proceso se modificó su metabolismo para que pudieran extraer energía directamente de los radiactivos. Sus tutores pensaron que aquello podía servir como *incentivo*.

—Un cambio tan drástico en su estructura —silbó Gillian— no podía tener mucho éxito. ¡*Ifni*, cuánto debieron sufrir!

—Fue una perversión —asintió la Niss—. Cuando se descubrió, los *karrank%* fueron liberados y se les ofreció una recompensa. Pero después de unos cuantos

milenios intentando adaptarse a las pautas estándar de la vida astronáutica, eligieron retirarse a Kithrup. El planeta les fue cedido hasta la extinción de la raza. Nadie esperaba que sobrevivieran mucho tiempo.

—Y sin embargo, en vez de morir, han seguido modificándose por sí mismos. Al parecer, han adoptado un estilo de vida único en el espacio conocido.

Gillian reunió todos los hilos de la primera parte de la conversación, y provocó una inferencia. Sus ojos se ensancharon por la sorpresa.

—¿Te importaría decirme si las *colinas metálicas*...?

—Son larvas de una forma de vida inteligente que mora en la superficie de este planeta. Sí, podría haber esbozado la misma hipótesis a partir de los datos enviados por la doctora Dennie Sudman, pero Creideiki pareció llegar a una conclusión antes incluso de que hubiéramos recibido noticias de la doctora. Es por eso por lo que vino a verme, para obtener una confirmación de sus hipótesis.

—Las voces de Sah'ot —susurró Gillian— ¡son *karrank*!

—Una deducción preliminar muy aceptable —aprobó la Niss—. Sería el descubrimiento del siglo si no fuera por las *otras* cosas que han ido apareciendo a lo largo de esta expedición. Creo que ustedes, los humanos, tienen un proverbio que se aplica muy bien a esto: «No hay dos sin tres».

—¡Las bombas! —dijo Gillian, que no estaba escuchando, golpeándose la frente con la palma de la mano.

—¿Perdón?

—Permití que Charlie Dart robara algunas bombas de bajo rendimiento de nuestro arsenal. Sabía que Takkata-Jim las confiscaría y empezaría a convertirlas en combustible. Era parte de un plan que yo había trazado. Pero...

—¿Usted supuso que Takkata-Jim confiscaría todas las bombas?

—¡Sí! Iba a llamarle y decírselo por si no pensaba en ello, pero fue lo bastante eficiente y las descubrió en seguida. Tuve que mentirle a Toshio sobre eso, pero no podía hacer otra cosa.

—Si todo se desarrolla según el plan previsto, no veo dónde está el problema.

—¡El problema es que Takkata-Jim quizá no se haya apoderado de *todas* las bombas! ¡No se me ocurrió que Charlie pudiera herir a los sofotes vivientes si se quedaba con alguna! Pero *ahora*... ¡tengo que ponerme en contacto con Toshio de inmediato!

—¿No puede esperar unos minutos? Es probable que Takkata-Jim esté siendo minucioso, y hay otra cuestión que quiero discutir con usted.

—¡No! ¡No lo comprendes! ¡Toshio está a punto de sabotear su equipo de transmisiones! ¡Es parte de mi plan! ¡Si hay alguna *posibilidad* de que Charlie tenga alguna bomba tenemos que descubrirlo ahora!

Las imágenes holo se agitaban.

—Haré la conexión de inmediato —anunció la Niss—. Me tomaré unos minutos inmiscuirme en el sistema de transmisión del *Streaker* sin ser detectada. Manténgase

alerta.

Gillian volvió a pasear por el techo inclinado, rogando para que no fuera demasiado tarde.

TOSHIO

Toshio acabó de manipular los cables, cerró la tapa del transmisor del trineo de Thomas Orley y extendió una ligera capa de barro sobre la superficie para que pareciera que llevaba mucho tiempo sin abrirse.

A continuación desconectó el monofilamento del aparato, anudó una pequeña cinta roja como señal en el extremo y dejó que la casi invisible fibra se hundiera en las profundidades.

Ahora ya no estaba en contacto con el *Streaker*. Esto hizo que se sintiera más solo que nunca, más solo incluso que después de la marcha de Dennie y Sah'ot aquella mañana.

Esperaba que Takkata-Jim cumpliera las órdenes y esperase allí hasta que el *Streaker* se pusiera en movimiento. Si lo hacía, Gillian podría llamar en el momento de la maniobra y la informaría de las modificaciones que habían sido realizadas en la lancha y en su transmisor.

Pero ¿y si Takkata-Jim era un traidor? ¿Y si partía antes de lo esperado?

En aquel caso, Charles Dart estaría con toda seguridad a bordo, así como Ignacio Metz, tres *stenos* y tal vez tres o cuatro *kiqui*. Toshio esperaba que ninguno de ellos resultase herido. La posibilidad era un verdadero suplicio.

Alzó la vista y observó cómo Charles Dart murmuraba alegremente con su nuevo robot.

Toshio sacudió la cabeza, contento de que, al menos, el chimpancé fuese feliz.

Se metió en el agua y nadó hasta su trineo. Había arrojado al mar su diminuta radio hacía una hora, se ató el cinturón y conectó los motores.

Aún tenía que hacer otro empalme bajo la isla. El viejo robot, la sonda estropeada que Charles Dart había abandonado cerca de la base del pozo del árbol taladrador, había encontrado un último usuario. Creideiki, rondando alrededor del lugar en donde antes estuvo el *Streaker*, insistía en hablar con las «voces» de Sah'ot. Toshio pensaba que le debía el favor al capitán, incluso si creía que estaba complaciéndole en un capricho.

A medida que el trineo iba sumergiéndose, Toshio pensó en el resto de su trabajo allí... en las cosas que tendría que hacer antes de partir.

Ojalá Tom Orley me esté esperando cuando vuelva a subir, deseó fervientemente. Eso lo resolvería todo. Dejemos que el señor Orley termine su cometido en el norte y aterrice mientras yo estoy en las profundidades.

Toshio sonrió con ironía. *Y mientras yo estoy en ello, ¿por qué, Ifni, no nos envías una flota gigantesca de buenos muchachos que limpien los cielos de malvados?*

Descendió por el estrecho pozo hacia las tinieblas.

GILLIAN

—¡Demonios! ¡Maldita sea! La línea está muerta. Toshio ya la ha cortado.

—No se alarme tanto —dijo la Niss con voz tranquilizadora—. Es muy probable que Takkata-Jim haya confiscado todas las bombas. ¿No le ha informado el guardiamarina Iwashika que vio cómo algunas habían sido ya desmanteladas para convertirlas en combustible, tal como usted esperaba?

—Sí, y le dije que no se preocupara por eso. Pero nunca se me ocurrió pedirle que las *contara*. Estaba ocupada en los detalles de la maniobra del *Streaker*, y no pensé en el daño que podría hacer Charlie si, por casualidad, se quedaba con una.

—Ahora, por supuesto, lo sabemos.

Gillian alzó la vista, preguntándose si la máquina *tymbrimi* estaba actuando con tacto o de un modo veladamente sarcástico.

—Bueno —dijo ella—, lo que está hecho, hecho está. Ocurra lo que ocurra, no nos afectará a nosotros aquí. Sólo espero que no añadamos un crimen contra una raza sensitiva a nuestro dudoso historial de esta travesía. —Suspiró—. ¿Podrías decirme otra vez cómo va a convertirse todo esto en un cierto tipo de leyenda?

TOSHIO

La conexión estaba hecha. Ahora Creideiki ya podía escuchar los sonidos subterráneos en su lugar de origen. Toshio dejó caer el monofilamento en el barro, soltó el lastre y subió en espiral a través del pozo del árbol taladrador.

Cuando llegó a la superficie, supo de inmediato que algo había cambiado. El segundo trineo, el que pertenecía a Orley, había sido izado a la escarpada orilla, y estaba junto a la vertiente sur de la charca. Varios cables asomaban por una sección abierta en el panel de control.

Charles Dart estaba en cuclillas junto al agua. El chimpancé le hizo una seña con un dedo sobre los labios.

Toshio apagó los motores y se aflojó el cinturón. Se sentó y miró hacia el claro, pero lo único que vio fueron los entramados del follaje.

—Creo que Takkata-Jim y Metz —dijo Charles en un susurro gutural— están planeando partir muy pronto, Toshio; conmigo o sin mí. —Dart parecía confuso, como si lo desconcertara la estupidez de la idea.

—¿Qué le hace pensar eso, doctor Dart? —preguntó Toshio, manteniéndose inexpresivo.

—Tan pronto como te sumergiste, dos de los *stenos* de Takkata-Jim vinieron y se llevaron la radio del trineo. Y también, mientras tú estabas abajo, estuvieron verificando los motores. Al principio parecía que no iban muy bien, pero están trabajando en ellos. Creo que ya no les importa que transmitas para informar de todo esto.

Toshio oyó un débil gruñido proveniente del sur, que crecía y decrecía de modo irregular.

Vislumbró un movimiento en el norte. Vio cómo Ignacio Metz se apresuraba por el sendero del bosque hacia el sur, llevando montones de documentos de registro. Lo seguían cuatro *kiqui* voluntarios. Sus vesículas aéreas estaban orgullosamente hinchadas, pero era evidente que les desagradaba acercarse a los rugientes motores. Acarreaban toscos paquetes frente a ellos.

Entre el follaje, varias docenas de pares de ojos muy abiertos contemplaban la procesión con nerviosismo.

Toshio prestó atención al ruido de los motores, preguntándose cuánto tiempo faltaba para que despegaran. Takkata-Jim había terminado de reciclar las bombas antes de lo esperado. Tal vez habían subestimado al teniente delfín. ¿Cómo se las había arreglado para tener la lancha preparada antes del horario previsto?

¿Debo intentar retrasar su marcha? Si no lo hago es improbable que pueda llegar al Streaker a tiempo.

—¿Y usted, doctor Dart? ¿Va a subir a bordo en cuanto le llame Takkata-Jim?

—Aún me quedan seis horas de trabajo —dijo Dart, mirando su consola—. Tal vez tengamos un interés común en retrasar la partida de la lancha. ¿Tienes alguna idea?

Toshio pensó:

Bueno, así están las cosas, ¿verdad? Ahora es cuando tú decides. Márchate ahora si tu decisión es irte.

—Si se me ocurre algún plan para retrasarlos un rato, ¿me ayudará usted, doctor Dart? Tal vez sea un poco arriesgado —dijo Toshio.

—Lo único que estoy esperando es que mi robot vuelva tras clavar un... instrumento bajo la corteza. Hasta entonces, estoy libre. ¿Qué es lo que debo hacer?

Toshio desenganchó de su trineo la bobina alimentadora del monofilamento, y cortó el extremo suelto.

—Bueno, para empezar, creo que necesitamos a alguien que sepa trepar a los árboles. Charlie hizo una mueca.

—Estereotipos —murmuró para sus adentros—. Siempre estoy atrapado por los estereotipos.

GILLIAN

Movió la cabeza lentamente. Tal vez era culpa de su cansancio, pero no había podido comprender más que una parte de las explicaciones de la máquina Niss. Cada vez que intentaba conseguir la simplificación de algún sutil punto de la tradición galáctica, la Niss insistía en presentarle ejemplos que sólo conseguían complicar las cosas.

Se sentía como un ser de la época de Cromagnon tratando de entender las intrigas de la corte de Luis XIV. La Niss parecía indicar que los descubrimientos del *Streaker* tendrían consecuencias que llegaban más allá de la crisis inmediata desencadenada por la flota abandonada. Pero aquellas sutilezas le resultaban incomprensibles.

—Doctora Baskin —proseguía la máquina en el mismo tono—. Cada época tiene su punto sin retorno. A veces ocurre a consecuencia de una batalla, a veces toma forma de avances tecnológicos. En algunas ocasiones el factor desencadenante es filosófico y tan impreciso que las especies que existen en tal momento apenas son conscientes de que algo ha cambiado hasta que su visión del mundo se transforma a su alrededor.

»Pero con frecuencia, con mucha frecuencia, esos grandes cambios van precedidos de una leyenda. No conozco ninguna otra palabra en inglés que pueda emplear para referirme a ello... una *historia* cuyas imágenes penetran en las mentes de casi todos los sofotes... una historia *verdadera* de hechos prodigiosos y poderosos símbolos arquetípicos, que presagia el cambio que está por llegar.

—¿Estás diciendo que *nosotros* podemos convertirnos en una leyenda *de este tipo*?

—Eso es lo que estoy diciendo. —Respondió la Máquina.

Gillian no recordaba haberse sentido nunca tan pequeña con anterioridad. No podía con todo el peso de las implicaciones que se derivaban de aquello. Su deber para con la Tierra y la vida de ciento cincuenta amigos y tripulantes ya era suficiente carga.

—¿Has dicho símbolos arquetípicos?

—¿Qué otra cosa puede ser más simbólica, doctora Baskin, que el *Streaker* y sus descubrimientos? Sólo uno de ellos, la flota abandonada, ha conmocionado a las Cinco Galaxias. Ahora añade el hecho de que el descubrimiento fue llevado a cabo por la más nueva de las especies pupilas, cuyos tutores son lobeznos que afirman que nunca han tenido tutores. Aquí en Kithrup, donde se suponía que no podía darse vida presensitiva, han *encontrado* a una raza presensitiva muy madura y corren grandes riesgos para proteger a esos inocentes de una civilización galáctica rígida y anquilosada...

—Ahora justamente...

—Añada además a los *karrank%*. En épocas recientes, ninguna raza cognoscitiva ha sido tratada de un modo tan vergonzoso, ni tan explotada, por un sistema que se suponía que iba a protegerla.

»¿Cuáles eran las posibilidades de que *esta* nave pudiera volar al planeta que fue su *último* refugio? ¿Cómo es posible que usted no vea el significado de lo ocurrido, doctora Baskin? Desde los Progenitores hasta la raza más reciente, lo único que puede verse es una continua plática sobre el Sistema de Elevación.

»Sea cual sea el resultado de su tentativa de escapar de Kithrup, triunfo o fracaso, las estrellas no podrán evitar hacer una gran canción a su aventura. Esa canción, yo creo, cambiará muchas más cosas de lo que usted imagina.

La voz de la Niss se extinguió en un susurro, casi en tono reverente. Sus implicaciones quedaron deambulando en el silencio.

Gillian se puso en pie sobre el techo inclinado de la oscura habitación invertida, parpadeando ante la brillante luz que proyectaban las ondulantes motas. El silencio pesaba. Finalmente, sacudió la cabeza.

—Éste es otro chiste de los condenados *tymbrimi* —suspiró—. Un maldito cuento. Me has estado tornando el pelo.

—¿Se sentiría mejor si le dijera que es así, doctora Baskin? —dijeron las motas después de un largo silencio en el que no pararon de girar—. ¿Y cambiaría en algo lo que usted debe hacer si le dijera que no bromeaba?

—Me imagino que no —respondió ella encogiéndose de hombros—. Por lo menos me has hecho olvidar mis preocupaciones durante un rato. Después de toda esa parrafada filosófica, siento mi cabeza un poco más ligera, incluso dispuesta a dormir un rato.

—Estoy siempre a su servicio.

—Ya lo sé —dijo Gillian haciendo un gesto.

Se subió a una caja para alcanzar el abridor de la puerta pero, antes de abrirla, volvió a mirar a la máquina.

—Dime una cosa, Niss. ¿Le has contado a Creideiki alguna de las mentiras que acabas de soltar?

—No en términos ánglicos, por supuesto. Pero hablamos prácticamente de los mismos temas.

—¿Y te creyó?

—Me parece que sí. Francamente, me quedé un poco sorprendida. Era casi como si ya hubiese oído todo eso antes, de otra fuente de información.

Aquello explicaba parte del misterio de la desaparición del capitán. Y no había nada que ahora pudiera hacerse al respecto.

—Suponiendo que te creyese, ¿qué piensa Creideiki que va a poder solucionar ahí fuera?

Las motas giraron durante unos instantes.

—Creo, doctora Baskin, que en primer lugar ha salido en busca de aliados. Y a un nivel completamente diferente, está ahí fuera intentando añadir unas cuantas estrofas a la leyenda.

CREIDEIKI

Gemían. Siempre habían sufrido. Durante eones, la vida los había golpeado.

: Escuchad :

Hablaba en la lengua de los antiguos dioses, intentando persuadir a los *karrank%* para que le respondieran.

: Escuchad : Profundos, Ocultos, Vosotros Los Tristes, Maltratados : Os Llamo Desde Fuera : Solicito Audiencia :

La canción doliente se interrumpió. Notó un indicio de irritación. Llegaba a través del sonido y del psi, un movimiento para alejar a una pulga molesta.

La canción de lamento continuó.

Creideiki persistió en ella, importunó, sondeó. Emitía por el enlace del relé del trineo que el *Streaker* había abandonado, respirando el aire del domo, intentando llamar la atención de los antiguos misántropos mediante los impulsos eléctricos de un robot distante para amplificar su débil mensaje.

: Llamo Desde Fuera : Pido Ayuda : Vuestros Antiguos Verdugos Son También Nuestros Enemigos :

Era la verdad algo exagerada, pero la verdad al fin y al cabo. Se apresuró esculpiendo imágenes-sonidos al ver que le prestaban atención.

: Somos Hermanos : ¿Nos Ayudaréis? :

De repente surgió un zumbido gruñón. La parte psi se sentía enojada y extraña. La parte de sonido chirriaba como parásitos. Sin su aprendizaje en el Mar de los Sueños, Creideiki estaba seguro de que no hubiera podido descifrarlo.

+ NO NOS MOLESTES –
 – ¡NO TE QUEDES! NOSOTROS +
 + NO TENEMOS HERMANOS –
 – RECHAZAMOS +
 + EL UNIVERSO –
 – VETE +

La cabeza de Creideiki vibró a causa de aquel poderoso rechazo. Sin embargo, la potencia psi continuaba alentándole.

Todo lo que necesitaba la tripulación del *Streaker* era un aliado, *cualquier* aliado.

Tenían que recibir ayuda, al menos distracción, para que el plan de engaños y camuflaje de Thomas Orley tuviera la oportunidad de triunfar. Por extrañas y amargas que parecieran aquellas criaturas de las profundidades, en épocas anteriores habían sido exploradores de estrellas. Tal vez les produciría satisfacción poder ayudar a otras víctimas de la civilización galáctica.

Insistió.

: ¡Mirad! : ¡Escuchad! : Vuestro Mundo Está Rodeado De Manipuladores De Genes : Ellos Nos Buscan : Y A Los Pequeños Que Comparten Este Planeta Con Vosotros : Quieren Modificarnos : Como Hicieron Con Vosotros : Invadirán Vuestra Propia Agonía :

Elaboró una imagen sónica de grandes flotas de naves, adornadas con voraces mandíbulas abiertas. La recubrió de una impresión de intenciones maliciosas.

Pero su imagen fue hecha pedazos por una atronante respuesta.

+ ¡NO TENEMOS NADA QUE VER! –

Creideiki sacudió la cabeza y se concentró.

: Tal Vez Vengan También A Por

+ NO SOMOS DE NINGUNA UTILIDAD PARA ELLOS –

– ES A **VOSOTROS** A QUIENES BUSCAN +

+ NO A NOSOTROS –

La respuesta lo dejó asombrado. Creideiki sólo tenía fuerzas para formular una pregunta más. Trató de preguntar qué harían los *karrank* en caso de *ser* atacados.

Antes de que acabara de hablar, recibió por respuesta un crujido de dientes que no podía ser analizado ni en los glifos sensoriales de los dioses antiguos. Era más un rugido de desafío que algo descifrable. Luego, en un instante, se interrumpieron los sonidos y los ecos mentales y se quedó solo con un estallido de cólera en la cabeza.

Había hecho todo lo que podía. ¿Y ahora qué?

Como no tenía nada mejor, que hacer, cerró los ojos y meditó. Emitió espirales de sonar y estructuró en forma de dibujos los ecos de las montañas marinas de la zona. Su decepción disminuyó al percibir que Nukapai tomaba forma junto a él, su cuerpo era una combinación de sus propios sonidos y los del mar. Pareció rozarle en el costado y Creideiki sintió un breve deseo.

: No Son Gente Amable : comentó ella.

Creideiki sonrió con tristeza.

: No, No Lo Son : Pero Sufren : Si No Fuera Por Necesidad Nunca Habría Molestado A Esos Ermitaños :

Él suspiró.

: La Canción Del Mundo Parece Decir Que No Nos Ayudarán :

Nukapai sonrió ante ese pesimismo. Cambió de tempo y silbó en tono divertido.

Desciende

Y escucha qué tiempo hará mañana,

Desciende

Presciencia, presciencia...

Creideiki se concentró para intentar comprenderla. ¿Por qué hablaba en ternario, una lengua que ahora le resultaba casi tan difícil como el ánglico? Había otro lenguaje más sutil y poderoso que podían compartir. ¿Por qué le recordaba ella su incapacidad?

Sacudió la cabeza confundido. Nukapai era un producto de su propia mente... o al menos estaba limitada a los sonidos que su voz pudiese crear. ¿Cómo podía hablar en ternario?

Todavía habían misterios. Cuanto más profundizaba, más misterios parecían surgir.

Desciende

Profundo conductor de la noche,

Desciende

Presciencia, presciencia...

Se repitió el mensaje a sí mismo. ¿Quería decir ella que se podía leer el futuro? ¿Que había algo inevitable que sacaría a los *karrank%* de su aislamiento?

Estaba enfrascado en descifrar aquel mensaje cuando oyó ruido de motores. Se puso a escuchar unos instantes, pero no le fue necesario conectar los hidrófonos del trineo para reconocer el ritmo de aquellos motores.

Con mucha precaución, como si tanteara, una pequeña nave espacial asomó por el cañón. El sonar le recorrió despacio de un extremo a otro. Luego un proyector iluminó las marcas en el fondo marino que el *Streaker* había dejado unos días antes. La luz examinó los fragmentos y las piezas abandonadas y, finalmente, fue a posarse sobre la pequeña caja del relé y en su trineo.

Creideiki parpadeó ante el brillante haz de luz. Abrió del todo sus mandíbulas con una sonrisa de saludo. Pero su voz estaba paralizada. Por primera vez en muchos días se sentía intimidado, incapaz de hablar por temor a fallar las palabras más simples y parecer un idiota.

Los altavoces de la nave amplificaron un único y feliz suspiro, un suspiro de elegante sencillez.

¡Creideiki!

Envuelto en una cálida felicidad, reconoció aquella voz. Puso en marcha los motores del trineo y soltó el relé. Mientras aceleraba hacia la escotilla de entrada del esquife articuló con cuidado, una tras otra, varias palabras en ánglico.

—Hikahi... Es un placer... oír... tu voz... de nuevo...

TOM ORLEY

La bruma giraba sobre el mar de plantas. Hasta cierto punto, eso era bueno. Hacía más fácil pasar inadvertido pero hacía más difícil el descubrir las trampas.

Tom inspeccionó con cuidado el último tramo de hierbas que lo separaba del extremo abierto de la nave abatida. Este tramo no podía cubrirse por debajo del agua, y no dudaba que los que habían buscado refugio dentro del casco estarían montando guardia.

Encontró el aparato de alarma a pocos metros del agujero de entrada. Había unos cables muy finos tendidos entre dos masas vegetales. Examinó con atención el dispositivo, luego con cautela excavó bajo el recorrido del cable y se deslizó bajo él. Cuando lo hubo franqueado, subió sin hacer ruido hasta la nave flotante y se apoyó a descansar contra su estropeado casco.

Las plantas carnívoras que se habían puesto a cubierto durante la batalla empezaban a reaparecer ahora que casi todos los combatientes habían muerto. Sus graznidos de batracios resonaban misteriosamente en el fétido vapor. Tom oyó el retumbar de un volcán en la distancia. Su estómago vacío emitía ruidos. Sonaba lo bastante fuerte como para despertar a los Progenitores.

Verificó su arma. A la pistola de agujas le quedaban sólo unos cuantos disparos. Hubiera sido conveniente saber cuántos ETs se habían escondido en la nave.

Será mejor que me asegure de todo lo demás, se recordó a sí mismo. He confiado demasiado en encontrar aquí comida, y la información que necesito.

Cerró los ojos para meditar durante unos momentos; luego, se deslizó arrastrándose por la abertura. Después, echó un vistazo al interior.

Junto a un abigarrado conjunto de instrumentos manchados por el humo, se acurrucaban tres *gubru* pseudo-pájaros. Un pequeño e insuficiente radiador mantenía la atención de dos de ellos que secaban y calentaban sus largos brazos sobre él. El tercero estaba sentado frente a una consola portátil y gritaba en Galáctico Cuatro, una lengua muy usada entre varias de las especies avícolas.

—No hay a la vista ni humanos ni pupilos de éstos —piaba la criatura—. Hemos perdido nuestro equipo de detección en profundidad y por ello no podemos estar seguros, pero no hay rastro de terrestres. No podemos informar de nada más. ¡Venid a buscarnos!

—Imposible salir de nuestro escondite —espetó la radio como respuesta—. Imposible malgastar en estos momentos nuestros últimos recursos. No debéis moveros mantened vuestra posición oculta y esperad.

—¿Esperar? Estamos escondidos en una nave cuyo suministro de alimentos se ha contaminado con radiactividad. Estamos ocultos en una nave cuyas instalaciones

están en ruinas. Y sin embargo, este casco en que estamos refugiados es el mejor de los que todavía quedan a flote. ¡Tenéis que venir a buscarnos!

Tom soltó una maldición al enterarse de las noticias ¡Mucho iba a comer!

El que hablaba por la radio seguía protestando. Los otros dos *gubru* le escuchaban apoyándose alternativamente sobre una y otra pata con nerviosismo. Uno de ellos pateó contra el suelo y se abalanzó de repente sobre la radio como si quisiera interrumpir al operador. Antes de que Tom pudiera ir hacia atrás y zambullirse, los ojos de la criatura se abrieron como platos.

—¡Un humano! ¡Deprisa...!

Tom le disparó en el tórax. Sin pararse a verlo caer, pasó por la abertura y rodó hasta situarse detrás de una consola volcada. Se dirigió hacia el otro extremo y lanzó dos rápidos disparos en el momento en que el segundo *gubru* se disponía a disparar. Una delgada llama salió de una pequeña pistola, chamuscando el ya quemado techo al tiempo que el alien gritó y se desplomó hacia atrás.

El *galáctico* que hablaba por radio tenía la mirada clavada en Tom. Por un momento, desvió los ojos hacia el aparato.

—Ni se te ocurra —gritó Tom hablando en Galáctico Cuatro con un marcado acento. La cresta del alien se erizó de sorpresa. Bajó las manos y se mantuvo inmóvil.

Tom se incorporó con cautela sin dejar de apuntar al *gubru* superviviente.

—Arroja al suelo tu cinturón de municiones y mantente alejado del transmisor. Despacio. Recuerda, nosotros, los humanos, somos lobeznos. Somos fieros, carnívoros y extremadamente veloces. No me obligues a comerte —sonrió con la boca muy abierta para mostrar todos sus dientes.

La criatura tembló y se dispuso a obedecerle. Tom le agradeció la sumisión con un gruñido.

—Muy bien —dijo mientras el alien se aproximaba hacia donde Tom le había señalado, junto a la abertura. Sin dejar de apuntarle, se sentó frente a la radio. El que recibía la transmisión soltó unos nerviosos gorjeos.

Gracias, Ifni. Conocía el funcionamiento del aparato y lo desconectó.

—¿Estabas transmitiendo cuando tu amigo me vio? —preguntó a su prisionero. Le preocupaba que el jefe de las fuerzas ocultas de los *gubru* hubiera oído la palabra «humano».

La cresta del *galáctico* se erizó. Su respuesta fue tan inesperada que Tom se preguntó durante unos momentos si había pronunciado mal la pregunta.

—Debes vencer ese orgullo —pió, hinchando las plumas—. Todos los jóvenes deben vencer el orgullo. El orgullo conduce al error. La desmesura conduce al error. La única salvación está en la ortodoxia. Nosotros podemos salvar...

—¡Ya basta! —le espetó Tom.

—... salvarte de los herejes. Llévanos a los Progenitores. Llévanos a los antiguos Maestros. Llévanos a los promulgadores de Leyes. Llévanos con ellos. Esperan volver al Paraíso como dijeron antes de partir hace mucho tiempo. Confían en el

Paraíso y podría ser en vano ante gente como los *soro*, o los *tandu*, o los *thenanios*, o...

—¡Los *thenanios*! ¡Eso es lo que quiero saber! ¿Están los *thenanios* luchando aún? ¿Son los más poderosos de los combatientes? —el cuerpo de Tom se balanceaba movido por su necesidad de saber.

—... o los Hermanos de la Noche. Necesitan protección hasta que se les haga comprender las terribles cosas que se han hecho en su nombre, ortodoxias destruidas, herejías que proliferan por doquier. Llévanos con ellos, ayúdanos a limpiar el Universo. Vuestra recompensa será grande. Vuestras modificaciones pequeñas. Vuestro contrato de aprendizaje corto.

—¡Cállate ya! —Tom sintió cómo la tensión y la fatiga de los últimos días salían a la superficie en forma de ardiente cólera. Junto a los *soro* y a los *tandu*, los *gubru* habían estado entre los peores perseguidores de la Humanidad. Había soportado de aquel *gubru* todo lo que era capaz de aguantar—. ¡Basta ya y responde a mis preguntas! —disparó al suelo junto a los pies del alien. Éste saltó sorprendido, con los ojos desorbitados. Tom disparó dos veces más. La primera vez el *gubru* bailó para alejarse del rebote del proyectil. La segunda sólo se sobresaltó pues la pistola de agujas falló y quedó obstruida.

El *galáctico* lo miró y luego chilló de alegría. Extendió sus plumosos brazos en toda su amplitud y sacó sus grandes garras. Por primera vez dijo algo directo y comprensible.

—¡Ahora eres tú quien debe hablar, impertinente, criatura a medio formar, presuntuoso maestrillo!

Se abalanzó, gritando.

Tom se apartó hacia un lado y la criatura pajaroides pasó junto a él. Frenado por el hambre y la fatiga no pudo evitar que la afilada *zarpa* le desgarrase el traje de inmersión y le hiriera junto a las costillas. Ahogando un grito, se golpeó contra una pared manchada de sangre al mismo tiempo que el *gubru* se volvió para reanudar el ataque.

Ninguno de ellos tuvo en cuenta las armas que estaban caídas en el suelo. Vacías y resbaladizas, aquellas armas no merecían el riesgo de agacharse a recogerlas.

—¿Dónde están los delfinnes? —chilló el *gubru* bailoteando hacia adelante y hacia atrás—. Dímelo o tendré que enseñarte a respetar a tus mayores con métodos muy duros.

—Aprende primero a nadar, cerebro de chorlito, y luego te llevaré con ellos.

El *gubru* sacó de nuevo las garras. Gritó y cargó.

Tom reunió todas sus reservas. Dio un salto y propinó una furiosa patada en el cuello de su adversario. El grito se interrumpió bruscamente y sintió cómo le crujían los huesos por el impacto. Cayó resbalando antes de chocar contra la pared.

Tom cayó también, dando tumbos, junto a él. Tenía la vista borrosa. Respirando pesadamente, con las manos sobre las rodillas, miró a su enemigo.

—Ya te lo dije... te dije que somos... lobeznos —murmuró.

En cuanto le fue posible, se puso en pie, caminó balanceante hacia el agujero del flanco del navío y se inclinó sobre el extremo ennegrecido para mirar la niebla que se había formado alrededor de éste.

Todo lo que le quedaba era la mascarilla, el destilador de agua dulce, su ropa y, ah sí, las prácticamente inservibles armas de mano de los *gubru*.

Y la bomba de mensajes, por supuesto, cuya presión sentía contra el diafragma.

Ya he retrasado demasiado esta decisión, pensó. Mientras la batalla se desarrollaba, él podía pretender que estaba buscando respuestas. Pero quizá sólo había estado aplazándola. *Quería estar seguro. Quería saber que la trampa tenía las máximas posibilidades de funcionar. Por lo que ha ocurrido aquí, hay que creer que todavía quedan thenanios.*

Encontré esa patrullera. El gubru habló de los thenanios. ¿Tendré que ver su flota para estar seguro de que todavía los hay en la batalla de ahí arriba?

Pensó que había otro motivo por el cual había aplazado la decisión.

Una vez haya activado la bomba, Creideiki y Gillian saldrán. No habrá modo de que puedan detenerse para recogerme. Tenía que haber regresado a la nave por mis propios medios, si es que los tenía.

Mientras luchaba entre las plantas, no había perdido la esperanza de encontrar una nave que funcionase. Cualquier cosa que le pudiera llevar de vuelta a casa. Pero a su alrededor sólo había naves destrozadas.

Se sentó pesadamente con la espalda apoyada contra el frío metal y sacó la bomba de mensajes.

¿Debo lanzarla?

El plan del Caballo Marino era suyo. ¿Por qué estaba allí, lejos de Gillian y del hogar, si no para descubrir si el plan funcionaría?

Recorriendo con la mirada la cubierta teñida de sangre del crucero alien, sus ojos se posaron en la radio de los *gubru*.

¿Sabes?, se dijo a sí mismo, *hay algo más que puedes hacer. Aunque signifique meterse en la boca del lobo, podrás comunicar a Jill y a los otros todo lo que has descubierto.*

Y quizá sirva para algo más.

Tom hizo acopio de fuerzas para ponerse en pie. Bien, pensó mientras avanzaba tambaleándose. *Y ya está visto que no hay nada que comer. Bueno, así conservaré la línea.*

Novena parte

ASCENSO

*¡El crepúsculo y la estrella de la tarde,
Y una clara llamada para mí!
Sin que haya lamentos en el bar
Cuando me confunda con el mar.*

A. TENNYSON

DENNIE Y SAH'OT

—Es el camino más largo, Dennie. ¿Estás segura de que hemos de girar precisamente al sudoeste?

Sah'ot nadaba junto al trineo, manteniéndose a su altura con mucha facilidad. De vez en cuando salía a la superficie para respirar y reunirse con su compañera sin variar el ritmo.

—Sé que esto podría ser más rápido, Sah'ot —respondió Dennie sin levantar la vista de la pantalla de sonar.

Cuidaba de no acercarse demasiado a las colinas metálicas. En aquella zona crecía la planta asesina. El relato de Toshio sobre su encuentro con la terrible planta la había aterrorizado y estaba decidida a dar un rodeo con tal de evitar cualquier colina que le resultase desconocida.

—¿Entonces por qué estamos regresando al lugar en que estaba el *Streaker* antes de que nos dirigiéramos hacia el sssur?

—Por varias razones —contestó ella—. La primera, porque conocemos esta ruta, ya que la hemos recorrido antes. Y porque el camino que lleva desde el antiguo emplazamiento de la nave hasta el Caballo Marino va hacia el sur, de forma que hay menos posibilidades de que nos perdamos.

Poco convencido, Sah'ot soltó una risita.

—¿Y?

—Y en este camino hay posibilidades de encontrar a Hikahi. Sospecho que ahora debe estar husmeando en el lugar donde se hallaba la nave.

—¿Te ha pedido Gillian que la busques?

—Sí —mintió Dennie. En realidad tenía sus propias razones para querer encontrar a Hikahi.

Dennie estaba asustada por lo que Toshio pretendía hacer. Era probable que quisiera prolongar su estancia en la isla hasta que las reparaciones del *Streaker* estuvieran terminadas y fuese demasiado tarde para que Takkata-Jim pudiera intervenir. Pero esto hacía imposible que la nave pudiera recogerlo yendo él en el trineo.

En ese caso, la única oportunidad de Toshio sería el esquife. Tenía que encontrar a Hikahi antes de que Gillian lo hiciera. Gillian podía decidir enviar el esquife en busca de Tom Orley, y no de Toshio.

Dennie sabía que no actuaba del todo bien y se sentía un poco culpable de su decisión. Pero si podía mentir a un delfín, también podía mentirle a otro.

TAKKATA-JIM Y METZ

El antiguo segundo movía la cabeza y rechinaba los dientes al contemplar el último sabotaje.

—Voy a ensartarles las entrañas en las ramas de los árboles —susurró. Los pesados brazos manipuladores de su armadura-araña emitían chirridos.

Ignacio Metz contempló los delgados y casi invisibles cables que cubrían el suelo de la lancha. Parpadeó intentando seguir el curso de los filamentos que se adentraban en el bosque.

—¿No cree que está exagerando, teniente? —preguntó sacudiendo la cabeza—. Me parece que lo único que está haciendo el chico es asegurarse de que no nos vamos antes de lo que hemos acordado.

—¿Ha cambiado de opinión de repente, *doctor Metz*? —dijo Takkata-Jim volviéndose para mirar al humano—. ¿Cree que debemos permitir a esa mujer lunática que ahora está al mando del *Streaker* que lleve a nuestros compañeros de tripulación a una muerte segura?

—N-no ¡desde luego que no! —Metz se encogió ante la cólera del oficial delfín—. Estoy de acuerdo en que debemos perseverar. Debemos intentar encontrar una forma de compromiso con los *galácticos*, pero...

—¿Pero qué?

—Sólo pienso que no debe culpar a Toshio por hacer su trabajo —dijo Metz encogiéndose de hombros, indeciso.

Takkata-Jim chasqueó sus mandíbulas con un ruido que parecía un disparo e hizo avanzar a la araña en dirección a Metz, deteniéndose a menos de un metro de distancia del nervioso humano.

—¡Usted piensa! ¡Usted PIENSA! ¡Esto es el colmo! Usted, que tiene la arrogancia de pensar que su sabiduría sobrepasa a la de los concejos de la Tierra; usted, que ha introducido pequeños monstruos en una tripulación ya problemática; usted, que se ha mentado a sí mismo para creer que todo andaba bien y que ha ignorado las señales de peligro cuando su sabiduría resultaba necesaria para sus desesperados pupilos... sí, Ignacio Metz. Dígame ¿qué piensssa? —Takkata-Jim soltó un bufido de burla.

—Pe-pero nosotros... usted y yo estamos de acuerdo en casi todo. Mis fines con genes *steno*s han sido sus más leales partidarios. ¡Son los únicos que se pusieron a su favor!

—¡Sus *steno*s no son auténticos *steno*s! Son criaturas ignorantes y excéntricas que no pertenecían a esta misión. ¡Las he *utilizado* del mismo modo que lo he *utilizado* a usted! ¡Pero no me equipare con sus monstruos, Metz!

Aturdido, Metz retrocedió hasta el casco de la lancha.

De las cercanías llegaban ruidos de motores que se aproximaban.

Takkata-Jim lanzó a Metz una mirada llena de desprecio y le indicó por señas que permaneciese callado. La araña de Sreekah-pol avanzaba entre el follaje.

—Los cables llevan a la ch-charca —anunció el delfín. Hablaba un ánglico de tono tan agudo que Metz apenas podía comprenderle—. Descienden y rodean el pozo del árbol-t-t-taladrador.

—¿Los has cortado?

—Sssí.

Takkata-Jim asintió.

—¡Por favor, doctor Metz, prepare a los *kiqui*. Son nuestro segundo artículo de cambio y deben estar listos para ser inspeccionados por cualquier raza con la que contact-temos!

—¿A dónde irá usted? —le preguntó Metz.

—No le gustaría saberlo.

Metz vio decisión en la mirada de Takkata-Jim. Luego se fijó en los tres *steno*s. En sus ojos había el brillo impaciente de la demencia.

—¡Los está incitando en primal! —dijo con voz entrecortada—. Estoy seguro. Los está llevando al borde del abismo. ¡Va a convertirlos en asesinos!

—Después ya me enfrentaré con mi conciencia, doctor Metz —dijo Takkata-Jim con un suspiro—. Entretanto, haré lo que debo hacer para salvar la nave y nuestra misión. Como los delfines cuerdos no pueden matar seres humanos, necesito delfines dementes.

Los tres *steno*s se rieron burlescamente del doctor Metz. Éste les miraba a los ojos aterrorizados y escuchaba sus salvajes chasquidos.

—¡Usted no está en sus cabales!

—Sí lo estoy —Takkata-Jim sacudió la cabeza compadecido—. Es *usted* quien está loco. Estos fines están locos. Yo sólo estoy actuando como lo haría un ser humano desesperado y con plena devoción a sus obligaciones. Patriota o criminal, es cuestión de puntos de vista, pero soy un ser consciente.

—Usted no puede volver a la Tierra —dijo Metz con los ojos saliéndosele de las órbitas— con alguien que sepa... —palideció y fue a toda prisa hacia la esclusa de aire.

Takkata-Jim no tuvo siquiera que dar la orden. De la araña de Sreekah-pol brotó un rayo azul de luz acónica. Ignacio Metz suspiró y cayó sobre el lodo, fuera de la escotilla de la lancha. Miró a Sreekah-pol como un padre miraría a un hijo que lo ha traicionado.

Takkata-Jim se dirigió a su tripulación disimulando como pudo la náusea que le revolvió las entrañas.

Buscad, buscad,

*Buscad y Matad,
Matad
A los humanos de piel suave
Y a los monos peludos.*

*Yo espero, espero
Aquí,
Espero aquí.*

Los fines dieron un chillido de asentimiento al unísono y se adentraron en el bosque como si de uno solo se tratara, con los grandes brazos manipuladores apartando árboles como si fueran matorrales.

El humano gimió. Takkata-Jim le observó y decidió acabar con sus desgracias. Le hubiera gustado hacerlo, pero no quería obligarse a sí mismo a cometer un acto de violencia contra un ser humano.

Ya basta, pensó. Quedan todavía algunas reparaciones por hacer. Tengo que estar preparado para cuando regresen mis monstruos.

Takkata-Jim pisó delicadamente al debilitado humano y subió hasta la esclusa de aire.

—¡Doctor Metz! —Toshio volvió de costado al herido y alzó su cabeza. Éste gimió mientras le aplicaba un analgésico en aerosol sobre la garganta—. Doctor Metz, ¿puede oírme?

Metz miró al joven con ojos legañosos.

—¿Toshio? Tienes que escapar, hijo. Takkata-Jim ha enviado...

—Lo sé, doctor Metz. Estaba escondido entre los árboles y vi cómo le disparaba.

—Entonces pudiste oír...

—Sí, señor.

—Ya ves lo idiota que he sido...

—No es momento de lamentarse, doctor. Tenemos que escapar. Charlie Dart está escondido aquí cerca. Iré a avisarle mientras los *stenos* están peinando otra zona de la isla.

—A él también lo buscan —dijo Metz asiéndose al brazo de Toshio.

—Lo sé. Y usted nunca habrá visto a un chimp tan aturdido. Él creía sinceramente que jamás pensarían que me estaba ayudando. Déjeme ir a buscarlo y escaparemos juntos.

Metz tosió y una espuma roja emergió de sus labios. Movié la cabeza, en un gesto de negación.

—No. Al parecer he sido asesinado por mi propia desmesura, como Víctor Frankenstein. Déjame, debes coger tu trineo y marcharte.

Toshio hizo una mueca.

—La primera parada que hicieron fue en la charca, doctor Metz. Los he seguido y he visto cómo hundían mi trineo. Corrí delante de ellos para poder ahuyentar a los *kiqui* de la isla. Dennie me enseñó su señal de peligro y cuando la he gritado, han salido corriendo como locos; así están a salvo de los *stenos*...

—No son *stenos* —le corrigió Metz—. *Demenso cetus metzii*, es lo que hay que decir. «Los delfines locos de Metz.» Creo que soy el primer muerto a manos de los delfines desde... —se puso el puño ante la boca y tosió de nuevo.

Metz vio el rojo esputo que tenía en la mano y luego miró a Toshio.

Íbamos a entregar a los *kiqui* a los *galácticos*, ¿sabes? A mí no me parecía bien, pero me convencieron...

—¿Takkata-Jim?

—Sí. Pensaba que informar a los ETs de la situación de la flota abandonada no bastaría...

—¿Tiene las *cintas*? —Toshio se sentía aturdido—. Pero ¿es posible que...? —Metz no le escuchaba. Parecía decaer rápidamente.

—Pensó que no serían suficiente para *ganar* la libertad del *Streaker* y decidió darles también los aborígenes. El hombre se agarraba débilmente al brazo de Toshio.

—Tienes que liberarlos, Toshio. No permitas que los capturen los fanáticos. Son muy prometedores. Es mejor que tengan tutores comprensivos. Quizá los *linten*, o los *synthianos*... pero nosotros no somos los apropiados para esa tarea... los convertiríamos en caricaturas nuestras. Los...

Metz se desplomó.

Toshio se quedó junto a él. Era todo lo que podía hacer por el hombre. Su pequeño botiquín de primeros auxilios no le salvaría pero le ahorraría dolor.

Un minuto más tarde, Metz se incorporó de nuevo. Alzó los ojos pero no veía.

—Takkata-Jim —dijo ahogándose—. Nunca había pensado en ello antes. Es exactamente lo que hemos estado buscando. No me di cuenta, pero no es un delfín. Es un *hombre*. ¿Quién hubiese dicho...?

Su voz se desvaneció y puso los ojos en blanco.

Toshio no le encontró el pulso. Dejó el cuerpo tumbado sobre el suelo y se deslizó hacia el bosque.

—Metz ha muerto —le dijo a Charles Dart, cuya cabeza asomaba entre las ramas con el blanco de los ojos muy brillante.

—P-p-pero est-t-to es...

—Es un homicidio, lo sé —asintió Toshio simpatizando con el sentimiento de Charles Dart.

La única técnica estándar de elevación que los humanos habían tomado de los *galácticos* sin modificarla, era la gran repulsión ante el asesinato de los tutores por sus pupilos. Algunos la consideraban excesivamente hipócrita, si se tenía en cuenta el comportamiento liberal de los hombres en otros aspectos. Y sin embargo...

—Entonces no se lo pensarán dos veces antes de dispararte a ti o a mí. —Toshio se encogió de hombros—. ¿Qué vamos a hacer?

Charlie había perdido toda su sobriedad profesional. Miraba a Toshio y esperaba que éste le aconsejara.

Él es el adulto y yo soy el niño, pensó Toshio con amargura. *Tendría que ser a la inversa.*

No, eso es una idiotez. La edad o la relación tutor-pupilo no tienen nada que ver. Yo soy militar. El que nos mantengamos con vida es deber mío.

Mantuvo oculto su nerviosismo.

—Haremos lo mismo que hemos hecho hasta ahora, doctor Dart. Vamos a acosarlos y a intentar retrasar su partida lo máximo posible.

Dart parpadeó unas cuantas veces seguidas, y luego objetó:

—Pero entonces no habrá salida para nosotros. ¿Puedes conseguir que el *Streaker* venga a buscarnos?

—Eso no está en mis manos, pero creo que, si puede, Gillian lo hará. Pero usted y yo ahora somos prescindibles. Trate de comprenderlo, doctor Dart. Somos soldados. Se dice que es una satisfacción sacrificarse por el bien de los demás. Creo que es verdad; de otro modo, no existirían las leyendas.

El chimp intentaba creerle. Sus manos se agitaban a causa del nerviosismo.

—Si consiguen regresar a la Tierra, contarán lo que hemos hecho, ¿no?

—¿Usted qué cree? —sonrió Toshio.

Charlie miró al suelo durante unos instantes. Podían oír a los *steno*s avanzando por el bosque, aún a distancia.

—Humm, Toshio, hay algo que debieras saber.

—¿Qué es, doctor Dart?

—Ah, ¿te acuerdas de lo que yo quería hacer para retrasar un poco su partida?

—Su experimento. Sí, me acuerdo.

—Bien, los instrumentos que dejé a bordo del *Streaker* registrarán los datos, de forma que la información llegará a casa aunque yo no lo haga.

—¡Oh, eso es fantástico, doctor Dart! Me alegro por usted —Toshio sabía lo que aquello significaba para el científico chimp.

—Sí, bien, es demasiado tarde para impedir lo que va a ocurrir —Dart sonrió ligeramente—, así que pienso que debes saberlo para que no te sorprendas.

—Dígamelo —había algo en el tono de Dart que intranquilizó a Toshio.

—Dentro de ochenta minutos el robot estará donde yo quiera —dijo Charlie consultando su reloj. Miró a Toshio con cierto nerviosismo—. Entonces mi bomba explotará.

Toshio se apoyó contra el tronco de un árbol.

—Perfecto, es justo lo que necesitamos...

—Iba a decírselo a Takkata-Jim para que pudiéramos alejarnos en el momento de la explosión —explicó Charlie apesadumbrado—. Aunque yo no me hubiera

preocupado mucho. Examiné el mapa de la caverna que trazó Dennie. Apostaría incluso que la colina no va a hundirse pero, ya sabes... —Hizo un gesto con las manos.

Toshio suspiró. De todas formas iban a morir. Por fortuna, ese último giro de la suerte no tenía, al parecer, implicaciones cósmicas.

STREAKER

—Estamos listos —anunció él con mucha flema.

Gillian levantó la vista de la pantalla holo. Hannes Suessi la saludó desde el umbral de la puerta formando con los dedos la V de victoria. Las luces del pasillo bien iluminado proyectaban un trapezoide en el suelo de la habitación en penumbra.

—¿Los ajustes de la impedancia...? —preguntó ella.

—Perfectos. De hecho, cuando regresemos a la Tierra, voy a sugerir que compremos un montón de cascos viejos de los *thenanios* para reparar con ellos a todos los Snarks. Iremos despacio debido al agua contenida en la crujía central, pero el *Streaker* despegará, y volará. Y será prácticamente imposible que recibamos un golpe que atraviese la carcasa externa.

—Por ahí arriba se están repartiendo todavía muchos golpes —dijo Gillian poniendo los pies sobre la mesa del despacho.

—La nave volará... Y en cuanto a lo demás... —el ingeniero se encogió de hombros—. Lo único que le aconsejaría es que dejase dormir un par de horas al personal de máquinas porque, en caso contrario, en el momento del despegue estarán destrozados. Aparte de eso, todo es ahora cosa suya, madame capitán. Y no venga a pedirnos ningún otro consejo —siguió hablando sin dejarla intervenir—. Hasta ahora, Gillian, ha hecho usted muy buen trabajo y ni Tsh't ni yo vamos a decir otra cosa que «sí, señor», «muy bien, señor».

—De acuerdo —asintió Gillian cerrando los ojos.

Hannes miró hacia el laboratorio de Gillian a través de la puerta abierta de la oficina de ésta. Tenía conocimiento de la existencia del viejo cadáver puesto que había ayudado a Tom Orley a trasladarlo a la nave. Vislumbró una silueta suspendida dentro de un ataúd de cristal. Hannes se estremeció y desvió la vista.

El visor holo de Gillian mostraba una pequeña representación, del tamaño de una pelota de ping-pong, del planeta Kithrup, y las lunas de éste como un enjambre de minúsculos insectos. Suspendidos en el espacio, se veían dos grupos de manchas azules y rojas acompañadas de diminutas letras-código de ordenador.

—No parece que queden demasiados de esos indecentes sodomitas —comentó Suessi.

—Ésas son justamente las naves situadas en el espacio cercano. La vista general de un astrón cúbico muestra dos escuadrones aún importantes de los *galácticos*. No podemos identificar de qué flotas se trata, pues el ordenador de combate asigna colores en función de sus movimientos. Al parecer, las alianzas ahí arriba siguen modificándose. Y hay montones de supervivientes refugiados en las lunas.

Suessi frunció los labios. Iba a preguntar algo que estaba en la mente de todos,

pero se contuvo. Y sin embargo Gillian respondió a su pregunta no formulada.

—Seguimos sin tener noticias de Tom —ella se miró las manos—. Hasta estos momentos tampoco habiésemos podido utilizar su información, pero ahora... —interrumpió sus palabras.

—Pero ahora tendríamos que saber si despegar puede significar un suicidio —dijo Suessi completando la frase a medio acabar de Gillian. Vio que ésta examinaba de nuevo el visor—. Está intentando descubrirlo por sí misma, ¿no es cierto?

Gillian se encogió de hombros.

—Tómame una hora, Hannes, o tres, o diez. Di a tus fines que echen una cabezada en sus puestos y que conecten sus máquinas de dormir con el puente. Tal vez estoy equivocada —frunció el ceño al contemplar las manchas en movimiento del visor—, nosotros podemos elegir el menor de los males: quedarnos aquí escondidos hasta que nuestras encías empiecen a volverse azules debido al veneno del metal o nos muramos de hambre. Pero creo, tengo el presentimiento, de que debemos actuar en seguida —dijo sacudiendo la cabeza.

—¿Y qué hay de Toshio, Hikahi y los demás?

Gillian no contestó. La respuesta no era necesaria. Unos instantes después, Suessi se marchó, cerrando la puerta a sus espaldas.

Puntos. Los sensores pasivos del *Streaker* no podían detectar más que pequeños puntos en movimiento que a veces se unían en brillantes racimos y que cuando se separaban lo hacían en menor número. El ordenador de combate examinaba aquellas figuras y sacaba conclusiones provisionales. Pero la respuesta que ella necesitaba no llegaba nunca.

—Las flotas supervivientes, ¿reaccionarán con indiferencia ante la aparición repentina de un crucero *thenanio* perdido mucho tiempo atrás, o por el contrario aunarán sus fuerzas para hacerlo desaparecer de los cielos? —Gillian tenía que tomar una decisión. Nunca se había sentido tan sola.

¿Dónde estás, muchacho? Vives, lo sé. Puedo sentir tu lejano aliento. ¿Qué estás haciendo ahora?

A su izquierda, una brillante luz verde empezó a emitir destellos.

—¿Sí? —dijo al operador de comunicaciones.

—¡Doctora Bassskin! —era la voz de Wattaceti, desde el puente—. Hay una llamada de Hikahi. ¡Creideiki está con ella!

—¡Pásame la comunicación!

Se produjo un silbido mientras el operador subía el volumen de la débil señal.

—¿Gillian? ¿Eresss tú?

—Sí, Hikahi. ¡Gracias a Dios! ¿Estás bien? ¿Y Creideiki?

—Estamos los dos muy bien, Asistente de la Vida. Por lo que nosss ha dicho el fin del puente, veo que no nos necesitáis en absoluto.

—¡Son unos malditos mentirosos! ¡Vampiros de sus tutores! Y no cambiaría ni a uno de ellos por mi brazo izquierdo. Escucha, faltan cinco delfines de la tripulación. Debes estar alerta, dos de ellos son regresivos y altamente peligrosos.

La línea silbó unos instantes y luego llegó la respuesta.

—No te preocupes, cuatro de ellos han muerto.

—¡Dios mío! —dijo Gillian cubriéndose el rostro con las manos.

—Keepiru está con nosotross —Hikahi respondió a la pregunta que Gillian no había formulado.

—Pobre Akki —suspiró Gillian.

—Haz saber a Calafia que murió cumpliendo su deber. Keepiru dice que fue valiente y cognoscitivo hasta el final.

—Hikahi, tú eres ahora la capitán. Necesitamos que regreses *de inmediato*. En este instante te hago oficialmente el traspaso de poderes...

—No, Gillian —la interrumpió—. Aún no, por favor. Todavía hay cosas que debo hacer con el esquife. Tenemos que recoger a los de la isla y a los *kiqui* voluntarios.

—No creo que tengamos tiempo, Hikahi —las palabras sonaban amargas al pensar en la brillante y siempre modesta Dennie Sudman, en el erudito Sah'ot, y en Toshio, tan joven, tan noble.

—¿Ha llamado Tom? ¿Hay alguna emergencia?

—Ni una cosa ni otra, todavía. Pero...

—¿Ent-t-tonces qué?

No podía explicarse. Lo intentó en ternario.

*Qué sonido tan penetrante oigo,
Toque de clarines, motores acelerados,
Las lágrimas por un amor perdido,
Rápidas, muy rápidas.*

En el esquife se produjo un largo silencio. Luego no se oyó la voz de Hikahi, sino la de Creideiki que respondía. En su ternario repetitivo, de frases simples, Gillian sólo pudo captar un ligero indicio de algo profundo y un poco misterioso.

*Sonidos, Todos los Sonidos
Contestan Algo
Contestan Algo :*

*Acciones, Todas las acciones
Producen Sonidos
Producen Sonidos :*

Pero el Deber, Todo el Deber

Llama en Silencio
Llama en Silencio :

Gillian contuvo la respiración hasta que oyó desvanecerse la última nota de Creideiki. Un temblor helado le recorrió la columna vertebral.

—Adiós, Gillian —dijo Hikahi—. Haz lo que creas que debes hacer. Regresaremos tan pronto como podamos. Pero no nos esperes.

—¡Hikahi! —Gillian se agarró al radiotransmisor pero la comunicación se cortó antes de que pudiera decir nada más.

TOSHIO

—Ambas esclusas de aire están cerradas por dentro —anunció Toshio jadeando al regresar a su escondrijo—. Me parece que tendremos que intentarlo como usted lo hizo.

Charles Dart asintió y lo condujo hasta los impulsores de popa de la pequeña astronave.

Por dos veces, tuvieron que encaramarse a unos altos árboles mientras los *steno*s patrullaban la zona. A los dementes fines no se les había ocurrido, al parecer, mirar hacia arriba en busca de sus presas. Pero Toshio sabía que no tendrían escapatoria si los cogían en campo abierto.

Charlie quitó la tapa posterior del pasillo de mantenimiento que estaba entre los motores.

—Entré por ahí arrastrándome entre los circuitos del combustible hasta llegar al panel de acceso de esa mampara —dijo, señalando, mientras Toshio contemplaba el laberinto de tubos.

—No es de extrañar que nadie buscara ahí a un polizón —comentó Toshio mirando con asombro a Dart—. ¿Y es así como entró también en el arsenal? ¿Trepando por las tuberías en las que no cabría ningún humano?

El planetólogo asintió.

—Me parece que no podrás acompañarme. Lo que significa que tendré que sacar a esos bichitos yo solo, ¿no?

—Creo que están en la bodega de popa —asintió Toshio—. Toma, aquí tienes el codificador.

Le tendió el dispositivo traductor. Parecía un gran medallón colgado de un collar. Todos los neochimps estaban familiarizados con los codificadores ya que, por lo general, tenían problemas para hablar hasta la edad de tres años. Charlie se lo pasó por la cabeza. Empezó a trepar por la pequeña abertura, pero se detuvo y miró al guardiamarina con el rabillo del ojo.

—Dime, Toshio. Imagina que ésta es una de esas naves-zoológico del siglo xx y que ahí hubiera un montón de chimps presensitivos en la bodega de una nave clíper, o lo que usaran entonces para ir desde África a algún laboratorio o circo. ¿Te arriesgarías a rescatarlos?

—Con franqueza, Charlie, no lo sé —Toshio se encogió de hombros—, me gustaría pensar que sí. Pero en realidad, no sé lo que hubiera hecho.

—Bueno, guárdame la espalda —dijo Charlie después de mantener sus ojos clavados un buen rato en los del humano.

Éste le ayudó a subir y el chimp se adentró en el laberinto mecánico. Toshio se

quedó acurrucado bajo los impulsores escuchando los ruidos procedentes del bosque. Cuando Charlie trató de sacar el panel de acceso interno, le pareció que hacía un ruido enorme. Luego dejó de oírlo.

Volvió al bosque para recorrer con sigilo la zona circundante.

Por el estrépito que le llegaba de la aldea de los *kiqui*, supuso que los *stenos* se estaban divirtiendo con un juego destructivo. Tenía la esperanza de que ninguno de los pequeños nativos hubiese regresado para presenciarlo; o lo que era peor, para ser presa de su violencia.

Regresó a la lancha y consultó su reloj. Faltaban diecisiete minutos para que explotara la bomba.

Llegó al área de mantenimiento y dedicó algunos minutos a hacer girar varias válvulas, estropeando sus fijaciones. Estaba claro que Takkata-Jim no necesitaría los impulsores para nada. Si había cargado el suficiente combustible, podría despegar con los motores gravitacionales. Si dejaba suelto el panel de acceso, disminuiría la estabilidad aerodinámica de la nave, pero incluso ese efecto sería poco importante. Las lanchas como aquélla estaban construidas de un modo muy sólido.

Se detuvo y se puso a escuchar. El alboroto del bosque se acercaba. Los fines estaban regresando.

—¡Date prisa, Charlie! —se llevó la mano al gatillo de su pistola de agujas aunque no estaba seguro de poder apuntar lo bastante bien como para alcanzar a los delfines en las zonas donde no estaban protegidos por las arañas de metal.

—¡Vamos!

Del interior de la cavidad le llegaron una serie de pequeños ruidos, palmadas y chapoteos. Unos chillidos intermitentes resonaban en la estrechez de la abertura y entonces vio aparecer un par de manos palmeadas de color verde.

Éstas fueron seguidas por la cabeza de un *kiqui* de expresión angustiada. El aborigen pasó a través del panel interno y se arrastró entre el laberinto de tubos hasta que, de un salto, fue a parar a los brazos de Toshio.

El guardiamarina tuvo que soltar a la aterrorizada criatura y dejarla en el suelo para poder coger a la siguiente. El pequeño aborigen daba horribles y aterrorizados gritos.

Por fin, los cuatro estaban fuera. Toshio miró al interior y vio cómo Charles Dart intentaba poner de nuevo en su sitio el panel interior.

—¡No importa! —susurró Toshio.

—¡Tengo que hacerlo! Si no, Takkata-Jim notará un cambio de la presión del aire en su panel de mandos. ¡Es una suerte que aún no lo haya visto!

—¡Vamos! Están... —oyó el silbido de los brazos manipuladores y el crujido de plantas aplastadas—. ¡Están aquí! Voy a mantenerles alejados de vosotros. ¡Buena suerte, Charlie!

—¡Espera!

Toshio se arrastró unos cuantos metros entre los arbustos para que no pudieran

adivinar de dónde venía. Luego se agazapó unos instantes y empezó a correr.

¡Allí! ¡Allí!

¡Ballenero!

¡Pescador de redes de Iki!

¡Perseguidor de atunes!

¡Allí! ¡Mata! ¡Allí!

Los gritos de los *stenos* llegaban de muy cerca. Toshio se escondió tras un árbol de frutos oleosos mientras los rayos mortales de color azul volaban sobre su cabeza. Los *kiqui*, chillando, corrieron hacia el bosque.

Toshio se puso en pie y también corrió, procurando que el árbol le protegiese de sus perseguidores.

Oyó ruidos por la izquierda y por la derecha al tiempo que los fines avanzaban a toda prisa para rodearlo. Su traje de inmersión le estorbaba mientras corría para llegar a los acantilados de la orilla antes de que el círculo se cerrase.

TOM ORLEY

Pasó un rato escuchando la radio, pero a pesar de que reconoció las voces de algunas razas, la mayoría de las comunicaciones se establecían de ordenador a ordenador; por lo cual, de muy poco podría enterarse.

Muy bien, se dijo a sí mismo. Voy a trabajar en la redacción. Ha de quedar bien.

EL ESQUIFE

Dennie se estrellaba contra las palabras que había preparado con tanto cuidado. Intentó plantear sus argumentos de otro modo, pero Hikahi la interrumpió.

—Doctora Sudman. ¡No es necesario que insistas! De cualquier forma, nuestra próxima parada será en la isla. Vamos a recoger a Toshio si aún está allí. Y quizá tengamos también que vérnoslas con Takkata-Jim. Nos pondremos en camino tan pronto como Creideiki termine.

Dennie se sintió libre de toda la tensión acumulada. Ya no estaba en sus manos. Serían los profesionales los que se hicieran cargo de las cosas. Podía relajarse.

—¿Cuánto falta para...?

Hikahi sacudió la cabeza.

—Creideiki no cree poder hacerlo en menos tiempo que la vez anterior. Pero no puede tardar mucho. Entretanto, ¿por qué Sah'ot y tú no descansáis un rato?

Dennie asintió y buscó un lugar para tumbarse en la pequeña cubierta.

Sah'ot llegó nadando junto a ella.

—Dime, Dennie, ya que los dos hemos de descansar, ¿por qué no nos rascamos la espalda el uno al otro?

—Bueno —dijo Dennie riendo—, pero no te entusiasmes demasiado, ¿de acuerdo?

Creideiki intentó razonar con ellos una vez más.

: Estamos Desesperados : Tal Como Antes Lo Estabais Vosotros : Ofrecemos Esperanza A Los Pequeños Seres Inacabados De Este Mundo : Esperanza de Crecer Sin Tener Que Doblegarse :

: Nuestros Enemigos También Serán Los Vuestros, Cuando Llegue El Momento :

: Ayudadnos :

Los parásitos palpitaron y vibraron en respuesta. Transmitían una sensación en parte de aislamiento psíquico, de presión y altas temperaturas. Era una canción claustrofobia de alabanza a las rocas vivas y a los metales en fusión.

+ ABANDONO –

– PAZ +

+ ¡LIBERTAD! –

– AISLAMIENTO +

Se hizo silencio súbitamente con el chillido de una torturada maquinaria. El robot

que había estado tanto tiempo a dos kilómetros de profundidad en el estrecho pozo del árbol taladrador acababa de ser destruido.

Creideiki chasqueó una frase familiar en ternario.

Esto es, así es.

Tuvo la tentación de entrar de nuevo en el Sueño. Pero en ese nivel de realidad no había tiempo para tales cosas.

Su nivel de realidad se encontraba donde estaba su deber. Más tarde, tal vez. Más tarde visitaría de nuevo a Nukapai. Quizás ella le contaría las cosas innombrables que había oído en las vagas avenidas de la presciencia.

Volvió a dirigirse a la esclusa de aire de la pequeña astronave. Hikahi, al ver que se aproximaba, empezó a calentar los motores.

TOM ORLEY

—... detectado un pequeño grupo de delfines a unos cuantos cientos de paktars al norte de esta posición. Se dirigen hacia el norte a toda velocidad. Tal vez vengan hacia aquí a ver que ha sucedido en la batalla. ¡Deprisa! ¡Es el momento de atacar!

Tom desconectó el receptor. La cabeza le dolía por el esfuerzo de concentración que tuvo que hacer para hablar en Galáctico Diez a tanta velocidad. No es que creyese que los Hermanos de la Noche iban a aceptar su voz como la de uno de sus exploradores desaparecidos. Pero eso carecía de importancia para su plan. Todo lo que deseaba era llamar su atención antes del golpe final.

Cambió de frecuencia y se dispuso a hablar en Galáctico Doce.

En realidad, aquello resultaba divertido. Le hacía olvidar la fatiga y el hambre y satisfacía su sentido estético, aunque todo eso significase que muy pronto llegarían todos con sus respectivos pupilos a buscarle.

—... guerreros paha. ¡Paha-ab-Kleppko ab-puber ab-Soro ab-Hull! ¡Informen a la Madre de la Flota soro de que tenemos noticias!

Tom se rió del juego de palabras que sólo podía pronunciarse en Galáctico Doce y que, sin embargo, estaba seguro de que los *soro* jamás entenderían.

GILLIAN

Algo estaba haciendo que todas las flotas se movieran de repente al mismo tiempo. Los reducidos escuadrones se separaban de sus flotas y se unían a los pequeños grupos de las lunas de Kithrup, dirigiéndose todos hacia el planeta. Mientras se reunían, los grupos se arremolinaban y unas pequeñas explosiones sustituían a las luces individuales.

¿Qué demonios estaba ocurriendo? Fuera lo que fuese, a Gillian le pareció que aquello les daría una oportunidad.

—¡Doctora Bassskin! ¡Gillian! —era la voz de Tsh't en el radiotransmisor—. Estamos recibiendo comunicación de nuevo desde la superficie del planeta. Proviene de un solo transmisor pero habla cada vez en una lengua galáctica diferente. ¡Juraría que se trata siempre de la misssma voz!

Se inclinó hacia adelante y pulsó un interruptor.

—Ahora mismo voy, Tsh't. Por favor, llama a la mitad de la tripulación libre de servicio para que acudan a sus puestos y deja a los otros que descansen un rato más —desconectó el aparato de comunicaciones.

Oh, Tom, pensó mientras corría hacia la puerta ¿Por qué esto? ¿No se te podía haber ocurrido algo más elegante? ¿Algo menos desesperado?

Seguro que no, se dijo a sí misma mientras cruzaba a toda prisa el corredor. Vamos, Jill, lo último que tienes que hacer es criticarlo.

Llegó al puente en unos momentos y se dispuso a escuchar.

TOSHIO

Acorralado, Toshio no podía siquiera ni trepar a un árbol. Estaban demasiado cerca y le saltarían encima en el instante en que oyesen que se movía.

Pudo oír cómo se acercaban cerrando la espiral. Toshio asió la pistola de agujas y decidió que era mejor atacar primero, antes de que estuvieran demasiado próximos para poder cubrirse. Era sólo una pequeña arma de mano contra máquinas acorazadas y potentes láseres, y él no tenía tan buena puntería como Tom Orley. De hecho, nunca había disparado antes a un ser sensitivo.

Se arrastró hacia la derecha, en dirección a la orilla. Se movía con cautela para no producir ruido en el follaje; pero unos instantes después de haber salido de su escondrijo, asustó a algún animalillo que salió volando y gritando entre los matorrales.

Al instante, oyó que el sonido de las máquinas se aproximaba. Se escondió bajo un espeso arbusto y, cuando salió, se encontró frente a frente con el enorme pie de una araña.

¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo!

Era un grito de triunfo. Levantó la vista para encontrarse con los locos ojos de Sreekah-pol. El fin sonrió malévolamente mientras accionaba la araña para que levantase el pie.

Toshio rodó de lado mientras el pie se posaba en el lugar en que había estado. Cambió de dirección evitando una patada. El aparato mecánico retrocedió. Toshio no sabía qué dirección tomar. Disparó su pequeña pistola contra el acorazado vientre de la máquina y las minúsculas agujas rebotaron y se perdieron en el bosque. El silbido triunfal era primal puro.

¡Ya lo tengo!

En aquel momento la isla empezó a temblar.

El suelo subía y bajaba. Toshio fue zarandeado a derecha y a izquierda y su cabeza golpeada rítmicamente contra la hierba. La araña se balanceó y se adentró a toda prisa en el bosque.

El temblor se aceleró. Toshio rodó sobre su estómago y de algún modo luchó contra las oscilaciones para ponerse de rodillas.

Se produjo un gran estrépito cuando dos arañas tropezaron en el claro. Una

estalló, sumiendo a Toshio en el pánico. La otra lo vio y graznó de rabia.

Toshio intentó desenfundar su pistola de agujas pero el temblor de la isla hizo que ésta se inclinara. Se estableció una competición entre el delfín loco y Toshio para ver quién era el primero que podía apuntar y disparar.

Entonces ambos se tambalearon al oír un grito que resonó en el interior de sus cabezas.

+ ¡MALOS! –
– ¡MALVADOS! +
+ ¡DEJADNOS –
– EN +
+ PAZ! –

Era un grito de rechazo que hizo gemir a Toshio y que se llevara las manos a las sienes. La pistola se soltó de su agarro y cayó al cada vez más inclinado suelo.

El delfín silbó estridentemente al ver que su araña quedaba colapsada entre convulsiones. Empezó a lamentarse.

¡Lo siento! ¡Lo siento!
¡Perdón, tutor!
¡Perdón!

Toshio rodó hacia adelante. Intentó decir «perdonado» al pasar junto al delfín. No podía entender la conversación esquizoide del fin.

—Ven hacia este lado, si puedes —le gritó, mientras trataba de dirigirse hacia la costa. El ruido en su cabeza parecía un terremoto.

De alguna forma, Toshio consiguió ponerse en pie y avanzar dando tropezones por el bosque.

Cuando llegó al borde de la colina, el mar estaba cubierto de espuma. Toshio miró en todas direcciones pero en ninguna parte parecía más calmado.

En aquel instante se oyó el rugir de unos motores. Se volvió y vio cómo un torbellino de vegetación desgarrada se elevaba a menos de cien metros de distancia. La lancha gris metálico despegaba rápidamente sobre el oscilante bosque. La rodeaba un brillante nimbo de ionización. A Toshio se le pusieron los pelos de punta cuando la isla fue barrida por un campo de antigravedad. La lancha viró despacio y pareció vacilar. Luego, con un sordo retumbar se lanzó hacia el horizonte oriental.

Toshio se agazapó y se sujetó las ropas cuando le alcanzó la onda expansiva.

No había tiempo que perder. Tanto si Charles Dart había podido escapar como si no había podido hacerlo. Toshio se puso la máscara sobre el rostro, la sujetó con una mano, y saltó.

—Tutor de Ifni... —rezó. Y cayó en las aguas tumultuosas.

GALÁCTICOS

Sobre el planeta, las pequeñas flotillas de los destruidos acorazados hicieron una repentina pausa en su generalizada carnicería.

Habían abandonado sus escondites en las minúsculas lunas de Kithrup sospechando la posibilidad de que las extrañas emisiones que se producían en el hemisferio norte del planeta fueran de origen humano. En su camino hacia Kithrup, las pequeñas alianzas se habían enzarzado las unas contra las otras con sus debilitadas fuerzas, hasta que una súbita oleada de sonidos psíquicos azotó a todo el grupo. Surgía del planeta con una potencia que nadie hubiese esperado, venciendo a los escudos psi y dejando a las tripulaciones temporalmente inmóviles.

Las naves continuaron su ruta hacia el planeta, pero sus tripulantes se sentían incapaces de disparar sus armas y de pilotar los navíos. Si hubiera sido un disparo, hubiera bastado para acabar con la mitad de las tripulaciones de las naves. Pero era un arma mental y sólo produjo gritos de terror que resonaban en las cabezas de los tripulantes, conduciendo a los menos adaptables hacia una completa locura.

Durante un buen rato los cruceros derivaron saliéndose de su formación, incontrolados, inclinados en las capas más altas de la atmósfera.

Por fin el psi-grito empezó a desvanecerse. El airado chillido se convirtió en un gruñido y desapareció, dejando imágenes ardientes en las mentes de los tripulantes que volvieron a recobrar sus sentidos.

Los xatinni y sus pupilos, que se habían alejado de los demás, miraron a su alrededor y descubrieron que habían perdido todo deseo de combate. Decidieron aceptar aquel hecho como una invitación a retirarse. Sus cuatro zarrapastrosos navíos abandonaron el sistema de Kthesemenee tan deprisa como se lo permitieron sus motores.

Los J'81ek fueron más lentos en recobrar el sentido. Después de sucumbir al aturdidor grito mental, se desviaron para unirse a las naves de los Hermanos de la Noche. Los Hermanos se recuperaron en seguida y usaron a los J'81ek para sus prácticas de tiro.

Dos naves de guerra jofur con pilotos automáticos altamente sofisticados aterrizaron en la vertiente de una humeante montaña, mucho más al sur de su destino de origen. Las armas automáticas vigilaban la llegada de enemigos mientras los jofur se debatían en la confusión. Por fin, cuando el sonido psíquico cesó, las tripulaciones recuperaron la conciencia y retomaron el control de sus naves que ya habían aterrizado.

Los jofur se disponían a despegar de nuevo para dirigirse al norte, cuando toda la cima de la montaña explotó y voló por los aires formando una columna de vapor

sobrecalentado.

STREAKER

Gillian se quedó con la mirada fija y la boca abierta hasta que los «chirridos» empezaron a disminuir. Tragó saliva, sus oídos estaban a punto de estallar y sacudió la cabeza para librarse del aturdimiento. Entonces vio que los delfines la estaban mirando.

—Nos encontramos bien, Gillian —Tsh't parecía aliviada—. Hemos detectado una explosión psi muy poderosa hace sólo unos instantes. Atravesó con facilidad nuestras protecciones y parece que te ha dejado atontada unos minutos. Pero aparte de una momentánea incomodidad, nosotros apenas la hemos notado.

—Debe ser mi percepción extrasensorial que me hace más vulnerable —dijo Gillian frotándose las sienes—. Esperemos que los ETs no repitan más ataques como éste... —se interrumpió. Tsh't sacudía la cabeza.

—Gillian, no creo que fueran los ETs. Y, en caso de que lo fueran, nosotros no constituíamos su objetivo. Los instrumentos indican que la explosión se produjo muy cerca y que estaba sintonizada de un modo preciso para que no pudiera ser percibida por los cetáceos. Tu cerebro es parecido al nuestro, por eso solamente lo notaste un poco. Suessi dice que apenas ha sentido nada. Pero imagino que los *galácticos* han pasado un mal rato con esa tormenta psi.

—No lo entiendo —dijo Gillian sacudiendo la cabeza por segunda vez.

—Pues ya somos dos. Pero supongo que no hay nada que entender. Sólo puedo decirte que en el mismo instante en que se produjo la explosión psi, hubo un temblor de tierra a menos de doscientos clicks de aquí. Ahora empiezan a llegar las ondas de choque.

Gillian nadó hacia el puesto de Tsh't en el puente del *Streaker*. La teniente delfín señaló con la mandíbula la esfera que representaba el planeta.

Cerca de la posición que ocupaba el *Streaker* en el globo, se veía un racimo de símbolos rojos que destellaban.

—¡Es la isla de Toshio! —dijo Gillian—. ¡Entonces, Charlie *tenía* una bomba!

—¿Cómo dices? —Tsh't parecía confundida—. Yo creía que Takkata-Jim las había confiscado.

—¡Nave despegando! —anunció un oficial de detección—. *Anti-g y estasis en el mismo lugar del seísmo, a ciento cincuenta clicks de distancia. ¡La nave se dirige ahora hacia Mach dos, rumbo este!*

Gillian miró a Tsh't. Las dos habían pensado lo mismo: Takkata-Jim.

—Tendremos que enfrentarnos con una decisión —dijo Gillian—. Que sigan a esa nave para ver a qué flota se dirige. Y despertad a los que estaban libres de servicio.

—Bien, señor. A aquellos que se las arreglaron para seguir durmiendo los últimos minutos. —Tsh't se volvió a transmitir la orden.

Poco más tarde el computador de combate empezó a parlotear.

—¿Y *ahora* qué? —preguntó Gillian.

Unos diminutos puntos de color amarillo brillante empezaron a aparecer en la esfera que representaba Kithrup, surgiendo exactamente del emplazamiento de la isla de Toshio.

—Son algún tipo de detonaciones —comentó Tsh't—. El ordenador las está interpretando como bombas pero no detectamos misiles. ¡Y las detonaciones se dan sólo en esa estrecha franja de longitud!

—¡*Más perturbaciones psi!* —anunció el operador—. ¡*Fuertes!* ¡*Y proceden de numerosas fuentes, todas sobre el planeta!*

—Esas detonaciones no son bombas —dijo Gillian frunciendo el ceño—. Recuerdo haber visto diseños como éste. Es el límite tectónico del planeta. Esas perturbaciones deben ser volcanes. Yo diría que es la manera con la que los nativos muestran su descontento.

—¿? —Tsh't la miró con cara de estar absolutamente perpleja.

La expresión de Gillian era pensativa, como si tuviera la mirada perdida en la distancia.

—Creo que empiezo a entender lo que está ocurriendo. Podemos agradecer a Creideiki que las perturbaciones psi no afecten a los delfines, por ejemplo. —Los delfines la miraban. Gillian sonreía y dio una palmadita a Tsh't en el costado—. No hay que preocuparse, fem-fin. Es una larga historia y cuando tenga tiempo ya la contaré. Creo que el mayor efecto que todo esto provocará sobre nosotros serán los terremotos. Pronto empezaremos a notarlos. ¿Crees que podremos soportarlos a esta profundidad?

La teniente delfín frunció el ceño. La forma en que los humanos saltaban de una idea a otra era algo que escapaba a su comprensión.

—Creo que sssí, Gillian. Es decir, en la medida en que *esto* permanezca estable —dijo señalando el acantilado marino que se divisaba desde una tronera del navío.

Gillian miró la inmensa masa de rocas, a través de las grietas del destructor thenanio.

—Me había olvidado de eso. Será mejor que estemos atentos.

Se volvió hacia el visor holo para contemplar el diseño de las perturbaciones.

Vamos Hikahi, urgió en silencio. *Recoge a Toshio y a los demás y vuelve. Tengo que tomar una decisión de inmediato y tal vez llegues demasiado tarde.*

Pasaban los minutos. Varias veces el agua pareció temblar mientras un ruido sordo recorría el fondo marino.

Gillian contempló la esfera azul de Kithrup. Una serie de puntos amarillos se desplazaba gradualmente hacia el norte, como si se abriera una herida en el costado del planeta. Finalmente los puntos luminosos acabaron por confundirse con un grupo

de pequeñas islas del cuadrante nordeste.

Ahí es donde está Tom, recordó.

De repente, el operador de comunicaciones se agitó en su puesto.

—Capitán, ¡estoy recib-b-biando una transmisión! ¡Y esss en inglés!

TOM ORLEY

Tom tenía problemas para sujetar el micrófono. Había sido diseñado para manos alien. Se pasó la lengua por los labios resecaos. No tuvo tiempo de repetir su mensaje. Pronto tendría compañía.

Accionó el botón de transmisión.

—¡Creideiki! —articuló con cuidado—. ¡Escucha atentamente! Regístralo y repíteselo a Gillian. ¡Ella lo interpretará!

Sabía que en aquellos momentos todas las naves del espacio cercano le estaban escuchando. Y con toda seguridad, un buen número de ellas se dirigía hacia donde él se encontraba. Si formulaba sus nuevas mentiras adecuadamente, podría conseguir que llegaran más.

—El cable directo que me conecta con la nave se ha roto —dijo—. Y cien kilómetros es mucha distancia para transmitir un mensaje, así que voy a probar este nuevo codificador. Espero que no se haya estropeado a consecuencia de la batalla.

Eso último era un entramado de fantasías para el consumo de los *galácticos*. Y ahora venía el mensaje auténtico. Oculto en el contexto, tenía que comunicar al *Streaker* lo que sabía.

—¿Jill? Nuestro huevo ha roto ya la cascara, cariño. Y de él ha salido todo un zoológico. Un zoológico de fieros bichitos. Pero he encontrado sólo una muestra mojada de lo que queríamos comprar. He oído decir que aún está en venta, en las estanterías de arriba. Aunque eso son sólo rumores. Tú y H y C tendréis que decidir.

»¿Recuerdas cuando el viejo Jake Demwa nos llevó con él en esa misión de la Biblioteca central de Tanith? ¿Recuerdas lo que dijo sobre los presentimientos? Habla con Creideiki. La decisión es suya, pero algo visceral me dice que hay que seguir el consejo de Jake.

Notó que se le formaba un nudo en la garganta. Tenía que cortar. No tenía sentido dar a los ETs más facilidades para localizarlo.

—Jill —tosió—. Yo ahora estoy fuera de juego. Lleva a Herbie y el resto de los datos al concejo. Y también a esos abos. Tengo que creer que todo esto ha merecido la pena. Cuando veas al viejo Jake, brindad a mi salud —dijo cerrando los ojos y agarrándose al micrófono.

Quería decir algo más pero se dio cuenta de que resultaba cada vez menos ambiguo. No podía permitir que los ordenadores de lenguaje de los *galácticos* adivinaran de qué estaba hablando.

Se despidió en un idioma apropiado para tales cosas.

Pasan pétalos flotando

*Por las manos de mi amada
Cuando ella piensa en mí.*

La onda siguió silbando hasta que decidió cortar el circuito.

Se puso en pie y sacó la radio fuera. Acercándose con cautela a la orilla de un agujero en las hierbas, dejó caer el aparato en él.

Permaneció inmóvil, junto al agujero, mirando las nubes bajas que pasaban, oscuras y densas, cargadas de lluvia.

Iban a llegar en cualquier momento. Tenía las armas en el cinturón, su tubo de respirar y una cantimplora llena. Estaba listo para recibirlos.

Y así estuvo, observando y esperando, cuando el humeante volcán del horizonte empezó a gruñir, a toser y a llenar el cielo de fuegos de artificio.

El puente era un borrón. Gillian tenía los ojos inundados, pero al parpadear las lágrimas no los abandonaban. Sus ojos se aferraban a ellas como si fueran algo precioso.

—¿Tenemos que responder? —dijo Tsh't con suavidad.

Gillian movió la cabeza. Quería decir no pero le fue imposible articular la palabra. Telepáticamente, sentía la simpatía de los que estaban junto a ella.

¿Por qué debo entristecerme?, se preguntó, *si todavía puedo sentirle. Todavía está vivo.*

¿Por qué debo entristecerme?

Notó ruidos de movimiento de un fin que se acercaba para informar a Tsh't sin querer molestarla.

Gillian cerró los párpados, que le ardían, y por fin fluyeron las lágrimas como pequeños senderos sobre sus mejillas. No podía secárselas debido a la máscara. Cuando abrió los ojos, su visión se había aclarado.

—He oído eso, Wattaceti. ¿A dónde se dirige Takkata-Jim?

—Hacia las flotillas galácticas, capitán, aunque las flotas parecen estar en pleno caos, con la confusión del estallido psi. Se están atacando unas a otras justo encima de donde se encuentra... el señor Orley.

—Vamos a esperar un poco más —dijo Gillian—. Pasa a la situación amarilla y mantenme informada.

El personal que estaba libre de servicio fue llamado a sus puestos. Suessi y D'Anite informaron de que los motores estaban preparados.

La última oportunidad, Hikahi, pensó Gillian. ¿Vienes?

—¡Gillian! —gritó Lucky Kaa, señalando con el brazo del arnés una de las troneras—. ¡El acantilado!

Gillian miró hacia donde el piloto le indicaba. La masa de rocas temblaba. En la pared que estaba sobre el *Streaker* empezaban a formarse grietas.

—¡Todos a sus puestos! —ordenó Gillian—. ¡Tsh't, sácanos de aquí!

GALÁCTICOS

Cullcullabra se inclinó ante la soro Krat.

—¿Has descifrado la emisión humana? —le espetó.

El macizo pila se inclinó de nuevo y retrocedió un poco.

—No del todo, Madre de la Flota. El humano se expresaba en esas dos lenguas llamadas «ánglico» y «ternario». Naturalmente tenemos programas de traducción para ambas, pero son tan caóticas y contextuales, a diferencia de cualquier lenguaje civilizado.

—Así pues, ¿no has conseguido nada? —El bibliotecario se sobresaltó cuando Krat siseó la pregunta, mostrando su desagrado.

—Señora, pensamos que la última parte de su mensaje, en lenguaje delfiniano, puede ser la más importante. Quizá sea una orden a sus pupilos, o...

El bibliotecario se interrumpió y retrocedió hasta su puesto a tiempo de evitar que una ciruela de brezo le alcanzara por centímetros.

—¡Hipótesis! ¡Conjeturas! —rugió Krat—. Hasta los tandu hierven de excitación y están mandando expediciones al lugar de donde procedían los mensajes. Y nosotros debemos hacer lo mismo, ¿no?

Miró a su alrededor. La tripulación evitó encontrarse con sus ojos.

—¿Tiene alguien una hipótesis para explicar ese ataque psi que sufrimos hace poco y que ha desorientado a todos los sofotes del sistema? ¿Era eso, también, un pasatiempo de los terrestres? Y los volcanes que llenan de parásitos nuestros instrumentos, ¿son también una treta?

La tripulación intentó parecer a un tiempo ocupada en sus tareas y atení a las palabras de Krat. Nadie quería enfrentarse a la ira de la Madre de la Flota.

De la oficina de detección llegó un guerrero paha.

—Señora —anunció—. Debido a los volcanes no lo habíamos notado antes, pero ha despegado una nave de la superficie del planeta.

Krat se llenó de alegría. ¡Eso era lo que había estado esperando! Aunque envió algunas naves al lugar de las emisiones, había mantenido reunido al grueso de sus fuerzas.

—¡Dispersiones! ¡Todo fueron dispersiones! ¡Las emisiones de radio, los ataques psi, e incluso los volcanes!

Una parte de ella sentía curiosidad por saber cómo se las habían arreglado los humanos para provocar los dos últimos fenómenos, pero eso se sabría cuando los terrestres y sus pupilos fueran capturados e interrogados.

—Los terrestres han esperado hasta que la mayor parte de la batalla se desarrollase cerca del planeta —murmuró—. Y ahora intentan escapar. Ahora

debemos...

Cullcullabra se le acercó y le hizo una reverencia.

—Señora, he investigado a fondo en la Biblioteca y creo que ya conozco el origen del ataque psi y de...

Los ojos del pila se desorbitaron cuando Krat lo apuñaló en el abdomen con el espolón nupcial para matarlo. Krat se puso en pie, y levantando el cadáver del bibliotecario lo arrojó contra la pared.

Permaneció sobre el cuerpo inhalando profundamente los efluvios de la muerte. Aquel asesinato no le causaría problemas. En realidad, el idiota pila la había interrumpido. Nadie podría negar que ella estaba en su pleno derecho de matarle.

Contrajo su espolón. Había estado bien. No como si se hubiera apareado con un macho de su raza, que podía defenderse, pero había estado bien.

—Dime algo más acerca de esa nave terrestre —le susurró al paha.

—Señora —esperó unos cuantos segundos antes de empezar a hablar y ella lo notó—. No es su nave principal, al parecer es una patrullera.

—Un emisario —asintió ella—. Me pregunto por qué no intentarán llegar a un acuerdo de rendición en vez de eso. Mueve la flota para interceptar a esa patrullera. ¡Debemos actuar antes de que los tandu se den cuenta! Y que nos escolten por detrás nuestros nuevos aliados thenanios. Quiero que comprendan que son los menos importantes en esta empresa.

—Señora, los thenanios han empezado a prepararse para abandonarnos. Parecen estar deseosos de unirse al caos de la superficie del planeta.

—Que se marchen —gruñó Krat—. Ahora ya estamos en igualdad de condiciones con los tandu. Y los thenanios están prácticamente acabados. Que se vayan. Y entonces nos dispondremos a seguir a la patrullera.

Volvió a sentarse sobre su cojín de vletur y murmuró para sí:

Pronto. Muy pronto.

Los amos pedían demasiado. ¿Cómo podían esperar un informe concreto del Aceptador cuando estaban ocurriendo tantas cosas?

¡Era maravilloso! Todo sucedía al mismo tiempo. Pequeñas escaramuzas sobre la superficie del planeta... volcanes en erupción... y el gran rugido psíquico que había manado del propio planeta hacía sólo unos momentos.

La cólera todavía bullía y espumeaba. ¿Por qué estaban tan poco interesados los amos en un fenómeno tan singular como lo eran las ondas psi que emergían desde el subsuelo del planeta? El Aceptador podría haberles contado muchas cosas sobre aquello, pero ellos sólo querían que permaneciera en silencio. Los distraía y les hacía sentirse más vulnerables.

El Aceptador lo presenciaba todo con arrobamiento, hasta que llegó de nuevo el castigo. Los amos le aplicaron un látigo mural. Sus piernas se arquearon ante la

desagradable sensación que corrió a través de su cerebro.

¿Modificaría el castigo su comportamiento esta vez?, se preguntó el Aceptador.

Decidió ignorar el «dolor». Dejémosles que griten. El Aceptador estaba cautivado por las encolerizadas voces que procedían de abajo y escuchaba con toda su atención.

EL ESQUIFE

—¿Qué demonios...?

Dennie rodó fuera de la plataforma seca para caer en el agua que estaba debajo. Sah'ot daba gritos, confundido, cuando la pequeña nave empezó a oscilar.

Entonces, al movimiento físico se unió una oleada de molestia psíquica que empezó a llenar sus cabezas. Dennie escupió el agua que había tragado y se agarró a la barandilla. Quería taparse los oídos.

—Otra vez no —gimió. Intentó poner en práctica las técnicas que Toshio le había enseñado... concentrarse en los latidos de su corazón para apartar de su cerebro los triturantes parásitos.

—Ssson ellos —gritó Sah'ot, pero ella apenas pudo oírlo.

El fin pulsó el botón de la escotilla con el hocico y nadó por el pasillo. Entró en la pequeña sala de mando,

—¡Creideiki! —empezó a decir, olvidándose por un momento de que el capitán no podía entenderle—. Son *ellos*. ¡Las voces de las profundidades!

Creideiki le miró, y Sah'ot se dio cuenta de que el capitán ya lo sabía. De hecho, apenas parecía sorprendido. Creideiki entonó una suave melodía de aceptación. Tenía un aspecto feliz.

—Estoy detectando neutrinos y flujos anti-g —anunció Keepiru desde el puesto del piloto—. Es una pequeña nave que despega.

—Seguro que es Takkata-Jim —asintió Hikahi—. Espero que Gillian se haya ocupado de él.

Continuaron avanzando bajo el agua en dirección este Media hora más tarde, Keepiru gritó de nuevo:

—¡Más anti-g! ¡Una nave grande! ¡Está despegando en el sudoeste!

Las aletas de Creideiki golpearon contra la superficie del agua.

¡Subid, subid!

¡Subid y mirad!

¡Mirad! :

—Subamos —dijo Hikahi a Keepiru asintiendo con la cabeza.

El esquife llegó a la superficie. El agua se deslizaba por las troneras.

Se reunieron junto a un ojo de buey que daba al sur y vieron cómo surgía del horizonte un gran objeto de forma afilada y cómo se elevaba en el cielo ganando gradualmente velocidad. Lo vieron volar hacia el sur, cruzar la barrera del sonido, para desaparecer al fin entre las altas nubes.

Estuvieron observando hasta que la estela dejada por el *Streaker* empezó a desvanecerse y a deformarse debido a los vientos contrarios de Kithrup.

Décima parte

EL RAPTO

Ellos son los muchachos que siempre preceden al viento.

HERMAN MELVILLE

TOSHIO

Toshio nadaba con energía mientras la marejada intentaba arrastrarlo hacia atrás. Luchaba contra la corriente y se dirigía hacia el mar abierto. Cuando sus brazos y piernas ya no podían soportar el dolor, llegó a aguas más tranquilas. Los pulmones le quemaban y se volvió para ver cómo la colina metálica, ahora a unos dos kilómetros de distancia, se hundía en su propia sima.

El hundimiento no duraría mucho. El árbol taladrador no había terminado su excavación cuando Dennie y él lo hicieron explotar. La isla se estabilizaría en cuanto el pozo se hubiera llenado.

Se oían sordas detonaciones. Toshio pedaleó en el agua y echó un vistazo a su entorno. En todas las islas cercanas los árboles se movían, y no precisamente impulsados por el viento. Vio en la distancia tres columnas de vapor y de humo que se elevaban sobre el agua. Eran el resultado de los terremotos subacuáticos.

¿Y todo esto a causa de una pequeña bomba? A pesar de todo lo que le había ocurrido, Toshio examinaba con calma las causas. No le quedaba nada por hacer a excepción de elegir la forma de morir. Se sintió extrañamente liberado.

¿Y si la bomba hubiese abierto una vena de magma?, se preguntó. Si aparece un volcán en cualquier parte, creo que podría ser en el pozo de ese árbol taladrador. Pero supongo que la isla lo está taponando.

La colina metálica que había sido su hogar durante dos semanas había dejado de hundirse. Algunas copas de árboles ondeaban sobre el agua.

Toshio se preguntó qué suerte habría corrido Charles Dart. No podía imaginarse al chimpancé nadando hasta muy lejos. Quizás fuese lo mejor. Al fin Charlie había obtenido un claro éxito.

Toshio se sintió aliviado después de descansar. Volvió a nadar hacia mar abierto.

Unos veinte minutos más tarde, se produjo un nuevo rugido sordo. Se volvió justo a tiempo para ver la distante colina sacudida por una violenta explosión. Fragmentos de piedras y vegetación volaron en todas direcciones. La propia colina se elevó, casi por encima del nivel del mar, se partió en pedazos y luego se hundió en una nube de vapor.

TAKKATA-JIM

—¡Llamando a la flota de guerra! ¡Llamando a la flota de guerra vencedora! Habla Takkata-Jim, teniente del Servicio de Exploración de Terragens. ¡Deseo negociar! ¡Responda, por favor!

El receptor permanecía mudo. Takkata-Jim soltó una maldición. La radio *tiene* que funcionar, la había cogido del trineo de Thomas Orley, y ese humano siempre tenía su equipo en perfectas condiciones. ¿Por qué los *galácticos* no respondían?

La lancha había sido diseñada para ser atendida por más de una persona. El repentino e inesperado desastre de la isla le había obligado a abandonar a sus *stenos*. Ahora no tenía a nadie que le ayudase. Debía realizar dos o tres trabajos al mismo tiempo.

Observó el visor de tácticas. Una masa de puntos amarillos se dirigía hacia él desde el sector norte galáctico. Era una ridícula flotilla si se la comparaba con las grandes naves que habían estado luchando en el sistema hacía sólo unas semanas. Pero su potencia de armamento seguía siendo impresionante. Iban directos hacia él.

El caos reinaba por doquier. El planeta estaba tachonado de fugas de energía, hirvientes explosiones de vapor en los lugares donde los volcanes se habían hundido en el mar. Y en el hemisferio norte del planeta, una batalla de «todos contra todos» continuaba.

Takkata-Jim aumentó la escala de alcance de su visor y captó otra flota. También ésta se dirigía hacia él.

El éter estaba lleno de voces que rugían. AM, FM, CMIC, se mezclaban confusamente en cada punto del dial. ¿Era aquélla la razón de que nadie le diera señales de oírle?

No. Los *galácticos* tenían unos ordenadores muy sofisticados. Debía ser culpa de su equipo. No tuvo tiempo para revisarlo antes de despegar.

Takkata-Jim consultó el mapa con nerviosismo.

Estaba volando entre una manada de tiburones atigrados, con la esperanza de negociar la protección del *Streaker* y su eventual liberación. Entonces recordó la expresión en el rostro de Gillian Baskin, una semana antes, cuando él sugirió dar a los ETs todo lo que pidieran. En aquella ocasión, Metz le había apoyado, pero ahora le venía a la mente la expresión de la mujer. Lo había mirado compasivamente al decirle que los fanáticos nunca actuaban de aquel modo.

—Nos quitarán todo lo que tenemos, nos darán amablemente las gracias y luego nos hervirán en un caldero —había comentado ella.

Takkata-Jim inclinó la cabeza. *No lo creo. Y además cualquier cosa es mejor que lo que ella planea.*

Examinó el holo de tácticas. La primera flota se hallaba ahora a cien mil clicks de distancia. Al fin, el ordenador le suministraba datos de las naves. Eran acorazados soro.

!Soros! A Takkata-Jim le subió bilis desde el estómago a la boca. Se acordó de todo lo que había oído contar sobre ellos.

—¿Y si disparan primero? ¿Y si no tienen interés en capturar prisioneros? Echó una ojeada a sus propios mandos de combate. El armamento de la lancha era bastante escaso, pero...

Aproximó una garra de su arnés al mando que accionaba el lanzamiento, sólo para sentirse un poco más tranquilo.

STREAKER

—Las dos flotas más importantes se dirigen ahora hacia Takkata-Jim.

—Mantenme informada, Wattaceti —asintió Gillian y dirigiéndose a Tsh't dijo—: ¿Cuánto tiempo podemos seguir ocultos por estas perturbaciones tectónicas?

—Nuestra anti-g está siendo detectable cada cinco minutos, Gillian. No creo que podamos retrasar la detección de energía mucho más tiempo si volamos sobre los volcanes. Si queremos evitarlo, *tendremos* que ganar altitud.

—Estamos siendo detectados desde una gran distancia —espetó el operador de detección—. Un par de naves que intervinieron en la batalla que se desarrolló sobre Orley sienten curiosidad por nosotros.

—Si es así —comentó Tsh't—, vamos por ellas.

—Dame cinco minutos, Tsh't —dijo Gillian sacudiendo la cabeza—. No me interesan esos rezagados del hemisferio norte. ¡Hemos de permanecer ocultos de las grandes flotas un poco más!

Tsh't giró en el oxiagua, dejando una estela de burbujas.

—¡Lucky Kaa! Enfila hacia el sur-sudoeste, en dirección al volcán.

Gillian observaba el visor con toda atención. Una diminuta mancha azul mostraba a la lancha que volaba junto a un grupo de unas treinta manchas *mucho* mayores.

—Vamos, Takkata-Jim —murmuró Gillian para sí—. Creo que sé lo que pretendes. Demuéstrame que estoy en lo cierto.

En la frecuencia de la radio del renegado teniente todavía no se había producido ningún sonido. Toshio debía haber realizado su misión y saboteado los transmisores en la isla.

La mancha azul se hallaba a unos cien mil kilómetros del enemigo.

—¡Telemetría! ¡Takkata-Jim ha cargado sus armas! —anunció Wattaceti.

Gillian asintió. *Lo sabía. Ese tipo es casi humano. Debe tener una personalidad más fuerte de lo que yo había esperado; no por lo que está haciendo sino porque ha sabido disimular. Por fuera de lugar que parezca, ¿quién iría a enfrentarse con el enemigo sin tomar precauciones?*

—Ahora, un poco más cerca...

—¡Gillian! —gritó el oficial de detección—. ¡No puedo creerlo! ¡Takkata-Jim está...!

Gillian sonrió con un poco de amargura.

—Déjame adivinarlo. Nuestro bravo teniente está disparando contra toda la flota de guerra.

Tsh't y Wattaceti se volvieron para mirarla, sorprendidos. Ella se encogió de hombros.

—Vamos. A pesar de todas sus faltas, nunca se ha podido decir que Takkata-Jim no fuese valiente —rió para ocultar su nerviosismo—. Vamos, todo el mundo a sus puestos.

TAKKATA-JIM

Takkata-Jim gritó y trató de sujetar la palanca. ¡No funcionaba! ¡Los controles de fuego estaban activándose sin que él lo ordenara!

Cada pocos segundos, un temblor sacudía la nave cuando un pequeño proyectil dirigido salía de su único lanzamisiles. Leves chispas de antimateria brotaban del morro de la lancha, apuntando automáticamente al navío alien más cercano.

En un disparo afortunado, la nave que iba en cabeza de la flota soro se abrió como los pétalos de una flor de fuego. El ataque por sorpresa había vencido las defensas diseñadas para soportar las temperaturas de una nova.

Soltó una maldición e intentó apartarse. No lo consiguió.

Cuando la flota soro empezó a responder al fuego, Takkata-Jim gimió y lanzó su pequeña patrullera a una salvaje serie de maniobras evasivas. Con el sentido tridimensional natural de los delfines, se apartó rápidamente con un movimiento giratorio de alta gravedad pasando entre las descargas que se le acercaban peligrosamente.

Sólo había una cosa que hacer, sólo una posible tabla de salvación. Takkata-Jim enfiló directamente hacia la segunda flota de batalla. Ellos debieron presenciar su ataque. Puede que pensaran que se convertiría en su aliado, si vivía lo suficiente para llegar hasta ellos.

Aceleró, seguido por una horda de mastodontes que viraron y avanzaron pesadamente tras él.

STREAKER

—¿Ahora, Gillian?

—Casi. Espera un minuto.

—Esas navesss del norte parecen haber tomado una decisión. Algunas de ellas vienen hacia aquí... Rectifico: toda la refriega ha tomado la dirección sur, ¡hacia nosotrosss!

Gillian no podía angustiarse demasiado por apartar el fuego del lugar donde se encontraba Tom. En definitiva, le estaba devolviendo un favor.

—Muy bien. Elige una trayectoria. Quiero que vayamos hacia el este, sobre la eclíptica, tan pronto como la segunda flota termine de virar hacia la lancha.

—Sí, señor —farfulló Tsh't con un suspiro de impaciencia antes de nadar hacia el puesto del piloto y cambiar impresiones con Lucky Kaa.

TOM

Levantó la cabeza por encima del agujero en el que se había refugiado.

¿Dónde se habían ido todos, tan de repente?

Unos minutos antes, el cielo ardía con fuegos de artificio. A izquierda y derecha caían naves incendiadas. Ahora vio a unos cuantos rezagados, en lo alto del cielo, distantes, tomando la dirección sur.

Tardó unos momentos en darse cuenta de lo que estaba pasando.

Gracias, Jill, pensó. Ahora, atízales también de mi parte.

TAKKATA-JIM

Takkata-Jim farfullaba de rabia. Estaba tan ocupado que no había podido revisar los controles de disparo. Desesperado, envió impulsos para cerrar de golpe los bloques de la memoria del ordenador. Por fin, algo funcionaba. El sistema de armas se desconectó.

Frenéticamente, hizo que la nave girara a la izquierda y ajustó al máximo la fuerza propulsora para escapar de la lluvia de torpedos.

Las dos flotas iban a reunirse rápidamente, y él estaba en medio.

Takkata-Jim intentó pasar por debajo de la segunda flota y detenerse tras ella, intentando mostrar con sus acciones lo que no había podido decir por radio: que buscaba protección.

¡Pero los mandos no respondieron! No pudo corregir el rumbo después de su última maniobra evasiva, por haber cerrado los bloques de memoria.

La lancha se lanzó en ángulo recto, para apartarse de las dos flotas que convergían.

Pero ambas viraron y le siguieron.

STREAKER

—Ahora —dijo ella.

El piloto no necesitaba que le insistieran. Ya había añadido la velocidad necesaria y ahora había aplicado plena potencia. Los motores del *Streaker* rugieron y salió de la atmósfera dejando una estela de ionización. La aceleración podía sentirse incluso a través del estasis, incluso en el puente lleno de agua.

El mar grisáceo desapareció bajo una capa de nubes blancas. El horizonte se volvió curvo, casi un arco. El *Streaker* entró en un océano de estrellas.

—Nos están siguiendo los combatientes del norte.

—¿Cuántos son?

—Unos veinte —Tsh't escuchó durante unos momentos su enlace neural—. Vienen en columna. A excepción de un grupo bastante grande de la retaguardia, parecen todos de la misma raza. Oigo los disparos. Se atacan unos a otros mientras nos persiguen.

—¿Cuántos hay en la retaguardia?

—Unos seis, supongo.

—Bueno, veamos qué conseguimos cuando aceleremos.

El planeta quedó tras ellos mientras Lucky Kaa lanzaba el *Streaker* en la dirección que Gillian había elegido.

Más allá del horizonte de Kithrup empezó una gran batalla. La masa del planeta la ocultó durante unos minutos, pero luego pudieron presenciarla.

A un millón de kilómetros de distancia, el espacio estaba tachonado de brillantes explosiones y terribles aullidos que atravesaban los escudos de protección psíquica.

—Esos muchachotes están peleando por Takkata-Jim. Eso nos permitirá salir del sistema antes de que las grandes flotas puedan darnos alcance —comentó Tsh't.

Gillian asintió. El sacrificio de Toshio no había sido en vano.

—Ahora nuestro problema son esos pequeños tipos que nos siguen. Tendremos que deshacernos de ellos de algún modo. Tal vez podamos esquivarlos detrás de ese gaseoso planeta gigante. ¿Cuánto falta para llegar hasta allí?

—Es difícil de calcular, Gillian. Quizás una hora. No podemos forzar los motores dentro del sistema y además llevamos exceso de carga. —Tsh't escuchó su enlace neural, concentrándose—. Los que nos siguen están casi parados, enfrentándose unos con otros. Pueden ser abatidos, pero pienso que al menos dos de las naves principales nos alcanzarán cuando lleguemos al planeta gaseoso.

Gillian miró la pantalla holo. Kithrup había quedado reducido a una pequeña esfera en una esquina, y detrás de él se veían resplandores de combate. En aquel lado, una cadena de pequeños puntos mostraba a los perseguidores del *Streaker*.

En la parte superior de la pantalla, empezaba a formarse una brillante esfera de colores suaves. Era un enorme mundo de gas helado, muy parecido a Júpiter.

—Bueno, si podemos distanciarnos un poco, e intentar una emboscada.

—Gillian —dijo Tsh't mirándola de hito en hito—. Son naves de guerra. Y nosotros sólo tenemos una nave de exploración del tipo Snark.

—Exactamente, un sencillo Snark —sonrió Gillian—. El casco de la nave thenania que podrá hacer algo más que frenar nuestra velocidad. Y tal vez seamos capaces de intentar algo que nunca esperarían.

No dijo que, si se presentaba la ocasión, preferiría permanecer en el sistema durante un tiempo, por si se producía un milagro.

—¿Han sido fijados todos los objetos sueltos?

—Según el procedimiento habitual.

—Muy bien. Por favor, ordena a toda la tripulación que desaloje la crujía central. Y que se fijen a sí mismos en caso de que puedan.

Tsh't dio la orden y luego se volvió con expresión interrogante.

—Vamos a poca velocidad porque llevamos exceso de carga, ¿no es cierto? —explicó Gillian—. Empezarán a dispararnos antes de que llegemos al gigante de gas. Dime Tsh't, ¿a qué se debe el exceso de carga?

—Al casco thenanio.

—¿Y a qué más?

Tsh't parecía asombrada.

Gillian la ayudó con una adivinanza.

*El toque de vida,
La sustancia del movimiento,
Como el aire, que se olvida
Hasta que falta.*

Tsh't la miraba parpadeando. Entonces lo captó. Sus ojos se ensancharon.

—Muy astuto, sssí. Es posible que funcione. Me alegra que me lo hayas dicho. La tripulación va a querer vestirse con la ropa apropiada.

Gillian quiso chasquear los dedos, pero el agua se lo impidió.

—Trajes espaciales. ¡Tienes razón! ¡Qué haría sin ti Tsh't!

GALÁCTICOS

—La batalla entre las flotas que aún quedan en liza parece haberse alejado del planeta —informó un guerrero paha—. Están persiguiendo a un navío muy grande.

La soro Krat, terminó de pelar la ciruela intentando disimular el temblor nervioso de su brazo izquierdo.

—¿Puedes identificar a la nave, perseguida?

—No parece ser nuestra presa. Es demasiado grande para ser la nave de la Tierra —el paha ignoró discretamente el alivio que le habían producido estas noticias a la Madre de la Flota—. Muestra primera hipótesis es que se trata de un crucero thenanio con grandes desperfectos, aunque...

—¿Sí? —preguntó Krat con malicia.

—Se comporta de un modo extraño —dudó el paha antes de proseguir— y sus motores parecen tener un tono tymbrimi. Está demasiado lejos para poder identificarlo.

—¿Cuál es nuestra situación? —gruñó Krat.

—Los tandu se desplazan en una ruta paralela a la nuestra. Ambos perseguimos a la patrullera de la Tierra y ninguno disparamos sobre ella excepto cuando se acerca demasiado a la trayectoria del adversario.

—Esa nave nos está alejando cada vez más del planeta —rugió Krat—, situándonos cada vez más lejos de la auténtica presa. ¿Habéis pensado que tal vez sea eso lo que pretende esa pequeña patrullera?

El paha lo estuvo meditando unos instantes y luego asintió.

—Sí, Madre de la Flota. Puede ser una treta lobezna o tymbrimi. ¿Usted qué sugiere?

Krat se sentía invadida por la frustración. Claro que era una treta. Y sin embargo, no podía abandonar la persecución, pues, si lo hacía, los tandu capturarían a la patrullera. Y cuanto más durase la caza, mayores serían las pérdidas en ambos bandos.

Lanzó la ciruela contra la pared. Se estrelló en el mismo centro de la espiral radiada del glifo de la Biblioteca. Un asombrado pila dio un salto y gritó consternado, luego la miró con insolencia.

—Transmita la llamada habitual de Tregua Número Tres —dijo Krat con aire disgustado—. Contactad con el Acechador tandu. ¡Tenemos que terminar con esta farsa y regresar al planeta de una vez!

El Acechador tandu preguntó al Entrenador una vez más:

—¿Puede levantar al Aceptador?

—No puedo. Ha entrado en estado orgásmico. Está sobreestimulado —dijo el Entrenador arrodillándose ante el Acechador y ofreciéndole su cabeza—. La manipulación operadora no ha tenido ningún éxito.

—Entonces, ¿no tenemos manera metafísica de investigar esa extraña persecución?

—No. Sólo podemos usar medios físicos.

Las piernas del Acechador temblaron.

—Está bien, recoge tu cabeza. Y con tu última voluntad, colócala en mi vitrina de trofeos.

El Entrenador asintió.

—Que la nueva que me crezca pueda serme de más utilidad.

—Eso espero. No obstante —sugirió el Acechador—, primero arréglatelas para entablar contacto con los soro. Deberé cortarme la pierna que utilice para hablar con ellos. Pero es necesario que hablemos ahora.

Buoult se arrancó con los dientes las espinas de su codo y luego las usó para peinar su cresta. ¡Sus suposiciones resultaron acertadas! Había conseguido apartar de la batalla a las seis últimas naves thenanias y llegar a tiempo al planeta para reintegrarse a la gran caza. Ante él, había diez naves desvencijadas que iban a la caza de algo difícilmente identificable.

—Más velocidad —ordenó—. A los demás les falta coordinación. Mientras los tandu y los soro sigan tras el señuelo, nosotros somos el único escuadrón de cierta importancia en esta zona. ¡Debemos alcanzarles!

Muy por delante de los thenanios, un capitán gubru se arreglaba las plumas y cloqueaba.

—¡Los tenemos! ¡Ya tenemos a esa cosa enorme! ¡Y mirad, ahora que estamos cerca, ved que sus emanaciones son humanas! ¡Están volando dentro de la carcasa pero ahora estamos cerca y podremos mirar, ver y capturar lo que haya dentro de ese caparazón!

—Ahora estamos cerca y les cogemos.

Todavía podía producirse un fallo, naturalmente. Pero la derrota total sería inconcebible.

—Si no podemos cogernos —se dijo—, debemos asegurarnos de que los hemos destruido.

STREAKER

Al frente brillaba el gigante gaseoso. El *Streaker*, con su exceso de carga, avanzaba pesadamente hacia él.

—Ellos creerán que nos acercaremos mucho en una ceñida hipérbole —comentó Tsh't—. Por lo general, ésta es una buena táctica cuando eres perseguido en un sistema planetario. Un rápido impulsso mientras giramos en torno al planeta puede convertirse en un importante cambio de dirección.

—Eso es lo que esperan —asintió Gillian—. Pero es lo que no haremos.

Vieron en las pantallas cómo aparecían tres puntos que crecían hasta tomar forma de figuras sólidas. Eran naves con horribles cicatrices de guerra y armas aún más horribles.

La gran masa del planeta invadía todo el espacio visible aunque, detrás, las naves continuaban creciendo.

—¿Se han amarrado todos los fines a un lugar seguro?

—Sssí.

—Entonces, elige tú el momento, teniente. Tienes más experiencia en batallas espaciales que yo. Ya sabes lo que queremos hacer.

—Lo haré, Gillian —asintió Tsh't chasqueando las mandíbulas.

Enfilaron hacia el planeta.

—Pronto. Pronto ssserán obligados —los ojos de Tsh't se estrecharon.

Se concentraba en imágenes sónicas, transmitidas a través de su enlace neural. El puente estaba en silencio, excepto por los chasquidos nerviosos del sonar de los delfines. Gillian se acordó de otras situaciones tensas en naves humanas en las que los tripulantes silbaban entre dientes sin darse cuenta de que lo hacían.

—P-p-preparados —dijo Tsh't a la tripulación de máquinas a través del intercom.

Las naves que los perseguían desaparecieron durante unos minutos tras la curvatura del planeta.

—¡Ahora! —gritó para que Suessi la oyera—. ¡Abran la esclusa trasera! ¡Activen las bombas neumáticas! —Nadó hacia el piloto y le dijo—: ¡Suelta esa sonda de pega! ¡Aceleración lateral completa! ¡Aplica estasis para compensar el reflujo de gravedad hasta gravedad uno! Repito: ¡Dejad en la nave sólo un reflujo de gravedad!

La mitad de los paneles de control del puente vieron encenderse las luces rojas. Advertida de antemano, la tripulación se agarró a las barandillas al tiempo que el contenido de la crujía central del *Streaker* salía despedido al vacío del espacio abierto.

El capitán gubru tenía problemas con una nave pthaca que se cruzaba en su camino. El capitán consideraba la posibilidad de poner en práctica una maniobra para destruirla, pero el ordenador general reclamó súbitamente su atención.

—No han podido hacer eso —exclamó el capitán mientras contemplaba, incrédulo, el visor—. No pueden haber hecho una cosa así. ¡No se les puede haber ocurrido una trampa tan diabólica! ¡No pueden haber...!

Vio cómo la nave phtaca colisionaba, a una fracción considerable de la velocidad de la luz, con un obstáculo que tres minutos antes no estaba allí.

Era sólo un vapor difuso de partículas que se había cruzado en su camino. De forma inexplicable, se había topado con la nave de guerra pthaca que tenía unas pantallas de protección tan sólidas como muros. A cualquier fracción de la velocidad de la luz, una colisión era mortal.

—¡Virad! —ordenó el gubru—. ¡Disparad todos los proyectiles sobre la presa!

Se lanzaron rayos de energía incandescente, pero sólo golpearon una intangible pared que se alzaba entre los gubru y los terrestres, cuya nave giraba a toda velocidad

—¡Agua! —trinó él gubru cuando leyó el análisis espectral—. ¡Una barrera de vapor de agua! ¡Una raza civilizada no habría encontrado ningún truco parecido en la Biblioteca! ¡Una raza civilizada nunca habría caído tan bajo! ¡Una raza civilizada nunca...!

Y volvió a gritar cuando su nave se estrelló contra una nube de copos de nieve arremolinados.

Aligerado en unos cuantos megatonnes, el *Streaker* describió un arco mucho más cerrado de lo que hubiera podido hacer unos minutos antes. Las esclusas estaban cerradas, y la nave se había ido llenando de aire lentamente. La antigraavedad interna fue restaurada. Los tripulantes delfines, con sus trajes espaciales, regresaron a sus puestos desde las salas del casco en donde se habían refugiado.

En el todavía inundado puente, Gillian contemplaba la aniquilación de dos de sus naves perseguidoras. La tripulación lanzó gritos de alegría cuando el tercer crucero, que había empezado correctamente la maniobra, sufrió un fallo mecánico y colisionó con la nube gaseosa. Se disolvió en una bola aplastada de plasma.

—El resto de nuestros perseguidores están aún ocultos tras el planeta gaseoso —dijo Gillian—. Después de seguirnos desde Kithrup, creen que conocen nuestra dinámica, ¡y nunca esperarían que pudiéramos girar de esta forma!

—Tal vez —Tsh't no parecía tan segura—. Hemos lanzado una falsa sonda de señuelo en nuestra trayectoria anterior, imitando nuestra radiación. Quizá la sigan. Al menos, sospecho que van a rodear el planeta con una rápida curva hiperbólica-ca.

—¡Y así sólo tendremos que esperar a que vayan apareciendo! —Gillian se sentía un poco mareada. Tenían sólo una oportunidad muy clara, tan clara que podrían esperar un poco más a Hikahi y a Creideiki. Sería otro milagro.

El *Streaker* crujió al cambiar de rumbo.

—Suessi dice que los refuerzos de las paredes sufren una fuerte tensión —informó Lucky Kaa—. Quiere saber si vais a desconectar de nuevo el estasis o se realizará una de esas «disparatadas, locas y femeninas maniobras» tal como él las llama. Son sus palabras exactas, señor.

Gillian no respondió. En realidad, Suessi no esperaba que lo hiciera.

El *Streaker* completó su pronunciado giro y volvió sobre sus pasos en el momento exacto en que aparecían dos nuevas naves de combate en un extremo visible del planeta gigante.

—A por ellos, Tsh't —dijo Gillian a la oficial delfín, mostrando una cólera en su voz que no había permitido que se hiciera patente durante muchas semanas de frustración—. ¡Usa tus propias tácticas, pero cárgatelos!

—Sssí —Tsh't percibió que Gillian tenía los puños crispados. A ella le ocurría algo parecido.

Se giró y avisó a la tripulación.

Con paciencia

Hemos soportado los insultos,

Con paciencia

Las maniobras malignas.

Ahora nos detenemos

Olvidada la paciencia.

El sueño y la lógica

¡Reunidos en el combate!

La tripulación del puente estalló en vítores. El *Streaker* se abalanzó sobre su desconcertado enemigo.

GALÁCTICOS

La voz de la matriarca soto rugía a través de la red de comunicaciones.

—¿Entonces estamos de acuerdo en dejar esta cacería y unir nuestras fuerzas?

El Acechador tandu prometió que se cortarían las dos piernas, no sólo una, por la vergüenza de llegar a ese acuerdo.

—Sí —replicó—. Si continuamos de este modo, lo único que haremos será malgastar nuestras fuerzas para nada. Vosotros, los soro, a pesar de ser unos parásitos, sois buenos luchadores. Unámonos de una vez y acabemos con todo.

Krat quiso dejar las cosas claras.

—Juramos por el Pacto Número Uno, el más antiguo e irrevocable que existe en la Biblioteca, que vamos a capturar juntos a los terrestres, que vamos a conseguir juntos la información y que vamos a descubrir juntos a los emisarios de nuestros ancestros, para que sean jueces en nuestras querellas.

—De acuerdo —asintió el tandu—. Ahora que ya hemos terminado con esto, vayamos juntos a buscar nuestro premio.

TAKKATA-JIM

Ahora sabía lo que entendían los humanos por un «paseo en trineo de Nantucket»^[2].

Takkata-Jim estaba cansado. Tenía la sensación de haber estado huyendo durante muchas horas. Cada vez que intentaba dirigir la lancha hacia un lado, para poder rendirse a uno de los grupos, el otro bando empezaba a disparar entre él y su objetivo, haciéndole retroceder.

Hacía un rato que había detectado una larga fila de naves despegando de Kitrup en dirección opuesta. No le costó mucho imaginar que el *Streaker* estaba haciendo su maniobra.

Esto se acabó, pensó. He intentado cumplir con mi deber tal como yo lo veía, y a la vez salvar mi vida. Ahora la muerte está cerca. Mi plan está perdido.

Yo estoy perdido. No puedo hacer nada, salvo, quizá, comprar unos minutos para el Streaker.

Hacía cierto tiempo que las dos flotas habían dejado de dispararse entre sí mientras lo perseguían. Takkata-Jim se dio cuenta de que habían llegado a un acuerdo.

De repente, su receptor emitió un código básico de contacto en Galáctico Uno. El mensaje era sencillo... parar y rendirse a la flota combinada tandu-soro.

Takkata-Jim batió las mandíbulas. No tenía transmisor, por lo tanto, no podía responder. Pero si se quedaba inmóvil en el espacio, considerarían que se había rendido.

Esperó hasta que el mensaje fue repetido tres veces. Luego empezó a disminuir su velocidad, pero sin precipitarse. Sin prisa, alargando el tiempo.

Cuando los *galácticos* estuvieron cerca, y sus amenazas empezaron a plasmarse en un desenlace final, Takkata-Jim suspiró y volvió a conectar los controles de disparo de la lancha.

La nave dio un bandazo cuando unos pequeños misiles pasaron muy cerca de ella. Takkata-Jim aplicó de nuevo la potencia máxima.

Cuando las dos flotillas descargaron simultáneamente contra él una ráfaga de misiles, trató de escapar, por supuesto. Otra actitud hubiera sido indigna.

Pero ya no tenía corazón para un mayor esfuerzo. En cambio, mientras tanto, compuso un poema.

*La más triste de las cosas
Para un delfín, incluso para mí,
Es morir solo...*

STREAKER

La emboscada en el gigante de gas fue inesperada. El enemigo se aproximó, utilizando la gravedad del planeta para girar sobre una pronunciada hipérbola. Ellos no estaban preparados para recibir un ataque por los flancos.

Comparado con sus rápidas maniobras, el *Streaker* estaba casi inmóvil. Se abalanzó sobre un par de cruceros que pasaban, lanzando una especie de red de antimateria en sus trayectorias.

Uno de ellos explotó, convirtiéndose en una bola de fuego antes de que los ordenadores del *Streaker* pudieran identificarlo. Sus pantallas probablemente estaban deterioradas después de semanas de combate.

La otra nave de guerra estaba en mejor estado. Sus pantallas destellaron una luz violácea, y en su casco brillaron unas finas líneas de metal en explosión. Pero consiguió escapar de la emboscada y aminoró la velocidad.

—Mala suerte. Va a librarse de nuestras minas —anunció Tsh't—. No teníamos tiempo para colocarlas a la perfección.

—No se puede tener todo —replicó Gillian—. Lo has hecho muy bien. Tardará algún tiempo en regresar.

Tsh't observó la pantalla y escuchó su enlace neural.

—Puede incluso que tarde *demasiado*, si los motores continúan fallándole. Va a caer en espiral sobre el planeta.

—Adiós. Olvidémonos de ella y pensemos en las otras.

La trayectoria del *Streaker* lo estaba alejando del planeta gigante, hacia otro grupo de cinco cruceros dispuestos a embestir. Éstos, que habían presenciado la emboscada, estaban ajustando sus rumbos a toda prisa.

—Ahora podremos ver lo bien que funciona el «Caballo Marino de Troya» —dijo Gillian—. El primer grupo se acercó lo suficiente para reconocer el sonido de nuestros motores y saber que son de fabricación terrestre. Pero esos tipos iban demasiado retrasados. ¿Ha alterado Suessi nuestro circuito de salida a través de las líneas thenanias como estaba previsto?

—Lo ha hecho —silbó Wattaceti en señal de confirmación—. Suessi dice que se ha realizado de un modo muy eficiente. Pero te recuerda que nuestros motores no son thenanios.

—Dale las gracias de mi parte. Y ahora, nuestras vidas dependen de que todos estos tipos tengan muy poca imaginación, tal como Tom suponía.

—¡Máxima potencia a los escudos psi!

—De acuerdo, señor.

Los detectores de energía se iluminaron cuando los navíos que se aproximaban

barrían con haces-sonda. El abigarrado grupo de naves alienígenas pareció dudar, y luego se dispersó.

—Los números uno, cuatro y cinco están acelerando para evitarnos —anunció Tsh't.

El puente se llenó de alegres parloteos y aplausos delfinianos.

—¿Y qué pasa con los otros?

—Desaceleran y se preparan para el combate —dijo Tsh't señalando dos puntos con su brazo manipulador—. ¡Estamos recibiendo una emisión en Galáctico Diez! ¡Es un desafío ritual! Creen que somos *thenanios* —Tsh't sacudió la cabeza—. ¡Quieren acabar con nosotros!

—¿Quiénes son?

—¡Los Hermanos de la Noche!

Las pantallas de aumento mostraban dos acorazados que se aproximaban, oscuros y siniestros.

¿Qué hacer? Gillian mantenía su rostro impasible. Sabía que los fines la estaban observando.

No podemos correr más que ellos, especialmente mientras estemos fingiendo utilizar motores thenanios o mientras llevemos este pesado caparazón thenanio. Pero sólo un demente se les enfrentaría en un combate directo.

Un luchador loco como Tom, pensó con ironía. O Creideiki. Si cualquiera de ellos estuviera al mando, yo estaría preparando las cartas de pésame para los Hermanos de la Noche.

—¿Gillian? —preguntó Tsh't con nerviosismo.

Gillian volvió en sí. ¡Decídete! ¡Decídete ahora mismo!

Vio cómo se aproximaban las máquinas mortíferas.

—Que se fastidien —dijo—. Dirígete hacia Kithrup.

GALÁCTICOS

—Debemos dejar a la mitad de nuestra flota reunida sobre el planeta. Ninguno de los otros se atreverá a regresar, ahora que hemos consolidado nuestra alianza. Nosotros debemos enviar también escuadrones para limpiar las lunas de enemigos escondidos, e investigar lo que ocurre más allá del gigante gaseoso.

El Acechador tandu tenía ahora cuatro piernas solamente, en lugar de las seis que le eran propias. Krat, la soro, se preguntaba qué accidente habría sufrido el líder de sus desagradables aliados.

No era que le importase demasiado. Krat soñaba con el día en que pudiera arrancarle personalmente al Acechador los miembros que le quedaban, así como todos sus brotes encefálicos.

—¿Es posible que todo ese caos en él planeta exterior sea causado por nuestros adversarios? —preguntó Krat.

El proverbio tandu resultaba ilegible en el visor de la pantalla.

—Todo es posible, o imposible. Pero nuestra presa no podrá escapar ni siquiera de los rezagados. Si son capturados por éstos, los ejércitos restantes lucharán por ella. Cuando lleguen nuestras fuerzas de intervención, se la arrebataremos. Es muy fácil.

Krat asintió. Sonaba muy elegante.

Pronto, pensó. Pronto les arrancaremos a los terrestres toda su información o la encontraremos en los despojos de su nave. Y después podremos presentarnos ante nuestros ancestros.

Debo intentar asegurarme de que algunos humanos y delfines queden con vida, para que nos digan dónde está la flota del Progenitor. A mis pupilos no les gusta que los utilice para divertirme. Me ahorraría problemas si encontrara con qué divertirme fuera de la familia.

Con nostalgia, anheló a un macho de su propia especie mientras un destacamento de trece naves de la alianza soro-tandu se dirigía a toda velocidad hacia el gaseoso planeta gigante.

STREAKER

—¡Dañados los alerones de estasis del flanco de babor! —anunció Wattaceti—. ¡Todas las rampas lanzamisiles han sido inutilizadas!

—¿Ha sufrido algún daño el casco interno? —preguntó Gillian con ansiedad.

—No. Hassta ahora, el cascarón thenanio está encajando todos los golpes. ¡Pero Suessi dice que las brazas se están debilitando!

—Ellos intentarán concentrar el fuego sobre nuestro flanco de babor —dijo Tsh't—. Y esperarán que demos la vuelta y escapemos. ¡Batería de misiles de estribor! ¡Lanzad minas a cuarenta grados acimut por cien grados sur! ¡Reducid la velocidad y ocultad los impulsores!

—¡Pero no hay nadie allí!

—¡Ellos *estarán*! ¡Fuego! ¡Timón a dos radianes por minuto y luego estabilizar a uno por minuto!

El *Streaker* se estremeció y crujió mientras viraba lentamente en el espacio. Sus pantallas brillaron peligrosamente bajo los intensos destellos de la batalla. Sus adversarios estaban indemnes, sin un solo golpe.

Del cuadrante no iluminado del *Streaker* salieron perezosamente seis pequeños misiles, que acabaron con su potencia. Después; viró intentando proteger su lado más débil, un poco más despacio de lo que en realidad era capaz.

Captando aquella gran debilidad, las naves de guerra enemigas viraron en la misma dirección, disparando a lo que los Hermanos de la Noche creían que era el casco de sus verdaderos enemigos.

El *Streaker* temblaba cada vez que un rayo atravesaba sus escudos protectores y golpeaba el caparazón thenanio. Los estasis centelleaban, dando a los tripulantes una misteriosa e intensa sensación de haber vivido aquello anteriormente. Incluso en el puente lleno de agua, los impactos arrancaban a la tripulación de sus puestos. El control de localización de daños anunciaba humo y fuego de metal en fusión y paredes abolladas.

Los cruceros entraron confiadamente en la zona minada, y los misiles explotaron.

Gillian se agarró con fuerza a una barandilla. Los sensores que no se habían deteriorado por el vapor mostraban que el enemigo estaba oculto tras una nube de gas.

—¡Potencia al máximo, veinte grados por dos setenta! —grito Tsh't—. ¡Alto, disparen!

Los forzados motores se agitaron. Las brazas que sujetaban el *Streaker* a su caparazón gimieron cuando aceleró en una nueva dirección.

—Bendito sea este maldito casco thenanio —comentó uno de los delfines—.

¡Esos rayos nos hubieran achicharrado!

Gillian examinó uno de los pocos holo que aún funcionaban, haciendo un esfuerzo para distinguir algo entre el humo y los fragmentos de metal. Por fin divisó al enemigo.

—¡Tocado! ¡Un golpe importante! —exclamó exultante.

Uno de los cruceros tenía un agujero en uno de sus flancos; en la cavidad, el metal seguía ardiendo y otras explosiones secundarias hacían tambalearse a la nave.

La otra parecía no haber sufrido daños; pero era más cautelosa ahora.

Seguid dudando así, les urgió Gillian en silencio. *Dejadnos tomar ventaja.*

—¿Alguien más a la vista? —le preguntó a Tsh't—. Si esas dos naves eran las únicas que quedaban, se podría poner de nuevo los motores a la máxima potencia y hacerles saber incluso que pertenecen a una nave de la Tierra.

—Sí, Gillian —parpadeó la teniente—. Hay seis más. Se acercan muy deprisa —Tsh't sacudió la cabeza—. No hay forma de escapar de este nuevo grupo. Avanzan con demasiada rapidez. Lo siento, Gillian.

—Los Hermanos se han decidido —anunció Wattaceti—. ¡Nos están perssiguiendo!

Tsh't entornó los ojos. Gillian asintió en silencio. *No podremos engañarlos otra vez.*

—Suessi llama. Quiere saber sssi...

—Dile a Hannes —dijo Gillian suspirando— que ya no habrá más «maniobras femeninas». Me he quedado sin ideas.

Los dos acorazados estaban ya junto a la popa del *Streaker*. Todavía no disparaban, pero se preparaban para el ataque definitivo.

Gillian pensó en Tom. No podía evitar pensar en qué le había fallado.

Era un buen plan, cariño. Pero me hubiera gustado llevarlo a cabo por ti de un modo competente.

El enemigo caía sobre ellos, enorme, amenazante.

—¡Cambio de vector! —gritó entonces Lucky Kaa. La cola del piloto se agitaba—. ¡Están virando y alejándose como un banco de salmonetes!

—Pero si ya nos tenían —parpadeó Gillian perpleja.

—¡Es por los que se aproximan, Gillian! ¡Por esas seis naves! —gritó Tsh't con júbilo.

—¿Qué? ¿Quiénes son?

Tsh't rió con la sonrisa más amplia que un neofín podía conseguir.

—¡Son *thenanios*! ¡Vienen disparando! ¡Pero no nosss disparan a nosotrosss!

Las pantallas mostraron a los dos cruceros que les habían estado persiguiendo; ahora volaban, disparando hacia atrás a la miniflotilla que se acercaba.

—¡Wattaceti! —rió Gillian—. Dile a Suessi que vaya frenando. Que lo pare todo y que emita una cortina de humo. ¡Vamos a interpretar el papel de un soldado gravemente herido!

Al cabo de un momento llegó la respuesta del ingeniero.
—Suessi dice que no hay problema. Ningún problema en absoluto.

GALÁCTICOS

La cresta de Buoult se rizó con oleadas de emoción. El Krondorsfire yacía ante ellos, herido pero orgulloso. Había dado por desaparecido al viejo acorazado desde el primer día de la batalla, y a Barón Ebremsev, su capitán. Buoult anhelaba ver de nuevo a su antiguo camarada.

—¿Aún no hay respuesta? —preguntó al operador.

—No, comandante, la nave está en silencio. Es posible que hayan sufrido un golpe fatal que... Espere ¡Hay algo! ¡Una señal de destellos luminosos en un lenguaje sin codificar! Lo están enviando desde uno de los faros de proa.

Buoult se inclinó hacia adelante con impaciencia.

—¿Qué dicen? ¿Necesitan ayuda?

El oficial de comunicaciones se concentró en el monitor, observando las luces que centelleaban.

—Todo el armamento y sistema de comunicación destruidos —recitó—. Los medios de supervivencia y los mandos auxiliares todavía son utilizables... Los terrestres delante nuestro, perseguidos por algunas naves. Tenemos que replegarnos... feliz cacería. Krondorsfire, corto.

Buoult pensó que él mensaje era un poco extraño. ¿Por qué Ebremsev quería retirarse si todavía podía seguir y, de esa forma, librarse del fuego del enemigo?

Tal vez estaba representando una comedia para no retenerlos. Buoult estuvo a punto de insistir en ofrecerles ayuda cuando él oficial de comunicaciones habló de nuevo.

—¡Comandante! ¡Un escuadrón acaba de aparecer tras el planeta acuático! Son al menos diez navíos. Puedo leer los signos soro y tandu.

La cresta de Buoult se inmovilizó durante unos instantes. Tenía que ocurrir. Los herejes se habían aliado.

—¡Tenemos una oportunidad! ¡Tras los fugitivos, inmediatamente! ¡Podemos vencer a quienes los persiguen cuando ellos venzan a los terrestres, y largarnos antes de que lleguen los soro y los tandu!

Mientras su nave saltaba hacia el exterior, envió un mensaje al Krondorsfire.

—Que los Grandes Espíritus estén con vosotros...

STREAKER

—Hay un pequeño ordenador muy sofisticado que has tenido oculto todo este tiempo —comentó Tsh't.

—En realidad es de Tom —sonrió Gillian.

Los fines asintieron. Aquella explicación era suficiente.

Gillian dio las gracias a la máquina Niss por su rápida traducción al thenanio. La voz incorpórea susurró desde un cúmulo de chispas que flotaban junto a ella, danzando y arremolinándose en medio de la efervescencia de las burbujas del oxiaqua.

—No puedo hacer nada más, Gillian Baskin —replicó—. Vosotros, unos cuantos terrestres perdidos, habéis acumulado, en el transcurso de los numerosos desastres, más datos que mis Maestros en el último milenio. Las lecciones sobre la elevación sólo serían de utilidad para los *tymbrimi*, siempre tan deseosos de aprender, incluso de los lobeznos.

La voz se desvaneció y las chispas desaparecieron antes de que Gillian pudiera responder.

—Gillian, el grupo de señales ya ha vuelto de los puntos de observación de babor —dijo Tsh't—. Los *thenanios* se han lanzado en persecución de nuestras sombras, pero regresarán. Cuando ocurra, ¿qué haremos?

Gillian sintió los temblores de la reacción adrenalínica. Más allá de este punto, no había planeado nada. Sólo había una cosa que deseara hacer fervientemente. Un único destino en todo el universo a donde anhelara dirigirse.

—Kithrup —susurró.

—¿Kithrup? —se preguntó a sí misma.

Miró a Tsh't, sabiendo cuál sería la respuesta que le daría y deseando que fuera otra.

—Hay una flotilla orbitando Kithrup en estos momentos —dijo Tsh't sacudiendo su satinada cabeza—. El combate ha terminado. Ya debe haber un vencedor de la gran batalla. Otro escuadrón se dirige hacia aquí a toda velocidad. Uno grande. No queremos que se acerquen demasiado y descubran nuestro camuflaje.

Gillian asintió. Su voz parecía no querer funcionar, pero ella forzó a las palabras para que salieran.

—Norte —dijo—. Hay que tomar la dirección del norte galáctico, Tsh't... hacia el punto de transferencia. A toda máquina. Cuando estemos lo bastante cerca, soltaremos al «Caballo Marino» y dejaremos este maldito infierno de Ifni con... con las cenizas de nuestra victoria.

Los delfines volvieron a sus puestos. El rugido de los motores empezó a adquirir

fuerza.

Gillian nadó hasta un rincón oscuro del domo de cristal, a un lugar en donde había una grieta en el casco thenanio, a un lugar desde donde podría contemplar a las estrellas directamente.

El *Streaker* adquirió velocidad.

GALÁCTICOS

El destacamento tandu-soro acertaba distancias sobre la incrementada columna de fugitivos.

—Señora, una nave thenania con desperfectos se está acercando al punto de transferencia en una trayectoria de escape.

Krat se retorció en su cojín y dio un bufido.

—¿Y qué? Casualmente acabamos de abandonar un campo de batalla. Todos los bandos intentan evacuar a sus heridos. ¿Por qué me molestas cuando casi hemos concluido?

El pequeño pila, oficial de detección, regresó a su cubículo. Krat se incorporó para mirar sus pantallas.

Un pequeño escuadrón de thenanios se esforzaba por seguir en cabeza. Más adelante, en un ángulo del detector, unas chispas de la inconexa batalla mostraban que los vencedores todavía seguían en la brecha, a pesar de que tenían rodeada a su presa.

¿Y si se equivocan?, se preguntó Krat. Perseguimos a los thenanios, que persiguen a los supervivientes, que a su vez persiguen ¿a quién? Esos estúpidos se están persiguiendo unos a otros.

No tenía importancia. La mitad de la flota tandu-soro estaba orbitando Kithrup, de manera que, de una forma u otra, los terrestres estaban atrapados.

Ya nos ocuparemos de los tandu en un mejor momento, pensó, e iremos nosotros solos a encontrarnos con los antiguos.

—¡Señora! —gritó el pila estridentemente—. Hay una transmisión desde el punto de transferencia.

—Vuelve a molestarme con cosas sin importancia... —bramó ella, doblando de modo amenazante su espolón nupcial. El pupilo la había molestado. ¡Se había atrevido a molestarla!

—¡Señora! ¡Es la nave de la Tierra! ¡Nos han engañado! ¡Se han burlado de nosotros! ¡Ellos...!

—¡Quiero verlo! —silbó Krat—. ¡Debe ser una trampa! ¡Quiero verlo ahora mismo!

El pila se marchó temblando hacia su puesto. En la pantalla principal de Krat apareció la holoimagen de un humano, y varios delfines. Por la forma de su cuerpo, Krat intuyó que era una mujer, probablemente la líder.

—...criaturas estúpidas que no merecen el nombre de «sofontes». Idiotas, presensitivos que han sido educados por inadecuados Maestros. Hemos escapado de toda vuestra potencia logística, riéndonos de vuestra ineptitud. Y ahora que tenemos

una auténtica ventaja ¡ya nunca nos alcanzaréis! ¡Qué mejor prueba de que los Progenitores no os favorecen a vosotros, sino a nosotros! Qué mejor prueba...

Los improprios continuaban. Krat los escuchaba furiosa aunque saboreando, al mismo tiempo, su profesionalidad. Esos hombres son mejores de lo que yo creía. Sus insultos son vulgares y exagerados, pero tienen talento. Se merecen una muerte lenta y honorable.

—¡Señora! ¡Los tandu que nos acompañan están cambiando de rumbo! Sus otras naves están saliendo de Kithrup para dirigirse al punto de transferencia.

Krat silbó con desesperación.

—¡Seguidlos! ¡Seguidlos ahora mismo! ¡La caza continúa!

La tripulación volvió resignadamente a sus tareas. La nave de la Tierra estaba en buena posición para la huida. En el mejor de los casos, aquélla iba a ser una larga cacería.

Krat se dio cuenta de que no podría llegar a casa a tiempo de aparearse. Moriría lejos de allí.

En la pantalla, el hombre continuaba burlándose de ellos.

—¡Bibliotecario! —gritó—. No entiendo algunas de las palabras del hombre. ¡Averigua que significa ja-ja-ja en su bestial idioma de lobeznos!

TOM ORLEY

Sentado con las piernas cruzadas sobre una estera de juncos, a la sombra de una nave abatida, oía cómo el murmullo del volcán se reducía al silencio. Pensando en el hambre que sentía, escuchó los suaves y chapoteantes sonidos del interminable paisaje vegetal, hasta considerarlos como algo amablemente familiar. Los chapoteos constituían un fondo sonoro para su meditación.

Frente a él, sobre la estera, estaba la bomba de mensajes que nunca llegó a enviar. El objeto brillaba bajo los rayos del sol de aquel primer buen día, desde hacía semanas, en el hemisferio norte de Kithrup. La luz se reflejaba especialmente en los lugares donde el metal estaba algo abollado.

¿Dónde estás ahora?

Las superficiales olas marinas ondulaban la esterilla. Flotaba en trance a través de diversos niveles de conciencia, como un viejo que hurgara en su desván, como un antiguo vagabundo que mirase sin curiosidad el paisaje a través de los cristales de una furgoneta.

¿Dónde estás, amor mío?

Recordó un haikú japonés del siglo XVIII del gran poeta Yosa Buson.

Caen las lluvias de primavera

Y empapan en el tejado

La pelota de trapo de un niño.

Contemplando las imágenes que se reflejaban en la superficie metálica de la esfera psi, escuchó los sonidos de la jungla, los sonidos de los animalillos que se escondían, del viento que silbaba entre las hojas mojadas.

¿Dónde ha ido esa parte de mí que se ha marchado?

Escuchó las lentas pulsaciones del mundo oceánico, contempló los dibujos en el metal, y al cabo de un rato, en los reflejos de los pliegues de la bomba, vio una imagen que iba hacia él.

Una forma corpulenta se acercaba a un lugar que era un *no-lugar*, una brillante oscuridad en el espacio. Mientras lo observaba, vio cómo se abría. El grueso caparazón se separó despacio, como la eclosión de un huevo. Los fragmentos cayeron y se alzó un delgado cilindro que recordaba un poco a una oruga. Alrededor de ella brillaba un halo, una capa de probabilidad que se solidificaba ante sus ojos.

No es una ilusión, concluyó. No puede serlo.

Se abrió a la imagen, aceptándola. Y desde la oruga le llegó un pensamiento.

Perales en flor

Y una mujer bajo la luz de la luna

Lee una carta...

Sus labios, aún heridos, le dolieron al sonreír. Otro haikú de Buson. Su mensaje contenía tan poca ambigüedad como era posible, dadas las circunstancias. De algún modo, ella había captado el poema y le ofrecía una respuesta.

Jill... emitió lo más fuerte que pudo.

La oruga, dentro de su capullo de estasis, se aproximaba a un gran agujero en el espacio. Cayó hacia el no-lugar, volviéndose transparente al hacerlo. Luego, desapareció.

Durante un buen rato, Tom permaneció sentado, in móvil, contemplando los reflejos en la bomba de metal que cambiaban lentamente a medida que transcurría la mañana.

Finalmente, pensó que no le haría ningún daño, ni a él ni al Universo, si empezaba a preocuparse por su supervivencia.

LA LANCHAS

—Entre los dos, malditos masc, ¿no sois capaces de adivinar de qué está hablando?

Keepiru y Sah'ot miraron, los dos al mismo tiempo, a Hikahi. Después continuaron su discusión, sin responderle, inclinándose sobre Creideiki y tratando de descifrar las embarulladas instrucciones del capitán.

Hikahi levantó la vista al cielo y se dirigió a Toshio.

—¿Crees que piensan incluirme en sus sesiones? Después de todo, Creideiki y yo somos compañeros.

—Creideiki necesita los conocimientos lingüísticos de Sah'ot y la habilidad de Keepiru como piloto —respondió Toshio encogiéndose de hombros—. Pero ya has visto sus caras. Ahora mismo están a mitad de camino del Sueño Cetáceo. No podemos permitir que te ocurra lo mismo, ahora que estás cumpliendo las funciones de capitán.

—¡Bueno! —Dijo Hikahi poco convencida—. Supongo que has terminado el inventario, ¿verdad, Toshio?

—Sí, señor —asintió—. Ya he hecho una lista. Tenemos víveres suficientes para llegar al primer punto de transferencia, y resistir, al menos, hasta el siguiente. Desde luego, estamos en medio de ninguna parte, y es probable que necesitemos más de cinco saltos de transferencia para llegar a algún sitio civilizado. Nuestros mapas no son adecuados para ello, y los motores pueden fallar. Pocas naves del tamaño de la nuestra han logrado llegar a los puntos de transferencia con éxito. Aparte de eso, y del hacinamiento que vamos a tener que soportar todo está bien.

—No perdemos nada con intentarlo —suspiró Hikahi—. Al menos, los galácticos se han marchado.

—Sí —asintió él—. Fue maravilloso cómo Gillian se burló de los ETs desde el punto de transferencia. Eso nos permitió saber que ellos lograron marcharse y nos quitó a los ETs de la espalda.

—No digas ETs, Toshio. No es de buena educación. Podrías ofender a algún simpático *kanten* o *linten*.

Toshio tragó saliva e inclinó la cabeza. ¿Dónde o cuándo un teniente se había permitido reprender a un guardiamarina?

—Sí, señor —dijo.

Hikahi sonrió y lanzó una pequeña salpicadura de agua al joven con su mandíbula.

Deber, deber,

*Valiente cazador de tiburones,
¿Qué recompensa
Puede tener mejor sabor?*

Toshio se ruborizó y asintió.

El esquife empezó a moverse otra vez. Keepiru estaba de nuevo en la rampa de pilotaje mientras Creideiki y Sah'ot charlaban excitados en un semiprimal que hacía estremecer a Hikahi. ¡Y Sah'ot decía que el capitán había elegido aquel lenguaje deliberadamente!

Ella iba acostumbrándose a pensar que las heridas de Creideiki había sido como una puerta que se abría, no una puerta que se cerraba.

El esquife se elevó del agua y empezó a ganar velocidad hacia el este, siguiendo la intuición de Creideiki.

—¿Cómo va la moral de los pasajeros? —preguntó Hikahi a Toshio.

—Bien, creo que todo va bien. Ese par de *kiqui* son felices por estar con Dennie. Y Dennie es feliz... bien, es bastante feliz por ahora.

A Hikahi le resultaba divertido. ¿Por qué debía azorarse el joven al hablar de Dennie? Hikahi estaba contenta de que los dos humanos se amasen como ella amaba a Creideiki.

A pesar de la nueva y misteriosa faceta de su personalidad, Creideiki era el mismo delfín de siempre. Lo nuevo era algo que utilizaba, algo que, al parecer, estaba empezando a explorar. Apenas podía hablar pero transmitía su inteligencia, y su cariño, de muchas otras maneras.

—¿Y Charlie? —Volvió a preguntar a Toshio.

—Todavía sigue avergonzado —suspiró el joven.

Habían encontrado al chimp al día siguiente de que se produjeran los grandes terremotos, colgado a un tronco de árbol flotante, completamente mojado. Le fue imposible hablar durante diez horas, y había permanecido encaramado a las paredes de la pequeña bodega del esquife hasta que, al fin, se calmó.

Después, Charlie les había relatado cómo se había subido en la copa de un alto árbol justamente antes de que la isla explotara. Aquello le había salvado la vida, pero sus implicaciones le mortificaban.

Toshio e Hikahi se situaron detrás de Keepiru, que estaba pilotando, y contemplaron cómo las olas del océano se deslizaban bajo el esquife. Durante unos minutos, el mar adquirió un brillante tono verde cuando pasaron sobre una zona de sargazos. La pequeña embarcación se dirigía rápidamente hacia el sol.

Había pasado una semana desde que iniciaron la búsqueda; desde que el *Streaker*

partió.

Primero encontraron a Toshio, que nadaba deliberada mente hacia el oeste, sin dejarse dominar por el cansancio. Luego, Dennie los condujo a otra isla donde había una tribu *kiqui*. Mientras ella negociaba con la tribu, buscaron a Charles Dart y lo encontraron.

Los *stenos* de Takkata-Jim estaban muertos o habían desaparecido.

Después, iniciaron la última y aparentemente inútil búsqueda. Y en ella estaban desde hacía ya varios días.

Hikahi consideró la posibilidad de abandonar. No podían seguir perdiendo tiempo y consumiendo víveres de aquel modo con el viaje que tenían que emprender.

No es que contaran con muchas posibilidades. Nadie había oído hablar jamás de un viaje como el planeado por ellos. Cruzar toda la galaxia en el esquife convertiría la épica travesía del Pacífico del capitán Bligh en la lancha de la *Bounty* en una tarde de excursión.

No obstante, Hikahi guardaba sus temores para sí Creideiki y Keepiru probablemente sabían lo que les aguardaba. Y Toshio parecía intuirlo. No había motivo para alarmar a los demás hasta que no tuvieran que reducir las raciones de comida por cuarta vez.

Hikahi suspiró.

*¿De qué más
Están hechos los héroes?
¿Son masc y fems
Como nosotros,
Que Intentan...?*

El grito de victoria de Keepiru fue como un toque de trompeta. Chilló en su plataforma, agitándose. El esquife osciló a derecha y a izquierda, y luego dio un salto acompañado de un rugido de motores.

—¡Qué demonios...! —Toshio se mordió los labios—. ¡Pez tortuga saltarán! Keepiru, ¿qué te pasa?

Hikahi utilizó el brazo de su arnés para sujetarse a una barandilla y miró por el ojo de buey. Suspiró por tercera vez, larga y profundamente.

El humo de su fuego mantuvo oculta a la astronave durante unos instantes. La primera señal que recibió de ella fue una explosión sónica que cayó sobre él y que casi lo derribó contra los palos que sostenían la carne sobre la hoguera.

El humano se puso en pie y se apresuró a buscar refugio, pero algo le hizo alzar la vista hacia el cielo.

El sol había arrugado la piel alrededor de los ojos. Tenía patas de gallo que unas

semanas antes no existían La negra barba mostraba algunas hebras plateadas. Le había crecido y ya casi no sentía el picor. Ocultaba una cicatriz que le surcaba la mejilla.

Protegiendo sus ojos de la luz, reconoció las salvajes maniobras antes de poder distinguir la forma de la pequeña nave. El esquife se había elevado hacia el cielo y volvía a caer en picado.

Sujetó los palos que el aparato hacia trepidar. Era absurdo que la carne se estropease. Le había costado mucho esfuerzo conseguirla, limpiarla y prepararla. Y sería necesaria en el viaje que iban a emprender.

No estaba muy seguro de que a los fines les gustase aquel menú, pero era nutritivo... el único alimento del planeta que un terrestre podía comer.

Los inestables *gubru*, los desnudos *tandu* y los Episíarcas voladores nunca podrían constituir platos de alta cocina, evidentemente. Pero tal vez era cuestión de acostumbrarse.

Sonrió y agitó los brazos cuando, por fin, Keepiru se tranquilizó lo suficiente para lograr que el esquife aterrizara en las cercanías.

¿Cómo pude dudar de que estuviera vivo?, se preguntó Hikahi llena de júbilo. Gillian dijo que él tenía que vivir. Que a ningún galáctico le sería posible dañarlo, ¿cómo habrían podido?

¿Y por qué, estando en el vasto Universo, yo me sentía siempre preocupada por volver a casa?

EPÍLOGO

**: Descansa : Descansa Y Escucha :
: Descansa Y Escucha Y Aprende, Creideiki :
: Pues La Marea Estelar Sube :
: En Las Corrientes De La Oscuridad :
:Y Hemos Esperado Mucho A Que Suciedera :**

GLOSARIO Y LISTA DE PERSONAJES

Aceptador: Criatura dotada de poderes psíquicos. Miembro de una raza pupila de los *tandu*.

Akki: Delfín guardiamarina nativo de Calafia.

Baskin, Gillian: Médico y agente del Concejo de Terragens. Producto de la ingeniería genética humana.

Beie Chohooan: Espía *shyntiana*.

Biblioteca, la: Base de datos que asegura la cohesión de la sociedad galáctica. Archivo del saber acumulado desde la época de los Progenitores.

Brookida: Delfín metalúrgico.

Calafia: Colonia planetaria humana y neodelfiniana.

Creideiki: Capitán de la nave de exploración *Streaker*.

D'Anite, Emerson: Ingeniero humano asignado al *Streaker*.

Dart, Charles: Neochimpancé planetólogo.

Elevación: Proceso mediante el cual las más antiguas razas astronavegantes dan acceso a nuevas especies a la cultura galáctica, por medio de la educación y la ingeniería genética. Las especies pupilas resultantes sirven a su tutor durante un período establecido en el contrato de aprendizaje, como pago por este favor.

Episíarca: Criatura dotada de poderes psíquicos. Miembro de una raza pupila contractual de los *tandu*.

«**Fem**»: Término ánglico para designar a una hembra humana.

«**Fin**»: Término habitual para designar a un neodelfín.

Flota Abandonada: Concentración de gigantescas naves antiguas a la deriva, ignoradas durante largo tiempo hasta que el *Streaker* las descubrió.

Galácticos: Una de las viejas especies astronavegantes comprendida en la comunidad de las Cinco Galaxias. Muchas de ellas se han convertido en razas tutoras, participando en el antiguo rito de la elevación.

Gubru: Raza galáctica pajaroides hostil a la Tierra.

Haoke: Neodelfín *tursiops*.

Herbie: Momia de un antiguo astronauta de origen desconocido.

Hermanos de la Noche: Raza tutora galáctica.

Heurka: Neodelfín *stenos*.

Hikahi: Neodelfín hembra, tercer oficial en el mando del *Streaker*.

«**Hombre**»: Traducción del ánglico *man*. Término genérico para designar a un ser

humano de uno u otro sexo.

Ifni: «Infinidad», o Dama de la Fortuna.

Iki: Antigua isla de muerte y destrucción.

Iwashika, Toshio: Guardiamarina humano nativo de la colonia planetaria de Calafia.

Kanten: Una de las pocas especies galácticas amigas de los terrestres.

Karran% (De pronunciación imposible para los humanos): Especie galáctica, tan profundamente modificada durante su contrato de aprendizaje como raza pupila, que quedó afectada por la demencia.

Keepiru: Primer piloto del *Streaker*. Nativo de Atlast. Neofín.

Keneenk: Escuela híbrida de disciplina que combina la reflexión lógica de tipo humano con la herencia del *Sueño Cetáceo*.

Kiqui: Criaturas anfibias presensitivas, naturales del planeta Kithrup.

Krat: Almirante de las fuerzas *soro*.

K'tha-Jon: Una variante especial de neodelfín *stenos*. Oficial subalterno a bordo del *Streaker*.

Makane: Cirujano del *Streaker*; neofín hembra.

Máquina Niss, la: Ordenador pseudointeligente confiado a Thomas Orley por agentes *tymbrimi*.

«**Masc**»: Término anglico para designar a un ser humano de sexo masculino.

Metz, Ignacio: Experto en elevación, asignado al *Streaker*.

Moki: Neofín *stenos*.

Orley, Thomas: Agente del Concejo de Terragens. Modificado ligeramente por la ingeniería genética.

Pila: Raza tutora galáctica. Miembros del clan *soro* y hostiles a la Tierra.

Primal: Lenguaje rudimentario usado por los delfines naturales, no modificados, en la Tierra.

Progenitores, los: La mítica primera especie, que fundó la cultura galáctica y la Biblioteca en un pasado que se remonta a varios billones de años.

Pupila: Especie que debe toda su inteligencia a la elevación genética efectuada por su raza tutora. Una especie pupila bajo contrato de aprendizaje es la que aún está pagando su deuda.

Sah'ot: Neodelfín *stenos*. Lingüista civil embarcado en el *Streaker*.

Soro: Vieja raza tutora galáctica hostil a la Tierra.

Stenos: Término habitual para designar a los neofines cuyos genes poseen injertos de los delfines naturales *stenos bredanensis*.

Sudman, Dennie: Exobióloga humana.

Suessi, Hannes: Ingeniero humano.

Synthianos: Una de las tres razas galácticas amigas de la Tierra.

Syrtes: Cúmulo globular deshabitado y alejado de las rutas estelares más frecuentadas, donde fue descubierta la nota abandonada.

Takkata-Jim: Neofín *stenos*, segundo de a bordo en el *Streaker*.

Tandu: Especie galáctica belicosa y hostil a la Tierra.

Thenanios: Especie galáctica belicosa.

Tsh't: Neofín hembra, cuarto oficial del *Streaker*.

Tursiops: Término habitual para designar a los neodelfines desprovistos-de genes *stenos*.

Tursiops amicus: Neodelfín moderno. «Soplador amistoso.»

Tursiops truncatus: Delfines sopladores de la Tierra no modificados.

Tymbrimi: Raza galáctica amiga de los terrestres, famosa por su inteligencia.

Wattaceti: Suboficial neofín.

POST-SCRIPTUM

Los nombres de los delfines dan con frecuencia la impresión de ser de origen japonés o polinesio. En algunos casos es cierto. Pero generalmente, el neodelfín elige como nombre un sonido que le gusta. Suele ser una palabra polisilábica de pronunciación contundente.

En inglés, los términos «hombre», «hombres», o «Humanidad» se aplican a los humanos sin distinción de sexo. Cuando la determinación del sexo es importante, a los humanos femeninos se les denomina «fem», y «masc» a los masculinos.

Las lenguas propias de los delfines han sido inventadas por el autor, y no tienen ninguna relación con la forma de comunicarse de los delfines y ballenas de nuestros días. Sólo estamos empezando a comprender el lugar que ocupan los cetáceos en el mundo, de la misma forma que sólo vislumbramos cuál es nuestro propio lugar.

El autor desea dar las gracias a todos los que le ayudaron con su colaboración, consejo y crítica; especialmente, a Mark Grygier, Anita Everson, Patrick Maher, Rick y Pattie Harper, Ray Feist, Richard Spahl, Tim LaSelle, Ethan Munson y, como siempre, a Dan Brin. Lou Aronica y Tappan King, de Bantan Books, fueron los que me dieron más ánimos en los momentos en que mi moral estaba baja.

El haikú de Yosa Buson pertenece a *Una Antología de Literatura Japonesa*, recopilada por Donald Keene y editada por Grove Press.

El Universo tiene muchos senderos divergentes, tanto en la realidad como en la imaginación. Las criaturas de esta novela son del todo irreales; pero puede que algún día algunos de nuestros mamíferos se conviertan en compañeros nuestros. Para que sea posible, debemos permitir que su potencialidad se conserve.

David Brin
Agosto de 1982

Notas

[1] Juego de palabras intraducible entre «Manage a try» (hacemos un intento) y «Ménage à trois». (*N. del T.*) <<

[2] Nantucket es una isla de balleneros, al norte de los EE. UU., fronteriza con Canadá, en la que se practica el descenso libre en trineo como deporte. (*N. del T.*) <<